







COMPENDIO

DE LA

Historia Universal,

ó

PINTURA HISTORICA

*de todas las Naciones,
su origen, vicisitudes y progresos hasta
nuestros dias.*

Obra escrita en francés por Mr. ANQUETIL,
miembro de varias sociedades literarias; y tradu-
cida por el P. D. FRANCISCO VAZQUEZ, Clérigo
Reglar de San Cayetano.

Segunda Edicion,

*corregida y aumentada con los sucesos ocurridos
en Europa de veinte años á esta parte.*

TOMO II

DONATIVO

DE

FLORENTINO ZAMORA LUCAS

CON LICENCIA : MADRID

Imprenta que fue de Fuentenebro. 1829.



1917

1917

1917

1917



COMPENDIO

DE LA

Historia Universal.

RODAS.

La isla de Rodas, vista desde el mar, presenta un aspecto risueño: todo es vergeles y viñas que dan excelente vino: una hermosa ciudad que se eleva en anfiteatro sobre una cuesta, con un buen puerto al pie, cerrado con dos rocas, distantes una de otra cincuenta pies, las que servían de basa al célebre Coloso.

Era el Coloso una estatua de cobre erigida en honra de Apolo y del Sol, dios titular de la isla. La dan ciento y cinco pies de alto: de suerte, que pasaban entre sus piernas las naves á velas desplegadas. Cares, que fue el artífice, tardó en hacerla doce años. Sesenta años solamente subsistió de pie el Coloso: le derribó un terremoto, y estuvo ochocientos noventa y cuatro años en el sitio en donde

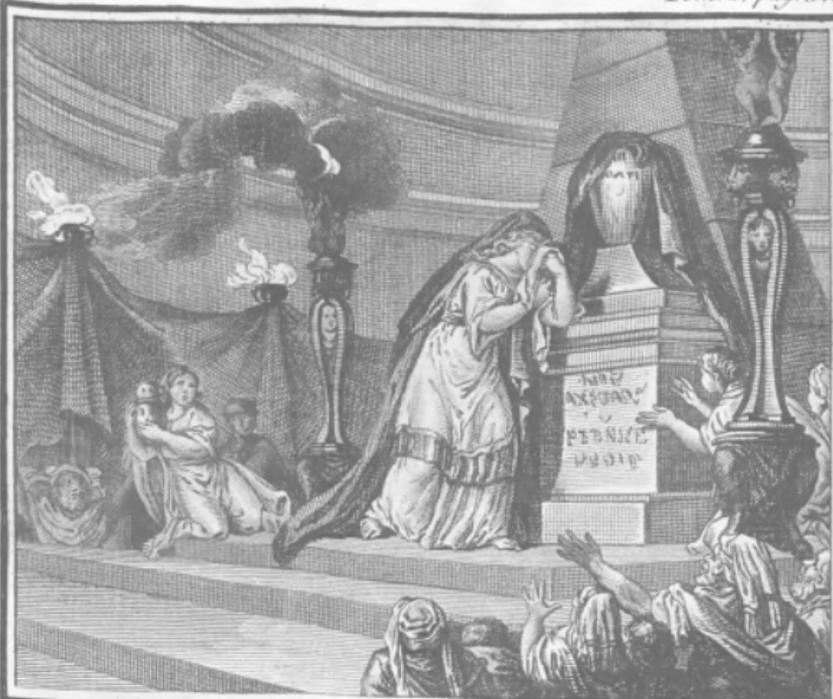
habia caído. Los turcos cargaron del metal del Coloso, despedazandole primero novecientos camellos; y valuando el peso del cobre por el que lleva cada camello, sube á setecientas veinte mil libras. Dejemos para los inteligentes cómo pudo fundirse una pieza tan enorme, cómo se juntaron las partes que componian la estatua, si la levantaron entera, y con qué máquinas, cómo la fijaron en sus basas, y cuánto conocimiento de la estática se necesitó para darla su plomo y ponerla en tal equilibrio que pudo resistir á las tempestades y todos los esfuerzos de la naturaleza, á escepcion del terremoto. Apunto estas investigaciones, porque no sería trabajar por solas suposiciones, pues sabemos que el Coloso realmente existió.

Sola una particularidad se sabe de la religion de los habitantes de Rodas. Celebraban todos los años una fiesta, no con bendiciones, sino con imprecaciones; y si á alguno se le escapaba alguna palabra de benevolencia sacaban de esto mal agüero, y era preciso volver á empezar la ceremonia.

Los primeros habitantes fueron de Creta: se apoderaron de la Caria, y establecieron colonias así en la tierra firme como en las islas. Se les atribuyen los primeros conocimientos de astronomía, y de ellos los tomaron los egipcios: tambien las emigraciones consiguientes á la guerra de Troya dieron á Rodas habitantes.

Muy desde luego se aplicaron los rodios al comercio y á la navegacion, y fueron por muchos siglos soberanos del mar: sus leyes, conocidas con el nombre de *leyes rodias*, llegaron á ser una especie de código, por el cual se decidian todas las contestaciones relativas á la marina: parecieron





Artemisa.

Si á las cenizas de su esposo consagró Artemisa aquel soberbio monumento cuya idea sola asombra todavia, y en él continuamente desahogaba su amor con lagrimas; su pena sin embargo no la distraxo tanto que descuidase la defensa de su reyno y vasallos. Los Rodios, que intentaron invadir á Alicarnaso, experimentaron á su pesar, allí y en la misma Rodas, que Artemisa era tan admirable Reyna como habia sido tierna esposa.

tan acertadas, que se incorporaron con las leyes romanas, y se observaron en todas las provincias marítimas del imperio.

El gobierno al principio fue monárquico: todavía sabemos los nombres de muchos reyes de Rodas anteriores á la guerra de Troya; mas no tenemos noticia de accion que merezca contarse. Despues de esta época se halla un Cleóbulo que va á Egipto en busca de la sabiduría, y se le conoce por uno de los siete sabios de Grecia. Cleobulina, su hija, fue sabia poetisa, filósofa y astróloga; á esta dejó la corona. Diágoras, contemporáneo de Píndaro, fue vencedor en todos los juegos olímpicos, istmicos, nemeos y argivos, como lo fue tambien su hijo. Todos fueron celebrados por este poeta, y se lo pagaban bien. Estaba prohibido á las mujeres, sopena de muerte, acercarse á los juegos olímpicos.

A los reyes sucedió el estado republicano D. del D.
(2643); mas no se sabe si fue democrático, aris-^{2643.}
tocrático ó misto; pero de todos modos sería aná- A. de J.C.
logo al carácter de los rodios, que nunca tuvie- 353.
ron grandes inquietudes entre sí, y siempre se les vé unidos así en la paz como en la guerra. Con este gobierno tuvieron una marina militar respetable, hicieron un comercio inmenso, rechazaron gloriosamente de sus murallas á los enemigos; y por último, algun tiempo fue su república émula de la romana.

Però de este elogio de los rodios debe quitarse lo que les sucedió con Artemisa. Era esta aquella reina de Caria, famosa por su luto, su sentimiento, y el magnífico sepulcro que levantó á la memoria de su esposo Mausolo. Los habia sub-

yugado este príncipe, y ellos se vengaron en la viuda asolando su reino. Supo Artemisa que iban á presentarse ante los muros de Alicarnáso, su ciudad principal: dijo á los habitantes que se mantuviesen en los muros, y en viendo al enemigo esplicasen con aclamaciones y palmoteo grande deseo de entregarse. Se engañaron los rodios con estas demostraciones: desembarcan, los reciben en la plaza, y dejan vacías sus naves. Artemisa, que estaba emboscada, hizo que entrasen en ellas sus soldados y su propia chusma, y así hicieron vela á Rodas. Los habitantes que reconocen sus naves y las ven coronadas de flores, no dudan que Alicarnáso se ha tomado, y que sus compatriotas venian con el botín. Abren pues el puerto, entra la armada, y los carios se hacen dueños de la ciudad. Hizo Artemisa quitar la vida á los ciudadanos principales por haber sido autores de la expedición á Caria; y en Alicarnáso castigó con la muerte la estúpida confianza de los que entraron en esta ciudad. Levantó la reina un trofeo de su victoria con dos estatuas de bronce: una representaba la de Rodas: otra á Artemisa marcando con un hierro ardiendo la ciudad. No se atrevieron los rodios á destruir este monumento por estar consagrado á los dioses; pero le rodearon con una pared para ocultar su vergüenza, ya que no podian borrar los vestigios. Rodas recobró la libertad con el auxilio de los atenienses, no obstante que estaban ofendidos; pero deliberando sobre su petición, trajo Demóstenes á la memoria de sus compatriotas estas máximas que les daban tanta gloria: "Olividar las injurias, perdonar á los rebelados, y defender á los infelices."

Uno de los mas célebres sucesos de la antigua Rodas (2798) es el sitio que sostuvo contra Demetrio, hijo de Antígono: bien que no habia merecido la indignacion de este príncipe, pues todo su delito era haberse quedado neutral entre él y Tolomeo, rey de Egipto. Cuando Demetrio los precipitó á escoger, no se detuvieron en declararse por su antiguo aliado: esto llamó contra Rodas las fuerzas terribles de Antígono mandadas por su hijo Demetrio, por sobrenombre *el conquistador de ciudades*. Estaban todos tan persuadidos á que esta no se le escaparia, que á su armada, en la que iban cuatro mil hombres, la seguian en cuanto podia estenderse la vista corsarios y mercaderes de esclavos, y todos los infames traficantes que siguen á los egércitos victoriosos.

Desp. del
Dil. 2798.
A. de J. C.
200.

Tomaron los rodios las medidas mas prudentes para sostener el sitio: echaron fuera las bocas inútiles. Hecha la enumeracion solo tenian siete mil hombres que pudiesen llevar armas; pero prometieron la libertad á todo esclavo que hiciese alguna accion generosa: se obligó la ciudad á pagar á sus dueños el precio de los que muriesen ó adquiriesen su libertad: se declaró que la república enterraria con honor á los que muriesen peleando, y proveeria á la subsistencia de sus padres, madres, mugeres y niños: que daria dote á sus hijas, y á los hijos que llegasen á la edad viril se les daria entonces en la solemnidad de los Bacanales una corona y una armadura completa.

Tanto alentarlos con el interes y la gloria encendió la llama del valor increíblemente en todos los órdenes de la ciudad. Iban los ricos en tropel, llevando su dinero para los gastos del sitio: daban

á los artífices de gracia cuanta madera y metal necesitaban para hacer máquinas ó fabricar armas. Demetrio se hacia terrible en los sitios por su genio inventor principalmente ; pero en esta parte no cedió la industria é inteligencia de los rodios. Si en los asaltos ó combates de cerca , en los muros ó en las minas lograron los soldados de Demetrio algunas ventajas , prontamente fueron rechazados ; y al cabo de un año se tuvo por dichoso este príncipe de hallar pretesto para levantar sin deshonor el sitio. Cuando se retiró hizo un presente de sus máquinas á los rodios , y del dinero que sacaron de ellas compraron el cobre que fundieron para formar el Coloso.

Protógenes , pintor célebre , tenia su obrador en un arrabal fuera de la ciudad cuando la sitiaba Demetrio. Ni la presencia de los enemigos ni el ruido de las armas , que sin cesar resonaba en sus oidos , le hicieron dejar su habitacion ni interrumpir su trabajo. Se admiró el rey de ver esta tranquilidad , y le preguntó la razon. Le dió Protógenes una respuesta digna de que la sepan los príncipes. *Yo*, le dijo, *estoy persuadido á que habeis declarado la guerra á los rodios , y no á las artes.*

El terremoto que arruinó al Coloso ocasionó una cuesta general en favor de los rodios. Escribieron por todas partes , y lo que les enviaron puede servir para darnos idea de las producciones y riquezas de cada pais. Les dió el rey de Egipto dinero , un millon de medidas de trigo , y materiales para construir veinte galeras de cinco órdenes de remos , y otras tantas de tres. Les envió tambien cien albañiles y trescientos peones , prometiendo pagar los artífices mientras los necesitasen. Antigo-

no les dió dinero , diez mil vigas de diez y seis codos de largo , siete mil tablas , tres mil libras de hierro , tres mil de resina , con mil medidas de brea. Una señora llamada Criscida cien mil medidas de trigo , con tres mil libras de plomo. Antioco diez galeras , doscientas mil medidas de trigo , y muchos efectos preciosos. Prusias , Mitridates y todos los reyes del Asia , con las naciones griegas y los príncipes de Europa , acreditaron su generosidad , y el menor presente fue exentar los monarcas de impuestos todas las mercaderías que sus vasallos llevaban á Rodas. No hubo jamas cuesta mas abundante , porque el pretesto era restablecer el Coloso , y este acto de religion animó la liberalidad ; pero los rodios dejaron al ídolo en tierra , y se aplicaron las ofrendas.

Con ocasion de una guerra con Filipo , rey de Macedonia , hicieron los rodios alianza con los romanos. Trataron de igual á igual , y los embajadores fueron recibidos con deferencia por el senado : les dió esta union mucha preponderancia entre los estados vecinos ; pero las felicidades les inspiraron orgullo , y hablaban con altivez , no solo á las repúblicas de Grecia sus iguales , sino tambien á los mayores reyes. Los servicios que hicieron á los romanos en muchos combates de mar les persuadian á que no podia la república pagar con exceso su fidelidad ; pero Eumenes , rey de Pérgamo , fue un competidor , cuyas pretensiones se oyeron con mas gusto en Roma.

Los dos competidores (2825) , derrotado Antioco , pidieron á los romanos algunos estados de los conquistados á este príncipe , que les venian bien. Eumenes logró mejor con grande sentimiento de

D. del D.

2825.

A. de J.C.

173.

los rodios, á quienes dieron sola la Licia. Aunque idólatras de la libertad, oprimieron cruelmente estos republicanos á los licios, los que hallaron en sus quejas proteccion en los romanos. Escribió el senado á los rodios una carta que respiraba superioridad, y picados los rodios trataron todavía con mayor dureza á sus nuevos vasallos. Se rebelaron los licios, y fueron vencidos. Los rodios pasaron de la dureza á la crueldad, y los oprimidos recurrieron á Roma. Envió esta comisarios encargados de componer esta diferencia: no los recibieron con las señales regulares de afecto, aunque cedieron y trataron mejor á los licios.

No hay que admirarse de que la conducta de los romanos, imperiosa en algunos puntos, picase á los rodios, y que estos no sintiesen ver humillados á aquellos republicanos soberbios. En estas disposiciones debieron manifestar inclinacion á Perseo, que por entonces estaba en guerra con los romanos. Con esta sospecha los obligaron á justificarse en senado pleno; pero lo hicieron con tan mal gesto y poca gracia, que fueron pasos perdidos, y así no les dió el senado mas respuesta que leer delante de ellos el decreto que les quitaba la Licia. En el primer momento de su orgullo herido, se declararon los rodios neutrales entre los romanos y Perseo, y recogieron las naves que tenian en la armada romana; bien que, para no romper del todo, enviaron embajadores á Roma con el encargo de exhortar al senado á la paz.

¡ Desgraciada ocasion! Llegaron al mismo tiempo que la noticia de la entera derrota de Perseo. Quisieron hablar, y dijo el cónsul: Volved, traidores, á decir á vuestra república, que son ya fue-

ra de tiempo sus cuidados por los intereses de Perseo. Entonces fue cuando los rodios se humillaron. Astímedes, cabeza de la embajada, lo hizo de un modo que precisamente le sería sensible: confesó que la vanidad era el carácter dominante de sus paisanos. ¿Pero podreis mirar este rasgo de imperfeccion nacional como delito que solo puede espíarse con la ruina total de nuestro pais? Habló despues de los servicios que los rodios habian hecho á la república, y añadió: Si hemos cesado en la asistencia á los romanos, á lo menos no hemos cometido jamas contra ellos hostilidades; y desde ahora declaro que nos sujetaremos enteramente á lo que disponga Roma, y que hemos resuelto no oponer resistencia alguna en caso de ataque. Llegaron á los votos, y opinando muchos por declarar la guerra á los rodios, tomó Caton la palabra, y exclamó: “¿Queremos, ó dioses inmortales, usurpar vuestros derechos? ¿Iremos á penetrar los corazones de los hombres para hallar allí enemigos? Yo creo que la derrota y cautividad de Perseo han causado verdadero sentimiento á los rodios, y aun diré que su compasion venia de algun motivo de interés; ¿pero desde cuándo acá se ha prohibido amar su libertad á cada uno? Roma es una potencia formidable, y en estado de subyugar todo el Oriente: la Macedonia, ya sujeta, no podia detener el progreso de sus armas: ¿qué admiracion hay en que el peligro próximo cause los sustos mas vivos? ¿Creéis que los rodios os aborrecen? No, pero se aman á sí mismos. ¿Hay acaso entre nosotros quien viese un vecino tan temible con buenos ojos? ¿Qué no haríamos por recobrarle? A escepcion de la violencia, todos los medios son

en este punto legítimos, y este es el caso de los rodios. Deseaban que no arruinasen á Perseo, y que subsistiese la barrera que los separaba de nosotros. ¿Qué delito hay en esto? Además, de que se castigan los simples deseos. Me direis que el orgullo de los rodios se ha visto en sus discursos; y á la verdad uno de sus embajadores produjo algunas expresiones arrogantes. ¿Pero qué se puede inferir de aquí sino que hay un pueblo que es mas altivo y mas imperioso que nosotros? ¿Es una palabra de poca moderacion un atentado que solo puede espriarse con arroyos de sangre? ¿Qué efectos produciria una severidad injusta, sino sentimientos de odio, ó á lo menos de desconfianza de parte de nuestros aliados? Las naciones estrangeras nos temerán mas, pero nos amarán menos. Sobre todo, no ha llegado la ingratitud de los rodios á tan alto punto. Perseo, en su mayor esplendor, no los pudo empeñar en tomar las armas contra vosotros; y así pienso que se debe dejar á los rodios la posesion de su isla." Este parecer fue el que venció, y ya no se trató de guerra: solo pidió el senado que desterrasen á los que se habian mostrado partidarios de Perseo. Obedecieron pues, y esta condescendencia agradó al senado de tal modo, que declaró á los rodios aliados de la república.

Desde este tiempo trató Roma á Rodas como á hermana; pero como á hermana menor, cuyas atenciones recibia la mayor como una deuda. Se halló Rodas empeñada en una guerra de Caria, sin haber podido pedir á Roma su consentimiento antes de las hostilidades. Salió victoriosa, y envió sus laureles á los pies de los senadores, como un homenage ó una excusa de haber vencido sin su li-

cencia. Se dignó el senado de darla gracias por esta deferencia. Redobló Rodas sus respetuosas atenciones, suplicando que se la permitiese colocar en Roma, en el templo de Minerva, una estatua de esta diosa de treinta codos de alta: sin duda se media la dignidad de la ofrenda por la altura. Se concedió esta gracia, y se añadió la restitucion de la Lidia, que la república romana habia quitado á su hermana menor estando enojada.

Se miraban los romanos en Rodas como una familia. Allí se juntaron cuando Mitridates, rey del Ponto, los arrojaba del Asia, y hubiera hecho este príncipe ilustres prisioneros, si la hubiera podido rendir cuando la puso sitio; pero halló la mas porfiada resistencia de parte de los habitantes y de los refugiados, que peleaban como si fuera su patria comun.

Esta especie de fraternidad fue perniciosa para los rodios, porque no les permitió ser neutrales en las turbulencias domésticas de su aliada. Estuvieron por Pompeyo, despues por César, y se defendieron con valor contra Casio. Dieron dos combates, y perdieron la mayor parte de sus navíos. La ciudad fue entregada por traicion á Casio, el que la despojó de sus adornos, quitó la vida á los principales ciudadanos, y exigió fuertes contribuciones. Marco Antonio la restituyó sus privilegios, y la dió como propiedades las islas adyacentes. Los rodios, tan zelosos de la libertad, oprimieron con exacciones de tal modo aquellos paises, que se vió precisado el dictador á quitárselos. Vespasiano impuso á Rodas un tributo, y de soberana se quedó en ser solamente la capital de las islas del Mediterráneo sujetas á Roma. Ya veremos cómo recobró

despues su independéncia, y que al fin se la quitó el poder otomano.

C R E T A.

Creta , que ahora se llama Candia , es una de las islas mayores del Mediterráneo , mucho mas larga que ancha. La dan casi doscientas leguas de bojeo ó al rededor. Está bien regada y da buenos vinos : su terreno es fértil y goza de excelentes aires. Cien ciudades tuvo en otro tiempo , y todavía permanecen vestigios que presentan notables curiosidades, con haberse llevado los venecianos la mayor parte cuando la poseian. Se ven allí columnas istriadas y salomónicas de mármol granito , y de diez y ocho pies de circunferencia ; piezas maestras del arte que nosotros apenas podriamos egecutar. El monte principal es el Ida, desde donde se goza la vista de todos los mares al rededor.

En este monte y en sus cercanías vivieron los primeros habitantes de Creta : los dáctilos , que enseñaron á encender fuego, á fundir el cobre y el hierro, y los usos que se podian hacer de estos metales , enseñaron tambien la poesia , la música y las ceremonias sagradas. Vivian en las cavernas de los montes, ó bajo grandes árboles ; y siendo tan hábiles en cosas menos útiles , ignoraban el arte de edificar. Sin duda le aprendieron cuando reunieron los hombres en sociedad , y los industriaron en custodiar ganados , domar caballos , en cazar , bailar, y en fabricar espadas y capacetes , con otras muchas cosas atribuidas á los curetes. Los titanes, otra casta indigena , no fueron menos útiles al gé-

nero humano. Tan lejos estuvieron los de Creta de creer que hicieron guerra á los dioses, que tomaron de ellos las deidades Saturno, Júpiter, Neptuno, Rea, Tétis, Mnemosine, Latona y Ceres, y de estos dioses decian que descendia Minos, el primer legislador de Creta.

Se saben, ó se cree que se saben, los nombres de los antiguos reyes de Creta hasta Minos. Este príncipe fue el primero que equipó una armada, y se hizo temible en el mar; pero debe su principal reputacion á sus leyes, que sirvieron despues de modelo á Licurgo para las de Lacedemonia. En ellas se encuentran las comidas en comun, el respeto á los ancianos, las penas contra el lujo y la pereza, los egercicios militares, la vida dura recomendada para la infancia, las conversaciones políticas de los viejos despues de la comida pública. Todas son leyes de los espartanos.

Otra ley, imitada de los romanos, era la obligacion de los dueños de servir á sus esclavos en ciertos dias de fiesta instituidos con este fin. Otro establecimiento de Minos, admirado de Platon, fue inspirar desde luego á los jóvenes un respeto grande á las máximas, costumbres y leyes del pais: prohibirles poner en cuestion ni dudar de la sabiduría de su institucion; pues debian mirarlas no como dictadas por hombres, sino por los mismos dioses: bien observadas estas dos constituciones podian contribuir mucho á la pública tranquilidad. Este mismo Minos fue el que impuso á los atenienses el cruel tributo de siete muchachos y otras tantas doncellas para que las devorase el Minotauro, monstruo medio hombre y medio toro. Si esta barbaridad se puede creer, da lugar á pensar que

los que hacen leyes para algunos , tendrían tal vez necesidad de que otros las hiciesen para ellos.

La fábula de Pasifae , enamorada de un toro , se reduce , según la historia , á una princesa que se enamoró de un cortesano llamado Taurus. El Laberinto , Dédalo é Icaro , que salió de la torre con alas , esto es , en una nave con sus velas , todos son adornos de esta historia. Se notará que los cretenses , que tuvieron tan bellas leyes , fueron después los hombres mas desordenados , y que á cualquiera que se le llamase cretense lo recibía como injuria.

Deucalion , hijo y sucesor de Minos , fue padre de Fedra , cuyo amor incestuoso con Hipólito , su yerno , se ha trasladado á nuestros teatros. Idomeneo , quitando á su hijo primogénito la vida para cumplir un voto , y reducido á la razón con las lecciones de Mentor en los muros de Salento , dió un episodio instructivo al autor del Telémaco. Pudiera también enternecernos algún poeta trágico , sobre la suerte de la desventurada Fromina , calumniada por su madrastra , y condenada por Eteargo , su padre y último rey de Creta , á perecer en las olas , de las cuales escapó para pasar una vida indigna de su clase.

Al gobierno monárquico sucedió el republicano , y no se sabe cuándo ni por qué un senado de treinta tenía la suprema autoridad , mas no tenían sus decisiones fuerza de leyes hasta que el pueblo las admitía. Había diez *cosmos* , hombres que tenían á su cargo mantener el buen orden del estado. Los elegían como á los éforos de Esparta , de entre el pueblo , y hasta los ínfimos de esta clase podían ser electos. De entre ellos se tomaban los

senadores, y mientras eran cosmos, de nada eran responsables; pero lo eran al punto que tomaban asiento en el senado. Se balanceaban bien estas magistraturas entre sí: no se sabe cuanto tiempo duraban, ni si las habia en cada ciudad, ni cual era el lazo que unia las ciudades para hacer un cuerpo político.

Apariencias hay de que despues que se abolió la monarquía no hubo jamas entre los cretenses union federativa. Se atribuye á las perpetuas guerras que tenian entre sí su grande habilidad en el manejo del arco y de la honda. Pocas eran las potencias beligerantes que no atrajesen á su servicio honderos y archeros cretenses. Una prueba de que no tenian union entre sí como cuerpo de nacion, es el no verlos apenas en guerra nacional con los otros isleños, y que cuando salian de su isla para atacar ó defenderse iban en navíos sueltos, y no en armada naval, como les convendria si estuviesen unidos con intereses comunes.

Los cretenses (2929) preferian á toda otra guerra la de corsarios, y así turbaban la navegacion, infestando el Mediterráneo hasta las costas de Italia. Esta conducta fue el pretesto que los romanos tomaron para atacar á Creta, que siempre habia sido independiente; pero la verdadera razon del senado era la situacion de esta isla, muy cómoda en cualquiera de las partes del mundo que tuviesen guerra los romanos. Estos mudaron su gobierno, les impusieron un tributo, y los hicieron provincia del imperio. Los mahometanos, que en casi todas las islas de estos mares han sucedido á los romanos despues de los griegos, se apoderaron de Candia quitándosela á los venecianos, y no sin grande trabajo, como se verá en su lugar.

CIPRE Ó CHIPRE.

Cipre ó Venus, formada de la espuma del mar, abordó á esta isla sobre una concha marina, escoltada de las risas y los amores. Tambien era favorecida de Baco. Daba y da todavía escelentes vinos, miel, aceite y suficiente trigo. El cobre de Chipre era muy estimado, y corria por sí mismo derretido cuando pusieron fuego á los bosques de la isla para poder cultivarla.

Se cree que los primeros que la descubrieron fueron los fenicios: y que enviando á ella una colonia, esta la pobló. Muchas naciones, como los atenienses, macedonios, arcadios y aun etíopes, abordaron á esta isla, é introdujeron sus diferentes costumbres. Esta mezcla no pudo contribuir á su pureza. Por esta confusion de usos y principios, ó en memoria de Venus, su diosa tutelar, eran las chipriotas mas que *galantes*. Se cuenta que llegando Pigmaleon á Chipre, no dicen de dónde, ni por qué motivo, le pareció tan mal la conducta de las mugeres, que se resolvió á no casarse. Siendo hábil escultor se divirtió en hacer una estatua de marfil, y salió tan hermosa que se enamoró de ella. Prometió casarse si Venus le proporcionaba una muger tan bella como su estatua. Animó pues la diosa á la misma estatua, y tuvo en ella Pigmaleon un hijo, que fue el primer rey de Chipre. Desde entonces fue su gobierno monárquico, pero dividido en muchos reinos, tanto que casi cada ciudad tenia su rey. Algunas veces, aunque pocas, se reunieron estos reinos, y formaron de toda la isla una sola monarquía, que despues se desmem-

bró. Las naciones vecinas subyugaron fácilmente cada parte distinta. Los persas, á lo que parece, fueron los que mas se aprovecharon de esta division. Estuvieron dominando tranquilamente hasta que un rey de Salamina, llamado Onesilo, formó una confederacion de todos los gefes de la isla, que antes eran como vasallos de los persas, y á la cabeza de estas fuerzas reunidas se hizo temible á los opresores.

Dos reyes (2499), sus colegas, le hicieron traicion, le abandonaron, y murió en un combate. Sus sucesores llevaron con paciencia el yugo de los persas, y le sacudieron con la proteccion de los griegos, que los abandonaron del todo en la paz de Antalcida.

D. del D.
2499.
A. de J. C.
499.

Habia entonces nueve reyes (2662) en la isla. Ebágoras, segundo rey de Salamina, se cansó de ser tributario de los persas. Auxiliado de las grandes riquezas que habia juntado, levantó un ejército fuerte, equipó una armada, le socorrieron poderosamente los atenienses, y aun así, solo consiguió la paz, sujetandose á un tributo. En tiempo de los sucesores de Alejandro pasó Chipre de las manos de Antígono á los reyes de Egipto. Nicocles, uno de los reyecillos de esta isla, se hizo sospechoso al monarca egipcio; y sin mas ceremonias envió éste asesinos á Chipre, los que rodearon á Nicocles de suerte, que no teniendo por donde escapar se quitó la vida. Axiata, su muger, sabiendo la suerte de su marido, mató á sus hijas por su propia mano, y despues se atravesó con un puñal. Con la noticia de estas muertes fue tanto el dolor de los hermanos de Nicocles, que todos pusieron fuego á su palacio, y perecieron en la llama con su familia.

D. del D.
2662.
A. de J. C.
336.

D. del D. na (2741) se tragaria la isla de Chipre, mas no
 2741.
 A de J. C. fue por conquista, porque mas quiso valerse del de-
 257. recho de sucesion, bien ó mal fundada. Un tal
 Alejandro, arrojado del trono de Egipto que habia
 usurpado, estaba retirado en Chipre, que corres-
 pondia al dominio egipcio: tambien le espelieron los
 dos hermanos Tolomeos de esta parte de su reino,
 tomando el uno el cetro de Egipto, y el otro el de
 Chipre. Viendose Alejandro despojado, nombró al
 morir á los romanos por herederos, deseoso de ven-
 garse. La hora no era favorable para que los roma-
 nos se valiesen del derecho que les daba esta dispo-
 sicion, y así dejaron tranquilos á los Tolomeos cada
 uno en su trono, y aun hicieron alianza con ellos.
 El Tolomeo chipriota tuvo la desatencion de no
 querer dar dinero al tribuno Clodio en un caso ur-
 gente, y el magistrado romano pensó en resucitar
 el derecho del testamento casi olvidado. Cuando se
 le presentó al pueblo, procuró que supiesen que ha-
 bria que repartir muchas riquezas. Esta considera-
 cion era muy poderosa para con los ciudadanos que
 vivian en Roma de los despojos de las naciones. Les
 pareció muy justo que la isla de Chipre, tan opu-
 lenta, perteneciese á la república, y con ser así que
 reconocian al Tolomeo reinante por aliado y amigo
 de Roma, y nunca habia merecido el odio de la
 imperiosa república, se declaró con decreto que su
 reino pertenecia al pueblo romano.

Tres ventajas halló Clodio en este decreto: la
 primera vengarse: la segunda agradar al pueblo, al
 que necesitaba: la tercera retirar á Caton, cuya
 presencia le estorbaba para sus fines ambiciosos. Sin
 que Caton lo supiese hizo Clodio que le diesen el

departamento de Chipre, y le intimó la decision del senado en estos términos: "El vicio reina en Chipre, y tiene manchado el mismo trono: Roma ha elegido un hombre de conducta irrepreensible para que allí establezca el imperio de la virtud. Id pues, Caton, y haced respetar la pureza de las leyes romanas en una isla infamada con la depravacion de las costumbres." Advirtió Caton el lazo, y respondió: "Está nuestra misma patria espuesta á muchas mayores desgracias, y así no puedo dejarla." "Supuesto, le dijo Clodio, que resistis á la solitud de vuestros amigos, será preciso obligaros." Sobre la marcha hizo juntar el senado, y recibió Caton la órden de partir al instante á destronar al rey.

Sin armas y sin guardias se embarcó Caton en la primera nave que halló: llegó á Rodas, escribió al débil rey, exhortandole á retirarse pacíficamente; y para reintegrarle en la pérdida de una corona le ofreció la suprema sacrificatura del templo de Venus en Pafos, que era empleo de grandes rentas. Asustado el monarca de solo imaginar una guerra con los romanos, embarcó todas sus riquezas consigo, y partió con la intencion de dar un barreno á la nave, y perecer con todos sus tesoros; pero el ver que se las tragaba el mar era un espectáculo superior á sus fuerzas. Volvió pues á tierra, encerró sus queridas riquezas en los cofres, y tomó veneno. Tomó Caton la posesion de la isla á nombre de la república, y se apoderó de los tesoros del rey, que subian á casi treinta millones.

Concluida la pretura de Clodio, propuso Ciceron anular los decretos dados durante su magistratura: á esto se opuso Caton, diciendo que sería pre-

ciso restituir á los chipriotas los tesoros que se habian traído de su isla. De este modo aquel Caton, de virtud tan severa, opinó como codicioso republicano, que convendria no dar la libertad á Chipre para poder guardar á favor de Roma su dinero. Todavía tentó Chipre la codicia de los nuevos republicanos, tan poco delicados en punto de justicia como los antiguos.

SAMOS.

Samos tiene como treinta leguas de bojeo, su terreno es fértil y el aire sano: en otro tiempo se hacia loza esquisita, y en el dia permanecen ruinas que dan testimonio de la hermosura de algunas ciudades, y entre otras la de Samos, capital. Cerca de esta habia un templo soberbio dedicado á Juno, diosa tutelar de la isla: un acueducto que atravesaba una montaña para llevar á la ciudad aguas sanas: un muelle de cien pies de alto, que entraba dos estadios en la mar. Una obra tan extraordinaria, hecha en tiempos tan remotos, prueba el gusto de los samios en la navegacion. Se dice que fueron los primeros que construyeron naves que pudiesen transportar la caballería.

Los carios y otros isleños vecinos fueron los primeros habitantes de Samos, isla que fue de la confederacion de Jonia. El gobierno fue monárquico, despues republicano, con senado democrático, oligárquico, y muchas veces anárquico, pues tuvieron turbaciones domésticas. La guerra civil mas notable fue ocasionada por unos nobles, llamados *Géomoros*, que quitaron al pueblo las tierras, y las repartieron entre sí. En una guerra que sobrevino

dieron el mando de las tropas á nueve generales, de cuyas disposiciones sin duda no tenian esperiencia; porque estos comandantes viendose á la cabeza de las tropas, pasaron á cuchillo á los Géomoros, y restablecieron la democracia. A esta sucedió la tiranía de un tal Silason, que sacando al pueblo de la ciudad con pretesto de una procesion, no le dejó entrar en sus casas sino desarmado y sometido: volvió el pueblo á tomar el mando, y al fin le impuso el yugo Polícrates, famoso tirano de Samos.

Consiguió Polícrates (2431) el poder supremo por una composicion que habia hecho con sus hermanos, prometiendo repartir con ellos la autoridad. Se dice que empezaron la empresa con solo diez hombres que se apoderaron de la ciudadela, y sostuvieron los primeros esfuerzos de los samios. El tirano de Naxòs, isla vecina, envió á tiempo socorros á estos hermanos. Subió Polícrates al trono, y para no tener compañeros se deshizo de sus hermanos, matando unos y desterrando otros: lo mismo egecutó con los grandes que le habian sido contrários. De este modo se hizo dueño en su casa, y bien presto lo fue en la de los otros. Se sabe el dicho de Amasis, rey de Egipto; y su aliado que le aconsejó se procurase alguna desgracia que interrumpiese el curso de una prosperidad demasiado constante, pues temia que diese una funesta vuelta. No pudo Polícrates procurar la desgracia necesaria á su prosperidad. Llegó á verse conquistador temido de sus vecinos. Todos buscaban su alianza; y si experimentaba algunas pequeñas pérdidas, difinitivamente contribuian á su gloria; pero la escesiva confianza le perdió. Acostumbrado á salir bien de todas sus empresas,

D. del D.
2431.
A. de J. C.
567.

cayó en el lazo que le preparó un gobernador persiano, picado de verse obscurecido por el rey de una isleta como Samos. Le atrajo al país de su gobierno, y le hizo crucificar. A escepcion del título de tirano fue Polícrates un gran príncipe, buen general, y hábil político: nunca Samos estuvo tan floreciente como en su reinado. Vivía en su tiempo Anacreon, y una corte que gustaba de este poeta, y en la que él estaba contento, no debía estar muy destituida de placeres.

D. del D. A Polícrates sucedió Meandro, su secretario
 2476.
 A. de J.C. y ministro (2476). Este quiso restituir la libertad
 522. á los samios, y haciendo la proposicion en la asamblea del pueblo, se levantó Telescarco, uno de los principales habitantes, y le dijo que lo mejor sería empezar dando cuenta del dinero público que habia manejado. Al oír esto, dijo Meandro para sí: Si ahora que tengo la autoridad en mi mano me hablan así, qué harán si la dejo: conservó pues su corona, mas no la tuvo mucho tiempo, porque se la quitó uno de los hermanos de Polícrates, á quien este desterró. Reinaron muchos sucesores, unos poco conocidos, otros con alguna reputacion protegidos de los persas, y aliados ya de los atenienses, y ya de los laeedemonios. Este estado que habia degenerado, entró en otro peor bajo los reyes de Macedemonia, los de Siria y los de Pérgamo. Los samios pues, que sin que nadie lo notase vivían en grandes revoluciones, cayeron tambien en la república romana, como parte de los estados de Eumenes, que los habia legado á esta. Augusto les restituyó la libertad y el uso de sus leyes, que habian gozado por un momento durante su alianza con Atenas; pero Vespasiano envolvió á Sa-

mos con las islas griegas, haciendo de ellas una provincia romana.

LAS ISLAS GRIEGAS.

Las divisiones generales de las islas griegas son dos: las Cícladas, así llamadas de una palabra griega que significa círculo, le forman al rededor de Delos, isla de Apolo. Las Esporadas tienen este nombre de otra palabra griega que significa sembrar, porque distantes del círculo de Delos, estan como sembradas confusamente por la superficie del mar. Algunas hay que no debian nombrarse si la historia griega no hiciera mencion de ellas algunas veces.

Proconeso sobre la costa de Tracia, enfrente de Cícico, es conocida por sus bellos mármoles, que son los que reciben el pulimento mas fino. No quiso Constantino otros para hermostear su nueva ciudad de Constantinopla.

Bésbisco, cerca de Cícico, se cuenta entre las islas que se destacaron de la tierra firme.

Ténedos, enfrente de la antigua Troya, tendrá nueve leguas de bojeo. De esta isla salieron las serpientes de largos y tortuosos enroscados, que tragaron á Laoconte y á sus hijos: detras de ella se ocultaron los griegos, fingiendo levantar el sitio de Troya: sus habitantes eran tan justicieros, que pasó á proverbio *la justicia tenediana*, para decir justicia severa. Produce el vino moscatel mas delicioso de levante. Justiniano la hizo un pósito para los trigos que se llevaban á Constantinopla. Esta fue de los persas, de los atenienses, de los lacede-

monios, de los romanos, y por último es de los turcos.

Lesbos puede tener ciento veinte leguas de bojeo: en ella nació Arion, tenido por el inventor de la lira: Teofrasto, gefe de la filosofia peripatética despues de Aristóteles: Pítaco, uno de los siete sabios de Grecia: Alfeo, poeta lírico: Safo, llamado la musa décima: Tepsandro, que dió á la lira la septima cuerda: Helamio, célebre historiador: Calias, laborioso comentador de Alfeo y de Safo: Diófanes, famoso retórico, y otros muchos. Tiempo hubo en que los romanos, que se querian perfeccionar en la bella literatura, se retiraban á Rodas, á Atenas ó Mitilene, capital de Lesbos.

El vino de Lesbos sirvió un dia á Aristóteles para apreciar el mérito de dos grandes hombres. Le preguntaron á quién daba la preferencia entre Menedemo de Rodas, y Teofrasto de Lesbos. Hizo que le echasen vino de estas dos islas, le gustó, y dijo: "Ambos son escelentes; pero el vino de Lesbos es superior."

A esta isla la poblaron colonias como á otras; y los gefes que las conducian se hacian reyes. Despues se estableció la democracia: con el tiempo todas las ciudades afectaban superioridad sobre sus vecinas, y de aquí las guerras civiles que paraban en tiranía. A Pítaco, que habia echado fuera á un tirano de Mitilene, le suplicaron los habitantes que tomase el cetro: este gobernó con grande prudencia, y muchos de sus juicios fueron grabados en las paredes del templo de Apolo en Delfos, como oráculos de justicia. Una de sus leyes parecerá severa: en esta determinaba que todas las culpas cometidas en la embriaguez fuesen doblemente castigadas.

Los lesbios entraron en todas las guerras de los persas, en las de los atenienses y lacedemonios, y en las de los Mitrídates y los romanos. En cuanto á las costumbres tenian mala fama los hombres, y peor las mugeres. Para decir vida estragada se decia en general *una vida lesbia*. A esta isla la llaman Metilena, y tiene al rededor muchas islitas de poca importancia.

Los atributos principales que se hallan en las medallas de Quio ó Escio son relativos al vino, como vástagos, toneles y copas. A los poetas no les pareció exageracion llamarle néctar ó ambrosía. Si se cree á los habitantes esta deliciosa bebida calentó la imaginacion de Homero, que dicen haber nacido entre ellos. Muestran una especie de anfiteatro que llaman su escuela, y está colocado en el mejor viñedo. Era preciso repetir, para hablar del gobierno de Quio, lo que se ha dicho de otras ciudades, monarquía, república, tiranía y sujecion á los vecinos isleños, ó á los imperios grandes. Siempre sería volver al círculo sin rasgo alguno de importancia. Solamente se advierte que habiendo adquirido por traicion y con sacrilegio un territorio muy fértil, hicieron por mucho tiempo escrúpulo de emplear en los sacrificios el producto de aquella tierra; y así tenian los frutos y trigo que producía por profanos y por indignos de ser ofrecidos á los dioses; pero no llegó el escrúpulo á no aprovecharse de aquel territorio. Quio es el centro de otras ocho ó diez islas pequeñas.

Icaria, cuyo nombre se deriva de Icaro, tiene buenos pastos. Patmos escelentes puertos: toda se compone de rocas, y servia para destinar los desterrados. Leros daba el aloe. Fármaco y Ludo eran

retiro de piratas. Estos hicieron allí prisioneros á Julio Cesar.

Esculapio, dios de la medicina, tenia un hermoso templo en Coo, y le honraban con un culto particular. En ella nació Hipócrates, restaurador de esta ciencia. Homero honra esta isla con el epíteto de bien poblada, y no existian aun Hipócrates, Sennio y otros famosos médicos que allí se formaron. Genofonte, médico del emperador Claudio, que se tenia por descendiente de Esculapio, consiguió de este emperador que eximiese de toda contribucion el lugar de su nacimiento: mucho debió Coo á la medicina. Se gloriaba esta isla del nacimiento de Apeles, y en ella hizo la magnífica pintura de Venus saliendo del mar. El gobierno fue monárquico, democrático ó aristocrático hasta que fue de los romanos. Se fabricaba en Coo una tela tan fina que era del todo transparente. Las damas romanas la estimaban mucho, y las hermosas tenían el gusto de creerse vestidas sin estarlo. Dicen que Nisnia, que es una pequeña isla, es una separacion que el mar hizo en Coo. Cárpatos, que apenas es mas grande, dicen que tenia tres ciudades. Otras muchas que hay por allí mas deben contarse por su pequeñez como rocas que como islas: no obstante, la benignidad del clima y la fertilidad de la poca tierra que tienen atraen habitantes.

Tera, cerca de Creta, debe su nombre á Tero, lacedemonio, que llevó allí algunos descendientes de los argonautas, y de estos se cuenta la aventura siguiente. Los llevó el mar de aquí para allá, y llegaron al territorio de Esparta: fueron bien recibidos de los habitantes, que no solo les die-

ron tierras, sino mugeres tambien. Estos aventureros conspiraron contra los propietarios, queriendo hacerse dueños de todo el pais. Se descubrió la trama, y cogiendolos á todos, los condenaron á muerte. Un día antes que se egecutase la sentencia pidieron las mugeres permiso para entrar á despedirse de sus maridos; y concedida esta gracia, entraron, cambiaron con ellos de vestido, y de este modo los salvaron. Un rey de Esparta, llamado Teras, que despues de haber renunciado la corona se cansó de ser vasallo, pensó en reunir estos extranjeros y transportarlos fuera de las tierras de la república. Se hizo pues su capitan, y desembarcó en una isla, á la que dió el nombre de Tera.

Tan poblada estaba la isla de Ceos, que se hizo una ley que mandaba que todos los que pasasen de sesenta años tomasen veneno para dejar á los otros de que subsistir. Es verdad que era permitido á los que no querian sujetarse á esta ley salir de la isla; pero no podian llevar consigo cosa alguna. Los habitantes de Julia, ciudad de Ceos, viendose sitiados por los atenienses, se propusieron quitar la vida á todos los niños para que la obligacion de cuidarlos no los distrajese de los trabajos de la defensa. Sabiendo los atenienses esta resolucion eligieron antes levantar el sitio. En Ceos nació Simónides, el primero que hizo versos para cantarlos en los funerales. En Cito, cerca de Ceos, hay baños calientes.

Serifa está erizada de rocas y llena de minas de cobre, que son las que hacen mal sano el aire. Su principal produccion son cebollas, y así era el lugar adonde los emperadores enviaban á los que querian castigar con el mas penoso destierro. Pre-

guntó uno de estos desterrados á un serifiano, qué delito era el que podia tener por pena ser desterrado de Serifa; y le respondió, que el perjurio: y así haz presto un juramento falso, y te desterrarán de un lugar tan execrable. A esta envió Augusto á un orador que hablaba con demasiada libertad, porque diez y siete años de destierro en Creta no le habian curado de este mal.

Si hubiera ateistas, podria tener para ellos alguna estimacion; porque fue patria de Diágoras, el primero que negó la existencia de los dioses. Lo que de esta isla se apreciaba era su alumbre, su miel y sus aguas, que curaban la sarna, bien que daban la hidropesía.

Sifano y Argentera tenían minas: la primera de plomo, y la segunda de pláta: dicen que hoy las ocultan los habitadores, temiendo que los turcos los hagan trabajar en ellas. Turnefort describe las cavernas de Oletto, mas conocida por el nombre de Antíparos. Parece que en su origen son canteras de mármol, y tambien las que han dado luces sobre la vejetacion de las piedras.

Fue Naxòs una isla floreciente, guerrera, fértil en esclentes vinos, y tuvo un soberbio templo en honor de Baco. Sus frutas son deliciosas, y sus llanuras están cubiertas de naranjos, olivos, viñas, higueras y morales: tambien tiene cedros. Su mármol mas estimado es el verde, cortado con venas blancas. Los atenienses la subyugaron, los echaron de ella, y aun volvieron. Por último, los romanos la hicieron sufrir la misma suerte que á las demas.

Paros es nombrada por sus mármoles. Lo selecto de la materia convidaba á los artífices, por-

que pocos parages hay en donde se encuentren tantos restos de columnas, arquitevas y pedestales. Los muros de Parrequia, edificada sobre las ruinas de Paros, todos se componen de estos restos. En lo antiguo se llamaba *la isla opulenta, poderosa, feliz*. Estaba muy soberbia por su riqueza, y ahora se reduce al producto de un pequeño Comercio. Fue patria de Arquiloco, el poeta satírico mas mordaz.

Esciros abundaba en vino, trigo y otros comestibles. Su aire es muy sano. Fue patria de Ferécides, uno de los mas sabios filósofos de la antigüedad, maestro de Pitágoras, y discípulo de Pitaco. Dicen que fue el primero que escribió en prosa, observó las revoluciones de la luna, pronosticó los eclipses, y enseñó el dogma de la inmortalidad del alma con el disparate de la transmigracion que aprendió de los fenicios. Micon, Andros, Ciros, Teos y otras islas adyacentes no nos ofrecen mas que sus escelentes vinos y bellas ruinas.

Tres templos se veian en la isla Delos: el primero consagrado á Latona, el segundo á Diana, y el tercero á Apolo. Este último era uno de los mas soberbios edificios del universo. Los oráculos que se daban en él eran muy estimados; decian de ellos que eran mas claros que los que daba en Delfos, porque estos eran obscurísimos; no obstante pensaban que se podian aplicar con mas seguridad. Ocupaba el templo de Apolo gran parte de la isla, y aun toda ella era asilo no solo para los particulares, sino para las naciones. Hubo ocasion en que estando en esta isla egércitos enemigos entre sí, ninguna hostilidad hicieron por respeto al lugar en que se hallaban. Todos los grie-

gos concurrieron á la construccion de este templo y de sus magníficas galerías, en cuyas ruinas se leen aun los nombres de muchos reyes que contribuyeron. Enviaban sus ofrendas y dones muchas veces con personas solamente diputadas para este solo fin. En el dia van muchos curiosos á buscar vestigios de los antiguos monumentos; y tan cubierta está la tierra de escombros, ruinas y espinas, que no es posible cultivarla, ni hay en ella un habitador. Ve aquí lo que es Delos antigua y moderna.

Despues de ver á Esciros, en donde estuvo Aquiles disfrazado en traje de muger de la corte de Licómedes, se pasan cuatro islas pequeñas para llegar á Lemnos consagrado á Vulcano, y habitacion de los primeros herreros. Tambien invocaban á Juno, madre de este dios, y todos los años la sacrificaban una muger joven. Una tierra, que llaman *sigilata* por el sello de los sacos en que la traen, se ha tenido siempre por excelente remedio contra la ponzoña, mordeduras de serpientes, heridas y flujo de sangre; y es una especie de calizo que iban á buscar con ceremonias religiosas, y lo mismo hacen los griegos modernos cuando la recogen. Una grande parte de esta tierra se envia al Gran Señor, y la restante se vende por su cuenta: no pueden los habitantes reservarse nada de ella sopena de muerte. Tambien habia en Lemnos un laberinto, edificio magnífico. Imbros y Taxòs tenían minas de oro.

La isla de Samotracia era famosa por los honores que en ella se hacian á los dioses Cabiros. No concuerdan entre sí los sabios en el origen de esta palabra ni en su significado; pero parece que por ella entendian los muy poderosos dioses. El ju-

ramento mas sagrado era el que se hacia por los dioses de Samotracia. No se deben pasar en silencio las ceremonias de la iniciacion: pues se hallará en ellas alguna semejanza con las que dicen practicarse en una asociacion de nuestros dias. Colocaban al que habia de ser admitido en una especie de trono: le ceñian con cintas de color de púrpura: le coronaban de laurel; y despues danzaban al rededor de él los sacerdotes y los espectadores. Concluia la danza con execraciones contra los que revelasen lo que pasaba en sus asambleas. Debe notarse que el atributo de un cabiro, segun se ve en las medallas, era un martillo.

Por demas sería buscar hoy en Corcira los jardines del rey Alcinoó; pero á un lado de una tierra arenisca y estéril, se ve otra abundante en árboles frutales, olivos, higueras y viñas, con bellas casas, y estos son los bellos jardines. Lo mismo hay en Leucada y Citéra. En cuanto á las Estrofadas, Equinadas y una multitud de islas, parece que la naturaleza cuando las repartió sus mas preciosos adornos, quiso hacerlas asilos de la felicidad y la paz, y no obstante casi siempre han sido los teatros de las guerras estrangeras, ó de las turbaciones domésticas, ó invadidas por los piratas.

Era Egina una tierra pedregosa; pero la industria de los habitantes la hizo fértil, por haber conseguido á fuerza de trabajo, y moviendo mucho la tierra, fecundizarla. Fingieron los poetas que despues de una peste que desoló el pais, hicieron los dioses unos hombres conocidos con el nombre de Mirmidones (hormigas), esto es, que á los holgazanes sucedieron los laboriosos. Solon era de Salamina.

Concluiremos la larga enumeracion de las islas griegas con Eubea, isla hermosa y grande, que como las otras tuvo guerras intestinas y exteriores. Todas estas islas han sufrido horribles desolaciones, incendios y subversiones totales de las ciudades mas florecientes. Estos isleños, alternativamente opresores y oprimidos, se arrancaban la palma de la libertad que regaban con sangre, así de sus vecinos, como de sus mismos ciudadanos. En la actualidad con el sello de la servidumbre bajo el gobierno turco, en pagando el tributo pasan una vida dulce y tranquila. Los viajantes, que los han examinado mas de cerca, han hallado en ellos la delicadeza y urbanidad de los antiguos griegos, y en las mugeres las gracias atractivas de sus mayores: en sus fiestas la decencia y la alegría; y si se ha de juzgar por la historia, mejor estan en la dependencia presente, que en aquella libertad siempre agitada y sangrienta.

MACEDONIOS.

En el fondo del golfo que contiene este archipiélago se halla la Macedonia. Sus límites han variado, segun que la fortuna ha sido contraria ó favorable á sus príncipes. Se formó en reino con la agregacion de muchos pueblos pequeños, cuyos nombres todavía se conservan, y no se sabe cuando prevaleció el de macedonios, ni si viene de un rey llamado Macedo, descendiente de Deucalion; ó de Migdonia, provincia de la que se derivó Macedonia.

En este reino son muy comunes las montañas, y el monte Atos pasa por uno de los mas altos de la tierra. En él habia antiguamente muchos alta-

res consagrados á diferentes dioses, y ahora tiene muchos monasterios. El monte Pangeo encierra en sus entrañas minas de oro y de plata. No solamente los montes, toda la Macedonia produce maderas de construccion, y muy estimadas para carpintería. En otro tiempo no se conocian en este pais desiertos: ahora por estar menos poblado faltan algunas veces los víveres. No se ha aprovechado como pudiera para el comercio de los mares que bañan sus costas, ni para la navegacion y transporte de los rios que la riegan. No se conocen allí animales extraordinarios, ni otras cosas raras naturales ó artificiales; pero su aire es muy sano, y se ven muchos ancianos vigorosos. Las llanuras cercanas al mar dan trigo y aceite, y son mas fértiles que el resto del pais, el que generalmente es montuoso y lleno de selvas; pero criaba muchos y escelentes caballos.

Los antepasados de estos hombres, que llegaron poco á poco á ser dueños de la Grecia y despues del Asia, eran los argivos. Llegando á este pais bajo la conducta de un gefe descendiente de Hércules, estendieron sucesivamente su dominacion, así con la prudencia como con el valor, sin erigir trofeos de sus victorias, y tratando como hermanos á los que subyugaban. Todos aquellos pueblos se fundieron en uno, por decirlo así, haciendo una sola nacion, cuyo carácter y distintivo era la valentía y el desvío del lujo y la pereza.

En ninguna parte como en Macedonia nos dan los antiguos mas perfecta imágen de la monarquía templada: mas libertad gozaban ellos, sujetos á sus reyes, que la mayor parte de las repúblicas de Grecia. Como vasallos fieles, y aun zelosos, eran muy

afectos á sus príncipes, como que hicieron adoptar una ley de la Persia, que disponia, que no solamente los conspiradores, sino tambien sus parientes fuesen esterminados. Pero este afecto á sus reyes no era una especie de idolatria, antes bien hablaban con ellos y los saludaban con el ósculo; porque los miraban con amor mas que con miedo: á nadie se le quitaba la vida no interviniendo el juicio de los tribunales ó del ejército.

Eran los monarcas de Macedonia muy modestos en los ornamentos que significaban su dignidad. Unas armas magníficas y una silla de respeto era todo lo que los distinguia de los vasallos. Su educacion era severa; y templaban la magestad del trono con una benigna familiaridad: comian con sus amigos, admitian los vasallos á su presencia, y juzgaban sus causas, aun las que no eran de la mayor importancia. Estas no fueron costumbres de un solo rey, sino unas virtudes perpetuadas en el trono de Macedonia por muchos siglos.

Los macedonios profesaban la misma religion que los griegos. Sus principales dioses eran Júpiter, á quien honraban como protector: Hércules como dios tutelar de los hombres valientes; y Diana como diosa de la caza, que era su ocupacion favorita. Eran muy supersticiosos: los mismos reyes eran los que egercian las funciones sacerdotales: erigian estatuas y altares, é inmolaban victimas. Solo en los grandes convites se apartaban de las reglas de la sociedad, y en estos no eran admitidas las mugeres: los jóvenes no tenian asiento hasta haber muerto un jabalí en buena guerra, esto es, con la lanza, y sin haberle armado redes.

No solamente les gustaba la caza, sino sus pe-

ligros. En presencia de sus capitanes se les daba en los campos lección de fortaleza y destreza; y egecutaban una danza militar que no dejaba de tener gusto; mas siendo soldados atrevidos eran tímidos marineros.

Las leyes dimanaban del príncipe; pero debían ser conformes á la equidad natural. El acusado se presentaba atado, y sin ninguna divisa de su dignidad de cualquiera clase que él fuese; pero nunca se le privaba del derecho de defenderse. En caso de duda se permitía dar tormento; y el suplicio mas ordinario era apedrearle. El año de los macedonios era de doce meses desiguales, resultando de ellos tantos días como nosotros contamos en el nuestro: y es cosa notable que en cada cuatro años tenían un visiesto. No tenemos tan claras noticias de sus conocimientos en las demas ciencias: solamente se observa que eran escelentes numismáticos. Sus medallas tienen por un lado el busto del príncipe, por otro el nombre de la ciudad en donde las acuñaron, lo que es muy del caso para la historia. En su exérgeo, que está muchas veces en la lengua macedónica, se vé que esta era del todo diferente de todos los dialectos de la lengua griega.

El valor era una prenda natural en los macedonios, y aun añadieron á esta una escelente disciplina, con la mezcla feliz de espíritu y docilidad, que al fin los hizo invencibles. No obstante, algunas veces no fueron tan poderosos como sus vecinos, aunque siempre tan valientes como ellos; pero desde que el genio de sus príncipes les abrió el camino á grandes conquistas, le siguieron con un ardor sin igual; y para que saliesen bien sus proyectos se sujetaron á la mas severa disciplina. Desde

entonces fue para ellos la guerra una ocupacion nacional: todos nacia soldados, y no tenian otra educacion sino la de los egércitos.

El de Macedonia, en el tiempo de su felicidad y de su gloria, se componia de macedonios en las dos terceras partes, y no tenian mas sueldo que el botin. La otra tercera parte era de auxiliares ó griegos, mantenidos por sus repúblicas, y de mercenarios pagados por el rey. En la infantería habia unos ligeramente armados, otros no tan á la ligera, y otros con pesada armadura: estos eran los que hacian la famosa falange: cuerpo tan terrible en el ataque, inmóvil en la resistencia, y al mismo tiempo temible por la regularidad y presteza en sus movimientos cuando hacia alguno, y por la solidez de su masa cuando se fijaba.

Aunque la mayor parte de la caballería era de extranjeros, tambien habia algunos cuerpos de macedonios. Cuando un soldado perdia su caballo en el combate, tenia el capitán obligacion de darle otro de su caballeriza, por la máxima de que la utilidad pública es primero que el fausto del particular. Habia premios establecidos para los enfermos y los veteranos.

Todas las armas ofensivas y defensivas de los macedonios consistian en escudos y capacetes de cuero crudo, espadas, estoques, puñales y picas. Cuando mandaba el rey, lo que casi siempre sucedia, no se distinguia por la magnificencia del equipage ó del vestido, ni por la mesa espléndida y suntuosa, porque vivia como un simple soldado; y no era esta la frugalidad de uno ú otro, sino la de todos los reyes desde el primero al último.

La falange acampaba en el centro, la caballe-

ría en una ala, y la tropa ligera en otra; y este orden se observaba en las marchas en cuanto era posible: cuando rompian al enemigo, acudia la tropa ligera y la caballería á perseguirle: siempre se quedaba la falange en el campo de batalla para no permitir la reunion. Durante la accion, los oficiales y el mismo rey dirigian sus palabras á los soldados, y tenian cierto grito de guerra que todos levantaban al mismo tiempo al atacar.

Nunca acampaban sin abrir al rededor el foso, y cada tienda solo tenia dos soldados: todas eran de cuero que se podian coser y llenar de aire para servir de barcas en caso de necesidad. El rey tenia dos tiendas, una para descansar, y otra para recibir. No seguian al ejército mugeres, niños ni equipages de lujo. Los carros eran pocos, porque cada soldado llevaba lo que necesitaba. Tales eran las tropas, que saliendo de un rincon de la Europa sujetaron parte de ella, y dilataron su dominio hasta el Africa despues de haber sometido á su imperio toda el Asia conocida.

A Macedonia llegó de Argos Caranno con una colonia (2205). Estaba el pais poblado, y le empezó á conquistar para formarse un reino, erigiendo trofeos segun la costumbre de los vencedores. Una feliz casualidad le curó de vanidad tan inútil. Supo Caranno que un leon, saliendo de los bosques del monte Olimpo, acababa de destruir uno de estos monumentos, y lo tuvo por aviso de los dioses que no querian que irritase á sus vecinos eternizando su vergüenza. Desde entonces estableció una regla que pasó á sus sucesores, de no tratar á los pueblos conquistados como á enemigos, y mirarlos como á vasallos.

D. del D.
2205.
A. de J.C.
793.

Precedieron á Eropas cinco reyes : ganó este una batalla estando todavía en la cuna. Con ser los macedonios tan valientes siempre los vencian los del Ilirico , y les asolaban el país. Creyeron pues, que pelearian con mejor fortuna animados con la presencia de su rey , aunque era niño de pecho. Le hicieron los gefes traer á la batalla ; y bien fuese ardor nacional ó la honrosa vergüenza de abandonar un niño , pelearon con tal obstinacion, que derrotaron á los Ilirios.

Reinando Amintas sucedió la aventura ya referida de los jóvenes señores persas, que precisaron á este príncipe á introducir sus hijas con ellos en las libertades de un convite ; y Alejandro, hijo del rey , vengó la violencia hecha á su padre , y libró á sus hermanas de la afrenta que las amenazaba.

Este Alejandro, sucesor de su padre Amintas, hizo durante su reinado el papel de mediador entre el rey de Persia y las repúblicas griegas. Estas le echaron muchas veces en cara que en las negociaciones obraba con doblez. También le dijeron que procedería con mas nobleza y le convenia mas declararse por el partido que defendia la libertad de los griegos, que sujetarse al vergonzoso yugo del monarca asiático ; pero su conducta equívoca le procuró la ventaja de libertar su reino de las desolaciones de la guerra, y de enriquecerle con el paso de las tropas. No obstante, se conjetura que estaba mas inclinado á favor de los griegos ; pues hallándose en el ejército persiano les avisó que iban los persas á atacarlos : noticia sin la cual los hubieran sorprendido y derrotado. “Espero, les dice , que tendreis presente á un hom-

bre que por amor á los griegos da un paso tan peligroso. El interes que tengo en esto es la conservacion de la Grecia , como que yo soy griego de origen.”

Pérdicas, hijo de Alejandro , se halló cuando subió al trono entre los tracios, nacion bárbara, persas, lacedemonios y atenienses, que procuraban atraerle cada uno á sus querellas, siendo todos enemigos sordos ó declarados. De unos y otros se deshizo , ya empeñándolos unos contra otros , ya socorriéndolos y ya abandonándolos. Le acusaban de perfidia, y él recriminaba con falsas imposturas , y todos tenian razon. No hubo suerte de guerra que no esperimentase , invasiones , ataques no previstos , campañas regulares, y guerras civiles; pero se nota que siendo guerrero hábil y valiente , preferia la pluma á la espada, y la negociacion á las armas.

No se sabe á qué título le sucedió Arquelaos, pero le dejó un reino poderoso. Se aplicó á fortificarle con plazas de defensa , y pasó una vida cómoda y tranquila en sociedad con los sabios , á quienes amaba. Vió morir en su corte á Eurípides , y le levantó un magnifico sepulcro. Tambien pretendió la amistad de Sócrates; y dicen que este filósofo no la admitió por causa de las crueldades cometidas en el principio de su reinado para asegurarse en la usurpacion del trono. Cayó de él, como habia subido, por una conspiracion en que perdió la vida. No por esto dejó de pasar la corona á su hijo Orestes todavia niño.

Tuvo la felicidad de hallar un pariente llamado Eropo , que durante su niñez gobernó el reino con prudencia á título de protector, y entregó des-

pues el cetro á su pupilo. En su reinado, volviendo de Asia Agesilao, rey de Esparta, con un cuerpo de tropas, pidió permiso para pasar por la Macedonia: respondió Eroepe, que lo reflexionaria; y dijo el altivo macedonio: *que reflexione, pero nosotros marchemos.* Esta firmeza admiró al protector, y envió órdenes para que le recibiesen todos bien; y con esta precaucion libró á la Macedonia del pillage con que trataban los espartanos á otros paises menos condescendientes.

Aquí se cubre de obscuridad la serie de la historia con las catástrofes, que ponen y quitan príncipes hasta Amintas II, que aseguró el trono en su familia, y le dejó pacíficamente á su hijo Alejandro II. En estos dos Reyes se puede notar la diferencia que hay entre la política y la falacia. La sagacidad de Amintas no le quitó la estimacion de sus vecinos, ni el amor de sus vasallos, siendo asi que la falsedad de Alejandro solo sirvió para quitarle la confianza de aquellos con quienes trataba, y el amor de los macedonios. Se mostraron estos muy indiferentes cuando una muerte violenta le arrancó del trono siendo todavía joven. Uno de sus parientes, llamado Pausanias, quiso invadir la corona con perjuicio de los dos hermanos del difunto Pérdicas II y Filipo. Consiguio este usurpador el favor del pueblo; pero Eurídice, madre de los dos príncipes, halló contra Pausanias el recurso en el afecto de Pelópidas, general ateniense. Le hicieron árbitro los pretendientes al cetro, y él se le adjudicó á Pérdicas. Temiendo que se renovasen las inquietudes con su partida de Macedonia, pidió que los competidores diesen rehenes.

A Eurídice la pidió su hijo Filipo; y esta tierna madre sintió la mayor repugnancia en entregar á un extranjero un hijo tan querido, y solo la consolaba la grande opinion que habia formado de Pelópidas, y así le encomendó con instancias su educacion. Este grande hombre la prometió cuidarle mucho, y cumplió su palabra. Pasando por Tébas puso á este jóven en manos de su amigo Epaminondas, que tenia consigo un filósofo pitagórico de grande reputacion, y de este aprendió Filipo las ciencias que pueden formar bien el espíritu. Epaminondas le enseñó el arte de la guerra, y halló el jóven príncipe en su casa egemplos de una actividad infatigable, de constante firmeza de alma, de templanza y amor á la justicia, de desinterés y candor; pero le acusan de no haber usado sino de aquellas virtudes que eran favorables á sus designios.

Mientras se formaba en la escuela de Epaminondas (2639) supo la muerte de su hermano Pérdicas en una batalla contra los ilirios, enemigos hereditarios de los macedonios. Solo dejaba este príncipe un hijo muy jóven llamado Amintas. Filipo fue á Macedonia con el mayor secreto y diligencia, mas ya habia dos competidores sostenidos por los ilirios y los traces; y así cuando llegó, se halló con un desórden horrible en el gobierno, un pueblo abatido y sin union, dividido en opiniones sobre quién tenia el derecho de reinar, unas tropas extranjeras, llamadas por los rivales, y ningun ejército que oponer á los enemigos de su patria. ¡Qué circunstancias estas para un jóven de veinte y dos años.

D. del D.
2639.
A. de J.C.
359.

Entonces se valió Filipo de los grandes talen-

tos que le habia dado la naturaleza para negociar y para combatir: sosegó las turbaciones domésticas ganando al pueblo con su afabilidad, á los grandes con inmensas promesas, en las que nunca fue escaso, y á las gentes de guerra con testimonios de estimacion y afecto. Desaparecieron los pretendientes al trono, unos satisfechos con algunas reintegraciones, y otros vencidos. Sobre tan felices sucesos le ofreció la nacion la plaza de su sobrino, ó se la dejó tomar, y á muy pocos años llegó Filipo á ser el monarca mas poderoso, y el mas envidiado en esta parte del mundo.

Los zelos de los estados vecinos merecen perdon respecto de un príncipe en quien no podian menos de conocer proyectos ambiciosos por mas que los ocultase con la mayor destreza: pero siempre tenia pretextos. Si atacaba á Anfípolis, ciudad que le convenia, enviaba á decir á los atenienses que solo habia ido á poner paz entre sus habitantes. Potidea y Pizne, ciudades fuertes, no las tomo, decia él, sino por quitarlas la guarnicion ateniense, y darlas á los de Olintia, á quienes deseaba tener favorables. A aquellos cortesanos que se admiraban de su generosidad, les decia: Es preciso obligar á los que no se puede vencer; pero á Olintia la llegó su tiempo. Se apoderaba Filipo del pais entre el Neso y el Estemion, y decia: No lo hago por acercarme á las minas de oro y plata que hay en él, sino para socorrer á los habitantes contra los vecinos inquietos que les amenazan. Poco le importaba que se descubriesen sus ardidés despues del suceso, con tal que no los utilizasen durante el curso de la empresa.

Uno de los principales motivos de su odio con-

tra Demóstenes fue que este orador le adivinaba, le leía los pensamientos, y decia con tanta claridad á los atenienses los motivos de las acciones de Filipo, y el fin á que se dirigian, que hubiera sido muchas veces posible arruinarlas si hubieran querido abrir los ojos á las luces que Demóstenes les presentaba. El recurso de Filipo fue pagar oradores contrarios; pero bien reconocia la superioridad de Demóstenes, y aun decia: "A ese no le doy yo sueldo; pero si le quisiera recibir le señalaria de buena gana mas renta que la de todos los que componen mi casa." Para caracterizar la elocuencia victoriosa de este orador solia decir: "Isócrates pelea con florete y Demóstenes con espada."

El orador se desquitaba por su parte y le pintaba de modo que le hiciese temer. "Yo os haré ver á Filipo con quien estamos en guerra: yo os le haré ver cubierto de heridas, perdido un ojo, estropeado de una pierna y una mano; pero desafiando nuevos peligros y dando ocasion á la fortuna para que todavia le prive de otros miembros; mas siempre con la esperanza de que con el resto de su cuerpo vivirá con honra y gloria. Este es Filipo, atenienses." Es notable la circunstancia en que perdió un ojo, para que se vea que á nadie se debe despreciar y que no hay enemigo pequeño. Le presentaron en el sitio de Meton á Asterio, excelente tirador, que no erraba, decian, á un pájaro en el mas rápido vuelo. "Muy bien, respondió Filipo, cuando yo haga la guerra á los vancejos entrará á servirme." Se retiró Asterio á la ciudad picado de esta burla. Y estando Filipo algunos dias despues en los trabajos avanzados, le hirió una flecha en la que estaba escrito: *Al ojo derecho de Fi-*

lipo; y acertó en el blanco. Hizo el Rey arrojar otra en la ciudad con esta inscripcion: *Si Filipo toma la ciudad, él hará que ahorquen á Asterio*; y cumplió la palabra. Supuesto que le habia provocado le debiera perdonar, como le sucedió en otra circunstancia menos grave, pero picante para un rey. Los del Peloponeso, á quienes habia hecho servicios, silvaron su carro en los juegos olímpicos, que era el mayor insulto que se podia dar. Algunos cortesanos le escitaban á castigar aquella insolencia, y él respondió noblemente: si nos silvan cuando les hacemos buenos oficios, ¿qué harian si les hiciéramos mal? Todavía se halla mayor grandeza en lo que dijo de los oradores de Atenas: "Mucha obligacion tengo á esos señores, que indicándome mis defectos, me dan ocasion para enmendarme."

No debe omitirse esta preciosa carta escrita á Aristóteles. "Bien sabes que tengo un hijo, por lo que doy gracias á los dioses, no tanto de habérmele dado, como de haber dispuesto que haya nacido tu contemporáneo. Cuento con que le harás digno de sucederme y de gobernar la Macedonia." Este hijo era el grande Alejandro. El discípulo de Epamiondas y de un filósofo de su eleccion acertada, conocia bien el precio de la educacion. El respeto de Filipo á la justicia se debe atribuir á los buenos principios grabados desde la infancia en su razon. Por este respeto sufrió con paciencia la viva réplica de una muger á quien habia juzgado acabando de comer. "Apelo, exclamó ella: y dijo el Rey: ¿A quién? A Filipo en ayunas. La oyó de nuevo y la envió contenta. Nunca hacia esperar á los pleiteantes, persuadido de esta verdad, que el



Filipo y su vasalla.

Acababa de comer Filipo quando determinó la causa de una vasalla suya, que considerándose agraviada en la providencia, exclamó: Apelo; y extrañándolo el Monarca la preguntó: A quien? A Filipo en ayunas respondió ella prontamente; y lexos de ofenderse el soberano, la oyó de nuevo, y ella quedó satisfecha y agradecida. Al arroso de esta muger debe Filipo la celebridad de un hecho que le honrra tanto.



que se hace culpable de una dilacion de justicia, abdica por lo mismo su autoridad. Ninguna atencion humana le detenia. Intercedian sus cortesanos fuertemente por un hombre que habia de ser condenado y le decian: Si el juicio sale contra él será deshonorado. "Muy bien, respondió: mas quiero que él sea deshonorado que no yo."

Solia decir Filipo que no habia ciudad inexpugnable si podia entrar en ella un asno cargado de oro; y así lo habia experimentado; pero lo dejaba este soberano á sus enemigos y no queria que se emplease para con él. Escribió á su hijo que deramaba pródigamente riquezas en sus cortesanos: ¿cómo podrás, ó jóven, persuadirte á que te servirán con fidelidad los que cada dia corrompes con tu dinero? Con esa conducta te espones á que los macedonios no te miren como á su rey, sino como á su tesorero: creeme, que por bien que te manejes en este último empleo, no pasarás de un príncipe mediano.

Hizo Alejandro su primer ensayo de armas á los quince años de edad. Se hallaba en una frontera que pretendian invadir los vecinos turbulentos; y sin dar aviso á su padre junta tropas, se pone á su cabeza, y no solo libra á la Macedonia de hostilidades, sino que las lleva al pais enemigo. Se alegró mucho Filipo con la primera prueba de valor que su hijo habia dado. No obstante, rezelando que el demasiado ardor le precipitase en alguna empresa temeraria, le llamó y le tuvo á su lado en la batalla de Queronea, aquella famosa batalla que decidió la suerte de la Grecia.

Ciertas negociaciones entre Filipo y los atenienses, en las que no presidia la buena fe, te-

nian suspensa por mucho tiempo una explosión peligrosa. Al principio querian los atenienses el imperio de la Grecia; ya despues se redujeron á no verle pasar á las manos de Filipo, y para esto se valieron, unas veces del ardid y otras de la fuerza. Filipo siempre caminaba á su fin: este era que le considerasen los griegos como protector de los débiles y enemigo de la tiranía, aunque fuese la de las repúblicas. Siempre estaba dispuesto á sostener los intereses de los que le reclamaban: no faltó á entrar en la guerra sagrada: así llamaron la que incendió toda la Grecia por un poco de terreno quitado al templo de Delfos. Filipo se habia declarado contra los sacrilegos, pero no de modo que diese fuerzas á los falsos devotos.

No quisieron los atenienses que ignorase el rey de Macedonia que le conocian. Se habian escrito cartas muy agrias y con un tono afectuoso. Los atenienses se quejaban, Filipo respondia con reprensiones. Quejas y reprensiones eran bien fundadas; pero un rey, que en su persona tenia al mismo tiempo su secretario, general, ministro y tesoro, llevaba muchas ventajas á una república, cuyas elecciones siempre estan sujetas á la intriga. Como elegian todos los años diez generales, decia Filipo: ¡Qué pueblo tan dichoso! ¡qué fortuna la de hallar diez generales en cada año, cuando yo en toda mi vida no he encontrado sino uno! Este era Parmenion. Pero una república tiene algunas veces mas influencia para los de fuera por la multitud de sus agentes; y así formó Atenas una liga formidable, cuyas fuerzas se desplegaron en los campos de Queronea, cerca de la Tebas de Beocia.

Allí chocaron entre sí los dos cuerpos mas dig-

nos de combatirse, *el batallon sagrado y la falange Macedonia*: el primero se componia de lo escogido de la juventud tebana, todos hermanos de armas, que hacian voto de morir juntos. La falange bien conocida es. Mandaba Alejandro el ala izquierda; y el rey, que mandaba la derecha, advirtio de una mirada, propia de general, que los atenienses por haber conseguido alguna ventaja se entregaban á perseguir, y dijo: *Estos no saben vencer*; y cargando sobre ellos los derrotó. Las primeras espresiones del contento fueron algo ridiculas. Pero un muchacho que ve su frente coronada con el primer laurel académico: un general, á quien sus soldados levantan en los paveses victoriosos, y una muger en el primer momento de su triunfo de un corazon que otras rivales la disputaban: todos estos experimentan unas sensaciones que no dan lugar á la reflexion, y una especie de embriaguez cuyas faltas merecen perdon.

Filipo hizo cantar irónicamente en su presencia el decreto que habia conseguido Demóstenes escitando á los griegos contra el rey, y habló con desprecio de los prisioneros. Pero una palabra de Demades, que era uno de estos, le hizo entrar en razon. *¡O rey!* exclamó. *Si el cielo te ha dado el papel de Agamenon, ¿qué gusto tienes en hacer el de Tersites?* Al punto le dió el rey la libertad con la de todos los prisioneros. Viendo que los trataban tan bien, se determinaron á pedir cada uno su bagage. El rey respondió con risa: *¿Piensan estos que hemos peleado por chanza?* Y despues les concedió lo que pedian. Se halló Demóstenes en Queronea: huyó y arrojó las armas para correr mas ligero: se le agarró del vestido una zarza, y dió un grito diciendo *dame la vida*, creyendo que le cogia un ene-

migo. ¿Cuántos oradores, muy valientes en la tribuna, le imitarían en el combate?

Se consternaron los atenienses y creyeron que ya estaba el enemigo á las puertas, y que iba á entrar en su ciudad, y sin duda podía; pero fuese por generosidad ó por política, les ofreció la paz y se la concedió con condiciones ventajosas para ellos. Este modo de proceder le grangeó los aplausos de toda la Grecia. Había Filipo movido un armamento que se hacia contra la Persia, y le hicieron generalísimo. Los griegos, llamados de los que competían entre sí por el imperio persiano, habían entrado en él en grandes destacamentos; advirtiéndolo el mal gobierno, la flaqueza militar, y mas que todo el rico botín que se podía ganar. Por esto concibió Agesilao, simple rey de Esparta, el proyecto, si no de trastornar el trono de Persia, quitarle á lo menos los estados que viniesen bien á la Grecia. No se sabe hasta donde llegaba el proyecto de Filipo; pero él se hallaba á la cabeza de una confederacion poderosa, y de un ejército escelente con buenos capitanes, y un grande general en su persona: ¿qué no debiera esperar? Una negacion de justicia frustró todos estos proyectos.

Por particular disposicion de la Providencia, que se puede mirar como castigo, Filipo, que siempre habia fomentado las turbaciones en la Grecia, se halla en su palacio entre divisiones domésticas. No se sabe por qué repudió á Olimpia, madre de Alejandro, é hija de Neoptolemo, hermano de Arimbas, rey de Epiro. La habia querido tanto, que cometió por servirla la injusticia de dar la corona de Epiro, muerto Arimbas, á un hijo de Neoptolemo llamado Alejandro, y hermano por consiguient-

te de Olimpia, con perjuicio de Eácidas hijo de Arimbas. Era Olimpia cavilosa, altiva y vengativa, y despedida por su marido se retiró á Epiro. Filipo se casó con Cleopatra, sobrina de Atalo, un señor macedonio. Mientras se celebraba la ceremonia del casamiento hubo una quimera muy grande entre Atalo y Alejandro. El primero se dejó decir: Por último, tendremos un legítimo sucesor de la corona. ¿Soy yo bastardo? gritó el hijo de Olimpia; y le arrojó á Atalo un vaso á la cabeza: este le correspondió con otro. Sacan la espadas: á Filipo se le olvidó que era cojo: quiere acudir á detener á su hijo, y cae. Ya tienen ahí, dijo Alejandro, un gefe en buen estado para pasar de Europa al Asia, cuando no puede de una mesa á otra sin riesgo de romperse la cabeza. Despues de este dicho insolente se retiró á Epiro con su madre.

Al fin se reconciliaron el padre y el hijo, y volvió Alejandro á la corte. Sin duda no vió con gusto en ella á Atalo, y se puede conjeturar, que los que tenian quejas del tio de la reina, hallaban con quien consolarse en Alejandro. Entre los malcontentos estaba un cortesano jóven, llamado Pausanias, á quien Atalo habia afrentado. Estaba continuamente pidiendo al rey justicia; y Filipo, por no dar que sentir á su esposa, castigando á su tio, andaba dilatándolo, y contentando á Pausanias con promesas. Ya creyó que le tenia sosegado con haberle hecho capitan de sus guardias. Però este favor, en vez de sofocar en el ofendido el deseo de la venganza, solo consiguió hacerle mudar de objeto, dándole proporcion para dirigir el golpe destinado al culpado contra el que le negaba la justicia.

Entre tanto ocurrieron circunstancias dignas de notarse, y la primera es la seguridad de Filipo mantenida por su tío y la lisonja de un poeta. Decidida la empresa de Persia, envió á consultar sobre el éxito á la sacerdotisa de Delfos, y esta respondió: "Ya está el toro coronado: su fin se acerca: ya va á ser muy presto sacrificado." Desde luego entendió el rey de Macedonia en este oráculo, que el monarca de Persia era el que se iba á ofrecer como una víctima á los dioses de la Grecia. Todavía se dejó engañar mas con los versos de una tragedia, en la que se habia de representar con nombres supuestos á Filipo como dueño y señor de Asia, y el poeta decia: "Tus soberbias esperanzas se elevan hasta los cielos. Tú quisieras dilatar tus dominios hasta los fines de la tierra; pero tu vida tiene términos, aunque no los tiene tu ambicion: ya llega el momento de tu caída, ya está cerca, y nada podrá librarte del golpe fatal que te amenaza." El monarca de Macedonia hizo que le repitiesen muchas veces estos versos, y se saboreaba con el deleite de ver como en una profecía la certidumbre de sus triunfos.

Otro objeto digno de notarse es el peligro que hay así en dar consejos como en recibirlos. Tal vez no pretende alguno sino que admiren su talento cuando dice una cosa extraordinaria, y suele ser causa de un crimen por la disposicion del que lo oye. Esta reflexion se puede aplicar al sofista Hermócrates y á Pausanias. Este jóven, atormentado con funestos pensamientos, teniéndose por deshonorado mientras no se vengaba, preguntó á Hermócrates: ¿Qué deberá hacer un hombre para hacerse famoso? Y el sofista le respondió muy senten-

ciosamente: Quitar la vida á aquel que haya hecho cosas grandes; y añadió con mucha gravedad la razon: porque nunca podrá menos de traer á la memoria al autor de su muerte la reputacion de aquel á quien quitó la vida. ¡Horrible fama!

Filipo, rodeado de prosperidades, estaba muy distante de pensar en lo que le amenazaba. Estando para partir á Persia, dió la pomposa audiencia solemne á los embajadores de Grecia, que iban á presentarle los votos de la nacion por la felicidad de sus armas. Le pareció del caso al monarca celebrar unos juegos á honor del himeneo de su hija Cleopatra, hermana de Alejandro, á quien casaba con el rey de Epiro, hermano de Olimpia, y el mismo Filipo hacia parte del espectáculo. Empezó, pues, por una magnífica procesion, en la que llevaban las doce grandes divinidades de la Grecia: á estas se seguia la imágen del rey como una tercera divinidad: presuncion bien contraria á lo que por su orden le decia todos los dias un rey de armas: *Filipo, acuérdate de que eres mortal*. Por último, iba él solo vestido de blanco, y con la corona en la cabeza. Sus guardias se retiraban para dejarle ver, y para manifestar que mejor que ellos le guardaba el afecto del pueblo. Se aprovechó Pausanias de esta circunstancia, y adelantándose hácia el rey sacó su puñal que llevaba debajo de la túnica, le atravesó el costado izquierdo, y cayó muerto á sus pies. Huye el asesino: ya llegaba á los caballos preparados para escaparse, cuando tropezó en un vástago ó vid, cayó y le mataron: su muerte ocultó el misterio del asesinato: hasta hoy se duda si su delito procedió de conjuracion, ó fue el de un fanático del honor y la venganza.

No pasaba Filipo de cuarenta y siete años: bien conocidos son sus talentos políticos. Era gracioso y afable en el trato particular, y tenia gusto en decir tales cosas, que se llevaban el afecto de todos. Levantándose un dia muy tarde, dijo frotándose los ojos delante de su corte: Esta noche he dormido bien, pero sabia que Antipatro velaba. Tampoco se negaba al placer de un chiste cuando se ofrecia la ocasion. Dos hombres que le habian entregado una ciudad, llegaron á quejarse de que sus soldados los llamaban traidores. Dejados hablar, respondió, son una gente sin crianza, y acostumbrada á llamar las cosas por su nombre. Por último, conocia las delicadezas de la decencia, y sabia apreciarlas. Estando en su tribunal sentado, inmodestamente descubierto, pidió un esclavo que le permitiese hablarle en secreto; y dejándole acercarse, le dijo: Señor, dejad caer la falda de la ropa. Que se le dé á este hombre la libertad, dijo: no sabia yo que era mi amigo. Si pudiera disimularse que la intemperancia que llena una corte de escándalos, es un vicio no perdonable en un príncipe, porque mata las costumbres, y que la ambicion que vierte la sangre de los pueblos, es un crimen, tendríamos á Filipo por uno de los mejores monarcas. Dejó dos hijos de cada una de sus mugeres legítimas, y otros muchos de sus concubinas, y aun de una danzarina llamada Larisa.

D. del D.
2665.
A. de J. C.
333.

Alejandro es buena prueba (2665) de que se puede ser hombre grande á los veinte años. Apenas tenia mas cuando su padre le dejó el trono de Macedonia. Tuvo por gobernador á Leonidas, pariente de la reina, hombre de costumbres maduras y austeras. Lisimaco, recomendable por su mode-

racion y dulzura, egerció las funciones de su preceptor. Aristóteles le infundió un gusto mas particular de las artes y las ciencias. Bebió en los poemas de Homero, que continuamente estudiaba, los elevados sentimientos que distinguen á los héroes de los grandes príncipes; pero recibió de la naturaleza el ingenio que abraza lo más vasto de un objeto: un entendimiento exacto que dirige una empresa, y aquel discernimiento con que se eligen los mejores medios.

Cuando subió al trono, le rodeaban los ministros y generales de su padre: siempre los consultaba; pero habiéndolos oido, por sí mismo decidia y egecutaba rápidamente. No le faltaron dificultades que vencer; porque así sus vasallos como los estrangeros, le miraban como á un muchacho, incapaz de egecutar los grandes proyectos de Filipo. Los atenienses sobre todo habian formado esta idea, y la esparcian. Empezó el rey jóven por hacerse temer en su propia corte, persiguiendo vivamente á un conspirador, aunque le aconsejaban que le sobrellevase. Admiró á los macedonios, y ganó la confianza de aquel pueblo guerrero con victorias señaladas contra los habitantes de la Tracia, nacion valerosa y tenaz. Los persiguió entre los mayores peligros, hasta que le pidieron la paz. Llegaron á hablarle en el campo los embajadores; y el jóven vencedor, lleno de la alta opinion que creia haber inspirado, les preguntó, contando con que le darian una respuesta lisonjera: ¿Qué era lo que mas temian en el mundo? Y ellos le respondieron: Nosotros solo tememos que se caigan el sol y los astros. Esta respuesta valiente le agradó mucho, y los estimó mas, y los trató con honor.

Ya acababa Alejandro esta gloriosa campaña, cuando supo que toda la Grecia iba á caer sobre su reino, y toda esta tempestad la causaba Demóstenes, enemigo irreconciliable de la Macedonia. Entraron en esta liga muchos estados, porque se habia estendido la noticia falsa de que Alejandro habia muerto en su última espedicion. Con este rumor los tebanos, que en tiempo de Filipo se obligaron á recibir en su ciudadela guarnicion de macedonios, atrayendo á los dos comandantes á la plaza de la ciudad, los degollaron. Con esta novedad marchó Alejandro á Tebas, y dijo: "Demóstenes en sus arengas me llamó niño cuando yo pacificaba la Iliria, y jóven mientras hacia la guerra en Tesalia; pero al pie de las murallas de Atenas yo le haré ver que soy hombre hecho."

Se defendió Tebas con tenacidad, y por lo mismo fue mas infeliz. La ofreció Alejandro el perdón general si le entregaban los culpados. Los habitadores no lo consintieron, y como republicanos presuntuosos insultaron á los sitiadores. Tomó la ciudad por asalto, hizo vender en pública subasta todos los que escaparon de la matanza, y mandó que nadie diese hospitalidad ni socorro á los tebanos que se hubiesen podido salvar por la fuga. Se dice que se arrepintió de este rigor, y que trató despues con mucha humanidad á los fugitivos que cayeron en sus manos.

Este terrible egemplar asustó á los griegos, y los hizo dar el generalato al que le pudiese prender. Enviaron los atenienses sus diputados, y los recibió bien, pero exigiendo que le entregasen á Demóstenes y otros ocho oradores, como autores de todas las inquietudes de la Grecia. No obstante,



Asalto de Tebas.

Para castigar Alexandro el inhumano proceder de los tebanos con los comandantes macedonios, puso sitio á Tebas, que defendiendose con tenacidad, desprecio el perdon que la ofrecio Alexandro: pero irritado este, la tomo por asalto, vendio en pública subasta á quantos se libraron del cuchillo, y prohibio que se diese asilo á los fugitivos. Tal es el fruto de la alevosia y del despecho.

sufrió que dejasen escapar á los ocho; pero persiguió á Demóstenes hasta que se vió reducido á envenenarse, que es la suerte ordinaria de los alborotadores, cuando no perecen con muerte mas cruel. Recibió Alejandro el generalato de la Grecia en Corinto, y allí vió á Diógenes, aquel cínico, que tal vez por la visita de este príncipe se hizo mas famoso que lo que merecia. Estan divididos los pareceres sobre la respuesta que dió al rey de Macedonia, y sobre la reflexion de este príncipe. Preguntó el rey al filósofo, qué era lo que le pedia; y el cínico le dijo: *Que no me quites el sol.* Chocó á los cortesanos, porque lo tenían por insolencia; pero Alejandro, mirándole gravemente, le dijo: *Si yo no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes.* ¿Pero era laudable indiferencia hácia las riquezas la de Diógenes, ó era complacencia en la soberbia de no admitirlas? ¿Fué en el monarca admiracion del desprecio de las vanidades, ó deseo de hacerse ilustre de cualquier modo que fuese?

Partiendo Alejandro á su grande espedicion, distribuyó á sus soldados y cortesanos todos los bienes patrimoniales, é hizo infinidad de liberalidades. Pérdicas, á quien queria hacer un presente, le preguntó: ¿Y qué reservais para vuestra persona? Y él respondió: La esperanza. Dijo Pérdicas, no recibiendo su presente: Ahora bien, señor, permitid que entre los que os acompañan en los peligros haya uno que os acompañe en la esperanza. Pasando por Delfos quiso consultar al oráculo; y no queriendo la Pitia sentarse en el trípode, se esforzaba Alejandro á colocarla en él; y ella le dijo: Hijo mio, no se os puede resistir. Basta, replicó Alejandro, lo acepto por buen agüero. Todos saben la

destreza con que se desembarazó del nudo gordiano cuando no pudiendo desatar cortó.

Llegando á las ruinas de Troya, hizo Alejandro inmolar víctimas en honor de los héroes sepultados al rededor de Ilion, y en particular de Aquiles, de quien se tenia por descendiente. Aquiles, decia, fue dos veces dichoso : una por haber tenido un amigo como Patroclo; otra por un poeta como Homero, que le cantó sus hazañas. Efestion, favorito de Alejandro, coronó de flores el sepulcro de Patroclo, aludiendo á la amistad del rey. Á imitacion de Agamenon, que como él habia sido generalísimo de los griegos, dió el macedonio á su ejército fiestas y juegos fúnebres, á los que presidió acompañado de un sacerdote ó adivino, que tenia para con él la plaza de calcante.

Despues del paso del Gránico hizo Alejandro que la ciudad de Halicarnaso, defendida por los persas, sufriese la suerte de Tebas, porque la redujo á cenizas, y la arrasó hasta los cimientos. Los marmarios, habitantes de una ciudad pequeña en los confines de la Licia, eludieron los esfuerzos del conquistador; pero de un modo muy cruel. Habian sufrido dos asaltos: los ancianos les exhortaban á rendirse. ¿No quereis? esclamaron, pues quitadnos las vidas con vuestras mugeres y niños, y abrios paso por medio de los enemigos.” Demasiado les obedecieron, porque cada uno de los guerreros se fue á su casa, dispuso un festin á su muger y á sus hijos, y concluida la comida, cerró la puerta y puso fuego; y cuando ya el incendio era general, salen de la ciudad, pasan por el campo de los macedonios, y se salvan. ¡Cruces estremos, en los que son tan culpables los que los causan como



Honra Alexandro la memoria de Aquiles.

A vista del sepulcro de Aquiles, de quien Alexandro se creia descendiente, dió á su exercito fiestas y juegos fúnebres en honor de aquel héroe de la Grecia. Si bastáran magníficas exequias para calificar el mérito de los hombres, arrebatarian los opulentos y los afortunados la verdadera gloria que la posteridad no concede sino á los virtuosos.

Main body of text, consisting of several paragraphs of faint, illegible script.

los que á ellos se entregan! No hallándose todavía Alejandro muy distante de su reino, envió á los macedonios, que se habian casado aquel año, á cuarteles de invierno con sus esposas. Ya entonces empezó á distribuir reinos, reemplazando á una reina de Caria, llamada Ada, en el trono que la habia quitado un protegido de Darío. Por no tener otros medios, quiso reconocer este servicio enviándole platos delicados, y aun ofreciéndole excelentes oficiales para su mesa; pero él la respondió: "Mi gobernador me ha provisto de cocineros mas hábiles que cuantos me puedan dar. Andar mucho desde que sale el sol, me prepara buena comida; y comer con sobriedad, me dispone una cena tambien esquisita."

El hombre que hubiera recorrido tantos paises como Alejandro conquistó, podria pasar por gran viagero. Desde la Macedonia costó el Mediterráneo, se adelantó á Egipto, se entró por los arenales de la Libia, vió el mar Rojo y el grande Océano Pérsico, penetró por la India, atacó á los escitas, y reconoció el mar Caspio y la laguna Meotis. Por último, recorrió por todas líneas lo interior de aquella vasta parte del mundo, tomando ciudades, dando batallas, saltando rocas, desafiando igualmente al áspero frio de las montañas, y á los abrasados calores de los valles, sufriendo con paciencia el hambre, la sed, las fatigas y el dolor de las heridas, á la cabeza de un ejército intrépido con su ejemplo, é invencible como él. Supuesto que la opinion ha vinculado la idea del heroismo á lo grande, numeroso y difícil de las hazañas, se puede decir que ninguno fue tan héroe como Alejandro, sobre todo conside-

rando que tuvo bastante con diez años para formar un imperio de los mas dilatados que ha habido.

Pero á la admiracion sucede una sensacion penosa, y una especie de indignacion cuando se pregunta, ¿qué fin ni qué motivo tuvo para sus expediciones guerreras, ó qué rabia para atacar á las naciones pacificas por asolar los campos, abrasar ciudades, y arrastrar á la cautividad á sus infelices habitantes? Estos juegos de los héroes son muy abominables á los ojos de la razon; y mirado así Alejandro, no fue mas que un azote del género humano, cuya memoria debiera borrarse de los anales del mundo. Aquí se habia de concluir su historia, si no presentara algunos rasgos menos sensibles que estas atrocidades sanguinarias, que llaman conquistas.

Despues de la batalla de Iso pudo sospecharse que Alejandro perderia fácilmente las costumbres austeras de la Macedonia, y no seria insensible al regalo y lujo asiático. Dueño del campo de Dario, se complació de verse rodeado del fausto de los vencidos. Vamos, dijo, á refrescarnos en los baños de Dario. Despues del baño y un suntuoso convite le llevaron á una magnífica sala, y admirado del esplendor y las riquezas, que en ella se habian prodigado, no pudo menos de decir con una especie de éstasis: *Esto se llama ser rey*. Semejante observacion se puede hacer con el motivo de su viage al templo de Júpiter Amon. Espuso su ejército á percer en los abrasados arenales por sola la satisfaccion de hacerse declarar por hijo del dios que allí se adoraba. No se alegró su madre Olimpia de que la vanidad de su hijo renovase las antiguas sospechas, que quisiera mas ver olvidadas, y

así le escribió, que le suplicaba no la enemistase con Juno. Vivía Olimpia en Macedonia muy regalada, pero sin autoridad. Antípatro, á quien Alejandro habia dejado como gobernador, sufría bastante por contener en los límites prescritos á una madre imperiosa y altiva, muy segura del tierno afecto de su hijo. Un dia daba al rey muchas quejas en una carta muy larga, y Alejandro, despues de haberla leído, dijo: "Antípatro no sabe que una sola lágrima de mi madre borraría mil cartas como esta;" pero siempre le mantuvo gobernador.

Sus inquietudes, por los objetos distantes, nada eran en comparacion de las que le causó una faccion conjurada contra su vida, y las consecuencias que tuvo. El descontento iba siendo contagioso en su ejército: de los gefes, á quienes las prodigalidades desiguales del rey tenían envidiosos unos de otros, pasaba á los soldados, que no se hallaban con el premio suficiente. Sabiendo Alejandro estas disposiciones se contentó con decir: "Es propio de los príncipes hacer bien, y tener quejosos." Entre los malcontentos hubo un hombre atrevido, que no parandose en la murmuracion, concibió el desig-
nio de matar al rey, y aun dió parte á algunos amigos. Fue circulando esta confianza, y llegó á un hombre que asustado con el proyecto fue á buscar á Filotas, hijo de Parmenion, le descubrió el secreto, suplicandole que le proporcionase una audiencia del rey. Filotas le dió la entretenida hasta tres dias, y este fue á verse con otro que se lo dió al rey. La indiferencia de Filotas en oír la denunciacion, su dilacion en hacerla saber, causaron inquietud en Alejandro. Preguntado Filotas,

respondió, que le parecia el proyecto tan mal concertado, que le consideró impracticable, y no creyó que debia asustar al rey. Alejandro tomó ó pareció que tomaba por buena la excusa de Filotas, y aun le convidó á su mesa.

Era este señor un oficial valiente, generoso, y aun pródigo con sus amigos. Se dice que llegando uno de estos á pedirle prestada cierta cantidad, le dijo el mayordomo que no habia dinero en la casa, y él respondió: ¿No tienes mi vajilla y mis vestidos? vendelo todo, antes que ver á mi amigo en la necesidad. Por otra parte era soberbio, altivo, muy lleno de su mérito, é imprudente en sus palabras, si es cierto lo que de él se cuenta, pues dijo un dia: *¿Sin Parmenion, qué hubiera sido Filipo?* Y su padre sintiendo la altivez con que se elevaba, y previendo su caída, le solia decir: *Hijo mio, hazte pequeño.*

Nunca faltan envidiosos en las cortes, y segun era el carácter de Filotas, no podia menos de ser el blanco de sus tiros. Avivaron pues las sospechas de Alejandro, y así le hizo arrestar y aplicarle al tormento. Confesó la conspiracion, nombró los cómplices, y cargó á su mismo padre; pero entregado al tribunal del ejército, segun la costumbre de los macedonios, retractó su confesion, diciendo, que se la habia arrancado la fuerza de los dolores: mas no por esto dejaron de quitarle la vida. Bien fuese que el rey creyó que Parmenion era culpable, ó bien que era arriesgado dejarle sobrevivir á su hijo, envió á asesinarle en su gobierno, en donde vivia retirado y tranquilo.

No todos creyeron el delito de Filotas, y mucho menos perdonaron á Alejandro la muerte de su

padre. Suponian que este príncipe, resuelto á que le diesen los honores que la altivez macedonia no podia sufrir, se habia valido de la ocasion para deshacerse de aquellos que se podian oponer á sus intentos; y confirmó esta sospecha lo que despues sucedió.

La corte de Alejandro era en extremo brillante por el concurso de los grandes, señores, príncipes y aun reyes, que iban á solicitar sus favores. Con sus lisonjas envenenaron el espíritu del monarca, encantado con sus escesivas alabanzas y adoraciones.

Llevó á mal que no le tratasen los macedonios con las mismas demostraciones de respeto; porque estos, muy al contrario, cuanto mas le veian abandonado á la pereza persiana, y dando oidos á unas adulaciones que le elevaban sobre la humana naturaleza, hacian mayores esfuerzos por reducirle á la austeridad de sus primeras costumbres, y sacarle del corazon la levadura de orgullo que fermentaba en él. Dichosos hubieran sido si hubiesen sabido mezclar en sus advertencias los lenitivos propios para curar aquel espíritu herido de la vanidad.

Pero la franqueza militar no entiende de estas atenciones. Clito, aquel soldado que en el paso del Gránico le habia salvado la vida, hallándose á la mesa del rey, y oyendo que le ensalzaban sobre Castor y Polux, y aun sobre Hércules, no pudo contener la impaciencia, y levantándose con precipitacion, dijo: "No puedo yo oir palabras tan insensatas, ni sufrir la afectacion de insultar á los dioses y despreciar á los antiguos héroes por lisonjear los oidos de un príncipe que vive." A esto añadió otras reprensiones que picaron á Alejandro

en lo vivo , y exclamó: que le arresten ; pero ninguno se movió. ¡ Con que ya estoy , dijo el rey despechado , con que ya estoy como Darío aprisionado por Beso , y no tengo mas que el vano título de rey ! y al mismo tiempo cogió la javelina de uno de sus guardias , traspasó á Clito con ella y cayó muerto. No bien habia cometido el delito cuando se arrepintió Alejandro , llorando á gritos su desgracia : todo era dar vueltas en su cuarto como un loco : no queria comer ; y si consintió en vivir fue á repetidas súplicas é instancias de todo el ejército. Tuvo en esta circunstancia la infelicidad de que sosegasen sus remordimientos las lisonjas y discursos aparentes de un sofista llamado Anaxárcos , falso filósofo , que llegó á decirle : “ ¿ Es este aquel Alejandro sobre quien todos los pueblos tienen abiertos los ojos , y ahora se deshace en lágrimas como un hombre débil , esclavo de la opinion del mundo ? ¿ El que es la suprema ley de sus vasallos podrá temer las reprensiones de ninguno ? ¿ Habeis olvidado que Júpiter se representa sentado en un trono con la ley á un lado y la justicia á otro , para dar á entender que todas las acciones de un soberano son siempre justas y legítimas ? ” ¡ O lisonjeros , veneno de los príncipes y azote del pueblo ! esclama con justo sentimiento de dolor el historiador de Alejandro.

Estos odiosos principios ahogaron presto las semillas del arrepentimiento , y aun se trató de que fuesen los Macedonios á doblarle la rodilla como acostumbraban los persas. Esta idea se formó entre bajos cortesanos , poetas , aduladores , sofistas y otros hombres que trafican con el juicio por el favor de los grandes. Resolvieron que fuese Alejandro

un dios, y se le rindiesen honores divinos: esta proposicion se hizo á la mesa por el mismo Anaxarco, aquel descarado adulator. Calístenes, amigo de Aristóteles, y afecto desde la infancia á Alejandro, viendo que los macedonios pasmados se quedaban en silencio, toma la palabra, distingue los honores que se deben á los dioses y á los hombres por grandes que sean. "Templos, altares, libaciones, sacrificios y himnos son de los dioses; á los hombres se deben los elogios. ¿No se irritarán con justo motivo los dioses si á unos simples mortales se les tributa adoracion, cuando no la tuvo Hércules hasta despues de su muerte, y aun se esperó á que la declarase el oráculo de Delfos? Alejandro, no olvidéis la Grecia. ¿Podreis por ventura cuando allá volvais forzar á los hombres libres á que os adoren como á un dios? Si me decis que Ciro fue adorado por sus vasallos, y que desde entonces se ha conservado esta costumbre entre los monarcas medos y persas, cuyo trono ocupaba, traed á la memoria cómo los escitas, púeblo rústico y pobre, reprimieron su orgullo quimérico, y cómo otros escitas hicieron conocer á Darío que no era mas que un hombre. Gerges, Artagerges, reyes honrados de sus vasallos como dioses, no se les ha visto huir delante de los egércitos griegos como ahora nuevamente Darío de Alejandro."

El amor propio del rey padecia infinito oyendo discurso tan atrevido: mas no quiso ó no se atrevió á precisar á los macedonios sus convidados, y hubo una especie de composicion, por la que se decidió que aquellos á quienes el rey hiciese la honra de brindar, debian levantarse, saludarle y acercarse á que les diese un beso. Empezó Alejandro

por los señores persianos, que le saludaron á su modo con adoracion. De los macedonios unos eludieron la ceremonia, otros abiertamente se burlaron. A un persa que tocaba la tierra con la frente postrándose, le dijo un macedonio: *Da mas fuerte.* Ya llegó su turno á Calístenes; y como no se postró, le rechazó Alejandro con aspereza, y Calístenes se volvió diciendo: *Yo he perdida un beso; mas pagó bien caro este chiste.*

Los que pretenden escusar á Alejandro dicen que no era tan necio que se tuviese por dios, y aun citan estas palabras que le hizo decir el dolor curándole una herida: *Me llaman hijo de Júpiter, pero la herida dice á gritos que soy hombre.* Dicen pues, que su intencion era familiarizar á los griegos con las costumbres persianas para que solo hiciesen un mismo pueblo, y con el mismo fin hizo instruir á los persas jóvenes en la táctica macedonia. Pero esto á los ojos de los vencedores era un delito, y se indignaban de que se les quisiese igualar con los vencidos. Esta disposicion de los espíritus proporcionó á Hermolao, uno de sus guardias, cómplices para vengarse de una injuria particular. Viendo este jóven en la caza que un jabalí iba derecho al rey, se puso delante, y le atravesó con la lanza. Irritado el rey de que la precipitacion del guardia le quitase la ocasion de mostrar su valor y destreza, le hizo azotar públicamente, y ordenó que le quitasen su caballo. Sus compañeros, testigos de la afrenta, la sintieron con él, y así fue fácil que abrazasen su resentimiento; y convinieron en matar al rey mientras dormia. Hubieran consumado el delito á no ser por una casualidad extraordinaria.



Hermoláo ante sus Jueces.

Descubierta la conjuracion de Hermoláo, lejos este de acobardarse, se glorió de su intento en presencia de sus Jueces; y haciendo merito de la crueldad y desordenes de Alexandro, intentó persuadir que estos, y la afrenta que el mismo Alexandro le habia hecho sufrir; justificaban su resolution de vengarla; pero fué condenado y apedreado con todos sus complices. Blasón del delito es cometer otro.

Habia en el campo una muger, natural de Siria, que seguia al egército, y hablaba y hacia como si tuviese perdida la razon. Su profesion era pronosticar lo venidero; pero vendia sus profecías tan estraña y ridículamente, que todos la tenian por una insensata: tal vez habia correspondido el suceso á sus profecías; y el rey, que era inclinado á la supersticion, quiso que esta adivina tuviese entrada hasta su persona. En la misma noche que los conspiradores señalaron para ejecutar su pensamiento, Alejandro se retiraba del largo convite con sus amigos á su cuarto. La tal siria le cerró el camino, y como agitada de movimientos convulsivos, le mandó que se volviese, y pasase la noche en beber. Los conspiradores se vieron confusos, y uno de ellos reveló el secreto. Arrestaron á Hermolao y sus cómplices, y dijo delante de los jueces: “Un hombre constante y valeroso no sufre, sin deseo de vengarse, el indigno tratamiento que se me ha hecho, y no soy yo solo el que ha experimentado el injusto furor. Mi patria ha sufrido sangrientos ultrajes. El infeliz Filotas fue condenado á muerte sin haberse dado suficientes pruebas contra él: ¿hubo ni aun pretexto para justificar el asesinato de Parmenion? ¿Cuántas víctimas han sido sacrificadas por simples sospechas? Hemos visto últimamente matar á Clito en un festin, los usos y vestidos de los griegos reemplazados por los de los medos y los persas, y unos edictos que ordenan adorar como Dios á un hombre que se sepulta en la embriaguez, la lujuria y otros vicios tan vergonzosos para él, como funestos para sus vasallos. Para libertar á los macedonios y á mi mismo, queria yo dar la

muerte á un tirano tan odioso." Estas palabras de recriminacion, mas que de justificacion, precipitaron el suplicio de Hermolao y sus cómplices, apedreados por los soldados. Al mismo tiempo arrestaron á Calístenes, como compañero en la conspiracion, y parece que contra él no hubo mas que presunciones fundadas en haber sido amigo particular de Hermolao. Pero su delito fue la estimacion y crédito que tenia entre la juventud macedonia, á la que sospechaban que inspiraba sentimientos contrarios á los deseos del rey sobre los honores divinos. No se sabe el género de su muerte, mas siempre fue cruel, pues la diferencia está entre haberle dado tormento y crucificado, ó en haberle cargado de hierro, llevándole tras del ejército en un carro descubierto, donde murió.

Desde este tiempo se hizo muy agrio el carácter de Alejandro. Ya no mostraba otra pasión que la de asolar, subyugar y destruir cuanto se le oponia. Se le vió emplear el incendio como el hierro, gustar de los peligros, y arrojarse á ellos con una especie de ciego furor. A la verdad, muchas veces debió á su temeridad sucesos no esperados; porque sus soldados animados con su ejemplo, y temiendo dejarle perecer, hacian esfuerzos mas que humanos. Por entre estos peligros llegó á las fronteras de la India, y halló dos reyes, cuya conducta ha conseguido elogios, segun el género de mérito que cada uno estima mas. Aquellos que estiman mas que todo la fiereza y altivez, llamándola magnanimidad, se admiran de Poro, que se atrevió á resistir al ímpetu de Alejandro. Los que aprecian las virtudes benignas, y la política suave y útil á los pueblos, prefieren á Taxilo, que

abrió sus estados al torrente, y le dejó correr con menos daño de su reino. "Señor, le dijo, ¿para qué permitiría yo destruir á mis vasallos, pues no intentais llevarnos los frutos y el agua, que son las cosas necesarias para conservar la vida, y por consiguiente las únicas que merecen que peleemos para que no nos las quiten? En cuanto á lo que llaman riquezas, si yo tengo mas que vos, me hareis el gusto de querer partir conmigo; pero si vuestras riquezas esceden á las mias, no tendré la soberbia de negarme á estaros obligado, ni la bajeza de pagar vuestros beneficios con la ingratitud." Alejandro, movido de la franqueza del monarca indio, se hizo su amigo, y dejó sus vasallos en paz. Poro desplegó sus fuerzas, fue derrotado, perdió dos hijos en la batalla, él salió herido; y si no vió su reino desolado, fue por generosidad del vencedor, que se picó de corresponder á la noble entereza del vencido. Le preguntó Alejandro: ¿Cómo quereis que yo os trate? Como á rey, respondió Poro; y no solamente le volvió sus estados, sino que le añadió provincias, é hizo de él un fiel aliado.

Alejandro, á quien abrasaba el ardor de las conquistas, meditaba otras nuevas. Parece que no pretendia detenerse hasta los límites del mundo; pero no eran estas las disposiciones de sus soldados, los que en lugar de aspirar á otras victorias, solo pedian salir de aquellos climas estraños para volverse á su patria; y conociendo las intenciones de Alejandro, rompió en el ejército el descontento, y decian: "¿Somos acaso de hierro para sostener las fatigas que se nos preparan? Nos tratan como á perros, mantenidos para sol-

tarlos contra otros que se pretende despedazar. No: ya no pasamos de aquí; y serán muy necios los que quieran sacrificar su vida por el capricho de un hombre solo." Sabiendo el monarca estas murmuraciones arengó al egército, presentándole los motivos de gloria que le debian animar, subyugada el Asia, á no dejar las armas hasta haber conquistado el universo. Era Alejandro elocuente, y muy querido de los soldados; y no obstante, ninguna impresion hizo en ellos su discurso, y se quedaron en un triste silencio.

Volvieron sus ojos á un oficial llamado Ceno, cuyo mérito conocia el egército y el mismo rey. Este, movido de la tristeza de los soldados, tuvo la generosidad de abogar por su causa. Hizo presente al rey que los hombres no se determinaban á pasar grandes fatigas sino con la intencion de gustar algun dia la dulzura del descanso. "Ya el egército, señor, no es tan numeroso, y todos los que le componen sostienen con pena el peso de las armas: dignaos pues de mirarlos como á inválidos. Esperan de vuestra bondad que en consideracion de sus antiguos servicios los lleveis á su patria: en ella hallareis una juventud, que inflamada con el egeemplo de vuestras virtudes, estará pronta á seguiros en las nuevas espediciones que querais emprender."

Nada agradó este discurso á Alejandro, y así rompió la asamblea. En otra que convocó al dia siguiente declaró su resolucion de marchar adelante con los soldados que quisiesen seguirle, y dijo: "Los que tanto desean su pais nativo, vuélvanse á Macedonia. Id, pues, soldados, id á decir que habeis dejado á vuestro rey en medio de sus ene-



Alexandro sediento.

Devorado de sed, y sin esperanza de poder aliviarla, marchaba con su exército Alexandro quando en el hueco de un morrion le presentaron, como obsequio el mayor en las circunstancias, un poco de agua cenagosa; pero aunque agradeció el presente, no pudiendo hacer participes de aquel refrigerio á sus soldados, la derramó á su vista; y sujetandose á padecer como ellos, redobló su valor y su admiracion.

migos." Tampoco le salió bien esta tentativa, porque ninguno se presentó. Alejandro se cerró ir-ritado en su tienda, y se estuvo así dos días sin querer recibir á sus mas íntimos amigos. Al tercer día salió con aire grave, y dispuso un sacrificio. Declaró el arúspice que los augurios ó agüeros no eran favorables. "¿ Con que es preciso volvernos, dijo el rey, pues los dioses y mi egército piden que no pasemos de aquí?" De una profunda tristeza pasó el egército á los extremos del contento, y exclamaron los soldados: "Bendito sea para siempre, pues siendo invencible para el resto del universo, se ha dejado vencer de nuestras súplicas." El buen continente de un egército que se muestra ya cansado, pero con respetuosa constancia, sin quejas ni amenazas, aquella sensibilidad del soldado que siente verse precisado á desagradar á su general, y el gozo de haber recobrado su buena gracia, me parece un suceso mas glorioso para Alejandro, que sus mas bellas victorias.

Se puso á la cabeza del egército para volver; pero no le llevó por el camino mas corto ni el de menos peligros, procurando retirarse por donde tuviese pueblos que combatir, y aun él mismo pensó perder la vida en los muros de Oxídaque, á los que se precipitó temerariamente, y le sacaron con trabajo y medio muerto. Fueron las marchas largas y penosas, sufriendo los soldados ya la escasez de víveres, y ya la falta de agua, y tal vez uno y otro. Despues de un día de calor, con un sol que abrasaba en una árida llanura, alampándose el egército de sed, llevaron al rey en el hueco de un morrion un poco de agua cenagosa como

un precioso presente; la recibió agradecido, y la derramó á la vista de los soldados. Penosa estre-
midad; pero privacion que á todos alentó.

Volviendo á pasar por los parages en donde habia estado cuando los sujetó, examinó la conducta de los gobernadores. Castigó á unos, premió á otros, se informó de la justicia, de la hacienda, ordenó que se hermoseasen las ciudades, trazó caminos, hizo construir puentes, y en todo manifestó una superior inteligencia en punto de gobierno.

Cuanto mas se acercaba á Babilonia, en donde se cree queria fijar su habitacion, hacia mas esfuerzos para incorporar á los persas con los macedonios, descando hacer de las dos naciones una sola. Con este fin se casó con dos princesas de la sangre real. Estatira era hija de Darío; y antes habia tomado por esposa una persiana, llamada Rojana, de singular hermosura. Dió por muger á Efestion otra hija de Darío; é imitando sus favoritos el ejemplo, se vieron hasta ochenta doncellas de las mas nobles familias de Persia casadas con ellos. Todos estos casamientos se celebraron en un mismo dia. Hizo el rey muchos presentes á los esposos, y lo mismo egecutó con los soldados que tomaron mugeres persianas en número de diez mil y aun mas. Pagó el rey todas sus deudas. Se pusieron contadurías, en donde se daba dinero sin preguntar de qué se debia, para que la vergüenza que podia nacer de ciertos gastos no les impidiese para pedir. Mandó despues de los votos generales repartir coronas de oro á los que mas se habian distinguido, é hizo pasar en su presencia revista á treinta mil jóvenes persas, que por su orden habian

instruido en los ejercicios militares, y quedó muy contento. A estos los llamaron *epígonos*, que quiere decir sucesores.

Esta denominacion uo era política, sino dar á entender á los macedonios, que si no estaban contentos ó querian retirarse, habia tropas para reemplazarlos. Se señalaron claramente sus sospechas cuando arreglados los asuntos de Persia, y antes de pasar á la Media, quiso el rey escoger en cierto modo sus tropas. Publicó, pues, que los que ya no quisiesen servir por su edad, por sus heridas ó enfermedades ó por otras razones, podian retirarse; pero que recompensaria noblemente á los que continuasen en las armas. Una grande parte del ejército, zelosa de ver los favores que se dispensaban á los persas, dijo que se queria volver. Supuesto, dijeron, que á solos los bárbaros concedeis vuestras buenas gracias, sean ellos los que os ayuden á subyugar las naciones. Algunos añadieron con insolencia: Podeis hacer la guerra con vuestro padre Amon; porque nosotros estamos resueltos á no servir mas.

Se arroja Alejandro precipitadamente de su trono, hace coger los principales del motin, señalándolos él mismo, y manda arrastrar al suplicio hasta trece: los otros se quedaron mudos y consternados. Les dijo dos palabras sobre su ingratitude, y se entró sofocado en la tienda, en la que se estuvo dos dias sin recibir á nadie: al tercero se presentó, y admitió á besarle la mano á los persas, ya por alianza sus parientes, y los elevó á los principales puestos de su ejército: se esparció al mismo tiempo el rumor de que iba á extinguir la guardia macedonia, y establecer otra de persas.

Toda la guardia amenazada acudió en tropel á la tienda del rey , ofreciendo entregar los autores de la rebelion. Viendo que no les responden , arrojan las armas , y protestan no retirarse hasta conseguir el perdon. Sale en fin Alejandro de su tienda ; y viendo su arrepentimiento , ni él pudo contener las lágrimas , ni ellos tuvieron fuerzas para hablarle. Pasados algunos momentos, Eatino, oficial distinguido , tomó la palabra en estos términos: "Vuestros macedonios , ó rey , se hallan penetrados del mas vivo dolor ; porque escluyéndolos á ellos , habeis permitido á los persas llegar á besaros la mano , y por haberlos tratado como á parientes." " Todos vosotros sois mis parientes , replicó el rey , y quiero que en adelante me mireis como tales ." Entonces presentó su mano á los macedonios , que fueron apresurados á besarla ; y despues dió un convite , al que asistieron ocho mil convidados. Hizo poner á su lado á los macedonios , despues los persas , y al lado de estos los soldados de otras naciones. Toda esta numerosa asamblea brindó en una copa de oro á la salud de Alejandro , y á la prosperidad y union de todos los pueblos cuyo soberano era.

Con estos favorables auspicios , y con la esperanza de un reinado venturoso por la concordia general , llegó Alejandro á Babilonia. Allí formó tres proyectos : primero , el de secar las lagunas que habia al rededor de la ciudad : segundo , hacer los rios Tigris y Eufrates navegables con galeras , cavando un puerto : tercero , hacer guerra á los árabes. Ocupado con ardor en estos proyectos presidia por sí mismo á los trabajos de los ingenieros llamados para secar las lagunas. En un viage que

hizo por el rio adquirió las luces necesarias para la navegacion que queria establecer. Le venian de las provincias reclutas , mejor diremos tropas ya formadas , con que compuso el egército destinado contra Arabia. Cuando todo le prosperaba le acometió una enfermedad, que se declaró fiebre ardiente. Estuvo peleando con el mal sin dejar de asistir á los sacrificios , ni de continuar con sus amigos en los placeres de la mesa , los que tomados fuera de tiempo, fueron el veneno que le abrevió los dias, por mas que sin prueba alguna se sospechen otros. Grande fue la pena de los soldados acostumbrados á su presencia cuando esta les faltó. Pidieron que les permitiesen verle , y fue un lastimoso espectáculo el de aquellos guerreros ya ancianos , que se acercaban á su cama con la timidez del respeto para ver á un monarca tan grande y tan jóven luchando con la muerte, cuya sombra ya le rodeaba. La voz y la vista de sus compañeros de armas le animaron un poco. Se apoyó sobre el codo , y les dió á besar su mano desmayada , pegaban á ella sus labios con la ternura del dolor, y espiró casi en sus manos á la edad de treinta y dos años. Se dice que habia dispuesto que le sepultasen en el templo de Júpiter Amon ; pero Tolomeo Lago , dueño de Egipto , por cuyos estados habia de pasar el convoy fúnebre, le detuvo; y levantó despues un magnifico sepulcro en Alejandria , ciudad que él mismo fundó.

Con haber sido tan extraordinarias las acciones de Alejandro , no faltaron escritores que las exageraron indiscretamente ann viviendo el héroe. Tan regular es en el hombre la lisonja. Estaba oyendo leer una relacion de sus hechos , y volviéndose á

Lisímaco, uno de los capitanes que mas le habia acompañado, le dijo: “¿En donde estaba yo cuando hacia cosas tan bellas? Quisiera volver despues de muerto por ver lo que pensarán los venideros de estas historias.” Pero contentándose con lo verdadero ó lo verosimil, la misma posteridad ha echado el sello á su reputacion, presentándole siempre como uno de los hombres mas asombrosos que han existido, y aun ha llegado á ser su nombre para los guerreros título de elogio.

No se sabe qué disposicion dejó Alejandro, ni si la hizo (2676). En caso que no, dudó que respetasen su última voluntad, pues dijo: *Mis funerales serán sangrientos.* Tuvo de Barsina un hijo llamado Hércules, que vivió poco: de la hermosa Rojana nació un póstumo que tuvo su mismo nombre. Vivia un hermano suyo, Arideo, hijo de la danzarina Filene, y otro que se llamaba Tolomeo: este, aunque era verdaderamente hermano, no se escudó con este título, porque cuando Filipo dio á Arsinoe su madre por esposa á Lago, ya estaba en cinta. Tambien era su hermano Cerauno, hijo de Cleopatra, la rival de Olimpia; y aun vivia su hermana Tera, que casó despues con Casandro. He contado esta genealogía por ser necesaria para entender lo que se sigue.

Alejandro dió al morir su anillo á Pérdicas, uno de sus mas íntimos confidentes. Pudiera haberse creido que este favor era un derecho á la corona: mas Pérdicas tuvo la modestia de tomarle como título de protector de la familia real, que al principio estaba reducida á Arideo, entre tanto que se esperaba el parto de Rojana. Si esceptuamos alguna confusion, efecto inseparable de la sorpre-

D. del D.
2676.
A. de J.C.
322.

sa, hubo bastante union entre los capitanes. Se distribuyeron estos las provincias como gobernadores, bajo la inspeccion de Pérdicas, que como protector presidió á la reparticion, bien que no era mas que ilusorio este título; porque lleno de ambicion tenia como preso á Arideo cuando parecia defenderle. A este príncipe, débil de cuerpo y de espíritu, le habian aconsejado que se valiese de Meleagro, comandante de la falange macedonia; y Pérdicas zeloso de toda autoridad que él no gobernase, hizo asesinar á Meleagro, aunque refugiado al pie del altar. Esta fue su primera maldad. La segunda fue la muerte de Estatira y la de Dripetis, que eran las dos últimas esposas de Alejandro. Estas muertes fueron solicitadas por Rojana, rezelosa de que estuviesen en cinta. La tercera la matanza de un cuerpo de tropas griegas asalariadas, hasta veinte mil infantes y tres mil caballos, que mirándose como libres del servicio, volvian con tranquilidad á su patria. La cuarta el asesinato de Cinane, hermana de Alejandro, que habia ido á proponer el casamiento de su hija Ada ó Eurídice con Arideo: bien que aun muerta la madre se verificó el casamiento. Poco faltó para que Pérdicas cometiese el quinto crimen quitando la vida á Antígono, cuyo crédito le ofuscaba; pero se salvó á tiempo en Macedonia con el amparo de Antípatro. No quedó al lado de Pérdicas ninguno de los que estimó Alejandro sino Eumenes su secretario, persona de mucho mérito, y tan experimentado en la guerra como hábil en el consejo; y si estaba con el protector era por haberle creído sinceramente afecto á la familia real. Para obligarle mas fue el mismo Pérdicas á la cabeza de un ejército á poner á Eume-

nes en posesion de la Capadocia, dándole el título de gobernador, despues de haber quitado la vida á Ariarates que era el rey.

D. del D.
2678.
A. de J.C.
320.

Pérdicas daba las órdenes (2678) y distribuía reinos á nombre de Arideo y del niño Alejandro, hijo de Rojana; pero se sabia que todo esto eran rodeos por donde subir con mas seguridad al imperio. No se ignoraban sus proyectos, y asi se unieron contra él todos los que tenian motivos para temer por su ambicion; bien que él se resolvió por su parte no dejarse sorprender dando los primeros golpes, y los dirigió á Tolomeo, que era el rival mas poderoso, y nombrado gobernador de Egipto por el mismo Alejandro: persuadiéndose á que abatido este caerian los otros por sí mismos. Era Tolomeo un príncipe que con su prudencia, clemencia y justicia tenia á Egipto en una profunda paz. Se habia fortificado tan bien, que cuando fue Pérdicas á atacarle, le halló en un estado de defensa temible. Habia entre los dos generales esta diferencia: Tolomeo, dulce y agradable, era adorado de sus soldados; y Pérdicas, fiero é imperioso, tenia los suyos descontentos con sus altiveces intempestivas. Hubo no obstante en Egipto y sobre las mismas riberas del rio una batalla sangrienta. La falange macedonia quedó maltratada, y atribuyó su desgracia á las malas disposiciones de Pérdicas; por lo cual fueron los soldados corriendo á su tienda y le mataron.

A Pérdicas le sucedieron dos tutores ó protectores, á los que se opuso Eurídice, muger del rey Arideo, que segun parece queria sacar á su marido de tutela. Como esta iba acreditándose en las tropas, la opusieron Antípatro, que reunió en sí solo

la autoridad de protector. Repartió de nuevo las provincias, y Egipto se quedó con Tolomeo: á Seleuco el gobierno de Babilonia: Antípatro tuvo la Susiana: Casandro la Caria: Antígono la grande Frigia, con el mando de las tropas de la casa real. Estos fueron los principales generales que levantaron sus tronos de las ruinas del de Alejandro.

Antígono fue el primero que manifestó en su conducta que no sería por mucho tiempo vasallo. Arrastró á su favor con sus liberalidades los mejores soldados de Alejandro, y compuso un ejército que le estaba absolutamente sacrificado. Habia muerto Antípatro, y le sucedió Polispercon en las funciones de protector. Este formó, por decirlo así, una especie de cruzada de todos los gobernadores y comandantes particulares, llamándolos á la defensa de la familia real contra Antígono. A la cabeza de estas tropas puso á Eumenes, cuyo afecto á la real familia era muy conocido. Polispercon quiso juntar con el título de general grandes sumas, honores y dignidades; pero Eumenes le respondió, que todo hombre que quiere ser fiel á su soberano, no necesita de grandes riquezas ni de títulos eminentes.

Dos campañas, en que estos dos excelentes generales desplegaron sus talentos, y todos los recursos de la guerra, se concluyeron con una batalla decisiva. Antígono tenia seguridad de su ejército: el de Eumenes, que se componia en grande parte de soldados cuyos gefes solo se habian unido por una especie de pundonor, no miraba con afecto su causa. Todos hacian justicia al mérito y capacidad de Eumenes, por lo que juzgaban necesaria su presencia mientras duraba el combate; pero habia

envidiosos que convinieron en deshacerse de él despues de la batalla, como quiera que saliese el suceso, para dar fin á aquella guerra, porque le tenian por el principal apoyo é incitador de ella. Supo Eumenes estas horribles ideas; y aunque pudiera haberse retirado á Capadocia, reflexionó que dejar el mando de la tropa era abandonar la familia de Alejandro, y se determinó á morir antes generosamente.

Tomada esta resolucion, salió de su tienda, y exhortó á los soldados á que hiciese cada uno su deber. La mayor parte, ignorando la traicion de sus gefes, le respondieron con aclamaciones de gozo. Se manifestó sensible á aquellos testimonios de benevolencia; mas no pudo menos de decir á los amigos que tenia al rededor, que vivia entre bestias feroces, que tarde ó temprano le habian de tragar. No fue decisiva la batalla; pero tuvo un incidente mas funesto para Eumenes que la derrota. Durante la accion destacó Antígono una parte de su caballería, la que tomando un rodeo sorprendió el campo enemigo, y se llevó mugeres, niños y botin. Cayó la mayor pérdida en los Argiráspides, antiguos soldados de Alejandro, llamados así, porque les habia dado escudos de plata. Cuando estos se vieron sin lo que mas querian, y sin el fruto de sus trabajos, se enfurecieron tanto, que quisieron matar los generales. Téntame, su comandante, suspendió su furor diciéndoles, que esperaba de su antigua amistad con Antígono reducirle á restituirles el botin. Le enviaron diputados, y respondió que con toda voluntad le restituiria, con la condicion de que le entregasen la persona de Eumenes.

Eumenes, que hablaba bien, arengó á los sol-

dados, les representó la injusticia de su proceder, las funestas desgracias que se seguirian, y la infamia que iba á recaer sobre ellos. Quitadme la vida antes que entregarme á Antígono, mi antiguo enemigo y vuestro. Ya se iban moviendo, cuando los argiráspides gritaron: Dejemos aparte esos bonitos discursos, que nosotros no queremos perder nuestros hijos y mugeres; y le llevaron al campo enemigo. Aquellos á quienes le entregaron dijeron, que cómo queria que le guardasen; y él respondió: Como á un elefante, ó como á un leon. Sobre la suerte de este ilustre cautivo hubo en el consejo de Antígono dos pareceres. Demetrio, hijo del mismo Antígono, sostenido de la juventud del egército, deseaba que le salvaran la vida, como prometiese no hacer mas por la familia real. Los amigos del padre y los políticos estaban fuertes en la opinion de deshacerse de un hombre que tal vez era el único que podia atravesar las intenciones de Antígono. Entre tanto hacia este tratar á su prisionero con los respetos posibles, permitiendo que le sirviesen los criados y le visitasen los amigos. Ya Eumenes estaba cansado con la incertidumbre en que vivia, y dijo: Yo me admiro de que Antígono me tenga tanto tiempo en la prision, y no determine quitarme la vida como á su enemigo, ni precisarme á ser su amigo dándome la libertad. Poco duró su incertidumbre, porque venció el partido menos generoso, y le dieron la muerte en la prision. Antígono y todo su egército le hicieron un funeral magnífico, pusieron sus cenizas en una urna de plata, y las enviaron á Capadocia á su muger y á sus hijos. Insigne testimonio de estimacion y respeto á la fidelidad de un hombre que pereció víc-

tima de su afecto á la familia de su bienhechor.

Era Antígono muy político y sombrío, que calculaba á sangre fría en su gabinete las ventajas de una muerte mandada á propósito. El ardid, el disimulo y la mala fe nada le costaban cuando queria atraer á sus lazos á aquellos que queria matar, y para esto empleaba todo el tiempo necesario. En uno de sus egércitos, retirado en la frontera, habia un general llamado Pistor, de quien sospechaba queria hacerse independiente. Otros muchos tenian de él la misma idea, y de esto se hablaba en la corte abiertamente. Antígono defendia vivamente su partido: mandaba que no se hablase mal de un hombre que él estimaba, y estaba tan lejos de dar fe á las calumnias, que le destinaba para el mando de la alta Asia, que era el mejor de sus gobiernos. Pistor, creyendo estas disposiciones, obedeció gustoso á una orden del rey que le llamaba á la corte; y no bien habia llegado, cuando le hizo Antígono acusar de alta traicion en un consejo de guerra, y en el mismo dia fue juzgado, condenado y egecutado. Otro rasgo veremos de execrable crueldad. Cleopatra, hermana de Alejandro, se habia puesto en camino, determinada á dar la mano á Tolomeo. Temiendo Antígono que con este matrimonio lograrse algunos derechos el gobernador de Egipto, la hizo detener en Sardis, y dió orden de quitarla la vida. Este delito fue egecutado por las mismas damas que servian á la princesa; y dijo despues Antígono que le habian cometido sin su noticia: manda cortar la cabeza á las que habian sido instrumento de su barbarie, y celebra los funerales de Cleopatra con la mayor magnificencia.

Era muy notable el contraste entre Antígono y su hijo Demetrio, porque este era humano, clemente, de un carácter franco y abierto, tan incapaz de la perfidia ó la traicion, que su mismo padre, con ser tan suspicaz, vivia con él en la mas íntima confianza, y se honraba con tal hijo. Demetrio á todas horas se acercaba á su padre con sus armas, lo que rara vez se sufría en aquellos tiempos; pero Antígono hizo que lo notasen los embajadores, á quienes daba audiencia, y les dijo: Cuidado con contar á vuestros señores como vivimos mi hijo y yo. Los embajadores eran de Tolomeo, de Casandro y de Lisímaco, con los cuales repartió Antígono todo el imperio de Alejandro, reservándose el Asia para sí, conservando Tolomeo el Egipto, dejando á Casandro la Macedonia y á Lisímaco la Tracia, porque las ciudades griegas debian guardar su libertad. Esta disposicion, segun la carta de su tratado, no era mas que provisional. Estos generales se reconocian solamente por depositarios hasta que la familia de Alejandro pudiese sostener sus derechos. Bien presto desapareció esta sombra de condescendencia, porque cada uno tomo el titulo de rey en aquella parte que le habia tocado.

Antígono trató á sus pueblos con mas suavidad que antes (2698), desde que se declaró rey, dando por razon que queria conservar por bien lo que habia ganado por fuerza; pero en cuanto á los impuestos estaba muy distante de la moderacion de Alejandro. Á la advertencia que sobre esto le hicieron, respondió: "Amigos, Alejandro segó toda el Asia, y yo no hallo sino que espigar." De lo que se sigue se puede inferir que era justiciero. Te-

D. del D.
2698.
A. de J. C.
3^{co}.

nia que juzgar un asunto en que habia intervenido su hermano. Quiso este príncipe hablarle en particular, sin duda por no esponerse á la vergüenza de ser condenado. "Hermano, le dijo con firmeza, en público te oiré, porque debo hacer justicia sin distincion de personas." Vivía pacíficamente con su familia, amaba á su muger y á sus hijos, y era de ellos amado con sinceridad. Á los dichos memorables de Antígono se puede añadir este chiste delicado y alegre. En un viage habian alojado á su hijo en casa de una viuda que tenia tres hijas notables por su hermosura: envió á buscar al aposentador, y le dijo: "Amigo, te pido que tengas la bondad de sacar á mi hijo de ese mal paso."

Los nuevos reyes del reino hereditario y de las conquistas de Alejandro, no tardaron mucho en hacerse la guerra, porque la incertidumbre de sus derechos y límites presentaban suficientes motivos. Antígono sobre esto tenia descos de vengarse de Tolomeo, que habia dado asilo y proteccion á Seleuco. Éste, siendo simple gobernador de Babilonia, inspiró temores á Antígono, el cual quiso hacerle arrestar, y Seleuco se salvó en Egipto. Pronosticaron los adivinos á Antígono, que el fugitivo llegaria á ser para él un peligroso enemigo. Se cumplió la profecía, y tal vez por culpa de Antígono, porque Seleuco, sofocado de ver la porfia de su enemigo en perseguirle, al principio ayudó mucho á Tolomeo para rechazarle, y despues formó una liga de todos los príncipes y sátrapas á cuyos estados amenazaba la ambicion de Antígono.

D. del D. Lisímaco y Seleuco por una parte (2698), y
 2698.
 A. de J. C. por otra Antígono y Demetrio su hijo, cada uno
 300. con poderoso egército, se encontraron cerca de Ip-



Muerte de Antígono.

Enemigo irreconciliable y ambicioso, se propuso Antígono destruir á Tolomeo. Unido este con Lisímaco y otros Generales, le hizo frente: y dada cerca de Ipsó una de las más sangrientas batallas, murió en ella Antígono á los 84. años de edad, lleno de heridas, presenciando la derrota del numeroso ejército que sacrificó á su odio y su ambición, y tal vez embriagado todavía con tan detestables pasiones.

so en las llanuras de la Frigia. De la batalla que iba á darse pendia el destino del Asia. Fue muy sangrienta entre capitanes igualmente hábiles, y tropas igualmente aguerridas. Se declaró la victoria por Seleuco. Antígono, penetrado de heridas, murió en el campo de batalla á los 84 años de edad. Demetrio huyó hasta Grecia, pero muy mal acompañado, y sufrió el infeliz humillaciones de la república de Atenas, que en su prosperidad le habia sido pródiga en lisonjas.

Seleuco se vió de repente dueño del Asia, y Demetrio reducido á la Cilicia por único asilo, y aun se estableció en ella por sorpresa. Mientras andaba errante en las costas de Grecia, manteniendo con el botin su pequeño egército, Seleuco, que le habia despojado, le pidió por esposa á Estratónice su hija, princesa de grande belleza, y procuró que á él le diesen á Tolomaida, hija de Tolomeo. Viéndole suegro del soberano de Asia, y yerno del de Egipto, parece que Demetrio lograria alguna corona con estas alianzas; pero las pretensiones le pusieron mal con Seleuco: Tolomeo le miró con indiferencia, y no le quedó mas recurso que su egército.

Dos competidores se disputaban la Macedonia; y Alejandro, hijo de Casandro, llamó á Demetrio por auxiliar; y cuando iba á socorrerle, se acomodaron entre sí los dos rivales. Temiendo Alejandro entonces á Demetrio mas que antes le descaha, le salió al encuentro para que no entrase en sus estados; mas ya era tarde: Demetrio iba avanzando. No sabiendo Alejandro como desembarazarse de él, determinó hacerle asesinar. Ya estaban dadas las órdenes: Demetrio descubrió el proyecto; y

cayendo con lo mas escogido de sus tropas sobre las guardias de Alejandro, le quitó la vida en medio de ellos, y esclamaron los macedonios: *Por un dia nos ha ganado.* Esperaba el egército de Alejandro que le ataearia Demetrio; pero se sorprendió agradablemente cuando pidió permiso para justificarse en su presencia de la muerte del rey. Defendió tan bien su causa, que todos los soldados á una voz le proclamaron rey de Macedonia.

Colocado ya Demetrio en un trono pensó en ganar el de Asia que le habian quitado. Se le debe el haber sido el primero que hizo construir naves de una grandeza, fortaleza y magnificencia no conocidas hasta entonces. Sus mismos preparativos advirtieron á los que pretendia combatir, y así le ganaron por la mano, y le suscitaron enemigos en todas partes: contra él se formaron partidos en su reino, y se le quitaron los macedonios con la misma facilidad que se le dieron. Le quedaba no obstante un egército, que aunque poco numeroso se componía de buenos soldados. Creyó pues que con este auxilio podia penetrar á Asia, que era el objeto de sus esperanzas. Tuvo buen éxito en algunos encuentros; pero estrechado con numerosos egércitos, pidió paso libre para ir á establecerse en alguna nacion bárbara, en donde pudiese acabar con algun reposo sus dias. Se valió principalmente de su yerno Seleuco, que tuvo alguna compasion de su triste estado, y le dió víveres para sus soldados, que ya no los tenian. Mas hubiera hecho por él á no haber sido por Patroclo, su primer ministro, que le hizo presente quanto era lo que arriesgaba en fomentar un príncipe tan ambicioso y emprende-

dor, y que era un leon que no prometia seguridad mientras no estuviese encadenado.

Persuadido Seleuco con estas razones, refuerza su ejército, envuelve por todas partes á Demetrio, y le estrecha en las gargantas del monte Tauro. Demetrio, viendose reducido á la desesperacion, hace el último esfuerzo, y se abre camino á Siria. Una fiebre ardiente le precisa á detenerse, y sus soldados, perdida ya la esperanza, desertan en grande número. No bien habia convalécido cuando vivamente apretado de Seleuco, le gana una marcha y deja el ejército de su yerno muy atras. Entonces formó el proyecto de sorprender el campo de su enemigo; y su intencion hubiera tenido buen éxito si no le hubiera hecho traicion un desertor. Ya no le quedaba á Demetrio otro medio que arriesgar un golpe de desesperacion. Dió sobre la vanguardia enemiga, y al primer choque la arruinó; pero acudió Seleuco, y se presentó á los soldados vencedores á la cabeza de su numeroso ejército dispuesto á combatir: les hizo presente que solo habia diferido el ataque por no derramar su sangre inútilmente: les exhortó á rendir las armas, y á no esponerse por un príncipe ciego de ambicion, y sin fuerzas para resistir mas. Aquellos soldados respondieron con aplauso á su discurso, y repitiendo las aclamaciones de viva el rey Seleuco, abandonaron al desgraciado Demetrio.

Se retira este á un espeso bosque con los pocos que le habian quedado. Durante la noche, Sosigenes, uno de sus antiguos amigos, le llevó una suma de dinero: probó á salvarse con la intencion de llegar á la ribera del mar, mas estaban bien guardados todos los pasos: no viendo recurso al-

guno su pequeña escolta, se disipó; y si algunos se quedaron, fue con el fin de entregarle á Seleuco; pero este les previno, y envió á su yerno diputados, que le hallaron en la mejor disposicion de ánimo; y así dijo: "Mas favorece la fortuna á los intereses de mi gloria que á Demetrio, pues no hay victoria que pudiera serme mas gloriosa que el acto de clemencia que me proporciona."

Constante Seleuco en estos principios envió á Demetrio las personas que creyó le serian mas agradables. A este cortejo se añadió la multitud de cortesanos, creyendo que el genio del suegro iba á tomar el mayor ascendente en el corazon de su yerno. Los ministros formaron la misma idea, y Patroclo principalmente procuró avivar las sospechas y temores que habian desaparecido al primer esfuerzo de generosidad. Entre las enhorabuenas se ve Demetrio rodeado de una guardia numerosa: esta no le llevó á la presencia del rey, como él se habia lisonjeado, sino á custodiarle en un castillo situado en una península; bien que no le faltaba ninguna de las comodidades y delicias de la vida, pues podia salir á cazar en un parque muy dilatado, aunque por otra parte estaban bien prevenidos sus deseos. Le consolaban con la esperanza de que solo aguardaban á Estratónice, su hija, y otros parientes, para arreglar las condiciones con que se le habia de dar la libertad.

Por algun tiempo descansó con esta esperanza: mas viendo las dilaciones, y que no podia conseguir ver á Seleuco, aunque no cesaba de pretenderlo, se entregó á los placeres que se le presentaban, y en particular al regalo, por parecerle el mejor medio de distraer su pesadumbre, y no

echar menos la grandeza pasada. Se creyó que estaba resignado con su suerte, y tal vez él mismo lo creyó pues tenemos una carta suya á Antígono su hijo, que viene á ser una renuncia de cuanto podia aficionarle á la vida. Le pone en sus manos los derechos á los estados que aun poseia en la Grecia: le exhorta á observar constantemente con sus vasallos las leyes de justicia y moderacion. "Considerame, le dice, como muerto: no procures rescatar mi libertad con el sacrificio de ciudades ó provincias; y en este punto no creas á carta alguna, aunque esté escrita de mi mano, ó sellada con mi sello."

Esperimentó Demetrio que cuando falta la esperanza, son muy débil recurso los placeres contra una desgracia: sumégido en una sombría tristeza, le fueron inútiles los cuidados que se tomó por libertarse; y sus esfuerzos en este punto le causaron una enfermedad, que á la edad de cincuenta y cuatro años le llevó al sepulcro. Fue príncipe grande en una y otra fortuna, el mas hábil ingeniero de su siglo, de dulce y agradable compañía, amante de las letras, noble en sus procederes, generoso, benéfico, y adorado de su familia. No debe omitirse que tuvo cuatro mugeres que vivieron á un mismo tiempo en su compañía, y ni él ni ellas se dieron el menor motivo de queja.

Su hijo Antígono, modelo de la piedad filial, como lo habia sido su padre, se ofreció en rehenes por él, y propuso dar por su libertad los estados que poseia en Grecia. Aunque no le admitiesen la proposicion, siempre insistió en pedir su libertad: se vistió de luto, no asistió á convite ni funciones en todo el tiempo que su padre

estuvo prisionero. Viendo que habia muerto, y que le llevaban las cenizas, salió á recibirlas con muchas naves, y las guardó en una urna de oro. Cuando volvió al puerto de Corinto, que era el lugar de su residencia, hizo colocar esta urna sobre la popa de su galera, y cubriendola con un dosel de púrpura, puso encima su corona, y él en persona, vestido de luto, y bañados los ojos en lágrimas, se estaba arrimado á tan preciosa urna. Casi todas las ciudades de Grecia enviaron guirnaldas para coronarla, y diputados que asistiesen á la ceremonia de los funerales. De Corinto trasladaron las cenizas de Demetrio á Demetriada, edificada por él, y las guardaron en un magnífico sepulcro. Rara vez se han visto sentimientos iguales en los herederos de los tronos.

Los desastres deplorables de las conquistas de Alejandro en Asia nos preparan escenas más sangrientas aun en Macedonia. Habia dejado el gobierno á Antípatro, ministro muy estimado de su padre Filipo. Era de una familia ilustre, y amigo particular de Aristóteles, que le inspiró mucho gusto por las ciencias. A todas sus acciones acompañaba cierto aire de grandeza. En el ordinario modo de vivir y en sus vestidos era tan sencillo, que parecia un simple particular, al mismo tiempo que daba órdenes á los reyes. Bien puede decirse que ó era el mayor hombre, ó el mayor hipócrita de su tiempo.

El gobierno que le confió Alejandro tenia una dificultad mas que los otros (2676) y era vivir con Olimpia sin dejarla tomar demasiada autoridad, y sin que el hijo le pudiese reconvenir de que se causaba sujecion á su madre. Este era un pa-

pel delicado, y Antípatro debió desempeñarle largo tiempo con aprobacion de Alejandro; mas en el instante en que se cambiaron las costumbres de este conquistador, se cree que el inflexible amor de Antípatro á la verdad empezó á desagradarle, y que cuando murió pensaba hacer que experimentase una ruidosa desgracia, aunque puede decirse que en cierto modo le debia Alejandro sus conquistas. Porque si el gobernador no hubiera mantenido la paz en Macedonia, no solo le hubieran faltado al rey las reclutas que Antípatro le enviaba y sostuvieron su ejército, sino que se hubiera visto precisado á dejar el Asia para no arriesgar por esperanzas su corona hereditaria.

La noticia de la muerte de Alejandro suscitó grandes cuidados en Antípatro; porque parte de las ciudades de Grecia echaron de sí la guarnicion macedonia, y le fue preciso negociar con unas, y usar de rigor con otras. Los atenienses sobre todo le dieron mucho que hacer: le redujeron, viendose bloqueado, á la precision de pedir la paz, mas no quisieron oírle si no se rendia á discrecion. Salió Antípatro de este mal paso, y llegó su tiempo de pedir á los atenienses la misma condicion que le habian impuesto. Tuvieron que sufrirla, mas no quiso abusar de su victoria; y así se contentó con obligarlos á desterrar los peligrosos oradores que seducian aquel pueblo ligero y volátil. A esta guerra la llamaron *damiaca*, por haberse dado la batalla principal cerca de una ciudad llamada Damia.

Pasó Antípatro al Asia, llamado del desco de servir á la familia de Alejandro: allí tuvo el título de protector, y á poco tiempo volvió con él á Macedonia, en donde murió de ochenta años.

Su pundonor no le permitió dar el gobierno á Casandro su hijo, que aunque jóven le hubiera desempeñado, y nombró á Polispercon, el mas antiguo capitan de los de Alejandro. Este sucesor de Antípatro, con el título de gobernador general de Macedonia, y de tutor de los reyes, tenia muy medianos talentos, y su hijo Alejandro no era mucho mas hábil. Empezaron su administracion con un desacierto contra los consejos de Antípatro, y fue llamar á Olimpia á Macedonia. Esta muger artificiosa se apoderó del corazon de Polispercon, y le aconsejó acerca del gobierno de las ciudades ciertas variaciones que descontentaron. Daba sus órdenes con altivez á nombre de Arideo, hermano de Alejandro, reconocido ya por rey con el pequeño Alejandro hijo de Rojana.

Arideo estaba casado con Eurídice, nieta de Filipo; y bien fuese que el derecho á la corona de esta princesa ofuscase á Olimpia, ó por haber entre ellas rivalidad y autoridad, ó por envidia, que entre mugeres no es rara, no solo manifestaron separacion entre sí, sino tambien aborrecimiento y deseo de hacerse daño. A Olimpia la sostenia Polispercon: Eurídice buscó el apoyo de Casandro, hijo de Antípatro: este no miraba sin inquietud la inclinacion de Polispercon á Olimpia, enemiga declarada de su padre: comunicó sus temores á sus amigos, y juntó un poderoso partido. No saliendole bien los primeros esfuerzos para suplantar al gobernador, se vió precisado á huir á la Asia; y muy lejos de dejar su pretension, levantó un egército con el auxilio de los príncipes, que envidiaban la autoridad de Polispercon; y cuando estaba para entrar en Macedo-

nia le llamó Eurídice á socorrerla.

Estaba entonces la guerra civil encendida en Macedonia. Las dos heroínas, cada una á la cabeza de un ejército, se mostraban resueltas á aventurar una batalla. La natural comunicacion entre los habitantes del mismo pais, aunque de partidos opuestos, fue favorable á Olimpia. Los soldados de Eurídice se la habian unido voluntariamente, y con todas las señales de zelo y afecto; pero presentandose á ellos Olimpia en el momento de la accion, su aire magestuoso, y la idea de que iban á pelear contra la viuda de Filipo, madre de Alejandro, les quitó las armas de las manos, y abandonaron á la infeliz Eurídice y á su marido. Olimpia, dueña de su suerte, los mandó encerrar en un lugar tan estrecho que no se podian revolver sin gran trabajo, y allí mandó sustentarlos con los alimentos mas ordinarios. Con estos dos infelices cayeron en manos de Olimpia muchos partidarios de Casandro, y entre otros su hermano Nicanor. A este le quitó la vida con cien amigos suyos. Quiso al mismo tiempo que abriesen el sepulcro de Diolas, otro hermano de Casandro, y arrojasen á las aves carniceras los restos de su cuerpo.

Estas crueldades empezaron á escitar la compasion en favor de Arideo y de su esposa; y temiendo Olimpia las consecuencias resolvió salir de ellos. Entraron pues por órden suya en la prision del rey algunos tracios armados con puñales, y le penetraron con muchas heridas. Un momento despues envió á ofrecer á Eurídice con un mensajero un puñal, un cordel, y una copa de veneno. Los dioses, dijo la desgraciada princesa, ofrezcan algun dia á Olimpia otro igual presente; y rasgando su pa-

ñuelo limpió las llagas de su esposo que acababa de dar el último aliento: le cubrió con algunos vestidos, y sin manifestar la menor flaqueza, ni esplizarse en queja alguna, presentó el cuello al fatal cordel, y murió ahorcada.

Casandro llegó muy tarde para impedir estas crueldades, pero muy presto para castigarlas. Entró en Macedonia, en donde Olimpia pasaba de ciudad en ciudad, escoltada de una corte magnífica. Llevaba consigo á Rojana y al pequeño Alejandro, creyendo que la vista de la viuda, del hijo y de la madre de aquel conquistador, cuyas victorias daban tanto honor al nombre macedonio, alistarían los mejores soldados bajo sus estandartes; mas no por esto crecía su ejército. Siempre perseguida por Casandro tuvo precision de encerrarse en Pisisa, en donde Casandro la sitió por mar y por tierra. Llegó á ser el hambre tan horrible, que los soldados comian los cadáveres de sus compañeros. Olimpia, despues de muchas tentativas inútiles para escaparse, se rindió á discrecion. Los padres de los que cruelmente habia hecho matar la acusaron en la asamblea de los macedonios, y sin oirla la condenaron á muerte. Entonces Casandro la ofreció una embarcacion para llevarla á Atenas; mas no la admitió, temiendo que en estando en alta mar la arrojarian á las olas. Dijo pues que queria justificarse en otra asamblea, y á Casandro le pareció peligroso concederla este permiso. Con efecto, doscientos hombres enviados á quitarla la vida, se vieron tan confusos al ver su aire magestuoso, que volvieron sin egecutar la orden. ¡Cuánto mas hubiera movido á la multitud, en la que siempre hay gentes inclinadas á la piedad! No hallaron otro me-

dio de salir de ella que el de entregarla á los parientes de los que habia muerto. Estos la degollaron, y aun al morir escitó con su constancia la admiracion de sus verdugos. Así murió la madre de Alejandro: inútil sería dibujar aquí su carácter, pues le pintan bastante sus acciones. Casandro envió á Rojana y á su hijo á Antípatro, separandolos de los que les solian acompañar, y ordenó que al príncipe le criasen como á un particular. De allí los hizo trasladar á un castillo aislado; y cuando ya los macedónios se iban olvidando, se deshizo de ellos: dejó el nombre de protector y tomó el de rey.

Si los talentos militares (2698) las victorias y un gobierno prudente y moderado pudieran justificar la usurpacion, merecia Casandro el trono. El restituyó á Macedonia la abundancia y la paz: reedificó las ciudades destruidas: añadió á su corona la de Epiro: sostuvo con esplendor la guerra contra Antígono, dueño de Asia: impuso leyes á los etolios y á los ilirios: se hizo señor del Peloponeso, y en medio de sus triunfos murió de natural enfermedad, dejando tres hijos, Filipo, Antípatro y Alejandro: el primero le sucedió y murió muy presto: Antípatro se hizo aclamar Rey, y Alejandro se opuso á su instalacion sostenido de un partido poderoso y de la reina su madre, aunque en secreto, como se lo persuadieron á Antípatro. Este príncipe desnaturalizado, temiendo la preponderancia del voto de su madre entró en la habitacion de esta con verdugos, y por mas que le pedia gracia, conjurándole por los pechos que habia mamado, se quedó inflexible, y la hizo quitar la vida en su presencia. De este rasgo de la mas

D. del D.
2698.
A. de J.C.
300.

horrible barbarie no se halla egemplar en la historia.

Despues de mucho tiempo de guerra, en la que entraron los extranjeros (2705) y fue muy funesta para el reino, le repartieron entre sí dos hermanos. Alejandro, el mayor, fue suplantado por Demetrio, á quien queria matar. Demetrio, á lo que parece, no atendió al carácter de sus nuevos vasallos, pues manifestó en el trono de Macedonia un gusto por el lujo que pudiera agradar en Asia, y aun sufrirse en Grecia, en donde se honraban las artes; pero le repugnaba demasiado la sencillez agreste de los macedonios. Parecia que en este reino se portaba como en un pais conquistado, pues mandaba con altivez, y rechazaba las representaciones y quejas con un aire de desprecio mas enfadoso que la negativa. Se cansaron sus vasallos, y dieron la corona á Pirro, rey de Epiro; y así la Macedonia, que en tiempo de Casandro añadió á sus estados el Epiro, se vió añadida al Epiro y sujeta á Pirro. Este la dejó para hacer conquistas en Italia; y antes de salir la repartió con Lisímaco, soberano de Tracia, el que se apoderó de todo durante su ausencia.

Las intrigas de mugeres llenaron su corte de funestas disensiones. Arsinoe, con quien se casó teniendo mucha edad, le inspiró sospechas odiosas contra Agatocles, su hijo mayor, príncipe generalmente amado y estimado. Le pusieron en prisiones sin oírle, y le dieron veneno. Lisandra su viuda, hija de Tolomeo, se salvó con sus hijos y con su hermano Cerauno en la corte de Seleuco. Armase este príncipe á favor de esta desgraciada familia: presenta á Lisímaco una batalla, en la que el rey de Macedonia murió con trece hijos suyos. Ya el

D. del D.
2705.
A. de J.C.
293.

D. del D.
2714.
A. de J.C.
284.

vencedor iba á colocarse en el trono, cuando el protegido le asesina, y á pesar de delito tan atroz, tuvo maña de hacerse proclamar rey por los mismos macedonios. Entonces pensó en vengarse de Arsinoe, que habia dado la muerte á su cuñado Agatocles. Se habia esta retirado á Casandria, plaza muy fuerte: la engañó Cerauno con la esperanza de casarse con ella y adoptar sus hijos, con lo que abrió las puertas de Casandria. En el dia señalado para las bodas hizo Cerauno degollar los dos hijos en presencia de su madre, y la desterró á la Samotracia, sin mas compañía que dos mugeres para servirla. Ella se salvó en Epiro, agradó á Tolomeo Filadelfo, hermano de Tolomeo Cerauno: la tomó por muger, y vino á ser cuñada de aquel á cuyo cuñado habia ella muerto, y asesinado sus hijos. ¡Oh qué alianzas!

En tiempo de Tolomeo Cerauno los gaulas, nacion hasta entonces desconocida en aquellos paises, hicieron una irrupcion en Macedonia, sin otros fines que la codicia del botin, ó el deseo de hallar tierras y habitacion mas ventajosa para dejar sus bosques, por lo cual empezaban robando; y si el lugar les contentaba, se establecian en él. De cualquier modo eran infelicísimos los paises invadidos. Cerauno los esperaba en la frontera con un poderoso egército; pero fue vencido y muerto. Entonces se esparcieron por todo el reino como una inundacion, y por hallarse los macedonios sin gefe hacian sus robos con la mayor facilidad.

En el primer momento de la sorpresa eligieron los macedonios á Meleagro, hermano de Cerauno; pero se mostró tan incapaz, que le depusieron dos meses despues. Antípatro, nieto de Ca-

andro, que sucedió á Meleagro, solo reinó cuarenta y cinco dias. Sóstenes, un señor de Macedonia, juntó sus compatriotas esparcidos, los instruyó en la disciplina; y siendo su capitán venció en muchos reencuentros á los bárbaros. Le ofrecieron la corona, y no la admitió, contentándose con el título de general, que desempeñó gloriosamente por dos años. Un nuevo enjambre de gaulas entró á reforzar los primeros: Sóstenes y su pequeño ejército fueron oprimidos por la multitud. Estas dos invasiones acabaron de arruinar la Macedonia: la abandonaron los gaulas para ir á pasear sus furores por la Grecia.

No por hallarse este reino en estado tan miserable dejó de escitar la ambicion de tres concurrentes, Antígono Gonaro, llamado así por el lugar de su nacimiento: este era hijo de Demetrio: Antiocho Soter, hijo de Seleuco (cuyos padres habian tenido la corona de Macedonia); y Pirro, que habia vuelto de la espedicion de Italia. Ayudados de sus propias tropas, y otras que estaban á su sueldo, se disputaron las ruinas de este asolado reino. Pirro, digno por sus ideas caballerescas de mandar á los gaulas, de los cuales tenia muchos en su ejército, ofreció un combate á Antígono en campo cerrado; y le respondió: Si Pirro está cansado de la vida, él hallará mil ocasiones de perderla. Con efecto, le mataron en Argos por mano de una muger que le dió un tejazo en la cabeza. Se vió Antígono dueño único de la Macedonia: se fue insensiblemente deshaciendo de los gaulas que todavia la infestaban, y empezó un reinado que por benignidad y justicia debiera haber agradado á sus vasallos; pero estos se deslumbraron con el valor brillante de Alejan-

dro, hijo de Pirro, que fue á recobrar los derechos de su padre, y casi todos los macedonios se pasaron á su partido. Antígono abandonó aquel pueblo ingrato, y se retiró á sus estados de Grecia; pero Demetrio, su hijo, se sostuvo en un rincón del reino, y sus hazañas atraieron á los macedonios enamorados de la valentía, y le siguieron; venció pues, y volvió á llamar á su padre Antígono. Este, que era nieto de Antígono el que murió en la batalla de Ipsó, é hijo de Demetrio el que murió prisionero, no se olvidó de las mudanzas de la fortuna que tantas veces habia experimentado. Cuando mataron á Pirro el hijo de Antígono, en medio del júbilo que sintió al momento que se ganó la victoria, presentó á su padre la cabeza del rey de Epiro; y el de Macedonia apartó sus ojos con horror, y dijo: "¿Crees tú, infeliz, que un príncipe cuyo abuelo murió como ese, y cuyo padre murió entre cadenas, sentirá placer con el espectáculo que me presentas?" Recibió con toda bondad al hijo de Pirro que el suyo le trajo; y viéndole con mal vestido, dijo para responder á su hijo que se le recomendaba: "Mas me gusta ese proceder que el que tuviste concluido el combate; pero todavía no haces lo que debes, porque el traje en que le traes es propio para deshonar la victoria que has ganado."

Demetrio segundo (2756) hijo y sucesor de Antígono (2762) tuvo la felicidad de verse en tal situación que pudiese imitar las dulces costumbres de su padre mas bien que sus militares talentos. Su reinado fue tranquilo; pero muy corto: su muerte fue muy sentida, y aun lo hubiera sido mas sin las bellas propiedades de su hermano Antígono Dosón, que le reemplazó al principio, como tutor de un

D. del D.
2756.

A de J.C.
242

D del D.
2762.
A de J.C.
236.

hijo que dejaba su hermano, pero de menor edad, y despues como rey, casándose con la viuda. El cuidado en la educacion de su sobrino, el afecto que siempre le mostró prueban que si tomó la corona no fue por quitársela, sino para dársela mas brillante. Prosperó la Macedonia con su gobierno, porque era tan buen guerrero como hábil político. Sabia este Antígono bien el arte de prometer, como se ve en su renombre *Doson*, que quiere decir *el que dará*. Murió escupiendo sangre á causa del grande esfuerzo que hizo por animar en una batalla á sus soldados. Antes de dar el último aliento suplicó al egército que guardase fidelidad constante á Filipo su sobrino y pupilo, que iba en tan corta edad á ocupar el trono.

D. del D.
2778.
A. de J.C.
220.

Filipo (2778) como su predecesor, era alentado, elocuente y versado en los conocimientos que un rey necesita, pero sospechoso y cruel: estos dos defectos fueron la causa de las desgracias del reino, que envenenaron su vida y deshonoraron su reinado. Antes de llegar á la edad madura intentó un descubrimiento que tal vez es el mas difícil, y principalmente para un rey, esto es, distinguir los falsos amigos de los verdaderos. Con el despecho de no poder lograr esta satisfaccion quitó la vida sin distincion á todos aquellos cortesanos con quienes habia tenido íntimo trato. Tambien le hacen culpado en la muerte de Arato, aquel que era gefe muy estimado de los aquivos, dándole veneno, y á su hijo un bebedizo que le puso loco. Tal fue el padre de Demetrio y Perseo, ambos célebres, el primero por su afecto, y el segundo por su antipatía á los romanos.

Ya estos republicanos habian llevado sus armas

á Grecia, y en ella se valian de aquella artificiosa política que los hizo por último dueños del mundo, y consistia en ayudar á los flacos contra los fuertes. Cuando tenian abatido el poder de un rey, y le habian quitado algunos paises, y parte de sus medios de agresion; con pretesto de reintegrarle, le daban otro pais que conquistar para consumir sus fuerzas. De este modo cuando obligaron á Filipo á entregarles sus navíos, y le prohibieron continuar en las conquistas principiadas, le permitieron atacar á los traces, los que no ignoraban ser difíciles de conquistar y aun de vencer. Otro ardid de los romanos era pedir en rehenes los hijos de los soberanos ó de los grandes para criarlos en sus principios, é inspirarles la admiracion por su república: esto es lo que practicaron con Filipo. Le pidieron en rehenes á su hijo Demetrio, y le volvieron á enviar lleno de estimacion hácia ellos, y de un afecto que no podia agradar al rey de Macedonia despues del modo imperioso con que se le trataba.

Tenia Demetrio un hermano mayor nacido de una concubina, y este se llamaba Perseo. El vicio del nacimiento no le quitó el deseo del trono ni la esperanza de llegar á conseguirle. Demetrio no perdía ocasion de sosegar el resentimiento de su padre contra los romanos; y tomándole por la parte de su interes, le hacia presente el grande poder de estos republicanos comparado con el suyo, y cuanto arriesgaba en irritarlos: que lo mejor era procurar ganarlos, procediendo con ellos con franqueza, y no pretender engañarlos con ardidés que tarde ó temprano habian de descubrir. Bien conocia Filipo la solidez de este discurso; pero le oia con un despecho que le inclinaba tal vez á creer que su hijo

no tanto miraba las ventajas de su padre como su inclinacion á los romanos. Perseo no dejaba de animar las sospechas; y aunque Filipo amaba á Demetrio, príncipe adornado de un genio insinuante, alegre y acariciador, en algunas ocasiones la identidad en el modo de pensar daba la preferencia á Perseo, hombre de natural sombrío, artificioso y maligno.

Se presentó una ocasion que dió á conocer estos dos caracteres. Quiso Filipo divertir su corte con una especie de torneos, en los que entraban los dos príncipes como gefes de dos partidos, compuestos cada uno de dos amigos. Pero bien presto el combate, que era un juego, se hizo serio, y aun fue necesaria toda la autoridad del rey para que cesase. Los dos hermanos convidaron despues cada uno á sus campeones. Algunos partidarios de Perseo se introdujeron en la sala del festin de Demetrio; y los convidados, mirándolos como espías, los echaron fuera. Demetrio manifestó á sus cortesanos descontento por la afrenta que habian hecho á su hermano; y para repararla de algun modo propuso ir amigablemente á sorprenderle á la mesa, creyendo que esta señal de confianza le sosegaria. Ello era una imprudencia, y sus amigos procuraron que la conociese: principalmente los que habian despedido las espías verdaderas ó imaginadas, no se querian esponer; pero Demetrio insistió, aunque no se opuso á la precaucion de que llevasen puñales ocultos para defenderse en caso de ataque. Bien fuese porque Perseo temió ó porque pensó en aprovecharse de la ocasion para hacer odioso á su hermano, cuando vió acercarse la tropa, cerró la puerta y dió gritos, *al asesino, al asesino*. El rey,

¿ cuyo juicio se sujetaron los dos partidos, reprehendió la imprudencia de Demetrio, pero condenó las sospechas de Perseo. En cuanto á los torneos no quiso decidir cual de los dos partidos habia empezado á convertir la fiesta en carnicería, y se contentó con encomendar la union, y prohibir con un tono absoluto que jamas turbasen su tranquilidad con semejantes escenas.

Siempre se quedó en duda sobre cual era el culpado; mas para su mayor desgracia presto salió de la incertidumbre por los resortes que movieron. Por uno de aquellos ardidés que Demetrio le aconsejaba que dejase, habia Filipo desagradado mucho á los romanos. Por pretension de los habitantes de Maronea, ciudad marítima de Tracia, le mandó el senado sacar de allí la guarnicion macedonia. Despues de muchas tergiversaciones obedeció Filipo; pero tomó sus medidas de modo que al mismo tiempo que la guarnicion salia de Maronea, entran los truces apostados, roban, saquean, y egercen las mas horribles crueldades. No se ignoró en Roma esta vileza: mandaron á Filipo que fuese á justificar su conducta delante del senado, y que enviase el comandante de la guarnicion para averiguar la verdad. Filipo le hizo partir, y darle veneno en el camino. Viendo que no podia resistir á las fuerzas que se preparaban, encargó á Demetrio que desviasse la tempestad. Cuando este jóven príncipe llegó á Roma se admiró, y cayó de ánimo al ver las pruebas acumuladas contra su padre. Procuró justificarle y quisieron admitirle sus razones; pero en la carta que el senado escribió á su padre le dijo espresamente, que aquellas excusas no se habian considerado valederas sino por respetos á su hijo.

Esta restriccion desagradó á Filipo, y de ellas sacó consecuencias contra la fidelidad de Demetrio, creyendo que tenia inteligencia con los romanos para sostenerse contra su padre, y tal vez para invadir el trono. Perseo animó esta sospecha con cartas falsas que hizo venir de Roma, en las que los supuestos proyectos de Demetrio se presentaban tan verisímiles que el rey se engañó: dió orden de arrestar á su hijo, y confió este encargo á un tal Didante. Este era un partidario secreto de Perseo, y lo egecutó con tal apariencia de sentimiento, que el jóven príncipe puso en él su confianza. Le confesó que si podia conseguir la libertad, tenia intencion de salvarse en Roma, para evitar los efectos de la mala voluntad de su hermano. Didante dió cuenta al rey, y este mandó darle veneno, pero con discrecion, para que no llegasen á sospecharlo los macedonios ni los romanos, que igualmente le estimaban y querian. Didante echó veneno en la comida del príncipe: mas viendo que el efecto tardaba, y que los violentos dolores que agitaban á Demetrio empezaban á dar sospechas, le hizo ahogar.

Así que Demetrio murió mudó Perseo de conducta: ya no procuraba hacer la corte á su padre como antes, y no pudo ocultar su alegría con la muerte de su rival. Filipo recibió la mas viva pesadumbre, y empezó á creer que le habian engañado. Para asegurarse se valió de un pariente suyo llamado Antígono, cuya probidad era pública. Este dijo francamente al rey, que tenia por inocente á Demetrio, y le puso en el camino de descubrir mas. El que había contrahecho las cartas confesó su delito; y confirmada su confesion por otros, cayó el

rey en una desesperacion mortal. Todos los culpados que se pudieron prender fueron condenados á muerte. Perseo se salvó estableciendo su residencia en la frontera , y esperando ver presto el dia en que le habia de hacer dueño de la corona. No tardó mucho tiempo, porque Filipo , devorado de remordimientos, acabó entre los sentimientos del mas doloroso arrepentimiento una vida que su caracter asustadizo habia hecho infeliz para él y para los demas.

En su última enfermedad reveló la conducta infame de Perseo (2821) para con su hermano , y encomendó á sus vasallos que reconociesen por rey á Antígono, hijo de Demetrio; mas ya Perseo habia tomado sus medidas. Supo á tiempo la muerte de su padre ; y llegando á la cabeza de un cuerpo de tropas , se apoderó del trono , y quitó la vida á Antígono. Lo demas de su reinado correspondió perfectamente á este principio. Dificil seria hallar en la historia otro hombre que con tanta facilidad cometiese los homicidios, y podriamos decir con mas espontaneidad, si fuese permitido aplicar este término á semejantes acciones. Espere el lector ver á Perseo desde que se sentó en el trono en guerra con los romanos. No hay duda que estos republicanos le trataron con el mas altivo desden. Se habia obligado Filipo en un tratado , á no hacer la guerra sin el permiso de Roma , y estendieron esta cláusula hasta pretender que Perseo no tenia derecho para armar sin su aprobacion contra sus vasallos rebeldes. Generalmente procedieron con él como se hace con un hombre á quien se pretende irritar. Todas sus acciones eran para los romanos sospechosas : si tenia diferencias con sus vecinos , le repre-

D. del D.
2821.
A. de J.C.
177.

dian de hombre de carácter inquieto, enemigo de la paz: si vivia en buena inteligencia con ellos, le acusaban de que queria aumentar su poder con alianzas secretas para poder hacerles la guerra.

Esta última acusacion no era sin fundamento; y si á Perseo le hubieran creido, pudieron los griegos, oprimidos por el poder de Roma, haber arrojado de su pais los egércitos de esta ambiciosa república, que solo contaba por amigos á los que se sujetaban enteramente á su voluntad. Perseo, á fuerza de representaciones, sublevó algunos estados griegos contra los romanos, formó alianzas con los reyes vecinos, hizo paz con los traces con la condicion de que le enviásen tropas, acumuló una prodigiosa suma de dinero, compró víveres para muchos años, y levantó un egército muy fuerte. Eumenes, rey de Pérgamo, zeloso del crédito que daban á Perseo entre los griegos estos preparativos, le denunció al senado. El rey de Macedonia envió contra él asesinos. Le esperaron estos en un barranco, y le oprimieron con tal granizo de piedras que creyeron haberle muerto; pero volvió sobre sí, y consiguió pruebas de que Perseo era el autor de la empresa formada contra su vida. Las pesquisas de Eumenes hallaron otro descubrimiento; y fue que Perseo habia encargado á un hombre que fuese á Roma á envenenar á los senadores que se mostraban mas contrarios á sus intereses.

Las hostilidades fueron inmediatas á las provocaciones respectivas. Los romanos quedaron derrotados en la primera batalla; pero no supo Perseo aprovecharse de la victoria, y así se prolongó la guerra entre sucesos poco decisivos. En una de estas alternativas temió que la grande cantidad de



Euménés apedreado.

Los servicios que Euménés, Rey de Pérgamo, prestaba á los Romanos frustraban los proyectos de Perséo, Rey de Macedonia; y este, poco delicado en la elección de medios para sus fines, se sirvió de malvados que al transitar Euménés por un barranco le apedreáron hasta dexarle por muerto. Sobrevivió á esta perfidia; pero su noticia, perpetuada en la historia, será siempre un berron para la de Perséo.



dinero destinada para construir una armada en el puerto de Tesalónica, se la tomasen los romanos, y envió orden á Andrónico y Nisias, que allí mandaban, para que abrasasen el arsenal y los materiales de la armada, y echasen el dinero al mar. Obedeció Nisias; pero á Andrónico le pareció diferirlo, y se vió que tuvo razon. No llegó allá el general romano; y Perseo, saliendo del susto, hizo llamar buzos que sacasen los tesoros. Para recompensar á Andrónico por su prudencia, por su obediencia á Nisias, y por su trabajo á los buzos, los hizo matar á todos.

Al lado de estos hechos de crueldad se pueden poner dos insignes engaños, que tal vez aplaudirán cierta especie de políticos. Eumenes, rey de Pérgamo, gozaba de grande estimacion entre los romanos, y por consiguiente de grande crédito en Grecia. Perseo pensó en quitarle uno y otro con una fingida negociacion de neutralidad que chocase á la soberbia de la república, y la entibiase en la estimacion de Eumenes. Le propuso pues una considerable suma de dinero, si queria quedarse neutral en la guerra que en la actualidad tenia con Roma. Eumenes cayó en el lazo; y cuando ya Perseo tuvo suficientes pruebas para comprometer al rey de Pérgamo, dió esta noticia á los romanos, con lo que le quitó su amistad, y guardó su dinero. La misma perfidia, aunque en otra forma, usó con Gencio, rey de Iliria. Este estaba neutral, y trataba de que se declarase contra los romanos para hacer diversion. Perseo ponía como siempre sus tesoros por delante, pero con ánimo de no soltarlos. Estipula pues con Gencio, que al punto que haya recibido la suma convenida romperá abierta-

mente con los romanos: le envia diez talentos como prendas de la totalidad: manifiesta á sus embajadores las cajas selladas con direccion á Gencio, diciéndoles que allí estaba el resto, y las hace salir con ellos; pero con orden á los conductores de ir poco á poco y con lentitud. Gencio, recibidas las prendas, y sabiendo que el resto se acercaba á sus fronteras, rompe sin mas ceremonias con los romanos, y hace arrestar á los embajadores de estos. Perseo, asegurado de que con esta violacion del derecho de gentes estaba ya el rey de Iliria empeñado sin poder volver atras, hace que se vuelvan los que llevaban las cajas, y de este modo logró, casi sin desembolsar, una diversion ventajosa.

D. del D. 2832.
A. de J. C. 166.

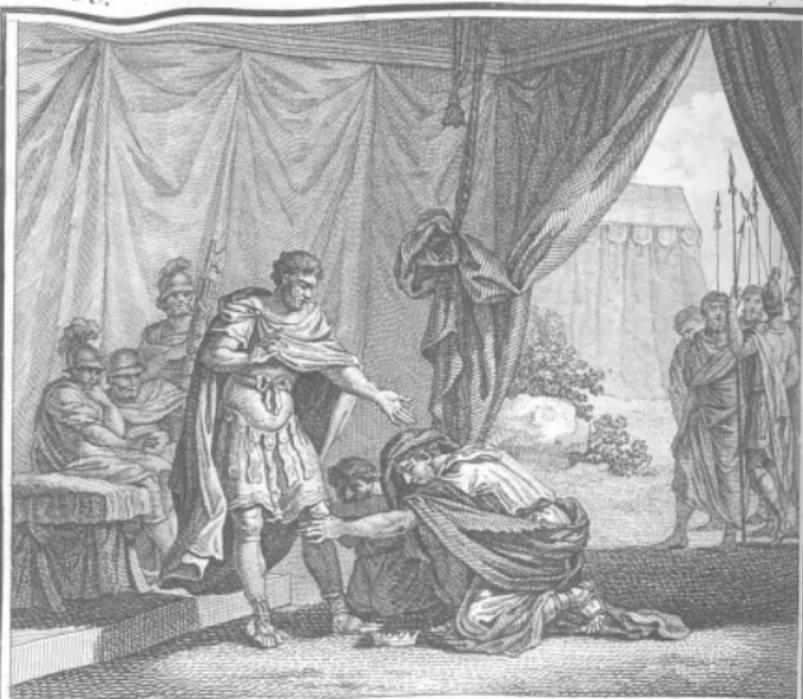
Ya vemos que los romanos (2832) las habian con un enemigo fecundo en recursos, y que merecia toda su atencion, y así enviaron contra él el mas hábil de sus generales, que era el famoso Paulo Emilio. Bajo las órdenes de este decidió de la suerte de Perseo y de Macedonia una operacion bien combinada. Cubria su reino este príncipe con un buen ejército atrincherado detras del monte Olimpo. Solo podian los romanos atacarle fortificándose en este monte; pero se tenia por imposible subsistir allí por falta de agua. Paulo Emilio pensó que un sitio abundante en yerba, y adornado de hermosos árboles, precisamente contenia en su seno manantial. Llevó, pues, su ejército, y le hizo cavar pozos que dieron agua en abundancia: al mismo tiempo envió por un desfiladero un cuerpo de tropas, que rodeando sorprendió á los macedonios, y los precisó á abandonar sus trincheras. Bajó Paulo Emilio á la llanura, y todo se dispuso para una batalla general.

El egército macedonio asustaba con el órden de su disposicion. Los traces, los asalariados y los auxiliares formaban diferentes cuerpos de tropas escogidas; pero la falange era el cuerpo mas notable. La belleza de los hombres que le componian, la riqueza de sus vestidos, todos de escarlata, el resplandor brillante de sus armas hacian una vista que pasmaba. Nada faltaba á este egército sino un buen general. No se sabe quien le mandaba, ni si Perseo se quedó en Pisna, desde donde se veia la pelea, ó si se halló en la batalla. La opinion mas comun es que el dia antes le habia herido un caballo, y que á pesar del dolor se puso á la cabeza de sus tropas, y fue levemente herido. Pero generalmente convienen en que fue el primero que huyó: que dobló su manto de grana bajo el arzon de la silla, y se quitó la diadema para no ser conocido. Fue corriendo hasta Pella, su capital, en donde entró á media noche con poco acompañamiento, porque la mayor parte de los señores de su corte, sabiendo que no reparaba en castigar en los otros las faltas que él cometia, mas quisieron caer en manos de los romanos que seguirle. Bien pudieron darse la enhorabuena de su prudencia cuando supieron que por querer darle consejos sobre las circunstancias dos criados fieles, se enfureció tanto contra ellos, que los mató con su propia mano. Todo el mundo le abandonó entonces, no le quedó sino un cuerpo de cretenses, no tanto por afecto á su persona, como por la esperanza de tener parte en sus tesoros, que este infeliz llevaba siempre consigo, poniendo en ellos sin cesar los ojos. De ciudad en ciudad se retiró Perseo á Samotracia, en donde habia un templo muy

respetado , dedicado á Castor y Polux.

Allí le siguió Evandro, uno de aquellos que sirvieron á Perseo al principio de su reinado para hacer apedrear á Eumenes , rey de Pérgamo. Así él como su señor , temblaban que los romanos no respetasen su asilo. Los habitantes de Halicarnaso , viéndose rodeados de armadas y de egércitos romanos , no estaban menos inquietos sobre la conservación de sus privilegios. Entre tanto que estaban conferenciando , se introdujó un jóven romano en la asamblea , y les preguntó con ingenuidad : “¿ Es verdad que la isla de Samotracia es una isla sagrada ? ” Sin duda , esclamaron á un mismo tiempo los asistentes . “¿ Pero creéis , continuó el jóven , que quedaria manchada si sirviese de asilo á un asesino infame ? ” Todos dijeron que sí. Ahora bien , añadió : “ En vuestro templo se halla actualmente Evandro con Perseo ; ” y les contó la historia. Se estremecieron de oírlo ; y decidieron sobre la marcha : que salga Evandro del asilo , y vaya á justificarse. Se vió Perseo muy dudoso con esta resolución . ¿ Permitiría Perseo que fuese á justificarse ? ¿ pero podía hacerlo sin acusarle á él ? Le aconsejó , pues , el rey , y esto amigablemente , que primero eligiese quitarse la vida. Á Evandro no le gustó la proposición ; y fingiendo que lo haria , dijo que mas queria tomar veneno que morir á hierro. Perseo , rezeloso de que eligiese el veneno para dilatarlo , y tal vez para cargarle á él , tomó el mas pronto espediente , y mandó á sus criados que le matasen .

Con esta atrocidad huyeron cuantos podian serle útiles , y se vió rodeado de miserables , solamente propios para hacerle traicion. Se ajustó con



Perséo rendido.

Postrado Perséo ante el Consul Paulo Emilio, no supo este escasearle los consuelos, ni desentenderse de las consideraciones que ofrecia tal humillacion de un Rey de Macedonia; pero no habia llegado á su colmo la desgracia de este Monarca: pues luego con dos hijos, una hija y los principales Macedonicos, sirvió á aumentar la pompa del triunfo de Paulo Emilio, y fue tratado con el mayor rigor é ignominia.

un cretense , capitan de embarcacion , que se encargó de pasarle á Creta con su familia y sus tesoros. Perseo envió al anochecer lo mas preciso que tenía , y fue en persona como á media noche á la ribera del mar como se habian convenido ; mas ya el cretense se habia hecho á la vela. Se ocultó el infeliz en un pequeño bosque , de donde envió á decir á Paulo Emilio , que él se le rendia.

Le recibió el cónsul en su pabellon abierto , rodeado de lictores y de todos los atributos de la grandeza romana. Se presentó el príncipe vestido de luto , como oprimido con su desgracia. Despues de algunas reprensiones , bastante moderadas , sobre su conducta para con la república , le dijo : “El pueblo romano no es menos célebre por su clemencia que por su valor : esperad , príncipe , y aseguraos que no será menos generoso con vos que con otros muchos príncipes que se han sujetado á su dominacion.” Estas palabras consoladoras se las dijo en griego á Perseo ; y volviéndose á los romanos , les habló así en su propia lengua : “Jóvenes romanos , ya veis la inconstancia de las cosas humanas : aprovechaos de la leccion que os da un egemplar tan eficaz. Aprended que no se puede asegurar la prosperidad con la soberbia ni la violencia , y acordaos que pudiendo cambiarse nuestra suerte de un instante á otro , no hay que contar jamas sobre la felicidad presente. El verdadero valor es el que no se ensalza en la fortuna , ni se abate en la adversidad.”

No correspondieron las consecuencias á las esperanzas que el cónsul habia dado. Supo Perseo que le destinaban para el triunfo de su vencedor , y envió á suplicar que le escusase la vergüenza de

verse hecho espectáculo de los romanos. "La gracia que pide está en su mano, respondió con frialdad Paulo Emilio: él mismo se la puede procurar." En esto le queria decir que era dueño de quitarse la vida. ¡Buena está la indulgencia despues de las promesas y el buen tratamiento que le había hecho! Salió, pues, en el triunfo con dos hijos suyos, Alejandro y Filipo, y una hija de poca edad, acompañado de los oficiales de sus casas. Todos bañados los ojos en lágrimas, saludaban al pueblo suplicándole, y enseñaban á sus jóvenes príncipes á estender á él sus manos inocentes. El rey de Macedonia en traje de luto caminaba solo despues de ellos, y seguido de muchos macedonios, que en su triste continente manifestaban las señales del dolor y la desesperacion: además de los tesoros de Perseo, y los ricos despojos de sus soldados, se vieron los de todo el mundo, porque los reyes de Asia, habiendo robado muchas veces la Grecia, habían llevado á su tierra las obras mas primorosas de la industria, y los mas estimados monumentos de las artes. Alejandro los había enviado á Macedonia, y ahora Paulo Emilio se había llevado de todas las ciudades para enriquecer á Roma todo lo mas precioso que tenían. La suma del dinero que puso en el tesoro de la república fue tan considerable, que por muchos años dispensó de la necesidad de poner impuestos en el pueblo romano. Pasado el triunfo, metieron á Perseo en un infestado calabozo con los malhechores mas viles destinados al suplicio. Muchos dias se pasaron sin darle alimento alguno, y se le pedia á los compañeros de su miseria que quisieron repartir su porcion con él. Le ofre-

cieron una cuerda y una espada, y no las admitió. Unos dicen que murió en esta prision: otros que le pasaron á otro lugar mas cómodo, en el que vivió dos años; pero que no pudiendo sus guardas sufrir su mal humor, se desenfrenaron de modo que no le dejaban dormir, hasta que murió por falta de sueño. Los dos hijos y la hija que le acompañaron en el triunfo eran de corta edad. Filipo y la princesita murieron, y Alejandro entró por aprendiz en casa de un carpintero. Después se aplicó á escribir, y fue oficial y secretario del senado. Al mismo tiempo estaban presos en Roma Gencio, rey de Iliria, con su muger y sus hijos; pero no los trataban con tanta dureza. Por último, las ciudades de Italia y Grecia sujetas á los romanos vieron dentro de sus muros las principales familias macedonias que tuvieron orden de dejar su pais; y no se sabe si las conservaron las rentas de los bienes que las quitaron.

En cuanto á la misma Macedonia declaró Paulo Emilio que la hacia libre; pero veamos en qué consistia esta libertad. Dividió el reino en cuatro gobiernos, prohibió con rigorosas penas que los habitantes de un gobierno tuviesen el menor comercio con los del otro, les dió nuevas leyes, les quitó las riquezas mas preciosas, intimó á los grandes la obligacion de dejar su patria en llegando á la edad de quince años, y les prohibió beneficiar las minas mas ricas. De doscientos talentos que los macedonios pagaban á sus reyes, el cónsul romano no exigió mas que ciento para su república; pero aquellos doscientos se consumian en el reino, y en él dejaban la utilidad; y los ciento que se estraian todos los años, se perdian

para los macedonios. Esta fue la libertad que les dió el cónsul. No hay duda que Perseo, hombre odioso y despreciable, merecia castigo; pero sus hijos, su familia, los principales señores ¿por qué? ¿Por qué el pueblo sufrió en sus leyes y costumbres, y se le pusieron trabas en sus correspondencias comerciales, saqueado metódicamente por Paulo, y del modo atroz que hemos contado? Ahora pueden venir alabándonos la moderacion de la república romana.

Despues de Paulo Emilio envió el senado sus comisionados con el encargo de dar alguna forma á esta república compuesta de partes incoherentes, porque las ciudades se gobernaban sin conexion alguna entre sí, del mismo modo que los cuatro gobiernos. Las guarniciones que habian dejado los romanos á titulo de proteccion, y al parecer sin derecho alguno en el gobierno civil, influian con la fuerza ó la persuasion en las elecciones de los magistrados y de otros oficiales civiles, y no eran los que se elegían los mas capaces y honrados, sino los que se mostraban mas afectos al pueblo romano. El cuerpo de la nacion, realmente esclavizada con una sombra de libertad, atormentado con la memoria de su antigua grandeza, suspiraba por el momento de verse independiente, y solo el gobierno monárquico, administrado con prudencia, les podia agradar.

En estas disposiciones vió con gusto presentarse un pretendiente al trono. Este decia que era hijo de Perseo, y que le habia tenido de una concubina llamada Cirtesa, y le habia criado en secreto para que quedase algun pimpollo de la familia real, en caso de que él fuese desgraciado en la

guerra contra los romanos. Este falso príncipe se llamaba Andisco, y cuando se presentó se puso el nombre de Filipo: igualmente es conocido por ambos nombres. No le salió bien su primera tentativa, y se retiró á Siria en casa de Demetrio Soter, que se habia casado con una hermana de Perseo. A lo que parece no tuvo por suficientes las pruebas de su nacimiento, y para no perder la amistad de los romanos se le entregó. Estos, bien fuese oprobio ó bien indiferencia, le miraron con desprecio. Andisco se salvó en Tracia, juntó algunas tropas, y entró en Macedonia, en donde se aumentó su ejército, y conquistó el reino en tan poco tiempo como empleó Paulo Emilio en subyugarle. La prenda principal de Andisco era una valentía que ya llegaba á intrepidez, que era lo que mas agradaba á los macedonios; y tenia por otra parte todos los vicios de Perseo, crueldad, avaricia, orgullo en la prosperidad y baja en las desgracias.

Despues de haber conseguido algunas ventajas cayó como Perseo en la imprudencia de esponer su corona á la aventura de una batalla general: la perdió, le prendieron, y adornó el triunfo de Cecilio Metelo su vencedor. La opinion mas probable de este falso Filipo, como le llamaban los romanos, le cuenta con los impostores; y el haberle abandonado Demetrio Soter, y la resolución de este en entregarle á los romanos, parece una prueba que concluye contra él. Todavía le sucedieron otros dos pretendientes. El último tomó tambien el nombre de Filipo, y halló en el odio de los trances contra los romanos y en el descontento de los macedonios, recursos que le sostuvieron por algun

tiempo; mas al fin pereció en una batalla. Este fue el último que sublevó los macedonios contra sus vencedores con intencion de restablecerlos en su libertad, ó de hacer valer sus derechos á la corona como hijo de Perseo, ó como descendiente de los antiguos reyes de Macedonia.

Esta llegó á verse provincia romana, y entonces fue mas feliz que cuando era aliada. Tal era la conducta de los romanos: para sí eran adoradores de la libertad, y para los otros estaban tan distantes de quererla que la perseguian: mas como conocian el imperio de esta palabra *libertad* sobre los espíritus vulgares, la proclamaban con fausto en sus conquistas, y al mismo tiempo ponian tales condiciones y restricciones, que la hacian importuna y peligrosa. Sucedian querellas entre los ciudadanos y entre las ciudades vecinas y aun tal vez guerras civiles, en las cuales las guarniciones protectoras interponian su mediacion ó sus fuerzas. Tambien sobrevenian defensas ó resistencias que se trataban de rebeldías: iban los egércitos romanos, subyugaban el pais, y los que eran aliados se hallaban vasallos. Ya entonces los trataban con la mayor suavidad: á los que iban á gobernarlos se les encargaba que les hiciesen amable el yugo; y así llamaban muchas veces á los procónsules menos hábiles, y castigaban á los culpados.

En la misma historia de los macedonios hay un egemplar de esta severidad. Se portó con ellos mal Julio Silano, hombre de ilustre nacimiento: dieron quejas de su conducta, toda exacciones y crueldades, y mandó el senado á Silano comparecer. Manlio Torcuato, su padre, pidió que se le

permitiese juzgar la causa de su hijo. El senado, que sabia su integridad, le concedió esta gracia. Comparece este hijo, se ve convencido, es condenado y arrojado de la casa paterna como infame, y él mismo se ahorcó desesperado. No se movió mas su padre cuando supo la catástrofe que si hubiera pasado con un desconocido. Hizo abrir las puertas de su casa, y se entregó á sus ordinarias ocupaciones, mirando á Silano como sino perteneciera á su familia desde que se apartó de la virtud. Bien pudiera Manlio haber sido magnánimo sin ser insensible.

Las vicisitudes del reino de Macedonia son muy notables. Duró como setecientos años: empezó por una colonia de los argivos, que se formaron un imperio en un centro rodeado de bárbaros que poco á poco se fueron juntando con ellos. La política de los primeros reyes en no declararse contra la Persia, los conservó en paz al mismo tiempo que se abrasaba en guerras la Grecia. De este modo los tesoros de las ciudades acometidas abundaron entre ellos como en un asilo; y los monarcas persianos aumentaron el reino de Macedonia para aficionársele mas. Muchas veces turbaron de envidia su paz las repúblicas griegas; pero despues Filipo inquietó á estas repúblicas, y se apoderó del supremo dominio en la Grecia, y esto le sirvió para facilitar á su hijo la conquista del Asia. Muerto Alejandro volvió á reducirse la Macedonia á sus primeros límites; y aun se fue estrechando con las guerras estrangeras infelices y con las civiles, hasta que siendo provincia romana, se quedó este estado en la corta estension que habian poseido los argivos sus fundadores, tanto

que por último ha perdido el nombre en manos de los turcos.

LA ASIA DESPUES DE ALEJANDRO.

Bajo los seleucidas se llamó Siro-Media.

D. del D.
2587.
A. de J.C.
411.

Los seleucidas fueron los reyes sucesores de Alejandro, y se llamaron así de Seleuco, que fundó en la Siria y la alta Asia este imperio con el nombre de Siro-Macedonio (2587). Era Seleuco, hijo de Antíoco, uno de los principales capitanes de Filipo, padre de Alejandro, y siguió á este monarca en sus conquistas de Asia: le hizo comandante en jefe de los elefantes, que era un cargo de la mayor consideracion en el ejército. Muerto Alejandro le nombraron los protectores general de la caballería, y despues gobernador de Babilonia. En esta plaza pensó en hacerse soberano como los otros capitanes del conquistador: para esto trabajó Seleuco con gran destreza, contemporizando con los rivales encarnizados entre sí. Descubrió Antígono su intencion y quiso arrestarle; pero se salvó en Egipto, hasta que volvió con un pequeño ejército á Babilonia. Desde este centro se estendió por la Media, y mientras estaba en estas conquistas, Demetrio, hijo de Antígono, le tomó á Babilonia, y la saqueó con inhumanidad. Con los excesos de este príncipe echaban menos los babilonios á Seleuco, que los habia tratado siempre con benignidad. Le llamaron pues, y volvió á salir para estender sus dominios, á los que ademas de la Media añadió la Bactriana, la Hircania, y todas las provincias que antes habia invadido Alejandro,

Por estas conquistas le llamaron *Nicanor*, que quiere decir *vencedor*. Tomó el título de rey de Babilonia y Media. Con la jornada de Ipsó, en la que mataron á Antígono, consolidó para siempre su imperio.

Hasta diez y seis ciudades grandes edificó este príncipe: las principales son Antioquía en la ribera del Oronte, Seleucia, Apamea, Laodicea, llamadas así por los nombres de su muger y de sus hijos: á otras menos importantes las dió el de otras personas de su estimacion: atencion que señala quanto se complacia este príncipe en la ternura de su amor, pues deseaba perpetuar la memoria. Fijó su habitacion en Antioquía sobre el Oronte. La elevacion del suelo en que corría el Eufrates fue causa de que sus aguas, estendiéndose por las llanuras de Babilonia, formasen lagunas que la hicieron inhabitable, hasta que no quedaron mas que los muros. En el cuarto siglo de nuestra era servian de cerca á un parque en donde no habia mas que fieras. Ahora apenas se pueden distinguir vestigios, y aun se disputa en qué sitio existió Babilonia.

Tenia Seleuco un hijo llamado Antíoco al que amaba tiernamente. A este príncipe le sobrevino una enfermedad de consuncion sin saberse la causa. Erasistrato, su médico, que se habia aplicado á conocer las enfermedades del alma, talento mas necesario en un médico que lo que se piensa, descubrió que la de Antíoco venia de la pasion del amor, cuyo objeto era su madrastra Estratónice, la muger mas hermosa de su tiempo. Asi se lo confesó el enfermo, diciéndole que siendo inútiles todos sus esfuerzos para sanar de su amor, es-

había determinado á morir. Erasistrato entró á ver al rey, y le dijo: "Que el mal de Antioco no era mas que amor; pero que no tenia remedio, pues era igualmente imposible gozar del objeto amado y vivir sin él." ¿Cómo que es imposible poseer el objeto amado? respondió el rey. ¿Quién es este? Mi esposa, respondió Erasistrato, y á la verdad no me veo con ánimo de cederla. ¿Pues qué, replicó Seleuco, mi querido Erasistrato, tendrás razon para ver morir un hijo que es mi única esperanza, negándole tu muger? ¿Qué afecto es el que me tienes? El médico replicó: Suponed, señor, que el príncipe amase con pasion á Estratónice: ¿se la cederiais? ¿tomariais para vos el consejo que me dais? ¡O dioses! exclamó el padre. Si yo pudiera comprar la vida de mi hijo con el sacrificio de Estratónice, al punto la cederia con todo mi imperio por una vida tan amable. Entonces Erasistrato tomándole la palabra, le dijo: "Solo vos podeis salvar á Antioco, porque el objeto de su amor es Estratónice." Nada se detuvo Seleuco, al momento le cedió su muger. ¿Pero le hubiera cedido su amiga?

Ya solo habian quedado Seleuco y Lisimaco de treinta y seis capitanes de Alejandro (2719). Los bellos restos de aquel vasto imperio que poseian no les parecieron suficientes, y así aspiraron á quitarse unos á otros porciones, que si las hubiesen abandonado á sus poseedores, hubieran tenido una vejez pacífica; pero la ambicion los armó unos contra otros hasta la muerte. Lisimaco pereció en una batalla: Seleuco le sobrevivió poco, asesinado por Tolomeo Cerauno, al que queria señalar en Macedonia un pequeño estado. Este monarca se

D. del D.
2719.
A. de J.C.
279.

distinguió entre todos los reyes de su siglo no solo por sus prendas guerreras, sino por su amor á la justicia, por su clemencia, y por su respeto á las ceremonias de su religion. Era amante de las bellas letras, y animó mucho á los sabios. La soberbia biblioteca que Gerges habia quitado á los atenienses se la envió á estos Seleuco, y decia: "Si los hombres supieran cuan penosas son las obligaciones de una corona, ninguno habria tan necio que la aceptase, ni aun la quisiese recoger hallándola en el suelo y á sus pies."

En tiempo de Antioco Soter, su sucesor (2785), los gaulas llamados por Nicomedes, rey de Bitinia, entraron en Asia, y formaron un estado que llamaron Galo-Grecia ó Galacia. Setecientos años despues, segun dice un autor contemporáneo, se hablaba todavia en aquellos paises la misma lengua que en las cercanías de Tréveris. El rey de Siria tuvo pesadumbres domésticas: se le sublevó uno de sus hijos, y fue castigado con la muerte. No se sabe si la causa de su rebelion fue la predileccion del padre en el hijo de Estratónice que nombró por su sucesor. Este subiendo al trono tomó el nombre de Teos, que quiere decir dios. Es verdad que ya le habian tenido su padre, su abuelo y sus mugeres; pero á lo menos fue despues de su muerte. En su reinado vivió Beroso, historiador de Babilonia, que le dedicó su obra. El amor y sus furores ocasionaron la guerra entre Antioco y Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto. Mago, rey de Cirene y de Libia, habia prometido al hijo del egipcio á Berenice y sus estados en dote. Murió, y Apamea, su viuda, no quiso cumplir una obligacion que se habia contraido á pe-

D. del D.
2785.
A. de J.C.
213

D. del D.
2738.
A. de J.C.
260.

sar suyo: llamó, pues, para su hija á Demetrio, hermano de un rey de Macedonia. Este príncipe, que era el hombre mas hermoso de su tiempo, agradó á la viuda, y esta resolvió tomarle por esposo en perjuicio de Berenice. Asegurado del corazón de la madre, no puso mucha atención en la hija, y manifestó poco respeto á los cortesanos y ministros. Todos resolvieron deshacerse de él, y la misma Berenice llevó los conjurados al cuarto de su madre en donde mataron á Demetrio, á pesar de los esfuerzos de la reina, que le cubría con su cuerpo por ampararle contra los golpes de los asesinos. Berenice fue á concluir su casamiento, y el rey de Egipto se apoderó de su dote. Apamea se retiró con Antíoco Teos, y le escitó á que no dejase en manos de su yerno los estados que Berenice había llevado en dote.

De aquí se originó una furiosa guerra, aunque suspendida por la parte de Antíoco con el motivo de la sublevación de los partos y bactrianos (2741): los primeros bajo la conducta de Arsaces, señor jóven del país: los segundos bajo de Teodoto, su gobernador por el rey de Siria. El aprieto en que le pusieron los rebeldes le forzó á una paz sellada con un casamiento, pero con funestas consecuencias. Tenía dos hijos de Laodicea su esposa y su hermana. No obstante se sujetó á repudiarla por casarse con Berenice, hija del rey de Egipto, que traía al matrimonio grandes riquezas. Mientras el padre vivió miró con estimación Antíoco á su hija, tan amada de Tolomeo, que la enviaba hasta Antioquía agua del Nilo que se creía convenir á su salud. Por desgracia de Berenice murió Tolomeo dos años despues de haber

D. del D.
2741.
A. de J.C.
257.

casado su hija. Al punto la repudió Antioco, y volvió á tomar á Laodicea. Entró esta en la corte con sus hijos, Seleuco, Antioco y Haxiarax, con la firme resolucion de no experimentar otra vez la inconstancia de su marido, y tomó un medio bien seguro, que fue el de darle veneno. Todo estaba ya previsto para que su delito fuese útil. Hizo poner en la cama del difunto á un tal Altemon, semejante perfectamente al rey en el rostro y en la voz. El impostor recomendaba á los señores que iban á visitarle el cuidado de Laodicea y sus hijos: procuró tambien que en nombre de su marido, al que el pueblo contaba por vivo, se hiciese una proclamacion en la que Seleuco, su hijo mayor, se nombraba por sucesor de la corona.

Berenice se ausentó y fue á Dafne, lugar delicioso casi á las puertas de Antioquia, en donde habia un templo de Apolo respetado por inviolable, llevando consigo un hijo de pecho (2770). La cruel Laodicea no tuvo mas atencion para con la inocencia de su rival que la que habia tenido á los sagrados lazos de himeneo, y así la hizo quitar la vida á ella y al niño. Acudió el rey de Egipto á la cabeza de un ejército, y aunque llegó tarde para impedir la muerte, no para castigar á Laodicea quitándola la vida. Seleuco y Antioco, dignos hijos de esta furia, casi todo el tiempo que vivieron se estuvieron disputando el trono ocupándole alternativamente, hasta que por una circunstancia notable murieron ambos entre cadenas: Antioco en Egipto, cuando iba á escapar de la prision; y Seleuco cautivo de Arsaces, rey de los partos. Le dieron por ironía el sobrenombre de Calínico el astuto, porque nada le salia bien. A

D. del D.
2770.
A. de J.C.
228.

Antíoco le llamaron Hieras, ó el Milano, porque toda especie de presa la apetecia. Seleuco, hijo de Calínico, se llamó por antífrasi Cerauno, que quiere decir rayo, porque tan débil era en el cuerpo como en el entendimiento. Solo reinó tres años, y en tan corto espacio fue el objeto de los pérfidos esfuerzos de una conjuracion que estuvo ya para derribarle del trono, y se sostuvo con los consejos de un primo suyo hijo de Andrómaco, hermano de su madre. Pero este pariente fiel, llamado Acaco, no le pudo librar del veneno, aunque castigó á los culpados. Le ofrecieron la corona con perjuicio del hermano del difunto rey, mas no la admitió, y aplicó su cuidado á asegurarla para Antíoco, jóven de catorce años, á quien tomó bajo su tutela.

D. del D. Este príncipe, á quien la historia da el nombre de Grande (2775), tanto le puede merecer
 2775
 A. de J. C. por sus bellas acciones, como por sus yerros; tanto
 223. por sus prosperidades, como por sus desgracias. Entre estas se puede contar la ciega confianza que por largo tiempo hizo de Hermias, ministro de su padre Cerauno. Hermias era obstinado, envidioso de un favor esclusivo, cruel, imperioso, enemigo de cuantos talentos pudieran ofuscar el suyo: no sufría contradiccion ni advertencia; pero era en supremo grado hábil en el arte de cautivar el espíritu de su señor.

En las disposiciones que hizo al principio del reinado se encargó Acaco de las provincias del Asia menor: envió á Molon á la Media por gobernador, y á Alejandro á Persia, dos hermanos y hábiles generales. Epígenes, tan experimentado como ellos, hombre de juicio profundo, y de una probidad intacta, se quedó con el jóven monarca por coman-

dante del egército , aplicado á su persona. Estas bellas calidades le atrajeron el odio y la envidia de Hermias. Tambien se cree que la altivez y vejaciones del ministro provocaron la sublevacion de Molon y Alejandro , la que rompió á tiempo que Antioco entraba en guerra con Tolomeo Filopator, rey de Egipto. Parecia lo mas prudente sujetar los rebeldes y pacificar su reino, antes de atacar al de otro. Este era el pensamiento de Epígenes , y por lo mismo no fue Hermias de esta opinion. Dijo que no debia Antioco medirse con los sublevados , que este cargo solo convenia á su teniente , y que el rey solo con reyes debia pelear. Esta fanfarronada venció sobre las buenas razones de Epígenes , y aun tuvo el ministro habilidad para dar á la perseverancia de Epígenes en su parecer, un barniz de colusion con los culpados. Dejando pues Antioco á su teniente para que obrase contra los rebeldes, fue él en persona á atacar al rey de Egipto; pero este no se dignó de oponerle sino sus tenientes generales, los que no le dejaron acercarse á las fronteras.

Durante esta vergonzosa espedicion se fortificaron los rebeldes, y ganaron una batalla. Se controvertió otra vez en el consejo si el rey debia ir contra ellos en persona, ó continuar en atormentar á Egipto. Hermias y Epígenes fueron en esta disputa de contrario parecer : prevaleció el de Epígenes, mas no tardó Hermias en vengarse de la preferencia. La inútil espedicion contra Egipto habia agotado el tesoro, y cuando se trató de marchar no habia dinero: murmuraron las tropas, y se halló el rey en grande estrecho. Entonces Hermias le ofreció pagar el egército con su propio dinero, si queria despedir á Epígenes. A esta insolente pro-

posicion la dió color con el pretexto de que despues de la disension que habian tenido jamas podrian concordarse, y los negocios lo padecerian. Con grande sentimiento suyo dejó Antioco á Epigenes en Apamea, con órden de no salir de alli. No se contentó Hermias con el simple arresto, y despues de la partida del rey hizo llevar á Epigenes á la ciudadela, cuyo gobernador estaba á su disposicion. Le encargó que buscase algun delito contra su prisionero. Suponer cartas de inteligencia con los rebeldes, acusarle á su tribunal, condenarle y egecutar el castigo fue para el gobernador negocio de un dia, y para Hermias fue el de un instante conseguir la aprobacion del rey.

Antíoco batió á los rebeldes: Molon se mató despues de una batalla desgraciada: un hermano suyo, llamado Molo, se escapó, y llevó á Alejandro, tambien hermano suyo, la noticia de la derrota. Viendose sin recurso, quitaron la vida primero á su madre, despues á sus hijos y mugeres, y en fin á sí mismos. Estas crueles tragedias eran muy comunes en Asia, en donde el vencedor no perdonaba á persona alguna de la familia de los vencidos para que no quedasen vengadores, y temiendo que esta destruccion se hiciese entre muchos tormentos, elegian mas bien los infelices esterminarse á sí mismos. A las provincias que Antíoco acababa de conquistar pensó añadir la Media, reino limítrofo, habitado de pueblos belicosos. Al principio se opuso Hermias á esta espedicion, en la que podia perecer el rey, de quien tenia toda su autoridad; mas sabiendo que la reina acababa de parir un hijo, apresuró vivamente al rey para que emprendiera la guerra, esperando que muriendo en ella le nombraria á él por tutor del



Muerte de Hérmiás.

Desengañado Antioco, é irritado por la perversidad de su Ministro Hérmiás, hizo que en un sitio retirado le matasen sus guardias. Merecia Hérmiás la muerte; pero merecia antes la confusion de ser convencido, y la verguenza de que el cadalso le presentase á la corte para escarmiento y satisfaccion pública. Por esto aunque la indignacion de Antioco mató á Hérmiás, su justicia le dexó sin castigo.

nuevo príncipe. Aquí le engañó la esperanza, porque las pretensiones ambiciosas de Antíoco se redujeron á un tratado de paz, que el rey invadido, debilitado con la edad, prefirió al riesgo de las hostilidades.

Hermias reinaba siempre con tan insolente despotismo, que hasta con su señor le egercia. Le sucedió algunas veces hablar á Antíoco en un tono muy distante del respeto. Estos modales habian suscitado en el espíritu del rey desconfianzas contra su ministro, mas no se atrevia á declararse con nadie. Para el rey fue algun alivio que Apolófanes, su médico, diese algunos pasos, hasta ponerle en el caso de esplicarse. Reconoció con él la obstinacion, la crueldad y el orgullo de Hermias, y además de esto hizo Apolófanes que advirtiese el rey que era esponer su persona dar tanta autoridad á semejante ministro. No fue necesario mas para resolver su perdicion. Le llevó Antíoco á un parage separado, y le hizo asesinar por medio de sus guardias. Toda la Siria manifestó con su muerte una alegría estremada. Cuando llegó la noticia á Apamea corrieron furiosos los habitadores á la casa en que habitaba su muger, y allí la apedrearón con todos sus hijos.

Uno de los mayores delitos de Hermias fue haber hecho culpado á Aqueo, y cruel á Antíoco. Porque Aqueo, fiel á su pupilo, á quien habia procurado el imperio, se aplicó á hacer floreciente su gobierno del Asia menor, y emprendió expediciones muy felices contra los vecinos usurpadores, y estas mismas felicidades escitarón la envidia de Hermias. Emprendió este la perdicion de Aqueo en el espíritu de Antíoco, suponiendo miras ambiciosas

y conexiones de liga con Tolomeo: delito irremisible para el rey de Siria, siempre enemigo de Egipto. Supo Aqueo que se daba crédito á la calumnia; y le pareció que los enredos del ministro exigian las mas grandes precauciones para asegurar su vida, y para esto no halló mejor remedio que tomar la corona que antes habia rehusado, y se hizo proclamar rey de Asia.

D. del D.
2782.
A. de J.C.
216.

De este modo lo que era supuesto llegó á ser realidad (2782). Aqueo hizo liga con Tolomeo, que era el que le podia sostener, y se vió Antioco con una guerra de importancia sobre sí. Le ayudó poderosamente Teodoto de Etolia, á quien las intrigas de la corte habian precisado á dejar el gobierno de Celesiria que tenia de Tolomeo, y entrar en el ejército de Antioco. Este era no solamente hombre de consejo, sino de egecucion, como se ve por el siguiente rasgo. Como estaba habituado á la lengua y costumbres egipcias, le vino la idea de vengarse contra el rey de Egipto hasta de las injusticias experimentadas de parte de su ministro. Se introdujo una noche en el campo acompañado de solos dos soldados, y llegó hasta la tienda del rey. Por fortuna habia salido Tolomeo; y no hallandole Teodoto, quiso dejar á lo menos señales de su atrevimiento. Mató á su médico, é hirió peligrosamente á otras dos personas. Esta accion intrépida asustó á todo el ejército, y á favor de esta turbacion se retiró Teodoto sano y salvo.

La batalla de Racia, en la que Antioco sufrió grandísima pérdida, debia arrastrar la de toda la Siria, si el negocio le manejara un príncipe menos indolente, y menos entregado á los placeres que el monarca egipcio. Parece que no quiso este, ni

pretendió de la victoria mas que el triunfo. Despues de haber paseado sus laureles en muchas provincias que se le sujetaron, entre otras Palestina, hasta llegar á Jerusalem, cuyo templo visitó, ansioso de entregarse á la molicie en su palacio, concedió á Antíoco una paz ventajosa, que fue un golpe mortal para el infeliz Aqueo. Tuvo su antiguo pupilo el tiempo y los medios que quiso para perseguirle, y así le obligó á encerrarse en la ciudadela de Sardis, de donde le sacó una traicion hábilmente urdida por tres crétenses. Estos le entregaron por dinero: Antíoco le vió, dejó correr algunas lágrimas, y mandó cortarle la cabeza. Se aplicó despues á restablecer el imperio de Siria en su antiguo esplendor: arrojó de la Media á los partos: los persiguió en su pais: obligó á su rey Arsaces á huir hasta Hircania, cuya capital tomó, y le concedió la paz. De allí pasó á la Bactriana, y la hubiera reunido á su imperio á no haberle parecido mejor dejarla bajo la dominacion de un rey, para que le sirviese de barrera contra las insurrecciones de los escitas. En estas guerras, que duraron siete años, mostró Antíoco tanta inteligencia como valor. En ellas fue herido, hizo marchas trabajosas á la cabeza de su egército, sufrió como sus soldados el hambre, la sed, los frios penetrantes de las montañas de Armenia, y el calor sofocante de los desiertos. Por esta espedicion, que debe ponerle en el número de los famosos guerreros, consiguió el nombre de Grande, y le hubiera conservado con gloria hasta el fin de su vida á no haber emprendido una guerra contra los romanos.

Esta guerra parece fue justa de parte de la pública (2797). Al principio los romanos solo fue-

D. del D.
2797.
A. de J. C.
201.

ron en ella protectores , primero del hijo de Tolomeo Filopator, niño de poca edad, cuyos estados queria invadir Antíoco, aliandose para esta injusticia con Filipo, rey de Macedonia: despues fueron protectores de las ciudades libres de la Asia menor, y sobre todo del reino de Pérgamo, que el rey de Siria codiciaba. La primer conquista que se propuso fue la de la Tracia; y los romanos pretendian que era suya como dependiente de la Macedonia, y como reintegracion de los gastos de la guerra contra Filipo. Antíoco fundaba su derecho en la conquista de esta provincia por Seleuco su bisabuelo, contra Lisímaco, uno de los sucesores de Alejandro. Si los unos y los otros hubieran querido hablar claramente sin enredarse en altivos discursos que se admiran, aunque en el fondo no pasan de disputas de arrogancia, hubiera dicho Antíoco: Yo necesito la Tracia para llegar á Grecia, y asegurar el imperio que pretendo establecer á mi gusto; los romanos hubieran respondido: "Tú podrías desde Grecia avanzar á la Italia, y así no sufriremos que pongas el pie en Europa." Este era, en dos palabras, el motivo de la guerra que proporcionó á los romanos la entrada en Asia, y con el tiempo los llevó por aquel vasto pais, mucho mas lejos de lo que habian pensado.

La guerra de Egipto se suspendió ó se concluyó con una promesa de matrimonio entre dos muchachos de cuatro á cinco años, el pequeño Tolomeo y una niña de Antíoco. La menor edad del príncipe se vió turbada con la sublevacion de Escopas Etolio. De simple gefe de las tropas auxiliares aspiró al trono; pero se le previno en tiempo, y fue castigado. Dicearco, uno de los principales cómplices, no cono-

cia la buena fe ni el pudor, y se gloriaba de esto. Habiendole puesto Filipo, rey de Macedonia, á la eabeza de una expedicion contraria á un tratado solemne, hizo levantar dos altares á la injusticia y á la impiedad: ofreció sacrificios á la una y á la otra, y así adoraba públicamente las diosas que tenian en su corazon.

Antíoco, que habia suspendido la guerra de Egipto (2804) hubiera tal vez diferido la que me-

D. del D.
2804.
A. de J. C.
194.

ditaba contra los romanos, si Anibal no hubiese fijado su incertidumbre. Este gran general, arrojado de los restos de Cartago por el odio de Roma, se refugió á la corte de Siria. Advirtió Antíoco los ardidés del senado, y le hizo ver que los romanos no intentaban más que divertirle con embajadas: que todas sus proposiciones eran capciosas, y que nunca se separarian del partido que una vez habian tomado de oponerse á sus armas y sujetarle á sus leyes. Bien lo conocia Antíoco, y hacia grandes preparativos: solo dudaba sobre el modo y tiempo de emplearlos. Pero aquel Anibal, que tanto conocia las astucias romanas, se dejó burlar de sus embajadores. Fueron estos á verse con él en Efeso, donde esperaba al rey para decidir sobre la guerra: le trataron de todos modos con grande cortesanía y señales de deferencia: se quejaron amigablemente del odio arraigado que conservaba contra la república: le dijeron que los romanos pensaban de él muy distintamente: que nunca en Roma se pronunciaba su nombre sino con el mayor respeto y escesiva admiracion, y que su principal deseo era que se ofreciese ocasion de obligarle. Estas lisonjas lograron su efecto; y Anibal, bebiendo con gusto el veneno de los elogios, buscaba con ansia á los

que se le daban. Se gloriaba de sus continuas visitas; y para no perder un instante de tan dulces conversaciones, les dió un cuarto en su misma casa. Sucedió lo que los pérfidos querian y tenían previsto, porque Antioco entró en sospecha: creyó que el cartagines estaba reconciliado con los romanos, y le quitó su confianza.

Anibal conoció su yerro, y con gran trabajo abrió para con el rey un paso que le cerraban la envidia y los enredos de los embajadores. "Príncipe, le dijo, desde la edad de nueve años tengo jurado sobre los altares, en manos de mi padre Amilcar, no entrar jamas en alianza con los romanos, y aborrecerlos hasta la muerte. El deseo de cumplir un empeño tan solemne y de concurrir á su ruina me hizo dejar á Cartago, y venir á Siria. Si os dignais de que yo ofrezca mi brazo, iré á todos los lugares en donde hay armas y soldados, y suscitaré enemigos á Roma: yo la aborrezco tanto como ella me aborrece. Si insistis en declararla la guerra, no teneis mayor amigo que Anibal; pero si os inclináis á la paz, nada espereis de mí: yo no respiro mas que guerra; y si no la puedo fomentar aquí, iré por donde pueda encender sus fuegos." Empezó despues á esplicar el modo de hacerla. "En donde los podeis combatir con felicidad no es en Grecia, sino en Italia. Allí encontrareis naciones enteras que impacientes con su yugo alimentarán vuestros egércitos. Os lisonjeais de que les será difícil transportar al Oriente sus legiones; pero ellos saben vencer los obstáculos, y dentro de poco los vereis inundar vuestro reino como un torrente cuando rompe los diques. Lo que aquí os digo en particular, lo sostendré si es necesario en presencia de toda vues-

tra corte. No me pertenece á mi mostrar á vuestros generales cómo se debe hacer la guerra á los romanos. Siempre me hallaron invencible estos republicanos mientras yo los combatia en Italia; pero tuvo Cartago la imprudencia de llamarme á la Africa, y me ví en precision de rendirme á un vencedor que no se atrevia á hacerme cara en Italia. Seguid mis consejos: llevad vuestras tropas al mismo pais de los romanos, y contened en su fuente la inundacion que os amenaza." Trazó despues Anibal un plan de ataque combinado con los gaulas, los cartagineses, sus aliados de Africa, y las ciudades griegas descontentas, que el enemigo de los romanos se proponia poner en movimiento. Colocó los egércitos y las armadas: fijó los puntos de apoyo, y esplicó una invasion general, que sin duda hubiera estrechado mucho á los romanos si la hubieran adoptado toda entera, y dado principio con celeridad á las operaciones.

Pero Antíoco (2808) dió lugar á que se le anticipasen. A la edad de cincuenta años se enamoró de una hermosa calcidiana, y se divirtió con el motivo de las bodas; y mientras se olvidaba en los placeres, el Cónsul Acilio forzó el paso de Termópilas, le ganó una batalla, y le obligó á volverse al Asia. Poco tiempo despues le derrotaron la armada, y entonces la tierra y el mar igualmente abrieron el camino libre á los romanos. El rey de Siria creyó retardarlos con sus escursiones y correrías al pais de sus aliados, y entre otros el del rey de Pérgamo, cuyos estados saqueó; pero ellos no se dejaron engañar, y continuaron siempre su camino derecho á él. Anduvo muy inquieto suscitandoles enemigos, y decia á Prusias, rey de Bitinia: Estos

D. del D.
2808.
A. de J.C.
190.

190.

despóticos republicanos son los mas terribles enemigos de los monarcas, y á todos los quieren derribar de sus tronos. Dando color á su injusticia con el pretesto especioso de dar á los pueblos la libertad, los empeñan en sublevarse contra sus legítimos soberanos. Despues de haber sujetado la Tracia y la Macedonia vienen á atacarme á mí; y si yo no tengo la fuerza suficiente para resistirles, esperad que los vereis entrar en la Bitinia. Este discurso era justo y fundado en la esperiencia; pero Antíoco se iba retirando, y los romanos siempre avanzando: á estos dió Prusias la preferencia, y aceptó su alianza.

Antíoco; desesperado de ver que se multiplicaban sus derrotas, no sabia qué partido tomar, y decia en su dolor: "Yo no sé qué dios ha echado un velo sobre mis ojos: el éxito de mis designios siempre es funesto; el cielo se obstina en perseguirme, y todo me presagia una próxima ruina." Entonces tenia contra sí á los dos Escipiones: el africano se habia alistado gustoso bajo su hermano menor para una guerra en que habia de tener á Anibal por contrario; pero tan gran general no gozaba de la perfecta confianza de Antíoco, y nunca este le proporcionó medirse con armas iguales contra su antiguo rival. Todas las predicciones del cartagines se realizaban, y los romanos, que hubiera sido preciso contener en su misma casa, pasaron el Helesponto, y se hallaron en el Asia. Antíoco perdió el color con el susto de verse ya para ser acometido en el centro de sus estados, y espuesto á aven-

D. del D. tutar la suerte en una batalla.

2809.

A. de J.C.

189.

Fuese política (2809) ó fuese la bondad que le era muy natural, habia tratado con mucha aten-



Escipion recobra su hijo.

Tenia prisionero Antioco á un hijo de Escipion el Africano: y sabiendo q.º este se hallaba enfermo, se le restituyó, acompañando proposiciones de paz. El recbro de este hijo facilitó á Escipion el de la salud: ¡Que gozo el del Padre é hijo al verse y abrazarse mutuamente! ¿Pero qual habria sido el de Antioco si, testigo de una escena tan tierna, hubiera podido disfrutar del efecto de su generosidad?

cion y cuidado al hijo de Escipion, el mayor, que todavia era jóven, á quien su padre se vió precisado á dejarle enfermo en una ciudad que despues cayó en las manos de Antioco. Sabiendo que el padre estaba en cama por una indisposicion, le envió su jóven prisionero; y la presencia de un hijo tan querido dió la salud al africano. Habia acompañado al rey su presente con proposiciones de paz; pero Escipion no las halló aceptables. No obstante, le envió á decir que lo que por entonces le podia aconsejar era que no pensase en dar la batalla hasta que él en persona llegase al campo. Sin duda se sentia con alguna compasion hácia este príncipe, y se li-sonjeaba de poder, sin perjuicio de los intereses de los romanos, proporcionar al rey alguna composicion. Pero el otro Escipion temiendo que si esperaba á su hermano se llevase este toda la gloria de la conquista de Asia, presentó la batalla en la llanura de Magnesia. La aceptó Antioco; y su egército, aunque infinitamente mas numeroso, fue derrotado enteramente. Escipion, el jóven, no debió la victoria tanto á su habilidad y sus esfuerzos como á los de Eumenes, rey de Pérgamo, cuyo reino Antioco habia assolado; y así combatió como enemigo que se vengaba, y los romanos como vencedores soberbios con sus antiguos triunfos. Hallaron en los asiáticos soldados dignos de oponerse á los romanos; pero estos debieron la ventaja á su exacta disciplina. El saqueo del campo, tal vez el mas rico que se habia visto, dejó poderoso al egército triunfante; y el botin sacado de las ciudades, que se rendian á porfia, formó una masa de tesoros tan grande, que la misma Roma se vió como sobrecargada, y así dice uno de sus poetas: "El lujo ador-

nado con los despojos de Asia entró en Roma triunfando, y arrastrando tras sí todos los vicios. Mas daño hizo á los romanos que la guerra mas cruel, y vengó él solo al universo conquistado.”

El infeliz Antíoco se vió precisado á firmar un tratado, que puede ser no haya habido otro de mas abatimiento entre cuantos se han impuesto á una potencia grande. Se le exigió que ademas de renunciar á sus derechos, entregase los elefantes, las galeras, las naves con toda la chusma, diez pros-criptos, uno de los cuales habia de ser Anibal: veinte rehenes de diez y ocho á cuarenta y cinco años, los que los romanos eligiesen, y entre estos su propio hijo: quinientas cuarenta mil medidas de trigo: quince mil talentos repartidos en doce años como un tributo; pero los dos mil quinientos de contado por los gastos de la guerra. Tambien se puso término á su navegacion, al número de sus tropas, á sus relaciones con los vecinos y á sus alianzas. A todo se sujetó Antíoco, dejó tomar sus naves, y asistió al sacrificio que debia poner el sello al tratado. El rito de esta ceremonia era este: cada uno de los contratantes heria una víctima, y decia: “Si yo violare el tratado, Júpiter me hiera como yo doy el golpe á esta víctima.”

Desde entonces Antíoco anduvo errante por su reino, pasando de ciudad en ciudad como si temiera fijar, si se detenia en alguna parte, los vestigios de su vergüenza. Se dice que el fin principal de andar así fue juntar la primera suma de dinero que debia á los romanos. Tambien se cree que se ocultó detras del monte Tauro, en unos paises deliciosos que allí hay, para entregarse libremente á toda suerte de escesos: recurso infame; pero

muy ordinario en una vejez desgraciada. Si allí le mataron sus propios oficiales, á los que un dia habia maltratado despues de beber con exceso, ó si le quitó la vida el pueblo irritado, viéndole llevar los tesoros de sus templos para pagar á los romanos, es lo que hasta ahora no se sabe. Este Antióco el Grande acabó como aquellos rios que despues de haber corrido magestuosos, se pierden ignominiosamente al fin en las arenas.

Seleuco Filopator (2812), hijo y sucesor de Antióco, casi imposibilitado para dar el tributo que su padre habia prometido, pasó casi todo su reinado en buscar dinero; y así la santa Escritura le llama el Colector. En su tiempo sucedió la aventura de Heliodoro, tesorero del rey de Siria. Le envió este á tomar las cantidades considerables que decian que habia en el templo de Jerusalem. Pero un poder celestial le rechazó; y molido con los azotes que le dieron los ángeles, se volvió sin él. "Si teneis, le dijo al rey, algun enemigo, enviadle allá seguro de no volverle á ver; porque el que habita en el cielo se ha declarado defensor del templo contra todo temerario que se atreva á profanarle." Este mismo Heliodoro, castigado por sacrilego, no temió esponerse de nuevo á la venganza del cielo por un homicidio. Dió veneno á Seleuco con el fin de usurparle la corona, y tal vez se la hubiera ceñido á no haber llegado Antióco, hermano del difunto.

Á este Antióco (2823) le habia dado su padre en rehenes á los romanos. Se le pidió su hermano entregándoles en cambio su hijo Demetrio. Supo al volver cual era el delito de Heliodoro y sus proyectos: tambien le informaron de que ten-

D. del D.
2812.
A. de J. C.
186.

D. del D.
2823.
A. de J. C.
175.

dria un concurrente en Tolomeo, rey de Egipto, sobrino del difunto rey. Por fortuna Eumenes, rey de Pérgamo, le proveyó de un ejército, le llevó por sí mismo á Asia, y le colocó en el trono, aunque por la ley de la sucesion estaba reservado para Demetrio.

De este nuevo rey hacen los historiadores un retrato extraño. Gustaba, dicen, de recorrer las calles de Antioquia con dos ó tres criados: pasaba los dias enteros en las tiendas de grabadores y plateros, entreteniéndose en el ejercicio de su arte, porque creia saberle mejor que ellos. Si encontraba corrillos de gente popular se introducía en conversacion con ellos: bebia con los vasallos mas desconocidos, y entraba en las partidas de diversion de los jóvenes, danzando y cantando sin respeto alguno á su misma dignidad. Estas eran culpas contra la decencia: ved aquí las ridículas: le veian algunas veces vestido á la romana ir corriendo de casa en casa como se hacia en Roma en los *comicios*: instaba á los ciudadanos para que le diesen su voto, á unos les alargaba la mano, y á otros los abrazaba: ya pretendia la plaza de *tribuno*, ya la de *edil*; y según la que habia conseguido, hacia presentarle las causas de plaza y ventas sobre menudencias poco decentes, y las juzgaba con afectada gravedad. Gustaba de beber y regalarle con esceso; y cuando estaba ya embriagado tiraba unas veces dinero á manos llenas, y otras piedras de que iba prevenido, haciendo antes provision. A este príncipe le dieron el nombre de Epifanes el Ilustre; y mejor le hubieran llamado el insensato. No obstante, como hay cabezas en que todo se junta, es preciso confesar que este

Antíoco supo mezclar grandes cosas con estas pequeñas.

Cuatro expediciones que hizo contra Egipto, todas las preparó con destreza, y las gobernó con valor y habilidad. Envió espías con el título de embajadores á examinar de cerca las fuerzas del reino, el estado de las tropas, el carácter del ministro durante la menor edad del rey, y de qué modo se manejaban los asuntos. Cuando supo que no habia mas que descuido, falta de disciplina, vida regalada, con pretextos que nunca faltan entró en el reino, tomó ciudades, y ganó batallas. El jóven rey se arrojó aturdido entre sus brazos: era su pariente muy cercano, y se llamaba Tolomeo Filometor. Antíoco le recibió bien, pero le llevó prisionero; y al mismo tiempo cargó con todo cuanto pudo sacar de aquel opulento reino, oro, plata y vasos preciosos. Ya iba juntando para pagar el tributo debido á los romanos. Siempre que se le enviaba añadia alguna de las raras preciosidades de Egipto, para que el senado conociese las razones que habia tenido para acometerle. El senado recibió sus presentes, pero no descubrió su modo de sentir acerca de la expedicion, por lo cual todavia se determinó Antíoco á hacer otra, la que, gracias al saqueo de las ciudades marítimas, tambien fue lucrativa.

Entre tanto los egipcios, no esperando ver libre de las prisiones á Tolomeo Filometor, colocaron en el trono á su hermano menor, llamado Tolomeo Evergetes, ó Fison el *Panzudo*: con esta ocasion volvió Antíoco á entrar en este reino. El consejo del nuevo rey pensó en implorar la proteccion de los romanos para un menor á quien

perseguía un pariente suyo. Ensoberbecidos estos republicanos, y aspirando al título de *protectores de los reyes*, que despues tomaron, enviaron embajadores para que examinasen los motivos de la desavenencia, y estos se espusieron solemnemente en el campo de Antíoco. Este príncipe se resolvió á entrar en una composicion, pero dijo que para arreglar los tratados y para ciertas esplicaciones le faltaban dos hombres: estaban estos entonces muy distantes, y no podian llegar en mucho tiempo. Le dieron en rostro los árbitros con que de este modo hiciese la desecha, y entonces dijo: Dejémonos de discursos: Egipto pertenece á Tolomeo Filometor, que es el hermano mayor: llámesele, pues, y póngasele otra vez en el trono, y así se acabará la guerra.

Esperaba él que no querrian ceder los dos hermanos; que se enredarian entre sí, y le llamarian el uno ó el otro, y entonces se aprovecharia de la ocasion de perder á los dos: con efecto, hubo entre los dos discordias; pero Cleopatra, su comun hermana, sofocó la semilla de los disgustos, haciéndoles consentir en gobernar juntos. Esta union fue motivo de grande alegria en los egipcios, y del mas vivo despecho en Antíoco, el que se apresuró á ir á turbarla ó combatir; pero todavía encontró en el camino á los antiguos árbitros, y nunca la magestad romana resplandeció mas brillante. Tres embajadores llegan con un cortejo sencillo, sin armada y sin egército: el principal era Popilio, á quien Antíoco habia conocido estando en rehenes en Roma. Se adelantó y le presentó la mano: "No puede yo presertarme, le dijo el romano, á esa señal de amistad



Firmeza de Popilio.

A pretexto de consultar con su Consejo intentó Antíoco diferir su respuesta á la embaxada de Roma; pero Popilio, que iba á la cabeza de ella, trazando con su vara un círculo al rededor del Monarca síro le dixo: „No saldreis de este círculo sin haber aceptado ó rehusado lo que se os propone, y espero respeteis las ordenes del Senado y Pueblo romano.„ Al ver tanta firmeza cedió y aun se humilló Antíoco.

hasta que hayais leído el decreto del senado." Este le prohibia hacer la guerra: le leyó Antíoco, al parecer sin conmocion, y dijo: "Que daria respuesta en consultando á su consejo." Popilio, que tenia una vara en la mano, trazó un círculo en la arena al rededor del rey, y dijo: "No saldreis de este círculo sin haber declarado si aceptais ó rehusais las proposiciones contenidas en el decreto: espero que respetareis las órdenes del senado y pueblo romano."

Las respetó, y con circunstancias que picaban en bajeza. Envió Antíoco á Roma embajadores que hiciesen á la república humilde homenaje de su obediencia. Dijeron en su nombre: "El Egipto estaba pronto á reconocerme por su soberano: vos lo habeis prohibido, y yo he obedecido á vuestras órdenes como á las de los dioses inmortales." Popilio y los demas embajadores fueron llevados por el mismo Antíoco con pompa á sus estados de Asia. Les hizo todos los honores que puede imaginar la mas baja adulacion: en todas partes por donde pasaban, eran ellos los únicos soberanos. Les cedia sus palacios, y ni aun se atrevia á alojarse allí con ellos.

Por lo comun se desconfia, y con razon, de estas deferencias escesivas. Supieron los romanos que disponia armamentos; y Tiberio Graco, enviado por el senado á visitar á los reyes, repúblicas y ciudades libres de Grecia, creyó que debia pasar á Antioquia, y examinar de cerca la conducta de un príncipe, cuyo poder podia llegar á ser temible. Al rey de Siria por su parte le pareció que debia divertir con fiestas á los romanos; pero esto no era conocer la severidad de Graco. Antío-

co, pues, hizo venir á su corte los mas célebres actores, los mejores artífices de Europa y Asia, y atrajo una multitud innumerable: dió espectáculos y convites. Lo que mas le deshonoró, aun para los ojos menos delicados, fue haber tomado papel en una diversion, lisonjeándose de hacer reír al pueblo con bufonadas é indecencias que chocaban al pudor. El embajador parecia en todos los instantes el objeto de su adoracion y de su culto: no sabia cómo probarle su estremado afecto, y así llegó á ofrecerle su diadema. Graco la rehusó con desden, y volviendo á Roma dijo, que segun lo que habia visto, podia asegurar que no habia que temer al rey de Siria.

Los principales ornamentos que se vieron en esta fiesta, los vasos de oro y de plata y las telas preciosas eran los despojos de los judíos. Antíoco vendia al que mas daba la dignidad de gran sacerdote, á la que estaba vinculado el supremo poder, y el que la conseguia sacaba del pueblo el dinero que habia adelantado: causa inevitable de la ruina. El cisma trajo disensiones y guerras, en las cuales tomó partido Antíoco para sostener á los que compraban su proteccion. Se encendió en el zelo de los cismáticos: zelo homicida y destructor, que ve con gusto manchar los objetos de su veneracion, con tal que sus contrarios rabién de despecho. Tomó á Jerusalem, pasó cuarenta mil hombres á cuchillo, y vendió otros cuarenta mil por esclavos. Introducido por Menelao, falso pontífice, penetró hasta el santuario, llamado el *Sancta sanctorum*, lugar prohibido á todos los mortales: hizo sacrificar en el altar de los holocaustos una cerda, animal mirado con horror de los judíos; y con el agua

en que la habian cocido hizo regar el templo para hacerle impuro: todo se lo llevó, altar de los perfumes, mesa de los panes de proposicion, candelero de siete brazos; y para complemento de la infelicidad estableció este vencedor por gobernador un frigio, llamado Filipo, tirano, opresor y feroz.

Las violencias con que trataron á los judíos forzaron á estos á tomar las armas. Los macabeos se pusieron á la cabeza del pueblo, y lograron muchas ventajas contra Lisias, buen general, y hombre de confianza para Antíoco. Le habia enviado este príncipe á Judea con un ejército que tuvo por suficiente para sujetar á los sublevados, pero fue vencido. Con esta noticia entra Antíoco en furiosa cólera, jura que ha de estermidar hasta el último de aquella nacion rebelde y porfiada, aniquilando el culto del dios que adora. Ya marchaba con precipitacion á ejecutar su designio, cuando se siente herido de los mas vivos dolores en las entrañas; pero la violencia de ellos no bastó á apagar su ardiente deseo. Hizo apresurar sus caballos, y lo rápido del movimiento le precipitó de su carro. Sus carnes molidas con la caída se pudren y caen á pedazos, saliendo de ellas gusanos, y un olor infecto que le hacia insoportable á sí mismo. Viéndose hecho presa de los mas penetrantes dolores reconoce el dedo de Dios, promete, si se restituye á su salud, reparar los daños causados á los judíos, volver á presentar en el templo los vasos sagrados, y aun abrazar la ley de los hebreos. Arrepentimiento inútil; porque este malvado, como le llama la Escritura, muere para egemplar de los impios atrevidos, y de los que recurren tarde á la penitencia.

D. del D.
2836.
A. de J.C.
162.

Antíoco dejó un hijo de poca edad llamado Antíoco Eupator, y tenia tambien un sobrino llamado Demetrio, que estaba en Roma en rehenes (2836). Este príncipe, sabiendo la muerte de su tío, pidió licencia para ir á recoger la herencia de su padre Selenco, de la que se habia apoderado Antíoco cuando á él le habian enviado á Roma en lugar de su tío. Propuso que su primo Eupator fuese á suplir su plaza, mientras él iba á sentarse en el trono que Antíoco dejaba vacante con su muerte. La pretension del príncipe jóven era justa; pero los padres conscriptos, cuando se espuso al senado pleno, consideraron que convenia mas á la república mantener el Asia en poder de un menor, que ponerla en manos de un príncipe vivo y ardiente, que en conociendo sus fuerzas podria inclinarse á emplearlas. Negaron pues la pretension de Demetrio, declararon que tomaban á Eupator bajo su proteccion, y se dieron á sí mismos la tutela, nombrando tres hombres de esperiencia que desempeñasen este empleo. No se redujo la política del senado á solo mantener en el trono un niño, sino que encomendó á los tutores que gobernasen el reino del modo mas propio para debilitarle, quemando las naves y desjarretando los elefantes. Octavio, que era el primero de los tres tutores, salió sobre la marcha, tomando el camino por la Capadocia.

Llegó á aquel pais: reinaba en él Ariarate, el que se admiró de verle sin tropas, sin guardias y sin precaucion, determinado á entrar en el Asia para tomar el gobierno de un pueblo que no le habia llamado, y principalmente, sabiendo que el jóven monarca tenia ya un tutor llamado Lisias, hombre hábil, astuto, poco escrupuloso, que sin

duda no se hallaria en disposicion de permitir que le quitasen su empleo. Ariarate se ofrecia á acompañar á Octavio á la cabeza de un ejército, dejándole á él la comandancia, y á lo menos le instó á que recibiese una escolta. ¿Pero qué escolta valia para el soberbio republicano tanto como el nombre de Roma? No la admitió, y entró en la Siria sin otra comitiva que la que tenia en Italia. Sin dignarse ni aun de participar al regente su llegada, va derecho á Laodicea, hace quemar las naves en su presencia y desjarretar los elefantes. Un proceder tan imperioso indignó al pueblo: un asesino enviado por Lisias se aprovecha de la ocasion, y mata á Octavio. Imprudente fue su conducta; pero en las repúblicas se necesitan hombres entusiastas, y así en Roma le levantaron una estatua entre las de los hombres grandes que habian derramado su sangre por la patria.

Creyó Demetrio que el senado irritado con esta muerte le concederia fácilmente licencia para ir á destronar al pupilo de Lisias, autor del asesinato. La pidió segunda vez contra el parecer de Polibio el historiador, uno de los mas grandes políticos de su tiempo. Le decia este al príncipe: "Creeme, y no vayas á tropezar en la misma piedra. ¿No tienes acaso mas que un medio de pasar á Siria? Un príncipe de tu edad y esperiencia se ha de someter como un niño á la voluntad de un senado de hombres injustos y ambiciosos: rompe tus grillos y serás rey." Le negaron la licencia, como Polibio habia previsto; y entonces tomó sus medidas para escaparse: la víspera de su partida dió un gran festin á los jóvenes que ordinariamente le acompañaban. Esta fue una especie de despedida sin decirles su

secreto. Polibio temiendo que el jóven príncipe se dejase arrastrar al placer, á que tenia la mas viva inclinacion, para no perder la ocasion de egecutar su designio le envió una carta toda compuesta de máximas de los antiguos sobre el valor, el secreto y la sobriedad necesaria para desempeñar las mayores empresas. Esta carta aun cuando cayese en manos enemigas no podia comprometer á su autor. Demetrio, que la entendió, se hizo el enfermo, dejó la comida y partió. Cuando se vió en lugar seguro escribió al senado mil gracias, excusas y promesas. El senado hizo del indiferente, y dejó reñir á los dos rivales. No fue muy largo el combate, porque con la fama que estendió Demetrio de que iba enviado por los romanos, se le juntó todo el pueblo, se deshizo de Lisias y de su pupilo, permitiendo que les quitasen la vida: subió al trono, y los romanos le reconocieron por rey de Siria.

Se nota en la vida de Demetrio Soter que favoreció una impostura, y fue víctima de otra. Ariarate, rey de Capadocia, se habia casado con Antioquisa, hija de Antíoco el Grande. Por haberse casado esta princesa cuando apenas habia salido de la infancia no tuvo en muchos años hijo alguno, y creyó que era estéril. Temerosa de que esta falta pudiera hacerla perder el afecto de su esposo y el de sus vasallos, fingió por dos veces que estaba en cinta, y tuvo modo de dar al rey dos hijos supuestos; pero despues se hizo realmente embarazada, y parió sucesivamente dos hijas y un hijo: entonces declaró á su esposo la suposicion de los otros dos, y este los envió fuera del reino con una pension conveniente. El mayor que era Ariarate, fue á Roma, y como hombre de poco valor y talento no pensó en su fortuna.

El segundo, llamado Holofernes, activo y emprendedor, fue en este punto mas sensible: á este le enviaron á Jonia con prohibicion de poner los pies en Capadocia.

Murió Ariarate, y su verdadero hijo de este mismo nombre sucedió sin dificultad á su padre: Demetrio le ofreció á su hija Laodicea por esposa. Era esta viuda de Perseo, aquel rey de Macedonia humillado por los romanos. No agradó al rey de Capadocia esta alianza, y así no la admitió. Lo llevó á mal el rey de Siria, y atendió á las pretensiones de Holofernes, las animó, y le colocó en el trono de Capadocia. Reconquistó Ariarate su corona, y Holofernes halló asilo en la corte de su bienhechor. Demetrio libre de cuidados se habia entregado en los retiros mas oscuros á una vida disoluta, que le hacia el oprobio y desprecio del pueblo.

Advirtiendo Holofernes estas disposiciones, se resolvió á subir al trono de Siria, deshonorado por un príncipe envilecido. Formó una conjuracion, á la que debian favorecer Atalo, rey de Pérgamo, y Tolomeo, rey de Egipto. Se descubrió la intriga; y por esta vez escapó del peligro en que le habia puesto su declaracion en favor de un impostor; pero él se preparaba otro riesgo que tambien fue efecto de la impostura, y de este no salió libre.

Ya se habian hecho enemigos suyos los dos reyes, el de Pérgamo y el de Egipto, y á estos se juntaba naturalmente el de Capadocia. Entre tanto que buscaban con ansia medios de molestarle, se presentó un hombre que tenia que vengar la muerte de un hermano y su propio destierro: este se llamaba Heráclides. Timarco, su hermano, era

governador de Babilonia cuando Demetrio subió al trono, y él era tesorero de la provincia. Los dos tuvieron la estimacion de Antíoco Epifanes, y por consiguiente conservaban grande afecto á Eupator su hijo. Bien fuese por este afecto, ó por mala versacion reprobada del pueblo, Demetrio mandó cortar la cabeza al gobernador, y desterró al tesorero, el cual se retiró á Rodas. Como habia sabido los secretos de la corte de Siria, y tenia tanto conocimiento de sus usos y modales, busca un hombre mozo que por su espíritu y presencia fuese propio para desempeñar el papel que debia hacer, y le halló en un tal Bala. Le impuso, le instruyó, y le dió el nombre de Alejandro: ganaron á Laodicea, verdadera hija de Epifanes, y esta le reconoció por hermano. Contando con el apoyo de tres reyes motores y confidentes del proyecto, Heráclides llevó este discípulo á Roma, y le presentó al senado.

¡Qué comedias representan muchas veces aun los hombres graves! ¡con qué gusto procuran engañarse! Heráclides recordó á los padres conscriptos su alianza con Antíoco, sus sospechas contra Demetrio, y su repugnancia á abrirle el camino para subir al trono. Todavía ignorais, les dijo, que Antíoco Epifanes dejó ademas de Eupator, el que fue cruelmente asesinado, otro hijo que aun vive; y volviéndose á Bala exclamó: "No temas presentarte, ilustre descendiente de los primeros reyes de Siria. Yo te he sacado de la miseria en que estabas sepultado, para traerte al tribunal mas justo y poderoso. Habla por tí, en la persuasion de que teniendo tu causa tanta justicia, no dejará de ser atendida y amparada de esta augusta asam-

blea que nos oye." Toda la arenga de Bala se versó en pocas palabras sobre el antiguo afecto de su padre á los romanos, el futuro reconocimiento del hijo, y la inalterable union que se estableceria entre Roma y la Siria.

Aunque el senado aparentó indiferencia en la evasion de Demetrio, siempre habia conservado un secreto resentimiento, y por otra parte se interesaba la república en que los paises distantes tuviesen siempre alguna semilla de discordia que los pusiese en términos de reclamar su proteccion. Por esto, con admiracion de toda la ciudad que conocia la impostura de Bala, dió su decreto el senado en estos términos: "Habiendo oido el senado y pueblo romano la demanda de Alejandro y Laodicea, hijos de Antíoco Epifanes, rey de Siria, amigo y aliado de la república, permiten que el hijo haga valer los derechos que le da su nacimiento, y le recomendamos á nuestros aliados para que le auxilién en esta empresa." Esta última cláusula autorizó á Bala para juntar tropas, y al mismo tiempo suscitó contra Demetrio una multitud de enemigos, y uno de estos fue Jonatás, cabeza de los judios aliados de los romanos, y su prudencia y valor dieron gran peso á la balanza de las fuerzas. Demetrio, conociendo la superioridad de su contrario, envió sus dos hijos Demetrio y Antíoco, para asegurarlos, á la casa de un amigo que vivia en la Caria, y se resolvió á dar una batalla decisiva. Su ala izquierda desordenó á las tropas que se le opusieron, y por desgracia se empeñó en perseguirlas. El príncipe sostuvo por largo tiempo el choque del centro y de la otra ala del enemigo, esperando á que la suya volviese. Ya por último

manda la retirada, y se queda de los últimos á cubrirla. Cae su caballo en un pantano, y le desamparan sus soldados al punto que los enemigos le embisten. Pelea solo y á pie con la multitud que le cercaba, y rodeado de muertos cae sobre ellos penetrado de flechas.

D. del D.
2845.
A. de J. C.
153.

No podia el rey de Egipto ignorar la impostura de Bala, y no obstante le dió por esposa á su hija Cleopatra; porque siempre se apetece poner un centro en su familia, sea cualquiera la mano que le gobierne. Con la prosperidad tomó vuelo el caracter vicioso del nuevo rey: se entregó pues á una vida estragada é indecente, y abandonó las riendas del gobierno á los caprichos de un privado llamado Amonio, hombre feroz y espantadizo. Las principales víctimas del monarca y de su ministro fueron Laodicea, hermana de Demetrio, y Antígono, hijo de este príncipe, que se habia quedado en Siria cuando á los otros dos los llevaron á Gnido. Estas y otras violencias contra toda suerte de personas hicieron odioso su gobierno. El primogénito de Demetrio, que tenia este mismo nombre, supo en su retiro el descontento del pueblo. Su huesped Lastenes le juntó algunas compañías de cretenses: entró con ellas en Cilicia, y fue creciendo su tropa: se le rindió esta provincia, y tambien abrazó su partido Apolonio, gobernador de la Fenicia y la Celesiria. Este hombre le sirvió mucho conteniendo á Jonatás, gefe de los judios, que acudió al socorro de Alejandro Bala.

Viéndose apretado este príncipe recurrió á su suegro Tolomeo, y este llegó con tanta tropa, que el profeta la compara á las arenas del mar. Creerian todos que iba á proteger á Bala; pero le quitó la

hija, y se la entregó á Demetrio: dicen que así castigó al yerno por haberse conjurado contra su suegro; pero sea la causa la que fuese, las consecuencias de este suceso fueron muy funestas para Bala. Los antioquenos animados hicieron pedazos á Amonio, al que hallaron disfrazado de muger. No fue mas feliz la suerte de su rey, porque perdió una batalla decisiva, y huyó tan lejos como pudo. Creyó el infeliz hallar asilo en la tienda de un árabe; pero este le quitó la vida.

Con dificultad consiguió el rey de Egipto que los habitantes de Antioquía recibiesen con gusto á Demetrio por su rey; porque temian hallar en él los vicios de su padre, y principalmente la indolencia en el gobierno y el abuso de la autoridad; y su aprension era bien fundada. Dejó el nuevo rey toda la autoridad á Lastenes, amigo de su suegro, que era el que le habia criado. Fue cruel y falto de política. Como cruel buscó á todos los que habian sido afectos á Bala, y les quitó la vida: como falto de política se indispuso con los soldados viejos que hacian la guardia al rey, y se la fió á algunos soldados cretenses que podian servirle de muy poco. Por una parte la poca advertencia con que se mereció el desprecio y odio de los pueblos, y por otra la imprudencia de quedarse sin su mejor defensa, inspiraron á un atrevido la facilidad de quitar al rey el trono.

Este se llamaba Diodoto, y despues le dieron el nombre de Trifon: era de un nacimiento ordinario; pero Bala le habia hecho gobernador de Antioquía. No se sabe si conservó esta dignidad en tiempo del sucesor; mas se ve su habilidad en que Lastenes no le puso en el número de los desgracia-

dos, y es verisimil que ganó por el contrario la confianza del ministro, y que le cerró los ojos para que no viese que egercitaba la piratería. Consistia esta en mantēner cierto número de naves que recorrian las costas de Asia, recogiendo esclavos, que Diodoto vendia por grande precio á los romanos, que entonces hacian gala de llevar grande séquito de criados. Con este tráfico atesoró Diodoto muchas riquezas, y llegó á considerarse tan seguro de la impunidad, que edificó cerca de Antioquía una especie de fortaleza, en donde encerraba sus tesoros. No parece que ni el rey ni su ministro sospecharon nada, pues no despertaron de su descuido hasta que Diodoto dió el golpe.

Habia dejado Bala un hijo de su muger Cleopatra, que todavía era muchacho. Se presentó repentinamente Trifon con este jóven Antioco, y publicó un manifiesto de las pretensiones del principe, cuyo tutor se declaró. Con esta noticia todos los soldados que Demetrio habia despedido sin razon, y una multitud de otros descontentos se agregaron al pretendiente. Sorprendido Demetrio, se vió precisado á encerrarse en Seleucia. Se apoderó Diodoto de Antioquía, de los elefantes, que entonces hacian la principal fuerza del egército en Asia, del dinero de los tributos, é hizo proclamar á su pupilo. Tambien tuvo destreza para atraer á su partido á Jonatás, gefe de los judios, que antes habia sido muy afecto á Bala, y así creyó sin duda que debia seguir las banderas del hijo. Mal le pagaron su fidelidad.

Se presume con fundamento que no emprendió Trifon tanto trabajo por conservar la corona en la cabeza de un muchacho, sino por verla en la suya,





Perfidia de Trifon.

Llega Jonatás á Tolemayda llamado por Trifon; y este aprisionandole, ofrece a Simon la libertad de su hermano si le envia los dos hijos de este con cierta suma. Simon, no menos credulo que Jonatás, le envia los sobrinos y el dinero; y el perfido Trifon luego que llegan hace matar al padre y á los hijos. Desgracia es de la historia que nombres tan detestables como el de Trifon hayan de manchar sus paginas.

Cuando ya vió la mayor parte de la Siria sujeta á su obediencia , se deshizo al mismo tiempo de Jonatás , que sabia era afecto á la sangre de Bala y á su pupilo. Padecia este príncipe jóven de mal de piedra , y no hubo mas que no hacerle bien la operacion , y así murió , y se ciñó Trifon la corona. Fueron frecuentes los combates entre él y Demetrio , y no cesaron hasta que este tomó una estraña resolucíon. Solicitado por los habitadores del país situado entre la India y el Eufrates , espuesto á las correrias continuas de los partos , se determinó á hacer la guerra á estos pueblos , creyendo que si volvía victorioso , facilmente reconquistaria de Diodoto el resto de su reino. Al principio logró grandes ventajas ; pero le dispusieron los partos una emboscada y le hicieron prisionero. Mitridates , su rey , despues de pasearle como cautivo por las provincias disputadas , para que perdiesen la aficíon á un rey esclavo , le trató con la mayor atencíon , y le señaló la Hircania por lugar de su residencia : tambien le dió por esposa á su hija Rodoguna ; mas siempre le tuvo preso.

Con la noticia de su cautiverio se habia retirado su esposa Cleopatra á Seleucia , con los dos hijos que de él tenia. Temiendo que fuese á sitiarla Trifon , escribió á Antioco , hermano menor de Demetrio , para que la socorriese , y le ofreció su mano y la corona : sin duda tomó esta resolucíon por la noticia que tuvo del casamiento con Rodoguna. Antioco Sidetes , ó el *Cazador* , llegó , se casó , subió al trono , peleó con Trifon , y le derrotó el egército. Dicen que cuando huía iba sembrando dinero por el camino para entretener á los que le perseguian. No se sabe si le mataron en el asalto,

si preso fue condenado á muerte por Antíoco, si se quitó á sí mismo la vida, ó si pereció en las llamas que consumieron la ciudad de Acosia en donde estuvo sitiado.

Sidetes gobernó con justicia y suavidad, y se concilió en el mas alto grado el amor y estimacion de los súbditos: solo tenia un defecto, que era la escesiva pasion por la caza, lo que le hizo presente un paisano, cuya cabaña le sirvió de asilo un dia en que se estravió persiguiendo algunas fieras, bien que este hombre no le conocia. Hizo Antíoco conversacion acerca del rey, y dijo el rústico: "Es muy buen príncipe; pero la violenta pasion por la caza no le deja aplicarse todo á los negocios, y se ve obligado á descansar en unos cortesanos que no siempre obran segun sus miras." Plutarco, refiriendo esta anécdota, dice: "Reyes, no esperéis oír la verdad, ni saber el concepto que merecéis á los vasallos mientras os rodeen aquellos cortesanos, cuya principal ocupacion es engañaros."

Este príncipe hubiera sido feliz y reinado con gloria, si no hubiese pensado en tomar las provincias de que se apoderaron los partos. Para pretesto de la guerra publicó la intencion de sacar á su hermano del cautiverio, como si fuese creible que desearse con ansia romper las prisiones de un monarca cuya muger y reino poseia. Por sus preparativos se juzga, que si le gustaban las comodidades propias, no se las negaba á los otros. Dejó que se llenase su campo con el aparato del lujo. Vivanderos, cocineros, comediantes, músicos, mugeres y muchachos de su comitiva, eran tantos, que siendo el ejército de ochenta mil combatientes, habia en él mas de trescientas mil personas. Todo fue bien

mientras pudieron pasearse en el verano por las mas bellas llanuras de la Media y la Babilonia : entonces ganó Antíoco tres batallas; pero cuando fue preciso tomar cuarteles de invierno , la necesidad de alojar tanta gente dividió el egército en pequeños cuerpos. Los partos , activos y vigilantes , se fueron introduciendo en los intervalos; y los naturales del pais , cansados de tan fastidiosos huéspedes , concertaron con los partos una matanza general. En un mismo dia degollaron ó hicieron prisioneros á todos los siros : con ellos pereció Antíoco, llevándose el resentimiento de sus vasallos.

Las derrotas que sufrió el rey de los partos le habian hecho tomar el partido de dar libertad á Demetrio para lograr alguna diversion con la concurrencia de los dos hermanos ; mas con la catástrofe de Sidetes mandó que procurasen alcanzarle; pero el príncipe, rezelando esto mismo, habia apresurado su partida, y así no pudo darle pique la caballería que salió tras él. Volvió pues á entrar en su reino , y halló en él á su muger Cleopatra. La cautividad de nueve años , por haberse metido imprudentemente en una guerra estrangera , no le escarmentó; y así entró en nuevas querellas entre Tolomeo Fiscon, rey de Egipto , y Cleopatra , su muger repudiada. Esta propuso á Demetrio el trono y su mano. No dejó de tentarle la oferta , é hizo una invasion en Egipto; mas cuando sitiaba á Pelusio , los habitantes de Antioquía, Apamea y otras muchas ciudades se sublevaron irritados con su gobierno tiránico, y recibieron con aclamaciones un hijo de Alejandro Bala, que les envió el rey de Egipto. Era el impostor hijo de un ropero de Alejandría , y se llamaba Cebina, y se conde-

coró con el renombre de Alejandro. Era tanto el descontento contra Demetrio, que se halló Cebina de repente á la cabeza de un egército. El rey, precisado á huir despues de una derrota, creyó hallar buena acogida en Tolemaida, residencia de Cleopatra su esposa; pero esta mandó cerrar las puertas al esposo de Rodoguna, y él se refugió á Tiro, en donde le mandó matar el gobernador que él mismo habia puesto: por entonces se vió el reino de Siria dividido entre Cebina y Cleopatra.

Seleuco, á quien esta habia tenido de Demetrio Nicanor, tomó el título de rey en las provincias confinantes con las que su madre gobernaba. Temiendo Cleopatra que este príncipe quisiese estender su dominio, y tal vez vengar la muerte de su padre, en la que no estaba ella muy inocente, le convidó á una conferencia sobre un asunto de importancia, y cuando él menos lo pensaba le atravesó el pecho con un puñal. Esta furia trajo á su lado otro hijo, esperando que por su poca edad estaria ocupando el trono sin pensar en el gobierno. Se llamaba este Antíoco, y le llamaron Grifo, aludiendo á su nariz aguileña. La Siria, repartida entre Cleopatra y Cebina, gozaba de bastante tranquilidad.

Era Cebina benigno, clemente, justo, y con la fidelidad en sus promesas inspiraba la confianza. Se sublevaron tres de sus principales oficiales, y para atraerlos no se valió de otro medio que de darles esperanzas de conseguir el perdon y volver á sus empleos; y así dejaron las armas sin pedir otra seguridad que su palabra, y el rey vivió con ellos como antes, sin darles en rostro con su delito. Aunque de bajo nacimiento tenía la grandeza

en el alma: jamas quiso sujetar su reino á un tributo, ni aun al simple homenaje que el rey de Egipto exigia. El egipcio, de bienhechor que era, se convirtió en su perseguidor. Armó á Grifo contra él, y por arras de su venganza dió al monarca siro por esposa á Tricena su hija. Apretado por todas partes se vió Cebina rendido; y perdida una batalla entró en una nave del corso para huir á Grecia. El patron le entregó á Grifo, y este le quitó la vida. Otros dicen que murió en un combate. De cualquiera modo que haya sido fue generalmente sentida su falta, y es de los pocos á quienes la usurpacion no haya hecho temibles, despreciados ó aborrecidos.

La guerra contra Cebina sacó de alguna manera á Grifo de la tutela de su madre. Sintiendo esta que se sustrajese de su autoridad resolvió que pasase el cetro á otro tercer hijo que habia tenido de Antíoco Sidetes. Era de poca edad, y así esperaba ella que la dejase disponer por mucho tiempo. Valiéndose de un momento en que Grifo entraba en su palacio despues de un violento ejercicio, le presentó de beber como por atencion: algunos dicen que ya estaba advertido; y así, con pretexto de diferir, quiso empeñarla en que bebiese la primera: ella lo rehusa: él insiste, y aun declara en presencia de su corte, que solo por este medio destruiria las sospechas de que pretendia darle veneno. Ella tragó la copa, y murió. Habia sido Cleopatra esposa de tres reyes y madre de cuatro: causó la muerte de dos esposos: mató con su propia mano á un hijo, y quiso envenenar á otro. Aun entre los hombres se hallarán pocos tan malos.

Por ocho años fue bastante sosegado el reinado

de Grifo. Y como digno hijo de Cleopatra, para asegurar esta tranquilidad quiso dar veneno á su hermano, hijo de su propia madre, y de Antioco Sidetes. Este príncipe se puso en defensa, viendo amenazada su vida: la feliz casualidad le dió el remedio no esperado. Latilo, hijo de Fiscoa, rey de Egipto, se habia casado con su hermana Cleopatra; y aunque este príncipe amaba tiernamente á su esposa, le obligó su madre á repudiarla, y á casarse con Selene, su hermana menor. Una y otra eran hermanas de Tricena, muger de Grifo. Viéndose libre la princesa repudiada, ofreció su mano á Cíciceno, y le llevó en dote un egército. Este fue derrotado: se salvó el esposo, y la esposa cayó en manos de Grifo. Tricena su hermana pidió la prisionera á su marido para tener el gusto de hacerla matar. El rey, irritado con esta súplica, reprende en su muger la crueldad, y protesta que jamas la concederá semejante cosa. Tricena creia que estaba viendo en esta constancia de su marido la certidumbre de su amor que ya sospechaba. Se habia refugiado su infeliz hermana en un asilo; y mientras el esposo insistia en persuadir á Tricena, esta envió los asesinos; los cuales no pudiendo arrancar á Cleopatra del altar que tenia abrazado, la cortaron las manos. Al fin espiró pronunciando mil execraciones contra los autores de su muerte, y pidiendo al dios cuya estatua estaba en aquel altar, que vengase con egemplar castigo la sacrilega muerte que hacian á su vista. No parece sino que estas execraciones trajeron todas las plagas de la venganza del cielo sobre la familia infeliz de los Seleucidas; porque ya su historia es una molesta mezcla en que solo se ve el horror de todos los de-

litos: venenos, asesinatos, incestos y fratricidios. Cinco hijos de Grifo reinan y perecen sucesivamente de muerte violenta. Cicceno espira entre las llamas, víctima de una sedicion. Se divide el reino reconociendo una parte á Antioquía por capital, y la otra á Damasco. Algunas ciudades se erigen en repúblicas, otras se sujetan al poder de uno solo, á quien llamaron tirano. Las mugeres, las hermanas de los monarcas se forman por usurpacion diferentes especies de principados, y los traspasan por casamientos. De dos se sospecha haberse casado hasta con su propio hijo. Por último, la confusion y el desenfreno llegó á ser tal que se cansaron los mismos siros, con ser tal vez el pueblo menos delicado en punto de costumbres: echaron fuera todos estos reyecillos encarnizados unos contra otros, y llamaron á Tigranes, rey de Armenia, para que los gobernase.

Los romanos, reclamados muchas veces por los competidores, siempre se guardaron de dar á ninguno auxilios preponderantes; y así recibian las embajadas, aceptaban los presentes, y dejaban que se arruinasen unos á otros. Ya llegó el punto de coger el fruto de su política. Pompeyo venció á Tigranes. Cuando el armenio recibió de los pueblos el cetro de Siria, Selene, viuda de Grifo, se habia hecho un pequeño estado, en donde criaba dos hijos que habia tenido de Antíoco el Cicceno: el mayor se llamaba Antíoco el Asiático, y el otro Seleuco Cibiosacto. Tigranes dispersó esta familia: á la madre la quitó la vida: los dos hijos, que no se podian medir con tan poderoso príncipe, se sostuvieron como podian, ya en una parte del reino, ya en otra, lisonjeándose que por

los presentes que hacían á los senadores cuando iban á Roma, conseguirían la benevolencia de la república. Pero cuando el Asiático llegó á proponer á Pompeyo sus pretensiones y esperanzas, después de haber reprendido con bastante dureza el general romano al siro por la negligencia en seguir sus derechos, le dijo: "El reino de Siria ya era de Tigranes: nosotros le hemos vencido, y por consiguiente hemos entrado en todos sus derechos; de este modo ya el imperio de la Siria pertenece á la república romana, la que sabrá defenderle mejor que vosotros." De este modo el reino de Siria, tan rico y poderoso, y una de las mas bellas joyas de la corona de Alejandro, llegó á ser una provincia romana. De los dos hermanos, últimos renuevos de los Seleucidas, Antíoco murió de consunción, y Seleuco casó con Berenice, reina de Egipto, su parienta. Esta princesa se cansó de él, y tomó el medio mas pronto para deshacerse de un marido desagradable, que fue el de disponer que le matasen. Duró el imperio Siro-Medio doscientos sesenta y tres años. Entregado á continuos movimientos y agitaciones, no fueron turbulencias sino trastornos los que sufrió. Parece que el centro de Asia, la parte mas hermosa y rica de aquel vasto país, que es de las cuatro partes del mundo la mejor, estaba destinada á revoluciones perpetuas. Nino, Semíramis y sus sucesores paseaban sus sangrientos estandartes por las llanuras que riegan el Tigris y el Eufrates: estos conquistadores dieron principio á la monarquía de los asirios, que se dilataba por los medos y los persas. Entró el impetuoso Alejandro, tronando, asolando, dispersando; y antes de haber consolidado su conquista,

la dejó á sus capitanes ; y á fuerza de destruirse unos á otros, se quedó uno solo por dueño de los reinos asiáticos. Sus descendientes, conocidos con el nombre de Seleucidas, se destruyeron entre sí, y sus mismas divisiones entregaron este imperio á los romanos, que fueron los que sacaron el fruto, gobernándole por medio de pretores, procónsules y generales, hasta que sin ser el centro del imperio de Oriente, fue la porcion mas rica, y ha pasado despues como tributario y sujeto á los otomanos, que son los que al presente le poseen.

EGIPTO.

Cuando murió Alejandro se hallaba Tolomeo Lago gobernador de Egipto (2698). Dican que Arsinoe su madre estaba en cinta cuando Filipo, rey de Macedonia, de quien era concubina, se la dió en casamiento á Lago, señor macedonio. No queriendo tener este en su casa un niño de quien no era padre, espuso el hijo que parió su esposa; pero una águila cuidó de él, le abrigó con sus alas, y le dió en lugar de leche la sangre de los animales que cazaba. Con este prodigio, inventado para mover el corazon de Lago, se consiguió que le hiciese traer y le criase: por esto parecia haber sido hermano de Alejandro, y así le quiso siempre mucho, y le manifestaba amistad de preferencia. Le elevó á los primeros grados del ejército, y él los merecia por su valor. Por último, le confió el gobierno importante del Egipto. Hallándose en la muerte del monarca del Asia, distante del sitio de las intrigas, se supo aprovechar de su situacion, y de las circunstancias oportunas para pasar de la

D. del D.
2698.
A. de J.C.
300.

segunda plaza á la primera, y mantenerse en ella. Tolomeo Lago fue la cabeza de la dinastía macedonia reinante en Egipto. Instituyó á honra de su hermano un órden militar, que es el primero que se conoce.

A Tolomeo se le debe el testimonio de que jamas hizo guerras que no le fuesen precisas y forzosas. En esto fue diferente de muchos de los antiguos reyes sus antecesores, que mas aspiraban á la admiracion de los pueblos en sus monumentos que á su utilidad. Los suyos al mismo tiempo eran suntuosos y útiles. Entre los principales se cuenta la ciudad de Alejandría, fundada por Alejandro en la costa del mar, en disposicion propia para reunir en sus muros el comercio de las tres partes del mundo. La habia edificado Alejandro con esta intencion, y Tolomeo la hizo con su poblacion, riquezas y magnificencia de edificios, *la ciudad de las ciudades, y la reina del Oriente*. Levantó en ella aquel famoso faro, modelo de tantos otros. Era este una torre de mármol blanco prodigiosamente alta, en la que se encendian fuegos para guiar á los marineros en la obscuridad de la noche, y puso en ella esta inscripcion: *El rey Tolomeo á los dioses salvadores para beneficio de los navegantes*. Pero el arquitecto, que queria perpetuar su nombre, puso estas palabras en la primera capa del edificio: esta cayó con el tiempo, y mientras duró el faro se leian estas: *Sostrato el cindano á los dioses salvadores, &c.*

Tolomeo se aplicó á formar la famosa biblioteca de Alejandría, juntando hasta cuatrocientos mil volúmenes, y la colocó en un soberbio edificio bajo la inspeccion de muchos sabios, los cuales vivian



Alexandría mejorada.

Dedicado Tolomeo Lago á dexar en su reyno monumentos útiles, le debió Alexandría particular esmero: pues no contento con engrandecerla hasta verla distinguida por Ciudad de las ciudades, y Reyna del oriente, elevó en ella el famoso faro que por tanto tiempo sirvió á los navegantes de guía en la obscuridad de las noches. Tubo la fortuna de preferir al renombre de Conquistador el de Benéfico.



juntos en un palacio adornado de pórticos y de jardines, en donde los aficionados á las letras hallaban en todas las estaciones el recreo y la instrucción. Á lo que parece, vivian en comun á costa del público, que los proveia de una subsistencia honrada. Comian á la misma mesa, y les servian con suficiente abundancia para escitar la envidia y las sátiras de los que no eran admitidos á ella. Es muy notable esta institucion; y así se deben á Tolomeo los órdenes militares y las comunidades de sabios. Aunque esta biblioteca era tan numerosa, tenia un suplemento de trescientos mil volúmenes, al que llamaban la hija. La madre se consumió por un fatal accidente, y la hija fue entregada á las llamas por el fanatismo de Omar. Á este cuando tomó á Alejandría le suplicaron que salvase la biblioteca, y él respondió: "Ó estos libros contienen la misma doctrina que el Alcoran, y entonces son inútiles; ó incluyen doctrina contraria, y así son peligrosos." Convencido de este discurso los entregó á los baños públicos, que eran muchos, y sirvieron para cañtarlos por seis meses.

Ademas del sobrenombre de Lago, dieron los rodios á Tolomeo el de Soter ó Salvador, reconocidos á que los habia librado de los furores de Demetrio Poliorcete. Sus propios vasallos pudieran haberle dado epítetos no menos honoríficos, si hubiesen de espresar todas sus bellas calidades. Era benigno, benéfico, y de fácil acceso: siempre quiso que dejasen acercársele las gentes del pueblo. *Estos*, decia él, *son mis amigos, y los que me descubren verdades que los cortésanos me disfrazan.* Este principe tenia una moderacion rara para con los

burladores, y principalmente con los burladores provocados. Un gramático con quien se habia chanceado le dió una respuesta picante: todos los asistentes con los ojos clavados en el rey esperaban algun castigo, temblando el que vendria sobre el imprudente. Tolomeo les dijo: "Un rey zeloso de su respeto, no debe poner á nadie en el caso de faltarle. Yo fui el agresor, y tanto derecho tiene él para no estar contento con mi pregunta, como yo con su respuesta; y así todo debe quedarse entre nosotros como estaba." Juntaba muy gustoso los vasallos á su mesa; y si les faltaba vagilla se la prestaba, acompañando así la economía con el placer, el cual se goza mejor cuando no va acompañando con remordimientos de profusion.

En cuarenta años que reinó Tolomeo mudó casi toda la faz del Egipto. Los reyes antiguos le habian cargado de colosos y monumentos gigantescos. El brazo de hierro del soldado, mas que la mano del tiempo, hizo menudas piezas estas masas, y sus restos cubrian las ciudades, cegaban los canales, y en lugar de barbechos sustituian estériles escombros. Tolomeo hizo salir ciudades de entre estas ruinas: hizo canales para la navegacion: preparó tierras para la agricultura, y juntó en sus edificios lo delicado de los griegos á la solidez egipcia. Abrió puertos en el mar Rojo, y con su cuidado fueron mas seguros los del Mediterráneo. Á *Delta*, la bella parte de su imperio en que habitaba, la hizo centro del comercio; y así dejó muy floreciente un reino que habia hallado destruido con las tempestades de una larga anarquía.

Sus sucesores, llamados casi todos Tolomeos como él, se distinguen por renombres que espresa-

ban sus virtudes, sus vicios, ó los defectos naturales. Filadelfo, amante de sus hermanos: Evergetes, bienhechor: Filopator, amante de su padre: Epifanes, ilustre: Filometor, el amante de su madre: Fison, el panzudo: Latiro, el garbanzo: Auletes, tocador de flauta. Sus esposas, que, segun el uso del pais, eran casi siempre sus hermanas, se llamaban Arsinoes, Berenices, Cleopatras. Era creible que estas alianzas perpetuadas en la familia, debieran ser una permanente prenda de concordia y amistad; pero fueron por el contrario la semilla de los odios, que no solamente ensangrentaron el trono; sino tambien causaron la infelicidad de los pueblos arrastrados por sus príncipes á guerras civiles frecuentes. Tambien hubo guerras con estrangeros, de las que daremos algun diseño; delitos y virtudes, acciones ruidosas, sucesos políticos que cambiaron la suerte de las naciones, y particulares catástrofes que pudiera la historia ofrecer igualmente al pincel de los pintores y al entusiasmo de los poetas.

Tolomeo Soter dos años antes de morir aso-
 ció á su corona á Filadelfo, su segundo hijo, con
 perjuicio de Cerauno, que era el mayor. Á vista
 de las malas calidades de este, parece que de la
 parte del príncipe no fue tanto predileccion, quan-
 to una prevision prudente, Cerauno se refugió en
 Macedonia con el rey Seleuco, al que asesinó ha-
 biéndole recibido bien. Despues de este regicidio se
 casó con la viudá llamada Arsinoe, que era su
 hermana, y señora de la capital del reino. Para
 merecer su mano la prometió cuidar como padre
 de sus hijos, y á todos los degolló casi entre los
 brazos de la madre el dia del casamiento. La indig-
 nacion del pueblo hizo otra vez viuda á Arsinoe:

D. del D.
 2728.
 A. de J.C.
 270.

no se sabe si esperaba estos sucesos para casarse con su hermano Filadelfo, á quien se habia refugiado escapando de los brazos de Cerauno. Era de mas edad que Filadelfo, y no obstante tomó y conservó hasta la muerte un imperio absoluto sobre su corazon.

El hijo de Soter representó grande parte de las virtudes de su padre, y es famoso por su habilidad en el gobierno. Arreglaba con proporcion los impuestos y sus generosidades. Siempre con armas, y usándolas poco engañaba á sus vecinos, y se hizo entre ellos su árbitro y reconciliador. Estendió la navegacion, hizo florecer el comercio, atrajo los estrangeros con los privilegios que la parecieron oportunos para fijarlos en sus estados. En Alejandría habia muchos judíos, que la habitaron por tan largo tiempo, que olvidaron su lengua originaria. Para que el Egipto les pareciese mas agradable, y para que, si fuese posible, no se acordasen de Judea, hizo traducir la Biblia en griego; y así se debe á este Tolomeo la *Version de los Setenta*.

Protegió Filadelfo las ciencias y á los que las cultivaban, y así tuvo muchos sabios en su corte: Arato, encargado del aumento de la biblioteca de Alejandría; Aristófanes, que habia leído todos los libros; Teócrito, Licofronte con otros cinco comentadores llamados las siete pleyadas; Aristarco, gramático severo; Meneton, historiador; Conon é Hiparco, matemáticos; Erodoto, el primer comentador de Homero; y dos hombres que no merecen ponerse en esta lista; Sotades, poeta obsceno, y Zoylo un satírico, cuyo nombre ha llegado á ser injuria. Filadelfo, aunque se divertia algunas ve-

tes con su malicia, no les manifestaba estimacion ni aprecio. Murieron estos dos poetas, el uno de miseria y el otro de muerte violenta, cargados del odio y desprecio del público. Se reprende en Filadelfo el no haber perdonado á Demetrio Falero el consejo que este dió á su padre de colocar en el trono al hijo mayor, que era Cerauno, y que no diese esta preferencia al menor, porque él la tenia por injusta: de nada le sirvieron con Filadelfo las prendas de sabio é ilustre, ni el haber sido ministro y confidente de Soter, porque le puso en un castillo; y cuando iba á condenarle á muerte, le ahorró este delito al monarca un áspid que picó al encarcelado.

Su penetracion le hizo prever la futura grandeza de los romanos. Envió á estos sus embajadores, y los recibió de su parte. Estos fueron Fabio Gurges, Quinto Ogulino, y Ceneyo Fabio Pictor. Merece conservarse la memoria de la conducta discreta y noble que observaron. Al concluirse un espléndido convite, ofreció á cada uno el rey una corona de oro. Ellos las aceptaron, y al dia siguiente aparecieron puestas en las estatuas del rey que estaba en la plaza pública. Este desinterés y este modo de hacer la corte dió á los egipcios una alta idea de los romanos. Filadelfo redobló sus presentes, y quiso que se los llevasen; pero ellos cuando llegaron á Roma los pusieron en el tesoro público. La política del egipcio le mantuvo siempre en equilibrio entre los romanos y cartagineses. Le pidieron estos dinero para sostener la guerra contra los primeros, y respondió: *No puedo yo ayudar á un amigo contra otro amigo.*

Generalmente se nota una prudente circuns-

peccion en el gobierno de Filadelfo; mas no se le aprobará el haberse propasado tanto en las precauciones respectivas á conservar la paz, que se deshizo de dos hermanos porque pudieran turbarla. Por esta accion le dieron, por ironía, el sobrenombre de Filadelfo, *ó amante de sus hermanos*. Uno de estos, llamado Mago, se escapó de esta cautela cruel, apoderándose, á título de rey, de la Libia y la Cirenaica que gobernaba, y con la diadema desafiaba las amenazas y esfuerzos del hermano. Á Filadelfo reconocen por su fundador muchas ciudades. Erigió tantos y tan soberbios monumentos, que los venideros llamaban filadelfianas á las obras de extraordinaria grandeza y precioso gusto. Mantuvo armadas considerables en el Mediterráneo y en el mar Rojo.

Construyó este príncipe un canal que juntaba las aguas del Nilo con las del mar Rojo, á escepcion de un corto espacio que se pasaba en camellos, y por él se transportaban las producciones de Arabia, de la India, Persia y Etiopia hasta Alejandria, que mantuvo por diez y siete siglos el mayor comercio del mundo, y aun ahora sería fácil restituirsele. Pensó en el modo de tener un ataud de hierro suspendido por medio de un grande imán en la bóveda de un templo, y por haberle sobrevenido la muerte no hizo la esperiencia en honor de Arsinoe, su hermana y esposa muy querida. Aunque no era muy belicoso, siempre tenia un egército de doscientos mil infantes, cuarenta mil caballos, trescientos elefantes, dos mil carros de guerra, y un arsenal para armar trescientos mil hombres, con un tesoro suficiente para surtir á los gastos necesarios. Dicen que todas estas tro-



Canal abierto por Filadelfo.

Nada acredita la atención que mereció á Toloméo Filadelfo la prosperidad de su reyno, como el canal con que, juntando el Nilo al mar Roxo hizo á Alexandria emporio del comercio de oriente. ¿Posible es que ha conservado Egipto en sus pirámides tan inútiles moles, y ha dexado se pierda un canal tan precioso? Pero ya Europa mira acia aquella parte. ¿Tendrá Europa la gloria de restablecerle?



pas^{as} estaban mal disciplinadas, y entregadas como su rey á la vida regalada. Desde muy mozo se enervó con los deleites, y murió viejo entre los mismos placeres.

El reinado de Antíoco Evergetes, su hijo (2785) ^{D. del D. 2785.} ^{A. de J. C. 213.} empezó por una guerra feliz contra la Siria, de la que sacó muchos ídolos que Cambises habia quitado á los egipcios, y los volvió á colocar en sus templos. Con esta accion ganó el amor del pueblo, el cual le dió el nombre de Evergetes, que quiere decir bienhechor. Una inscripcion que se ha conservado le da con la soberanía de Egipto la de Siria, Libia, Fenicia, Chipre, el Ilírico, Caria, las islas Cicladas, y dice que sujetó las provincias de la otra parte del Eufrates, la Cilicia, la Panfilia, la Tracia, la Mesopotamia, la Persia y la Media hasta la Bactriana. Añaden á esto las dos costas del mar Rojo y de las provincias de Etiopia. Si esta enumeracion es exacta, pocos monarcas ha habido tan poderosos: y siendo así, ¿quién habrá que se admire de que estuviese espuesto á la adulacion?

Su esposa Berenice viendole partir á la expedicion de Siria, hizo voto de consagrar sus cabellos, que eran muy hermosos, á los dioses si volvía sano y salvo. Entró victorioso en su reino, y Berenice, en cumplimiento de su voto, se cortó el cabello, y le puso en el altar de Venus, en el templo que habia edificado Filadelfo en Alejandría en honor de Arsinoe, su querida esposa. Poco tiempo despues, por descuido de los que guardaban el templo, se desapareció el cabello. Iba el rey á castigarlos irritado: y Conon, astrónomo hábil, se presentó á prima noche al príncipe, y le dijo: "Levantad los ojos, y mirad aquellas siete estrellas que

están en la cola del dragon: son el cabello de Berenice que han quitado del altar, y le han colocado en el cielo como una constelacion favorable." No hay duda que quiso el rey dejarse engañar, pues fue muy familiar en los Tolomeos el conocimiento de las estrellas, y fueron los autores de una era que tiene su nombre. Los cortesanos, con el ejemplo del rey, se mostraron persuadidos al milagro, y los poetas, otra peste de las cortes de aquel tiempo, le celebraron en sus versos. Todavía tenemos sobre el cabello de Berenice un himno de Calímaco, traducido por Catulo.

Evergetes no solo fue amante de las ciencias, sino autor de las memorias históricas, que eran muy estimadas. Con su cuidado se aumentó la biblioteca de Alejandría, y en el tiempo de sus conquistas hacia trasladar á ella lo mas precioso que hallaba: cuando volvió á su reino envió por todas partes hombres instruidos con el encargo de buscar libros á cualquier precio: si no los podia conseguir mas que prestados, hacia como su padre Filadelfo sacar soberbias copias para enviarlas, y quedarse con los originales.

Volviendo de su espedicion de Siria pasó por Jerusalem, y ofreció, queriendo ver las ceremonias, sacrificios al dios de Israel. El colector de sus impuestos era un judío llamado José, que puede considerarse como el patriarca de los tratantes. Era sobrino del gran Sacerdote Onias: iba á Egipto á excusar con el rey á su tío, contra quien habian dado algunas quejas. En su viage se encontró ricos arrendadores que iban á la corte á ofrecerse por fiadores de la renta de los impuestos de Celesiria. Viajaban estos suntuosamente, y José con mucha

sencillez, por lo que la modestia de su equipage dió lugar á sus burlas. Como en el punto principal les pareció de buena composicion, le admitieron en su compañía. El los escuchó, penetró sus proyectos, descubrió los medios, inconvenientes y recursos: se presentó á la adjudicacion, hizo su mejora, y se llevó la preferencia. Sin duda en el cobro de las rentas se valió de tales astucias que no agradaron á los contribuyentes, supuesto que el rey tuvo que darle dos mil hombres de guardia que le sostuviesen. El se enriqueció prodigiosamente; y cuando se habia llenado bien, se restituyó á Judea á gozar de su fortuna, distante de la maldicion de los pueblos que habia arruinado.

El espíritu fatigado con los horrores de la Siria ha podido descansar en estos tres reinados egipcios, aunque no del todo libres de lunares; pero los reinados que se siguen preparan nuevas angustias al lector. Tolomeo Filopator, ó amigo de su padre por ironía, es sospechoso de haberle quitado la vida por reinar cuanto antes; y si la sospecha no tiene fundamento, es á lo menos una prueba de que no se tenia al amor filial por su virtud favorita. Tambien le llamaron Trifon, el afeinado, notándole de infame lascivia. Tenia un hermano estimable, llamado Magas, á quien temia, y le mató. Por algun tiempo estuvo suspensa la cuchilla sobre la cabeza de este infeliz por las advertencias de Cleómenes, rey de Esparta, á quien Evergetes habia dado asilo en Egipto; porque la prudencia y raras calidades de este príncipe le hicieron temible á Sosibe, que era el ministro y favorito de Tolomeo. Los esfuerzos que hizo con razones y súplicas para salvar á Magas, le sirvieron al

D. del D.
2782.
A. de J. C.
216.

envidioso Sosibe de ocasion para perder en el corazon del rey al monarca refugiado; y siguiendo el delito á la sospecha, fue sacrificado Cleómenes.

Un hombre sacrificado es sin duda grande crimen; pero una nacion entera condenada al abatimiento ó á la muerte, es lo que caracteriza de monstruo al hombre que se burla del honor y de la vida de los otros. Por una cosa que negó á Tolomeo el gran sacerdote de los judíos, y fue la entrada en el templo de Jerusalem, resolvió vengarse en todos los judíos de sus estados de la afrenta que le parecia haber recibido en Judea. Eran los judíos muchos, sobre todo en Alejandría, y mandó con un edicto solemne que adorasen á los dioses, ó se dejasen señalar en la frente con un hierro ardiendo que imprimiese la figura de una hoja de yedra, símbolo de Baco. Todos, menos trescientos, prefirieron esta ignominia á la apostasía. Irritado con esta resistencia casi general, ordena que todos los judíos residentes en Egipto sean transportados á Alejandría cargados de cadenas. Los encerraron hasta mas de cuarenta mil en el lugar destinado á los espectáculos, en donde entrando los elefantes debian reventarlos con sus manos, y ya estaba señalado el dia y la hora. El pueblo, siempre descoso de espectáculos sangrientos, rodeaba la barrera de la plaza, y por dos veces los humos de la embriaguez sepultaron á Tolomeo en el sueño, y suspendieron la egecucion. Tuvo Filopator el suceso por una advertencia del cielo, y envió los infelices judíos á sus casas, bien convencidos de que debian su libertad y la vida á un milagro obrado en premio de la fidelidad á la ley de sus padres; pero echaron á perder tan bella accion quitando despues la vida á los trescientos que do-

blaron la rodilla á los ídolos. Aun con el perdon general se cuenta que murieron en solo Alejandría mas de cuarenta mil judíos.

Por desgracia tenia el rey en Sosibe el ministro mas propio para servir á sus furores contra cualquier objeto. Arsinoe, muger y hermana de Filopator, le habia seguido en sus espediciones de guerra, arengando á los soldados y peleando con ellos. Esta, despues de muchos años de esterilidad, dió un hijo á su esposo, y su fecundidad la hizo atrevida para pedir gracias, tanto que ya era importuna: se quejó el rey, y manifestó el desco de deshacerse de ella. Tenia Sosibe un asesino de oficio llamado Filamon: le destacó contra la reina y la mató. Las criadas de la infeliz princesa se aprovecharon de una conmocion para dar sobre el asesino, y le quitaron la vida á palos y pedradas.

Por sesenta años tuvo Sosibe las riendas del gobierno, y fue el ministro mas pícaro y corrompido que hubo jamas. No hacia escrúpulo de valerse de los delitos mas horribles por conseguir sus intenciones. Asegura el historiador Polibio, que fue el autor de las muertes cometidas en las personas de Símaco, hijo de Tolomeo; de Magas, hermano del rey; de Arsinoe, hija de Símaco; de Cleómenes, rey de Esparta; y por último, de la reina Arsinoe: y despues de un ministerio tan largo, señalado con tantas crueldades, murió tranquilamente muy viejo, lo que es un hecho tal vez único en la historia. A lo que parece dejó sus empleos antes de la muerte del rey, y aun se cree que el pueblo, indignado por haber quitado la vida á la reina, pidió la desgracia de Sosibe, lo que fue castigo poco proporcionado á sus delitos. Tolomeo pasó una vida obs-

cura entre el cieno de los infames placeres, entregó su reino á hombres corrompidos y mugeres sin vergüenza, que distribuian en su nombre los empleos civiles y militares á otros tales como ellos. Este mal príncipe, fuese por escrúpulo ó por vanidad, hizo limosnas y edificó templos: dejó un hijo en la edad de cinco años, que se llamó Epifanes,

D. del D.
2799.
A. de J. C.
199.

Parece que despues de la desgracia de Sosibe el pueblo y los grandes le habian hecho al rey como por fuerza dar el ministerio á Tlepolemo, que era ministro de hacienda. El príncipe jóven fue entregado para su educacion á un tal Agatocles. Agatoclea, su hermana, y Oenanta, su madre, que vivian en palacio, fueron las primeras que supieron la muerte del rey, y la tuvieron oculta hasta haber sacado el oro, plata y joyas preciosas; y de la guardia del príncipe quisieron elevarse á la regencia del reino. Agatocles se presentó al público, teniendo en brazos al príncipe, y vertiendo lágrimas. Arengó á los cortesanos, imploró su proteccion para con aquel niño encomendado, decia, á sus cuidados por el rey difunto, y aun tuvo atrevimiento para asegurar que Tlepolemo aspiraba al trono. La calumnia recayó sobre sus autores: se sublevó el pueblo indignado, arrancaron al jóven rey de los brazos de Agatocles, le llevaron al hipódromo, y le colocaron en el trono. A Agatocles, Agatoclea, su hermana, y Oenanta, su madre, las presentaron ante él como para ser juzgadas, las condenaron en su nombre, y se egecutó la sentencia á vista del príncipe. La baja plebe arrastró sus cadáveres sangrientos por las calles de Alejandría, los hicieron pedazos, y todos los parientes y partidarios de esta familia sufrieron la misma suerte.

Los señores egipcios no estuvieron acordes sobre la regencia, y les pareció del caso referirse en este punto á los romanos. No despreció el senado tan bella acasion de hacerse honor, y envió á Marco Lépido á Egipto á tomar la tutela de Tolomeo. No la conservó por mucho tiempo, porque la encargó á Aristómenes, natural de Arcania, hombre muy experimentado. Gobernó el regente con general aprobacion; y llegando Tolomeo á los catorce años, que era entre los egipcios la edad fijada para la mayor edad de los reyes, le entregó el reino en el estado mas floreciente. En vano se procura saber por qué le llamaron Epífanos ó el Ilustre, pues apenas gozó de su autoridad, cuando la empleó en dejar caer todo en grande desórden. Aristómenes le quiere dar consejo, y él le envenena: sus vasallos se sublevan, y él los apacigua á fuerza de promesas; mas apenas se vió dueño de la accion, hizo, contra su palabra, espirar los rebeldes en los tormentos. Tal vez contribuyó á su muerte la desconfianza que inspiró con este proceder. Le oian sus cortesanos hablar muchas veces de una guerra que meditaba; y no viendo el dinero, le preguntaron de dónde pensaba sacarle, y él respondió: *Mis amigos son mi dinero*. Entendieron que sin duda contaba con hacer la guerra á su costa, y le dieron veneno.

Tolomeo Filometor dejó dos hijos, uno de su nombre (2829) y otro Tolomeo Fiscon, con una hija llamada Cleopatra, bajo la tutela de Cleopatra, su madre. Esta princesa cumplió gloriosamente con los deberes de la regencia. De Fiscon se sospechó que la habia apresurado la muerte; y el pueblo, que se sublevó furioso contra él, le hubiera esterminado á no haberle tomado Filome-

D. del D.
2829.
A. de J. C.
169.

tor bajo su proteccion. Este consiguió tan honrado sobrenombre por su amor y reconocimiento á su madre. Sostuvo una guerra infeliz contra el rey de Siria, en la que le hicieron prisionero. Desesperando los alejandrinos de volver á verle, dieron la corona á Fison. El siro, cuyo objeto era subyugar el Egipto, llevó á Filometor, le entregó su reino, le dió tropas para oponerse á su hermano; mas se quedó con la plaza de Pelusa, llave de Egipto por aquella parte, para entrar fácilmente cuando viese muy deteriorados á los hermanos. El engañador se vió engañado, porque se conformaron entre sí, mediando Cleopatra, su hermana, y reinaron algun tiempo con buena inteligencia. Si se dice que la concordia entre hermanos es rara, lo es mucho mas entre hermanos coronados. Filometor, el hombre mas dulce, atormentado por Fison, en lugar de esponer sus pueblos á los horrores de una guerra civil, recurrió al arbitrio de los romanos. Filopator, padre de estos príncipes, discípulo, por decirlo así, de la república, siempre habia mantenido con ella estrecha conexion. Los regalos que envió á Roma en el curso de su reinado eran tan considerables y á tales tiempos que podian pasar por tributo. Filometor fue allá en persona, llegó á pie, sin comitiva, y con un mal vestido se hospedó en casa de un pintor de Alejandria. Así que el senado supo su venida, le hizo alojar, amueblar y servir, como correspondia á su clase: le envió á visitar por sugetos distinguidos, y le admitió á defender su causa. Era muy fácil la decision; porque correspondiendo el reino de Egipto al hermano mayor, se le debia dar todo entero á Filometor; pero el senado, atendiendo á que Fison habia ya reinado, y todavía mas á la razon

política de que convenia al interes de la república que no estuviese todo el reino en una sola mano, adjudicó el Egipto á Filometor, y la Cirenaica á Fison. Este, deseoso de que le añadiesen la isla de Chipre, fue tambien á Roma á pedir esta gracia; y aunque tal desmembracion podia debilitar al mas fuerte de los dos hermanos, se le concedió.

Filometor no se resolvió sin sentimiento á verse despojado de tan bella posesion. Dilató el desprenderse de ella: contemporizó con la esperanza de conservar esta isla, porque Fison, ocupado en otra parte, no se hallaba en estado de apoderarse de ella. Sus excesos y crueldades le habian hecho tan odioso á los habitantes de la Cirenaica, que se sublevaron; y atacandole personalmente, le dejaron por muerto. Fison, juzgando del corazon de su hermano por el suyo, le tuvo por autor de la sublevacion. Volvió á Roma á quejarse, y revindicar la isla de Chipre. Se restituyó á Egipto con embajadores encargados de hacer á Filometor que cediese; y como este se eludió, por ambas partes levantaron tropas, y los romanos los dejaron pelear. Fison fue vencido y preso: su hermano, siempre indulgente, no solo le dió la libertad, sino tambien el reino de Cirene, y una indemnizacion por la isla de Chipre. Llevó despues la guerra á Siria, y murió de sus heridas en el seno de la victoria. Es cosa que pasma ver que un príncipe que murió peleando haya dejado mala idea de su valor. Esta es la única tacha que le ponen, fundandola en que en una batalla se mantuvo distante del peligro; pero en esto se ve que su valor era de general, y no de simple soldado; y aun se infiere que tenia de todo, cuando se espuso tanto que recibió heridas mortales.

D. del D.
2858.
A. de J. C.
140.

Con la muerte de Filometor (2858) se manifestaron dos partidos: uno á favor de Cleopatra, que queria colocar en el trono un hijo todavía niño: y otro á favor de Fison. Se concordaron entre sí con la condicion de que Fison casaria con su hermana, viuda de su hermano, y reinaria con ella el resto de sus dias; pero quedando declarado el hijo de Filometor por heredero de la corona. Aquí empieza el reinado de Fison en Egipto: escribiremos con la mayor brevedad las acciones de este tirano, como quien va pisando carbones encendidos.

Se casó Fison con su hermana, y en el mismo dia de las bodas degolló á su sobrino en el regazo de su madre. Tuvo un hijo, al que llamó Menfitis, porque se hallaba él en Menfis, ocupado en ciertas acciones religiosas, cuando su esposa le dió á luz. Aunque ya tenia el sobrenombre de Fison, que significaba el Panzudo, para denotar esta deformidad, le llamaron *Cacoergetes*, hombre inclinado á hacer mal; y lo mereció bien. Quitó la vida á todos los que le habian sido contrarios cuando recibió la corona. Esto no admira en un monstruo; pero trató del mismo modo á los que le habian sido favorables, porque habiendo sido poco fieles á su sobrino, podrian serlo con él. No será ponderacion decir que las calles de sus dos capitales, Alejandría y Cirene, rebosaron muchas veces sangre. Egecutaban sus bárbaras órdenes soldados extranjeros, gentes feroces, que no conocian mas que á él, y bien pagados, le obedecian ciegamente. Sus temores y sospechas le inspiraban resoluciones atroces; y como habia hecho tanto mal á la ciudad de Alejandría, á cada instante formaba aprension de sublevaciones. Para privarla de la fuerza prin-

principal hizo matar la juventud mas distinguida cuando esta se hallaba junta en el hipódromo para ejercitarse. Los padres, madres y parientes iban huyendo en tropel: entonces llamó el tirano á todos los que quisieron ir, y los puso en posesion de todo cuanto era de los fugitivos. Aquellos nuevos huéspedes conocieron en el rigor de los impuestos, y en las vejaciones de toda especie, la confianza que se puede fundar en los beneficios de un malvado.

La reina tenia de Filometor una hija llamada Cleopatra como ella: tuvo esta princesa la desgracia de inspirar pasion en Fison: la violentó primero; y repudiando á su madre, se casó con ella. Despues de la cruel matanza de Alejandría se retiró á Chipre con su jóven esposa para dejar que se sosegase el furor del pueblo, y este hizo que la reina repudiada tomase por fuerza la corona. Con esta noticia le pareció al rey que ya veia llamar á su hijo Menfitis para coronarle: le hizo venir á su presencia y quitarle la vida. Cuando esta atrocidad se supo en Alejandría se redobló contra el tirano el odio del pueblo. Le maldicen, despedazan sus estatuas, y le declaran irrevocablemente derribado del trono. Compadecidos los alejandrinos del dolor de la madre, miran como obligacion el consolarla con los mas solemnes testimonios de su afecto. Fison, que supo estos escesos de amor hácia ella, y de odio hácia él, creyó que su antigua esposa era la causa de tan señalada indignacion del pueblo. Justamente en este tiempo debia celebrarse el nacimiento de Cleopatra; y como si el rey quisiera reconciliarse con ella, la envió una caja que decian contener un rico presente. La abren, y ¡espantoso espectáculo! eran los miembros de su hijo, puesta su cabeza encima.

Parece que se habia empeñado la naturaleza en hacer á Fison de todos modos un monstruo: talle corto, vientre escesivamente grueso, mirar feroz. Con ser así que habia mostrado en Roma por dos veces su abominable figura, los embajadores romanos enviados á su corte no le pudieron mirar en el trono sin una admiracion mezclada de horror. Iban estos encargados por la república de visitar la Grecia y la Macedonia, sujetas á su dominio, y debian pasar despues sucesivamente á las cortes de Egipto, Siria, Pérgamo y Bitinia, para examinar en qué estado se hallaban estos reinos. Eran muchas las utilidades que de estas embajadas sacaba Roma; porque en ellas iban muchos jóvenes que por este medio se acostumbraban á los negocios: el senado, instruido por sus relaciones, formaba juicio de lo que sucedia en aquellos reinos como si hubiera estado en ellos: los enviados, con sus modales honrados y nobles, con su espíritu conciliador, con ofrecerse á servir, y realizarlo algunas veces, propagaban la estimacion del pueblo romano, y proporcionaban las naciones para el yugo que tenian que llevar. Recibió Fison á los embajadores con la mayor distincion: procuró con demasiada complacencia que advirtiesen sus riquezas y la hermosura de su reino: los romanos todo lo iban recorriendo como curiosos interesados, y quedaron convencidos de que Egipto podia ser uno de los mas poderosos estados del mundo si le hubiera gobernado otro príncipe mejor.

Para ser malo no se necesita grande entendimiento; pero el que es en extremo malo debe tenerle muy grande para no parar en mal. Era Fison hombre de mas que mediano ingenio; y en los intervalos de sus escesos cultivaba las ciencias y las

bellas artes; dicen que era muy sabio, y que hablaba fácilmente en todos los asuntos. La historia de su tiempo que él escribió era muy estimada. Comentó á Homero, aumentó la biblioteca de Alejandría, y muchos sabios experimentaron su generosidad; pero hace el contraste mas particular ver que en su reinado empezaron las ciencias á huir de Egipto. Cuando asustadas con las guerras de los sucesores de Alejandro abandonaron el Asia, la Grecia y las islas del Archipiélago, hallaron asilo entre los Tolomeos. Gramáticos, médicos, pintores, arquitectos, poetas y filósofos, todos acudieron á Alejandría, en donde se franqueaba una magnífica biblioteca; y en los grandes pórticos de un museo soberbio se juntaban los hombres deseosos de instruirse, y se facilitaba la comunicacion de los conocimientos. Pero todas estas ventajas se inutilizan cuando falta la libertad bien arreglada. Fison, tirano suspicaz, no solo quiso cautivar las palabras, sino tambien mandar en los pensamientos; y esta violencia despobló las academias de Alejandría, y causó en Egipto, patria de las artes y las ciencias, una esterilidad que no ha hecho mas que ir creciendo hasta nuestros dias.

Fison (2887) monstruo de crueldad, vivió setenta y tres años, y murió de muerte natural en medio de Alejandría, á la que habia inundado de sangre humana. Tuvo de Cleopatra, su sobrina, dos hijos, Latiro y Alejandro, con tres hijas, Cleopatra, Selene y Trifene. En pocas líneas se pudiera escribir la historia de esta familia, diciendo: Fison deja el trono á su viuda, con la libertad de colocar en él, despues de sus dias, al hijo que mas quisiese. Esta elige á Alejandro, que era el menor,

D. del D.
2887.
A. de J. C.
111.

como mas fácil de ser dominado. Latiro se refugia á Chipre. El pueblo, descontento por la injusticia de la madre, hace llamar á Latiro; pero la madre no le deja acompañarla en el trono sino repudia á Cleopatra, su hermana mayor, á quien amaba, y se casa con Selene, á quien él miraba con indiferencia; pero su madre la creia muy á propósito para sus designios. Con nuevas maniobras arroja á Latiro del trono, y vuelve á colocar á Alejandro. Se hacen la guerra los dos hermanos: descubre Alejandro que su madre le quiere asesinar, y él la previene. Esta accion subleva á los egipcios, que los destronan, y llaman á Latiro. Matan á Alejandro, que queria entrar de nuevo en Chipre, y deja un hijo de su propio nombre. Por último, muere Latiro, y deja una sola hija, llamada Cleopatra ó Berenice.

Pudiera llenarse este cuadro no de bellas acciones, que ya no se veian en Egipto, sino de guerras, en las cuales harian los judíos un gran papel. Cleopatra los queria, y tenia por principales ministros dos israelitas, grandes exactores. Latiro los aborrecia, y por esta aversion provocó Cleopatra el odio del pueblo contra su hijo, é hizo arrojarle de Egipto; pero veamos con qué astucia infernal. Consiguio de dos eunucos suyos que se dejasen herir y ensangrentar: estos se presentaron en la plaza pública gritando que se veian en aquel infeliz estado por defender á su señora, á quien su hijo habia querido violentar. Con estar Egipto tan acostumbrado á ver crímenes, este escitó la indignacion general, cuya víctima fue Latiro.

En la guerra que hizo á los judíos se cuenta una accion atroz. Estaban sus tropas acantonadas

en ciertos pueblos de cuya sumision sospechaba: juntó mugeres y niños: los hizo despedazar y cocer en calderas, como si hubieran de servirse en la comida de su egército: todo con el fin de inspirar tal espanto, que no tuviesen los habitantes la menor tentacion de atreverse á nada contra huéspedes tan terribles. Latiro no perdonaba tampoco á sus vasallos, pues por un alboroto que hubo en Tebas, que despues de Alejandría era la mas hermosa ciudad de su reino, la destruyó hasta los cimientos. Tales fueron los hijos legítimos de Fison: de los dos varones, el uno mató á su madre, el otro degolló indistintamente á estraños y vasallos, y las tres hijas se mataron una á otra: solamente un hijo ilegítimo, tenido en Irene, concubina, llamado Apion, no se pareció al padre. Se estuvo en la Cirenaica, cuyo rey le habia hecho Fison, y nada se mezcló en los asuntos de Egipto, por lo que aquel pequeño reino se hizo con su gobierno floreciente: en él se contaban cinco ciudades principales bien edificadas, muy pobladas y comerciantes. Cerca de una de estas, llamada Berenice, cuyo primer nombre habia sido Hesperis, estaba el jardín de las Hespérides, célebre por sus bellas frutas, y el rio Leteo, tan famosos por las ficciones de los poetas. Despues de un reinado de veinte años, creyendo Apion que hacia la felicidad de sus pueblos, dejó por testamento su reino á los romanos. Mas no se cumplió su deseo, porque la república solo tomó lo que la acomodaba, dejando el resto á discrecion de los tiranos, que se apoderaron de ello, y de las facciones que la anarquía produjo. Los romanos tuvieron alguna compasion de aquellos infelices, y enviaron á Luculo para que

todo lo ordenase. ellos le pidieron un plan de gobierno, y les dió esta respuesta de Platon á sus mayores: *Un pueblo tan rico como vosotros, nunca podrá sujetarse á la autoridad de las leyes.*

D. del D.
2923.
A. de J. C.
75.

Latiro (2923) dejó solamente una hija legítima llamada Cleopatra, á la que le dieron el trono los alejandrinos; pero tenia esta un primo, hijo de Alejandro, hermano de Latiro, del mismo nombre que su padre. Cuando su madre Cleopatra se vió precisada á dejarle quitar la corona de Egipto, envió al jóven Alejandro con grandes riquezas á la isla de Cos, fecunda en sabios, para que le diesen la mejor educacion. Mitrídates tomó esta isla, y llevó al príncipe con sus riquezas á su reino del Ponto. Alejandro fue testigo de vista de la facilidad con que Mitrídates se deshacia sin el menor pretesto de sus propios hijos, y así temió lo que á él podia sucederle con mas fuerte razon por sus riquezas. Se salvó pues en el campo de Sila, y este le envió á Egipto cuando se supo la muerte de Latiro en Roma. Ya habia seis meses que su prima ceñia la corona, y solo tenia diez y siete años. Entre los dos se manejaron segun la costumbre de sus mayores, y se casaron; pero el efecto no desmintió á los usos antiguos, porque á los diez y nueve dias de las bodas, Alejandro quitó la vida á su muger, ó porque no la halló como la queria, ó por no tener esposa con el título de compañera en el trono. Este crimen ocasionó una sublevacion en Alejandria: dicen unos que le mataron los habitantes: otros que escapó de sus manos, y reinó muchos años; pero fueron tantas sus crueldades, y se entregó á tantos excesos, que le echaron fuera sus vasallos, y murió en Tiro, adonde se habia refu-

giado, llevando por delante grandes riquezas.

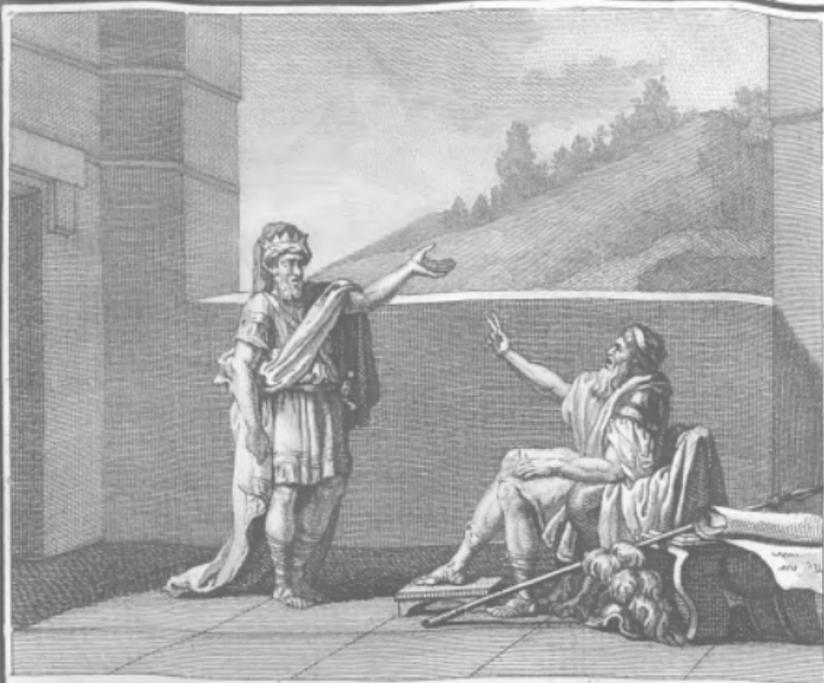
Esta última opinion (2928 es la mas verisimil, pues sobrevivió Alejandro al asesinato de su mujer el tiempo suficiente para verse con un concurrente que los egipcios le opusieron. A falta de príncipe legítimo nombraron un bastardo de Latiro, llamado Tolomeo Auletes, esto es, *tocador de flauta*. Alejandro envió sus quejas á Roma, y murió antes de ver el éxito; pero habia hecho un testamento en que nombraba por heredero al pueblo romano, menos por afecto, que con el fin de suscitar un enemigo á su contrario. Este testamento escitó grandes debates en el senado. Bien deseaban los romanos la herencia, mas como acababan de adquirir la Cirenáica por el testamento de Apion, y la Bitinia por el de Nicomedes, temian que si aceptaban el Egipto, no dejarian de penetrar su codicia y ambicion. Decidieron pues que se llevasen á Roma las riquezas que Alejandro tenia en Tiro, y en cuanto al reino le dejaron á Auletes, sin dar por eso ni consentimiento ni renuncia.

El primer cuidado de este príncipe fue procurar que le reconociese la república por rey de Egipto. La negociacion que tuvo que hacer con este motivo, produjo una grande suma á Julio Cesar, que entonces era cónsul, y muy empeñado: otra á Pompeyo, de cuyo crédito necesitaba para hacer pasar en el senado la decision. Por medio de veinte y seis millones consiguió el título de aliado del pueblo romano. Otro bastardo de Latiro, llamado Alejandro, que se habia apoderado de la isla de Chipre, por no haber tenido habilidad, como Auletes, para comprar el consentimiento de los romanos, fue declarado depuesto de su reino por un decreto

D. del D.
2928.
A de J. C.
70.

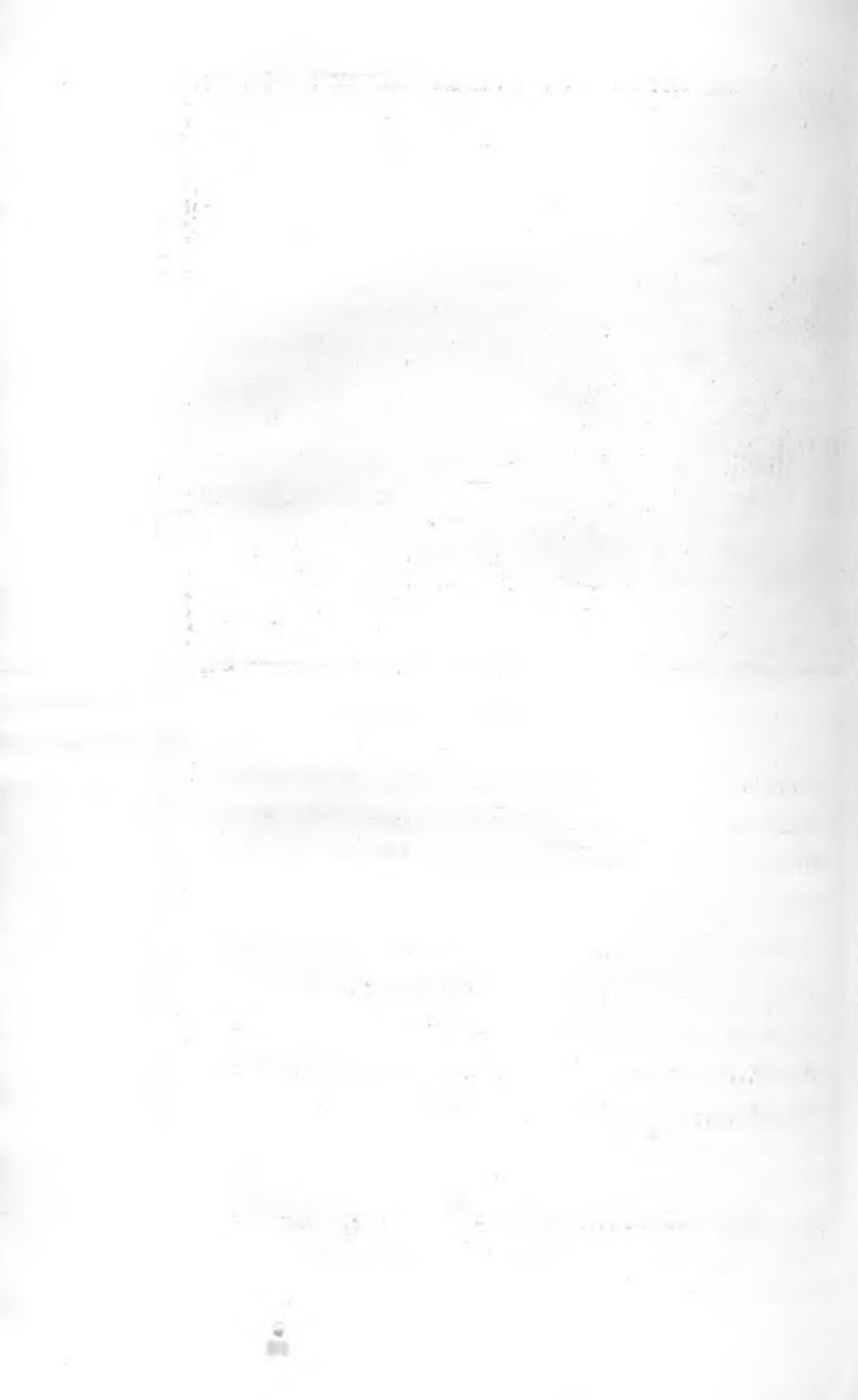
del senado. Pidió socorro á su hermano , y este por no desagradar á los romanos se le negó. Indignados los egipcios por esta cobardía , le arrojaron á él del trono de Egipto , y colocaron á Berenice su hija ; y por mas que la buscaron un esposo capaz de sostenerla , le encontraron malo. Seleuco , el pariente mas cercano , príncipe de la familia de los Seleucidas , que fue á quien la dieron , era tan feo y tan asqueroso , que le pusieron el nombre de Cerdo. El alma correspondia al cuerpo : violó el sepulcro de Alejandro Magno , y á la caja de oro en que estaba su cadáver substituyó una de vidrio. Llegó á ser tan odioso é insoportable á la reina que le hizo ahorcar con un cordel. Es verdad que era un monstruo , mas no pertenecia á su muger limpiar de este monstruo á la tierra. Le reemplazó Arquelaos , que se decia hijo del gran Mitrídates ; pero era hijo de su primer teniente , gran sacerdote de Comana en el Ponto , capitán excelente , y dotado de virtudes verdaderamente regias.

Cuando esto pasaba en Egipto , iba Auletes á solicitar socorro en Roma. Supo estando en Rodas que se hallaba allí Caton , y no se le podia presentar mas á tiempo el medio de instruirse en el estado de las cosas , y en las medidas que debia tomar. Envió el rey á decir á Caton que deseaba hablarle : pensaba que el romano iria apresurado á verle ; pero respondió Caton , *que venga*. Fue Auletes , y vió un hombre vestido con la mayor sencillez , y en el equipage mas modesto. Le recibió el republicano sin alterarse mas que si fuera un hombre ordinario , y le oyó con atencion. No causará molestia el ver la Roma de aquel tiempo pintada por mano de Caton. “¿Cómo es posible , le dice,



Tolomeo visita á Caton.

Avisan á Caton de parte del Rey de Egipto Tolomeo Aulotes de que este desea hablarle; y responde secamente: que venga. Cede el Monarca á las circunstancias, se presenta; y es recibido como un hombre ordinario. Admira Tolomeo la sencillez en el vestido y equipage de Caton; pero mas debió admirar la soberbia y orgullo con que le humillaba el Romano. ;Quantos menos heroes conoce la razon que la historia!



que abandones el pais mas bello de la tierra por ir á sufrir en Roma mil tratamientos indignos de parte de los grandes, tan avarientos como partidarios? Debo decirtelo con franqueza: todas las riquezas de Egipto no serian capaces de saciar su codicia. Cuenta con que un príncipe que no lleve mas que miseria y quejas nada conseguirá de ellos; y si llegas á lograr algunos protectores, hallarás en ellos otros tantos dueños nuevos. Vuélvete á Egipto, y procura con un gobierno prudente y moderado, ganar el afecto de los vasallos, que perdiste por tu imprudencia." Se ofreció Caton á acompañarle, y á emplear con los egipcios cuantos medios pudiesen obligarlos á recibirle; pero resolucion tan noble y generosa estaba mal empleada en Auletes. Dudó no obstante, mas continuó su viage á Roma.

Por la conducta del egipcio se puede juzgar que lo que mas le movió en lo que dijo Caton, fue que la venalidad estaba triunfante en Roma, y así se propuso aprovecharse de estas luces, y el éxito escedió á sus esperanzas. Figurémonos que este monarca llegó á Roma precedido de la reputacion de que llevaba consigo todas las riquezas de su imperio. Le recibe Pompeyo magníficamente en su casa, y los senadores de mas nombre Gabinio, Búbulo, Marcelino se apresuran á acompañarle. Envian los alejandrinos embajadores para defender su causa; pero encarcelan al orador, y asesinan al que hacia cabeza con muchos de sus compañeros. A los autores de estos delitos los persiguen en los tribunales, y estos los absuelven: los jueces inicuos fueron acusados, y los declararon por inocentes. Para asalarciar todos estos delitos se necesita dinero, y se agotan los tesoros: entonces se anuncian clan-

destinamente los usureros , y proponen operaciones de ganancias. El senador es caucion del caballero, este saca interes del dinero que toma del tesoro público que está á su cuidado. El mismo Pompeyo ayuda á los empréstitos , se obliga por el rey ; pero sin riesgo , porque aquel dinero no hacia mas que pasar por las manos de Auletes para caer en las suyas. Por entonces estaba Cesar en las Galias.

La corrupcion era pública ; pero eran tantos los que en ella se interesaban que nadie se atrevia á quejarse. Se veia Tolomeo en el momento de conseguir un egército ; y los grandes capitanes de la república , y entre ellos Pompeyo , pretendian la comandancia como inagotable fuente de riquezas ; cuando algunos hombres honrados del senado , por no tener otros medios , recurrieron á la supersticion. Porcio Caton abrió el libro de las Sibilas , y leyó ó fingió que leia estas palabras : *Si un rey de Egipto os pide socorro, ayudadle; pero no le deis tropas.* Este oráculo arruinó de un golpe las esperanzas de Auletes. Gastados ya cincuenta millones de su riqueza , salió de Roma perseguido de sus acreedores , y no sabiendo que hacer , se ocultó en un asilo. Pero la codicia , que siempre es activa y vigilante , trabajó por él. Los partidarios que tenia en Roma , los que habian prestado y no querian perder sus dineros , escribieron á los generales de la república mas vecinos á Egipto , que seria un buen golpe y una fortuna asegurada para el que lo consiguiese , restablecer en el trono á Tolomeo. Les indicaban los medios de eludir el oráculo , y de emplear en esta espedicion los egércitos de la república. Muchos se negaron ; pero Gabinio , comandante en Siria , lo tomó á su cargo por unos

sesenta millones que le serian pagados en habiendo restituido el trono á Auletes. Entró en Egipto llevando al rey en su egército, y tuvo rápidas felicidades. La primera ciudad que tomó fue Pelusio: quisiera el egipcio pasar á cuchillo los habitadores; pero el general romano se opuso á un acto tan impolítico y cruel.

Arquelao, marido de la reina, se presentó, y vencido en batalla campal, quedó prisionero. Bien pudiera Gabinio dar fin á la guerra sobre la marcha; pero no queria perder otra grande suma que Arquelao le ofreció; y despues con pretesto de que este príncipe se habia huido sin ser visto, pidió á Tolomeo nuevas cantidades para continuar la guerra. Ya estaba pronto en el campo con sus caudales Rabirio, caballero romano: este prestó al rey á un interes considerable el dinero que el monarca derramó en las manos del general. Volvió á empezarse la guerra con nuevo vigor, y se concluyó con una batalla en que Arquelao perdió la vida.

Así que Auletes se vió dueño de Alejandria, sacrificó á su resentimiento á Berenice su hija, porque, aunque por fuerza, habia llevado la corona durante su destierro. Hizo matar despues á todos los ciudadanos ricos, con el pretesto de que habian sostenido á los rebeldes, y sus bienes confiscados le sirvieron para pagar á Gabinio. Los alejandrinos saqueados y arruinados estaban en estado de desesperacion; pero por mas deseos que tuviesen de romper, las tropas romanas que dejó Gabinio, les hacian la centinela como á las demas ciudades que igualmente tenian enfrenadas. No obstante, estos mismos alejandrinos, que tra-

tándose de defender sus bienes, temblaban de la sombra de un romano, se volvieron leones desencadenados, porque un soldado habia por descuido muerto á un gato, é hicieron mil pedazos al infeliz.

Todas las concusiones de Auletes no bastaban para cumplir con Rabirio; y estrechando este al rey, le dijo Auletes: "No hallo otro medio de satisfaceros, sino el de consentir que administreis mis rentas, y os reembolseis de este modo poco á poco por vuestra mano." No conoció Rabirio el lazo. De caballero romano, se hizo colector de impuestos, y cuando habia de dar cuentas halló Auletes suficiente pretesto para hacerle arrestar. Rabirio exclamó *¡qué injusticia!* Pompeyo, que le habia servido al rey de caucion en Roma, sintió mucho este proceder; mas como habia poco que esperar, y mucho que temer de un príncipe cruel y avaro, se tuvo Rabirio por muy dichoso en que le dejasen huir de la prision, y salir de Egipto: de este modo pagó Auletes sus deudas. Este fue el último acto de un reinado de treinta años, demasiado largo para sus pueblos, ignominioso para el rey, y nada honorífico para los romanos. Es verdad que estos quisieron castigar á los dos culpados, y Gabinio y Rabirio, volviendo á Roma, sufrieron un proceso criminal. La elocuencia de Ciceron libró á Rabirio de la pena, pero no de la vergüenza. Gabinio fue desterrado; pero los que le habian incitado y se habian aprovechado de sus depredaciones, no dejaron de andar por Roma con su cabeza levantada. Descarada impunidad, ordinaria precursora de la ruina de los imperios.

Auletes tuvo dos hijos, ambos llamados Tolo-

meos, y dos hijas, la una fue aquella Cleopatra que ha llegado á ser tan célebre, y Arsinoe la otra (2966). Dispuso de la corona en favor de los dos mayores, con la condicion de que se casasen el uno con la otra. Tenia Cleopatra diez y siete años, y su hermano trece. Recomendó Auletes sus hijos al pueblo romano, y le suplicó en su testamento que fuese su tutor. Recibió el senado este cargo honorífico, y dió el desempeño á Pompeyo. Nombraron primer ministro á Potino, y por comandante de las tropas á Aquilas.

D. del D.
2966.
A. de J. C.
32.

No acomodaba á estos dos hombres una reina, cuyas disposiciones no solamente eran para no dejarse mandar, sino para gobernarse por sí. Con amenazas ó malos tratamientos obligaron á Cleopatra á dejar la corte; y fue á sublevar la Siria y la Palestina: volvió muy altiva á presentar batalla á su marido y á los dos ministros delante de los muros de Pelusio. Cuando se estaban observando los dos egércitos, apareció en el mar Pompeyo que volvía vencido en Farsalia, y esperaba hallar asilo en Egipto. Envió á pedir á Tolomeo, su pupilo, el permiso para entrar en Egipto. Se examinaron en el consejo estas preguntas: "¿Si sería bueno recibirle á peligro de desagradar al vencedor: si negándole la entrada se le pondria en precision de ir con su desgracia á otra parte, y ponerse á riesgo de que cesando esta, aspirase á la venganza: ó si se le habia de quitar la vida para conseguir la amistad de César? Prevalció este último parecer, y asesinaron á Pompeyo: lo que fue un delito, una torpeza, y una ingratitud del sucesor de Auletes, á quien el mismo Pompeyo habia puesto en el trono. Es verdad que se rebaja mu-

cho de la alta opinion de los servicios de Pompeyo, cuando nos acordamos de que habian sido interesados. César, que iba persiguiendo á su rival, llegó en el mismo tiempo á Alejandría. Aquilas creyó darle gusto presentándole la cabeza de su enemigo; pero él apartó los ojos con horror, y vertió lágrimas sobre la suerte de su contrario.

Halló toda la ciudad de Alejandría indignada con el asesinato de Pompeyo, y poco dispuesta á su favor; pero supo sosegarla con bellas palabras, bien que sin olvidar sus intereses, y así exigió con rigor el resto del dinero que Auletes le debía desde que le proporcionó el título de aliado del pueblo romano, y llevaba consigo las obligaciones que habia firmado. Potino, que quisiera ver muy lejos un acreedor tan incómodo, se aprovechó de esta ocasion para hacerle odioso; y para que la exacción pareciese mas rigorosa, sacó el oro y la plata que habia en los templos, y redujo al rey y á los señores á comer en vagilla de barro ó de madera, para insinuar que César se habia apoderado de todo. El pueblo, dispuesto así á la murmuracion, se preocupó fácilmente contra César, por haber dado orden de que Tolomeo y Cleopatra fuesen á su presencia á justificar su causa, y que despidiesen las tropas. Se irritaron los alejandrinos con esta orden, como que les parecia un atentado á la autoridad real. Todavía los apaciguó César haciendo leer públicamente el testamento de Auletes, en el que daba la tutela de sus hijos á la república, y dijo, que como dictador, estaba personalmente á su cargo; pero que queria obrar como árbitro. Esta esplicacion tranquilizó los espíritus, y se nombraron abogados de una y otra parte.

Cleopatra, mas confiada en el atractivo de sus gracias que en la elocuencia de los abogados, deja secretamente su egército, se embarca en un pequeño bote, llega al ponerse el sol á las puertas de Alejandría. Estaba la dificultad en entrar sin ser reconocida, pues entonces las tropas de su esposo la hubieran detenido, y en penetrar despues hasta el palacio. Apolodoro, hombre á lo que parece muy robusto, la envolvió en sus vestiduras de modo que parecia un paquete de ropas, se la echó al hombro, entró sin dificultad por todas partes, hasta que dejó la carga á los pies del juez.

Este modo de presentarse á César, valió para con él mas que una entrada triunfante. Tolomeo que lo supo y previó las consecuencias, sale furioso de palacio, grita que le han hecho traicion y condenado, se quita la diadema y la pisa. Le rodea el pueblo, se compadece, acude á las armas; pero los soldados romanos cogen al jóven príncipe, le vuelven á llevar, y al dia siguiente no solo reconcilió César á los dos esposos, sino tambien casó á Tolomeo el menor á la edad de once años con Arsinoe, su hermana algo mayor, y les dió el reino de Chipre. Donacion que solo hizo por entretener al pueblo, pues no se puede presumir que la república se desprendiese de esta isla.

No duró mucho la buena inteligencia, porque Potino, autor de la primera discordia, tenia interres en renovarla, así para no ser castigado, como para gozar del imperio que tenia siempre sobre su discípulo. Se entendió con Aquilas que mandaba el egército; y el dictador se halló sitiado en el cuartel que ocupaba con la familia real. Nunca se vió este general en tan grande riesgo, pues tenia pocas

tropas, no solo contra un ejército entero, mas tambien contra toda la ciudad sublevada. En uno de estos combates se abrasó la famosa biblioteca de Alejandría. Potino se quedó con el rey, y daba secretamente aviso á Aquilas de las medidas que se tomaban: se descubrió su traicion, y le castigaron con la muerte. El mismo fin se temió Ganimedes, eunuco del palacio, á quien habian confiado la jóven Arsinoe, por ser cómplice de Potino; pero él se salvó en el campo de Aquilas llevándose su discípula. Los egipcios se alegraron de tener en su ejército una persona de la familia real que pudiese gobernarle, y así la proclamaron reina, nombrando por general á Ganimedes en lugar de Aquilas, á quien tuvo modo de quitar la vida. Este eunuco era el mas á propósito para el caso, porque dicen los autores que tenia actividad, maña, penetracion, y ninguna probidad.

Mucho dió que hacer á César, y poco faltó para conseguir que él con toda la corte y los soldados pereciesen de sed por la destreza con que introdujo el agua del mar en las cisternas del cuartel de César, corrompiendo así la del Nilo, que era la única que habia en Alejandría. Pero César hizo abrir pozos, que felizmente le proveyeron de agua dulce. Ganimedes multiplicó los ataques por mar y tierra; y despues de derramada mucha sangre, se juntaron, como suele suceder, á conferenciar. Dijeron los alejandrinos que solo pedian volver á ver su rey; y el dictador consintió en entregarle, dándole antes buenos avisos sobre el gobierno de su reino, y exhortándole á poner fin á la guerra, uniéndose sinceramente con su esposa. Todo lo prometió el príncipe jóven, y lo juró con

lágrimas en los ojos; pero así que se vió libre de las manos de César, volvió á empezar la guerra con mas furor que antes.

Llegándoles á los romanos refuerzos de todas partes, dió el dictador la batalla, y logró una completa victoria. El rey jóven se anegó huyendo en un brazo del Nilo; y entrando César sin dificultad en Alejandría, colocó de nuevo en el trono á Cleopatra, y la hizo casarse con su hermano, muchacho de once años. Prendieron despues de la derrota á la jóven Arsinoe; y César, amante de su hermana, tuvo la crueldad de llevarla á Roma, y de hacerla ir en su triunfo con cadenas de oro en las manos. Despues la puso en libertad, mandándola que jamas volviese á Egipto. Se retiró ella á Asia, en donde no estaba tan distante de su cruel hermana, quando esta la hizo quitar la vida. Tambien se deshizo Cleopatra con veneno de su jóven esposo, y de este modo se halló única soberana de Egipto. Aquí detuvo el amor al vencedor de Farsalia mas que lo que permitia su propio interes; pero la ambicion rompió sus cadenas, le arrancó de los brazos de la encantadora, y la dejó un hijo que se llamó Cesarion.

Despues de la muerte de César, abrazó Cleopatra abiertamente el partido de los triunviros; no obstante, sospecharon que habia enviado tropas á Casio para manejarse entre las facciones. Por esta accion, como por las quejas de sus vasallos y de los príncipes vecinos, la citaron á comparecer en el tribunal de Antonio, que iba al Asia á asegurar la autoridad de los triunviros. Tenia entonces Cleopatra veinte y cinco años, edad tan propia para los negocios como para la galantería. El es-

píritu, la astucia, la alegría y las gracias acompañaban á los vivos encantos que habia recibido de la naturaleza. La sorpresa que preparó á Antonio no era semejante á la que postró á César; mas por ser menos precipitada, no fue menos victoriosa. Tenia el triunviro su tribunal en Tarso de Cilicia, y llegando Cleopatra á la embocadura del Cigno, dejó la nave, y fue subiendo por el rio en una galera que tenia preparada. Resplandecia el oro en toda la popa: las velas eran de púrpura, los cables de seda: una dulce sinfonía arreglaba los movimientos de los remeros, los cuales manejaban en cadencia sus remos guarnecidos de plata. El aire estaba embalsamado con los perfumes abundantes que se quemaban en las dos opuestas riberas. La cobertura del tillac era un pabellon de tisú rico y brillante, recogido con elegancia. Allí se veia á la reina recostada, al rededor de ella jugueteaban doncellas egipcias, vestidas á la ligera de nereidas y de gracias. La diosa Venus, cuyos atractivos recordaba, de la que habia copiado el cortejo é imitado el adorno: la misma Venus en su triunfo no estaria mas hermosa.

Por este espectáculo abandonó el pueblo el tribunal del triunviro, y acudió apresurado á la ribera. La envió Antonio á suplicar que le acompañase á la cena, y ella respondió con una sonrisa lisonjera: Decidle que yo le espero en mi tienda. Era el convite espléndido: soldados, capitanes, así auxiliares como romanos, todos se vieron alabados, acariciados y cargados de presentes con aquellas atenciones que precisan á la admision. El general, objeto de las mas delicadas espresiones, se embriaga de admiracion y de placer: supónese que ya no

se trató mas de acusaciones ni de réplicas. Tomó Cleopatra un imperio absoluto sobre el infeliz Antonio. Cada dia inventaba nuevos placeres; y como otra Circe le daba á beber incesantes deleites, porque la copa en que los brindaba era inagotable. El por su parte en nada pensaba, sino en lo que podia agradar á su querida.

Ya desde entonces solo por sus ojos veia, y solo por sus consejos se gobernaba. Porque ella quiso colocó en el trono de Egipto en su compañía á Cesarion, que habia tenido de César, añadiendo á este reino la Cirenáica, la isla de Chipre, la Celestiria, la Fenicia y la mayor parte de la Cilicia. A los tres hijos que tuvo de ella le asignó reinos enteros, unos ya conquistados, otros que se lisonjeaba conquistar; pero jamas pudo conseguir de él que quitase la vida á algunos reyes de los estados prometidos.

Esta distribucion de reinos se hizo despues de un triunfo, en que Antonio llevó atados á su carro en los muros de Alejandría á Artabazo, rey de Media, con su muger y sus hijos. Los presentó despues á Cleopatra, que estaba elevada en un trono de oro, colocado sobre un estrado de plata. La noticia de este espectáculo desagradó mucho á los romanos, porque creian que el privilegio del triunfo pertenecia esclusivamente á su ciudad. Fomentaba el descontento Octavio, que sabiendo la mala conducta de su cólega, no aspiraba á menos que á apropiarse el imperio del mundo que ellos poseian en comun. Tuvieron debates sobre los límites de la dominacion de cada uno: los apaciguaron sus amigos, creyendo que cortarian la raiz de la discordia, uniéndolos con el casamiento de An-

tonio con Octavia, hermana de Octavio. Pero esto fue justamente lo que los enredó de modo que no habia esperanza de reconciliacion. Bramaba Cleopatra con la noticia de un casamiento que iba á privarla de su amante, y fue tanto lo que hizo, que Antonio suspendiendo desde luego la llegada de su esposa que ya estaba cerca, envió despues á Octavia una carta de divorcio, y al hermano una declaracion de guerra.

Debiera Antonio haber apoyado procederes tan violentos con un repentino y fuerte ataque; pues Octavio no estaba prevenido, y él lo estaba, y conservaba todavía, á pesar de sus flaquezas, el amor de los soldados y la estimacion de sus amigos; mas perdió un tiempo tan precioso en sus delicias. La historia no ha tenido á menos informarnos de la habilidad de Cleopatra en variar las diversiones. La pesca en el Nilo la dió ocasion para una chanza bien picante. Hacia pundonor Antonio de coger los peces mas grandes, y para esto tenia nadadores que iban á clavárselos en el anzuelo. Astucia contra astucia. Tambien la reina envió nadadores; y echando la cuerda Antonio sacó un gran pez salado. Se quedó cortado el pescador oyendo la risa universal. Lo advirtió Cleopatra, y viendo que no le gustaba mucho el juguete, se arrojó á su cuello, y le dijo: "Mi general, deja la caña para los otros reyes ó reinas de Faro ó de Canopo, que vuestra pesca es tomar ciudades, reinos y reyes."

Le sucedió á esta reina, amiga del fausto, y pródiga sin duda, en uno de aquellos festejos en que la razon se pierde, quitarse de la oreja una perla, cuya compañera se estimaba en dos ó tres

millones, hacerla deshacer en vinagre, y tragarla. Iba á hacer lo mismo con la otra, cuando la detuvo uno de los convidados, y ella se la dió. Aserada en dos todavía pareció de suficiente hermosura para servir de ornamento á una célebre estatua de Venus. Dejemos á los químicos que averigüen qué especie de vinagre era el que podia deshacer una concrecion tan sólida sin perjuicio de la salud de quien la tragaba.

Sin duda hacia tan estraños sacrificios para cautivar al amante crédulo, y persuadirle que le preferia á lo mas precioso que podia tener. Bien fuese por insinuacion de alguno, ó por reflexiones que Antonio hacia sobre el carácter pérfido de su amiga, la manifestó zelos; y la reina, sin pararse á asegurarle con protestas, le convidó á comer. En uno de aquellos instantes de alegre desenfado se quitó como al descuido una flor de la corona que tenia en su cabeza, y la echó en la copa del convidado: la toma este con presteza, y quiere llevarla á su boca: Cleopatra le detiene, y hace que traigan un condenado á muerte por sus delitos: bebe el infeliz, y cae muerto, porque la flor estaba envenenada. Si me fuera posible, le dijo entonces, vivir sin tí, ya ves que no me faltarian medios de realizar tus sospechas.

La prudencia aconsejaba que hubyese Antonio de una muger tan diestra en dar venenos; pero la pasion discurre de otro modo: y así esta prueba de fidelidad, bastante equívoca, apretó mas que nunca los lazos de su union. Parecía que Antonio no podia sufrir por un momento su ausencia: y Cleopatra por su parte no le dejaba de dia ni de noche, acompañándole en sus viages, en el ejército, y

hasta en su tribunal cuando juzgaba las causas. Igualmente estraviados por su presuncion se alimentaban uno y otro de las mas brillantes esperanzas. Esta ambiciosa reina, para afirmar alguna cosa, usaba ordinariamente de este juramento: *Como yo espero dar la ley en el capitolio.* ¡Sueño lisonjero, cuyo despertar fue terrible!

Despues de muchos combates indecisos entre los tenientes generales de Antonio y de Octavio, se encontraron los dos egércitos que habian de decidir del imperio del mundo, mandados por sus dos gefes: los de mar en el golfo de Ambracia: los de tierra formados en batalla en el promontorio de Accio, mirándose unos á otros. Estaba Antonio en la escuadra, y á pesar de las advertencias de sus capitanes, dejó que le acompañase la reina de Egipto, y esta fue su perdicion. Cleopatra, perseguida de los remordimientos, viendo que balanceaba la victoria, y temiendo caer en las manos de Octavio, á quien cruelmente habia ofendido en el repudio de su hermana, huyó con toda su escuadra, y así quedó decidida la derrota de Antonio. Bien podia este entrarse en su egército de tierra, y tentar nueva fortuna con las legiones, que mas de una vez le habian sacado triunfante; pero ¡funesto encanto! sigue á su pérfida amante. Sentado tristemente en la popa de la nave, con la cabeza apoyada sobre ambas manos, y tal vez (tan grande es la fuerza de la passion) mas ocupado de Cleopatra que de sus desgracias, jura no volver á verla; mas con todo eso la sigue, y llega con ella al puerto. Procura mantenerse firme, y en la intencion de evitarla: la sirena consigue que la escuche, y le hace oír sus pesares dejando correr las lágrimas. Al fin se rinde.

No obstante, le fue preciso arrancarse de las dulzuras de la reconciliacion para juntar fuerzas contra el enemigo que se acercaba. Antonio las hubiera hallado si hubiera querido ayudarse á sí mismo: él era mas amado que Octavio, y solo á mas no poder le escaseaban la estimacion de que habia gozado en otro tiempo. Herodes, rey de Judea, llegó á ofrecerle sus servicios, y á ver por sí mismo si aquella alma, que en los tiempos dificiles habia mostrado grandeza y fortaleza, estaba todavia susceptible de alguna energia. No halló en él mas que flaqueza y desmayo, y siempre aquella infeliz passion á que referia todas sus miras y acciones. Aquellos á quienes buscaba Antonio, sus antiguos capitanes y sus amigos, hicieron el mismo juicio que Herodes, y le abandonaron. Ya no tuvo otro recurso que el de volver á Egipto. Tenia la reina navés, soldados y tesoros, y se decia él á sí mismo: De todo esto me serviré, mas no la veré ni oiré. ¿Pero podria lisonjearse de conseguir de sí mismo semejante victoria en Alejandria y en la habitacion de Cleopatra? Por esto Antonio se alojó fuera de la ciudad en una agradable casa que habia hecho edificar en la ribera del mar. Hubo mensages de parte de Cleopatra, y citas por mediadores: despues los comunes intereses los precisaron á visitarse. Se ocupaban en ver como habian de tratar con Octavio que venia avanzando; y despues de muchas proposiciones despreciadas, ya se reducía Antonio á pedir que el vencedor le permitiese vivir con la reina en Atenas como un simple particular, y que asegurase á los hijos que habia tenido de ella, los tronos que se les habian distribuido. Octavio no daba mas que respuestas equívocas, como

que su objeto era tener en su poder á los dos amantes. Al paso que iba avanzando siempre negociaba, sin omitir los medios de fuerza y de sorpresa. Poco le faltó á Antonio para caer en sus redes divertido con esperanzas. Entonces, semejante á un animal feroz, perseguido en su último refugio, se arroja furioso sobre los que querian embestirle, los aparta, y hace en ellos grande carnicería: este fue el término de su resistencia. Ademas de la negociacion, que era comun á Octavio y á Cleopatra, la mantenía particular la reina con Octavio: este la insinuaba que abandonase á Antonio, y aun tal vez que le entregase. A este precio la prometia cuantas ventajas pudiese desear; y entre tanto ya pedia una ciudad, ya otra: por último, las mejores plazas de Egipto. La reina, engañada ó seducida, se las ponía en las manos. Furioso al ver esta traicion ya le parece á Antonio que no puede dudar, y quiere sacrificar á la pérfida. Esta se habia retirado á los sepulcros de los reyes de Egipto, en donde estaba encerrada con dos mugeres y un esclavo. Desde allí hace que digan á su amante que se habia dado la muerte. Con esta noticia, de los furores de la cólera pasó al mas vivo dolor. Incapaz de sufrir la idea de vivir sin su querida, llama á un esclavo, cuya fidelidad conocia bien, le pone un puñal en las manos y le dice: *Mírame por la última vez, y hiéreme.* Toma el esclavo el puñal, se hiere á sí mismo y cae. Antonio vuelve á tomar el puñal, y se hizo una grande herida, cayendo tambien bañado en su sangre: acuden sus amigos, y él los suplica que le acaben. A todos los sobrecoje el horror y la compasion, y le dejan palpitando al lado del esclavo muerto.

Supo Cleopatra su desesperacion, y tambien que no habia muerto: le envia pues su esclavo á decirle que está viva, y desea verle: con este recado se reanima el moribundo: permite que le curen la herida, y manda que le lleven adonde está su amada. Esta no se atrevia á abrir, porque no la sorprendiesen los emisarios de Octavio; pero echó unas cuerdas con que le ataron; y la reina, con el auxilio de las otras mugeres, le levantó hasta una ventana. El estiende sus brazos desfallecido, y ella le lleva á su habitacion. Los gemidos y fúnebres clamores, que se oyeron algun tiempo despues, manifestaron á los alejandrinos que habian llegado de tropel al espectáculo, que el infeliz habia sobrevivido poco al gusto de ver la última vez á la que adoraba.

La reina se obstinó en permanecer en su sepulcro. Habia hecho llevar allá materias combustibles, aromas y maderas preciosas para consumirse allí si intentaban violentarla. Quería conseguir la corona para sus hijos, y temia mas que la muerte verse atada al carro de Octavio, y que la arrastrasen en el triunfo. Para conseguir lo uno y evitar lo otro miraba como la cosa mas importante permanecer en su asilo, adonde á ninguno dejaba entrar; y si hablaba á los enviados de Octavio era á puerta cerrada. Pero mientras uno de ellos la entretenia á la puerta haciéndola proposiciones, entró otro por la misma ventana que habia servido para Marco Antonio. Viéndose sorprendida arrancó el puñal que llevaba á la cintura, y quiso herirse. La detuvieron, y tomaron las precauciones necesarias contra su desesperacion.

Pidió que la déjasen ver á Octavio: dicen que

tenia intencion de enamorarle, y en este punto nada debe admirarse en Cleopatra. Cuando se presentó el general se arrojó ella á sus pies con bien concertado desórden. Este la levantó, y la dijo con frialdad: *Señora, no os desesperéis, que no os harán mal alguno.* Mientras ella le estuvo hablando no se atrevió á mirarla, y estuvo con los ojos clavados hácia la tierra. Tanta discrecion, tanto temor, ó fuese desprecio de sus gracias, le dieron claramente á conocer lo que debia rezelar, y así se preparó con resolucion á evitar la suerte vergonzosa á que la destinaban.

Dispuso un magnífico convite, al que llamó á sus amigos, y los agasajó con su alegría y gracias ordinarias. Escribió despues un billete á Octavio dando el encargo de llevarle prontamente al mas incómodo de sus centinelas, y se pasó á lo mas retirado de su habitacion con dos de sus criadas. Para engañar la vigilancia de sus guardias se habia hecho llevar en una cestilla llena de higos una especie de serpiente particular de Egipto, ó un áspid, cuya mordedura introduce en las venas un veneno que causa sueño letárgico, y mata prontamente sin dolor. Se echó la reina de Egipto en una cama como á descansar, é hizo que el áspid la picase: acudió Octavio asustado con el billete y abriéndole la puerta, la halló ricamente vestida, y adornada como para un dia de fiesta. Una de sus criadas estaba muerta á sus pies del mismo veneno, la otra estaba espirando. Se manifestaban tan poco en el rostro de Cleopatra los horrores de la muerte, que Octavio creyó que estaba dormida; pero todos sus esfuerzos por reducirla á la vida fueron vanos. Ordenó que se la hiciesen las exequias reales, y que co-

locasen su cadáver en el mismo sepulcro con Antonio, como lo habian deseado estos dos amantes. Con Cleopatra se sepultó toda la gloria de Egipto, el que fue desde entonces una provincia romana; bien que le veremos mas envilecido en el dominio de los turcos.

A R M E N I A.

Los paises situados entre la Arabia desierta, el Ponto Euxino, la Tartaria asiática, la Nomada, la India y la Persia eran poco conocidos antes de Alejandro; y aun despues de sus conquistas lo serian, si muchos monarcas de aquellos pequeños reinos no hubieran tenido contra los romanos las guerras que los hicieron célebres.

A la grande Armenia la separa de la pequeña el monte Cáucaso; una y otra estan erizadas de montañas, de donde salen el Tigris, el Eufrates y otros grandes rios. Los bosques y las lagunas hacen muy frio este pais, y no se estraña ver la nieve que de repente cubre los campos en los meses mas calientes. Este destempe perjudica á la fertilidad. Se cree que los antiguos habitantes descendian de Jafet; y supuesto que el arca de Noe se quedó sobre uno de los montes, sin duda son los primeros que se conocen despues del diluvio. Entre los armenios volvemos á ver como ceremonias religiosas los sacrificios humanos y las prostituciones. Sus costumbres eran agrestes y selváticas: pero las de los armenios modernos se han suavizado con el comercio, en el que muestran singular habilidad. Ellos son los factores del Oriente. Usan de los caracteres siriacos, y hablan dos lenguas, la del pueblo y la de

los sabios. Esta segunda dicen que no tiene analogía alguna con las lenguas orientales, y es notable por su particular energía, y por los términos de arte y de ciencia que contiene. Esta es de la que se valen en la liturgia; y el que la posee es mirado en aquellos pueblos como un hombre admirable: es necesario saberla para ser admitido entre los *Vertabies* ó Sacerdotes, á quienes respetan los armenios con profunda veneracion. El gobierno siempre ha sido monárquico; y es tan propio para el país, que cuando han faltado los reyes, por muerte, espulsion ú otras causas, siempre se han visto hombres que han levantado los tronos abatidos, colocándose y manteniéndose en ellos.

D. del D.
2834.
A. de J. C.
164.

Los sucesores de Alejandro (2834) confiaron la Armenia á dos gobernadores. En tiempo de Antioco el Grande, Zoldriades y Axtarsias, que egercian este empleo, se conciliaron entre sí, y levantaron juntos el estandarte de sublevacion, haciéndose cada uno rey de su gobierno. Sostuvieron la guerra con felicidad, y añadieron á sus estados muchas provincias vecinas, con las que hicieron un reino considerable. Entonces se dividieron: la grande Armenia cayó por suerte á Axtarsias, y la segunda á Zoldriades. Antioco no los dejó hacer tranquilamente sus conquistas y reparticion; mas permaneciendo uuidos, tuvo que ceder y entrar en un tratado en que los reconocia por reyes. Para quitarle toda tentacion de inquietarlos tuvieron la precaucion de hacer alianza con los romanos.

D. del D.
2914.
A. de J. C.
84.

Estos aliados (2914) los inquietaban á menudo; y Tigranes, llamado el Grande, y que lo era verdaderamente en la felicidad, aunque pequeño en las adversidades, formó subiéndolo al trono el atre-

vido proyecto de juntar una confederacion para poner límites á la ambicion de aquellos peligrosos republicanos. Halló en Mitrídates , rey del Ponto, un principe bien dispuesto á favorecerle. Por un decreto del senado se acababa de adjudicar á Ariobarzanes la Capadocia que Mitrídates habia vuelto á ganar. Este fue el motivo de la guerra; y los reyes del Ponto y Armenia arreglaron las condiciones de modo que el primero se llevase las conquistas , y el segundo los esclavos y los despojos. La mano de la hija de Mitrídates, dada á Tigranes , fue el sello de este tratado; y no costó mucho el buen éxito, porque Ariobarzanes huyó á Roma abandonando sus estados; uno de los hijos de Mitrídates fue colocado en su trono , y Tigranes se llevó un botin inmenso.

Ya hemos visto que durante la anarquía que desoló el imperio aspirante de Siria, fue convidado Tigranes por los pueblos á tomar el cetro: por diez años le empuñó con gloria, y en este tiempo aumentó su reino de Armenia con las partes que se agregaban de la Siria. Pero Mitrídates perdió la Capadocia: se la quitaron los romanos, y la dieron á Ariobarzanes. Tigranes la conquistó, y se la dejó á su suegro. Condujo sus tropas victoriosas contra los griegos de Asia , sacando de ellos grandes riquezas y trescientos mil prisioneros. A estos los empleó en fundar á Tigranocerta , y la hizo su capital.

Mitrídates, siempre con ansia de suscitar enemigos á los romanos, envió á su yerno una embajada, cuyo objeto era no hacerlos ya guerra indirecta como antes, inquietando á sus aliados, sino acometerlos á ellos mismos. A la cabeza de esta embajada estaba Metrodoro su consejero, mas bien ami-

go suyo que vasallo, en quien tenia entera confianza. Quiso Tigranes antes de resolverse tener con él una conferencia particular, en la que le suplicó le dijese cual era su parecer sobre esta guerra. Metrodoro, cediendo á sus instancias, le dijo: "Como cabeza de la embajada os debo aconsejar que abraceis el partido de Mitrídates contra los romanos; pero como hombre particular pienso que será lo mas prudente conservar la amistad de un pueblo temible y poderoso." A Tigranes le encantó la sinceridad del embajador. Creyendo que Mitrídates en sabiendo la conversacion y la respuesta de Metrodoro le estimaria mas, se la comunicó; pero Metrodoro murió de repente á la vuelta, y se sospecha que le dieron veneno. De aquí se pueden inferir dos cosas: la primera, que nunca se debe encargar una negociacion á hombre que no esté persuadido á lo mismo que va á decir: la segunda, que es peligroso creer que mirarán otros con los mismos ojos lo que uno halla ventajoso para sí.

Tigranes se aprovechó del consejo, y no quiso entrar en aquella guerra, á lo menos abiertamente; pero á instancias de su esposa dejó que algunas tropas suyas pasasen al servicio de su suegro. El rey de Ponto fue vencido, y tuvo que retirarse á la casa de su yerno. Este no le negó el asilo, ni todas aquellas comodidades que se pueden procurar para un infeliz refugiado; pero no quiso verle, y se entregó á hacer conquistas, en las que sujetó la Mesopotamia, la Fenicia y los países marítimos de Asia hasta las fronteras de Egipto. Bien sea que sus victorias inquietasen á los romanos, ó que los tesoros de Armenia aumentados con las riquezas de tantos países opulentos y subyugados, tentasen la codicia

de Luculo, este general romano, que habia invadido el reino del Ponto; formó querrela del rey de Armenia, sobre el asilo que habia dado á Mitrídates, y pidió que se le entregase. Esta violenta pretension unió mas al yerno con el suegro.

Convinieron los dos en un plan de ataque y de defensa; pero la prontitud de Luculo desconcertó todas sus medidas, cayendo como un rayo sobre la Armenia; y desde entonces ya no fue Tigranes aquel gran general que subyugaba los imperios. No solamente se le vió retirarse á presencia de los romanos, sino tambien dar muchas veces en sí mismo á los soldados el ejemplo de la fuga. En varios reencuentros fue batido y perdió dos batallas, con lo que sus ciudades y su capital fueron tomadas, y sus tesoros saqueados. Aunque todavía podia disponer de ejércitos inmensos, arrojando su manto real, quitandose la diadema, y ocultandola, iba huyendo de tan pocas tropas, que él mismo un dia se chanceó de su audacia, y comparando sus doscientos mil hombres con los once mil del general romano, viendolos venir con denuedo contra él, dijo: "Si estos son embajadores son muchos; pero si vienen á acometernos son muy pocos."

De tal modo se habia apoderado de Tigranes el susto, y suspendido todas las facultades de su alma, que ni aun pensó en aprovecharse de la disension que se introdujo en las tropas de Luculo. Advirtieron estas que su general solo pensaba en su fortuna particular, sirviendo ellas solamente como instrumentos de su codicia. Despues de muchas espediciones infructuosas para sus soldados, un dia que quiso hacerlos marchar á una nueva conquista, no le dieron mas respuesta que mostrarle los bolsillos

vacíos. No obstante, los sosegó, y ya no marchaba á nuevas victorias, sino á nuevos tesoros, cuando supo que venia Pompeyo á reemplazarle. Viéronse los dos generales: Luculo dió en cara á Pompeyo con su ambicion, y Pompeyo á Luculo con su avaricia; y de uno y otro dicen los autores que tenian razon.

Todos convienen que en el estado de debilidad en que Tigranes se hallaba, casi reducido á algunas ciudades, ya no le quedaban á Pompeyo hazañas dignas de tan gran general; pero todavía se aumentó la facilidad de su espedicion con la desgracia que le sobrevino al rey de Armenia. Un hijo suyo, del mismo nombre, se rebeló tan abiertamente que llevó á Pompeyo tropas contra su padre. Este último golpe oprimió al infeliz Tigranes, y le hizo tomar la resolucion de ponerse en manos de Pompeyo abandonado á su generosidad.

Fue un espectáculo bien lisonjero para los romanos el ver á este rey de Armenia que se hacia servir de reyes, y cuando daba audiencia tenia á los dos lados de su trono dos monarcas, á quienes mandaba estar en la postura mas sumisa; verle, digo, llegar al campo sin guardias. Dos lictores le hicieron echar pie á tierra con pretesto de que no era permitido entrar á caballo. El les puso su espada en las manos: Pompeyo salia á verle á pie; y así que Tigranes le conoce, se quita la corona y se postra. Pompeyo, movido á compasion, le recibe en sus brazos, y le vuelve á poner la corona en la cabeza. A todo esto estaba presente su hijo, á quien Pompeyo, con el fin de intentar una reconciliacion, convidó á cenar con su padre: mas el hijo no quiso asistir, sosteniendo la ferocidad de su carácter. Esta



Tigranes y Pompeyo.

Viendose Tigranes sin recursos, resolvió ponerse en manos de Pompeyo, á quien no pudo presentarse sin pasar antes por mil humillaciones. Se presenta por fin, se quita la corona, y se postra; pero el Romano le recibe en sus brazos, le pone la corona, y le protege en sus desgracias. No fué la menor tener por testigo de su abatimiento á un hijo rebelde, y con el desconsuelo de conocerle incapaz de escarmiento.



conducta, mas que indecente, dispuso á Pompeyo para favorecer al padre. Al dia siguiente oyó á los dos, defendiendo cada uno su causa ante su tribunal. Dió el juez á Tigranes la Armenia y la Mesopotamia, con la condicion de pagar una suma estipulada para los gastos de la guerra. En cuanto al hijo no consiguió mas que dos provincias de poca importancia; pero despojadas antes de las riquezas que en ellas se habian juntado, y el vencedor las destinó para desquitar en parte las sumas que debia pagar el rey.

Esta sentencia desagradó al príncipe, viendo tan mal pagada su rebelion; y no permitiendole salir del campo, envió personas de su confianza para que empuñasen á las provincias que le habian tocado en no dejar salir sus tesoros. Pompeyo le hizo cargar de cadenas, y aun en este estado enredaba: escitó bajo mano al rey de los partos, cuya hija tenia por esposa, á caer sobre los romanos: tambien se supo que habia tramado una conspiracion contra la vida de su padre. Indignado justamente el general romano con estas perfidias, le hizo partir á Roma como un vil prisionero. Tigranes permaneció toda su vida fiel á los romanos, y este afecto no parece que fue de política, sino muy sincero, pues llegó hasta negar el asilo á Mitrídates vencido por Pompeyo, y aun prometió Tigranes premio á los que le llevasen su cabeza. ¿Quién sabe si fue deseo de obligar á los romanos, ó venganza de las desgracias en que su suegro le habia precipitado? Murió este rey en una larga y feliz ancianidad en la edad de ochenta y cinco años.

El reinado de Artuásdo (2962) su hijo fue muy corto: se declaró la guerra entre él y otro Artuásdo,

D. del D.
2962.
A. de J. C.
36.



Artuado y su familia.

Conocia Artuado lo que su perfidia debía esperar de Marco Antonio; pero este supo sin embargo atraerle con promesas lisonjeras. Deslumbrado con ellas se presentó al General romano; pero al momento se vió preso; obligado á declarar sus tesoros; y llevado con su muger y sus hijos, cargados de cadenas de oro á los pies de Cleopatra. Ni aun el consuelo pudo tener de no haber merecido este tratamiento.

en él." Antonio no por esto se retiró, antes le propuso el casamiento de Alejandro, á quien habia tenido de Cleopatra, con la hija del rey de Armenia. Se multiplican las citas para hablarle, y Antonio vuelve á su ejército, renovando sus instancias, sus confianzas y súplicas á Artuaso sobre que vaya á ayudarle con sus consejos. Cede, se presenta en el campo, y sobre la marcha se ve arrestado, y precisado, para evitar los tratamientos mas rigurosos, á declarar en donde ocultaba sus tesoros. El general romano se apodera de ellos: lleva al infeliz monarca con su muger y sus hijos, cargados de cadenas de oro, á los pies de Cleopatra que estaba en Alejandría. Les habia mandado que la llamasen la reina de los reyes; pero ni él ni otro alguno de los prisioneros de su nacion quisieron saludarla con este título. Dió Antonio la corona de Armenia á su hijo Alejandro, y mandó cortar la cabeza á Artuaso, justo castigo de su perfidia. Este egemplar debe citarse á las personas que se fían de aquellos á quienes han engañado cruelmente.

Los reyes de Armenia (2967) llegaron á verse D. del D. 2967. tan pequeños delante de los generales romanos que A. de J. C. 31. gobernaban el Oriente, que se los puede considerar como verdaderos fantasmas de la regalía. Los emperadores se burlaban de su cetro; y aunque Augusto hizo que sucediese á Tigranes su sobrino Artuaso, los armenios le quitaron la corona por ser eleccion de los romanos, á quienes detestaban. Cayo, hijo adoptivo de Augusto, que le restableció, se vió precisado á abandonarle, concediendo á la Armenia á Ariobarzanes, que esta le pedia. Los partos la subyugaron: Tiberio sostuvo contra ellos á Mitridates y Berro, hermano de Farasmanes, rey de Iberia. Calígula

destronó á este Mitridates, y le hizo llevar á Roma cargado de cadenas; Claudio le dió la libertad, y tropas para echar de su reino á los partos que se habian apoderado de él, en cuya empresa le ayudó poderosamente Farasmanes; pero le hizo pagar caros sus servicios.

Tenia Farasmanes un hijo, llamado Radamisto, príncipe de grandes esperanzas, lleno de aliento y valor. A estas calidades brillantes acompañaba una ambicion, cuyos efectos temió su mismo padre. Los sujetos de estos caracteres necesitan de un objeto en que poder ejercitarse, y así Farasmanes volvió la ambicion de su hijo hácia la Armenia, diciendole: Yo no hice bien en dejar á mi hermano Mitridates ese reino que conquisté de los partos, y así, hijo mio, te pertenece á tí. Conciertan, pues, Farasmanes y Radamisto, el modo mas fácil de efectuar sus intenciones, y para esto publican una especie de division entre sí. El hijo se queja de su padre y de los artificios de una madrastra que le atormenta, pidiendo á su tio un asilo para vivir con tranquilidad. Recibe el crédulo Mitridates á esta serpiente, y la abraza en su seno. Radamisto emplea el tiempo de su habitacion en Armenia en fomentar el descontento de algunos señores, y en preparar una rebelion. Cuando ya todo estaba dispuesto, aparenta que se habia reconciliado con su padre, y se volvió con él.

Entonces con uno de aquellos pretextos, que nunca faltan, entra Farasmanes en Armenia: rompe al mismo tiempo la sublevacion, y Mitridates turbado, creyendo que estaba rodeado de traidores, se encierra en una fortaleza guardada de una guarnicion romana. Le sitia Radamisto, se ve precisado el tio á salir á conferenciar con su sobrino fue-

ra de los muros: jura Radamisto por todos los dioses que no tiene que temer Mitrídates ni el hierro ni el veneno. Cerca de allí habia un bosque sagrado, adonde el sobrino llevó al tío para consagrar su juramento, con la ceremonia usada en Armenia. Esta consistia en atar fuertemente el pulgar de los contratantes, picarle y chupar la sangre el uno del otro. Al punto que Mitrídates presentaba la mano á la ligadura le derribaron y le ataron con la misma cuerda que habia de servir al rito religioso, y arrestaron con él á su familia que estaba presente. Llega Farasmanes, sabiendo el buen éxito de la perfidia, reprende á su hermano de haber impedido que los romanos le socorriesen en una guerra contra los albanos, y en castigo de este falso delito le condena á muerte. Radamisto se hizo egecutor de esta cruel sentencia; y como habia jurado que no tenia que temer del hierro ni del veneno, le hizo ahogar en su presencia. La muger de Mitrídates, hija de Farasmanes, y por consiguiente hermana de Radamisto, con muchos hijos que tenia, sufrieron la misma pena.

Esta barbaridad no se quedó sin castigo, porque Vologeso, rey de los partos, que pretendia tener derecho á la Armenia, sabiendo la muerte funesta de Mitrídates, y los alborotos que se habian de seguir, creyó que era el tiempo propio para hacerle valer. Dió la corona de Armenia á su hermano Tiridates, y apoyó este presente con un egército que él comandaba en persona; defendió mal Radamisto su usurpacion, y le persiguió el rey de los partos hasta la Iliria, en donde se refugió con su padre. Las desgracias que sucedieron al egército de Vologeso por la intemperie de las estaciones, le hi-

cieron abandonar despues la Armenia. Volvió á ella Radamisto, y furioso porque le habian abandonado los armenios, los gobernó con cetro tan pesado, que se formó contra él una conspiracion tan secreta, que le sorprendieron en su palacio. Estaban ya sus guardias desarmados antes que él tuviese noticia de lo que pasaba, y solo tuvo tiempo para montar á caballo y escapar.

Cenobia, su muger, embarazada de muchos meses, no le quiso abandonar; pero no permitiendola su estado ir con tanta prisa como él, y temiendo caer en poder de sus vasallos sublevados, suplicó á Radamisto que la matase. El bárbaro, enterrecido por un momento, procura animar el valor de la fugitiva; mas viendo que la faltaban las fuerzas, y temiendo dejarla en posesion de otro, la hirió con su espada. Cayó en tierra, y tuvo valor para llevarla á un rio que estaba cerca, y allí la abandonó á su suerte. Viendola los pastores sostenida en el agua con sus vestidos, la sacaron. No estaba muerta: la curaron la herida: Tiridates la hizo ir á su corte, en donde la recibieron con los mas grandes honores, y sin duda poco cuidadosa de volver con su marido, del cual nada mas dice la historia.

Las guerras que se siguieron presentan un caos de expediciones militares y de intrigas. El principal papel le hacen los romanos, ya como agresores, ya como auxiliares, y algunas veces romanos contra romanos, semejantes á las fieras carnívoras que se disputan la presa. Los infelices armenios dejados, saqueados, y desgarrados por codiciosos protectores, y por los vecinos no menos deseosos del botin, piden señor á los emperadores. Neron les dió á Ale-

jandro, nieto de Herodes, rey de Judea; pero Tiridates, siempre apoyado por Vologeso, no abandonaba sus pretensiones. Este le sostuvo con grandeza contra Corbulon vencedor, y trató con atención á Preto vencido. Tan noble proceder le mereció la estimacion de los romanos, y Neron, abandonando su fantasma de rey, que era Alejandro, quiso poner la corona por sí mismo en la cabeza de Tiridates. Esta ceremonia se hizo en Roma con la mayor magnificencia, y Tiridates hizo feliz á la Armenia. Los que le sucedieron, mas bien que reyes fueron vasallos del imperio, hasta que Trajano, uniendo la Armenia con la Mesopotamia, la hizo provincia romana. En la decadencia del imperio volvieron á aparecer reyes reconocidos por feudatarios de Constantino y sus sucesores. Los armenios han sido sujetados sucesivamente por los sarracenos, por los turcos y por los tártaros, y bajo el dominio de todos se ven en la Armenia vestigios de regalía. Aun entre los persas se hallan, por mas que causaron enorme despoblacion transportando muchos armenios á Zulfa, arrabal de su capital Ispahan. Estos parten este reino con los turcos, los cuales llaman á su division Turcomania; pero hasta en nuestros dias han vuelto á aparecer reyes ó príncipes de Armenia, que han inquietado á los déspotas invasores.

En cuanto á la pequeña Armenia, que es lo mas agradable y fértil de las dos, abundante en frutas, aceite y vinos estimados, no ha estado por mucho tiempo separada de la grande. Despues de haber tenido tres reyes sucesores de Zadriades, se halló envuelta en las desgracias de la grande Armenia, y entregada á las depredaciones de los reyes

vecinos, ó de los romanos que se la disputaron. Pompeyo en el tiempo de su gran poder la dió á Deyotaro, rey de Galacia, cuyo reconocimiento á este general le hizo de su partido en la guerra contra César, el cual le perdonó á súplicas de Bruto. Cuando este romano mató al dictador, envió Deyotaro tropas á los conjurados y compañeros de Bruto. Los triunviros con una grande multa, y con quitarle algunas provincias, le hicieron pagar su afecto al partido desgraciado. Durante las facciones se sostuvo con dignidad, fue íntimo de Ciceron, y esto no obstante estimado de Octavio, y llegó á una extrema vejez; pero su familia se estinguió en su hijo y sucesor. La corona, así de Armenia como de Galacia, pasó á los hijos de la hermana del último, y de estos á un rey de Media: despues á un rey del Ponto, á los príncipes de Capadocia y del Bósforo, á Aristóbulo, nieto de Herodes llamado el Grande, y á Tigranes. En tiempo de Vespasiano fue provincia romana, perteneció al imperio de Oriente, y despues á los persas, á quienes se la han quitado los turcos, que hoy la poseen con el nombre de Genech.

EL PONTO.

El Ponto contiene muchos lugares que son famosos en la historia antigua y en la moderna. Amasia, edificada sobre el Iris, por donde llegan los navíos grandes hasta las fortalezas de la ciudad, era en los últimos siglos la habitacion prescripta al primogénito del Gran Señor. Sebaste suspendió las conquistas de Tamerlan; y fue castigada su resistencia con el suplicio de doce mil habitantes, que

el bárbaro hizo enterrar vivos. El rio Termodonte vió sus riberas habitadas por las amazonas, que inventaron el hacha de armas. De la ciudad de Ceraso nos vinieron las primeras cerezas. El árbol que las lleva crece naturalmente en los bosques. La miel del Ponto, segun dice Aristóteles, descompone el cerebro de los que están buenos, y restituye la razon de los que están locos. Genofonte, general de los diez mil, fue el que esperimentó por la enfermedad de sus soldados lo peligroso del uso de esta miel, porque les causó una especie de embriaguez y furioso frenesí: sanaron y volvieron á su juicio. Por último, Trebisonda, ciudad todavia comerciante y opulenta, fue la habitacion de los emperadores de la casa de Comenes. El aire del pais es bueno, y los habitantes por tener muchas costas de mar tenian por dios principal á Neptuno. Le enviaban todos los años cuatro caballos blancos, y los ahogaban en el mar.

La série de los reyes del Ponto empieza desde el persa Artabano, que se cree fue elevado al trono por Darío, hijo de Histaspes. Despues de él reinaron nueve príncipes, casi todos de su familia, llamados Mitrídates y Farnaces, vencidos ó vencedores, hasta Mitrídates sexto, que fue asesinado por sus favoritos. Habia sido aliado muy afecto de los romanos, tanto que ni ofertas ni promesas pudieron conseguir que abandonase el partido de la república, cuando todos los príncipes de Asia se declararon contra ella. El senado le dió en reconocimiento la grande Frigia; pero se la quitó á su hijo Mitrídates septimo que quedó en menor edad; y es el grande Mitrídates, enemigo implacable de los romanos, que les hizo la guerra por cuarenta y

seis años, y les causó mas pérdidas que Pirro, Anibal, y todos los reyes de Siria y Macedonia juntos.

D. del D. Desde su juventud se pudo conjeturar lo que
2900. habia de ser algun dia (2900). Quedó bajo la tu-
A. de J. C. tela de su madre : esta le tuvo muy sujeto, y él la
98. hizo morir de consuncion y encerrada. Sus gober-
nadores, temiendo su genio cruel, le dieron un dia
para que montase un caballo que tenian por indó-
mito : pero le manejó y trabajó con tal destreza,
que le redujo á sujecion. Pasaba Mitrídates meses
enteros en la caza para robustecerse, acostándose
por la noche en el suelo, y algunas veces sobre la
nieve. Tambien dicen que se fue acostumbrando
de tal modo al veneno, que no le hacia impresion
ni el mas violento : bien que este hecho no es fácil
de persuadir á quien conoce la estructura del cuer-
po humano, y lo delicado de nuestras fibras y mem-
branas. Mejor pudiera creerse que impidió la acti-
vidad de los venenos, previniéndose con contrave-
nenos tomados de antemano como preservativos. Se
conjetura que se valia del famoso remedio ó fármaco
llamado de su nombre Mitrídates, del cual se dice
haber sido inventor.

Se casó con Laodicea, su hermana, segun cos-
tumbre del Oriente, y poco despues la dejó para
recorrer los diferentes estados del continente de
Asia. Los visitó, y no con mucha comitiva: obser-
vó las costumbres de los habitantes, estudió sus
leyes, aprendió hasta veinte y dos lenguas, y for-
mó exacta idea de sus fuerzas. Tres años duró este
viage: corrió la voz de que habia muerto; y Lao-
dicea, preocupada de pasion por un señor de su
corte, se dejó con mucho gusto persuadir á que su
marido ya no existia. Tuvo un hijo en su ausencia,

y el mejor medio que halló de ocultar su culpa ó de evitar el castigo fue presentar á Mitrídates una bebida emponzoñada ; esta no produjo efecto alguno ; y asegurado el rey de su doble perfidia , la quitó la vida con todos los cómplices de sus desórdenes.

Poco tiempo despues empezó á egecutar sus grandes proyectos. Invadió la Paflagonia , y la partió con Nicomedes , rey de Bitinia , su aliado y vecino. Llevaron muy mal los romanos que se apoderase de un pais que estaba bajo su proteccion ; pero él respondió á los embajadores , que la Passagonia le pertenecia por título de herencia , y por otra parte , añadió : no se yo por qué se mezcla la república en las querellas que sobrevienen entre los príncipes del Asia. Le amenazaron con la guerra , y la respuesta que les dió fue apoderarse de la Galacia , á la que ellos tambien protegian. Desde allí puso la mira en la Capadocia , cuyo soberano , llamado Ariarates , era su cuñado , y pasaba por su íntimo amigo ; pero nada hay tan sagrado á que no se atreva un ambicioso : Mitrídates le hizo asesinar por un hombre malvado , llamado Gordio. Creyó Nicomedes , rey de Bitinia , que podia sacar provecho de este delito , entró en Capadocia , destronó al hijo del rey difunto , y se casó con la viuda.

¡ Despojar al hijo de su hermana ! Esta accion la trató de horrible crimen Mitrídates que habia muerto á su cuñado y amigo : se armó en favor del huermanito , á cuyo padre habian quitado la vida por su órden , aunque esta órden estaba oculta : y puso á su sobrino en el trono , pero muy contra su voluntad ; y solo por salvar las apariencias hizo este acto de justicia. Siempre era la Capadocia el

objeto de su ambicion , mas se interrumpian sus intenciones con la ausencia de Gordio desterrado por su delito. El rey del Ponto exhorta á su sobrino á que llame al asesino de su padre ; y porque el jóven mostraba repugnancia á semejante proposicion , levantó Mitrídates un egército de noventa mil hombres ; pero halló prevenido al rey de Capadocia , y tan fuerte como él. La suerte de una batalla era incierta , y así se valió Mitrídates de un medio mas seguro y pronto de llegar á sus fines. Pidió á su sobrino una conferencia entre los dos egércitos : se presentó el príncipe sin desconfianza ; y el tio , que habia escondido el puñal entre los pliegues de su ropa , traspasó con él al sobrino. Esta horrible accion causó tal espanto á los capadocios , que arrojaron las armas , y así no tuvo el rey del Ponto dificultad en apoderarse del reino : dió la soberanía á uno de sus hijos de menor edad , bajo la tutela del infame Gordio : tambien se apoderó del trono de Bitinia , que habia quedado vacante por muerte de Nicomedes.

Ya empezaron los romanos á rezelar de que se engrandeciese tanto el rey del Ponto. Se concertaron sus generales , y embistieron su reino. Pero él atravesó la línea , y despues de haber puesto en desórden á los que le rodeaban , se estendió como un torrente por los paises de los romanos , y los hizo evacuar la Frigia , la Media , la Caria , la Licia , la Panfilia , la Bitinia y la Paflagonia. Por todas partes los pueblos , que siempre se encantan con la mutacion , le llamaban padre , libertador , dios y único monarca de Asia. Hizo que le trajesen al procónsul Opio cargado de cadenas , y precedido en tan infeliz estado de sus lictóres , con

el fin de ridiculizar el orgullo de los romanos. Aquilio, otro comandante romano, de quien creía tener la queja de haber escitado la Capadocia á sublevarse, sufrió un castigo en que la crueldad se juntaba con la burla. Le llevaba tras de sí montado en un asno, ó atado por un pie á un público malhechor, y en este estado triste le hacian decir á gritos: *Yo soy Manlio Aquilio*. Llegando á Pérgamo le hizo azotar con varas, le mandó poner en el tormento, y por último le echaron oro derretido en la boca para dar en rostro así á él como á los generales romanos la insaciable avaricia con que tragaban todas las riquezas de Asia.

Este era el prelude de la suerte que Mitrídates destinaba á todos los romanos. Mientras quedase uno de estos en los países que acababa de conquistar no se tenia por seguro. Los miraba como otras tantas espías para informar á la república de todos sus pasos, y los trató como á tales. Todos los gobernadores y magistrados de las ciudades del Asia menor recibieron de él una orden secreta de matar en el dia que les señaló á todos los romanos con sus mugeres, hijos y domésticos, y aun prohibió que se les diese sepultura. Todos sus bienes se debian repartir en dos porciones, una para el rey, y otra para los asesinos. Concedía Mitrídates la libertad á los esclavos que degollasen á sus dueños: perdonaba la mitad á los deudores que quitasen á sus acreedores la vida. Al mismo tiempo declaró que cualquiera que ocultase uno de estos proscritos, por cualquier pretesto que fuese, sería sobre la marcha castigado con la muerte.

Cuando llegó el dia del alboroto y horror, cerraron las puertas de las ciudades, pusieron sol-

dados en todos los parages , y publicaron las órdenes del rey , que causaron la mas horrible consternacion no solo entre los romanos , sino entre los habitantes que habian conservado algun sentimiento de humanidad. Pero como los romanos se habian merecido el odio de los asiáticos con su soberbia y codicia , y el deseo de vengarse se afilaba con el atractivo de la ganancia , se egecutaron puntualmente las órdenes del rey , y en un solo dia se vió el Asia hecha el teatro sangriento de la mas horrible carnicería. Entre los rasgos de crueldad con que se estremece la naturaleza , ninguno puede citarse mas bárbaro que el de algunos caunios , á quienes acababan los romanos de hacer buenos servicios. Hubo entre ellos algunos tan inhumanos , que ponian en tormento á los niños en presencia de sus madres : de estas unas murieron de dolor , y otras perdieron el juicio. Casi todos los historiadores hacen subir el número de los romanos muertos en aquel dia á ciento cincuenta mil hombres , y los mas moderados á ochenta mil. No hay duda que los egecutores fueron atroces ; pero los que imaginan semejantes horrores , forman el plan y calculan tranquilamente los efectos ¡oh qué monstruos! Infeliz nacion la que produce semejantes hombres.

Esta matanza tuvo por consecuencias otras infinitas , y fueron terribles las represalias de Fimbria y de Sila : de Sila que jamas conoció la compasion : de Fimbria , digno contrario de Mitridates en la destreza y crueldad , era para sí el hombre mas duro , como para los otros el mas severo. Agente , fuera de Roma , de los enemigos de Sila que estaban en ella estrechó de muy cerca al rey del Ponto , le ganó una batalla , le precisó á la

fuga, y por muy poco no le hizo prisionero. Se salvó Mitrídates en una ciudad en donde el vencedor le sitió; mas no podia embestirle por mar no teniendo naves; y así escribió al general que mandaba la armada romana, el cual por ser del partido de Sila no quiso contribuir al triunfo del partido contrario. Se aprovechó Mitrídates de esta mala inteligencia, y se libró. Sus tenientes vencieron en muchos parages; pero tambien experimentaron grandes reveses. A estas hazañas acompañaban matanzas horribles. Ciudades y egércitos enteros degollados, provincias abrasadas, naciones arrancadas de las tierras de su nacimiento errantes, dispersas, víctimas de la venganza de una república activa, y de la rabia de un monarca obstinado en no sufrir al rededor de sí romano alguno. No obstante, convinieron en dar á los infelices pueblos algun descanso.

Mitrídates (2914), el mas maltratado por haber perdido su armada al mando de Arquelao, y ciento diez mil hombres al de Taxiles, fue el que dió los primeros pasos para hacer la paz. El romano consintió en tratar de paz: los que la negociaban propusieron condiciones que fueron arregladas y admitidas; pero antes de ratificarlas pidió el rey del Ponto que se viesen particularmente él y el general romano. Al ver á este se adelantó para abrazarle; pero el romano dió algunos pasos atras, preguntándole si aceptaba todas las condiciones. *Con algunas esplicaciones*, respondió el monarca. Los ojos de Sila miraban centelleando; y al oír *esplicaciones*, se pintaron en su rostro todos los síntomas de una cólera terrible; con lo que Mitrídates asustado se sujetó á todo. Entonces se acerca Sila,

D. del D.
2914.
A. de J. C.
84.

y se presta á sus abrazos. Sila, de este campo de paz mas honorífico para él que un campo de victoria, salió corriendo contra Fimbria. Los soldados de este le abandonan; y Fimbria, desmintiendo en este aprieto su generosidad, quieren que maten á su enemigo; pero el asesino quedó cortado al tiempo de dar el golpe, y le prendieron. A pesar de esta traicion hizo Sila proposiciones; y no viendo Fimbria mas que la alternativa de ceder ó de pelear, dijo: Yo sé otro medio mas sencillo para ahorrar la sangre romana; y entonces se traspasó con su espada, y murió.

Las condiciones prescriptas imperiosamente á Mitridates no eran de tal naturaleza, que este príncipe las observase fielmente, porque perdía provincias enteras, sacrificaba grande parte de sus naves, se sujetaba á verse rodeado de romanos, enemigos tan cruelmente ultrajados por él, que se habian tan fieramente vengado, y de los que no podia esperar sino el odio, que él les estaba jurando en el fondo de su corazon. No era, pues, esta paz mas que una tregua para tomar aliento y volver á la guerra con mayor rigor. El rey del Ponto la egercitó desde luego con algunos pueblos que se habian declarado contra él, y los primeros que atacó fueron los de Colquida. Estos se sujetaron, y le pidieron á su hijo por rey: así lo concedió; pero descubrió despues que á instancia de este mismo hijo se habian sublevado contra él; y aunque este príncipe le habia hecho grandes servicios en la última guerra, le mandó atar con cadenas de oro, y le condenó á muerte.

Por los grandes preparativos de Mitridates por mar y tierra, advirtieron los romanos que no pen-



Muerte de Fimbria.

Constituido Fimbria en el conflicto de pelear sin tropas, por haberle abandonado casi todas las suyas; ó de rendirse á su enemigo Sila, humillacion que le era insoportable: se atravesó con su espada. Con esto aseguro la victoria á Sila por falta de constancia para verse vencido, y de prudencia para triunfar de su propio orgullo rindiéndose, y un valiente guerrero quiso acabar como los pusilánimes.



saba en dejarlos gozar por mucho tiempo de los despojos que le habian quitado. Tambien les dió aviso de sus proyectos Arquelao su antiguo almirante, á quien el monarca culpaba de las condiciones humillantes del tratado de paz. Este, conociendo que el terrible Mitrídates no dejaria de castigarle, creyó que no debia esperar los efectos de su indignacion: se puso en salvo, y fue á descubrir á los romanos los proyectos del rey del Ponto. Entre los recursos de este monarca contaba no poco con los alborotos de Roma, ocasionados de las dos facciones de Mario y Sila. Recibió en su ejército á Marco Mario, á quien Sertorio le envió desde España. Se presentaba este romano precedido de lictores como si hubiera sido cónsul, y se llamaba general en gefe. El rey del Ponto, menos envidioso del honor que deseoso del provecho, sufría esta vanidad que le proporcionaba el auxilio de los pueblos sujetos á la república, á los cuales mostraba el estandarte de las águilas romanas entre sus banderas.

Á Luculo, que despues fue tan famoso por sus riquezas, le envió Roma contra Mitrídates, y en una batalla que ganó hirió á este príncipe un romano que tenia en sus mismas tropas. Despues que sanó de la herida el rey del Ponto, juntó todos los romanos que servian en sus ejércitos, los unió en un cuerpo, y los hizo matar desde el primero hasta el último. Solo un acto de clemencia se sabe de él para con un romano que se llamaba Pomponio, á quien los soldados de Mitrídates habian hecho prisionero. Este príncipe, con intencion de experimentar su constancia, le preguntó, si concediéndole la vida se podria lisonjear de conseguir su

amistad. Sí, le respondió Pomponio, como tú seas amigo de los romanos; pero si continúas en hacerlos la guerra, no cuentes conmigo. Los cortesanos, no acostumbrados al perdón de parte de su señor, se disponían á quitar la vida á Pomponio; y Mitrídates los detuvo diciendo: "Aprended á respetar el valor aunque desgraciado."

Estremece el ver á qué calamidades esponen á los pueblos las derrotas y victorias alternativas de los ambiciosos que hacen campo de batalla el país en que habitan; porque tomándolos hoy unos dueños, y volviendo mañana otros á conquistarlos, cuando mudan de señores por lo comun solo mudan de ladrones y verdugos. Las infelices provincias de Asia experimentaron bien esta funesta suerte. Las ciudades de Cícico, Amisia y Heraclea se vieron entre los horrores del hambre y abrasadas de las llamas: las aguas del Halis ó del Termódonte se pusieron de color de sangre, y mas de doscientos años despues levantaba la reja del arado las corazas, capacetes y espadas de los soldados sepultados en aquellos campos. Luculo y Mitrídates se vieron reducidos á la misma estremidad en esta guerra, mal obedecidos de sus soldados, que tal vez se negaron al servicio en las ocasiones mas importantes, y aun desertaron.

La desgracia mayor en este género es la desercion de todo el ejército de Mitrídates: pues temiendo que le iba á abandonar el gefe, le abandonó primero. Estuvo á riesgo de perder la vida Mitrídates por querer desengañar á los soldados y detenerlos; pero no tuvo otro partido que abrazar sin el de la fuga. Luculo le estrechaba muy de cerca; y él viéndose á cada paso en peligro de que

le cogiesen , iba sembrando por el camino dinero, vasos y muebles preciosos ; y el cuidado de los soldados en ir recogiendo estas alhajas los iba deteniendo , y suspendió del todo el alcance por haber hallado en medio de la tropa mas avanzada una mula cargada de oro y plata , y entre tanto que repartieron estas riquezas tuvo tiempo de ponerse en salvo el rey del Ponto. Habia este dejado en la ciudad de Farnacia sus mugeres , hermanas y concubinas para que no cayesen en poder de los romanos , y envió allá un cunuco llamado Báquide , con el encargo de quitarlas la vida. Las presentó el bárbaro cordeles , veneno y espadas. La hermosa Mónica , que era una de sus mugeres , que se habia casado á disgusto , quiso ahorcarse con su diadema , y exclamó : *Banda fatal , sírveme á lo menos para ayudarme á perder la vida ;* pero rompiéndose esta banda se frustró su deseo , y al punto presentó el pecho á la fatal cuchilla. Otra de sus esposas , llamada Berenice , y dos hermanas del rey , Rojana y Estatira , tomaron veneno. Rojana al beberle maldijo la crueldad de su hermano con mil imprecaciones : Estatira por el contrario encargó al eunuco que le diese las gracias , porque viéndose en los mayores peligros no se habia olvidado de librarlas de la brutalidad del soldado.

Mitridates se retiró á Armenia con su suegro Tigranes ; y Pompeyo , general de esta guerra , y sucesor de Luculo , propuso al rey del Ponto condiciones de paz. Una de las principales era que entregase los desertores y los romanos que se habian pasado á su ejército ; pero estos amenazaron á Mitridates si las aceptaba ; y el soberbio monarca estaba muy distante de firmarlas. En una junta so-

lemné les aseguró con los mas terribles juramentos, que mientras él tuviese una respiracion de vida no pensaria en hacer alianza con los romanos. Volvió; pues, á empezar una guerra que fue como un desafio de muerte; ménos ruïnosa para los pueblos que las anteriores por la generosidad de Pompeyo. Dos batallas fueron suficientes para que Mitridates se viese sin remedios, y así le arrojaron del reino del Ponto; y Pompeyo tomó las mas importantes ciudades, los tesoros y los papeles; en los que halló preciosos registros sobre las fuentes de que sacaba sus riquezas, el estado de los impuestos, su cobro, y el modo de levantar tropas. Presentaron al vencedor muchas de sus mugeres y concubinas: la mayor parte eran hijas de los señores de la corte de Mitridates, y así las trató con respeto, y las remitió á sus padres. Una de ellas, llamada Estratónice, entregó á los romanos la fortaleza de Simforia y los tesoros que allí habia, pidiendo solamente la vida de su hijo Gifares, que estaba con su padre, si por desgracia caia en manos de Pompeyo. Este se la prometió; y siempre generoso regaló á Estratónice los tesoros, quedándose solo con la ciudadela.

Todos estaban muy lejos de creer que Mitridates ni alguno de cuantos le acompañaban volviese á parecer. Ya no se hablaba de ellos, ni se sabia qué se habia hecho despues de su fuga. Dos años duró la incertidumbre sobre su suerte; y durante este tiempo se habia estado oculto en casa de un príncipe escita, cuyos estados confinaban con la laguna Meotis. Desde aquel retiro espiaba el momento favorable de entrar otra vez en su reino: tomó tan bien las medidas, y con tanto se-



Moderacion de Pompeyo.

Arrojado Mitridates de su reyno, fueron presentadas al vencedor Pompeyo muchas de las mugeres y concubinas del Monarca fugitivo, que consternadas imploraban su clemencia. Las consoló, y tratándolas con el mayor decoro, las remitió á sus padres. No se adquirió Pompeyo tanta gloria venciendo al gran Mitridates y ocupando su reyno, como respetando en aquellas mugeres el honor del Monarca.



creto, que no supieron los romanos su llegada hasta el momento en que se presentó á la cabeza de un egército formidable. Desde luego se adelantó hasta la fortaleza de Simforia; y Estratónice, que la habia entregado con la condicion de conservar la vida á su hijo, vió desde lo alto de las murallas al infeliz Gifares abandonado por su padre á los verdugos, que le dieron una muerte cruel.

Envió despues á proponer la paz á Pompeyo, y respondió el general romano: *Tigranes ha venido á pedirla en persona*; replicó Mitrídates: *Yo primero perderé la vida que sujetarme á esa humillacion*. Aquí fue cuando concibió el proyecto aventurado de sublevar el universo contra los romanos. Les buscó enemigos entre los escitas, envió sus emisarios á todos los príncipes de Asia, y en particular á los partos, y formó una confederacion con los gaulas, que sabia estar en guerra con los romanos. Tenia que atravesar la Escitia y la Panonia, é ir á las Galias para juntar su egército, con el que presumia que le estaban esperando para caer todos juntos sobre Italia, y asustar la república con tanta audacia.

Fueron muchos los obstáculos que se opusieron al buen éxito de esta empresa que parecia gigantesca; pero despues de lo que habia hecho Anibal no perdía la esperanza. Por desgracia cuatro hijos de Mitrídates, cuyo valor pudiera ser de un gran socorro, fueron entregados por traicion á los romanos. Muchas hijas que enviaba á ser esposas de los príncipes escitas para ganarlos, tuvieron la misma desgracia. Por último, Farnaces, el hijo que mas queria, y que destinaba para la corona, sublevó su egército, y arruinó los pro-

yectos de su padre con la mas odiosa perfidia.
 D. del D. Á lo que parece (2935) fue concertada la
 2935. traicion con los romanos. Estos tenian emisarios
 A. de J. C. empleados en sembrar la murmuracion y descon-
 63. tento. Representaban á los soldados el riesgo de
 una expedicion en que el menor peligro era pri-
 varlos para siempre del gusto de volver á ver su
 patria. Tambien suscitaban quejas personales con-
 tra el rey los mismos oficiales: porque solo con-
 sultaba esclavos y lisonjeros viles, pues se habia
 hecho insufrible y cruel para el que se atrevia á
 decirle la verdad, y no entraba servilmente en sus
 ideas; y con efecto, habia castigado con la muer-
 te la sinceridad de su hijo Exipodrato por haberle
 dicho su parecer con franqueza de soldado sobre la
 expedicion proyectada.

Poco tiempo antes del dia señalado para la
 partida, Mitridates, cuyo egército estaba acam-
 pado al pie de los muros de una ciudad en donde
 estaba alojado, despertó muy temprano con un
 ruido confuso que venia de su campo. Envió un
 criado á saber la causa, y se le respondió sin ce-
 remonias, que el egército, indignado de verse go-
 bernado por un rey decrepito, abandonado á los
 consejos de viles eunucos, habia proclamado otro
 mas jóven que merecia toda su confianza. Con esta
 noticia, creyendo Mitridates que todo no era mas
 que un tumulto, que se sosegaria con su presen-
 cia, monta á caballo acompañado de sus guardias;
 mas apenas habia salido de la ciudad cuando le
 abandonaron: tiraron contra su persona, le mata-
 ron el caballo, y no tuvo mas recurso que volver-
 se á la ciudad. Le aconsejan sus amigos que pida
 un salvoconducto á Farnaces para él y para ellos.

Convino en esto; pero los que envió, bien muertos, ó bien arrastrados del torrente de la sublevación, no volvieron mas.

Mitrídates no por esto perdió las esperanzas, y así hizo la última tentativa. Subió al muro; y dirigiéndose á Farnaces le traía á la memoria con fuertes voces la ternura que siempre le habia manifestado, y cuanto le habia distinguido en sus favores con preferencia á los demas hermanos: al mismo tiempo procuró darle á conocer cuán grande era la indignidad de entregarle sin defensa á los romanos sus crueles enemigos. Á lo menos, le decia, ábreme algun camino para buscar asilo adonde poder retirarme. Pero esta tan tierna escena no hizo la menor impresion en el corazon de Farnaces; y viéndose el desgraciado monarca sin esperanzas, levantó al cielo los ojos bañados en lágrimas, y prorumpió en imprecaciones contra su hijo, diciendo por último: *Los dioses permitan que experimentes algun dia la perfidia de un hijo desnaturalizado, y sientas los tormentos que padece un padre amoroso con semejante ingratitud.* Volviéndose despues á los que le acompañaban, les dió gracias por su afecto, y les aconsejó que se sujetasen á las circunstancias, y reconociesen á su hijo; *porque yo, les dijo, no pudiendo ya vivir en la humillacion en que me ha puesto un hijo tiernamente amado, sabré bien substraerme de sus funestas intenciones.*

Con esta triste despedida entra en el cuarto de sus mugeres, toma una copa de veneno, y bebiendo su licor, le hizo tambien tragar á sus dos hijas Nisa y Mitrídata, que estaban en visperas de casarse, una con el rey de Chipre y otra con

el de Egipto. Tambien presentó la copa fatal á sus concubinas, y bastó un instante para sepultar á todas en el sueño de la muerte; pero él, familiarizado con el uso del veneno desde la infancia, no sintió efecto alguno. Entonces se hirió con su espada: el golpe no era mortal, y dieron noticia de esto á Farnaces. Manda este que le curen la herida, con intencion, á lo que se cree, de entregarle á los romanos, y ganar su amistad con aquel presente; pero no tuvo esta indigna satisfaccion. Un soldado llamado Bitoco, que habia ido al palacio con el ansia del botin, penetra hasta el cuarto de Mitrídates, que abandonado de todos, y bañado en su sangre, estaba luchando con la muerte. Ya se retiraba respetando el aire de grandeza que reinaba todavía en la persona del monarca. Le llama Mitrídates, y le pide que acabe con aquel resto de vida, que le servia solamente para prolongar sus desgracias. Le hizo Bitoco este último servicio; pero experimentando en sí repentinamente una sensibilidad muy rara en un soldado, se retiró triste sin pensar en el botin que habia ido á buscar.

Así acabó Mitrídates. Brillaron en su persona las calidades mas admirables que forman los grandes reyes; pero los vicios que los deshonran, sobre todo la crueldad, disminuyeron el resplandor de unas prendas que le hubieran inmortalizado. Las señaladas victorias que ganó le dan lugar distinguido entre los mas famosos capitanes de la antigüedad. Es verdad que tambien padeció sangrientas derrotas, y que vió muchas veces despedazados sus egércitos, arrasadas sus fortalezas, y asolados sus dominios; pero como si se aumenta-

sen sus fuerzas con las mismas pérdidas, volvía siempre á presentarse en campaña mas formidable que antes. Por último, á pesar de los esfuerzos de sus enemigos para tenerle en su poder, murió voluntariamente en su reino, y le dejó á sus descendientes.

La prueba menos equívoca del mérito de este príncipe es la alegría universal que manifestaron el senado, los pueblos y el ejército romano con la noticia de su muerte. Esta se la llevó á Pompeyo, que estaba algunas leguas de allí, un correo despachado por Farnaces. Impaciente el general romano de comunicar la novedad á sus soldados, no esperó á que le levantasen un trono de céspedes para arengarlos, como se hacía en semejantes ocasiones; y así le formaron con toda prisa de los *bastos* de las acémilas. Recibió el ejército la nueva de este suceso con los mayores estremos de alegría, espresándola con festines, danzas y sacrificios. No fueron en Roma menos ruidosas las demostraciones de contento: porque Ciceron, que por entonces era cónsul, ordenó doce dias de fiestas para dar gracias á los dioses inmortales por haber librado á la república de un enemigo tan poderoso y temible. Los tribunos hicieron que se decidiese, que á Pompeyo por los grandes servicios que habia hecho en esta guerra, se le autorizase para asistir á los juegos del circo con corona de laurel y ropa de triunfo, y á los espectáculos ordinarios con vestido de púrpura.

El vil Farnaces, ya que no pudo entregar vivo su padre á Pompeyo, á lo menos le sacrificó su cadáver conservado con aromas. Le habian armado de pies á cabeza; y cuando todos los oficiales del

egército y los soldados rasos quisieron verle , manifestó Pompeyo su sensibilidad con este espectáculo , y apartó la vista , diciendo : Con la muerte de este grande príncipe debe cesar el odio de los romanos . Después ordenó que se le hiciesen magníficas exequias , y que le llevasen al sepulcro de sus mayores . Distribuidas las piezas de sus armas , quisieron lograr alguna muchos reyes , y las compraban por grande precio . Su turbante vino á manos de un romano , cuyos descendientes le conservaron por largo tiempo como una preciosa herencia .

Los tesoros que Farnaces entregó á Pompeyo , ó se los manifestó para que los tomara , sorprendieron al general romano ; y la simple y compendiosa descripción de las piezas principales pasará á los lectores . En la ciudad de Telaura , que Mitridates llamaba su guardaropa , habia dos mil copas de ágatas cornerinas ú onix , guarnecidas de cercos de oro y de plata : las sillas y frenos esmaltados de diamantes fueron tantas que los comisarios de las repúblicas tardaron treinta días en hacer el inventario . En un castillo tenia nueve salvillas de oro macizo , guarnecidas de piedras preciosas de esquisito trabajo , con tres grandes mesas del mismo metal , y estatuas de oro macizo de Minerva , Apolo y Marte , hechas por el mejor gusto : un tablero de juego hecho de dos piedras preciosas que tenia tres pies de ancho y cuatro de largo , con las diferentes piezas de la misma piedra , y una luna de oro que pesaba treinta libras . En una fortaleza de las montañas se guardaba una estatua del rey de ocho codos de alto , toda de oro macizo , con su trono , su cetro y la cama de Darío , hijo de Histaspes . La mayor parte de estos preciosos objetos habia pa-

gado de mano en mano en los saqueos de Siria á Egipto, de Egipto á Grecia. Además de este medio del saqueo, Mitridates, hombre de gusto, y que se preciaba de magnífico, habia ido juntando de todas partes grande cantidad de cosas raras en su largo reinado. Todas sirvieron al triunfo de Pompeyo, que duró dos dias. En él se vieron cinco hijos y dos hijas de Mitridates, y trescientos diez y siete cautivos de la primera distincion. Era Pompeyo dueño de su vida; pero aunque algunos triunfadores de los antiguos usaron cruelmente de este derecho, él los volvió á enviar á su patria, á escepcion de los hijos del rey, que se quedaron custodiados en Roma.

Tal vez (2936) por no dar zelos Farnaces, ^{D. del D. 2936.} que se gobernaba como vil adulator de los roma- ^{A. de J. C. 62.} nos, declaró que habia resuelto no tomar el título de rey hasta que se lo permitiesen; pero esta bajeza no le valió mas que para conseguir una pequeña parte de los estados de su padre, llamada el reino del Bósforo. Aunque arrastrando en presencia de los mas fuertes, como en otro tiempo delante de su padre Mitridates, no le faltaba valor para la guerra. Se aprovechó de las disensiones civiles de Roma para ponerse en posesion de Armenia y la Capadocia. Por entonces estaba César ocupado en Egipto. Supo Farnaces que algunos motivos urgentes llamarían al dictador á la Africa en desembarazándose de la expedicion de Alejandría, y así procuró entretenerle con proposiciones de paz; pero César, poniéndose á la cabeza de mil caballos, se presentó cuando menos le esperaban, y dió sobre los soldados de Farnaces gritando: *¡Qué! ¿no se habia de castigar á un parricida tan bárbaro?* y logró una

completa victoria. Esta fue la ocasion en que escribió á sus amigos aquellas tres célebres palabras: *Vine, vi, venci.*

Farnaces se puso en salvo encerrándose en una ciudadela, en donde Domicio, teniente de César, le sitió. Pidió capitulacion sin otras condiciones que la de retirarse al Bósforo con los que voluntariamente le acompañasen. Le concedieron su peticion; pero como el salvoconducto en que se hablaba de los caballeros no espresaba los caballos, le hicieron la afrenta de matárselos. Se retiró á pie entre los escitas; y allí, juntando algunas tropas que le dieron esperanzas, se atrevió á atacar á Asandro, á quien los romanos habian dado la investidura de rey, y pereció Farnaces en el combate. Desde entonces el reino del Ponto, desmembrado unas veces, y reunido otras, segun el capricho de los partidos republicanos, y despues el de los Césares, fue entregado sucesivamente á muchos gefes, algunos de los cuales apenas merecen el nombre de reyes. En tiempo de Calígula se nota un cierto Polemon, que con la noticia de la hermosura de Berenice, hija de Agripa, rey de los judíos, se circuncidó para conseguirla. Fue tan poco el efecto que hizo en sus castumbres la conversion, que su esposa le dejó, cansada de ver sus desórdenes. En tiempo de Vespasiano se hizo el Ponto para siempre república romana, y no salió de su obscuridad hasta el tiempo de las Cruzadas, quando los príncipes Commenos establecieron el imperio de Trebisonda. Mahomet segundo derribó este trono, y agregó al imperio turco el de Trebisonda con el reino del Ponto. Apenas se encontrarian hoy objetos dignos de atencion en las ruinas que cubren aquellos paises, habitados en

gran parte por aquellos descendientes de los degenerados griegos de la edad media.

C A P A D O C I A.

La Capadocia, del mismo modo que el Ponto, era parte del imperio de Trebisonda. Hoy está como él sepultada en la barbarie; esto es, sin artes ni ciencias, y como salió de las manos de la naturaleza, á escepcion de que en vez de estar cubierta de bosques, se halla por todas partes llena de los escombros y restos de las ciudades que algun tiempo la adornaron. Se nota entre las que existen Cesarea, que era la capital, y aun se distingue por su comercio; y Comana, en donde habia un templo magnífico dedicado á Belona. Seis mil personas así del uno como del otro sexo estaban empleadas en el culto de esta diosa, y el gran sacerdote era por lo comun de la familia real, señor de todos los países cercanos, y por su dignidad la segunda persona del estado. Despues se seguia el gran sacerdote de Júpiter, que tenia bajo su dominio seis mil personas, un término redondo y una renta proporcionada. No se sabe la clase á que pertenecia entre los dos el gran sacerdote de Diana, el cual igualaba en el poder, riquezas y lujo á los primeros señores del reino. En su templo se hacian los juramentos, y se ratificaban las obligaciones para lograr las seguridades auténticas. Estos establecimientos demuestran que el culto de las divinidades se miraba entre los capadocios como un punto muy importante, y á lo que parece debia ser su religion un compuesto de la de los griegos y de la de los persas, que por mucho tiempo los dominaron. Es verdad que el es-

plendor exterior de las ceremonias no siempre denota la reforma interior, pues al mismo tiempo en que existian estos suntuosos establecimientos, es decir, cuando los romanos los conquistaron, *un capadocio* queria decir un hombre sin costumbres ni religion.

El pais es muy montuoso, y por consiguiente no puede ser generalmente fértil; pero no le faltaba lo necesario á la vida. Siempre fueron muy estimados los caballos de Capadocia, y aun ahora son un ramo muy considerable de comercio; pero no se sabe qué se han hecho las minas que se hallaban en este pais, así de plata como de alumbre, cobre y hierro, ni el alabastro, cristal y jaspe que cambiaban con los pueblos vecinos.

Se cuentan los reyes de Capadocia desde Farnaces. Ciro le compuso este pequeño reyno en agradecimiento de que en la caza le habia salvado de la furia de un leon que le iba á despedazar. El poco poder de estos monarcas hacia que fácilmente los sujetasen. Muchas veces miran los mas poderosos la oposicion que se les hace como si fuera un insulto. Por esto los esfuerzos que hicieron algunos reyes de Capadocia por salir de la opresion se consideraron como sublevaciones, y fueron castigados como tales. Pérdicas, uno de los capitanes sucesores de Alejandro, cometió la barbaridad de hacer crucificar al rey Ariarates segundo y á todos los príncipes de la sangre real que cogió en una batalla, á escepcion de un niño que escapó del estrago. Subió este al trono de su padre, y tuvo por hijo á Ariaramne segundo, cuyo reinado no ha sido famoso por batallas ni conquistas; pero le hicieron muy estimable su amor á la justicia, y otras mil bellas calidades

por las que le querian y respetaban todos los príncipes vecinos como si fuera su padre. Jamas habia estado tan floreciente la Capadocia como en tiempo de su administracion. La paz que conservó siempre con los otros reyes llevó á sus estados todos los bienes que la acompañan.

Despues de haber sufrido los régulos de Capadocia el yugo de los persas, gimieron bajo del de los romanos. Ariarates sexto envió á Roma una corona de oro por haberle hecho la república algunos favores, y el senado le correspondió con una cadena de marfil, que fue el presente mas distinguido que hizo, y solo hacia esta espresion con los amigos zelosos y constantes. Destreza es digna de elogios saber dar por medio de la opinion un precio grande á las cosas pequeñas.

Ariarates sexto fue muerto sirviendo á los romanos (2840), y dejó seis hijos bajo la tutela de su madre Laodicea; y esta, segun iban creciendo, los iba envenenando por conservarse en su autoridad. Cuando se descubrió este delito ya no habia quedado mas que uno; pero el pueblo asesinó á la cruel madrastra. No tardó mucho Ariarates séptimo, que era el único que habia escapado, en caer en la suerte destinada á esta desgraciada familia, porque Mitrídates, su suegro, le envenenó por mano del malvado Gordio, á quien el mismo Mitrídates mató un hijo con su propia mano. Despues de la funesta muerte de Ariarates octavo, quisieron los romanos dar á los capadocios lo que llamaban libertad, esto es, un gobierno republicano; mas ellos respondieron que no podian pasarse sin rey. Estrañó mucho el senado esta proposicion; pero les concedió que ellos mismos le eligiesen, Tuvieron la

prudencia de escogerle á gusto de los romanos en Ariobarzanes ; y este príncipe los gobernó por largo tiempo pacíficamente , traspasando en vida la corona á su hijo para acabar la suya con tranquilidad. Si es que le mataron , como dicen algunos autores , y que su hijo no le vengó , se le podrá contar en el número de los príncipes que tuvieron motivo de arrepentirse de la abdicacion del cetro en favor de sus sucesores.

Arquelao , que fue el último rey de Capadocia , debió su elevacion á la pasmosa belleza de su madre Glafira , que supo agradar á Marco Antonio. Era príncipe de escelente carácter , buen padre , buen señor y buen amigo , dotado de las virtudes civiles y domésticas. Estas calidades no eran propias para agradar al emperador Tiberio , así como las de Tiberio desagradaban sin duda á Arquelao. Bien fuese esta la razon , ó por otros motivos , el rey de Capadocia manifestó alguna indiferencia acerca de este príncipe , cuando en tiempo de Augusto vivía en Rodas en una especie de desgracia. Se acordó de esto el desterrado cuando se vió en el trono de los Césares , y llamó á Arquelao á Roma. Fue este allá bajo la palabra de Tiberio , que le prometia buen recibimiento ; pero el emperador afectó manifestarle tantos desprecios , que Arquelao , demasiado sentido , murió de pesadumbre , aunque otros dicen que se quitó la vida. Hizo una obra sobre la agricultura , y muerto él quedó la Capadocia reducida á provincia romana , gobernada por los caballeros.

PÉRGAMO.

El reino de Pérgamo tomó su nombre de una ciudad de la provincia de Misia que fue su capital (2715). Nunca tuvo límites fijos. Sus reyes de una clase muy mediana llegaron á un poder extraordinario, y fueron los apoyos principales de los romanos en Asia. Después fueron los protegidos de aquellos mismos á cuyos esfuerzos opresivos habian dado favor, y por último sus vasallos. Hay una cosa notable, y hasta ahora particular en el reino de Pérgamo, y es, que el fundador de esta monarquía fue un eunuco. Este de gobernador de Pérgamo se hizo rey, para que no le sacrificase Símaco al odio de Arsinoe su muger, y le sucedió un hermano suyo llamado Eumenes, de quien heredó el cetro su hijo Atalo. Estos dos nombres Eumenes y Atalo fueron casi siempre los nombres de los reyes de Pérgamo alternativamente.

D del D.
2715.
A de J.C.
283.

Este Atalo es el primero que hizo alianza con los romanos. En su tiempo hallaron los decenviros una prediccion de las Sibilas, en que decian: "que todos los extranjeros que quisiesen atentar contra la libertad de la Italia, serian vencidos y arrojados fuera, si se pudiese colocar en Roma la imágen de la gran madre de los dioses del monte Ida, que habia caido de los cielos." Fueron cinco diputados á suplicar á Atalo que les diese aquel paladion que se hallaba en sus estados. El les envió el objeto de veneracion que con tanta ansia buscaban, y no era mas que una piedra informe. Atalo primero fue conquistador y sabio; pero todos convendrán en que fue un poco cruel, con un mal murmurador de

Homero llamado Dáfilas , á quien hizo precipitar de un peñasco.

D. del D.
2802.

A de J. C
196.

Mucho debieron los romanos á Eumenes segundo , que miraba por sus intereses en lo que tenia cerca , como por los suyos propios. Este fue el que les dió aviso de los proyectos que formaba contra ellos Antíoco el Grande , y así se vieron sus estados espuestos muchas veces á las insurrecciones y hostilidades , sin otra causa que su afecto á la república , y aun su misma capital tuvo que sufrir un sitio que no procedió de otro motivo. No solamente aventuró Eumenes sus tropas , sino tambien su persona por los romanos en la batalla de Magnesia , y la victoria se debió principalmente á su valor , bien que le recompensaron aumentándole su reino con algunas provincias que quitaron á Antíoco. No se duda tampoco que por el afecto de Eumenes á los romanos , suscitó Anibal contra él á Prusias , rey de Bitinia , y cuentan que este príncipe ganó en el mar una completa victoria que debió á la astucia de los cartagineses , cuando por consejo de estos hizo juntar en vasos de barro una prodigiosa cantidad de serpientes , y de otros venenosos insectos , de que proveyó muchos navíos. Se acercaron al de Eumenes , y le introdujeron aquellos enemigos de nueva especie. La necesidad en que se vieron los de Pérgamo de trabajar por verse libres de sus mordeduras , puso tal desorden en la armada , que fue derrotada enteramente. Se mezcló el senado en la diferencia de los dos reyes , y se compusieron entre sí.

Dió Eumenes una grande prueba de su afición á los romanos cuando fue personalmente á Roma , á descubrirles las intenciones secretas de Perseo,

rey de Macedonia. Cuando volvió le tenia Perseo preparados los asesinos, que creyeron haberle muerto á pedradas; pero le libraron algunos criados fieles, y le hicieron curar. Fue bastante secreta y larga la cura, y así le tuvieron por muerto; por lo que Atalo, su hermano, sin hacer muchas averiguaciones tomó la corona, y se casó con Estratónice su muger. Volvió Eumenes á su casa, y sin duda conocian la benignidad de su carácter, porque ni el hermano ni la muger se ocultaron, antes bien salieron á recibirle. El los abrazó tiernamente, y dijo á Atalo al oido: "Otra vez si quieres casarte con mi muger, espera per lo menos á que yo haya muerto."

Era muy creible que la conexion y enlace entre Eumenes y los romanos, fundada en los recíprocos servicios, nunca hubiese faltado; pero tal vez basta una bagatela para desavenirse los amigos antiguos. El cónsul Marcio, por altanería ó por otros motivos, no quiso permitir al rey de Pérgamo que se acampase con los que le seguian en los atrincheramientos de los romanos. Esta afrenta le hizo retirarse sobre la marcha, y volverse á llevar las tropas á sus estados. Perseo se aprovechó de esta ocasion para pedir á Eumenes su alianza; y las razones que daba el embajador de Macedonia se reducian á decir que nunca puede haber verdadera amistad entre un rey y una república. "Los romanos, decia, son enemigos irreconciliables de todos los reyes; pero tienen la destreza de no combatirles sino uno á uno, valiéndose de los tesoros del primero para arruinar al segundo, y esta será su política hasta que á todos los haya destruido." Con esta razon, y mucho mas con una grande suma de

dinero que prometió Perseo á Eumenes , le compró por lo ménos su inaccion; pero los romanos no perdonaron á su aliado antiguo esta especie de desercion. Derrotado Perseo quiso el rey de Pérgamo escusarse , y para esto envió á Roma á su hermano Atalo. Era tan vivo el resentimiento contra Eumenes , que le quisieron empeñar en que pidiese la corona de su hermano , bien que se resistió generosamente á estas péfidas intimaciones.

Creyó Eumenes que su presencia podria lograr que mudasen en su favor de opinion. Fue á Italia, y apenas puso en ella el pie cuando le envió el senado á decir, que no le darian audiencia , y así que se volviese. Restituyéndose á su reino muy apesadumbrado , envió todavia á Ariarates , con otro hermano , procurando apartar el golpe que le amenazaba de parte de sus antiguos amigos ; pero estos se mantuvieron duros. ¿ Cuándo conocieron jamas atenciones aquellos republicanos? Tuvieron la crueldad de enviar al Asia dos comisionados, precediendo primero una pública exhortacion á todos los que tuviesen que dar quejas contra Eumenes, para que fuesen á representarselas en Sardis , en donde oyeron con tranquilidad todas las acusaciones que intentaron contra el rey de Pérgamo. Eumenes sintió vivamente el insulto de este proceder ; pero temiendo escitar una guerra peligrosa por sí misma , y que su edad hacia mas temible , envió por tercera vez á Roma á su hermano Atalo , no pidiendo á sus inexorables amigos sino que le dejasen acabar en paz sus dias ; y lo consiguió sin duda , porque murió. Tenia un solo hijo de poca edad , y entre tanto que llegase á la de poder ocupar el trono , resignó en su hermano Atalo y su muger Estratónice su

corona. Este presente no tenia ya para el nuevo príncipe la gracia de la novedad. Eumenes fue el que estableció la hermosa biblioteca de Pérgamo, que competia con la de Alejandría. Vivía en buena inteligencia con sus tres hermanos, de los que se servia sin zelos, y así habitaban en su corte sin temor; lo que fue una fraternidad que tal vez no tuvo otro egemplar en Asia.

Otra singularidad fue que Atalo segundo siempre miró la corona como un depósito que le habian confiado (2840). Tuvo una fuerte guerra con Prusias, rey de Bitinia, y este fue tan afortunado que llegó á apoderarse de Pérgamo. Es bien admirable la conducta de los romanos en las guerras de estos príncipes del Asia menor. Habian llegado á tal crédito que sin egército propio daban la ley. Enviaban á los vecinos de las partes beligerantes embajadores que les mandasen levantar tropas, y que marchasen contra el que querian sujetar, y despues de algunos años de guerra que los arruinaban á todos, iban otros embajadores á hacer las paces. Esta conducta fue la que observaron entre Atalo y Prusias. Este último fue destronado por su hijo, favoreciéndole Atalo. El proyecto de este hijo, llamado Nicomedes, se formó en Roma. Es imposible que no tuviese el senado noticia; pero dejó pelear al padre y al hijo, y cuando Nicomedes dió parte en Roma de que ocupaba el trono de Bitinia, fueron muy bien recibidos los embajadores, sin que se dignasen de preguntar por su padre, á quien habia quitado la vida. Esta liga con un parricida es una fea mancha en la vida de Atalo, por mas que Prusias mereciese de algun modo su desgracia por haber querido matar á su hijo por puros zelos.

D. del D.
2840.
A. de J. C.
158.

Aunque Atalo tenia dos hijos quiso que la corona de Pérgamo recayese en su sobrino, como se lo habia prometido á su hermano. Dió á este príncipe una educacion digna de su clase. Este Atalo mantenía en su corte sabios, y gustaba mucho de su conversacion.

D. del D. De poco sirvió la distinguida educacion de
2862. Atalo tercero (2862) contra las malas cualidades
A. de J. C. que por naturaleza tenia. Si fue tirano ó insensato,
136. ó al mismo tiempo las dos cosas, se juzgará por sus acciones. Hizo quitar la vida á la mayor parte de sus parientes ó amigos de su familia; á los unos como acusados de haber abreviado los dias de su madre Estratónice, siendo así que murió vieja; y á los otros como culpados en la muerte de Estratónice su muger, á la que llevó al sepulcro una enfermedad incurable. A la muerte de los infelices seguia la de sus mugeres, hijos y familia. Para estas egecuciones llamaba Atalo soldados estrangeros, como lo hacen todos los que ordenan crueldades, para que no conociendo los verdugos á las víctimas, ninguna escape por conmiseracion.

Despues de haber derramado el rey de Pérgamo arroyos de sangre cayó en una triste melancolía: se estuvo encerrado en su palacio, se vistió de ropas muy gastadas, se dejó crecer el cabello y la barba, sin cuidado del menor aseo. Luego se redujo á vivir en una huerta, cavando por sí mismo la tierra, y sembrando toda suerte de yerbas, muchas de ellas venenosas. Siendo cruel hasta en sus diversiones, exprimía el suco de estas plantas venenosas en los bálsamos que regalaba á las personas de quien tenia sospecha. Viéndose aislado en su palacio, y que huian de él sus parientes, amigos y cortesanos

temerosos de sus furioses, le vino el pensamiento de egercer el oficio de fundidor; pero fue tanto lo que se fatigó en fundir una estatua de su madre, en un dia de grandísimo calor, que sobreviniéndole una calentura le quitó la vida. A este rey se le debe colocar entre los que escribieron de agricultura. Entendia perfectamente la medicina, y era muy versado en el conocimiento de los simples. El gusto de las ciencias parece haber sido hereditario en los reyes de Pérgamo.

La última locura de Atalo fue su testamento, en el que puso esta cláusula: *Sea el pueblo romano el heredero de mis bienes*. Aristónico, hijo bastardo de Eumenes, á quien segun la costumbre de Asia debia pertenecer el reino á falta de legítimo heredero, decia que la palabra *bienes* solamente significaba los muebles del difunto, pero no el reino; mas el senado quiso que se entendiese uno y otro. Favorecian los de Pérgamo á Aristónico, porque acostumbrados, dicen los autores, al gobierno monárquico, temian el despotismo republicano. Licinio, Craso, y Lucio Valerio Silaceo, gran sacerdote de Marte, se disputaban la ventaja de hacer la guerra á Aristónico, por las grandes riquezas que esperaban de la victoria. Craso consiguió el mando, y contra sus esperanzas le vencieron y le hicieron prisionero. Para no sobrevivir á su deshonra provocó con insultos á uno de los que le guardaban, hasta que le mató. Perpenna, enviado en su lugar, halló á Aristónico muy confiado con la victoria, disfrutando tranquilamente los placeres de una vida regalada, como si ya no tuviera que temer. Le sorprendió el general romano, y despues de un desgraciado combate se retiró Aris-

tónico á una ciudad, cuyos habitantes le entregaron.

Tenia por consejero ó ministro un filósofo llamado Blossio, que tenia amistad particular con Tiberio Graco, y aun se cree que fue quien inspiró á este romano el deseo de que se recibiese la ley agraria. Muerto Graco le citaron en justicia, y le preguntó el cónsul: ¿ Por qué seguiste el partido de un tribuno sedicioso? El respondió: Porque me parecia el partido mas justo. ¿ Qué motivo te empeñaba, insistió el juez, en ser su agente? No tuve otro, replicó, mas que su mérito. Luego si Graco lo hubiera ordenado pondrias fuego al capitolio. Cónsul, replicó el filósofo, respetad su memoria, porque una empresa tan extravagante no le podia venir al pensamiento. No obstante, si él me lo hubiera mandado, yo egecutaria su órden en la persuasion de que no podia dejar de ser conforme al bien público. Aquí tenemos un hombre entusiasmado, como le piden las fácciones. Blossio dejó á Roma, despreciando aquel pueblo cobarde que habia dejado quitar la vida á su amigo. Habiendo caido con Aristónico en las cadenas de Perpenna, exhortó al príncipe á preferir una muerte voluntaria á la vergonzosa esclavitud, y sobre la marcha le dió el egeemplo. Aristónico en no imitarle solo ganó una ignominia mas, porque le arrastraron al triunfo, y le mataron despues en la prision por órden del senado.

Los de Pérgamo continuaron por largo tiempo su defensa contra los romanos; y Aquilio, enviado para dar fin á esta guerra, tuvo precision de sitiar la mayor parte de las ciudades sucesivamente. Por estar muchas de ellas situadas en altos mon-

tes, no podian recibir el agua sino por acueductos: y el general romano en vez de cortarlos, que es un medio que no escedia al funesto derecho de la guerra, envenenó las fuentes, y de este modo entró la desolacion y la muerte en las plazas que él sitiaba. No parece que pudo Roma ignorar este modo cruel de hacer la guerra; pero no le estrañó, supuesto que dió á este envenenador el reino para que le gobernase y le redujese á provincia.

TRACIA.

En la Tracia estaba Bizancio, actualmente Constantinopla, y esto basta para fijar la posicion de este pais. Tomado en general, le llamaron reino algunas veces, aunque no era mas que un conjunto de provincias independientes unas de otras. Entre estas hubo príncipes que reunieron bajo su cetro á sus vecinos, y se ciñeron diadema; pero rara vez pasó á sus herederos. Se presume que si estos pueblos valientes, sobrios y duros en la fatiga se hubieran podido concordar en sus consejos, habrian llegado á ser la nacion mas poderosa de la tierra. El interior del pais es frio y poco fértil, porque sus montes estan cubiertos de nieve la mayor parte del año; pero las provincias marítimas producen toda especie de granos y frutas. El temperamento en estas es benigno, y la habitacion en ellas tan agradable como la de cualquiera otro de los mas bellos paises del Asia. Los tracios antiguos eran feroces y crueles, y casi siempre eran ellos los soldados que empleaban los tiranos en las egecuciones sangrientas. Su religion era la de los griegos, y sus inciensos se gastaban con preferen-

cia á honra de Marte y de Mercurio, que eran los dioses de los valientes y de los ladrones.

Los tracios lloraban cuando les nacia algun hijo, y se alegraban en la muerte de los parientes: ¡tan mala idea tenian de la vida! En los cantones en donde se estableció la poligamia se disputaban entre sí las mugeres cual habia sido la mas amada, con el fin de que el pariente mas cercano las sacrificase sobre el sepulcro de su esposo. Vendian los hijos, y guardaban muy poco á las hijas, pero eran zelosísimos de sus mugeres. Para ellos tenia la ociosidad cierto aire de dignidad y de grandeza, y ponian su gloria en vivir de rapiña.

Los nombres solamente de las diversas tribus de tracios harian una lista muy grande, y con dificultad se la podria llenar de hechos que fuesen importantes. En la historia de los dolonces se halla un ardid muy diestro para apoderarse de un trono sin violencia. El rey de este pais, situado en el Quersoneso, murió, y su hermano fue desde Atenas, en donde vivia, con intencion de sucederle. Viendo cuando llegó que los quersoneses no pensaban en darle la corona, hizo una vida muy retirada con pretexto de llorar la muerte de su hermano. Los tracios, acompañándole en su afliccion, enviaron los principales de cada ciudad á complimentarle en nombre de la nacion. El afligido los arrestó á todos, y con estas prendas se hizo reconocer con facilidad por soberano del pais que su hermano habia gobernado.

Los *basios*, habitantes del monte Hemo, que tenian por capital á Adrianópolis, y eran los tracios mas feroces, á pesar de la aspereza del pais y de su valor, fueron subyugados por los romanos. Estos

republicanos les dejaron sus reyes; pero Pison, gobernador de Macedonia, ofendido, á lo que parece, de uno de ellos, le sorprendió por traicion, y mandó cortarle la cabeza en público: la nacion irritada sacudió el yugo de los romanos. Un sacerdote de Baco, llamado Vologeses, se hizo un partido poderoso con pretesto de religion, y dió bien que hacer á los romanos, que no querian otra supersticion mas que la de la libertad.

Pondré aquí un axioma de un monarca de Tracia. Decia este que un rey enamorado de la paz no se diferenciaba de un palafrenero, y no obstante murió á los ochenta y dos años, habiendo hecho la guerra toda su vida. A la verdad, con mas razon se podrá decir que mas vale un buen palafrenero que semejante rey. Se saben los nombres y la situacion de los diez y ocho aduares tracios, los nombres y la sucesion de una docena de reyes, ó por mejor decir, capitanes de salteadores, y como á tales los trataban los romanos. Estos los ponian en el trono, los hacian dejarle, los enviaban á destierro, y los destinaban á la prision ó al cadalso; pero no despreciaban sus tesoros, antes muchas veces fueron presa de sus codiciosos generales. Este pais, tan erizado de ignorancia, produjo, no obstante, al filósofo Demócrito y al historiador Tucídides.

EPIRO.

El Epiro, pais desigual hasta en sus gargantas y en las cumbres de sus montes, tenia grande multitud de ciudades, y en muchas de estas, bien conocidas, bañaba el mar las murallas. Todas contenian habitantes guerreros; pero no se nombra cosa

particular en sus producciones, sino los perros de los molosos, animales fuertes y reñidores. Tambien se estimaban mucho los caballos del Epiro. Este reino se formó con la reunion de diez pueblos diferentes, y se cuentan como mas antiguos los Sellis, que eran los que servian en el templo de Dodona, dedicado á Júpiter Pelásgo. Homero los llama sacerdotes.

Celebró este poeta las hazañas de Pirro, aunque tal vez fue el primer rey de aquel pais; pero el reinado de los otros está cubierto de mucha obscuridad. Era Pirro hijo de Aquiles, y vengó la muerte de su padre, que perdió la vida en el sitio de Troya. Despues de haber sacrificado á Priamo al pie de los altares, precipitó de lo alto de una torre á Astianacte, hijo de Héctor, haciendo su concubina á Andrómaca su madre, y degolló sobre el sepulcro de Aquiles á Polixena, hija del desgraciado Priamo. Despues del sitio de Troya conquistó el Epiro, capitaneando á los molosos, que fueron sus primeros vasallos. A Pirro le llamaron tambien Neoptolemo, que quiere decir jóven guerrero, y conservó este nombre en su vejez, hasta que le asesinaron en las gradas del altar del templo de Delfos, cuando iba á saquearle, así como él habia quitado la vida al infeliz Priamo. De su muerte nació aquel proverbio *Venganza neoptolemica*. La danza pírica, muy célebre entre los antiguos, por ser de hombres armados, tomó de este rey el nombre, porque la habia practicado al rededor del sepulcro de Aquiles.

Los sucesores de Pirro, que descendian de él, son Moloso, Pielo y Almeto: este dejó un hijo de poca edad, llamado Terimbas. Confiaron los epirotas su educacion y tutela á Sabilinto, sugeto de alto nacimiento y grande probidad, que crió á su pu-

pilo en Atenas á su vista, y procuró que se aplicase al estudio de las bellas letras, por lo que Terimbas es tenido por uno de los príncipes mas sabios de su tiempo, y fue el que introdujo en Epiro las artes y las ciencias: por las sabias leyes que dió le cuentan entre los legisladores. Despues de dos reyes, llamados Alecto y Neoptolemo, tuvieron los epírotas la felicidad de obedecer á un apasionado por las ciencias, porque Aribas comunicó este gusto á los hijos de su hermano, cuya corona tenia en depósito, y la dió al morir á Alejandro, que era el mayor de sus sobrinos. Su sobrina Olimpia fue la madre de Alejandro el Grande.

Por desgracia le entró á Alejandro de Epiro el espíritu de emulacion, respecto de Alejandro de Macedonia. Eran los dos casi de una misma edad; pero al mismo tiempo que triunfaban las armas del macedonio en Oriente, llevó la desgracia á este rey de Epiro hácia el Occidente, habitado de pueblos belicosos; y así solia decir con despecho, que su sobrino habia ido á pelear con mugeres, y que él por el contrario, siempre habia hallado hombres por contrarios. Perdió la vida en su desgraciada expedicion, sin dejar hijos, por lo que le sucedió Eácides, de una rama colateral; pero que descendia de Pirro. Se portó mal Eácides con sus pueblos, y así le derribaron del trono, y dieron la corona á su hermano Alecto. No debió gobernarse mejor que el desterrado, pues sus vasallos le quitaron la vida con dos hijos suyos.

Cuando se sublevaron los epírotas contra Eácides y le arrojaron del trono, en poco estuvo que tambien el niño Pirro, que aun estaba en la cuna, fuese víctima de su furor; pero le salvaron dos

señores principales del país, y le llevaron á la corte de Elaucias, rey de Iliria, que estaba casado con su tía. Al principio se negaba á recibir al niño príncipe, temiendo suscitarse una guerra de parte de los enemigos de los Eácidas; pero los que llevaban al príncipe, despues de haber empleado las súplicas mas eficaces para con el tío, dejaron el niño á sus pies; y como si ya conociera sus intenciones fue arastrando, y abrazó las rodillas del rey. No pudo Elaucias resistir á estas inocentes caricias, por lo que se rindió; juró defenderle, aunque fuese con peligro de su vida, y le entregó á su muger para que le criase como á sus hijos. Unos dicen que cuando ya tenía doce años le llevó él en persona á Epiro, y le puso en el trono; y otros cuentan que le llamaron sus propios vasallos. A los diez y siete años de su edad perdió la corona por una imprudencia; porque creyendo estar bien asegurado pasó á Iliria para asistir á las bodas de un hijo de Elaucias, con quien se habia criado: y durante su ausencia se sublevaron sus vasallos, y dieron la corona á Neoptolemo, su tío segundo. Esta desgracia fue ventajosa para Pirro, porque le dió ocasion para irse formando y proporcionando lejos del trono y de los aduladores que le rodean. Despojado de sus estados, se retiró á casa de Demetrio Poliorcetes, esposo de su hermana, y en la escuela de este grande capitán aprendió el oficio de la guerra: se distinguió en la batalla de Ipsó, con un valor poco comun, y tuvo modo de conservar á su cuñado, despues de su derrota, las ciudades de Grecia que este le habia entregado. No fueron estos los únicos servicios, porque concluida la paz entre Demetrio y Tolomeo, rey de Egipto, consintió Pirro en ir á este país en re-



Pirro y Elaucias.

Negandose Elaucias á dar asilo al niño Pirro, sobrino de su esposa, quando los que le habian salvado de la sublevacion de los Epirotas se le presentaron: como si el inocente conociera su deplorable situacion, se arrastró hasta los pies de Elaucias. Conmovido este, no solo le acogió, sino que juró defenderle, y supo cumplirlo, convencido de que la generosidad de las promesas consiste en realizarlas.



henes: y su moderacion y destreza en todo género de egercicios, le merecieron la estimacion de aquellos pueblos; y la reina Berenice, prendada de sus bellas calidades, le dió por esposa á su hija Berenice, y consiguió que su esposo Tolomeo diese á su yerno un egército para reconquistar la corona de Epiro. La repartió, pues, por composicion con su tio Neoptolemo; pero el malvado viejo, descontento por no tenerlo todo, quiso darle veneno, y Pirro, que lo supo á tiempo, libró su trono de este usurpador, y le ocupó solo. Sus guerras de Macedonia le dieron una brillante reputacion, y con las de Italia colocó su nombre en los fastos de la gloria, al lado de los romanos.

Esta guerra (2719) se suscitó porque los habitantes de Tarento, ciudad de Italia, por la reputacion de Pirro, á quien llamaban el libertador de la Grecia, enviaron á pedirle su auxilio contra la opresion de los romanos. Pero el verdadero motivo y el objeto del rey de Epiro, estan claramente espresados en su conversacion con su ministro Cíneas. Este no solo entendia bien la guerra, era al mismo tiempo uno de de los mas profundos políticos, y de los mas elocuentes oradores de su tiempo. De este decia Pirro: Los discursos persuasivos de Cíneas me han conquistado mas ciudades que las que yo he podido ganar con la fuerza de las armas. Solicitado por los tarentinos, aunque en el fondo de su corazón encantado con la ocasion de medirse con guerreros dignos de su valor, consultó á Cíneas sobre los vastos proyectos que le hacia formar su imaginacion exaltada con el deseo de la gloria, y dijo:

“Los tarentinos me llaman, y si yo triunfó de los romanos, todo el Occidente va á sujetarse á mi

poder. Ahora, pues, es cierto que me es fácil vencerlos, porque la Etruria los atacará por su lado, y los pueblos que habitan los países mas acá del Tíber estan prontos á marchar bajo mis órdenes. ¿Qué te parece de esta empresa?" Cíneas, en vez de responderle directamente, le preguntó: "Despues de haber vencido á los romanos, ¿hácia dónde volveréis vuestras armas?" "Vencidos estos pasaré á Sicilia, en donde todo se halla en desórden con la muerte del rey Agatocles; y bien sabes cuánto importa la conquista de esta isla." "¿Y qué hareis, replicó el ministro, dueño ya de Sicilia?" "Entonces no hay cosa mas regular que pasar á la Africa. Agatocles, con una pequeña armada, pudo vencer á los cartagineses, y le faltó poco para llegar á ser su rey. Vencidos estos, no se me podrán escapar la Macedonia, dominio mio antiguo, ni toda la Grecia." "Y cuando todo lo hayamos conquistado, dijo Cíneas, ¿qué haremos?" "¿Qué haremos? Vivir con descanso, y no pensar mas que en divertirnos." "¿Ah, señor, exclamó el sabio ministro! ¿quién os quita vivir desde hoy con descanso, y gozar á gusto de las delicias de la vida? ¿Para qué será buscar tan lejos una felicidad que teneis ya en la mano, ni comprar tan caro lo que vos mismo os podeis dar sin trabajo?" No esperaba Pirro esta salida, y así se alteró un poco; pero disfrazandose á sí mismo su ambicion, dijo: "Es ya costumbre hereditaria en mi casa, dar auxilio á los infelices: no siempre se ha de hacer la guerra por la propia utilidad." Y con este pretexto dió las órdenes para ir á socorrer á los tarentinos.

Cíneas marchó el primero con una vanguardia de tres mil hombres, y poco faltó para ver acabada



Pirro en Tarento.

Quando Pirro llegó á Tarento llamado por los Tarentinos en su socorro, fué recibido con aclamaciones; pero él, para que el peso de la guerra no recayese solo en sus Epiotas, cambió la molición de los Tarentinos en la mas severa disciplina militar. Si solo los hubiera defendido, les habria hecho un bien momentáneo; pero haciéndolos guerreros los dexó capaces de defenderse en adelante á si mismos.

la guerra antes de haberla empezado, porque ya los tarentinos estaban tratando de paz con los romanos; pero el ministro de Epiro interrumpió las negociaciones; hizo que le entregasen la ciudadela, y poniendo buena guarnicion, esperó con tranquilidad al rey, el cual llegó muy presto, pero en estado muy diferente del que se creia. Ademas de sus tropas habia recibido otras de los príncipes vecinos, y juntamente embarcaciones; pero con el fin de debilitarlos, de modo que no le pudiesen hacer daño, y de interesarlos en el buen éxito de sus armas; mas le asaltó una tempestad que dispersó la armada. El se vió en grandes peligros, y cuando ya su navío se iba á pique, se arrojó al mar, nadando con sus guardias, y pasó toda la noche luchando con las olas sublevadas por la mas furiosa tormenta. Al fin llegó, aunque algo distante de Tarento, adonde fue por tierra, y sus tropas se fueron reuniendo sucesivamente.

Le recibieron los tarentinos con generales aclamaciones de gozo. No pensaron mas que en divertirse, creyendo que Pirro por sí solo daria fin á aquella guerra, y que no llevaria al combate sino sus epirotas; pero la intencion del monarca era muy diferente. Así que se vió el mas poderoso de la ciudad mandó cerrar los lugares de las diversiones y los jardines públicos, adonde los habitantes iban á contar las noticias, y arreglar en el paseo los negocios de estado. Prohibió los convites y espectáculos, por ser tan peligrosos como las juntas de los pensadores políticos. Hizo el rey que los jóvenes tomasen las armas: los enseñó á manejarlas: los incorporó en sus tropas, y era muy severo en las revistas, é inexorable sobre los que se ausentaban ó no cum-

plian exactamente con su obligacion. Por este rigor dejaron los habitantes la ciudad, y Pirro los declaró reos de muerte, del mismo modo que los que no iban á la revista. Tenia espías que introduciéndose en las concurrencias le daban cuenta de cuanto pasaba ó se decia, y de este modo quitaba secretamente los alborotadores, y los enviaba con diferentes pretextos á Epiro para que allí los detuviesen. Tambien se valió de las calumnias contra aquellos cuya influencia temia, y contra los que queria hacer sospechosos al pueblo. Lo mas ordinario y seguro era persuadir al mismo pueblo, que cuanto se hacia para sujetarle todo se practicaba á instancias y por consejo de los que él tenia antes por amigos y lograban su confianza. Este arte, pues, de engañar al pueblo, y hacerle besar las cadenas que le ponen hasta aborrecer á sus protectores y adorar á sus verdugos: este arte, con todas sus sutilezas, no es tan nuevo como se piensa.

La guerra de Pirro con los romanos nos presenta un carácter nuevo en la historia, y es haberla hecho con ciertas atenciones, hasta entonces desconocidas. Debemos decir en elogio de Pirro, que fue el primero que en sus proceder se valió de las lisonjeras atenciones que denotan estimacion del mismo enemigo con quien se pelea; pero tambien los romanos le imitaron con el mayor cuidado. Tenian estos grandes generales que no eran presuntuosos en la victoria, ni abatidos en las derrotas. Tenian senadores amantes de la patria, y egemplos del pueblo en la frugalidad, desinterés y pureza de costumbres. Tal vez pudiera decirse que la guerra de Pirro fue el mas bello momento de la república. Empezó por una especie de desafio, y por las

dos partes se empleó la arrogancia. Escribió Pirro al cónsul Levino: Sé que estais á la cabeza de un egército destinado para hacer la guerra á los tarentinos: despedidle cuanto antes, y venid á esponerme qué pretensiones son las vuestras: en oyendo yo las razones de ambas partes daré mi sentencia, y procuraré que la respeten. Respondió Levino: Sabed, Pirro, que la república no os llama á ser árbitro, ni os teme por enemigo. ¿Con qué derecho sereis juez, habiendola ofendido introduciendo vuestras tropas en Italia sin consentimiento suyo? No queremos mas árbitro que Marte, de quien descendemos, y presto se verán los dos egércitos uno á otro. Se admiró el rey de Epiro de la noble firmeza de los romanos, y se puede decir que en la primera accion los vencieron los elefantes. Jamas se habian visto estos animales en Italia: los caballos no pudiendo sufrir su olor y espantados con el ronquido de su tropa y su penetrante grito, se llevaron á los caballeros y dejaron descubiertas las legiones: Pirro consiguió romperlas; pero á costa de tantos muertos y heridos, que dijo: *He logrado esta victoria y estoy perdido.* Despues de la batalla enterró indistintamente romanos y epirotas, y mirando los cadáveres de los primeros observó que ninguno habia recibido las heridas por la espalda, que todavía guardaban su lugar en las filas con la espada en la mano, y que aun despues de muertos manifestaban en el rostro el aire del valor, y exclamó: "Si Pirro tuviera á sus órdenes soldados romanos, ó estos tuvieran á Pirro por general, podian conquistar el universo."

Con esta victoria le fue fácil á Pirro estenderse en la provincia de Campania; pero no formó es-

tablecimientos ni volvió á tomar cuarteles de invierno en Tarento. Reflexionando allí la valentía y habilidad de los romanos, quedó convencido de que su ruina era inevitable sino conseguia terminar la guerra con una paz honorífica; y no es fácil espresar su grande satisfaccion cuando supo que los romanos le enviaban una embajada; porque en su concepto venia sin duda á tratar de composicion. ¡Qué placer sentia viendo á aquellos soberbios republicanos á sus pies para poder decirles: *Yo os doy la paz!* En esta confianza recibió la embajada con grandes honores; y se componia esta de tres hombres del mayor mérito: Cornelio Dolavela, famoso por sus victorias: el virtuoso Fabricio; y Emilio, de invencible probidad. Con impaciencia, mezclada de gozo, esperaba Pirro oír la proposicion de los embajadores; pero se quedó pasmado oyendo que solamente pedian el cange de los prisioneros iguales, ó que aceptase el rescate de los que escedian en número ó en dignidad. Disimuló el monarca su sorpresa, y señaló dia para responder.

En este intervalo trató á los embajadores con excesiva cortesía, porque su objeto era empeñarlos en que procurasen hacer al senado favorable á sus deseos. Para esto se dirigió principalmente á Fabricio; pero el romano se mostró inaccesible á los ofrecimientos mas atentos. No pudiendo Pirro ganarle, quiso ver si tenia tanta intrepidez como virtud. Hizo pues ocultar uno de sus mayores elefantes en donde habia de tener la conferencia con Fabricio. Bajaron el tapiz, y de repente apareció el elefante levantando la trompa sobre la cabeza del embajador, y arrojando con ella un grande grito. El romano intrépido se volvió hácia el monarca sin la menor



Pirro con Fabricio.

Conferenciando Pirro con el Embaxdor romano Fabricio, apareció, por previa disposicion del Monarca, un elefante que levantando su trompa sobre la cabeza del Embaxador, arrojó con ella un gran grito; pero sin asustarse Fabricio dixo á Pirro: "¿No han podido vencerme tus ofertas y dones, y has creido me espantase el grito de una bestia?., Entonces conoció Pirro que el hombre virtuoso es imperturbable.



señal de susto, y dijo: El gran rey, que no me ha podido doblar con sus ofrecimientos, ¿piensa por ventura espantarme con el grito de una bestia? Admirado el monarca de semejante constancia, le convidó á la mesa, y durante la comida se movió cuestion sobre la filosofia de Epicuro, cuyo sistema debia exaltar Pirro como favorable al regalo y los placeres. Fabricio, cuya austeridad de costumbres no era incompatible con la urbanidad, le hizo este delicado elogio: "¡Ojalá que Pirro mientras esté con los romanos en guerra, ponga la felicidad en la indolencia, tan alabada de Epicuro!"

Llegó el dia de dar respuesta, y el rey concedió generosamente la libertad de los primeros sin rescate. Despidió los embajadores con palabras muy honrosas para la república, y determinó que los acompañase Cíneas con el encargo de tratar de paz. Las proposiciones que habia de hacer eran que los tarentinos fuesen comprendidos en el tratado: que la república restituyese la libertad y sus privilegios á las ciudades griegas de Italia, como tambien á los samnitas y otras naciones latinas, ofreciendo Pirro por su parte que con estas condiciones cesaria toda hostilidad, y pasaria él en persona á Roma á jurar la paz. Cíneas, que habia sido discípulo de Demóstenes, hizo en el senado un discurso digno de su maestro. Ya una parte de los senadores se inclinaba á aceptar las proposiciones; mas por estar muchos ausentes se dilató la conclusion para el dia siguiente, en el que Apio Claudio, que por su mucha edad y la falta de vista, habia muchos años que se mantenía encerrado en el seno de su familia, hizo que le llevasen al senado; y este respetable anciano advirtió con tal efi-

cacia á los senadores cuánto habia que temer para la gloria y seguridad de Roma por este tratado vergonzoso, que todos unánimes decretaron en estos términos: "Se continuará la guerra contra Pirro: se dará orden á sus embajadores que salgan hoy de Roma: se negará al rey de Epiro la entrada en la ciudad; y se le dirá á su primer embajador, que la república no empezará negociacion alguna con su amo mientras no salga de Italia."

Cineas fue muy admirado á dar esta respuesta á su rey. "¿Qué te parece ese senado, dijo Pirro? Yo creí, le respondió, que estaba en una junta de reyes." Fue preciso, pues, volver á las armas. Quedó el rey peligrosamente herido en un combate, en que su valor hizo la suerte indecisa; pero los romanos ganaron el campo de batalla. Mientras los cónsules se disponian para empeñarse en otra accion, recibieron una carta de Nicias, médico de Pirro, en la que ofrecia el traidor darle veneno, si le prometian una grande recompensa. Horrorizados con proposicion tan indigna, escribieron al monarca en estos términos: "Cayo Fabricio y Quinto Emilio, cónsules, al rey de Epiro, salud. Pirro, os han hecho traicion. El mismo, cuya fidelidad debiera ser invencible, ofrece daros veneno: esto os advertimos, no por conseguir la amistad, sino porque no se diga que tenemos parte en un delito que nos escandaliza. Poner fin á la guerra con una traicion, lo miramos como un atentado horrible, y jamas emplearemos para esto otros medios que los que prescriben el honor y la probidad." Tanta generosidad penetró al rey del mas vivo reconocimiento, y al punto les envió los prisioneros que habia hecho en dese-

rientes ocasiones; pero los cónsules juzgaron que no debían recibir presentes por no haber cometido una accion infame, y solo los aceptaron con la condicion de enviarle igual número de epírotas. Las pérdidas del rey le hacian desear la paz sinceramente, y así envió á Cíneas á Roma por ver si podia doblar la tenacidad del senado; pero le halló constante é inmóvil en la resolucion de no oír á Pirro hasta verle fuera de Italia.

Por fortuna proporcionaron los siracusanos á este príncipe el pretesto para salir, porque le llamaron en su auxilio contra los cartagineses. Al principio tuvo buen éxito, despues le abandonaron los sicilianos, y por grande felicidad suya, estrechado por los cartagineses, logró para abandonar la Sicilia el mismo pretesto que habia tenido para dejar la Italia; y fue que los tarentinos, amenazados por los romanos, volvieron á llamarle. Todavía midió otra vez sus armas con ellos; pero con fuerzas desiguales, porque ya los romanos se habian aguerrido contra los elefantes, y no los temian, antes bien en la última batalla sacaron grande partido de estos animales. Hirieron á un elefante nuevecito, los gritos de su trompa llegaron hasta su madre, y esta saliendo de las filas, corria por entre los soldados derribando cuanto encontraba al paso, y así causó una confusion horrible en el ejército de los epírotas. Volvió Pirro á Tarento, y procuró que creyesen que habia enviado tropas, y que estaba resuelto á seguir la guerra con mayor actividad; mas á la verdad solo pensaba en retirarse, bien que sin dejar la intencion de volver. Dejó, pues, una buena guarnicion en la ciudadela, y órden al gobernador de desor-

derse bien en caso de ataque, y para empeñarle le envió un recuerdo terrible: este era una silla cubierta con la piel de Nicias, su pérfido médico; pero con otros proyectos se olvidó de Tarento, y se apoderaron los romanos de esta ciudad. Pirro pasaba con facilidad de un proyecto á otro: de la Italia fue contra la Macedonia, y allí venció á los gaulas, y levantó un trofeo con esta inscripcion: *El rey de los molosos, Pirro, sacrifica á Minerva las armas de los intrépidos gaulas que él venció.* Con este suceso ya imaginó la posibilidad de hacerse dueño de la Grecia. Creyó que debía empezar por Esparta; pero le salió mal esta empresa, y, segun su costumbre, fingió que abandonaba el sitio de Lacedemonia, no porque le fuese preciso, sino porque le llamaban en su auxilio los ciudadanos de Argos contra dos tiranos que se disputaban la soberanía. Aquí le estaba esperando la muerte sin haber disfrutado el reposo que Cíneas le habia aconsejado, y pereció porque entendieron mal una órden suya. Se habia entrado con imprudencia en la ciudad, y perseguido de calle en calle, envió á decir á su hijo, que mandaba el ejército, que no le enviase socorro; pero que tuviese la puerta libre. El mensagero no se supo explicar, y pidió por el contrario un refuerzo. Esta nueva tropa se halló enfrente de la del rey que llegaba á la puerta, allí se estorbaron unos á otros, y mientras Pirro gritaba, y se inquietaba por hacer que retrocediesen los que entraban, se le cayó el capete á tiempo que una muger arrojó desde el tejado una teja sobre la cabeza de Pirro, y le mató.

Si el voto del enemigo, y enemigo ilustrado, acredita el mérito de un hombre, ninguno



Trofeo erigido por Pirro á Minerva.

Venció Pirro en Macedonia á los Gaulas, y erigió allí á Minerva un trofeo con esta inscripcion: "El Rey de los Molosos Pirro sacrifica á Minerva las armas de los intrépidos Gaulas que elvenció." En esto mismo dió Pirro á conocer que lexos de dirigirse á Minerva aquel culto, le tributaba solo á su vanidad: que es el idolo á quien consagra siempre los que llama trofeos la flaqueza humana.



tuvo mas talentos militares que Pirro , porque los mismos romanos le reconocian por maestro , sobre todo en el arte de acamparse. Pirro y Anibal, dice Ciceron , vinieron con mano armada á disputar á los romanos la soberanía de la Italia. Tambien se habla con elogio de la probidad del primero , y del segundo con execracion por su horrible crueldad. Tenia, no obstante, Pirro, algunos defectos; porque le devoraba la ambicion , y la inconstancia podia mucho sobre su espíritu. No pretendia subyugar los pueblos por los ricos despojos , ni por aumentar su tesoro : su único modelo era el grande Alejandro, y se habia propuesto borrar la fama de sus prendas ó acercarse á ellas. Mucho daño le hizo su excesiva inconstancia , como se ha visto en algunos rasgos de la historia de su vida , pues no bien habia medido sus fuerzas con un enemigo, cuando le abandonaba prontamente para pelear con otro, y antes de concluir la expedicion se cansaba, é iba á otros reinos para empezar otras nuevas. Cuando sujetaba un pais, por mas gastos que le hubiese costado la conquista, sacaba de él muy presto sus tropas ; por lo que le comparaba Antígono con un jugador afortunado que gasta sin reparo todo cuanto gana. Tambien le culpan de una ciega temeridad, porque se esponia en el combate como el último soldado, y no es este el valor conveniente á un general, pues solamente debe cuidar de la seguridad y conservacion de su ejército.

Aquí tenemos el retrato de Pirro dibujado por la mano de un maestro : solo añadiremos un rasgo que no desgracie la pintura. Murió uno de sus cortesanos llamado Eropo , cuyo zelo tenia muy experimentado , y cuando el rey supo su muerte derramó

lágrimas, y dijo en la amargura del sentimiento: "No me entristece su muerte: al fin habia de pagar como todos el tributo á la naturaleza: lo que me aflige es el haberle despreciado, por decirlo así, y no haber recompensado á tiempo los servicios que me ha hecho, dejando escapar las ocasiones de manifestarle lo que mi corazon sentia en favor suyo." Nada se dice de sus virtudes domésticas; pero tan buen amigo no podia menos de ser buen esposo y buen padre: piense cada uno si un guerrero tan grande podria ser para sus pueblos un rey escelente.

Tambien su hijo Alejandro era aficionado á la guerra; pero tuvo la prudencia de contenerse para gozar, despues de muchas conquistas, del reposo que su padre no quiso conocer (2727). Tres sucesores suyos no hicieron mas que ocupar sucesivamente el trono hasta Deidamia, que murió doncella, y dejó á sus vasallos en el testamento el derecho de escoger el gobierno que tuviesen por conveniente. Estos se hicieron república; pero el gobierno republicano fomentó, introdujo, y mantuvo entre los epírotas las turbaciones que les condujeron á ser provincia romana. Notable era una costumbre que tenian en tiempo de sus reyes: todos los años en una junta general se hacian mutua promesa el rey y el pueblo, el uno de respetar las leyes, y reinar segun ellas; y el otro de obedecerle, si él fuese fiel á su palabra. Aunque esto se quedase en ceremonia, se podia emplear útilmente para que no se olvidasen los pueblos y los reyes de sus obligaciones recíprocas.

D. del D.
2727.
A. de J. C.
271.

BITINIA.

La Bitinia está enfrente de Constantinopla, y empieza en Calcedonia, *ciudad de los ciegos*, así llamada por haberla colocado sus fundadores en Asia, y en terreno ingrato, con situación desagradable, en lugar de edificarla en el extremo de Europa, en donde hoy está Constantinopla, enriquecida con todas las ventajas que faltan á Calcedonia. Este reino es un país fértil, cubierto de opulentas ciudades, entre las que hoy se distingue Bursa, que fue la corte de los emperadores otomanos antes de establecerla en Constantinopla. Penderachi de los griegos, llamado por los turcos Eregri, en el Ponto Euxino, todavía presenta una ciudad á la que no falta gente y comercio; pero es muy diferente de la famosa Heraclea, cuyas ruinas la sirven de cimientto.

Heraclea, fundada por los beocios, era de un poder marítimo formidable, y cuya alianza se disputaban igualmente los reyes y las repúblicas de Grecia; porque enviaba sus armas adonde queria que se inclinase la victoria. Se habla de un navío que salió de sus puertos con ochocientos remeros en cada banda, y mil doscientos soldados, que son muy pocos en comparacion de los remeros; pero dejemos á los marinos que conjeturen lo que podia ser esta máquina. El gobierno de esta ciudad era aristocrático ó de los nobles; pero el pueblo los echó fuera; y bien fuese casualidad, ó que creyesen en Heraclea, que cometido este esceso contra la nobleza, solo pudiesen defenderse de su furor por alguno de este orden, llamó el pueblo á su ciudad á un noble lla-

mado Clearco, á quien antes habia detestado y deterrado por sus malas calidades. Revestido del poder supremo trató como á nobles á todos los ricos, deterró ó quitó la vida á la mayor parte de ellos apoderándose de sus bienes. Las potencias vecinas, reclamadas por los infelices proscriptos, se armaron contra él. Para defenderse obligó á las hijas y mugeres de los fugitivos á casarse con los esclavos, y estos, hechos propietarios de las esposas y los bienes, llegaron á ser los seguros defensores del tirano, porque en toda revolucion no hay defensa porfiada y tenaz sin propiedad usurpada. A todos los nobles que caian en sus manos les quitaban la vida con los mas crueles tormentos. El pueblo por su parte entró en la misma crueldad, porque presentaba con su mano la cicuta á los pasajeros que encontraba para que la bebiesen, y ya ninguno se atrevia á salir sin llevar el contraveneno. Es preciso admirarse con la noticia de que este monstruo reinó doce años, hasta que dos juvenes determinados le mataron sentado en su tribunal.

No se sabe como pudo suceder que el soberano poder quedase en manos de su hermano Sátiro, que le igualó en crueldad; y es cosa no menos notable que hiciese este de dos sobrinos suyos Timoteo y Dionisio, hijos de Clearco, dos príncipes famosos por su justicia, moderacion y otras muchas calidades estimables. El primero reinó quince años sin título de rey: el segundo le tomó, y cumplió sus obligaciones. Se dice que Dionisio era escesivamente repleto, por lo que le sobrevenia algunas veces un letargo de que no podia despertar hasta que le clavaban en la carne unas agujas largas hechas á propósito; pero este remedio, indicado de los médicos

para hombres cargados de escesiva gordura , no prolongó los dias de Dionisio mas que hasta los cincuenta años. La mala sangre de Clearco , que se quedó suspensa en sus venas , volvió á circular en las de sus dos hijos , que dieron la muerte á su madre; pero Lisímaco , su padraastro , limpió de estos monstruos la tierra , y se hizo señor de Heraclea ; y sus habitantes , despues de suplicarle con la mayor tranquilidad que dejase la corona , viendo que no pensaba en esto , se la quitaron : le pusieron en la cárcel , y arruinaron su ciudadela. Recurrieron á Seleuco para librarse del resentimiento de Lisímaco ; y no admitidos de este príncipe , se valieron de Mitrídates , y al mismo tiempo de los romanos para mayor seguridad. Con motivo de la guerra que se levantó entre el rey del Ponto y la república , les fue preciso elegir. La armada de Mitrídates , llevada por Arquelaos al puerto de los heracleos , fue la que los determinó. Con el egeemplo del aliado , á quien habian dado la preferencia , quitaron la vida á todos los romanos que hallaron dentro de sus murallas. Triario , teniente de Cota , castigó esta horrible perfidia de Heraclea , arruinándola hasta los cimientos. Reprendió el senado este esceso de venganza , diciendo á Cota : la órden que llevabas era tomar á Heraclea , y no arruinarla. Enviaron allá una colonia romana ; mas apenas empezaba á florecer , cuando un rey de Galacia , sostenido por Marco Antonio , la destruyó de nuevo. Octaviano llevó en triunfo al que la destruyó , y le quitó la vida ; mas con todo esto no perdió Heraclea todo su esplendor , y se quedó con el de una ciudad mediana bajo el dominio de los romanos.

Los reyes (2718) que señalan de Bitinia , su-

D. del D.
2718.
A de J. C.
280.

jetos á los medos y persas, duran desde Nino hasta Alejandro. Baso venció á Calento, general del conquistador macedonio, y permaneció en el trono cincuenta años, hasta que le dejó á su hijo Cipoctes. Dicen que murió de alegría por haber ganado una batalla; pero tenia ya setenta y seis años. De tres hermanos que tenia, su hijo Nicomedes se deshizo de los dos, y el tercero, llamado Cipoctes como su padre, se acantonó sobre la costa, y consiguió del rey de Siria que le apoyase. Nicomedes llamó con el mismo fin á los gaulas, y les abrió el Asia. Con el auxilio de estos quitó el trono á su hermano; pero le ocuparon los gaulas en su lugar, y este pequeño reino le llamaron Galacia ó Galogrecia.

Algunas veces fueron los gálatas unos vecinos molestos para los reyes de Bitinia, y se hicieron sospechosos á Zela, nieto de su introductor en Asia. Juntó sus gefes con pretexto de un convite; y cuando Zela los debia matar á todos, ellos le quitaron la vida antes del festin. Su hijo Prusias le vengó cruelmente desolando la Galacia, sin perdonar á edad ni á sexo. Este príncipe es particularmente conocido por sus bajezas para con los romanos; y por haber consentido en entregar Anibal á estos se ve su nombre manchado con un oprobio eterno, y de esta misma ignominia participan los romanos por haberle pedido el cartagines, que con una muerte voluntaria salió de su persecucion.

Despues de la derrota de Perseo enviaron los estados de Grecia embajadores á Roma para felicitar á la república; y Prusias fue allá en persona. Si no lo afirmaran todos los historiadores, con dificultad se podia creer hasta qué exceso de adu-

lacion se abatió. Se hizo cortar el cabello, se puso gorro de liberto, y con este equipage se presentó en la plaza pública, y dijo al Pretor que allí se hallaba: "Aquí me veis en traje de liberto, porque solo me puedo considerar como uno de vuestros esclavos, á quien por bondad excesiva habeis dado la libertad." Al entrar en el senado se postró, besó el umbral de la puerta, y llamó á los senadores sus *dioses salvadores*. Por último, el rey de Bitinia se envileció tanto, que á pesar de la estimacion que se hace de las adulaciones, justamente reprendida en las juntas, parece que se avergonzó el senado de sus lisonjas: pues Tito Livio, tan cuidadoso de recoger cuanto puede hacer honor á los romanos, calló parte de ellas. Grande servicio hace á la memoria de Prusias el que dice que algunas veces perdía el juicio. Era muy feo; y creyendo que disfrazaba su fealdad, se vestía algunas veces de muger, siendo este el mejor medio de hacer resaltar su deformidad. Nada ha perdido la ciencia, la filosofía ni las letras, porque semejante hombre no las cultivó, y aun las despreció. Le sucedió Nicomedes II, hijo digno de tal padre, pues regó las gradas de su trono con la sangre de sus hermanos. Algunos dicen que subió pisando el cadáver de su padre, á quien había hecho asesinar; y si esto es así, merece notarse que su hijo Nicomedes III desempeñó la misma obligacion. Las conexiones íntimas de Nicomedes IV con Julio César oscurecen el lustre de su reputacion, como si los Nicomedes de Bitinia no pudiesen estar sin algunos vicios aborrecibles y vergonzosos. Esta familia acabó en el cuarto Nicomedes, con el que tuvo fin el reino de Bitinia, y se incorporó en la república romana.

LA CÓLQUIDA.

La Cólquida, llamada Mingrelia, fue poblada desde el tiempo de Sesostris por una colonia egipcia: á lo menos se supone así, porque los colquidianos se parecian á los egipcios en el cabello negro y crespo, en el language y en la circuncision. Pero hay apariencias de que esta colonia halló ya otros habitantes, que se dice haber venido de la Armenia. De la Cólquida trajeron los faisanes, llamados así de una pequeña isla en el Fasis, en donde habia muchos de ellos.

Algunos de sus rios llevaban pajitas de oro, las que se detenian en la lana de los vellones que los habitantes colocaban en el fondo del agua, y de aquí nació la historia del Vellocino de oro; porque las naciones comerciantes iban á traficar para sacar sus tesoros: se habla de la expedicion de los argonautas mercaderes ó corsarios, y tal vez uno y otro. Jason, capitan de la nave, agradó á la hija del rey: esta le allanó las dificultades del robo ó del comercio, y se escapó con él: esto es lo mas verdadero que se halla en la historia de aquel famoso viaje. En los tiempos mas modernos fue Dioscoria una famosa ciudad por su comercio y opulencia: á ella abordaban los mercaderes de todas partes en grande número. Plinio dice afirmativamente, y en tono de hombre que quiere ser creido, que se hablaban en esta ciudad trescientas lenguas diferentes, y que los mercaderes de Roma, que traficaban en Cólquida, necesitaban tener ciento treinta intérpretes en Dioscoria. Mitrídates tuvo un hijo rey de Cólquida, y Pompeyo llevó á otro atado al carro de su triunfo.

Tambien se halla en tiempo de Trajano un rey de Cólquida. Despues la administraron los pretores de la Bitinia y del Ponto, pero sin incorporarla á sus provincias.

I B E R I A .

La Iberia es aquella parte de la Georgia que los persas, á quienes hoy pertenece, llaman Gurgistan. Está tan pobre de rios como abundante la Cólquida. Aun se saben y permanecen los nombres de muchas tribus de los antiguos habitantes. Es difícil creer que la España, llamada Iberia por los antiguos, tuviese este nombre por esta Iberia asiática, ni que los argonautas transportasen los iberios suficientes para poblar este grande país de Europa. Lo que se dice de sus antiguos habitantes nos indica una nacion estimable, pues se dividian en cuatro clases: la nobleza, los sacerdotes, los soldados y los labradores. De la primera clase se tomaba el rey, y siempre era el pariente mas antiguo del difunto. La edad influia tambien para colocar por presidente de la justicia ó comandante del ejército algun príncipe de la sangre real. Los sacerdotes, ademas del egercicio de su ministerio, eran igualmente jueces. Por labradores se contaban los que entendian la agricultura, los empleados en las ciudades en la industria, y los que vivian en las montañas, algo rústicos y groseros. Formaba esta nacion como dos pueblos: una parte era semejante en la rudeza á los escitas y á los sármatas; y los que habitaban las llanuras podian compararse por la nobleza de sus modales á los medos ó á los armenios. Uno de sus reyes, lla-

mado Artaces, hizo frente á Pompeyo; pero el valor mal arreglado cedió al gobernado con buena disciplina. Sin embargo, los iberios, aunque derrotados, no quisieron rendirse, y retirándose á un bosque, penetraban á los romanos con sus flechas desde las copas de los árboles, hasta que poniéndolos fuego perecieron todos abrasados. Por mucho tiempo tuvieron los emperadores á la Iberia como una muralla contra la invasion de los bárbaros, y por esto sostuvieron por mucho tiempo reyes en esta provincia como mas interesados que las pequeñas confederaciones en no permitir la disminucion de sus estados. Todavía se saben los nombres de muchos de sus principes hasta el reinado de Vespasiano, pero se ignoran sus acciones.

A L B A N I A.

Los persas, señores de la Albania, la llaman la provincia de Esquirvan: es muy fértil, y produce excelente vino. Sus pueblos vivieron por mucho tiempo en la simplicidad, que aun hoy se alaba; pero se acercaba á la estupidez, pues no sabian contar mas que ciento, y no conocian pesos ni medidas. Tambien se dice que entre ellos era prenda de las mugeres el valor, porque descendian de las amazonas; ¿pero acaso la sangre de aquellas guerreras no corria tambien por las venas de los hombres? Se puede atribuir á la salubridad de los aires la flor de la salud que brilla en el rostro de las albanesas. En este pais eran muy respetados los ancianos; y dicen autores antiguos que se hablaban en él veinte y seis lenguas correspondientes al número de las pequeñas soberanías, y que un





Pompeyo y Cosis.

No pudiendo vencer Pompeyo á Cosis por medios ordinarios. se sirvió de una estratagemma; y aun con esta supo Cosis vender cara al romano la victoria, peleando cuerpo á cuerpo con él hasta perder la vida. No hay honrado guerrero que no aprecie su propio valor; y no le alabe en quantos le tienen; pero no hay guerrero tampoco que, como Pompeyo, no funde su mayor gloria en privar de los valerosos al mundo.

príncipe las juntó y formó un reino: con este motivo desapareció tanta diversidad de lenguas. Un soberano de este país, llamado Oræses, resistió también á Pompeyo, mandando el ejército un hermano suyo llamado Cosis, al que no pudo vencer el general romano hasta que le armó una estratagema; y aun sorprendido, no cedió la victoria hasta perder la vida, quitándosela Pompeyo en un combate cuerpo á cuerpo en el centro de la pelea. Los reyes de Albania fueron mas ó menos bien tratados por los emperadores de Oriente, segun las circunstancias; y esto es lo que se sabe por noticias bien imperfectas, aunque por ellas se percibe que la Albania tuvo reyes hasta Justiniano segundo.

Los tres reinos de Cólquida, Iberia y Albania forman hoy la parte mas considerable de la Georgia, y algunos viageros modernos los describen de modo que encantan al lector, por su pureza de aires, escelentes frutos, deliciosos vinos, y graciosos rostros: las georgianas, dice Chardi, son altas, despejadas, no muy gruesas, y muy delicadas de cintura. Tournefort dice: A mí no me admiraron las mugeres de Georgia, como que yo esperaba ver perfectas hermosuras. A la verdad no son desagradables, y comparadas con las curdas pueden pasar por bellezas. Ya se vé aquí un elogio bien débil; y solo se pueden concordar estos dos observadores diciendo que en Georgia, como en todas partes, hay hermosas, medianas y feas.

B Ó S F O R O.

No se puede indicar mejor cuales eran los estados de los príncipes del Bósforo que diciendo: la Crimea era el centro; y partiendo desde esta península, y alargándose por sus cercanías, por unas partes comprende la laguna Meótides, y por otras no. De este modo se esplica que no faltaron á la verdad los autores cuando dijeron unos que el reino del Bósforo estaba cubierto de bosques con eterna niebla, que no permitia entrar los rayos benéficos del sol; y otros que era fértil, agradable, con llanuras deliciosas entre las montañas bien pobladas de árboles. La misma diversidad se halla en las costumbres de sus habitantes: aquí son tratables, allí agrestes, y en las relaciones de su comercio, floreciente en una parte, y ninguno en otra, ó en la pintura topográfica del pais, ya adornado de populosas ciudades, ó ya habitado con chozas esparcidas, y casi sin dueños. Por último, en los fragmentos de la historia de sus reyes, unos débiles, otros poderosos, unos conquistadores, y otros conquistados. Parece que es la suerte de este pais la perpetua mutacion, pasando sucesivamente de sus reyes á los romanos, de estos á los tracios, escitas y sármatas, despues á los genoveses en el tiempo de las Cruzadas; de los genoveses á los tártaros; de estos á los turcos, y de los turcos á los rusos.

En los tiempos muy antiguos hubo en el Bósforo reyes que tenian íntimas conexiones con los atenienses; y el lazo principal de su amistad era el comercio. El que habian establecido en el Bósforo

les era tan lucrativo que consagraron su memoria con monumentos religiosos. Dos de los reyes del Bósforo regalaban á Demóstenes todos los años mil medidas de trigo; y los atenienses creían sin duda, cuando el orador favorecía en sus arengas el comercio del Bósforo, que solo por interes hablaba á sus conciudadanos. De este modo se conducen las repúblicas. Por entre las lagunas ó vacíos de la historia de los reyes del Bósforo se leen guerras sangrientas, ruinas de los pueblos, intrigas de corte, asesinatos y muertes de familias enteras, y tal vez se ven algunos príncipes de buen natural, ó que despues de haber sido malos fueron buenos, como Eumeles, que hizo inhumanamente degollar á dos hermanos suyos sublevados y á sus hijos y amigos: quiso el pueblo, irritado con esta barbaridad, echarle del trono; pero él le apaciguó descargándole de todos los impuestos, prometiendo gobernar con moderacion y justicia, y cumplió su palabra: de modo, que dicen que no hubo reinado semejante en el Bósforo. La historia de sus príncipes se pierde en las turbaciones del imperio romano cuando cayó la república: porque cada partido tuvo alternativamente en su egército reyes del Bósforo, con sus tropas, muy estimadas por su valor, y aun muchas veces tuvieron comandantes principales. Se habla de un tal Asandro, que ocupaba una de las primeras plazas en el egército de Augusto; y habiéndole hecho un agravio el emperador, murió de pena; bien que tenia noventa y tres años.

LA MEDIA ATROPARTENA.

De esta Media se hace mencion, mas como de una cosa singular, que como de un reino. Esta era una desmembracion de la grande Media que resistió á los esfuerzos de Alejandro, y se quedó libre, bajo un gobernador llamado Atroparte, por lo que tuvo el nombre de Atropartena. Se sostuvo contra los sucesores de Alejandro, siendo Gaza su capital. Esta provincia ó pequeño reino tenia fuerzas por mar y por tierra, y los reyes vecinos no miraron su posicion como indifferente. Los partos fueron los que por mas tiempo la gozaron. Sus reyes daban la corona á los hermanos menores.

BACTRIA.

La Bactria ó Bactriana, hoy el Corasan, pretende haber dado al mundo moral el famoso Zoroastro; pero sería cosa singular que un legislador tan humano hubiese nacido en un pais en donde las doncellas y mugeres no conocian la castidad, y se mantenian perros llamados sepulcrales, destinados á devorar á los que vivian demasiado tiempo; pero tal vez el vicio y horror de estas costumbres pudo sublevar contra ellas el alma sensible de Zoroastro, y enamorarle de la virtud con el mismo contraste, pues algunas veces del exceso del mal suele nacer el bien. En la física de la Bactriana se tocan los extremos, como se supone que se tocaron en la moral, de unas regiones regadas por el rio Oxo, admirables por su fertilidad y producciones, en

las que la vista se recrea sin cesar en los esmaltados prados, donde retozan numerosos rebaños: si se va entrando hácia el mediodía, se cae en unos desiertos en donde solo de noche se puede viajar, siguiendo la direccion de las estrellas, y á riesgo de verse sepultado bajo montañas de arena.

Los bactrianos fueron siempre muy belicosos, y sus reyes hicieron uso favorable de las inclinaciones guerreras de los pueblos. El primero despues de Alejandro es Teodoto, que de gobernador llegó á ser monarca. A este le destronó su hermano Eutidemo, á quien sucedió, pero sin violencia, otro tercer hermano llamado Menandro; este, aun con ser conquistador, tal vez porque el honor que adquirió á su reino cubrió los horrores de la guerra, fue adorado de sus vasallos, que le lloraron amargamente; y porque todas las ciudades querian tener su cadáver, se las distribuyeron las cenizas para evitar discordias. Cada una las colocó en un monumento que igualmente daba testimonio del mérito del monarca y del amor de los pueblos. Uno de sus sucesores tuvo la imprudencia de confiar á su hijo el gobierno del reino durante una expedicion distante de su corte; y este jóven, acostumbrado ya á la autoridad, no pudo sufrir que volviese su padre, y le asesinó; pero no se aprovechó de su delito por haber sembrado con él entre sus vasallos la division. Algunos de estos llamaron á los partos, los cuales dando muerte al parricida, se apoderaron de la Bactriana. Pasó esta de sus manos á la de los escitas, despues á los hunos, y últimamente á los persas que hoy la poseen.

E D E S A.

El reino de Edesa consistia en una ciudad y un territorio de alguna estension, al que hizo rico y famoso un templo dedicado á la diosa Siria. Los gefes que gobernaban este pequeño estado, llamados ya reyes, y ya príncipes, todos tenian por nombre Abgaro. No se desdeñó Pompeyo de hacer alianza con uno de ellos, de la que sacó grandes servicios, así en consejos como en grandes socorros de víveres. La retirada de un Abgaro con sus tropas causó la derrota de un ejército romano que peleaba con los partos. Trajano hacia grande estimacion de Abgaro sexto, príncipe respetable por su virtud. Caracalla acabó con este pequeño reino, arrestando y llevando prisionero á Roma el último monarca, y reduciendo el estado á provincia romana.

E M E S A.

El primer rey de Emesa, situada en la Siria, en las riberas del Oronte, era un árabe que levantó y conservó este pequeño reino, aprovechándose de la desunion de los Seleucidas. Eran estos monarcas unos régulos á quienes los romanos honraban con su alianza cuando los necesitaban; y en pasando el tiempo de la necesidad los miraban con desden. El emperador Octaviano despreció al rey llamado Alejandro, y no le dejó gozar tranquilamente de su pequeña monarquía: la debia este á Antonio, y fue suficiente motivo para que Augusto le acometiese, y despues adornase con él su triunfo

y le quitase la vida. En algun tiempo habian tenido alianza los emesios y los judíos. Tambien los árabes poseyeron á Emesa con el nombre de itúreos.

ABI AVENA.

La Abiavena era un pequeño reino, que debió su nacimiento á la decadencia de los Seleucidas. En él habia un rey llamado Monobaces, que se casó con su hermana Elena, y tuvo de ella dos hijos, á Monobaces, que era el mayor, y á Hizates, que fue el que se llevó toda la aficion del rey. Como esta predileccion causaba turbaciones en la corte, que estaba poblada de otros muchos hijos del monarca, envió este á Hizates á perfeccionar su educacion en la corte de un príncipe vecino; mas viéndose avanzado en edad, deseó ver á su hijo Hizates antes de morir. Vino pues este hijo querido, y despues del mas tierno recibimiento le regaló su padre una provincia perpetuamente perfumada de plantas aromáticas, en la que vivió hasta la muerte de su padre. Apenas el monarca cerró los ojos, juntó Helena, su viuda, á los grandes del reino y les dijo: "Hizates es el escogido de su padre para sucederle; mas antes de proclamarle quisiera saber vuestras intenciones; porque estoy persuadida que no podrá un príncipe reinar tranquilamente sino tiene la felicidad de agradar á sus vasallos." Al oír este discurso se postró cada uno de ellos, y juró que reconoceria por sagrada obligacion el obedecer á Hizates, diciendo: "Reyna, mandad, que si rezelais ó temeis por los demas hijos del rey, estamos prontos para deshacerlos de ellos." Moderad esa precipitacion, respondió la clemente Helena, y no se

derrame sangre sin que lo ordene el nuevo rey. Pidieron los señores que á lo menos fuesen puestas en buena y segura guardia aquellos príncipes, y la suplicaron que eligiese entre sus dos hijos á aquel en quien reconociese verdadero zelo del bien público. ¿Quién lo creyera? Elena, que habia manifestado tan claramente su inclinacion á Hizates, nombró no obstante por rey á su hijo mayor Monobaces, y le dió la corona, el cetro, el anillo y el manto real con el supremo poder. ¿Quién creeria tampoco, que corona, cetro, anillo, manto real y el supremo poder, todo lo puso Monobaces en las manos de Hizates cuando llegó? Vivieron estos dos hermanos en grande conformidad de pareceres, aun en punto de religion; porque ambos abjuraron la idolatría, que era la de sus mayores, y abrazaron la de los hebreos á egemplo de su madre Elena. Monobaces, muy lejos de aprovecharse de las inquietudes que la mutacion de religion ocasionó en el reino, ayudó á Hizates para sosegarlas. Murió el rey, y aunque tenia hijos, dejó la corona á su hermano, el cual no pudo ponerla en manos de sus sobrinos, porque Tito los habia llevado á Roma, conquistada Jerusalem, en donde su abuela los habia criado en la religion de los judíos. No se sabe si se restituyeron á su pais; pero todavia se hallan despues reyes de su familia y de sus nombres hasta el reinado de Sapor, segundo rey de Persia, que se apropió la Abiavena.

ELIMÁIDA.

La Elimáida constaba de tres provincias, y el origen de este reino se toma desde la decadencia

del imperio de los persas. Sus habitantes eran buenos soldados, nombrados por su habilidad en arrojar flechas. No pudieron sujetarlos los partos ni los siro-macedonios, y así siempre los gobernaron reyes nacidos en su mismo país; bien que solo se saben sus nombres insertados en los tratados que hicieron con otros monarcas. Apenas serian conocidos los mismos habitantes de Elimáida, á no haber tenido templos con grandes tesoros que incitaron la codicia de muchos príncipes. Un rey de los partos sacó grandes riquezas de sus templos; pero Antíoco Epifanes fue rechazado de un templo de Diana; Antíoco el Grande tambien lo fue del de Júpiter, y los profanadores fueron vergonzosamente derrotados.

CORACENA.

Los arabes fundaron el pequeño reino de Coracena, que apenas se estendia mas allá de la ciudad de Corax, llamada antes Alejandría por el nombre de su fundador, y despues Antioquía por haberla reparado Antíoco. El nombre de Corax, que significa muelle, le tomó de un rey arabe, el que con un muelle de legua y media de largo, libertó de las inundaciones del Tigris á esta ciudad y todo el país. Todos tres nombres nos traen á la memoria beneficios que recibió esta ciudad; y solo se sabe que de los dos reyes de Coracena, que han llegado á nuestra noticia, el uno vivió ochenta y cinco años, y el otro noventa y dos.

COMAGENA.

Después de dos reyes, pasado el tiempo de Pompeyo, pues la historia no hace mención de otros anteriores, Antioco segundo, que había logrado el trono por gracia de Augusto, dejó reinando Tiberio, sin dueño su corona. Quería el pueblo rey, y los grandes pedían un magistrado romano que los gobernase. Fácilmente se da á conocer el motivo de esta diferencia de pensar, porque el pueblo desapasionado ve su tranquilidad en la autoridad de uno solo que pueda reprimir las vejaciones de los grandes; y estos preferían un representante de alguna distante potencia, al cual ellos gobiernan, y así participan de su poder. Venció la opinión de los grandes; pero duró poco su triunfo, porque Calígula dió rey á la Comagena, y después se vió reducida á provincia romana en el reinado de Vespasiano.

CALCIDENA.

Calcis era la capital del pequeño reino de Calcidena. Su situación la hizo muchas veces ser el campo de batalla de los reyes de Siria, de Damasco, de Celesiria, de Judea y de Egipto. Un Tolomeo que reinó allí se fió de Filipion, su hijo, para que fuese á traerle á Alejandra, hija de Aristóbulo, rey de los judíos, hermosísima princesa, de quien estaba enamorado. Creyó el hijo que tenía tan buen gusto como su padre, y se casó en el camino con ella; pero así que llegó á la corte le quitó el padre la vida, y tomó su viuda por esposa. Entre Lisias,



Restablecen los Judíos el Templo.

Regresados de Babilonia á su amada patria Jerusalem los Judíos, despues de setenta y un años de esclavitud, el primer cuidado de su Xefe Zorobabel fue la reedificacion del templo; y á ella contribuyó toda la nacion con la mayor actividad y zelo. Los Samaritanos sin embargo opusieron obstáculos que tuviéron suspensa la obra por muchos años; pero hay obra buena sin contradicciones?

su sucesor, y Pacoro, rey de los partos, se halla un tratado en el que se lee esta cláusula singular: *Que el parto le dará tropas contra un rey de Judea por una grande suma de dinero y quinientas mugeres.*

JUDÍOS.

Naturalmente nos lleva á tratar de los judíos la correspondencia que tuvieron con ellos los reinos cuya descripcion acabamos de hacer. Pasados los setenta y un años de cautividad anunciados por el profeta Jeremías, hizo Dios que subiese al trono de Persia el famoso Ciro, el cual en el primer año de su reinado espidió un edicto, permitiendo á los judíos volver á Judea. Algunos con su industria y destreza habian conseguido riquezas y aun dignidades en su misma esclavitud: y no fueron estos los que se dieron prisa á dejar un país del cual se habian hecho una nueva patria; sino los pobres y algunos varones zelosos, cuyo número llegaba poco mas ó menos á setenta mil. Los mas no hubieran podido emprender el viage sin las caritativas contribuciones de sus compatriotas, que se quedaron así en Babilonia como en otras partes del imperio asirio, en donde los habian vendido como esclavos.

D. del D.
2463.
A. de J. C.
535-

Los vasos sagrados que aun restaban de los que habia quitado Nabucodonosor, los entregó Ciro á Zorobabel, príncipe de la sangre real, á quien con el gran sacerdote Josué puso á la cabeza de la colonia. Procuraron juntar los buenos que hallaron, así sacerdotes como levitas, cantores y otros sirvientes del templo que iban á reedificar, y Ciro arregló las dimensiones. Esta fue la primera obra en que llegando á su patria se ocuparon los judíos;

pero se opusieron á la empresa los samaritanos que se habian ofrecido á ayudarlos. Fuese por zelo ó por desprecio, no admitieron los judíos su auxilio; y desde este punto volvieron los samaritanos á los sentimientos de enemistad que parecia querer abjurar, y consiguieron que se suspendiese la obra por muchos años; bien que se prosiguió por orden de Darío, y llegó á adelantarse de modo que se pudo hacer una solemne dedicacion.

D. del D.
2541.
A. de J. C.
457.

Ester (2541), elevada al trono de Asuero, fue para los judíos una protectora que les sirvió mucho. Su crédito consiguió que se confiase la administracion de la junta formada en Judea á Esdras, de la familia de Aaron, hombre tan zeloso como sabio. Este fue á Jerusalem con nueva gente y con dinero, proveniente de las limosnas que los ricos enviaban á sus hermanos necesitados. Se aplicó Esdras principalmente á los puntos de la religion: restableció á su estado primitivo la doctrina: hizo una edicion exacta de los santos libros, y corrigió la liturgia. Corrigió una prevaricacion importante contra la ley: porque muchos judíos, aun sacerdotes y levitas, habian contraido matrimonios con extranjeras; y Esdras los obligó á prometer con juramento, que despedirian no solamente las mugeres, sino tambien los hijos.

D. del D.
2554.
A. de J. C.
444.

A pesar del favor (2554) del monarca de Persia, no prosperaba la colonia judáica como se habia esperado. Esdras mas bien parecia un varon religioso que un hombre de estado. Neemías, que era el que servia la copa al rey de Persia, sugeto distinguido por sus luces y virtudes, tomó á su cargo el buen éxito del restablecimiento de sus hermanos. Se hizo enviar á Judea, y fue allá no como su

antecesor , con una multitud tímida y pobre , sino con una buena escolta , y con poderes muy estensos para restablecer la policía , ordenarlo todo , disponer mercados , y quitar todos los obstáculos que la malevolencia ó la envidia le opusiesen. Su primera operacion fue levantar las murallas de Jerusalem , empeñando á los mas distinguidos por su nacimiento ó sus riquezas en ir edificando casas. Cuando ya los vió á todos juntos , anunció una pública lectura de la ley ; y la hizo por sí mismo Esdras , esplicando verso por verso. El pueblo se derretía en lágrimas de arrepentimiento por sus pasadas prevaricaciones. Se aprovechó Neemías de aquella buena disposicion para hacerle venir á un empeño solemne sobre tres puntos importantes. Primero , no contraer matrimonios con las idólatras , y consentir en disolver los que subsistian. Segundo , guardar los sábados , así en cada semana de dias , como en cada semana de años. Tercero , pagar exactamente al templo el tributo para reparos del edificio y sustento de los ministros.

Se vió Neemías precisado á volver á la corte de Persia por las obligaciones de su cargo ; y no viéndole ya el pueblo , se olvidó del empeño solemne. La condescendencia cobarde del gran sacerdote , introdujo é hizo se alojasen estrangeros en lo interior del templo. Los magistrados toleraron el tráfico y comercio en los sábados , cesó el pueblo de pagar el tributo al templo y los diezmos á los levitas : se vieron los sacrificios interrumpidos , y fueron bastantes para estos desórdenes solo cinco años de ausencia. Ya volvió Neemías , y con su constancia , suavidad , egemplo y exhortaciones redujo al pueblo á sus obligaciones civiles y religiosas.

No se sabe cuanto duró el gobierno de un hombre tan virtuoso. Sin duda era muy rico, pues admitia todos los dias á su mesa ciento cincuenta de los principales de su nacion , ademas de los estrangeros de distincion que iban á Jerusalem , siendo así que no tocaba las rentas pertenecientes á su cargo de gobernador , ni las hubo despues de él ; porque todo el poder pasó enteramente á los grandes sacerdotes.

D. del D. Desde esta época se pueden atribuir las desgracias
2616.
A. de J. C. que oprimieron á los judíos á los que aspiraron á
382. esta eminente dignidad.

Joanan , el primero de estos pontífices que llegaron á ser soberanos , batalla con su hermano en el mismo templo por haber dado este con Bagoas, gobernador de Fenicia, algunos pasos para sucederle. Hirió á este hermano con un golpe que le aterró: acude Bagoas á separarlos ; pero el golpe era mortal: quiere impedir á Bagoas la entrada para que no manche el templo; pero él violenta las puertas, y dice : ¿Pues qué soy yo mas impuro que ese cadáver que está tendido á mis pies? Y como no podia producirle interes alguno el castigo corporal del homicida , le impuso una grande multa.

D. del D. El encuentro de Jado (1648), gran sacerdo-
1648.
A. de J. C. te, con Alejandro el Grande, tiene notables cir-
350. cunstancias. Iba el conquistador á Jerusalem indignado contra los judíos , que le habian negado los víveres durante el sitio de Tiro. No tenian modo de defenderse contra un ejército triunfante, mandado por un gefe tan valiente, ni Jado pensaba en eso; y así mandó que el pueblo se vistiese de blanco , al mismo tiempo que él con sus vestiduras pontificales y los sacerdotes inferiores con las

suyas propias salen al encuentro á Alejandro. El vencedor del Asia admiró aquella pompa religiosa; y acercándose con respeto al gran sacerdote, se inclinó en su presencia con veneracion. Se manifestaron sus cortesanos pasmados de ver aquella sumision, y les dijo: "No adoro yo al gran sacerdote, sino al Dios de quien es ministro: en él he reconocido el mismo hombre y el mismo ministro que Dios me presentó en sueños para alentarme á la conquista de la Persia." Habia publicado el gran sacerdote que se le habia prescrito en un sueño aquella suplicante demostracion; y Alejandro por su parte dió una causa divina á su clemencia. No se puede negar que todo esto puede explicarse sin acudir al milagro. Se sabe por el viage de este conquistador al templo de Júpiter Amon, que gustaba de que creyesen que le protegía la divinidad, y debió en esta idea el gran sacerdote esparcir tambien una opinion que diese confianza al pueblo; y llegando al vencedor podia inspirarle sentimientos favorables hácia una nacion que tenia la especial proteccion de Dios. Mostraron los judíos á Alejandro las profecías que anunciaban sus victorias: él admiró el templo, y ofreció sacrificios: durante su reinado gozaron los judíos de grande tranquilidad, y atrajo á su nueva ciudad de Alejandria grande número de ellos, dándoles muy buenos privilegios.

La exactitud de los judíos en la guarda del sábado fue causa de que Tolomeo tomase á Jerusalem. Sabiendo este que estaban determinados á no defenderse en aquel dia, se presentó, y entró en la ciudad sin la menor resistencia: hasta cien mil cautivos llevó á Egipto; y es cosa que pasma la

inmensidad de hombres que en muchas ocasiones sacaron de la Judea: ni nos presenta la historia otro pueblo que destruido siempre, como este, siempre renacia.

Con esta aventura podemos juntar la de Tolomeo Filopator, rey de Egipto, y la de Eliodoro, enviado por el gobernador de Siria, que ya contamos, pero aquí se ve con nuevas circunstancias. Admirado Tolomeo de la augusta magestad de las ceremonias, creyó que veria otras mas solemnes si entraba en la parte interior del templo, permitida á solo los sacerdotes. Quiso entrar allá, y le rechazó una potestad divina, con lo que se vió tan sobrecogido de terror, que tuvieron sus criados que sacarle fuera del templo. Peor le sucedió á Eliodoro, bien que iba con un fin mas delincuente, porque le enviaba el gobernador de Siria á sacar los tesoros inmensos, que un tal Simon, enemigo mortal del gran sacerdote Onías, le habia dicho se ocultaban en el templo. Por mas que el gran sacerdote le hizo presente el peligro de la empresa, entró muy atrevido á la cabeza de una tropa de siros; pero al instante los sobrecogió un terror repentino, y cayeron todos en tierra; y Eliodoro, como mas culpado, molido, por decirlo así, con los golpes que le dió un caballero que arrojaba resplandores de luz, tardó mucho tiempo en restablecerse. El rey de Siria, que supo esta aventura, creyó que Eliodoro no habia recibido tanto mal como decia, y siempre tentado de coger los tesoros que suponía, buscaba quien se encargase de esta comision, y le dijo Eliodoro: Si teneis, señor, alguno á quien penseis castigar, podeis enviarle, que él volverá en tal estado que no os deje duda al-

guna de la proteccion que Dios concede al templo.

El odio entre Simon y Onías fue bien funesto para los judíos, porque de él nacieron los partidos que se vieron en Jerusalem, pretendiendo unos el apoyo de los gobernadores de Siria, y otros el de los cortesanos del rey, ó el de sus consejeros. Algunos rivales se mataron, y otros mutuamente se arruinaron por el precio exorbitante á que pusieron la dignidad que pretendian. El gran sacerdocio se daba al que ofrecia mas, y llegó á verse en manos de un hombre que ni aun era judío.

Los pretendientes á la primera dignidad dividieron en bandos al pueblo: la ciudad sitió á la ciudadela, y las cabezas de los bandos eran dos hermanos que alternativamente se vieron vencedores y vencidos. No omitian castigo alguno de tormentos ó de muerte contra los que se les oponian. Antíoco, reclamado por uno de los dos partidos, todo lo llenó de horror: tomó la ciudad en tres dias, y fueron vendidos á los vecinos pueblos hasta cuatro mil judíos, y se llevó los vasos, ornamentos y dinero del templo. Impelido de una especie de rabia contra esta infeliz nacion, la hizo sufrir la pena de humillacion que él habia sufrido en Egipto de parte de los romanos; y así dijo á Apolonio, que era uno de sus tenientes: Ve á saquear las ciudades, pasa los hombres á cuchillo, y vende sus hijos y mugeres. Con toda exactitud se ejecutó esta cruel orden, principalmente en Jerusalem. Esperó Apolonio que llegase el dia del sábado, cuando se juntaban los judíos, y no podian defenderse: soltó los soldados contra la multitud desarmada: despues de la matanza entregó la ciudad al saqueo; y los siros, que destruyeron los mas

hermosos edificios, edificaron con las ruinas en la ciudad de David una fortaleza que dominaba al templo.

Entonces cesaron los sacrificios, que por desgracia eran el único acto de religion que habia quedado en un pueblo dividido entre sus pontífices soberanos, ocupado en la eleccion, entregado al cisma, y abandonado de sus sacerdotes, retirados por no sufrir las vejaciones de sus gcfes. Apenas restaban señales exteriores de culto, y hasta la circuncision se miraba con desprecio. Pero en medio de esta indiferencia casi general, se hallaron hombres de sincero afecto á su religion, que con sus discursos y egemplos volvieron á encender el fuego casi apagado del zelo.

Se descubrió este zelo con la ocasion de haber prohibido Antíoco con un edicto que se adorasen en sus estados otros dioses que los suyos, y recibieron órdenes especiales los gobernadores de Judea de mantenerse inflexibles en la egecucion. Ateneas, ministro de Antíoco, enviado á Jerusalem, dedicó el templo á Júpiter Olímpico, y colocó la estatua del falso dios en el altar de los holocaustos. Á presencia de esta estatua obligaban á sacrificar; y los que se resistian, allí mismo perdian la vida, ó los condenaban á perecer en los suplicios. De este modo se vió la Judea entera hecha el teatro de las idolatrías paganas. Se prohibió con severas penas guardar el sábado y circuncidarse, estendiéndose el rigor contra las mugeres que cuando parian circuncidaban los hijos. Á estas infelices madres las paseaban por las calles de Jerusalem con sus niños colgados al cuello, y despues las precipitaban de lo alto de los muros. Quitaron las vi-



Crueldad de Antioco.

No contento el cruel Antioco con la opresion á que reduxo á la desgraciada nacion judía, se empeñó en extinguir sus ritos religiosos, y les prohibió hasta la circuncision, con tal rigor que á las madres que circuncidaban á sus hijos se los colgaban del cuello, llevándolas así por las calles de Jerusalem á precipitarlas de los muros. Era hombre Antioco; pero fue, como otros, oprobrio de los hombres.

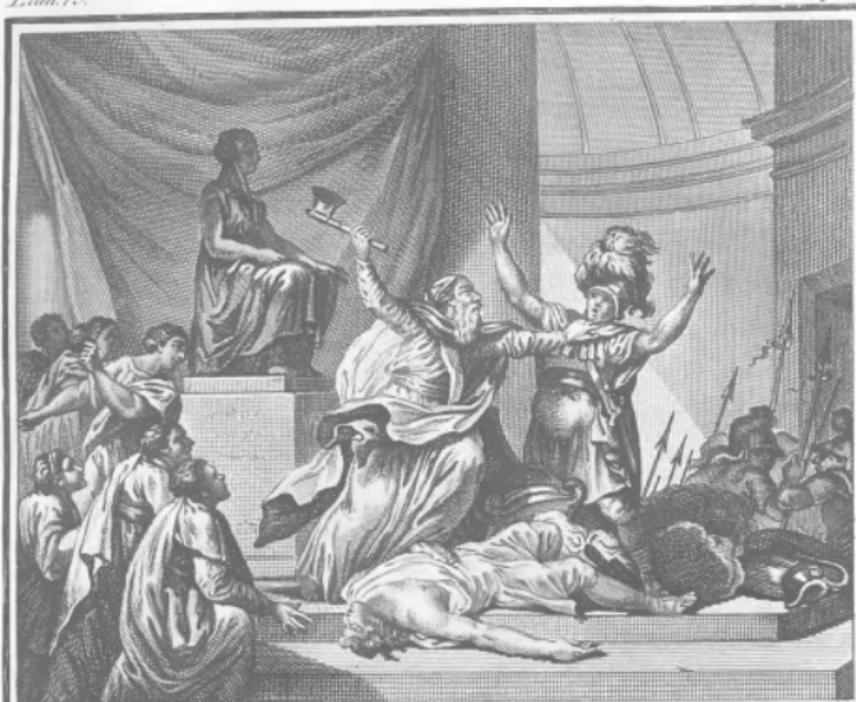


das aun á los que habian sido simples testigos de la circuncision.

El bárbaro Ateneas sorprendió á una multitud que se habia juntado en una caverna para celebrar el sábado; y despues de haberles ofrecido inútilmente el perdon, si querian abjurar la religion de sus padres, viendo que se resistian, esperó al dia del sábado, y entonces, sin hallar la menor resistencia, hizo pasar á cuchillo hombres, mugeres y niños. Destruyeron sus oficiales cuantos libros sagrados pudieron hallar, y daban la muerte á todo judío que fuese convencido de tenerlos guardados en su casa. Entre aquellos cuya heroica constancia recibió la corona del martirio, se nota la del anciano Eleázaro. Le suplicaron los mismos verdugos que permitiese solamente presentarle no las carnes sacrificadas á los dioses, ni la carne del cerdo, sino carnes permitidas, para que se pudiese fingir que obedecía al rey; pero el virtuoso anciano respondió: Que mas queria morir con la muerte mas cruel, que incurrir en el cobarde disimulo, que tal vez imitarian otros; y fue con grande constancia al suplicio. Tambien triunfó de la rabia del mismo Antíoco en persona la madre de los siete hijos llamados Macabeos: creyó el bárbaro que venceria el valor de esta muger entregando sucesivamente al suplicio los hijos en su presencia; pero tuvo esta valerosa madre constancia para exhortarlos á morir uno despues de otro, y fue la última que espiró en manos de los verdugos.

No solamente era cruel la persecucion en Jerusalem la capital. Por mas que huyeron muchas familias distinguidas de esta ciudad infeliz, fueron

los egecutores de la voluntad del rey á atormen-
tarlas en el retiro que habian buscado. Llegó Ape-
les, que era uno de los enviados de Antíoco, á
Modin, ciudad pequeña, adonde el sacerdote Ma-
tatías se habia retirado con su familia; y segun
las órdenes que llevaba, juntó el pueblo para in-
timarle cuál era la voluntad de Antíoco. Espe-
rando que el egemplo de Matatías y de cinco hi-
jos de este haria una impresion victoriosa en la
multitud, hizo cuanto pudo para seducirle, ofre-
ciéndole así á él como á sus hijos con prodigalidad
las promesas mas lisonjeras; pero respondió el vir-
toso padre, esforzando la voz para que le oyese
todo el pueblo: "Aunque la nacion entera y el
universo todo obedeciesen á la voluntad del rey,
mis hijos y yo permaneceremos fieles á Dios hasta
el último suspiro." Acabadas de decir estas pala-
bras, se adelantó un judío á sacrificar á los ido-
los; y Matatías, penetrado de dolor, y acordán-
dose de lo que mandaba la ley de Moises en tales
circunstancias, se arrojó al apóstata y le quitó la
vida. Sus hijos mataron á puñaladas al enviado
del rey: arruinaron el altar y los ídolos, gritan-
do por la ciudad: *Los que conservan amor á la
ley de Dios, nos sigan.* Así salieron al desierto, y
los acompañaron muchos judíos huyendo de la
persecucion. En poco tiempo se vió Matatías á la
cabeza de un pequeño egército, y tuvo valor para
presentarse en campaña. Ya habia consultado á
los doctores sobre el descanso del sábado, cuya rí-
gida observancia tantas veces habia costado cara á
los judíos. Le respondieron que bien podian tomar
en sábado las armas para defenderse. Esta decision,
comunicada secretamente al pueblo, adquirió fuer-



Zelo de Matatías.

No pudiendo sufrir el zelo de Matatías que un pueblo sacrificase á los ídolos, se arrojó al apóstata, y le quitó la vida en presencia de los ministros de Antíoco, á quienes matáron y ahuyentáron tambien los hijos del anciano sacerdote. llamados Macabeos, baxo de cuyas órdenes obtuviéron luego los judíos señaladas victorias contra Antíoco. Tanto podrá siempre el verdadero zelo por la gloria de Dios.



za de ley. Matatías no hizo mas que entrar en la carrera de la gloria; pero abrió el camino á sus hijos los Macabeos, que la corrieron gloriosamente.

Judas Macabeo (2833), que era el hijo mayor, tomó el mando por eleccion de su padre. Sus primeras hazañas parecerian temeridades, si en los principios de una revolucion no fuera necesario admirar con el atrevimiento. Tres victorias, que ganó con tropas muy inferiores á las de los siros, le abrieron las puertas de Jerusalem. Hizo las reparaciones mas precisas en el templo, y restableció el servicio divino. Por tener la ciudadela muy fuerte guarnicion no se atrevió á emprender el sitio, y se contentó con fortificar el templo para defenderle del insulto. Tantas felicidades escitaron una turba de enemigos á los hebreos, los cuales en su propia patria se veian mezclados con una multitud de naciones, que se habian introducido durante el tiempo de la cautividad, y nunca habian mirado con buenos ojos su vuelta los antiguos poseedores. Los siros movieron á estos estrangeros domiciliados contra los hijos de Israel, y así se veian atacados por todas partes, haciéndose la guerra con los horrores y actividad de guerra civil; pero Judas, siempre vencedor, forzó á Lisias, que era el primer general del rey de Siria, á pedir la paz. Se hizo esta pasados tres años, mediando los romanos, cuya alianza habia iogrado el general judío; bien que los otros gefes siros no creyeron que estaban obligados á cesar en las hostilidades. Continuaron pues, no solo por sí mismos, sino tambien por medio de los arabes y otros pueblos vecinos que sublevaron, prosiguiendo Judas en vencerlos.

D. del D.
2833.
A. de J. C.

165.

Permanecia siempre la ciudadela de Jerusalem en manos de los siros; y Judas hacia los preparativos para ganarla. Llegó la noticia de este proyecto á la corte de Siria, y fue contra la Judea un ejército formidable mandado por el mismo monarca; y aunque con fuerzas muy desiguales, inutilizó el general judío el principal intento, que era imponer á los judíos un yugo tan pesado que jamas pudiesen sacudirle. En las paces sacó Judas por condicion que nunca serian atormentados los judíos por su religion, aunque no pudo menos de recibir en Jerusalem al rey de Siria, que dió por pretesto para entrar que sola la curiosidad le movia; mas viéndose dentro la hizo dismantelar con la mas horrible traicion: dejó por comandante á Báquides, gobernador de la Mesopotamia; dió la dignidad de gran sacerdote á Alcimo, que á la verdad era de la familia sacerdotal; pero hombre peligroso por sus artificios, y por sus vicios despreciable.

Tenian estos dos igual interes en deshacerse de Judas: el comandante para quitar todo obstáculo á su poder, y el gran sacerdote para que no se opusiese á sus robos; y así de comun acuerdo dispusieron lazos al valiente y virtuoso Judas, el cual supo librarse de sus emboscadas. Los mayores enemigos que tenia eran los judíos apóstatas, unidos todos con Alcimo, que tambien lo era. No solo quisiera Judas romper toda conexion con los desertores de la ley de Dios, sino tambien que se les hiciese porfiada guerra. No pudo atraer á su opinion á los principales de su partido, por creer estos que la atencion y la benignidad vencerian insensiblemente la faccion de Alcimo. A la verdad,

le temió el gran sacerdote, y partió á Siria con la intencion de irritar al rey contra Judas, pintándole su fama y disposiciones como temibles. Dieron al delator un egército mandado por Nicanor, enemigo declarado de los judíos, encomendándole que no omitiese medio alguno para asegurarse del Macabeo.

Creyó Nicanor que le convenia preferir la astucia á la fuerza, y fue á Jerusalem á abocarse con Judas. Y para quitar toda sospécha habia separado de sí parte de sus tropas; pero el capitán judío advirtió, entre las cortesías del siro, sus péfidas intenciones, y se libró con la fuga. Esta precaucion prudente enfureció á Nicanor, el que prorumpió desesperado en imprecaciones contra la nacion entera, y en blasfemias contra el mismo Dios. Al ver esta rabia conocieron los judíos fieles el mal que habian hecho en no tomar las medidas de hostilidad que Judas les aconsejaba; y rodeándole todos se juntaron en suficiente número para que pudiese presentar la batalla á Nicanor. Fue el siro derrotado y muerto: volvió Judas á entrar en Jerusalem, y se aprovechó de un intervalo de paz para consolidar la alianza que ya tenian los judíos con los romanos. Hizo el senado grabar en bronce el decreto que la confirmaba; y mandó á Demetrio, rey de Siria, que nada emprendiese contra la nacion judía. No por eso dejó Demetrio de enviar, á solicitud de Alcimo, otro nuevo egército para vengar la derrota de Nicanor, bajo las órdenes de Báquides. Se vió Judas precisado á abandonar á Jerusalem: Báquides le persiguió: los judíos, asustados con el grande número de enemigos, manifestaron repugnancia en pelear, á pesar de la intrepidez de

su gefe. Este animó su valor: dió sobre los siros: derrotó el ala derecha; pero la izquierda le rodeó, y murió en el seno de la victoria. *De este modo cayó el fuerte, y el defensor de Israel.*

Le reemplazó dignamente su hermano Jonatan (2839) el que hallándose en mas felices circunstancias supo aprovecharse. Empezaba entonces la decadencia de los Seleucidas, y las quejas que tenian entre sí y con los reyes de Egipto, sus aliados, sus parientes y enemigos. A favor de esta desavenencia estableció Jonatan un poder respetable, por el que le buscan los unos y los otros. De bien pequeños principios llegó á un alto grado de elevacion. Los judíos que se habian librado de la espada de los siros, muerto Judas, se unieron con su hermano. Eran pocos, y así se retiraron al desierto, en donde fueron tomando cuerpo sus tropas, las cuales se mantenian con el pillage y saqueo de sus vecinos, casi todos judíos renegados ó paganos. Informado Báquides de que habia juntado Jonatan este egército, marchó contra él. Tuvo Jonatan valor para esperarle; pero fue desgraciado, porque Báquides le acometió, y le obligó á refugiarse en el desierto. Lograda esta victoria, y viendose el siro sin estorbo, puso guarniciones en las principales ciudades de la Judea, mandando sin resistencia. Se hizo tambien fuerte Alcimo en Jerusalem, y encerró en la ciudadela los hijos de los principales judíos afectos á Jonatan, para que le sirviesen de rehenes. No contento con esta precaucion intentó apoderarse de Jonatan; pero este se libró de sus emboscadas, y el furor mismo de sus enemigos le aumentó el número de partidarios. Volvió á tentar de nuevo la suerte de las armas, y salió vencedor. Se aprovechó el ge-

D. del D.
2839.
A. de J.C.
159.

neral judío del momento de la victoria para proponer á los siros la paz, y la juraron entre sí. A lo que parece, Jonatan, en virtud de este tratado se vió revestido de una parte de la autoridad real: gobernó la Judea con los antiguos jueces, y aplicó todos sus cuidados á la reforma del culto y al bien del estado.

Sabiendo los príncipes que se disputaban el imperio de Siria cuanto les importaba unirse con Jonatan para conservar alguna autoridad en Judea, procuraron darle á porfia señales de honor y confianza. Demetrio le restituyó los rehenes encerrados en la ciudadela de Jerusalem, y le escribió como á su amigo y aliado, permitiendole levantar tropas, y autorizandole para que pudiese fabricar armas; pero Alejandro Bala, su competidor, le hizo aun mayores favores; y confiriendole la dignidad de supremo sacrificador, acompañó esta gracia con una corona de oro, un manto de púrpura, y otros ricos presentes. Jonatan, sin despreciar el beneficio de Alejandro, quiso recibir la tiara de manos del pueblo, haciendo que este le eligiese por soberano pontífice. Volvió de nuevo Demetrio á pretender la amistad de Jonatan; pero el gran sacerdote permaneció fiel á Alejandro. Este manifestó su reconocimiento con una entera confianza, y haciendole vencedor de los envidiosos de su poder, que dieron contra él sus quejas; pero el rey de Siria no los quiso oír. En la guerra entre Demetrio y Alejandro se declaró Jonatan contra Apolonio, nombrado gobernador de Palestina por Demetrio, y derrotó su ejército. Alejandro le envió en accion de gracias un cinturón de oro, cual solian llevarle los príncipes de la familia real, añadiendo á este presente honorífico otros mas sólidos, como fueron tierras hereditarias, y la esen-

cion del tributo impuesto á los judíos. El hijo de Alejandro nombró á Simon, hermano de Jonatan, por general de todas las fuerzas de Judea.

En el gobierno de los dos hermanos llegó á ser, por decirlo así, una potencia preponderante: Esparta pretendió su alianza, y Roma renovó la suya con ella. Los reyes de Egipto no creyeron escederse en comprarla con tales señales de confianza, que llegaron hasta dar á los judíos la guardia de sus mas importantes fortalezas, y muchos cargos honoríficos así en la corte como en las provincias. Tanta conexión con este reino no podia tener al general judío indiferente sobre lo que pasaba, y contribuyó mucho para la paz entre Tolomeo Trifon y su hermano; pero este príncipe, cuya perversidad es bien conocida, temiendo que este valiente general le sirviese de obstáculo en las nuevas perfidias que meditaba, le atrajo á Tolemáida, y allí le cargó de prisiones, enviando despues á decir á Simon, que mantenía prisionero á su hermano porque le debía cien talentos, y que si le enviaba esta suma y los dos hijos de Jonatan en prendas, pondria al padre en libertad. El crédulo Simon envió el dinero y los dos jóvenes, y al punto que el traidor recibió el dinero, quitó la vida al padre y los dos hijos.

D. del D.
2856.
A. de J.C.
142.

Habia gobernado Jonatan (2856) la Judea con tanta prudencia como felicidad, y á los setenta años le sucedió Simon, su hermano, que ya tenia mucha edad; y por un decreto del sanedrín fue declarado príncipe y pontífice de los judíos, y el mismo decreto hacia hereditarias estas dignidades en su familia. A la verdad, ocupó un lugar distinguido entre los príncipes de su tiempo por los servicios que hizo á la nación judáica. La libró de las guarniciones es-

trangeras, que todavía se conservaban en algunas plazas importantes. Le debió Jerusalem un nuevo esplendor; y un señor de Siria, que fue con una embajada, admiraba el lucimiento de su casa, cuyos muebles casi todos eran de oro y de plata. Tenia numerosas tropas, bien disciplinadas, y mandadas por sus tres hijos, gloria y ornamento de su vejez. Tuvo la satisfaccion mas dulce para un padre, que fue verlos coronados con los laureles de la victoria; pero mientras gozaba de felicidad tan envidiable, le iba cavando el sepulcro un monstruo en su propia familia. Habia casado una hija con un tal Tolomeo, el que no contento con el gobierno de Jericó y sus cercanías, que su padre le habia dado, ni con las inmensas riquezas atesoradas, formó el proyecto de hacerse señor de toda la Judca. Con el pretesto de un convite llevó á una fortaleza á Simon y sus dos hijos, y les quitó la vida. Juan, que era el hijo tercero, y se llamaba Hircano, aunque estaba convidado, no pudo asistir: envió Tolomeo á prenderle: pero advertido á tiempo, se huyó. No sacó el ambicioso las ventajas que esperaba de su delito. Fue apresurado á Jerusalem para ocuparla; pero cuando queria entrar por una puerta, se presentó en otra Hircano, y recibido con preferencia le proclamaron príncipe y sumo sacerdote, como lo habia sido su padre.

Viendose Tolomeo (2864) sin esperanzas, ape-
 ló al socorro de Antíoco. Sitió este príncipe á Jeru-
 salen, y la redujo al hambre mas horrible; y este
 extremo le precisó á Hircano á aceptar las condicio-
 nes que le quiso imponer el vencedor. Consistían es-
 tas en que pagase una grande suma de dinero, y ar-
 ruinase las fortificaciones de Jerusalem. Nada ha-

D. del D.
 2864.
 A. de J. C.

134.

bia incluido en el tratado del parricida Tolomeo que se entregó á la fuga, y no se sabe el castigo que su delito le mereció. Hircano, ó por fuerza, ó por reconocimiento, acompañó á Antióco en la guerra contra los partos. Las turbaciones que sobrevinieron, en las cuales perdió Antióco la vida, proporcionaron al gran sacerdote de los judíos los medios de sacudir para siempre el yugo de los reyes de Siria, y aun hizo una invasion, con la que dilató sus dominios, no solo por aquella parte, sino tambien hácia la Arabia y la Fenicia. Convirtió Hircano sus armas contra los samaritanos, vecinos muy incómodos: arruinó totalmente á Samaria, y destruyó el templo que habian edificado sus habitadores en el monte Garicim. No fue menos señalado su reino por su prudencia que por sus hazañas. En su tiempo se restableció la religion en toda su pureza, dando él mismo ejemplo en la frecuencia de las santas ceremonias. Volvió el templo con su cuidado á recibir nuevo esplendor: le enriqueció y fortificó. Levantó los muros de Jerusalem: cultivó la alianza con los romanos, y dejó sus estados muy florecientes á su hijo Aristóbulo.

D. del D.
2892.
A. de J. C.
106.

Hizo este príncipe (2892) lo que sus mayores no habian conseguido, que fue tomar el titulo de rey; pero no tuvo la corona mas que por un año, y la manchó con la sangre de su madre y de su hermano. Si hubiera excusa para estos delitos, podria decirse que los cometió á instancias de su muger, y aun añadir para rebajar el horror, que fue tal su arrepentimiento que con él perdió la salud entre convulsiones violentas, á las que se siguió la muerte. De tres hermanos que tenia, el que subió al trono fue Alejandro, que quitó la vida al segundo porque le daba alguna sospecha; pero trató con a mis-

tad al mas jóven, llamado Antígono, que siempre aspiró á una vida regalada y pacífica.

Cuando una religion (2894) ha sido por mu- D. del D.
2894.
A. de J. C.
104.cho tiempo la de una nacion entera sin alteracion, y empieza á experimentar algun movimiento, necesariamente se forma la diversidad de opiniones, segun la relajacion mayor ó menor, así en el dogma como en las prácticas exteriores. Las persecuciones de los reyes de Siria por una parte habian hecho hombres zelosos, por otra habian conseguido que muchos examinasen hasta dónde podia llegar la condescendencia con las órdenes de los reyes, sin tocar en lo esencial de la religion judáica. Unos afirmaban que por ningun pretesto era permitido suavizar el rigor de los preceptos que solo eran de liturgia; y si les decian que el testo de Moisés no prescribia tanta severidad, citaban tradiciones de sus mayores, pretendiendo darlas la misma autoridad que á los santos libros. Los otros por el contrario decian que no era pecado contra la religion sustraerse con algunas mitigaciones de la vejacion y la ruina; y despreciando las tradiciones como arbitrarias y peligrosas, se atenian al testo, cuya brevedad daba lugar á interpretaciones favorables. Los primeros eran de costumbres austeras, efecto de estar prontos para sacrificar su hacienda y vida antes que sufrir que se tocase en la letra de la ley, y con esta severidad lograron la estimacion de los pueblos. La opinion de los segundos era propia para agradar á los grandes, que acostumbrados á los placeres adoptaban con gusto los medios de perpetuarlos quitando los escrúpulos. Estos se llamaron saduceos, y los otros fariseos tal vez por el nombre de sus principales maestros.

En los fariseos se reprende el orgullo y la in-

tolerancia para con todos los que no pensaban como ellos, y especialmente para con los saduceos. Se diferenciaban las dos sectas en que los fariseos creían la inmortalidad del alma, la resurrección y los premios en la vida futura. Los saduceos se manifestaban más que indiferentes acerca de estos artículos de fe, principalmente en la práctica. Apenas pensaban más que en los bienes de este mundo; y así podemos considerarlos como los epicúreos del judaísmo. Además de la diferencia de principios, que es la fuente más común del furor y el odio, se puede atribuir el de los fariseos contra los saduceos á aquella secreta envidia de los que no tienen contra los que gozan: pasión fogosa que los rigoristas siguen algunas veces sin advertirlo. Estos creen que los abrasa el zelo, y es la envidia. Creyó Jonatan ganar sus corazones lisonjeando á su orgullo, y así los consultó sobre su conducta. "Declaradme libremente, dijo á las principales cabezas, que tenía á la mesa consigo, si tenéis que reprender en mi modo de gobernar, porque estoy resuelto á observar rigurosamente las leyes de Dios y vuestras máximas." Todos los convidados exaltaron su valor, zelo y piedad; pero uno de ellos, llamado Eleázaro, llegándole el turno de hablar, dijo sin reparo: "Si quereis merecer los elogios que aquí os dan, no os resta otro partido sino el de renunciar al supremo sacerdocio, contentandoos con la autoridad civil. Esta audacia, que no fue desaprobada suficientemente por los otros, ya manifestó á Jonatan el espíritu de toda la secta; y para vengarse favoreció abiertamente á los saduceos; y si no hubiese sido el castigo tan severo, hubiera ahorrado á su hijo Alejandro las pesadumbres que le dieron los fariseos.

Verisímilmente el deseo que habian manifestado á Jonatan, de que se contentase con la autoridad civil, escogiendo de su secta el sumo sacerdote, se avivo cuando vieron en el trono un príncipe de un poder poco seguro para que ellos le temiesen como habian temido á su padre. Trabajaban con disimulo por desacreditarle en el espíritu del pueblo, y el desprecio que ellos inspiraron rompió en la fiesta de los tabernáculos. En esta llevaban ramos de palma, de naranjo y de otros árboles. En el momento mismo en que iba el sumo sacerdote á celebrar el sacrificio se vió por todas partes asaltado con los frutos de estos árboles pendientes de la rama, é insultado con gritos insolentes y amenazas. No se quedó sin venganza esta afrenta, porque el gran sacerdote, indignado, mandó á los soldados que diesen sobre los culpados é insolentes; y se dice que murieron hasta seis mil, y los otros huyeron: desde entonces siempre dió sueldo Alejandro á seis mil extranjeros. Esta primera rebelion degeneró en una guerra civil que duró seis años, y costó la vida á mas de cincuenta mil rebeldes, sin contar la pérdida de parte del rey, y las calamidades de la Judea. No omitió Alejandro, aunque vencedor, diligencia alguna para sosegar los espíritus; pero como trataba con hombres groseros, escitados por una secta soberbia y vengativa, no consiguieron sus atenciones sino hacerlos mas atrevidos. Se abatió hasta enviarles á preguntar qué era lo que pedian para darles satisfaccion; y le respondieron: *Que se degüelle: y es lo menos que puede hacer por los males que ha causado á la nacion.*

Con esto ya el rey se dejó de atenciones; y viéndose los rebeldes apretados apelaron al socorro de

Demetrio. Llegaron á las manos los egércitos, y fue vencido Alejandro; pero ó su pérdida no fue grande, ó fue prontamente reparada, pues muy presto pudo dar segundo combate con éxito favorable, y haciendo grande matanza en los revoltosos. Ya los habia dejado Demetrio, y los gefes principales se retiraron del campo de batalla á la fortaleza de Beton, en donde el rey los sitió, y habiendola tomado dejó correr libremente su venganza. Hasta ochocientos fueron enviados á Jerusalem, y puestos en cruces en el mismo sitio y en el mismo dia; y no siendo suficiente este suplicio para su resentimiento, mandó que degollasen á los ojos de los moribundos sus hijos y mugeres.

Esta terrible egecucion le aseguró la tranquilidad en su reinado; pero no cambió la disposicion de los corazones, y prueba de esto son las precauciones que tomó al morir, pues dijo á su muger Alejandra: "Cuando yo haya muerto haz que vengan los fariseos, manifiéstales mi cuerpo, y di que quieres abandonarle á su arbitrio, y que así pueden privarle de la honra de la sepultura para vengarse de los males que yo les he hecho. Asegúrales que estás determinada á seguir sus consejos en el gobierno del reino, y cuenta con que ellos, muy lejos de deshorrar mi memoria, se darán prisa á celebrar mis funerales, y que tú reinarás con plena autoridad." Bien conocida tenia Alejandro á esta soberbia secta: todo sucedió como lo habia dicho; porque los fariseos, lisonjeados con la condescendencia de la esposa, hicieron á su marido magnificas exequias, grabando sobre el sepulcro de su enemigo los nombres de héroe y de padre del pueblo. Alabaron sobre todo (2922) los fariseos la grau-



Rigor de Alexandro.

Refugiados los rebeldes en Bétan, sitio' y tomó la plaza Alexandro, con lo que cayeron en su poder; y haciendo crucificar en Jerusalem á ochocientos en un mismo lugar y en un mismo dia, les redobló el tormento mandando degollar á los ojos de los moribundos sus hijos y mugeras. ¿Quién sabrá tan horrible execucion que no abomine la venganza personal de Alexandro disfrazada con el sagrado velo de la justicia?



de prudencia que el rey habia manifestado al morir, dejando el gobierno en manos de la reina, porque contaban sacar grandes ventajas de esta eleccion. Tenia Alejandra dos hijos: al mayor, llamado Hircano, de edad de treinta años, por ser incapaz de reinar le hizo soberano pontifice; y al segundo, que era Aristóbulo, mozo atrevido y emprendedor, le conservó consigo, pero sin darle parte en la autoridad. De este modo quedó el cetro separado de la tiara. Conociendo los fariseos la debilidad de la reina, la pidieron tres cosas de grande importancia: la revocacion de los edictos dados en los dos reinados últimos contra su doctrina: un perdon general para sus partidarios por toda especie de delitos ya cometidos: que llamase á los desterrados y fugitivos con la restitucion de sus bienes. Conseguidos estos puntos, pidieron el castigo de los que habian aconsejado á Alejandro el suplicio de los ochocientos crucificados. Con este pretesto establecieron una terrible inquisicion. Cada dia se veian arrastrar al suplicio algunos de los mas fieles al rey, á quienes sus enemigos deshonraban con el título de saduceos. Suspiraba la reina, y lo sufría: esta persecucion duró por muchos años. Por último, algunas cabezas del partido oprimido, cuyo principal era Aristóbulo, fueron á suplicar á la reina que pusiese fin á estas vejaciones; y si no se sentia con suficiente fortaleza para reprimir la rabia de los fariseos, les permitiese salir del reino.

Esta proposicion asustó á la reina, temerosa de que si dejaba salir á los saduceos se hallaria sin defensa en poder de sus enemigos. Hubo negociacion, y concedió Alejandra á los perseguidos plazas en que pudiesen hacerse fuertes para defenderse de la

persecucion. En cuanto á su hijo Aristóbulo le ocupó en una guerra estrangera; pero no estuvo en ella mucho tiempo, porque una enfermedad que sobrevino á su madre, cuyos síntomas anunciaban que podia llevarla al sepulcro, le hizo tomar nuevas medidas: porque en este caso no sería en Aristóbulo prudencia permanecer en la corte investido por sus mismos enemigos. Salió pues clandestinamente, y se retiró á la fortaleza de Agata, cuyo gobernador era Gabesto, amigo antiguo de su padre. Entró Gabesto con grande gusto en las miras del príncipe, y siguieron su egemplo los gobernadores de las plazas fuertes más principales. El mismo pueblo, á quien la faccion farisáica habia tratado con altivez y dureza cuando creia que ya no le necesitaba, se declaró por todas partes en favor de Aristóbulo.

Entre tanto se empeoraba la enfermedad de Alejandra, y los fariseos asustados se aprovecharon de los últimos momentos para que declarase rey al pontífice Hircano. Este fue el último acto del débil reinado de Alejandra, en el que se aumentaron las facciones que quitaron el cetro á la familia de los Asamoneos. Los dos partidos levantaron sus egércitos: se apoderaron los fariseos de la muger y los hijos de Aristóbulo, teniéndolos en rehenes. Una batalla que perdió el partido de Hircano decidió la querella: recobró Aristóbulo su muger y sus hijos, y compró Hircano la paz á costa de la dignidad de rey y la de pontífice, haciendo la dimision en favor de su hermano.

D. del D. Habia en Idumea (2934) un hombre llamado
2934. Antípatro, nacido en aquel pais, y prosélito judío.
A de J. C. Este por su habilidad se habia conciliado la esti-
64.

macion del rey difunto y la de su muger, y conseguido el gobierno de su patria: esperando que Hircano sería el sucesor se habia declarado abiertamente por este príncipe; y para defenderse del resentimiento de Aristóbulo, despues de la renuncia de Hircano se unió con mas estrechos lazos á los fariseos, y les inspiró el mayor temor de las venganzas meditadas por Aristóbulo, diciendo que solo esperaba el momento favorable para ponerlas por obra, y que nunca debian fiarse de él. Bien pesado todo, concluyó este partido que no estaba seguro si no colocaba á Hircano en el trono. La mayor dificultad consistia en que aceptase este príncipe, demasiado indolente, para llegar á creer que su hermano tuviese intencion de quitarle la vida; pero Antípatro no cesaba de inspirarle el mas vivo temor, repitiéndole cada instante al oido estas terribles palabras: *Vuestra vida está en continuo peligro, es preciso que os resolvais á reinar ó á morir.* Mas bien forzado que persuadido permitió se implorase el socorro de Aretas, rey de Arabia. Al principio solamente habia pedido Antípatro al arabe que diese asilo á su príncipe, porque estaba su vida amenazada y en grande riesgo; pero cuando le llevó á la corte de Aretas dió bien á entender el arabe diestro que pues el favor que le pedia no podia menos de ponerle en mal con Aristóbulo, no le quedaba otro recurso, para evitar una dilatada guerra, que hacer los esfuerzos posibles para colocar á su protegido en el trono. Abrazó este consejo, y Aretas marchó á Judea. Aristóbulo, que se vió sorprendido, abandonó el campo despues de un desgraciado combate, y se retiró á Jerusalem.

Tenian los romanos sus generales, que en aque-

llos países se enriquecían con los despojos de los pueblos á pretesto de protegerlos. Suplicó Aristóbulo á Pompeyo que le librase de Aretas en virtud de la antigua alianza; y esta súplica, apoyada con una buena cantidad de dinero fue oída. Dió orden al rey de Arabia para que saliese de Judea, y obedeció. Despues se trató de la decision del derecho de los dos hermanos á la corona de Judea. Estos habian enviado dos embajadores al general romano; pero quiso verlos en persona en su tribunal, y comparecieron en Damasco, en donde se ventiló el asunto solemnemente. Se advirtió que Aristóbulo iba acompañado de muchos jóvenes vistosamente adornados, como si hubieran ido á espectáculos ó fiestas. Por esta compañía se puede hacer juicio de su consejo. Hircano iba con Antípatro, cuya destreza le hubiera dado el triunfo si Pompeyo no hubiese necesitado entretener algun tiempo mas á Aristóbulo; pero este, cansado de la indecision, salió de Damasco resuelto á defender su derecho con las armas. El general romano le fue siguiendo hasta Judea, y hubo entre los dos conferencias, durante las cuales estendió Pompeyo su poder, y precisó al infeliz á que enviase á los gobernadores orden de entregar las fortalezas á los romanos. Se ve que lo hizo por fuerza, y tal vez por salir de las manos en que se habia puesto con imprudente confianza, pues se refugió precipitadamente en Jerusalem. Cuando él vió á Pompeyo cerca de los muros, por evitar los males que habian de recaer sobre la santa ciudad y su pueblo, se entregó el infeliz á discrecion de los romanos, suplicando que perdonasen á los judíos, y prometiendo hacer que abriesen las puertas de la ciudad, dando al mismo tiempo grande suma de

dinero para rescatarla del saqueo; pero cuando Pompeyo se presentó, bien fuese que Aristóbulo mudó de parecer, ó que prometió mas de lo que podia cumplir, hallaron los romanos cerradas las puertas: Pompeyo le cargó de cadenas, y atacó á la ciudad.

Habia dentro dos partidos: el de Aristóbulo queria defenderse hasta el último extremo; mas prevaleció el de Hircano, que admitió á los romanos, y aun los ayudó en sus trabajos para atacar al templo. Era este edificio una especie de fortaleza, y la tomaron por asalto. Perecieron mas de doce mil judíos, así por la espada del romano como por la de sus compatriotas, que con el espíritu de faccion se desnudaron de todo sentimiento de piedad. Durante esta carnicería continuaron los sacerdotes cumpliendo con tranquilidad con su ministerio, y se dejaron degollar al pie del altar sin la menor resistencia. Apenas se puede creer la inmensidad de riquezas que tomó el vencedor, y la prodigiosa multitud de vasos de oro, de un peso que admira: hasta una viga de oro macizo. Este botin adornó el triunfo de Pompeyo en Roma, juntamente con Aristóbulo, dos hijos, Alejandro y Antígono, y dos hijas. Puso el vencedor á Hircano en posesion de su dignidad de pontífice supremo, y le dió el título de príncipe tributario de la república, quitándole el nombre de rey, y reduciendo la Judea á sus antiguos limites.

Hircano, puro fantasma de rey, solamente perdió el título; porque toda la autoridad estaba en manos de Antípatro. Ya llegó el tiempo de decir que este idumeo fue padre de Herodes. La fortuna del hijo es un presupuesto para interpretar la conducta del padre, sin que haya necesidad de referir los motivos. Antípatro, siempre atento á su Hircano,

se manifestó como el órgano y el defensor de un príncipe débil, al mismo tiempo que trabajaba ambicioso por su propio interes. Espiaba continuamente las ocasiones de dar gusto á los romanos. Escauro, amenazado del hambre con su egército en Arabia, recibió oportunamente de Hircano víveres en abundancia: tambien hizo que el rey Aretas diese al general romano una suma muy grande para librar su pais del saqueo, y de este modo se congració con los dos: al mismo tiempo adoraba á Hircano, que era su ídolo, procurando para él de parte de los atenienses una corona de oro y una estatua en el templo de las Gracias.

Alejandro, hijo de Aristóbulo, escapó en Roma de la prision, y fue á renovar la guerra en Judea. Pero rodeado él y su pequeño egército de los romanos y de Antípatro, cuando estaba para rendirse, consiguió su madre la paz, mediando para esto Antípatro. En consecuencia de la paz dividió el general Gabinio la Judea en cinco distritos, gobernando un magistrado cada uno de ellos. Esta division podia, muriendo Hircano, facilitar á Antípatro apoderarse del reino por partes, mas bien que si le hubieran dejado entero. Poco tiempo despues se huyó Aristóbulo de Roma, y fue, como su hijo, á Judea; pero menos venturoso que él. Tomaron los romanos por asalto la plaza donde se habia retirado despues de la derrota, y le enviaron á Roma lleno de heridas. Volvió á presentarse Alejandro, y le venció Casio ayudado de Antípatro. Entre tanto vió el infeliz Aristóbulo un vislumbre de esperanza, porque César se hizo dueño de Roma, y resolvió enviarle á Judea para resistir á Antípatro, partidario de Pompeyo, pues ya apenas se

hablaba de Hircano. Dieron veneno á Aristóbulo; y acusaron de este delito á los amigos de Pompeyo. La desgracia de Alejandro, que por orden espresa de Pompeyo fue degollado en Antioquía, autorizó las sospechas sobre los autores de la muerte de su padre. Nos compadecemos de Pompeyo cuando le vemos asesinado por Tolomeo en Egipto; pero se convierte en indignacion la lástima cuando se consideran las atrocidades que hizo por su ambicion.

Al punto que supo Antípatro su muerte llevó socorros á César en Egipto, y consiguió de él la misma estimacion y afecto que habia mostrado á su rival. Nuevos servicios y distinguidas pruebas de valor, que Antípatro dió á tiempo en una batalla que facilitó á César la conquista de Egipto, le merecieron el título de procurador de Judea y ciudadano de Roma: y por atencion á él volvió César á los judíos todos sus privilegios, ordenando que los motivos de este beneficio se grabasen en una lámina de bronce, título muy honorífico para Antípatro, cuyo nombre no se olvidaba en el edicto.

Júzguese ahora cómo sería recibido despues de estos favores Antígono, hijo menor de Aristóbulo, cuando fue á Siria pidiendo justicia por la muerte de su padre. En vano hizo presente á César que aquel desgraciado príncipe habia sido víctima de la preferencia que le habia dado contra Pompeyo: en vano reclamó alguna porcion de la herencia de su padre: porque los servicios de Aristóbulo se habian quedado en voluntad, los de Hircano y del procurador de la Judea eran reales, y aun recientes. Trataron á Aristóbulo y á Alejandro de sediciosos, que habian sido siempre enemigos de los romanos, y se decidió que el último habia sido degollado por un jui-

cio justo: y para que viese Antígono que se le habia aficionado sin razon Antípatro, César renovó en favor del último todos los privilegios concedidos á los judíos: se los confirmó el senado, y ademas les permitió edificar de nuevo los muros de Jerusalem.

Antípatro soberbio con tantas felicidades, volvió triunfante á Jerusalem con Hircano, á quien hacia los honores, guardando para sí el poder. Entonces fue cuando le sirvió la division de Judea en distritos. Dió el gobierno de Jerusalem á Fasael, su hijo mayor, é hizo á Herodes, que era el segundo, gobernador de Galilea, y nombró por gefes de los judíos á los que merecian su confianza. Recorrió la Judea con Hircano como si fuera sujeto á sus órdenes; pero sin su autoridad limpió el pais de salteadores, y restableció en todas partes la policia y la paz. Lo mismo hacia su hijo Herodes en su gobierno, pero con menos atenciones y respetos á la formalidad que su padre. Prendió á un tal Ezequías, cabeza de una tropa indisciplinada y robadora, y le mandó matar con sus cómplices sin forma de juicio.

Este acto de autoridad sirvió á los envidiosos de Antípatro y de su familia para atacar á Herodes, citándole ante el sanedrin presidido por Hircano. Se presentó el gobernador de Judea no en el traje de un particular que va á dar cuenta de su conducta, sino vestido de púrpura, y entre una juventud altiva y gente armada. Esta escolta sobrecogió al tribunal, y ninguno se atrevia á ser el órgano de la queja. No obstante, Sameas, hombre respetable por su integridad, se levantó y acusó á Herodes no solo de la maldad que le traia ante el sanedrin, sino tambien de su atrevimiento en comparecer como desafiando á los jueces; y concluyó

con estas palabras: "Lo que me pasma es que le sufran el pontífice y el sanedrín: Dios no es menos justo que poderoso; y este mismo Herodes, á quien quereis absolver por agradar á Hircano, algún dia os castigará á vosotros y á Hircano." Se cumplió esta profecía, porque subiendo Herodes al trono quitó la vida al gran sacerdote y á todos los jueces, á escepcion de Sameas, á quien despues siempre honró. Por ahora se retiró con altivez sin que se atreviesen á decidir; bien que con intencion de que el sanedrín se arrepintiese de solo haberle citado. Levantó un egército para vengarse del tribunal y del mismo Hircano, pero le detuvo Antípato.

Parece que por este tiempo se habia formado en la corte de Hircano un partido contra Antípato y su familia, siendo el gefe un tal Malco que habia ganado la confianza de aquel pontífice débil. Antípato ó no lo advirtió, ó no tomó las suficientes precauciones, pues fue envenenado en la mesa de Hircano. Malco no tardó mucho en pagar su delito, porque Herodes le hizo matar á puñaladas al mismo lado de Hircano. Mas bien se puede decir que la familia idumea dominaba á este príncipe, que no que él la era aficionado: su afecto á los asamoneos se renovaba cuando alguno de ellos se presentaba para hacer valer sus derechos. De esto dió una prueba señalada con Antígono su sobrino, hijo de su difunto hermano Aristóbulo. Fue este á Antioquía en donde estaba Marco Antonio á dar sus quejas contra los idumeos, y sobre todo contra Fasael y Herodes, usurpador del supremo poder. Se hallaba Hircano presente á un pleito de esta importancia, y los dos hermanos tenian zelo-

sos defensores. El triunviro, no sabiendo que determinar, preguntó al mismo Hircano cual de los dos partidos era el mas propio para gobernar el pais, y él tuvo la flaqueza ó la buena fe de responder que eran los dos hermanos. Entonces Marco Antonio les confirió la dignidad de tetrarcas, que parece daba la suprema autoridad, y condenó á muerte á los acusadores; bien que Herodes los salvó intercediendo por ellos. En general fue este príncipe mientras no tuvo la corona benigno y humano, sin duda porque estaba espuesto á las represalias.

Antígono, vencido en juicio, apela á las armas; y por medio de cien talentos y quinientas mugeres se empenó Pacon, rey de los partos, en conquistarle la Judea y deponer á Hircano. Se vió el reino invadido, y Fasael con Herodes, siempre dueño de Hircano, se hacen fuertes en Jerusalem, donde pelearon con fiereza; y por una especie de tratado pusieron á Hircano y á Fasael en manos de Antígono. El sobrino, así que tuvo en su poder al tio, le mandó cortar las orejas para dejarle incapaz de egercer la dignidad de gran sacerdote. Fasael se quitó la vida, temiendo que le diesen tormento. Herodes, que no se habia obligado al tratado, salió de Jerusalem con su madre, Salomé su hermana, Mariamne, esposa prometida, su hermano Feroras y Alejandra, madre de Mariamne, y tia de Antígono. Esta fugitiva tropa fue muchas veces atacada por los partos; pero Herodes la defendia como un leon, hasta que la depositó bajo la guardia de su hermano José con una guarnicion escogida en Masada, fortaleza de Idumea.

Fue él á buscar socorro en donde creyó poder hallarle, y empezó por la Arabia. Ya no ocupaba el trono Aretas, amigo y protector de su padre; y Molo, su sucesor, no quiso darle el dinero que pedia. Pasó á Egipto, y halló mucha consideracion y honores en la reina Cleopatra; mas no tropas ni dinero. Mientras estaba en Egipto, avergonzado Molo de haberse negado, le suplicó que volviese á Arabia prometiéndole ayudarle. Herodes despreció altivo un socorro que llegaba tarde, y partió á Roma. Aquí fue su triunfo, porque Antonio le tomó altamente bajo su proteccion. La ambicion del príncipe idumeo se reducía á colocar en el trono á Aristóbulo, hermano de su querida Mariamne, y á gobernar bajo su autoridad los negocios, como su padre lo habia hecho con Hircano; y sin duda el amor le inspiraba esta moderacion. Antonio, á quien esta pasion arrastró despues á otros muchos sacrificios, no lo aprobó, y así le dijo: *Vos reinareis*. Tomada esta resolucion fue Antígono declarado por el senado enemigo de los romanos, y Herodes fue rey de los judíos, con promesa de otros mas grandes auxilios. Parte pues á la Judea: libra á su familia, reducida en Masada á la última estremidad, y sitia á Antígono en Jerusalem.

Diversos obstáculos retardaron el buen éxito del sitio. Pidieron las tropas cuarteles de invierno antes de tiempo, y se mostraron descontentas con los víveres. Los capitanes romanos y otros pedia dinero: volvian á pedir mas, y nunca estaban contentos. Herodes levantó el sitio por salir de la dificultad; pero sin perderle de vista. El tiempo de esta interrupcion le empleó en perseguir los sal-

teadores de Galilea: estos se refugiaban en unas cavernas inaccesibles; pero Herodes hizo fabricar cofres, en los cuales, colgados con cadenas de hierro, bajaban los soldados hasta la entrada de las cavernas, y hacian perecer á los ladrones con el humo ó con las armas. Pero los que habitaban estos asilos no todos eran ladrones, tambien habia judíos zelosos que preferian la muerte á la vergüenza de sujetarse á un idumeo, simple, prosélito y medio judío, como ellos le llamaban. Uno de estos hombres tenaces y feroces, no teniendo modo de escapar, é impacientado con los ruegos de su muger y siete hijos que querian rendirse, se puso en la entrada de la caverna, y segun querian salir su muger y sus hijos los iba matando: arrojó sus cuerpos del monte abajo, y se precipitó á sí mismo; pero antes cargó de mil imprecaciones á Herodes, el que no pudiendo llegar adonde estaba, le suplicaba desde lejos que perdonase á su familia y á su persona.

Despues de estas expediciones volvió al sitio de Jerusalem: la ciudad baja no hizo mucha resistencia; pero la alta, adonde se habia retirado Antígono, resistió cinco meses á pesar de los horrores del hambre, y fue tomada por asalto. Fue grande la matanza, y Herodes rescató el saqueo del templo satisfaciendo al soldado con su propio dinero. Libró á cuantos pudo de ser víctimas de la primera ferocidad de los vencedores, Antígono se habia rendido pidiendo la vida; pero la política de Herodes no sufrió que la conservase, y empleó tambien el dinero en que Antonio, á cuya presencia le llevaron, mandase darle la muerte.

D. del D.
2962.
A. de J. C.
36.

No se puede negar (2962) que tenia Herodes

grandes prendas, ni que á la valentía de soldado juntaba la habilidad de capitán. Poseía en el mas alto grado la ciencia del gobierno, los artificios de la política, un gusto raro en la magnificencia, fortaleza en las desgracias, conocimiento de los recursos, talento para hacerse obedecer, y para conseguir la estimación y amistad de los que necesitaba. Pero tambien debe reconocerse que tuvo una crueldad capaz de desacreditar todas las virtudes con un carácter inquieto, suspicaz, asustadizo; vengativo, sin escrúpulo en los medios, ni límites en disfrutar los placeres. Ninguno se entregó mas á sus pasiones, ni recibió de ellas mayor castigo. Ya se dijo que mostraba alguna humanidad antes de llegar al trono; pero desde que subió no tuvo mas cuidado que de ejecutar dos proyectos: el de llenar sus cofres, ya vacíos por las grandes sumas que tuvo precision de dar á los romanos, y el de destruir las reliquias de la facción de Antígono. Estas dos especies de necesidad le inspiraron la resolución de robar sin piedad; y así hizo llevar á su tesoro los preciosos muebles de las casas mas opulentas, y confiscó entre otros los bienes de cuarenta y cinco ricos del partido de Antígono, á quienes quitó la vida; y para que no se le escapase un hilo de los despojos puso guardas á las puertas para que visitasen las cajas de los cadáveres, por si acaso iba en ellas alguna parte de sus riquezas.

Todavía introdujo el amor en aquel ánimo atroz algunas centellas, bien que se perdieron todas en el funesto fuego de los zelos. Estos, nacidos por la ternura, ó por la autoridad, fueron la raiz de la desgracia de Herodes y de cuantos le acom-

pañaban. Habia conseguido la mano de la hermosa Mariamne, hija de Alejandra, hermana de Hircano. Mariamne tenia un hermano llamado Aristóbulo, que estaba en la flor de la edad, y tan hermoso como ella. Su abuelo, el viejo Hircano, á quien habian llevado al pais de los partos, cuando tomaron á Jerusalem para Antígono, vivia entre ellos tranquilo y retirado, y Herodes habia puesto en su lugar, en la dignidad de gran sacerdote, á un hombre ausente llamado Ananel, que ni aun era de familia sacerdotal. Sintió mucho Alejandra el motivo de esta preferencia, que no era otro sino llenar la plaza para tener pretesto de no poner en ella á Aristóbulo, que era el que debia suceder á su abuelo. La madre del jóven príncipe, viendo que eran inútiles sus esfuerzos con el yerno, recurrió á Cleopatra, y consiguió de Antonio una órden para que Herodes colocase á su cuñado; y este la egecutó muy á su pesar. En la fiesta de los tabernáculos, el nuevo sacerdote, que no pasaba de diez y siete años, se presentó delante del altar revestido con los ornamentos pontificales, y desempeñó el sagrado ministerio con tanta gracia y magestad, que prorumpieron los asistentes en grandes demostraciones de alegría; pero sus aclamaciones fueron la sentencia de su muerte: porque pocos dias despues convidaron unos emisarios de Herodes al jóven Aristóbulo á bañarse en un rio, le hicieron sumergir como por diversion y no le sacaron del agua hasta que ya se habia ahogado. Con este delito tienen conexion todos los que Herodes cometió en su familia, para los cuales fue causa é instrumento su hermana Salomé, que era del carácter mas infernal que jamas se ha visto.

Llegó esta traición á noticia de Cleopatra por medio de Alejandra que pedia venganza. Llamaron á Herodes; y este, aunque habia tomado en sus tesoros las razones para hacerse declarar inocente, cuando se puso en camino previno á José su tio, á quien dejó encargada á Mariamne, que la quitase la vida, si él no volvía, para que no cayese en manos de Antonio, de quien sospechaba que estaba enamorado de ella solo por haber visto su retrato. En un momento de confianza comunicó José á Mariamne esta estraña demostracion de amor; y Mariamne tuvo la indiscrecion de dar en rostro á su marido con lá queja cuando volvió. Semejante confianza era precisamente, segun la conjetura de un zeloso, efecto de la mas estrecha union: y Salomé, picada contra Mariamne que la despreciaba, introdujo en el corazon de su hermano sospechas, á las que dió falsa probabilidad con mentiras; y sin mas examen quitó la vida á su tio José, y encerró á Alejandra por haber sido la causa de su funesto viage.

Por entonces hizo la política (2965) alguna diversion a los cuidados del amor. Quitaron la vida á Antonio, y se vengaba Octavio cruelmente de los que habian seguido su partido. Herodes por consiguiente tenia grande motivo para temer, y así fue á Roma á defender su causa por sí mismo. Antes confió su hermana Salomé á su hermano Ferroras, personajes sin duda dignos el uno del otro. En cuanto á Mariamne su esposa, la encerró con su madre Alejandra en la fortaleza de Masada, bajo la guardia de José su tesorero, y de Soemo su confidente, con las mismas órdenes sanguinarias que habia dado al partir á Egipto. Tambien se desem-

D. del D.
2965.
A. de J.C.
33.

barazó de otra inquietud: el viejo Hircano, aunque se hallaba muy bien en Babilonia, tenia vivos deseos de volver á ver su patria: y cuando Herodes subió al trono se vino creyendo que por los antiguos servicios que habia hecho á su familia sería bien recibido, pues aun el mismo Herodes le lisonjeaba por atraerle. Cuando llegó á Judea le trató con la mayor indiferencia, y hubiera sido muy dichoso si esta hubiera durado; pero el tirano, lleno de sospechas, consideró que Alejandra pudiera valerse del crédito de su padre para escitar algunas inquietudes; y el infeliz Hircano, siempre esclavo de los otros en su grandeza, fue á los ochenta años de su edad sacrificado al temor, no del mal que podria hacer, sino del que pudieran hacer en su nombre.

Tomadas estas crueles precauciones se embarcó Herodes para Roma, y en estas ocasiones se conoce la energía de su carácter. Se presentó á Augusto, no como quien suplicaba, sino como hombre intrépido y leal, diciendo: "Yo he sido amigo de Antonio; pero no ha estado en mi mano que no haya hecho á vuestras armas gloriosa resistencia. Yo le aconsejaba que se deshiciera de Cleopatra, y tentase todavia contra vos la suerte de los combates con los recursos de aquel reino. Yo le hubiera ayudado, porque así me lo dictaban el honor, la gratitud y la amistad; mas pues Antonio despreció mis consejos, me ha puesto en el estado de venir á ofreceros mis servicios: si os dignais de aceptarlos, hallareis en mí un amigo afecto á vuestros intereses, como lo he sido para los de vuestro rival." Esta arenga acompañada de magníficos presentes, encantó á Augusto, que concibió particular

estimacion del rey de Judea , y siempre fue su amigo mas bien que su protector; y Herodes le confirmó en estos sentimientos , recibéndole magníficamente así cuando iba á la Siria como cuando volvió. Nada omitió para esto , enviando presentes á la corte de Augusto, víveres á sus tropas , grandes cantidades que puso en su tesoro , y disponiéndole diversiones y placeres.

Al mismo tiempo que el monarca se desvelaba ordenando estas fiestas , le devoraba una cruel pesadumbre con respecto á Mariamne. Tenia esta la peligrosa curiosidad de inquirir si se habian renovado contra ella las mismas órdenes crueles. Y por haber descubierto Soemo el fatal secreto, cuando volvió Herodes lleno de afecto á la esposa que adoraba, halló en ella el mas frio recibimiento seguido de amargas quejas. Bien fuese que Mariamne se tuviese por segura de que con el amor de su marido cortaria cuando quisiese el fuego de la venganza , ó que temiese las consecuencias: disgustada de vivir con un hombre que aborrecia, no cesaba de quejarse por la muerte de su hermano y la de su abuelo , y por los atentados contra su propia vida. Al fin , estas quejas, aunque bien merecidas, pusieron al monarca en la desesperacion, y le hicieron ver que ya no podia contar con una ternura que hubiera comprado con su misma sangre, y estas reflexiones tenian su corazon en una inquietud horrible. Proyectos de violencia , arrepentimiento, desesperacion , y esperanza de conseguir gracia: los movimientos mas impetuosos y desordenados se apoderaron sucesivamente de su alma. Salomé, enemiga despreciada é implacable , se aprovechó de un instante de estos violentos escesos para vengarse de

su cuñada. El que servia la copa al rey se presentó teniendo una envenenada, y con el dinero que dijo le acababa de dar la reina para que diese veneno á su esposo. La trama estaba mal urdida; ¿pero qué no creará un hombre preocupado? Sin duda se halló comprendido en la acusacion un eunuco estimado de la princesa, y Herodes mandó que le diesen tormento. No dijo otra cosa el infeliz sino que creía que la orden dada á Soemo era la causa de la aversion de la reina para con su marido; y de esta confesion halló el zeloso motivo para persuadirse á que entre el eunuco y su muger habia intimidad reprehensible, y le mandó quitar al punto la vida. Mariamne fue presentada á unos jueces ganados por Salomé, y la condenaron á muerte; bien que suplicaron que se suspendiese la egecucion: pero la cuñada dispuso que llegase á oidos de Herodes que el pueblo se sublevaba en favor de la culpada, y así consiguió la orden fatal. Iba Mariamne al cadalso con pasos tranquilos; y Alejandra su madre, creyendo ganar la benevolencia de su yerno, la salió al encuentro, y tuvo la bajeza de insultar con ultraje á su desgraciada hija; pero la reina no la quiso responder, y recibió el golpe con una fortaleza heróica.

No consiguió Alejandra lo que esperaba de la vil adulacion con que envenenó los últimos alientos de la vida de su hija: porque Herodes la mandó matar por un ligero resentimiento, y desde entonces no experimentó sino remordimientos que le hacian la vida odiosa, persiguiéndole siempre la imagen de una muger que idolatraba. Siempre estaba viendo á su querida Mariamne: la llamaba en alta voz en los ratos de su delirio: mandaba que se la



Furor de Heródes.

Amante apasionado Heródes de su esposa Mariamne, pero poseído siempre de la desconfianza y los zelos que avivaban cortesanos malignos, vino á ser verdugo de aquella belleza á quien idolatraba. Monarca benéfico, pero espeso precipitado, con la mano misma que derramaba felicidades en su pueblo, firmó la sentencia de muerte de su amada infeliz esposa, produciendo el amor en él los furores del odio.

trajesen , y no podia persuadirse á que la habia perdido , sin que hubiese diversiones capaces de suspender su desesperacion. La misma religion , que es muchas veces el calmante de las penas , no tenia imperio sobre su alma ; pues aunque la habia mostrado algunas veces , para nada le detuvo cuando se vió dueño absoluto. Murmuraba el pueblo , y fuese por apaciguarle ó por fausto , determinó restituir al templo su antiguo esplendor , y gastando grandes cantidades hizo un magnífico edificio , que se acercaba al de Salomon , si no le escedia : restableció los muros de Jerusalem , y fortificó muchas ciudades : en el tiempo de miseria y en las desgracias , como en un temblor de tierra y una peste que hicieron grandes estragos en Judea , ofrecia el tesoro real grandes recursos con liberalidad. Suscitaba el rey la alegría comun con fiestas , juegos y espectáculos que no podian menos de ser muy agradables para un pueblo que hasta entonces solo habia conocido las solemnidades religiosas. Tuvo especial cuidado de evitar la guerra : con la paz florecian sus estados , y todo el reino era feliz al mismo tiempo que el monarca sufría sentado en su trono nuevas pesadumbres , que pudieran hacerle envidiar la suerte del mas pobre vasallo.

Envió Herodes (2984) á los dos hijos de Ma-
 riamne , Alejandro y Aristóbulo , á Roma para su
 educacion , y despues pasó en persona á buscarlos :
 casó á Alejandro con Glafira , hija de Arquelao ,
 rey de Capadocia ; á Aristóbulo le dió por esposa á
 Berenice , hija de su hermana Salomé ; y estos dos
 príncipes , imitadores de la franqueza de su madre ,
 no podian ocultar la indignacion que les causaba
 la memoria de su triste suerte. Muchas veces se veía

D. del D.
 2984.
 A. de J. C.

14

Salomé comprendida en sus quejas; y aunque no acusaban abiertamente á su padre, daban á entender con su indiferencia lo que pensaban de la horrible catástrofe. Quiso Herodes en vez de reducir aquellos espíritus irritados con la suavidad, sujetarlos con el miedo. Habia tenido de otra muger, anterior á Mariamne, otro hijo llamado Antípatro, á quien manifestaba especial predileccion, y le distinguió en sus favores. Los dos hermanos, incapaces por su carácter de contener el resentimiento, hacian cuanto este los dictaba contra su rival; pero él, artificioso y disimulado, no hablaba palabra, como quien aspiraba al trono. Quería Salomé separar á los que temia vengativos, y muy presto se estableció una perfecta armonía entre ella y Antípatro. Como los malvados se adivinan los pensamientos, consiguieron llenar el corazon de Herodes de tantas sospechas, que arrastró con sus hijos á Roma para acusarlos de alta traicion. Esta calumnia arrancó lágrimas de despecho en ambos príncipes: defendió Alejandro su causa y la de su hermano con tal elocuencia, que Augusto conoció que eran inocentes, y no pudo menos de decir al padre, que los habia acusado con demasiada ligereza. Se reconciliaron pues con Herodes; pero este era muy asustadizo, sus hijos demasiado imprudentes, y sus enemigos muy diestros, y así duró poco la reconciliacion,

Se renovaron las sospechas inspiradas por los dos traidores; y antes de emplear contra sus hijos la rabia del monarca, le ofrecieron otras mejores víctimas. Nadie estaba seguro en palacio, y ninguno podia esperar á justificarse, porque la muerte seguía á la acusacion. Llegaron por último á acu-

sar á los dos príncipes: Alejandro fue acusado de que tenia ganado al mayordomo y al que servia la copa, para envenenar al rey. Puestos los dos á cuestion de tormento negaron constantes; y atormentados de nuevo dijeron algunas palabras que parecieron las suficientes para arrestar al príncipe. Desesperado éste envió al rey cuatro confesiones diferentes, en las que decia mucho mas de lo que se habia sacado con la tortura, porque comprometia toda la corte y sus ministros, al mismo Feroras, y sobre todo á Salomé; porque la acusaba de que habia ido á buscarle á su propia cama para que apoyase la conjuracion formada contra el tirano, de quien mientras viviese no habia que esperar paz ni felicidad alguna.

Esta acusacion, que no tenia otro objeto que el aumentar las inquietudes del rey, logró su efecto, porque Herodes, no sabiendo ya de quien fiarse, llegó á ser el juguete de sus propias sospechas y furor. De dia y de noche le pintaba la imaginacion á sus hijos armados de puñales, y prontos á traspasarle el corazon; tanta lástima daba el tirano como las víctimas de su crueldad. Arquelao, suegro de Alejandro, sabiendo estos desórdenes, fue á Jerusalem, y con su benignidad, las exhortaciones que hizo á los hijos, y las súplicas con que rindió al padre, consiguió que se reconciliasen. Se probó que jamas los príncipes habian atentado á la vida ni á la corona de su padre. Feroras tuvo el descaro de cargarse del crimen de la acusacion, atribuyéndolo al afecto excesivo que tenia á su hermano Herodes. Este le oyó, le creyó, y le mantuvo consigo.

En ofensas tan grandes contra los infelices príncipes trabajaban mucho los calumniadores por

deshacerse de ellos, y era natural que les desagradasen vivir en una corte dominada de sus enemigos; por lo que resolvieron retirarse á algun pais cercano en donde pudiesen vivir con tranquilidad. Esto mismo dió al rey nuevos sustos, y procuraron darles fuerza como si fuera un proyecto de revolucion. Herodes convencido, sin mas razon que la propuesta, arrestó á sus hijos, juntó un tribunal, y llamó á él los comisarios de Augusto. El mismo rey en presencia de quinientas personas hizo de fiscal contra sus desgraciados hijos, con tal vehemencia, que todos los oyentes se indignaron. Salió á pluralidad de votos sentencia de muerte, sin oír á los acusados. Un hombre solo, llamado Tiron, tuvo valor para hacer presente al rey, que con la muerte de sus hijos iba á incurrir en la indignacion del pueblo que los amaba, y á ponerse en manos de Antípatro, único autor de las conspiraciones tramadas contra él. Tuvo Salomé destreza para que recayese sobre Tiron el delito que atribuía á Antípatro. Preguntaron á Tiron por los cómplices del príncipe, y no los pudo nombrar; antes bien se halló acusado de haber ganado al barbero del rey para que le degollase; y así pusieron en tortura á Tiron, á su hijo y al barbero, y en los mismos tormentos espiraron, y los dos príncipes perdieron la vida degollados.

Estas muertes llenaron de susto á los mismos que las habian procurado, y cada uno huía de la habitacion de un tirano tan peligroso, temiendo hasta encontrarse con su vista. Feroras, con pretexto de un descontento que él mismo se buscó, se retiró á su hierarquia; y Antípatro consiguió que le enviasen á Roma al lado de Augusto, con el fin de

cultivar su amistad con Herodes. Estos dos hombres viéndose distantes meditaron el modo de deshacerse uno de su hermano y otro de su padre. Envió Antípatro á Feroras el veneno; y este, movido de algunas atenciones de Herodes, no quiso emplearle. Murió de enfermedad, y dejó á su muger depositaria del veneno. Todo lo descubrió Herodes: envió á llamar á Antípatro, que volvió muy confiado, y le cargaron al punto de cadenas. Por desgracia suya se habia hecho una enemiga formidabile en Salomé, su tia, por haber querido hacerla sospechosa con su hermano el rey. Enviaron á Roma las cartas en que se contenia la prueba de esta intriga; y Salomé, muy fuerte con su inocencia, quizá por la primera vez que la conoció en su vida, incitó la indignacion del rey contra su antiguo cómplice, y le hizo comparecer en un tribunal que presidió Varo, pedido á Augusto por Herodes.

Esta última escena de la vida de Herodes enterneceria, si la memoria de sus crueldades no hubiera cerrado la entrada á la compasion. Se presentó Antípatro, pintada la vergüenza de su crimen en el rostro, se postró cobarde implorando la piedad de Herodes, y le dijo su padre: *Levántate, y escucha.* Le acusó de haber pretendido envenenarle, espuso toda la trama de la conspiracion que acababa de descubrir, citó los tiempos y dedujo las pruebas. La última acusacion que articuló con la mayor vehemencia fue la de la muerte de sus dos amables hijos, diciendo: Tú fuiste su bárbaro perseguidor si eran culpados, y su infame homicida si eran inocentes. Al nombrar los dos príncipes le cortaron la palabra las lágrimas y los sollozos, y no pudo hacer otra cosa que una seña para que prosiguiese el

abogado en los capítulos de acusacion. Quiso Antipatro justificarse; mas oprimido con el peso de las pruebas recurrió á las maldiciones y juramentos, cómo es regular en los malvados convencidos. Varo no pronunció sentencia; pero la remitió al juicio de Augusto, á quien Herodes escribió.

Entre tanto el monarca, sobre los tormentos de su alma, tenia afligido su cuerpo con una dolorosa enfermedad, de la que los historiadores hacen una espantosa pintura, mirándola como un anticipado castigo, precursor de las penas que iba á padecer en la otra vida. Cada síntoma anunciaba una cercana muerte. Supo Antipatro en la cárcel que corria la noticia de que acababa de espirar; y porque manifestó alegría le mandó su padre matar; mas él no sobrevivió á su hijo sino cinco dias, y murió á los setenta años de su edad: consolado, dice Josefo, en sus domésticas pesadumbres con el placer de que en todo lo demas habia salido con su intento. Hasta el fin conservó su carácter atroz; y sintiendo que estaba para morir, mandó que, so pena de muerte, fuesen todos los principales de la nacion á Jericó: hizo que los encerrasen en el circo, y dejó encargado á Salomé y á su marido, que asi que diese el último suspiro quitasen la vida á todos aquellos judíos, y dijo: De este modo pretendo reprimir el maligno gozo de este pueblo, y aun obligarle á que acompañe con lágrimas mi muerte; bien que no se egecutó esta bárbara disposicion, pues al punto que el rey murió abrieron las puertas del circo y dieron libertad á los prisioneros.

Año I.^o
de la Era
Cristiana.

Reinando Herodes se cumplió la profecía de que el Mesías habia de nacer cuando saliese de

Judá el cetro; esto es, cuando ya los judíos no serian gobernados por príncipes de su estirpe. No hay duda que Herodes habia destruido todos los príncipes asamoneos: luego en su reinado debe buscarse la venida del Mesías tan deseado. Los judíos le desconocieron, porque el nacimiento de Jesucristo no se anunció con hechos que adornen la historia profana. Quisieran algunos hallar en la vida de Herodes, primero el recibimiento que hizo á los magos: segundo, su conversacion con ellos cuando les pidió que en habiendo hallado al niño que buscaban, pasasen por su corte: tercero, la órden inhumana de matar los niños de Belen y sus cercanías, que no pasasen de dos años, con el fin de que cayese en la matanza el que habia nacido con derechos al trono que ocupaba, y él destinaba á su familia. Pero ¿qué prueba sería el silencio de los historiadores profanos cuando la corte de Herodes opulenta y magnífica era frecuentada de infinidad de estrangeros curiosos? y no es regular que contasen los historiadores todos cuantos venian á visitarle, teniendo que hacer mencion de algunos recibimientos solemnes, como fueron el de Cleopatra, el de Augusto y el de Agripa. Las inquietudes que Herodes manifestó á los magos pudieron considerarlas sus cortesanos como otros muchos efectos de su carácter espantadizo, que no merecian pasar á la posteridad. En cuanto á la matanza de los inocentes, despues de las crueldades de Herodes, que con las armas, la miseria y los suplicios acabó con infinitos infelices de ambos sexos y de todas edades; ¿qué podria estrañarse una órden de quitar la vida á los niños de un pueblo y sus aldeas? Y aunque esto merecia las lágrimas de los intere-

sados, no era suficiente para fijar la atención de un historiador, Además de esto, de la intención horrible de ensangrentar sus funerales con tantas muertes, sin mas fin que el que acompañasen con lágrimas la suya, bien se infiere semejante monstruosidad.

El luto, como él lo había previsto, no fue largo ni lúgubre: porque Arquelao, su nieto, declarado en el testamento por sucesor, dió á la pompa fúnebre un magestuoso lucimiento finalizando con una fiesta y gracias al pueblo, y dando un magnífico convite á sus amigos. Decia espresamente en el testamento *que no tendria fuerza hasta que César le ratificase*; y Arquelao, observando esta cláusula, no quiso tomar la corona antes de haber estado en Roma.

Se dilató su partida por una sublevacion; y no consiguiendo el sosiego de los amotinados con la suavidad, se valió de la fuerza, y se lo contaron por delito (3000). Durante su viaje se declararon otros cuatro motines: el primero contra los oficiales romanos, que habian ido á egecutar el testamento de Herodes: del segundo fue cabeza un bandido llamado Judas, que se sostuvo algun tiempo por haberse apoderado de un arsenal real, en donde halló vestidos y armas para su tropa: del tercero lo fue un jóven llamado Simeon, de hermosa figura, muy estimado de los judíos, que hacia la guerra mejor para tiempo de motin, porque llevaba sus partidarios á las casas opulentas, y les abandonaba las riquezas. El último fue el de Artiongo, hombre de audacia brutal y talla gigantesca, que apoyado de cuatro hermanos que se le parecian, pretendió cambiar con el cetro el cayado de pastor. Sus sol-

D. del D.
3000
Años
de J. C.
2.

dados cometian grandes violencias en todas partes adonde llegaban. Mucho trabajaron los romanos en sosegar estos motines, porque las cabezas de ellos mas querian morir que rendirse, y de este modo se evitaron el cruel suplicio de sus compañeros, que en número de dos mil fueron crucificados. Tantas rebeliones y en tan poco tiempo casi justifican la bárbara severidad con que Herodes habia gobernado aquel pueblo indómito.

Entre tanto se disputaban en Roma los pretendientes sobre reinar en una nacion en que era tan difícil; y no fue solo Arquelao, porque Salomé, siempre enredadora é intrigante, habia llevado á Antipas, que era otro hijo de Herodes. Existian dos testamentos de este príncipe: en el uno declaraba á Antipas por sucesor: en el otro daba la corona de Judea á Arquelao. Tratándose de decidir entre los dos, decian los defensores del primer testamento, que estaba hecho en tiempo en que el testador no estaba debilitado con la enfermedad y la vejez. El abogado de Arquelao hacia valer para el segundo la cláusula en que se remitía la egecucion á la disposicion de César. Otro tercer partido de diputados judíos no querian por rey á ninguno de los dos, sino que la Judea se declarase provincia romana, y se gobernase por magistrados romanos. Tomó Augusto un corte en tan varias opiniones, y dió á Arquelao el título de etnarca, ó gefe de la nacion, prometiendo que le daria el de rey, si con su conducta acreditaba que le merecia. En la suerte de Arquelao se comprendian la Judea, la Idumea y la Samaria. El resto de los estados de Herodes se dividió entre Filipo, á quien tocó parte de Galilea con los estados adyacentes; y Antipas, que

llevó la otra parte confinada por el Jordan. No permitió Salomé, que era muy favorecida en los dos testamentos, que la dejasen olvidada, y así logró algunas ciudades y dinero. Distribuyó Augusto todo su legado entre los otros nietos del difunto: casó las hijas que estaban por colocar, quedándose con algunos vasos de poco valor para conservar la memoria de su amigo.

La cláusula que prometia á Arquelao el título de rey, si tenia buena conducta, no se puso sin motivo, porque daba pocas esperanzas de gobernar con prudencia, y así pasaba por despótico y vengativo: reprendiéronle de cruel en el castigo de los rebeldes antes de partir á Roma, y en todo lo siguiente correspondió á este principio. Además de su mala conducta, perversas costumbres, libertinage público, afectada irreligion, fueron los judíos y samaritanos á quejarse en Roma de sus exacciones y tiranía: por lo que Augusto le envió como á un simple particular desterrado á Viena en las Galias, despojado de sus bienes, y haciendo de sus estados una provincia romana.

En pocos años fueron cuatro gobernadores todos codiciosos, imperiosos y arbitrarios, y lo que comunmente causa mayores desgracias, despreciadores de los mismos á quienes gobernaban. Poncio Pilato, que fue el quinto, reunió en grado eminente todas las malas propiedades de los otros. Hacia juguete de la dignidad de gran sacerdote: la daba y la quitaba, sin atender al mérito, á la opinion ni á la estimacion pública; cuando aunque fuesen preocupaciones siempre son respetables las de todo un pueblo, y nunca se deben tocar, sino con grandes precauciones y por pura necesidad. Aborrecian

los judíos las imágenes, tanto que las miraban, aun en los estandartes militares, como señales de paganismo, que no se permitian entrar en la ciudad santa. Bien conocia Pilato su aversion; mas fuese por mortificarlos ó por sacarles el dinero, pues era muy avaro, introdujo en Jerusalem las águilas romanas. Los habitantes consternados fueron á suplicarle que retirase aquellos objetos de escándalo, y se estuvieron por cinco dias y cinco noches postrados á la puerta de su palacio sin tener respuesta. Al fin, cuando parecia que deseaba oírlos, hizo levantar su tribunal en el circo, y le rodeó de soldados con órden de dar á la primera señal sobre los que no huyesen. Los vieron los judíos, y sin moverse, ofrecieron el cuello á los soldados, protestando que mas querían morir que violar sus leyes: con lo que Pilato cedió. En otras ocasiones revocó órdenes injustas por temor de que le denunciasen al César, y estaba dispuesto para dar otras iguales por el mismo temor: tal era el gobernador de Judea cuando se dió Jesus á conocer.

Aunque Jesucristo nuestro Señor solo hubiera sido un hombre extraordinario, debia compendiarse su vida; pero con mucha mas razon siendo el hijo de Dios, autor de la verdadera religion que se estendió por toda la tierra. Jesus, segun la carne, nació y vivió pobre, con ser de la estirpe de David. Le concibió la Virgen María: y quedando virgen, le parió en un pequeño pueblo de Galilea. Su nacimiento fue anunciado á los pequeños y á los grandes: á los pequeños por ministerio de los ángeles, que dieron la noticia á los pastores: á los grandes por una estrella que guió á los magos hasta el pesebre, que fue su cuna. Su madre se vió en

la necesidad de llevarle á Egipto para librarle de las pesquisas de Herodes. A la edad de doce años admiraba á los doctores en el templo con la sabiduría de sus preguntas y respuestas.

D. del D.
3029.
De la E. C.
31.

Su mision habia sido predicha (3029) y predicada por S. Juan , hijo de Zacarías , y que era profeta y precursor del Mesías. Los discípulos de Juan se juntaron con Jesucristo por órden de su maestro. El agua convertida en vino en las bodas de Caná de Galilea es el primer milagro que dió testimonio de su poder : la espulsion fuera del templo de los que le profanaban fue su primer acto de autoridad. Su profunda ciencia convirtió hasta un doctor fariseo , llamado Nicodemus , para que le siguiese. Se enterneció al ver á Juan víctima de su zelo contra los vicios de Herodes y de su muger Herodías. El hijo del centurion sanado , el poseido del demonio libertado , la pesca milagrosa , el paralítico restituido al uso libre de sus miembros , todos servian de apoyo á su doctrina. Sanó y curó á muchos , aun en dia de sábadó , á pesar del escándalo que concibieron los fariseos , adheridos mas á la letra que al espíritu de la ley.

Nada mas pasmoso que la eleccion de los Apóstoles , pues los escogió de la ínfima clase del pueblo , ignorantes y rústicos. La mansedumbre , beneficencia y el espíritu de paz resplandecen en el sermon que predicó en el monte. Su tierna indulgencia para con los arrepentidos se ve en el recibimiento consolador que hizo á la pecadora , porque el arrepentimiento debe ser animado , *pues no habia de quebrar Jesus una caña cascada , ni apagar un tizon que todavía humeaba con alguna centellita*. La muger adúltera , aunque mas culpada , halló gracia en

este Señor cuando dijo: *El que esté sin pecado arroje contra ella la primera piedra*; y los que la habian acusado creyendo que daria sentencia de muerte, huyen confusos.

Los discursos de Jesus respiran devocion, sus advertencias el deseo de ser útil: en sus parábolas se ve la exactitud, y en sus exhortaciones lo patético. ¿Qué virtud no preconizó? ¿qué vicio no mereció sus rayos? Si restituye el uso de sus pies á un cojo, si abre los ojos á un ciego, si resucita á un muerto, todo lo egecuta como dueño de la naturaleza, mandando, y sin manifestarse admirado de su poder. Entra en el mar, y este se consolida debajo de sus pies: cinco panes puestos en sus benéficas manos se multiplican y alimentan á cinco mil personas. Pero este Señor, que es Dios en sus prodigios, se muestra hombre para con sus amigos. Las dulces lágrimas que derrama con las hermanas afligidas de Lázaro, y aquel suspiro del corazon con que dijo á sus discípulos: *Vamos á resucitarle*. ¿Qué contraste tan admirable presentan esta sensibilidad para con un amigo, y la indiferencia con que predijo las injurias que le habian de hacer, los tormentos que padeceria, y la muerte ignominiosa que le estaba preparada!

Esta muerte fue obra del odio de los fariseos, porque se opuso á su orgullo, y quitó la máscara de su hipocresía. Los fariseos no cesaron de perseguirle, hasta que consiguieron su condenacion del gobernador Poncio Pilato, amenazando á este con que le delatarian al César si perdonaba á un hombre que se llamaba rey de los judíos. Como la vida de Jesus habia sido un continuado prodigio, tambien su sepulcro fue glorioso. Al tercero dia salió

de él resucitado, se dió á ver á sus Apóstoles, y le mandó que fuesen á predicar su doctrina por toda la tierra. En un siglo tan ilustrado como el de Augusto, y en ciudades opulentas, que eran el centro del lujo y los placeres, doce hombres ignorantes y rústicos hicieron que se adoptase una religion fundada en misterios, contraria á la concupiscencia desenfrenada, enemiga del fausto, y de todo lo que lisonjea á la soberbia humana. La plantaron y la hicieron prevalecer en los corazones, á pesar de las contradicciones de los sabios y las preocupaciones de los soberanos, hasta que al fin llenó toda la tierra. Este es el resumen de la vida y doctrina del fundador del cristianismo. El buen éxito de la empresa es el mayor milagro; y solo con este, aunque no hubiera otros, ninguno puede negarse á la persuasion.

La cobarde condescendencia de Poncio Pilato, que firmó la muerte de Jesucristo contra la reclamacion de su propia conciencia, no le libró de la desgracia que temia; porque los judios se quejaron de sus exacciones, y Roma le envió á un destierro. A los gobernadores de Judea sucedió un rey muy experimentado en las mudanzas de la fortuna.

Herodes Agripa, nieto de Herodes, llamado el Grande, se crió en Roma en la corte de Tiberio con Druso y Cayo, por sobrenombre Calígula. Agripa se acostumbó al lujo y á la profusion: en la muerte de Druso retiró Tiberio los amigos de este príncipe, por no ver á los que le traian á la memoria un sobrino tan querido. Se vió Agripa el hombre mas perdido, sin recurso y cargado de deudas; así se encerró en un castillo de Idumea resuelto á dejarse morir de hambre: su muger le dió algunos socorros; pero á poco tiempo se aca-



Muerte de Jesus.

Implacable contra Jesus el enjullo de los Fariseos por haberles destruido la máscara de su hipocresía, logró con falsas acusaciones que Poncio Pilato, contra los gritos de su propia conciencia, le pusiese en la cruz. Así correspondió el ingrato pueblo á los innumerables beneficios que debía á aquel Hombre Dios; y el inocente impredicible é impescable se vió crucificado entre dos ladrones.

baron. Herodés Antipas, su cuñado, creyó que le hacia un gran presente dándole la principal magistratura de Tiberiada, con cuya renta pudiese subsistir con honor; pero no podia ser suficiente para un hombre incapaz de arreglar sus gastos, como se lo reprendió su cuñado.

Poco acostumbrado á estas reprensiones fue Agripa á buscar á Flacco, gobernador de Siria: vivió con él muy regalado por algun tiempo: perdió la amistad, y volvió á Roma á riesgo de lo que sucediese; pero sus acreedores le hicieron arrestar y cargarle de cadenas. Entre tanto muere Tiberio, sube Calígula al trono, y su primer cuidado fue llamar á su amigo Agripa, el cual pasando del calabozo al palacio del emperador, trocó la cadena de hierro con una de oro, que Calígula le regaló tan pesada como la de hierro: le viste de púrpura, le pone la diadema y le hace rey de una parte de Judea. Pocos príncipes tuvieron los judíos de gobierno más ventajoso para ellos. Caminando á su reino y pasando por Alejandría castigó al gobernador por las vejaciones que les hacia. Aventuró su favor y aun vida con Calígula, por librar á los habitantes de Jerusalem de un insulto á su religion, que ellos sentian mas que la muerte.

Estaba el emperador empeñado en colocar en el templo la estatua de Júpiter, y en hacerse adorar en él como á un dios. En vano dilataba el gobernador la egecucion de esta orden, diciendo que era preciso dar tiempo á los escultores que hacian la estatua, que debia ser una pieza maestra. Instaba Calígula, y Petronio iba á obedecer por fuerza á pesar de su buena voluntad, Agri-

pa, que se hallaba en Roma, se presentó al emperador, pretendiendo que mudase de parecer, ó á lo menos suspendiese la orden sacrilega. En vez de recibirle con la benevolencia ordinaria, le dijo estas palabras tan necias como impías: "Los judíos, vuestros vasallos, son una gente muy extraña, pues no quieren reconocerme por un dios. Yo habia mandado que se colocase la estatua de Júpiter en su templo: parece que mis órdenes hallan en ellos una resistencia que no puedo mirar sino como una rebelion declarada." Al oír estas palabras cayó Agripa privado de sentido, como si le hubiera herido un rayo: le retiraron sin que el emperador manifestase el menor sentimiento por el estado de su amigo. No obstante, algunos dias despues, Agripa, que sabia cómo podría conquistarle, le da un gran convite, y en la alegría de la comida consiguió lo que le habia negado en ocasion menos propicia.

Agripa contribuyó mucho á que Claudio consiguiese el imperio, y estos buenos oficios le merecieron un favor declarado, del que se valió para bien de su pueblo. Volviendo á su reino manifestó mas zelo por la religion judáica que ninguno de sus antecesores. Ademas de haberse distinguido con el afecto mas sincero al culto de sus padres, se hizo recomendable con repetidos actos de generosidad y de clemencia, aunque no le vemos elogiado en los historiadores cristianos; porque este fue el que dió principio á las persecuciones. El crédito que tenia en Roma le dió la libertad de fortificar muchas ciudades, bien que los asustadizos romanos no le permitieron proseguir en la construccion de una muralla, que pudiera hacer á Jerusalem casi inespug-

nable. Era tan respetado de sus vecinos que en un viage que hizo á Tiberiada le visitaron y cumplieron cinco reyes. Pero esta concurrencia de monarcas hacia un contraste singular con el papel modesto que antes habia representado en la misma ciudad siendo su primer magistrado. Estuvo tan distante de olvidar Agripa su primer estado, que hizo colgar en el templo, al lado de su diadema, la cadena de oro que en Roma trocó con la de hierro para monumento de las inconstancias de la fortuna. Dejó un hijo de su mismo nombre, de edad de diez y siete años, y tres hijas desposadas con reyes.

Claudio habia pensado colocar al jóven Agripa en el trono; pero otras reflexiones le privaron de esta honra. Redujo el emperador la Judea á provincia romana, y pasados algunos años dió á Agripa el reino de Calcis. En Judea puso por gobernador á Felix, hermano de Palante, favorito del emperador. Cito este parentesco queriendo decir que creyó el gobernador que todo lo podia, y que los judíos fueron muy infelices bajo de su vara de hierro. Ya se habian visto y continuaban en presentarse por los campos compañías de bandidos, y por negligencia del gobernador ó por su colusion, se introducian en las ciudades, y se valia de ellos para deshacerse de los que le desagradaban. Con su ejemplo los mismos judíos acostumbraban á pagar asesinos.

Se introdujo en el santuario un grande desorden. Ya habia mucho tiempo que los grandes sacerdotes no hacian mas que presentarse en el trono pontifical, y desaparecer; porque los reyes, gobernadores y pretores, con todos los que tenian alguna autoridad, hallaban sus intereses en que esta dignidad pasase de mano en mano: aun los sacerdotes

inferiores no duraban en sus plazas. Los poseedores y los que las habian perdido era preciso que viviesen, y no siendo ya suficientes los diezmos, las ofrendas y otras retribuciones, se las quitaban unos á otros de las manos, y llegó á tal punto la desavenencia, que los competidores iban acompañados de asesinos, y se acometian cuando se encontraban, aunque fuese en el templo, manchandole con la sangre de los homicidios. Festo, sucesor de Felix, empleó todo el tiempo de su gobierno en procurar soségarr tres especies de guerras civiles: la de los sacerdotes entre sí: la de los sediciosos contra los romanos y contra los judíos que vivian obedientes; y la de los bandidos. Estos se introducian en las casas, y acechando en los caminos á los niños y mugeres, los llevaban á sus guaridas, y enviaban á decir á sus padres que no los entregarían sino á tal precio. De este modo se vieron arruinadas las familias opulentas.

A Festo sucedió Genio Floro, el que hizo ver cuán terrible azote es un hombre malo armado de poder. Su rapiña, crueldades é interesadas inteligencias con los bandidos mas determinados, eran tan públicas que los judíos no le miraron como magistrado, enviado á gobernarlos, sino como verdugo destinado á esterminarlos. Su objeto era irritarlos para que se rebelasen abiertamente por conseguir el placer cruel de verlos perecer por sus mismas manos, é impedir que se llegase á examinar su horrible administracion. Esta intencion perversa consiguió su fin, porque sembró tales semillas de discordia que se encendió una guerra que acabó en la ruina total de la nacion judía. La habia profetizado Jesucristo en tan espresos términos como si hubiera hablado despues del suceso. Mas ¿qué diremos de

lo que refiere el historiador Josefo de un hombre llamado Jesus? Es tan terminante este pasage que los impíos pretenden desacreditarle.

Tambien dice Josefo que hubo durante la fiesta de los tabernáculos otro hombre de estraño frenesí: corria de noche y de dia por las calles de la ciudad gritando con fuerte voz: ¡Ay de la ciudad! ¡ay del templo! ¡Voz de los cuatro vientos! ¡voz contra Jerusalem! ¡voz contra el pueblo! Redoblaba estos gritos funestos en los dias festivos y los sábados, sin que su voz se debilitase jamas. Los principales judíos le hicieron azotar, y no consiguieron que callase ni que respondiese á pregunta alguna. Apretó mas el gobernador, y le hizo rasgar sus carnes; pero no se le escapó una palabra ni un suspiro. No injuriaba á los que le azotaban, ni daba gracias á los que le daban de comer. Ya le dejaron como loco, y fueron acostumbrandose á oirle. Un dia, pronunciadas sus terribles amenazas, añadió en tono lamentable: ¡Ay de mí tambien! y al mismo tiempo le mató una piedra arrojada con una máquina.

El odio del pueblo contra Floro, que habia llegado al último punto, se esplicó contra los romanos y los que les eran aficionados; siempre que lograban superioridad á ninguno perdonaban, y los romanos en despique mataban aun á los que se estaban en sus casas en paz. Floro, sin saberse por qué, envió soldados á robar el mercado con orden de degollar á cuantos en él hallasen. Quitaron estos verdugos la vida á mas de tres mil personas, hombres, mugeres y niños; y llevaron al gobernador muchos prisioneros, entre ellos sugetos distinguidos, y algunos de los que se habian hecho caballeros romanos; pero esta honra no los libró de la

crueldad de Floro, que los mandó azotar, y después los crucificó. De este modo todos desamparaban aquella infeliz ciudad, y principalmente los cristianos, que ya eran muchos. Lo mismo sucedía en el resto de la Judea. Todos procuraban huir de una tierra proscripta inundada de sangre y cubierta de cadáveres. Si todo lo que refieren los historiadores es cierto, espanta el número de los que se enterraban en las ciudades ó en los campos: veinte mil en Cesarea, cuarenta mil en Jotapata, cincuenta mil en Alejandría, veinte y tres mil en Escitópolis, sin contar los que perecían en la sorpresa, emboscadas y encuentros, que es un género de guerra desolador.

Por las noticias que por todas partes llegaban de las disensiones que arruinaban aquel infeliz país, resolvió Neron emplear todos los medios de sujetar-

D. del D. le (3069). Pedia esta guerra un hombre de cabeza
3069.
De la E. C. y de valor, y así nombró á Vespasiano, que ya era conocido por otra espedicion casi igual en la Germania. Se fue adelantando metódicamente por el reino, apoderandose de las ciudades fuertes, y poniendo en ellas buenas guarniciones, fue retirando hácia el centro á todos los que por el zelo de la religion, ó el temor de verse castigados por sus barbaridades, resistían rendirse á los romanos, y los llamaron en general zeladores. Pero entre estos habia mas de los que tomaban por pretesto la religion que de los que peleaban con verdadero zelo. Muchos zeladores horrorizados de la perversidad de sus compañeros dejaron aquella multitud infernal, y así solo quedaron en ella atroces bandidos con el nombre de zeladores, que antes habia sido tan honorífico. La historia los pinta arrogantes, ambiciosos y crueles,

que cometian á sangre fria los mas horribles delitos, diciendo que los movia la gloria de Dios, á quien ofenderia su pueblo si se rindiese á unos paganos.

Sus primeros gefes se llamaban Zacarías y Eleázaro. Estos se habian apoderado del templo y hacian salidas contra la ciudad. Anano, que habia sido gran sacerdote, con el auxilio del pueblo los echó de la cerca exterior, y los bloqueó en la interior. Por desgracia habia admitido á su confianza á un cierto Juan, hombre perverso, que fingiendo seguir el partido de los moderados, buscaba la ocasion de venderlos. Le envió Anano á los zeladores con proposiciones de composicion, y en vez de procurar que las aceptasen, les aconsejó que llamasen por auxiliares á los idumeos, que por decirlo así, eran los zeladores del campo. Llegaron estos, y logrando entrar en el templo no hubo crueldad que las dos tropas reunidas no egecutasen en el partido opuesto; y pareciendoles que era muy suave una muerte pronta, se aplicaron á adelantar el arte de dar tormento, y no quitaban la vida hasta que este tenia privados á los infelices de todo conocimiento. Aquí se debe notar que para dar á sus homicidios cierta sombra de justicia formaron una especie de tribunal, ante el que comparecian las víctimas, y cuando no les gustaba la decision, las mataban, diciendo con ironía: *mas segura es esta absolucion que la de los jueces.*

Percieron en esta primera matanza doce mil personas, gente por la mayor parte de distincion y en la flor de la edad. No se egercitaba la rabia de los zeladores con la baja plebe, que estaba toda á su favor, sino con la clase de los ricos, que sujetaban

al pueblo. En pareciendo que alguno se les había opuesto en alguna cosa, ya tenía delito capital, y á todos los que eran indiferentes los trataba como espías. El que no aplaudía sus acciones infames era para ellos mal intencionado: pero si por desgracia pasaba alguno por rico ó había desagradado á algun zelador, seguramente moría. Nadie se atrevía á gemir ni á llorar por sus amigos muertos, ni á darles sepultura, porque la barbarie había sofocado en los perseguidos todos los sentimientos, sino el susto. Por último, se cansaron los idumeos de estos horrores, y á escepcion de algunos, abandonaron á los zeladores, dando la libertad á dos mil prisioneros.

Ademas del motivo de humildad que los retiró de Jerusalem, estaba llamando á los idumeos á su casa la desolacion que en ella hacia un nuevo gefe de partido. Se llamaba este Simon, jóven atrevido y ambicioso, que para aumentar sus tropas daba libertad á los esclavos, y premios á los hombres libres, y de este modo formó un egército que daba zelos á los que se llamaban zeladores, porque se advirtió en Simon la intencion de hacerse dueño de Jerusalem, por lo que hubo escaramuzas entre los dos partidos; y no hallando Simon el momento favorable á sus fines, fue á Idumea. Los idumeos salieron contra él en número de veinte y cinco mil, y encontrandose, se dió un combate que no fue decisivo; pero Simon, tan diestro como valiente, halló modo de dar á sus enemigos un general que le entregó el egército idumeo, segun se habían convenido.

Mientras Simon estaba ocupado en Idumea, cogieron á su muger los zeladores de Jerusalem, que

algunas veces se aventuraban fuera de los muros. Creyeron que por rescatarla pasaria por todas las condiciones que quisiesen imponerle; mas se engañaron, porque apostandose Simon con su ejército delante de las puertas de Jerusalem, fue tal el espanto que con sus crueldades causó en sus enemigos, que tuvieron por fortuna restituirle su muger.

Ya Zacarías y Eleázaro no eran las cabezas de los zeladores, porque los habia subplantado Juan, el que hizo traicion á la confianza de Anano. Su perversidad separó una parte de los zeladores, que desamparando su partido, tomaron por gefe á un sacerdote llamado Eleázaro. Aunque vió sus fuerzas divididas, no por eso estaba Juan mas tratable, y el pueblo descontento introdujo á Simon en la ciudad. De este modo habia tres gefes: Eleázaro ocupaba el atrio de los sacerdotes, que era el puesto mas ventajoso; pero solo tenia dos mil cuatrocientos hombres, que no podia alimentar con las ofrendas de los fieles. El atrio del pueblo era mucho mas grande, y en él mandaba Juan á seis mil hombres, para los cuales buscaban los víveres haciendo continuas salidas, y cada vez que salia ponía fuego en todas partes. Con esta maniobra abrasó mucho trigo y otras provisiones, con las que hubieran sufrido los habitantes el sitio por muchos años. El enemigo que le quitaba los víveres era Simon, dueño de la ciudad, que mandaba á diez mil zeladores y cinco mil idumeos. Muy presto la destreza de Juan redujo los tres gefes á solos dos. En una fiesta solemne entre los que entraban al atrio de los sacerdotes para dejar en él sus ofrendas mezcló suficiente número de soldados, los cuales se apoderaron de las puertas.

D. del D. siano llegó al imperio por muerte de Neron (3972).
 3972.
 De la E.C. Encargó á su hijo el sitio de la ciudad, para el
 74. que habia hecho los preparativos necesarios. Las fiestas de los judíos habian atraído multitud de ellos, y los zeladores los incorporaron en sus tropas, á unos por grado y á otros por fuerza; estos sirvieron para apresurar el hambre ó hacerla mas horrible. Inventaban trabajos inútiles para llamar los artesanos, de los que despues hicieron soldados ó asesinos. Empezó Tito por proposiciones que ni fueron escuchadas de Juan ni de Simon; y no porque estos gefes estuviesen unidos, antes bien se hacian cruel y porfiada guerra, mas se reunian y se ayudaban recíprocamente para rechazar á los romanos. Tambien resucitaba en ellos la buena inteligencia que puede haber entre ladrones cuando se trataba de saquear, buscar ó quitar los víveres.

Empezó pues el sitio con toda la carnicería del odio, así por parte de los sitiados como de los sitiadores. Tito, agotados los medios de la benignidad, se mostró severo é inexorable, haciendo crucificar á cuantos hallaba con las armas en la mano. Los zeladores esparcieron la fama de que los romanos castigaban con esta crueldad á los que se rendian, y Tito los desengañó con mucho trabajo: cuando conocieron su error, se esforzaron muchos judíos á pasarse al campo de los romanos, y parece que los zeladores debieran facilitar la evasión, porque así durarian mas los víveres: mas fue tan al contrario, que el perverso deseo de no ser solos en la desgracia, y de arrastrar á su felicidad el universo si pudieran, les hizo poner guardias que detuviesen á los que querian salvar la vida. Entre los

desgraciados que escaparon hallaron muchos nuevo peligro entre los romanos, porque teniendo noticia de que algunos habian tragado los diamantes y monedas de oro, la codicia, que no conoce leyes, movió á los soldados á la crueldad de abrirles el vientre para encontrar el tesoro. Mas de dos mil habian perecido ya, cuando llegó á Tito la noticia de esta bárbara accion, y aun no pudo castigar á los culpados porque eran muchos.

Al mismo tiempo que los zeladores retenian al pueblo, y le quitaban con inaudita crueldad los pocos víveres que le habian quedado, violentaban las casas, y si habia algunas provisiones, quitaban á sus dueños la vida porque las guardaban para sí. Si nada hallaban los daban los tormentos mas crueles para descubrir en dónde escondian los víveres. En estas circunstancias entraron atraídos del olor de carne asada en la casa de una infeliz madre que estaba comiendo á su niño. Sí, les dijo con expresion de rabia, sí, este es mi propio hijo, y yo misma manché mis manos con su sangre. Todo me lo habeis quitado: tomad, y comed de estas reliquias tristes: ¿sois menos determinados que una muger, ó teneis mas compasion que una madre? Entonces salieron huyendo aturdidos y helados de horror.

Admira que un pueblo entero se viese reducido á tales estremidades por un puñado de malvados muy inferiores en número; pero estos, ademas de la fuerza armada, tenian á su favor la ilusion del pueblo, que vivia persuadido á que Dios les enviaria socorros extraordinarios para que no cayese su ciudad y su templo en poder de los profanos. Los impostores, remedando á los profetas, le mantenian en sus esperanzas, aun cuando todo estaba desesp-

rado. Uno de estos tuvo habilidad para engañar tambien á los miserables que en número de seis mil subieron á un sitio elevado del templo, desde donde se esforzaban por percibir con la vista el socorro que les habia prometido, y estuvieron allí por cinco dias, hasta que el hambre los obligó á bajar.

Por mas resistencia que hicieron los sitiados, los redoblados asaltos, en los que se emplearon las máquinas y el fuego con igual efecto, pusieron á los romanos dentro de la ciudad, ó por mejor decir, entre los montones de ruinas cubiertas de espectros estenuados con el hambre, que daban sus manos á las cadenas, y ofrecian el cuello á la espada del vencedor. Bastante se representa por sí misma la desolacion de una ciudad entregada á las llamas. En vano pretendió Tito librar el templo del furor de sus soldados: se cumplieron las profecías, y no quedó piedra sobre piedra: solamente salvó los vasos sagrados y los instrumentos de los sacrificios, que sirvieron de ornamento á su triunfo. De los infelices habitantes unos pagaron su obstinacion con el suplicio horrible de la cruz: otros fueron enviados á la esclavitud, llevados como rebaños de bestias, ó condenados á perecer en el circo como gladiadores, ó á espirar en los dientes de los tigres y leones en los espectáculos. El cálculo mas moderado es que el número conocido de los que perecieron con muerte violenta durante esta guerra, y en un pais pequeño como la Judea, asciende á un millon cuatrocientos cuatro mil cuatrocientos noventa, sin contar los que murieron de pena y de miseria, ó víctimas de otros azotes inseparables de una revolucion tan sangrienta.

Juan y Simon habian buscado retiros tan ocul-

tos que no pudieron hallarlos: Juan fue el primero que salió del suyo á impulsos del hambre: pidió á Tito la vida, y se la concedió. Cuando ya nadie pensaba en Simon, vieron pasado mas de un mes que de repente se presentó en las ruinas del templo una especie de fantasma vestida de blanco con un manto de púrpura: este era Simon, á quien al punto encadenaron, y uno y otro fueron reservados para el triunfo de Tito; en el que, despues de la ceremonia, Simon fue azotado con varas y degollado: á Juan le condenaron á prision perpetua. ¡Terrible leccion para los engañadores, y los pueblos que se dejan seducir! Desde entonces andan los infelices judíos errantes en todas las naciones, aborrecidos y despreciados.

Tito en su conquista tuvo el auxilio de las armas de Agripa, y con el trato de su hermana Berenice engañaba el fastidio de tan largo sitio; pero esta princesa no le entregó un corazon nuevo, pues habia estado casada con un rey de Arabia, á quien dejó por Filipo príncipe de su familia, de cuyos brazos pasó voluntariamente á los de Herodes su cuñado. Sin embargo una grande hermosura, la experiencia y uso de la lisonja cautivaron al vencedor de Jerusalem, á falta de la ternura, que debia estar en ella muy desgastada con tantos amores. Se la llevó á Roma, y allí fue tan señora de la casa de Tito, como si hubiera sido su muger; y aun dicen que se habria casado con ella, á no temer que la alianza con una judía, reprobada de los romanos, le cerrase el camino al imperio; y así la despidió con bastante sentimiento suyo y de ella. Un poeta frances celebra con su acostumbrada elegancia la tierna despedida de estos amantes.

PARTOS.

Suficientemente se señala la posición de la Partia diciendo que Ispaan, actualmente capital de la Persia, está edificada en el sitio en donde estaba *Hecatópolis*, ó ciudad de las cien puertas, que fue la capital de los partos. Se engañaría el que creyese que este imperio, que hizo temblar á los romanos, estaba reducido á los estrechos términos que ocupa el moderno reino de Persia, porque se extendía casi á toda la Asia. Se cree que sus antiguos habitantes, aquellos partos tan famosos en la historia, eran de origen escitas, que arrojados de su patria con el nombre de partos, que significa desterrados, se detuvieron en aquellas arenosas llanuras, en donde el aire es puro y sano, pero sus tierras poco fértiles.

Los partos era un pueblo valiente y alentado: pasaban con razón por los mejores soldados de á caballo, y los mas diestros en el manejo del arco y las saetas. Los acostumbraban desde niños á montar á caballo y disparar las flechas; y como en la retirada las disparaban por detras, su fuga era muchas veces mas terrible que el ataque. Desde la edad de veinte años hasta la de cincuenta no podian eximirse de ir á la guerra; y los grandes, aun en tiempo de paz, se presentaban á caballo y armados. Aunque soldados duros, no eran insensibles al atractivo de los deleites, ni á los placeres de la mesa. Entre ellos era permitida la poligamia y el casamiento con la hermana, y aun con la madre. Solo conocian el arte de la guerra, y no la agricultura, navegacion y comercio. Decian que conseguia la feli-

ciudad eterna el que moria en una batalla: dogma bien inventado para hacer belicosa una nacion. Su religion era la de los antiguos persas: el culto del sol con el nombre de Mitras. Tenian por infamia faltar á su palabra; y sus reyes eran los mas vanos y absolutos del mundo. Escribió el rey de los partos á Flavio Vespasiano firmándose: Arsaces, rey de los reyes; y el emperador se sonrió, y le respondió: Flavio Vespasiano á Arsaces, rey de los reyes.

El nombre de Arsaces (2699) era entre los partos hereditario, como el de Tolomeo entre los egipcios. El primero que hizo célebre este nombre y fundó la monarquía, dicen que era uno de los principales señores de la Bactria. Este exhortó á los partos, á quienes Alejandro sujetó, á sublevarse contra los Seleucidas sus sucesores. Ademas de los paises que sacó de la dominacion de los siros, subyugó la Hircania y otras tierras vecinas, con lo que tomó el título de rey. Arsaces II, que le sucedió, Priapacio su nieto, y Fraates, sucesor de este, prepararon con sus victorias el reinado de Mitrídates, que debe considerarse como la época de la grandeza de esta monarquía. Fraates, su hermano, le habia dejado la corona con preferencia á sus hijos, teniéndole por mas digno. No engañó Mitrídates sus esperanzas, porque redujo á su obediencia los persas, los medos y la Mesopotamia, y adelantó sus conquistas en la India mas que Alejandro. Merece alabanza haber tratado en aquel siglo con atencion á un rey vencido y prisionero. Aunque constante y valeroso, tenia un carácter de benignidad que le hacia amar de cuantos le trataban. Se asegura que examinó con cuidado las leyes de todos los pueblos

D. del D.
2699.
A. de J. C.
299.

que conquistó, y sacó de esta coleccion algunas excelentes para el gobierno de su imperio; por lo que fue al mismo tiempo grande guerrero y muy buen legislador.

Cinco reyes, que se sucedieron uno á otro, nada hicieron importante, si no contamos la leccion que dieron á Fraates II unos griegos á quienes venció, y habiéndolos tenido desarmados en duro cautiverio, los restituyó luego las armas por necesitarlos contra los escitas; pero ellos, no estimando el beneficio que les hizo por necesidad, sino el ultraje con que los habia tratado, se volvieron contra él y le causaron mucho daño. Es un error persuadirse á que la reparacion hace amigo al ofendido.

D. del D. En el reinado de Orodes (2944) se halla la
 2944. invasion de la Partia por Craso. Conviene todos
 A. de J. C. generalmente en que solo le llevó á esta espedicion
 54. la avaricia. Era muy opulento, pero decia que un ciudadano romano no podia pasar por rico si no podia mantener un egército. Era muy viejo, y chancéandose con Deyótaro, rey de Galacia, porque siendo de edad avanzada empezaba á edificar una ciudad, le dijo: *Algo tarde es cuando son las doce del dia*; que era la última hora entre los romanos. *Tampoco vos*, le respondió Deyótaro, *empezais muy temprano la espedicion contra los partos*. Mas pues Deyótaro edificaba, pudiera haberle dicho que para hacer una buena obra siempre es tiempo.

Amenazado Orodes por Craso, le envió á preguntar cuando entraba en su territorio qué queria; y Craso le respondió, que le daria la respuesta en Seleucia. El enviado de Orodes, abriendo la mano, y señalándole á la palma, replicó: Antes crecerá pelo aquí que tú ganes á Seleucia. Habia dado

Craso á Sila pruebas de buen capitán: por otra parte era hombre de letras, filósofo, anticuario, y versado en las historias; mas parece que la ciencia, sobre todo la de la historia, que nos debe hacer modestos, de nada le sirvió en la guerra contra los partos. Marchó contra ellos como cantando la victoria, á pesar de enseñarnos la historia que no hay enemigo despreciable. También vemos en la de los partos, que todo general que haga la guerra de un modo nuevo para su enemigo, está seguro de triunfar.

Hizo el rey de los partos dos divisiones de sus fuerzas. Con la una marchó á la Armenia para hacer una poderosa diversion en un país cuyo rey se habia declarado por los romanos. El otro cuerpo tomó el camino de Mesopotamia á las órdenes del general Surena. Ya no se estrañará que haya un general valiente y amigo de los placeres, que se perfume y vaya con equipage de lujo; y esto no obstante, siempre en las ocasiones peligrosas se presente á la cabeza de sus soldados. Descendia Surena de una casa de las mas antiguas de Partia: se hallaba á la edad de treinta años, distinguido por su talla magestuosa, aire agradable, y amables modales. A estas prendas añadia la prudencia en los consejos, y el conocimiento de la impetuosidad que se necesita para enviar sus tropas al ataque, y la habilidad para contenerlas.

La confianza de Craso en un traidor, metió á los romanos en países difíciles, en donde las marchas eran muy penosas: los víveres apenas podian seguir: faltó el agua, y así llegó muy fatigado no lejos de Carras, ciudad de Mesopotamia, á una llanura arenosa y descubierta, como Surena desea-

ba. Allí se presentó en órden de batalla: avanzan los romanos impetuosos como solian para envolver al enemigo; pero en un instante se dispersa todo aquel egército, y no ven mas que algunas tropas volantes que ya estaban aquí, ya allí, y sucesivos destacamentos de honderos y de archeros, que los oprimian con la multitud de piedras y de flechas. Si avanzaban para rechazar tropas tan incómodas, huian estas, y volvian á la carga cuando los romanos se incorporaban con los suyos. De este modo se hallaban los infelices asaltados, y sin poder defenderse. Ni aun sabian donde estaba el mayor peligro; porque los caballos de los partos levantaban un polvo espeso favorable á sus repentinas irrupciones.

Pereció desde luego la flor del egército romano con Craso el jóven, que mandaba bajo las órdenes de su padre; y los partos le presentaron en la punta de una pica la cabeza sangrienta de su hijo. Se consternaron los romanos con este espectáculo; y el infeliz padre, conteniendo su dolor, iba recorriendo las filas, y diciendo: A mí solo, soldados, á mí solo pertenece el luto: si vosotros permanecéis intrépidos, Roma es invencible; pero no se oían sus palabras con los gritos de los infelices soldados, enagenados con una especie de rabia, que por no poder defenderse daban ahullidos de desesperacion. Si los oficiales los exhortaban á avanzar para salir del horrible riesgo, mostraban las manos clavadas á sus propios escudos, y los pies cosidos con la tierra por las flechas enemigas. Por algun tiempo esperaron que al fin se acabaria aquel nublado fatal; pero advirtieron, penetrados de dolor, que á los partos siempre los seguian carros lle-

nos de dardos y flechas. Aquí se redobló su desesperacion: arrancaban con furor las flechas que los penetraban, y sacaban sus entrañas con las puntas recurvadas de su hierro. Craso, oprimido del dolor, queria morir en el campo de batalla; pero le sacaron sus oficiales, y á favor de la noche se hizo una especie de retirada; porque los partos tenian la supersticion ó la prudencia de no combatir en las tinieblas. La debilidad de los heridos, y los ruegos lamentables de los que dejaban abandonados, retardaban la fuga.

Se hubieran podido salvar las reliquias del ejército, si un traidor que Craso tomó por guia, no le hubiera llevado entre unas lagunas de donde era difícil salir. Se presentó Surena, y pidió una conferencia con el cónsul: este dudaba; pero los soldados le instaban tanto que no pudo negarse. Ya veis, dijo á sus oficiales, las indignidades que sufro; mas os pido que en estando en lugar seguro, digais á todo el mundo, por la honra de Roma nuestra amada patria, que Craso pereció engañado por los enemigos, mas no abandonado de sus soldados. Dicho esto se resignó á la suerte, y fue á parlamentar con Surena, quien, no se sabe si por compasion ó por burla, dijo: ¿Qué es lo que veo? ¿Qué! ¿el general de los romanos á pie, y nosotros á caballo? Denle uno cuanto antes. Craso, sin aturdirse, respondió: No hay de que admirarse, porque venimos á conferenciar cada uno al uso de su pais. Dijo Surena: Sin duda se celebrará un tratado entre Orodes y los romanos; mas es preciso partir, é ir á firmarle en las riberas del Eufrates. Al mismo tiempo unos criados arrojaron sobre un caballo al cónsul, en vez de ayudarle á

montar , y dieron un latigazo al caballo. Los romanos que habian acompañado á Craso quieren oponerse á esta violencia : uno se apodera de la brida , pero un parto pretende quitársela : brillan las cimitarras , y cae Craso traspasado en la pelea. No se sabe si el que le mató fue un parto , ó algun romano con el fin de que no llevasen en triunfo un cónsul. El resto del egército se rindió á discrecion , y era uno de los mejores que habia levantado la república. Esta fue la primera vez que las águilas romanas quedaron cautivas con diez mil prisioneros.

Ya que Surena no pudo triunfar de la persona de Craso , llevó en triunfo á un romano llamado Paciano , que se le parecia en extremo. Le hizo montar en un soberbio caballo precedido de doce lictores burlescos. Los guardias iban en camellos y tenian pendientes de la cintura con bolsas vacías. Servian de trofeos las cabezas ensangrentadas de muchos soldados romanos clavadas en diferentes lanzas. Cerraba la marcha una compañía de prostitutas , que con lascivas canciones acababan de deshonar la memoria de Craso. Concluida la procesion insultante , sacó Surena , en presencia del senado de Seleucia , una coleccion de cuentos deshonestos conocidos con el nombre de *fábulas milesias* , hallada en el bagage de un jóven romano. “ Estas son las obras , dijo el parto , que los romanos ponen en las manos de la juventud : por aquí podeis juzgar cual sea la corrupcion de sus costumbres , y lo que pueden ser unos soldados que tienen tan estragado el gusto.” A la verdad , hay grande diferencia entre gustar del placer como Surena , entregándose á él en la ocasion , y

entre ocuparse en avivar con infames medios las centellas de las pasiones que debieran apagarse.

Poco sobrevivió Surena á este triunfo irrisorio; porque fuese por envidia ó por otra razon política, Orodes le quitó la vida, con ser así que le debia el trono. Cuando presentaron á este príncipe la cabeza de Craso, hizo que le echasen en la boca oro derretido, como reprendiendo la avaricia que le habia empeñado en ir á turbar el reposo de los partos. Estos pueblos, desde que no los mandó Surena, padecieron grandes pérdidas de parte de los romanos, que habian ido de Siria á vengar á Craso; mas tambien los romanos padecieron otras por parte de Pacoro, hijo de Orodes, príncipe justo, valeroso, clemente y dotado de prendas que hicieron muy sensible su muerte á los pueblos conquistados. Esta sucedió en una batalla contra los romanos, y fue dolorosísima para su padre, y muy fatal para los partos; porque teniendo el rey la corona destinada para un príncipe tan virtuoso, la puso en la cabeza de Fraates, el mas indigno de sus hijos.

Cayó Orodes (2963) en la flaqueza de dividir con él su trono, y tuvo el dolor de ver una de sus mugeres y sus hijos asesinados por este monstruo.

D. del D.
2963.
A. de J. C.
35.

Quiso el rey quejarse del hijo: hizo dar veneno á su padre; mas con el veneno sanó el viejo de una hidropesía contra toda esperanza humana. Le hizo Fraates ahogar, y envió con él al sepulcro muchos hermanos suyos, y á su propio hijo, cuyo mérito temia. Este príncipe desnaturalizado fue un excelente guerrero, y tal vez por esta propiedad le prefirió su infeliz padre, viéndose estrechado por Ventidio, teniente de Antonio. Este general logró vic-

torias que le merecieron en Roma los honores del triunfo, y en parte los debió á los zelos de Antonio; porque viendo este con envidia las felicidades de su teniente, le envió á triunfar á Roma para ocupar su plaza; pero la gloria que él esperaba siguió las banderas de Fraates, porque el parto obligó al romano á hacer una retirada larga y penosa que le costó á Antonio mucha gente; aunque no le fue vergonzosa, porque en ella manifestó los talentos de un grande general.

Las ventajas que pudiera Fraates sacar de su victoria fueron interrumpidas por una conspiracion de los señores partos, malcontentos de su rey. Estos le arrojaron del trono, y dieron la corona á Tiridates, que era uno de ellos. Volvió Fraates, y destronó á su rival; pero no se consideró tan seguro que no desease el voto de Augusto, á quien Tiridates habia pedido auxilio. Compró Fraates la neutralidad del emperador restituyéndole las banderas y las águilas romanas conquistadas contra Craso. Se honró Augusto con la restitucion de estos trofeos como con una grande victoria, y así no consiguió Tiridates en Roma mas que el asilo, pudiendo ver en ella á cuatro hijos de Fraates que este príncipe envió, unos dicen como rehenes, y otros como víctimas de la política de una madrastra. Esta fue Termusa, que de concubina llegó á ser esposa legítima, y habiendo adquirido un imperio absoluto sobre su esposo, le persuadió á que enviase sus hijos á Roma, tomando por pretexto la mejor educacion. El marido y la muger se disimularon, como algunas veces sucede, sus verdaderas intenciones: Fraates los envió porque los temia: Termusa pretendió su destierro para pro-

porcionar la corona á Fraates su hijo; y cuando ya le vió en edad proporcionada, dió veneno á su esposo. Descubriendo los partos el delito de la madre, le arrojaron del trono, pero fue mal reemplazado por Orodes II de la familia de los Arsácidas; y no pudiendo sufrir su tiranía, le mataron en un convite, y pidieron á Augusto uno de los hijos de Fraates. Este les envió á Vonono, que les desagradó porque sus vestidos y sus modales eran todo á la romana. No queremos, dijeron, obedecer á los romanos: ofrecieron la corona á Artabano rey de Media, que tambien era de la familia de los Arsaces.

Como Vonono tenia partido, fue preciso pelear: le venció Artabano, y el vencido solicitó la protección de los gobernadores romanos vecinos de la Partia. Enviándole los unos á los otros, fue arrastrando su desgracia por la Armenia y por la Siria, hasta que murió en Seleucia asesinado. Los partidarios de Artabano, descontentos con su gobierno, pidieron á Tiberio otro hijo de Arsaces. Les envió el emperador uno, y procuró á su protegido una poderosa diversion de parte de Mitrídates y de Farasmanes, dos hermanos reyes de Iberia y de Armenia, que tuvieron ocupado á Artabano, mientras los romanos iban avanzando con el nuevo rey. Este murió de enfermedad; y Artabano, vencido por Farasmanes, no solo perdió el cetro de los partos, sino tambien el reino paterno. No se ve que Farasmanes se aprovechase de la victoria, pues restituyeron los romanos el trono á Tiridates, antiguo rival de Fraates; pero no le conservó mejor que la primera vez, pues volvió á restablecerse Artabano: eayó otra vez, y volvió á subir con el auxilio de

Izaro , rey de Adriadena , que le reconcilió con sus vasallos ; los que no tuvieron que arrepentirse de haberse apaciguado , porque Artabano , tirano odioso hasta entonces , empezó á ser un buen rey , que se distinguió por su moderacion y equidad , y dejó grande sentimiento de su falta. Tenia muchos hijos , dos de ellos se colocaron en el trono , el uno se llamaba Gotarces y el otro Bardanes. Ya habian peleado uno contra otro ; y estando para volver á la batalla los reconcilió una conspiracion formada contra ellos. Hubo en Gotarces grandeza de alma para ceder la corona á su hermano , teniéndole por mas capaz. Se arrepintió luego ; pero Bardanes no le permitió que lo manifestase. Este príncipe llevó sus armas hasta los parages celebrados por las primeras victorias de Alejandro , en donde erigió nuevos trofeos. La arrogancia por sus triunfos le hizo insupportable á los principales señores de su corte , y le mataron en la caza. Bardanes hubiera sido un buen rey si hubiese sabido hacerse amar de sus vasallos , como se hizo temer de sus enemigos.

Despues de su muerte volvió al trono su hermano Gotarces : se le disputó Meerdates , príncipe Arsácida , y el emperador Claudio apoyó su pretension con las fuerzas romanas , pero sin embargo fue vencido. Gotarces , conservándole la vida , le hizo cortar las orejas por desprecio de los romanos. Su sucesor Vologeso mantuvo sangrienta guerra contra estos , por haber dado las coronas de Armenia y Siria á dos hermanos suyos , Tiridates y Pacoro. Corbulon quitó á Tiridates la de Armenia , y se la dió á Tigranes , natural de Capadocia. Vologeso y Corbulon no se atrevieron á medir sus fuerzas , y así hicieron proposiciones de paz , que recíproca-

mente aceptaron. Cedió Vologeso á Neron la honra de coronar públicamente en Roma á su hermano Tiridates , como si le presentase este reino que el parto poseia, y con esta deferencia se restableció la buena armonía entre los dos imperios.

Duró esta buena correspondencia hasta que Cosroas, tercer sucesor de Vologeso, suscitó contra los partos las armas de Trajano, derribando del trono de Armenia á Exadoro, colocado en él por este emperador. Trajano introdujo la division entre los partos, dando á Cosroas por rival á Partanaspato. Pasó el romano al imperio de los partos con el furor de un torrente que todo lo va asolando; y Cosroas, despues de pretender, aunque en vano, oponerle diques, le dejó correr. Partanaspato seguia á Trajano como la sombra al cuerpo, y así desapareció con él; y Cosroas, recobrado su poder, le transfirió á su hijo Vologeso II. Este príncipe, debilitado por los romanos, se vió reducido á algunas provincias y á la humillacion de tributario; y aunque su hijo Vologeso III quiso levantarse, le retuvo el emperador Severo sujeto al yugo: le quitó sus tesoros, hijos y mugeres; pero Vologeso se huyó.

Estas expediciones costaron á los romanos mucha sangre sin resultarles utilidad real. No tenian fuerza suficiente para guardar sus conquistas, y los habitantes, fieles al nombre de los Arsácidas, sacudian el yugo así que se retiraban los egércitos romanos. De este modo, aunque sus victorias debilitaban á los partos, no aumentaban el imperio. A pesar de que los esfuerzos de los emperadores eran inútiles, no cedian; antes bien entre los sucesores de Trajano se observa cierta emulacion en honrarse con el título de Pártico. Caraçalla le con-

siguió por un medio mas pronto, y no conocido de sus predecesores.

Artabano habia sucedido á su hermano Vologeso; y Caracalla le envió embajadores á pedirle á su hija por esposa. Se la concedieron con alegría, y poco despues anunció con otra embajada que iba á celebrar las bodas en la corte de Artabano. Iba el parto delante con la flor de la nobleza, desarmada como á una fiesta: dió Caracalla con la fuerte escolta que le acompañaba sobre aquel cortejo pacífico: robó un gran tesoro, y así se autorizó con el senado para que le diesen el renombre de Pártico. Escapó Artabano de este peligro como por milagro, y juró un odio irreconciliable al pérfido emperador, encendiendo á toda la nacion en los mismos deseos de venganza. Estaba esta nacion por entonces con unas fuerzas respetables. ¿Quién pudiera creer que una sola batalla la borraría de la lista de las potencias? Dos dias duró la accion entre los partos y romanos: suspendian los dos pueblos sus esfuerzos al entrar la noche: se separaban ambos gritando victoria, y descansaban sobre las armas. Ya cubrian el campo de batalla cuarenta mil muertos; y queriendo persuadir á Artabano que cesase en tanta carnicería, respondió: *Ahora empezamos*; como quien estaba determinado á perecer con el último de los partos, ó á matar al último romano. Al amanecer del tercer dia, cuando tocaba al ataque, le envió á decir el general romano que habian asesinado á Caracalla, y pues el traidor estaba castigado, debía cesar entre ellos toda disension. Dió oidos el rey de los partos á estas palabras de paz, y consintió en un tratado cuyas condiciones le eran ventajosas.

Pero estas no curaron la herida profunda que

hizo en los partos esta sangrienta batalla , por haber perecido en ella los guerreros mas valientes de la nacion. Los persas, que despues de haber sufrido el yugo de los macedonios , habian estado sujetos á los partos quinientos años , se aprovecharon bien de esta ocasion para recobrar el imperio de su pais. Se reunieron en grande número : dieron varias batallas á los partos, y despues de muchos prodigios de valor por una y otra parte , se declaró la victoria para siempre por los persas. Perdió la vida Artabano , y se disipó su egército. Se hallaron los partos sin gefes , y se incorporaron con aquel pueblo , que en otro tiempo se habia incorporado con ellos cuando su primer rey se formó un imperio de las provincias de Persia quitadas á los sucesores de Alejandro ; y así vino á ser el mismo imperio, aunque revivificado, bajo de estos nuevos persas.

P E R S A S .

Se hizo esta mutacion por medio de un hombre cuyo nacimiento fue de singulares circunstancias , si no son fabulosas. Un zapatero del pais de los caduceos , llamado Pabec , muy versado en la astrología judiciaria , recibió en su casa un dia á un oficial llamado Pusano , y adivinó que el que naciese de aquel estrangero subiria á los primeros honores , y sería cabeza de una poderosa familia. Si Pabec hubiera tenido una hija se la hubiera entregado gustoso ; pero le entregó su propia muger , y esta se halló en cinta y parió á nuestro heroe , el cual se distinguió en las turbaciones que sobrevinieron con la muerte de Artaxares , y consiguió la corona. Cuando llegó al trono se le disputaron Pabec y Pu-

Años
de J. C.
230.

sano ; y para componerlos le dieron un nombre que significaba , que el uno era marido y el otro padre. Este nombre se ha perdido : si se supiera pudiera castellanizarse ; pero el fundador del segundo imperio de Persia es conocido en la historia con el de Artaxares.

Asegurado su trono resolvió unir á sus dominios todo lo que en otro tiempo pertenecía al imperio persiano ; mas hallándose la mayor parte en poder de los romanos, Artaxares envió al emperador embajadores , si así pueden llamarse cuatrocientos hombres escogidos , soberbiamente vestidos, y de una talla y fuerza extraordinaria. Prescribió á estos mensajeros palabra por palabra las que habian de decir , y ninguna dejaron. Introducidos á la presencia del emperador , le hablaron en estos términos: “ El gran rey Artaxares ordena á los romanos y á su príncipe, que evacuen la Siria y toda el Asia menor , y restituyan á los persas todo el pais que está de esta parte del mar Egeo y del Ponto, por ser estados de sus mayores. ” No agradó al emperador Severo esta arenga , y por ser los embajadores fuertes y robustos , los destinó á cultivar las tierras que les señaló en Frigia : los hizo despojar de sus ricos vestidos para darles otros mas conformes á su nuevo estado. La fanfarronada de Artaxares no tuvo el éxito que pretendia , y el que con sus fieras amenazas se habia impuesto la obligacion de atacar, se vió reducido á la defensiva. No obstante el triunfo de Severo en Roma , y el soberbio renombre de Pártico y Pérsico con que se honró , no debe creerse que sus felicidades fueron de grande importancia ; porque Artaxares volvió á tomar todas las provincias que le quitaron al pri-

cipio de la espedicion , y murió despues de un reinado glorioso de doce años , llorado y admirado de todos.

Sapor su hijo (242) vió al principio sus estados invadidos por el emperador Gordiano el jóven: se los restituyó Filipo: se arrepintió y volvió á tomarlos. Se restableció en ellos Sapor, y le acometió de nuevo el emperador Valeriano, á quien el monarca de Persia hizo prisionero; y despues de haberle hecho marchar ignominiosamente á la cabeza de su egército, sirviéndose de él algunas veces para montar á caballo, poniéndole el pie sobre el cuello, dicen que le hizo desollar vivo. Esta crueldad es muy creible de un hombre que hacia echar los prisioneros en los huecos de los caminos para igualarlos, y facilitar el paso de los bagages. A pesar de esta barbaridad insultante, se dice que Aureliano, sucesor de Valeriano, dió á Sapor su hija por esposa, aunque esto no se compone con el triunfo de Aureliano, en que mostró á los romanos el carro de Sapor. Acompañaban á esta princesa dos médicos griegos, que llevaron al Oriente los escritos de Hipócrates. En el reinado de Sapor vivia Manes, el gefe de los maniqueos, que quiso acomodar á la religion cristiana la opinion de los dos principios, uno buena y otro malo, para esplicar el origen del bien y del mal.

Hormisdas, hijo de Sapor (273), solo es conocido por la vergonzosa omision de no haber socorrido á Cenobia, reina de Palmira, y háberla dejado arrastrar al triunfo y al cautiverio por Aureliano. Su hijo Varano I no reinó mas que un año, y el emperador Probo echó á su sucesor, Varano II, las brabatas de Artaxares, respondiéndole á su en-

Años
de J. C.
242.

Años
de J. C.
273.

bajador, que fue á ofrecerle presentes, y pedir la paz: "Todo cuanto vuestro amo tiene en el mundo es mio, y cuando me parezca entraré á poseerlo." Así lo hizo; pero juzgó tambien muy del caso abandonar sus conquistas, y el persa volvió á tomarlo. A su hijo Varano III sucedió Narses: este venció al emperador Valerio, por haberse descuidado mucho; pero despues cayó él en la misma falta, y fue vencido. Su sucesor Hormisdas II no dejó mas recurso á la monarquía que una muy ambigua esperanza, que consistia en estar en cinta su muger. Preguntaron los grandes á los magos si pariria hembra ó varon: ellos respondieron resueltamente que naceria un varon, y coronó la nacion, por decirlo así, el vientre de la madre.

Años
de J. C.
308.

Nació Sapor II (308), y se cree que le criaron con cuidado en la religion cristiana, que despues abjuró. Es cosa bien singular que una de las mas grandes guerras de los persas se hiciese entre dos apóstatas y perseguidores de la religion, cuales fueron Sapor y Juliano. Este atacó sin tiempo, y se gobernó mal: dió, como en otro tiempo Antonio, y casi en el mismo pais, su confianza á un traidor, que llevó tambien al emperador por caminos en que padeció mucho su egército; pero mas infeliz que Antonio siguió ciegamente un pérfido consejo que le dejó sin recurso. Pudiera haber hecho que su escuadra cargada de víveres le acompañase por el Tigris; pero le persuadieron que esta marcha compasada le alejaria mucho de los enemigos, y les daria tiempo de fortificarse; que lo mejor sería ir derecho á ellos, pues era negocio de tres ó cuatro dias, y no se cansarian los soldados para cargar con los víveres de tan corta expedicion; y para no de-

bilitar su ejército, dejando parte para guardar la armada, lo mejor sería quemarla. Juliano, de quien en otros puntos se pondera la sagacidad y prudencia, no la tuvo en esta ocasión. Mientras se abrazaba su escuadra tuvo pruebas de que le habían engañado; pero en lugar de volver atrás, como todavía pudiera, siguió el camino peligroso que le habían enseñado, y dió por último con los persas, la derrota y la muerte. Joviano, su sucesor, al punto trató con Sapor, y este le concedió la paz y víveres por su dinero.

De los cuatro hijos de Sapor (380) el uno le desagradaba, el otro se había retirado á Roma, y al tercero le había dado una tienda de pieles de camellos, enriquecida de oro y admirablemente pintada. “¿Qué te parece? le preguntó. Respondió el hijo: Muy hermosa; pero cuando yo sea rey tendré una de pieles de hombres.” Y por esto mismo no lo fue; porque su padre, irritado con esta respuesta, colocó en el trono á su cuarto hijo Sapor III. Este y Varano IV vivieron en paz con los romanos.

Tuvo Isdigerto (401) tan íntima amistad con Arcadio, emperador del Oriente, que este cuando murió le nombró protector de su hijo Teodosio II y del imperio. Envió el persa para que cuidase de la educación del hijo de su amigo al cunucó Arcadio, hombre prudente y de grande esperiencia, y que sin duda era cristiano: en la corte de Isdigerto había muchos, y se cree que él también lo era. Reinando Varano V, su sucesor, volvió á encenderse la guerra contra los romanos por el zelo indiscreto de un cristiano que pegó fuego á un templo de los persas. Mandaba las tropas del monarca persa un

Años
de J. C.
380.

Años
de J. C.
401.

general llamado Narses , que envió á desafiar al general de los romanos, diciendo que dejaba á su elección el dia en que pudiesen hallarse los dos en el campo. “Los romanos, le respondió, pelean cuando les parece, y no cuando sus enemigos se lisongean de conseguir ventajas. Llamó Varano en su ayuda á los sarracenos: esta fue la primera vez que se hace mencion de estos pueblos en aquellos países. En su tiempo volvió la religion cristiana á tener favor en Persia por la caridad benéfica de Acacio, obispo de Amida. Siete mil prisioneros persas habian amontonado los romanos en esta ciudad sin proveer á su subsistencia: los clérigos y el obispo de Amida vendieron los vasos de oro y de plata, estuvieron manteniéndolos durante la guerra, y cuando se hizo la paz les dieron dinero para que se retirasen. Varano llamó á su corte al caritativo obispo: le recibió con grandes demostraciones de veneracion, y por su respeto dispensó muchos favores á los cristianos.

Años
de J. C.
458.

En tiempo de Peroso (458) fueron conocidos en el imperio los hunos, y habitaban en las tierras al norte de la Persia. No eran pueblos sin civilizar, pues tenian sus ciudades y cierta forma de gobierno. Entró Peroso en su país, mas no salió con la misma facilidad que entró, porque le rodearon y le redujeron á prometer que no volveria á inquietarlos, y que rendiria homenaje á su rey. Buscaba el persa algun medio de hacer este acto de abatimiento sin humillarse; y los magos le dieron este arbitrio: Entrad en la tienda del rey de los hunos al salir el sol, y así parecerá que os postrais á este astro y no al monarca. Bien que Peroso procedió de tan buena fe en la egecucion del tratado

como en la ceremonia del homenaje; pues quiso sorprender á los hunos; pero estos le vencieron y mataron.

El débil Valente (472) que le sucedió, no se libertó del tributo que los hunos habian impuesto á la Persia, y murió de disgusto. Cavades, su sucesor, emprendió quitar esta deshonra, y lo consiguió; pero sus victorias le hicieron soberbio y emprendedor hasta en su mismo reino, cuya constitucion quiso mudar: solamente una estravagan-
cia manifiesta pudo hacer que prohibiese con un edicto que ninguna muger de su imperio negase sus favores á todo hombre que los pretendiese. Este solo hecho hubiera merecido la resolucion que tomaron sus grandes, cuando asegurando su persona dieron la corona á un pariente suyo llamado Zambades.

Años
de J. C.
472.

Lo primero que hizo el nuevo monarca fue convocar una junta general de la nobleza para decidir la suerte de Cavades. Habia declarado el pueblo que el monarca era persona sagrada, y con todo eso se dividieron los votos de los concurrentes. Uno de los principales señores, llamado Guzarastares, sacó una nabajita que le servia para cortarse las uñas, y mostrandole á la junta dijo: Este pequeño acero, empleado á tiempo, podria hacernos mas servicio que luego veinte mil hombres, si dejamos perder esta ocasion; pero no prevaleció esta política cruel, y así decidieron unánimes, que pues Cavades habia abdicado su autoridad, por el mal uso que hizo de ella, fuese confinado á una prision por el resto de su vida, reinando en su lugar Zambades. Tenia este príncipe todas las calidades necesarias para reinar gloriosamente: era prudente, in-

clinado al perdón y á la justicia, y solo pensaba en hacer feliz á su pueblo.

No encerraron á la reina con Cavades; pero fue la única que no le abandonó en su desgracia: le llevaba por sí misma cuanto necesitaba, mas no se la permitia verle. El oficial que estaba de guardia se enamoró de ella, y la permitió escribir á su marido. Deseó verle, pero el carcelero puso cierta condicion á este favor. Se la participó la reina á su esposo, insinuandole que tenia que lisonjear una passion que podia serle muy útil. Consiguió pues hacerle una visita, en la que Cavades supo que un amigo fiel, llamado Sesoces, le tenia pronta una compañía de guardias, destinada para acompañarle adonde le pareciese en estando en salvo. Se tomaron las medidas en consecuencia de esta precaucion. Tomó la reina los vestidos del rey, y él salió con los de muger á refugiarse en la corte del rey de los hunos, que le recibió bien: dió á su hija por esposa y un ejército. La reina, que se quedó en la prision por su marido, accion que merecia á lo menos admirarse, fue tratada con mas severidad que clemencia. Cavades, que en su retirada habia contraido correspondencias con algunos señores de Persia, halló fácil volver á su reino. Prometió los gobiernos de las provincias á los primeros que llegasen á rendirle homenaje. Como los gobiernos ordinariamente no salian de las familias, causó esta promesa en ellas una especie de division. Todos se apresuraban á ser los primeros, y con esta emulacion se aumentó presto el número de sus partidarios. Logró aciertos decisivos, y entró triunfante en su capital: hizo sacar los ojos á Zambades: mandó quitar la vida á Guzarastares, y



Cavades triunfante.

Destronado y preso Cavades, debió su libertad al ingenioso amor de su esposa; y libre, supo con ardidés políticos adquirirse un partido poderoso, con que destruyendo al rebelde Zambades, entró triunfante en su corte, recibiendo el amor de sus vasallos con el esplendor que restituyó á la Persia. Había experimentado las consecuencias de sus desventuras; y tal vez debió á los trabajos su enmienda.

creó teniente general de su reino á Sesoces.

La faccion que habia destronado á Cavades no tuvo motivo de arrepentirse por no haberle quitado la vida , sino para alegrarse de haber conservado un príncipe que restituyó al reino de Persia su antiguo esplendor. No obstante, es preciso confesar que empezó sus victorias por una injusticia. El rey de los hunos, su suegro, le habia adelantado grandes cantidades para restablecerse, y le pedia la paga. El emperador Anastasio pasaba por rico. Le pide el rey de Persia un empréstito, y por habersele negado le declara la guerra, ó por mejor decir, la empezó sin guardar atenciones, situando á Mida, ciudad muy opulenta. Se defendió por mucho tiempo; mas al fin la tomó Cavades, sacó de ella un gran botin, y permitió que sus soldados cometiesen algunos homicidios. Uno de los habitadores tuvo valor para hacerle presente que era cosa indigna de un héroe encarnizarse contra unos hombres que no hacian ya resistencia. ¿Y por qué, dijo el rey muy indignado, os habeis atrevido á defenderos contra mí? Respondió el amideo: Porque Dios queria que debieseis la plaza á vuestro valor y no á nuestra voluntad. Este cumplimiento sosegó al rey, mandó cesar en la matanza, y algun tiempo despues restituyó á la ciudad sus privilegios, y permitió levantar sus muros y edificios públicos.

A lo que parece Cavades no era malo por inclinacion, y sus primeros estravíos mas bien deben atribuirse al calor de la juventud que á la malignidad de su carácter. Se halla en su vida una accion de que no se puede juzgar con certidumbre. Aquel Sesoces, á quien debió la libertad, se hizo culpado ó sospechoso, y permitió Cavades que fuese

acusado y condenado, y que se egecutase la sentencia de muerte : es verdad que le mereció lágrimas, y que manifestó el mas vivo sentimiento de verse precisado á abandonar al rigor de las leyes un hombre á quien debia tantas obligaciones. El principal delito de Sesoces era haber hecho enterrar el cuerpo de su muger, con desprecio de la religion de los persas, que ordenaba esponer los cadáveres á las aves ; pero se halla que en este mismo tiempo habia imaginado Cavades hacer que el emperador de Oriente adoptase á uno de sus hijos destinado á la corona, y que Sesoces puso obstáculo á este tratado. Sin duda el delito de un vasallo tan poderoso, que fue capaz de estorbar un proyecto importante á su monarca, fue la causa de su muerte, mas bien que la violacion de un rito religioso; y en este caso las lágrimas de Cavades fueron lágrimas de hipocresía.

Este proyecto de Cavades corresponde al estado en que entonces se hallaba el imperio de Oriente atacado por todas partes de una inundacion de bárbaros, y mal defendido por las provincias fronterizas, cuyos pueblos se juntaban muchas veces con los que le acometian. Quiso Cavades que el emperador creyese que la adopcion de su hijo le obligaria á defender el imperio como hacienda propia, y de este modo conseguiria una proteccion segura y poderosa ; pero el emperador temió que aquella adopcion, en vez de asegurar el imperio, le dividiria y debilitaria, porque el príncipe adoptado se arrogaria derecho á las provincias que pretendiese haber conservado contra los esfuerzos de la invasion. No obstante, ya estuvo tan adelantada la adopcion, que solo faltaba hacer la ceremonia ; pero cuando

Estaba en estado de conclusion se deshizo. Quería el persa que se hiciese por el estilo de los romanos para darla la fuerza posible, y los romanos querían que fuese al estilo de los bárbaros, sin duda para que dejando faltas de formalidad, no tuviese efecto en caso necesario. Jamas pudieron conformarse en este artículo, aunque parecia una bagatela despues de las dificultades que en el tratado se habian vencido. Le dejaron llegar los romanos hasta este punto por ganar tiempo; pero bien sabian el modo de deshacerle. Manifestó Cavades mucho descontento: empezó de nuevo la guerra, y duró hasta que le aplacaron con una buena cantidad de dinero. Este fue el medio mas victorioso contra el imperio de Oriente, y el que enseñó á su hijo Cosroas, el cual le empleó muchas veces.

No era este príncipe (532) el hijo mayor; pero tenia el favor de su padre por ser arrogante, guerrero, siempre ocupado en grandes proyectos, que egecutaba con tanto ardor cuanta era la facilidad con que los formaba. Le nombró Cavades en su testamento por sucesor, en perjuicio de Cauces, que era el mayor: fue confirmado el testamento por la nacion, que reconoció á Cosroas por monarca de Persia. Hasta cinco tratados, hechos con el imperio de Oriente, se cuentan en su reinado. Por este orden declaraba Cosroas la guerra: la hacia al principio con vigor, y se apoderaba de un buen botin: despues se mantenía en la defensiva; y cuando veía al imperio atormentado por otros invasores, ofrecía la paz á costa de grandes cantidades. Con esta contribucion reclutaba y aumentaba su ejército: entonces volvía á la carga, sin detenerse demasiado en el colorido de los pretestos. Si padecía algunas pér-

Años
de J. C.
532.

didas se valia de sus tesoros para suscitar al imperio nuevos enemigos contra algunas fronteras algo distantes. Entonces era preciso disminuir los medios de defensa y ataque en Persia, y volvía Cosroas á ofrecer la paz, poniendo siempre por condicion el dinero. Llegó su descaro, que así puede llamarse, hasta enviar á pedir á Justiniano su parte en una ganancia que le habia permitido hacer. "Si yo no os hubiera dejado tranquilo, le dijo, no habria ganado tantas victorias en Africa vuestro general Belisario, y así me debeis una parte de los despojos." Se sonrió Justiniano; mas no le pareció que debia despedir los embajadores sin entregarles una buena suma.

Esta es la vida militar de Cosroas, de la que se infiere que en un reinado largo no cesó de atormentar á sus vasallos y á los de sus vecinos. No obstante, afectaba grande compasion á los pueblos que experimentaban las desgracias de la guerra. Espoñiendole unos embajadores romanos patéticamente en una audiencia pública estas calamidades, todavía las encareció él sobre su descripcion, y derramó enternecido lágrimas; pero las derramaba por alentar á los persas, testigos de su sensibilidad, á que le ayudasen con vigor contra Justiniano, de quien decia él que era invadido. Bien que no es fácil decidir cual de los dos era el mas culpado; porque si Justiniano hacia cargo con razon á Cosroas de que llamaba los godos contra el imperio, y favorecia sus desolaciones, este podia probar con cartas auténticas que no cesaba el emperador de enviar contra la Persia á los hunos y los sarracenos. Tambien pudieran los régulos vecinos, como el de los laciasos, maldecir la nacion de los grandes imperios, pues

contra su voluntad los envolvian en sus querellas, y los hacian víctimas de sus disensiones. La diferencia entre Justiniano y Cosroas es que el romano hacia la guerra por medio de sus generales, y el persa siempre se presentó á la cabeza de los egércitos; y como que era valiente, intrépido y hábil general, no dejaba egecutar á sus tenientes sino lo que él no podia hacer por sí mismo.

Castigada severamente una conjuracion que hubo al principio de su reinado, no esperimentó Cosroas otras inquietudes por la parte de los grandes del reino. Los conjurados le motejaban de cruel y caprichoso, que eran los defectos de su padre Cavades, y lo menos que se proponian era deponerle como á él, porque deseaban dar el trono á su hermano Zames; pero este príncipe era tuerto, y no sufrían los persas en sus monarcas las imperfecciones que desfiguran. Fácilmente halla una faccion los medios de eludir las preocupaciones del pueblo acerca del sugeto indigno, y aun aborrecido, que le quiere dar por señor. Se decidió pues que no sería Zames el que ocupase el trono, sino un hijo muy jóven que tenia, y que su padre le aconsejaria; pero con la condicion de que este se gobernaria por el consejo de los conspiradores; es decir, que pretendian dar á la nacion muchos reyes en vez de uno. Cosroas, que si sabia tomar dinero sabia tambien emplearle, tenia entre los cómplices espías, que de dia y de noche le daban noticia de todos los pasos que se daban. Los dejó pues maniobrar, atraer partidarios, y aumentar el número de estos, con el fin de conocer quiénes eran sus amigos y quiénes sus enemigos. Cuando ya estaban para dar el golpe los hizo prender á to-

dos y quitarles las vidas. Solo el pequeño Cavades se libró, porque se estaba criando lejos de allí en casa de un anciano honrado, que miró con horror tener que manchar sus manos con la sangre de un niño. A este anciano le descubrió despues su propio hijo, temiendo que si llegaba á saberse la desobediencia de su padre, no le darian el gobierno que habia de quedar vacante por muerte de este mismo. Por entonces estaba el jóven Cavades puesto en seguridad. Cosroas murió de pesadumbre por haber perdido una batalla, con lo que su reino quedaba abierto á los romanos, los cuales tomaron en él cuarteles de invierno. Esto lo sintió mucho el anciano rey, porque estaba acostumbrado á tomarlos en tierra de sus enemigos. En poco estuvo que le hiciesen prisionero en la derrota; y así dejó muy encomendado á su hijo que nunca espusiese su persona en accion general contra los romanos.

En Hormisdas su hijo se nos presenta un sugeto digno de indignacion y de lástima. De indignacion por los desaciertos en que incurrió: por desgracia no amaba á su pueblo, y por otra mayor desgracia se creia de adivinos, y estos le aseguraron que de cualquiera modo que procediese, su reinado sería feliz. Por consiguiente soltó la rienda á sus pasiones, y fue cruel, altivo, tenaz, de todos modos descontentó á sus vasallos, y nada temia. Esta funesta seguridad le precipitó á determinarse á todo. Tenia un buen general llamado Varamo, el cual despues de muchas ventajas padeció una derrota; y Hormisdas, en lugar de compadecerle y alentarle, le envió un vestido de muger y una carta insultante. Varamo le respondió como á una muger esclava, y al mismo tiempo tomó sus medidas para defenderse.

Ganó la voluntad de su egército, y sedujo parte del que el rey enviaba contra él. Se retiró el monarca á la capital: las principales ciudades se sublevaron, y por todas partes saquearon los habitadores los palacios reales. Abrieron las cárceles, y entre los que rompieron sus prisiones, se halló un príncipe de sangre real, llamado Bindoas, á quien Hormisdas tenia cargado de cadenas por muy leve motivo. Él se acogió al egército que no seguia las banderas de Varamo: este egército le reconoció por gefe, y fue á su cabeza hácia Ctesifon: entró sin dificultad, fue al palacio, y halla á Hormisdas en su trono con todo el aparato de su dignidad. ¿Quién os ha traído aquí? ¿y quién os ha sacado de la cárcel? dijo Hormisdas. Bindoas no le dió otra respuesta que reprehensiones é injurias; y Hormisdas exclamó, *que le prendan.*

Aquí la indignacion hizo lugar á la lástima: la guardia del monarca se quedó atónita: Bindoas, animado con su inaccion, se arrojó al rey: le quitó la corona, y le hizo llevar á la cárcel. Cosroes, hijo de Hormisdas, aunque todos conocian que no tenia mucho amor á su padre, dió á entender que tenia algun temor, y Bindoas le tranquilizó con promesas. Pidió Hormisdas desde el calabozo que le oyesen en una junta de la nacion: le llevaron á la presencia de sus vasallos, y alegando él mismo á favor de su causa con la energía que da la desgracia, hizo alguna impresion. Pero tomando la palabra Bindoas, dió á su discurso una respuesta insultante y larga, y concluyó haciendo presente á los que componian el tribunal quanto debian temer si restituyesen al trono al que se habian atrevido á abatir hasta hacerle comparecer en su presencia. Esta razon los

determinó, y así volvió el infeliz monarca á la prision, en donde le pasaron por los ojos un hierro encendido con el fin de inutilizarle para el trono. Habia pedido que á lo menos no le dieran por sucesor á su hijo Cosroes, cuyas malas propiedades espuso, sino á su hijo Hormisdas, príncipe benigno, que haria la felicidad de sus pueblos. Comunmente es sentencia de proscripcion la recomendacion de un infeliz: y así quitaron la vida á Hormisdas y á su madre, colocando en el trono á Cosroes. Todavía daba inquietud á este su padre con estar ciego; y sus quejas, por no contenerlas en los límites de su prision, importunaban á este hijo desnaturalizado, que le hizo asesinar.

Años
de J. C.
589.

Varamo (589) no habia tenido parte en estas mutaciones: se mantenía á la cabeza de su egército, resuelto á no trabajar para otro. Le envió Cosroes cartas muy atentas, llenas de promesas y con buenos regalos, pero todo lo despidió. El título que tomaba en sus respuestas era este: *Azote de los tiranos*. Mandaba á Cosroes que dejase un cetro usurpado, y daba á entender que no tenia otro fin en continuar la guerra que el de vengar su rey y castigar á un parricida; y por este medio ganó muchos partidarios. Ya se vieron en campaña los dos rivales: Cosroes fue vencido tan completamente que no tuvo modo de salvarse sino por caminos estraviados; y llegando á un puesto avanzado de romanos que estaban en la frontera, le recibieron bien. Varamo entró en Ctesifon: hizo prender á Bindoas como autor de la última revolucion, y no tuvo mas atención con sus cómplices, pero sin usar de crueldad con ellos. Se aventuró no á tomar el título de rey, sino las insignias: tentativa que desagradó á la

nobleza, y se formó una especie de conjuracion. Sacaron á Bindoas de la prision, y durante la noche invadieron los conjurados á Varamo en su palacio: se defendió con valentía: perecieron muchos nobles en la accion, y otros fueron despues condenados á morir pisados de los elefantes. Bindoas se huyó, y entró en la provincia de la Media, en donde se dió prisa á levantar tropas para favorecer á Cosroas.

Halló este fugitivo poderosa proteccion en el emperador Mauricio. Puso á su servicio todas las tropas que tenia el imperio en aquella frontera á las órdenes de Narses, el mas hábil general. Varamo padeció una derrota tan completa como la que habia experimentado Cosroes. Huyó como este casi solo, y halló asilo en un príncipe bárbaro, al norte de la Persia. Vivió allí estimado por algun tiempo; pero el bárbaro le dió veneno, temiendo verse invadido de Cosroes. Este habia tenido divertido al pueblo de su capital con fiestas y espectáculos cuando ciñó su frente con la ensangrentada diadema de su padre. De la misma política usó para que el pueblo se olvidase de la suavidad del gobierno de Varamo; pero no perdonó á ninguno de aquellos grandes que le pudieran dar rezelo, ni aun de los que le habian favorecido.

En su adversidad habia manifestado respeto á la religion cristiana, tanto que parecia preferirla á la suya. Se vestia, hablaba y se portaba en todo á la romana, sin duda por conservar la benevolencia del emperador Mauricio. Cuando ya no necesitaba de estos respetos los dejó, y pasa por grande perseguidor de los cristianos. En cuanto á los romanos, hablo de los vasallos del emperador de Cons-

tantinopla, que siempre tomaban el título de emperadores romanos, aunque fuesen griegos, Cosroes, restablecido con su auxilio, se mostró desde el principio muy tibio en el reconocimiento. Narses, cuando se despidió de él para salir de sus estados, le hizo presente la obligación en que estaba de no olvidar los servicios del emperador Mauricio y de los romanos, de los cuales hablaba *como de los dueños del mundo*. En cuanto á los servicios, respondió modestamente Cosroas, que jamas los olvidaria: en cuanto al poder romano que Narses le pintaba tan magnífico, le dió á entender el rey de Persia que no le creía tan temible: dedujo los motivos de su opinion, y señaló con tal exactitud la declinacion y subversion de este imperio, que los historiadores griegos le citan como un grande astrólogo: mas no era sino un hombre prudente y reflexivo, que conociendo á fondo las causas de destruccion, inherentes á este imperio, pudo, sin mas que la fuerza de su juicio, señalar los grados de debilidad, y prever la última catástrofe. Un poco de vergüenza le contuvo para que no sacase su parte en los despojos del imperio mientras vivió su bienhechor, aunque manifestó algun deseo; pero la muerte de Mauricio, que fue asesinado, le dió ocasion para introducir sus armas en el imperio con pretesto de vengar la muerte de su amigo. Prueba de que solo fue pretesto, es que no se juntó con los generales romanos, ni con Narses, declarados contra Focas, que quitó á Mauricio la vida, sino que acometió á todos indistintamente.

Admira la estension de las conquistas de Cosroes, y el poco tiempo que tardó en hacerlas y perderlas. A los diez y seis años de su reinado

puso en contribucion todo el pais llano de las fronteras romanas; en el año siguiente se apoderó de las fortalezas: á los diez y ocho años de su reinado saqueó la Mesopotamia y la Siria: á los diez y nueve pasó el Eufrates, y llevó la desolacion por el resto de la Siria que habia perdonado en Palestina y en Fenicia. El año veinte es notable por la destruccion de Capadocia y Armenia, y por la entera derrota de un ejército romano, que le abrió la entrada por la Galacia y la Paflagonia hasta la Calcedonia. Dos años despues tomó Cosroes á Pamea y Edesa: bloqueó á Antioquía, y ganó una victoria tan completa, que apenas quedaron á los vencidos soldados que llorasen á los muertos. El año siguiente tomó á Cesarea: se llevó multitud de cautivos siros. El año veinte y cinco de su reinado ganó á Damasco, y despidió ignominiosamente sin respuesta á los enviados por el emperador Heraclio á pedirle la paz. El veinte y seis conquistó la Judea: tomó á Jerusalem y la saqueó: se llevó á Persia al patriarca y la verdadera cruz: vendió á los judíos de sus estados novecientos mil cristianos, á todos los cuales degollaron.

Cansado estará el lector de cronología tan sangrienta; mas todavía pudieramos seguir á Cosroes en el Egipto alto y bajo, que subyugó: juntando así la monarquía de África con la del Asia, proyecto que inútilmente tentaron sus mas ilustres antepasados. Volvió contra el imperio: respondió con arrogancia á Heraclio que le pedia la paz: "Yo os la concederé; dijo, cuando vos y vuestros vasallos abjureis al Dios crucificado, y abraceis la religion de los persas." Heraclio desembarazado de otras guerras, marcha en persona contra Cos-

roas: le vence, y todavía le ofrece la paz; pero el persa la rehusa con desprecio, y solo se sostiene con su propia soberbia: y así huye vencido por el romano en batalla campal, dejando cincuenta mil prisioneros, á quienes Heraclio dió generosamente la libertad. Todavía ganó el emperador contra dos generales persas una victoria tan completa, que se vió precisado el vencedor á dar libertad á un prisionero para que llevase á sus compatriotas la noticia de su general derrota.

Tantos reveses exasperaron el carácter de Cosroas, que de suyo era muy cruel: á los grandes, á los pueblos, á los soldados, á los generales, á todos los hizo responsables de sus desgracias. Una carta insolente fue causa de la espantosa catástrofe de su padre Hormisdas: una carta imprudente precipitó al hijo, no menos terrible. Tuvo sospechas mal fundadas contra Salbates, que era uno de sus generales, y sin mas exámen escribió al otro que sorprendiese á su cólega, y le quitase la vida. Cayó esta carta en poder de los romanos, que la enviaron al condenado en ella. Salbates, además de su nombre, escribió el de cuatrocientos distinguidos oficiales, que de este modo se leían condenados al suplicio como él. Falsificada así esta carta y esparcida por el ejército, suscitó una multitud de malcontentos, de los que formó Sarbato un cuerpo considerable, y puesto á su cabeza se retiró al campo de los romanos. La conducta de Cosroas es menos excusable, porque tenía entonces necesidad de la perfecta obediencia de sus vasallos, y de que concurriesen las tropas para el proyecto que habia formado de dar la corona á Mardases, el hijo mas jóven, en perjuicio del mayor, que

era Siroes. Este, sabiendo la intencion de su padre, levanta el estandarte de la rebelion; da He-
raclio la libertad á los prisioneros persas, que tenia
en muy grande número, con la condicion de que se
juntasen con Siroes, y así se halló de repente con
fuerte egército contra su padre. La edad, las fati-
gas, las pesadumbres tenian debilitado á Cosroas,
por lo que se dejó prender sin resistencia, y fue de-
puesto despues de un reinado de treinta años.

No acabaron aquí sus desgracias, porque la
Providencia (625), segun la espresion de un poeta,
parece que necesitaba absolucion de las felicidades
del parricida Cosroas. El primer cuidado de su hijo
fue cargarle de cadenas en las piernas, brazos y
cuello, haciéndole despues encerrar en un calabo-
zo, dejando libre la entrada para todos los que
gustaban de apacentar sus ojos con el espectáculo
de un desgraciado. ¿Qué os parece, le decian los
desapiadados curiosos, qué os parece de este amar-
go cáliz que habeis dado á beber á naciones en-
teras? Justo es que hayais descendido á un calabo-
zo desde el trono, pues mientras estabais en este
poblabais las prisiones. Estuvo desmayándose por
cinco dias en este estado sin mas alimento que pan
y agua: pasado este término quitaron en su pre-
sencia la vida á su muy querido hijo; y despues
dió Siroes orden de que traspasasen á su padre con
muchas flechas, y le dejasen hasta espirar con las
heridas. Este hijo cruel no tuvo mas tiempo que
el de probar el manto real teñido con la sangre
de su padre, porque como si solamente le hubie-
ran colocado en el trono para asustar á los mons-
truos, siendo él uno de tantos, murió en el mis-
mo año.

Años
de J. C.
625.

Años
de J. C.
630.

Le sucedió su hijo Aldeser (630); y Sevarasas, general del ejército, pretendía que habían hecho mal en colocarle en el trono sin consultar á las tropas: hizo quitar la vida al jóven príncipe, y se entronizó á sí mismo. No pudieron sufrir los grandes que uno de ellos se hiciese señor suyo, y se determinaron á restituir la corona á la casa real: se deshicieron de Sevarasas, y proclamaron por rey á Isdigerto II, hijo de un hermano de Siroses, que se habia librado de la matanza. No convienen entre sí los historiadores sobre lo que se debe pensar de este monarca. Unos le representan como príncipe afeinado, que dormido en el seno de los placeres, dejó su reino á discrecion de los sarracenos: otros dicen que le defendió con intrepidez, hasta que los persas, cansados de guerras y combates, recibieron en su pais á los nuevos conquistadores. Como los medos se habian incorporado con los persas, los persas con los partos, y estos mismos se unieron de nuevo con los persas, así los persas modernos permitieron incorporarse con ellos á los sarracenos, sectarios de la religion de Mahoma, substituida por la de los magos. Esta mutacion sucedió por los años de 640. Son varios los pareceres sobre la suerte de Isdigerto, como sobre su carácter. Los que le dan grandeza de alma y valentía, dicen que murió en una batalla: los que le niegan estas calidades, pretenden que mas amante del reposo que de la gloria, cedió su corona á los sarracenos con la condicion de que le dejasen vivir tranquilo en una pequeña provincia en donde murió.

Años
de J. C.
640.

Debemos á los escritores orientales haber recogido anécdotas, agudezas, respuestas ingeniosas, y otros agradables rasgos de los persas, ignorados ó

despreciados de los autores griegos. Su variedad romperá aquí la fatigosa monotonía de las guerras, y hará alguna diversion en las atrocidades demasiado comunes en su historia antigua; y algunas veces nos admirará la contrariedad del juicio que se ha hecho de una misma persona.

Ardsquir, el mismo que Artaxares, á quien los griegos hacen hijo de un zapatero, nació, segun los orientales, de una princesa de sangre real. No hizo la guerra sino á mas no poder: fue bienhechor de sus pueblos; los repartió en diferentes clases, segun su profesion: estableció magistrados que los gobernasen, maestros que les instruyesen, y disminuyó las penas capitales. *No se debe emplear la espada,* decia él, *sino cuando el castigo mas suave no produce el mismo efecto.* Compuso un libro intitulado: *Reglas para vivir feliz.* Prescribe en esta obra las máximas que deben practicar todos los hombres desde el monarca hasta los artesanos. Uno de sus sucesores mandó que cada familia tuviese un eemplar.

Sapor I, con el nombre de Escaburg, es justificado por los orientales de la crueldad que los griegos le imputan para con Valeriano. Reconocen en él virtudes benignas, que se tendrian por incompatibles con la órden supuesta de hacer desollar vivo á un emperador su prisionero. Refiere Hormuz, llamado Hormisdas, que el gobernador de una de sus provincias, situada hácia la India, le envió un espreso para decirle que tenia ocasion de comprar una cantidad de hermosos diamantes por cien mil piczas de oro. El rey se negó á esto, y el gobernador le envió á decir por otro espreso que se podia ganar ciento por ciento, "A mí no me tientan, res-

pondió Hormuz, ciento ni mil, porque si hago el oficio de mercader, ¿quién hará el de rey? ¿Qué sería de los negociantes de Persia, si yo empleara mis tesoros en quitarles la ganancia que podrian lograr?" Varanes, llamado Vahajaranes, que hizo desollar vivo á Mani ó Manes por sus opiniones religiosas, decia: "No se puede definir la humanidad, porque en esta estan comprendidas todas las virtudes morales."

Escaburg, ó Sapor II, perseguia cruelmente á los arabes, quitó á muchos la vida, y hacia romper el hombro á los que estaban en estado de llevar las armas. Un arabe, diputado para suplicarle que cesase en esta crueldad, le preguntó por qué lo hacia; y él respondió: "Porque sé por mis astrólogos que uno de vuestra nación ha de venir á destruir la monarquía de los persas." "O lo creéis, respondió el arabe, ó no: si no lo creéis, ¿para qué es esa crueldad? si lo creéis, ¿no sería prudencia proceder con mas benignidad con unas gentes que pensais que algun dia han de dominar en vuestros vasallos?" Lo ajustado de este razonamiento le hizo mudar de conducta. Vahajaranes, ó Varanes IV, privado del cetro de su padre puso á su rival, llamado Kesra, en una prueba á que este no se quiso arriesgar. Estaban para darsela batalla; y dijo Vahajaranes: para ahorrar sangre póngase la corona entre dos leones hambrientos, y sea del que tenga valor para ir á tomarla. Vahajaranes cedió á Kesra los honores de la primacía; y este respondió: "Yo me hallo en posesion: á vos os toca sacarla." Vahajaranes sin detenerse mató á los dos leones, sacó la corona, y Kesra no se la disputó mas. En tiempo de Vahajaranes se edificaron dos

palacios con tanto arte, que cada uno de ellos debía arruinarse solo con que quitaran una piedra. Murió el arquitecto, y se llevó consigo el secreto.

La prohibicion de Cabat ó Cabades, de que ninguna muger negase á cualquiera hombre cosa alguna, ha pasado por un acto de demencia. Esta fue una locura religiosa inspirada por Masdek, discipulo de Manes, que no halló mejor medio de quitar á los persas el gusto de las mugeres y de las riquezas que hacer comunes las unas y las otras. Adoptó Cabat su sistema, menos sin duda por persuasion que por libertinage. Cosroes, su hijo, estirpó esta nueva secta dando la muerte al inventor y á sus principales discípulos, diciendo: "No pretendo yo destruirte á tí ni á los tuyos: lo que quiero es conservarme á mí y al pueblo confiado á mis cuidados." A la verdad, el objeto del castigo de los malvados no debe ser tanto el suplicio quanto la salud del pueblo.

Pero si Cosroes, llamado Nusquirean, sabia castigar, tambien sabia disimular las faltas y perdonarlas. Un oficial, á quien habia echado de su casa, se veia por su desgracia reducido á una estrema pobreza: un dia que el rey daba un gran convite á su corte se llevó el oficial un plato de oro: y esto solo el rey lo vió. Levantadas las mesas buscaban con mucha inquietud el plato; y dijo Cosroes: "No os canséis, que el que ha tomado el plato no le volverá, y el que lo ha visto no le descubrirá." Al año siguiente se presentó el mismo oficial, segun su costumbre, en el convite que daba el rey; y viéndole Cosroes vestido nuevo, le dijo al oido: "Digo, ¿es mi plato el que te compró tan bella ropa? Sí señor, respondió el oficial; y mostrándole la ropa interior

rota, añadió: Ya veis que no ha podido llegar aquí." Esta réplica chistosa le restituyó á la gracia del monarca. Nusquirean tuvo, como David, un hijo muy querido, que se rebeló contra él: le encomendó tiernamente, como David, al general que enviaba contra él: y con su muerte espíó como Absalon el delito de su rebeldía. Un entusiasmo de su falsa religion estravió á este jóven príncipe. Pondré aquí algunas máximas así de este monarca como de otros.

Exhortacion á su hijo. "En ninguna provincia pongas el pie sino para hacer bien á todos sus habitantes, ni salgas de ella sino para beneficio de otras. Protege las ciencias, sigue el consejo de los viejos, no permitas que los jóvenes se mezclen en negocios de estado." Vieron un dia que venia un correo gritando: "¡Dios es justo, Dios es justo! El implacable enemigo de mi señor acaba de morir." "No quiera Dios que yo me alegre de la muerte de mi enemigo, dijo con sosiego el rey: no hay cosa mas ridícula en un mortal que alegrarse con un espectáculo de mortalidad." Viéndose sus gentes en precision de servirle un plato de caza, tomaron algunos polvos de sal para sazonarle. "Vayan al punto á pagar la sal, dijo volviéndose al visir. Es cosa de poca importancia; pero un rey debe ser justo, porque sirve de egemplo á los vasallos, y pues debo hacer que mi pueblo observe justicia en todo, es razon que yo le manifieste que es una cosa posible. La mas larga vida y el reinado mas glorioso pasan como un sueño, y nuestros sucesores nos vienen pisando los talones. De mi padre tengo esta corona, y presto servirá para otro."

Preguntaba un rey á sus cortesanos: ¿cuál es la mas molesta situacion? y le respondió un filósofo:

La vejez junta con la pobreza. Dijo un sabio: Un grande abatimiento de espíritu acompañado de dolores violentos. El primer ministro dijo: Es la de aquel que se acerca al término de su vida sin haber practicado la virtud. Cedieron á este la palma los dos sabios.

I T A L I A.

La Italia, objeto de la admiracion de los pueblos que van á contemplar en ella los restos de su grandeza, rodeada del mar por tres lados, y por el cuarto con límites naturales, cuales son los Alpes, tiene una cadena de montañas, llamada el Apenino, que la atraviesa á lo largo; de suerte que en ella se hallan todos los temples. En las cumbres de sus montes se ve la nieve y el yelo, al mismo tiempo que el sol ardiente abrasa la Calabria, y un suave y benéfico calor se experimenta en los países mas meridionales; por lo cual se gozan allí todas las producciones del mundo antiguo. Las uvas maduran al pie de las olivas. Bajo la morera, en donde el gusano de la seda se envuelve en su precioso capullo, deja la oveja su lana con la tijera del pastor. Sus frutas son sabrosas y abundantes. Rara vez sucede que, como en nuestros países septentrionales, engañen los yelos las esperanzas que se conciben con la temprana flor. Cuando el poder de Italia atraia una poblacion inmensa, Roma sola, aquel monstruo devorante, hacia al universo, y particularmente al Egipto, tributario de sus comodidades: ahora ella misma se basta. Parece haberla poblado los griegos; á lo menos si hallaron allí habitantes, estos andaban esparcidos en corto número. Los griegos formaron en ella colonias florecien-

tes, y de estas descendian las diferentes naciones que halló Eneas cuando llegó á Italia.

La Etruria fue la primera que se pobló y civilizó: esta se estendia por la costa desde los Alpes hasta el estrecho de Mesina. Estaba dividido este pais en cantones ó territorios gobernados por diferentes reyes, que se hacian la guerra ya uniéndose y ya separándose. Cada territorio daba al gefe del ejército un lictor, y así por el número de los lictores se podia conocer cuantos eran los reyes reunidos. De su religion se puede formar juicio por la de los romanos, los cuales tomaron de estos pueblos las ceremonias, los sacrificios y los augurios. Antes de conquistar la Grecia miraban á la Etruria como la madre de las artes y ciencias, y enviaban á sus ciudades aquellos hijos á quienes procuraban dar buena educacion. La lengua de los etruscos se distinguia de la griega y la latina: todavia nos han quedado algunas inscripciones, y los gabinetes de los curiosos conservan tambien vasos de Etruria menos preciosos por su antigüedad, que por su hechura agraciada.

D. del D.
1822.
De la E. C.
1176.

Eneas (1822) á quien el príncipe de los poetas latinos ha hecho tan famoso, se libró de las llamas de Troya y huyó con sus compañeros, llegando á las costas de Lacio á tiempo que Latino, su rey, hacia la guerra á los rútuos. Teniendo este rey noticia del desembarco de estos extranjeros, fue á buscarlos creyendo que serian piratas ó algunos bandidos; pero vió unos hombres bien armados y dispuestos á la defensa, como tambien á la paz. Los oyó Latino; y compadecido de sus desgracias les dió tierras en su pais, con la condicion de que le ayudasen en la guerra contra los rútuos.

Aceptó Eneas, y cumplió tan bien lo prometido, que le dió el rey su hija única Lavinia por esposa con el derecho de la sucesion al trono. Tenia la reina un sobrino, llamado Turno, que contaba con la mano y el trono de la princesa: y desesperado este por haberle preferido un extranjero, se pasó á los rútuos, soplando el fuego de la guerra ya apagado; pero él y Latino murieron en una misma batalla. Se vió Eneas en el trono de Latino: estableció en su reino las fiestas y juegos de los griegos, el culto de Vesta con sus severas leyes, los dioses Lares, la confianza en el Paladion, y con la mezcla de las costumbres griegas y las latinas hizo de los dos un solo pueblo, en que reinó pacíficamente tres años.

Los rútuos, juntos con los tirrenos, turbaron este reposo tan útil para la nueva colonia, que empezaba ya á asustarlos. Fue Eneas á buscarlos, y en un choque que tuvieron en la raya de los numianos cayó por desgracia en un rio, y se ahogó. No hallando su cadáver, esparcieron los troyanos la fama de que se habia desaparecido en lo mas fuerte de la batalla: hicieron se le tuviese por un dios, y le erigieron templo. Tomó el cetro su hijo Julo Ascanio, y á la sazón se hallaba en cinta Lavinia, su madrastra, la que por temor de que el hijastro la persiguiese se escondió en un bosque y parió un hijo, á quien dió el nombre de Eneas Silvio, por alusion á aquella selva. Mandó Julo que buscasen á su madrastra; y hallándola con su hijo, estuvo tan lejos de hacerla daño, que dispensó grandes favores á la madre y al hijo. Edificó una ciudad, y la llamó Lavinio, porque era el pueblo principal del patrimonio de Lavinia y de la herencia de su hijo Sil-

vio. También edificó otra para sí, y la dió el nombre de Alba, en la que acabó sus dias, no dejando mas que un hijo, que se llamó Julio como él. Viendo los habitadores de Lacio que su corto reino estaba para dividirse en dos por los derechos del tío y del sobrino, con lo que podía parar en una destruccion total, sujetaron las dos ciudades Alba y Lavinio á una misma soberanía, y dieron esta á Silvio, hijo de Lavinia y nieto de Latino, porque Julio era hijo de un extranjero. Dieron á este la dignidad de pontífice supremo; y los descendientes de Silvio reinaron en Alba casi por cuatrocientos años.

ROMA (MONARQUÍA).

De Rómulo y Remo apenas se sabe mas que el nombre, y la duracion de su reinado, sobre poco mas ó menos, hasta Aventino, padre de Numitor y de Amulio. Pertenecia el trono de Alba á Numitor; pero se le usurpó Amulio, y para salir de rezelos quitó la vida á Egesto, hijo único de Numitor, y á la hija Rea Silvia la consagró á Vesta; es decir, á perpetua virginidad. Esta precaucion fue inútil; porque saliendo por agua la encontró un hombre disfrazado de dios Marte: no se sabe si fue algun pasajero ó algun amante, ó su tío Amulio, el que quiso hacer madre á la virgen vestal para quitarla con este pretexto la vida. Al fin parió dos gemelos. La acusó Amulio al pueblo, y sentenciaron los dos niños á ser echados al Tiber, y á su madre la condenaron á muerte; pero esta sentencia se conmutó en prision perpetua á ruegos de Anto, hija de Amulio.

Iban fluctuando por el río los dos niños en una misma cuna, y los llevó la corriente al pie del monte Aventino. Fáustulo, que era el jefe de los pastores del rey, los encontró y los llevó á su muger Aca Laurencia, llamada por sus travesuras *loba*. Desde la entrada de estos niños en la juventud se les conocia un aire tan noble y magestuoso, que les daba una especie de imperio sobre los otros pastores. Una querrela que dieron ante su abuelo Numitor fue causa de que este anciano los reconociese, y ellos resolvieron ponerle en el trono, y sacar de la prision á su madre: todo lo consiguieron con el auxilio de sus camaradas los pastores, que por señal de union tomaron unos manojitos de yerba, que en latin se llaman *manipuli*, atados á unas varas largas; y estos manojitos ó manípulos fueron las primeras insignias de los romanos.

Numitor, restituido al trono, dió á los nietos Rómulo y Remo el terreno en donde los habia criado Fáustulo. Era este un sitio cerca del Tíber con muchos montecillos por donde andaban los ganados que estaban al cuidado del jefe de los pastores. Les dió Numitor toda especie de instrumentos propios para labrar la tierra, bestias de carga y esclavos, y concedió licencia á sus vasallos para agregarse á la nueva colonia. La mayor parte de los troyanos, de los cuales habia en tiempo de Augusto hasta cincuenta familias, se agregaron á la fortuna de Rómulo y Remo: lo mismo hicieron los habitantes de dos lugares ó ciudades pequeñas y vecinas: nació una disension entre los dos hermanos, ó sobre la eleccion del sitio en donde se habia de edificar la ciudad, ó sobre el plan que se debia egecutar. Sea la que fuese la causa de la

discordia, perdió Remo la vida, y la mas bien admitida opinion es que le mató su hermano.

D. del D.
2251.
A. de J.C.
747.

La ciudad que se fundó, tomó de Rómulo el nombre de Roma, y la edificaron en el monte Palatino, que está como en el centro de los otros montecillos. Al principio constaba de mil casas, ó por mejor decir cabañas, y no era mas que un lugar cuyos habitantes no tenian otra ocupacion que la de cultivar un terreno estéril que repartieron entre sí. Las paredes y techos de las casas eran de paja y juncos, la cerca de tierra, y los fosos tan angostos que un hombre podia saltarlos. Estos fueron los principios de la ciudad que llegó á ser la capital del mundo.

La autoridad con que Rómulo edificó la ciudad, toda la puso en manos de la colonia, y esta se la volvió nombrándole por rey; mas él no quiso subir al trono hasta hacer un solemne sacrificio. Durante la ceremonia salió un relámpago hácia la mano izquierda, y Rómulo hizo que le tuviesen por señal de la aprobacion de los dioses. Consagrada de este modo la eleccion de los hombres con el consentimiento de la divinidad, procuró establecer un gobierno regular. Las leyes que dió á sus vasallos son obra de profunda política, y dan á entender que poseia la ciencia bien rara de combinar y balancear las potencias ó las fuerzas.

Repartió el nuevo rey su pequeño terreno en tres porciones: destinó la una á los gastos del culto, otra á las necesidades del estado, y dió la tercera, dividida en treinta, á cada una de las curias. Instituyó dos clases de ciudadanos, distinguiendo los mas nobles por el nacimiento y las riquezas de los que tenian estas circunstancias. Los primeros

debían cumplir con las ceremonias religiosas, y se llamaron patricios: á estos se daban las principales dignidades militares ó civiles. La ocupacion de los otros que se llamaban plebeyos, era criar ganados, cultivar las tierras, ó egercitarse en el comercio.

Para que con motivo de esta diversidad tan notable no hubiese sediciones, juntó Rómulo las dos clases entre sí con lazos recíprocos; porque cada plebeyo tenia el derecho de elegir entre los patricios un protector, y este tenia obligacion de asistirle con su poder y sus luces, y defenderle de la opresion de los grandes. Estos protectores se llamaban patronos, y los protegidos clientes: tenian los patronos que explicar las leyes á sus clientes, defender los pleitos que les suscitaban, y los cuidaban como á hijos. Los clientes debian rescatar á sus patronos si caian en manos de los enemigos, proveer para el dote de sus hijas, y hacer otros gastos en su favor. Los patronos y los clientes no se podian acusar en justicia unos á otros, ni dar el voto uno contra otro; y cada una de estas culpas se tenia por traicion infame que podia vengarse con la muerte. Esta relacion de patronos y clientes produjo la mas estrecha union por mas de seis-cientos años; y aun cuando todo el populacho se levantaba contra los poderosos, subsistia este particular afecto, y reconciliaba los ánimos.

Instituyó Rómulo el senado, compuesto de noventa y nueve senadores, elegido por los patricios y los plebeyos, pero del orden de los primeros; y el que faltaba para llegar á ciento le nombraba el rey, y se llamaba cabeza ó príncipe del senado. A los senadores daban el nombre de padres, ó por su edad ó

por el cuidado paternal con que debian mirar por el bien de los ciudadanos. Estos primeros senadores fueron el principio de la principal nobleza entre los romanos. Hizo el rey que le diesen una guardia escogida por las curias: eligió para sí un vestido que le distinguiese, y doce lictores armados de un haz de varas, con una segur ó hacha en señal de soberanía.

La superintendencia de todas las cosas santas pertenecia al monarca: era el conservador de las leyes y costumbres: conocia de los asuntos mas importantes: congregaba el pueblo y el senado, y era el primero que daba su voto: contaba los de todos, y decidia por la pluralidad: él era el jefe que mandaba en los egércitos. El pueblo proponia leyes y tomaba resoluciones; pero no tenian fuerza hasta la confirmacion del senado.

Lo que le mereció á Rómulo particular atencion fue el culto religioso. Ordenó que cada curia tuviese su templo y sus sacerdotes, y que á sus tiempos señalados se juntase el pueblo á comer las víctimas. Tambien instituyó dias de fiesta para alivio de los que vivian de su trabajo. De entre los patricios se nombraban los principales ministros de los dioses, y los menores eran de la gente mas acomodada de la plebe. Los sacerdotes debian tener cincuenta años á lo menos, y solas sus mugeres podian egercer las funciones de sacerdotisas. Servian sus hijos á los altares hasta la edad de la pubertad, y sus hijas mientras se conservasen vírgenes. Como las familias sacerdotales no pagaban impuestos, estaban dispensadas de llevar las armas, y eran unos empleos vitalicios: estaba prohibido solicitarlos con soborno, con arte ó con dinero. Ele-



Mugeres robadas.

Para proveer Rómulo á la escasez que habia de mugeres en su naciente Roma, convidó á una fiesta solemne á las ciudades vecinas, cuyos moradores concurrieron con sus mugeres é hijas. Llegada la hora y hecha la señal, se apoderáron de ellas los jóvenes romanos, burlando su resistencia y la de sus desarmados padres y esposos. Tan de antiguo la vino á la celebre Roma el engrandecerse á fuerza de perfidias.

gia cada curia sus sacerdotes, sus arúspices ó consultores, que adivinaban por la inspeccion de las entrañas de la víctima; y sus agoreros, que consultaban el vuelo de las aves. De este modo el sacerdocio, acompañado de la comodidad y del respeto, era el recurso que todo ciudadano honrado podia desear para su vejez.

Se aumentó Roma desde luego con el derecho de asilo que Rómulo concedió al templo de Júpiter Asiliano, adonde recurrian todos los que en los paises vecinos se veian perseguidos de sus acreedores ó de la justicia. Es verdad que no eran vecinos de estimacion; pero al fin hacian número, y se aumentaron tanto los hombres que no tenian proporcion con el de las mugeres. Para proveer á este inconveniente, publicó el rey una fiesta solemne convidando á las ciudades vecinas. La curiosidad llevó á verla las hijas con sus madres. Llegada la hora del espectáculo y dada la señal, se entró la juventud romana por todas partes entre aquella desarmada multitud de forasteros, y les quitaron las hijas en número de mas de seiscientas: se llevó cada uno á su casa la que le habia tocado; pero sin atentar á su honor, como espresamente lo habia mandado Rómulo; y aun parece que á las doncellas se las dió tiempo para sosegarse, y á los jóvenes para ir ganándolas el corazón. Despues se hicieron los matrimonios con todas las ceremonias religiosas.

En este negocio se dieron por agraviadas cuatro naciones. Era el comandante de tres el rey de una de ellas llamado Acron. Fueron derechamente á Roma para vengar la injuria. Salió Rómulo delante de las doncellas; y antes que los egércitos

llegasen á las manos, propuso á Acron que se decidiese el punto con una batallá singular: aceptó Acron el desafio, y murió en él: tomó el rey de Roma la capital del difunto rey, y llevó los que la habitaban para que aumentasen la suya. Solamente quedaban los sabinos, que eran la nacion mas poderosa de las insultadas en el robo de sus hijas; y así se encendió con viveza la guerra entre ellos y los romanos. Tomaron los sabinos la ciudadela que Rómulo habia edificado en el monte Celio, llamada el capitolio: quiso Rómulo volver á tomarla, y recibió una herida peligrosa: no por esto alojaron en los ataques ni en la defensa. Las sabinas por no ver perecer á sus esposos ó á sus padres, y tal vez á unos y á otros, se valieron para hacer la paz de un medio, que las salió bien. Ya la mayor parte eran madres: fueron pues al campo de los sabinos llevando en sus brazos las prendas de un feliz himeneo: este espectáculo enterneció á los sabinos, y desde luego consiguieron una tregua, y despues un tratado mas ventajoso que el que pudieran esperar; porque estipularon que en adelante las dos naciones serian una sola, reinando los dos reyes jntos, y teniendo su residencia en Roma. Las familias sabinas que se acomodaron á dejar su patria siguiendo á su rey Lacio, se establecieron en el monte Tarpeyo, y Rómulo ocupaba el monte Palatino: el vâlle que estaba entre los dos vino á ser sitio comun, y fue despues el mercado llamado el foro: en recompensa de la feliz union que las sabinas habian procurado, se las dieron privilegios y distinciones honoríficas. Distribuyó Lacio su nacion como Rómulo tenia repartida la suya: creó tambien un sena-

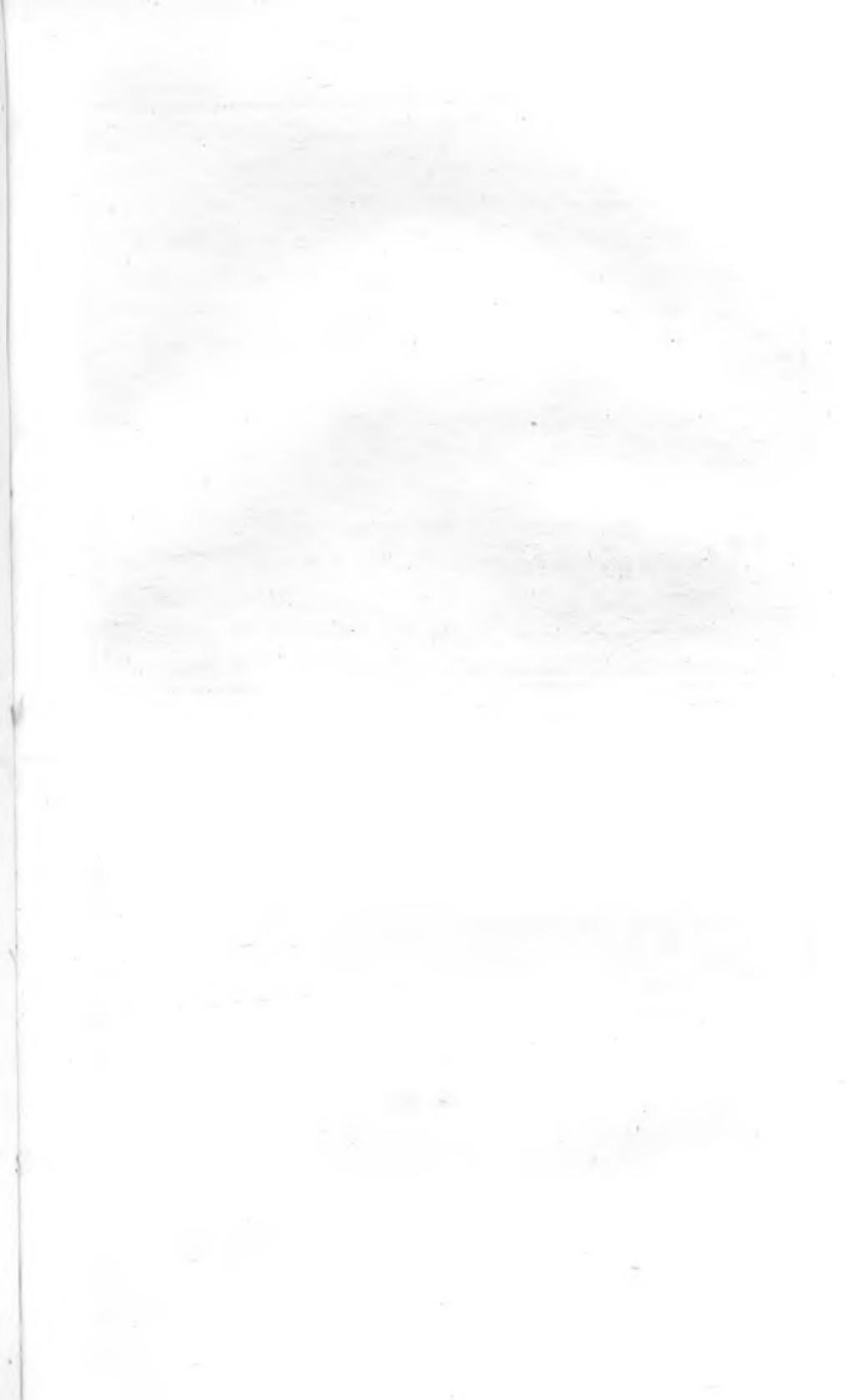
do de cien padres conscriptos. A este tiempo corresponde la data de los caballeros romanos, que era una clase media entre los patricios y el pueblo. Reinó Lacio pacíficamente seis años con Rómulo, hasta que le asesinaron en un sacrificio. No se sabe si en este delito tuvo Rómulo parte; á lo menos se puede sospechar que no le disgustó, pues no procuró vengarle.

El reinado de los dos reyes fue señalado con victorias, que empezaron á proporcionar riquezas á Roma con la venta de los esclavos, y las nuevas conquistas pusieron mas distantes los límites de su dominacion. A las leyes ya hechas añadió Rómulo algunas sobre el matrimonio, en las que no eran muy bien tratadas las mugeres. Los romanos no podian tener mas que una; pero á esta no se la permitia dejar á su marido por ningun pretesto, y el marido podia repudiar á la muger, y aun matarla, siendo convencida de adulterio, de haber pretendido dar veneno, de haber hecho llaves falsas, y aun por solo beber vino. Los padres podian encarcelar sus hijos, y venderlos por esclavos en cualquiera edad y dignidad que se hallasen. No hizo leyes contra el parricidio, porque le tuvo Rómulo por imposible. A la verdad no hubo egemplar en diez siglos, y á pesar de la ley que autorizaba el divorcio, solo uno se verificó en seiscientos veinte años.

Estas fueron las últimas leyes de Rómulo. Creciendo su poder con la muerte del rey de los sabinos, quiso librarse de las trabas que algunas veces ponía el senado á su autoridad. Este cuerpo asustadizo vió proyectos de tiranía en la libertad con que el monarca distribuía á sus soldados las

tierras conquistadas sin consultarle. Por otras disposiciones que hizo Rómulo por sí mismo, contra el sentir de los senadores, pensaron estos en deshacerse de él, y así le mataron durante una tempestad que dispersó sus guardias, y le dejó solo á su discrecion. Para que no quedase vestigio de su delito despedazaron su cuerpo, y cada uno se llevó un pedazo debajo de la ropa. Se conmovió el pueblo aficionado á su rey, y le sosegaron diciendo que en aquella tempestad habia subido Rómulo al cielo. Julio Próculo, senador muy estimado, afirmó que le habia visto subir; y como no se hallaba su cuerpo, creyeron que no podia darse mejor prueba, y así adoraron á Rómulo, y no le vengaron. Pasaba por hijo de Marte, y tenia su valor: su prudencia fue igual á su poder, pues de mil trescientos hombres subió el número de los habitantes de Roma á cuarenta y siete mil. Mas lo que pone la corona á su gloria es que gustó de sus justas leyes una tropa de ladrones y aventureros, y que de estos formó un pueblo que con el tiempo llegó á ser señor de la tierra.

A la muerte de Rómulo, por no haber dejado hijos, se siguió un interregno: los senadores no se daban prisa por darle fin, como que se habian atribuido la regalía, disfrutándola alternativamente por cinco dias. Pretestaban la dilacion, con que los sabinos querian rey de su nacion, y los romanos que el sucesor de Rómulo se tomase de entre ellos. Al fin á instancias del pueblo, que no se acomodaba con un rey semanario, se resolvió que los romanos eligiesen; pero el electo habia de ser un sabino. Se reunieron los votos en favor de Numa Pompilio, viudo de Tatia, hija de Lacio, que habia sido có-





Numa rehusa la corona.

Retirado en el campo y ocupado deliciosamente en sus libros sorprendieron á Numa Pompilio presentándole la corona de Roma; pero aunque la rehusó é insistió en no admitirla, cedió por fin á las instancias de su padre, y dexó con dolor su amado retiro. Conocía sus nuevas obligaciones, y que iba á ser esclavo de los que debían obedecerle. Si esto es una corona, mucho le debió Roma en que la admitiese.

lega de Rómulo. Era Numa un hombre que estaba retirado en el campo, y que huyendo de la corte y los negocios, se ocupaba únicamente en el estudio. Con sentimiento y precisado por las instancias de su padre, dejó su amada soledad, pensando en hurtar los momentos que pudiese para volver á verla.

Los presumidos que tratan de ingenio corto al príncipe que se ocupa en la religion, sus ritos, policía y sus ministros, no harán mucho caso de Numa Pompilio; pero los que saben que los principios religiosos, haciendolos respetables con el culto exterior, pueden suavizar las costumbres de un pueblo, insinuandole, digamoslo así, la moral por los ojos, no despreciarán los cuidados de Numa. Para dar á sus instituciones religiosas útil autoridad, no llevó á mal que se creyese que las aprendia en las secretas conversaciones con la ninfa Egeria, habitadora de los bosques de su retiro campestre. Despidió la guardia de Rómulo, diciendo que no queria reinar sobre un pueblo que le inspirase alguna desconfianza. En cuanto á su fe particular dicen que tenia de Dios el concepto de primer principio de todas las cosas, y de un ser impassible, y que no gustaba de que se representase la divinidad con imágenes de hombres; con efecto, apenas hubo en los templos de los romanos imágenes de hombres en ciento sesenta años. Instituyó ocho cólegas de los sacerdotes: hizo sagradas aun las funciones que no tocaban directamente á la religion, y á los que habian de celebrarlas los hizo obligarse por medio de sacrificios, juramentos y otras devotas instituciones. Y así el cumplir tal obligacion en su curia, comprar y escoger víctimas para el sacrificio, declarar la guerra, eran acciones reputadas por sa-

cerdotales, y los que las desempeñaban se reputaban por sacerdotes. Esta gerarquía inferior iba por graduacion rematando en la de los pontífices, que eran de grande autoridad. Pronunciaban sobre todos los pleitos relativos á la religion, y habia pocos que no la perteneciesen. Invigilaban sobre la conducta de los sacerdotes, podian castigarlos, arreglaban las fiestas, determinaban la especie de trabajo que era permitida ó prohibida en ciertos dias. La dignidad de su gefe, el gran pontífice, se miraba con razón como una de las mas considerables, y por ser arriesgado darla indiferentemente, la tomó Numa para sí: otros dicen que la confió á un pariente suyo, de quien tenia seguridad.

Para que su pueblo, siempre pronto á tomar las armas, no empezase la guerra con demasiada ligereza, consagró Numa un templo á Jano, dios de dos rostros, símbolo de la prudencia, que mira á todos lados, y considera lo presente y lo por venir. Tambien erigió un altar á la buena fe, conservadora de los tratados públicos y de los particulares. Introdujo el culto de los dioses términos, destinados á castigar á los que no contentos con las tierras que poseian, invadian las ajenas. Estos dioses, que no eran mas que unos hitos fijados en los linderos de los campos, eran tan sagrados que por solo el delito de quitarlos, á todo el mundo era permitido matar al culpado. Protegió la agricultura: iba en persona á visitar sus progresos; y con la emulacion que inspiró libró la ciudad de una ociosa soldadesca, habituada á vivir de rapiña en tiempo de Rómulo.

La creacion de las comunidades de artes y oficios se tiene por la pieza maestra de la política de

Numa. Juntó los hombres de la misma profesion, y en estas clases se confundieron los que venian de los albanos y los que descendian de romanos, no pensando ya en la diversidad de su origen. Debe notarse una ley singular de Numa, que si no fue ley, fue el simple permiso concedido á la urgente necesidad de un estado que se va formando. Permitia pues que un marido, que tenia experimentada la fecundidad de su muger, pudiera prestarla al que tenia esposa estéril; pero el prestador tenia derecho para llamar á su muger cuando quisiese, y para prestarla á otros. No se dice si era requisito el consentimiento de la muger. En favor de las mugeres abrogó la ley que permitia á un padre vender á su hijo, aunque este estuviese casado. "Sería cosa injusta, dice el legislador, que á una muger que se casó con hombre libre, la obligasen á vivir con un esclavo."

Numa reformó el calendario; y los principios astronómicos que observó hubieran hecho invariable el año romano, si el cólega de los sacerdotes, á quienes se confió, no los hubiera mudado ó aplicado con negligencia, lo que embrolló de tal modo la cronología, que despues no se celebraron las fiestas en los tiempos fijados en su institucion, y la misma variacion esperimentaron las elecciones y todo el órden civil.

Murió este príncipe á los ochenta y dos años de su edad, habiendo reinado cuarenta y tres, en los cuales las armas de los romanos se habian convertido en instrumentos de agricultura. No se percibió entre ellos espíritu de sedicion, ni sombra de murmuracion y descontento. Le lloró cada uno de sus vasallos como si hubiera perdido un padre ó un

amigo, y los pueblos vecinos y aliados de Roma asistieron á sus funeralés, llevando perfumes y coronas para honrar sus exequias. Fue enterrado al pie del monte Janículo, con los libros que habia compuesto, como él lo dispuso. Cuatrocientos años despues, hallando por casualidad su sepulcro, llevaron estos libros al senado. Esplicaban las razones que habia tenido para dar á la religion de los romanos la forma en que la dejó en su muerte. El senado juzgó que eran razones frívolas, y mandó quemar los libros. Con dificultad se creerá que en este género saliese de la pluma de Numa cosa frívola. Mas probable es que escribiendo este príncipe con libertad lo que no se habia de saber hasta despues de su muerte, diria algunas cosas que pudiesen disminuir el respeto del pueblo á sus prácticas, que es un inconveniente peligroso, y el senado, en buena política, afectó desprecio: porque en semejantes ocasiones vale mas el fuego que la refutación.

Numa no dejó mas que una hija llamada Pom-
 D. del D. pilia (2333). Eligió el pueblo por rey á Tulo Hos-
 2333
 A de J. C. tilio, nieto de una sabina de las robadas, y confir-
 665. mó el senado la eleccion. Fue bueno como Numa,
 y valiente como Rómulo: en su reinado pasó la ciudad de Alba, madre de Roma, al dominio de su hija por el suceso del combate entre los tres Horacios y los tres Curiacios. Eran estos hijos de dos hermanas que estaban casadas, una con Horacio, y otra con Curiacio Albino. Entre las dos naciones, que nunca debieran haber sido enemigas, se suscitaron diferencias de que nacieron hostilidades. Reconocieron sin duda que no habia otro medio de asegurar la paz que el de sujetarse á un mismo gefe que fuese rey de ambas ciudades, y convinieron en que la



Los Horacios y los Curiacios.

No desanimó á Horacio la muerte de sus dos hermanos, ni el conflicto de lidiar él solo con los tres Curiacios; y sirviendose de un ardid laudable, logró matarlos uno á uno: con lo que decidida la suerte de Alba, quedó esta incorporada en Roma, que era realmente su hija, pues la debía su existencia. Triunfó Roma no hay duda; ;pero deben abandonarse á la suerte de las armas los derechos de la verdad?

victoria señalase cuál de los dos pueblos había de mandar al otro. Para evitar la efusion de sangre acordaron elegir tres campeones de cada parte, y cayó la suerte en los Horacios y los Curiacios.

Proclamado el combate en medio de los dos campos, condujo Tulo á los primeros; y Sufecio, capitán de los albanos, presentó los otros tres. Al paso que iban adelantándose, sembraba el pueblo el camino de flores, y los coronaba con guirnaldas, como víctimas que voluntariamente se ofrecían por la salud de la patria. Estos seis jóvenes tan cercanos parientes y amigos, pues tenían alianzas proyectadas con las hermanas, iban avanzando lentamente hasta encontrarse: se abrazaron con ternura; y después, arrancándose de los brazos de sus amigos y contrarios, escogen cada uno su campeón, y empiezan un furioso combate. Caen dos Horacios heridos de muerte: levantan los albanos un grito de alegría creyéndose vencedores; pero estaban heridos sus tres campeones; y el único romano que había quedado no tenía herida alguna. Este huye con la esperanza de que los tres Curiacios le seguirían con más ó menos ligereza á proporcion de las fuerzas de cada uno. Cuando los ve separados á distancia suficiente para no poderse socorrer, vuelve contra ellos, y los fue matando uno después de otro. Sufecio reconoció en el mismo campo de batalla, y á nombre de su nación, á Tulo por su soberano.

Mientras los romanos manifestaban con el mayor esceso su alegría, una hermana de Horacio, prometida á un Curiacio, advirtió que entre los demás trofeos que llevaba su hermano había una cota de armas que ella había bordado á su amante. Al verla se dió un golpe en el pecho: vierte un tor-

rente de lágrimas, y da en rostro amargamente á su hermano con su infeliz victoria. Este, irritado, la hirió con su espada, y la mató. No pudo la victoria de Horacio librarle del rigor de la ley: le prendieron pues, y le presentaron al tribunal: el delito era notorio y confesado: pronuncia el juez esta sentencia: Te declaramos culpado: ve, lictor, átales las manos. Esta sentencia era de muerte. Por consejo del rey apela Horacio al pueblo: este le hace gracia, mas no de todo castigo. Pasó pues bajo el yugo, pena ignominiosa, y no fue rehabilitado sino con sacrificios espiatorios.

Sufecio habia reconocido la dominacion romana á mas no poder: recibia las ordenes de Tulo, siempre determinado á violarlas, si se le presentaba ocasion favorable. Creyó que se le ofrecia en una guerra de los romanos contra los habitantes de Fidenas. Llamado con sus albanos no rehusó Sufecio el marchar; pero al tiempo del combate se retiró á una altura vecina, con intencion de mantenerse neutral, y de esperar el suceso para juntarse con el vencedor. El romano, muy distante de manifestar su estrañeza al ver semejante desercion, gritó con voz esforzada: "Valor, amigos, la victoria es nuestra, porque los albanos suben por mi orden á la altura para atacar á los fidenates por la retaguardia." Con efecto, así que fueron vencidos cayeron los albanos sobre los de Fidenas; pero Tulo hizo pagar bien cara la traicion á Sufecio, que fue desuartizado por sentencia del pueblo romano. Los habitantes que habian quedado en Alba tuvieron orden de trasladarse á Roma, en donde se les dió la clase y dignidades que gozaban en su ciudad, la cual fue destruida. Este aumento de pueblo pedia cons-



Anco Marcio.

No contento este Rey de Roma con ser zeloso de su religion, extender su capital, aumentar su poblacion, y abrir salinas en la ribera del mar, edificó la Ciudad de Ostia, con puerto que facilitase á los Romanos el comercio en todos tiempos, visitando él mismo tan utiles obras para asegurarse de su perfeccion y adelantamiento. No dudaba Anco Marcio que cada beneficio hecho á su pueblo le añadia una corona.

truir nueva cerca, y se necesitaba mas esta porque Tulo añadió otros pueblos vecinos, cuyo pais se sujetó á la dominacion romana que siempre iba creciendo. Dicen que este principe murió de rayo, y desapareció con él toda su familia, su muger y sus hijos. Este suceso singular ha dado motivo para creer que el incendio que se supone causado por el rayo, se levantó para ocultar la muerte violenta de Tulo, en la que culpan á Anco Marcio su sucesor.

Bien sea (2366) que este delito fuese falso, ó que hiciese poca impresion en los romanos, el pueblo colocó á Anco en el trono con el consentimiento del senado. Se mostró muy zeloso de las prácticas de la religion como sus antecesores, y metió en la cerca de Roma los montes Aventino y Janículo por haber recibido muchos ciudadanos nuevos, traídos de las ciudades conquistadas: tambien creció el territorio romano con las mismas victorias. Abrió salinas en la ribera del mar, y fabricó el puerto y ciudad de Ostia para facilitar el comercio de sus vasallos. Estas dos obras útiles nos dan á entender que ya en aquel tiempo no olvidaban los romanos nada de cuanto podia contribuir á sus utilidades presentes ó futuras. Murió Anco despues de haber reinado veinte y cuatro años, y dejó dos hijos, uno de quince años y otro de poca edad, disponiendo en su testamento que ambos quedasen bajo la tutela de Tarquino.

Era Tarquino (2390) hijo de un rico negociante de Corinto, que para defender sus tesoros de la rapacidad de un tirano se refugió en Tarquinia, una de las mas florecientes ciudades de la Etruria. Su hijo, con las riquezas que le dejó su padre, aspiraba á las primeras dignidades de esta ciudad; y

D. del D.
2366.
A. de J. C.
632.

D. del D.
2390.
A. de J. C.
608.

viendo que la calidad de extranjero le servia de estorbo, le aconsejó su muger Tanaquila que se estableciese en Roma, en donde los extranjeros podian subir al trono. La creyó: se presentó: sus modales nobles y generosos le conciliaron el afecto del pueblo, y deseó el rey conocerle. Con el fin de ganar mas la gracia del príncipe, y de que sus grandes riquezas no le hiciesen sombra, ofreció depositarlas en el tesoro público para que las empleasen en las necesidades del estado. Era tan valiente como hábil, y así se distinguió á la cabeza de la caballería y de la infantería. Premió el rey su valor haciendole patricio y uno de los senadores. No se admiró menos su prudencia en los consejos que se estimó su valentía en el ejército. Cuando Anco murió, creyó que no podia poner el interes de sus hijos en mejores manos; porque no sospechaba que un extranjero recién establecido en Roma, por grande que fuese su crédito, pudiera quitarle la corona; pero se engañó. Cuando se trató de elegir rey, separó Tarquino su pupilo con destreza, y no le pareció excesiva presuncion pedir al pueblo congregado la corona para sí. Citó para esto á Tacio y Numma, uno de los cuales era extranjero, y el otro habia nacido entre los enemigos de Roma. Si no pudo conseguir al primer golpe la dignidad que deseaba, á lo menos el pueblo determinó, y lo ratificó el senado, que Tarquino se encargase de la administracion de los negocios públicos. Esta decision parece una especie de prueba á que le sujetaron los romanos: y no tuvieron motivo para arrepentirse; porque Tarquino destruyó todos los odios que se formaron contra Roma. Los etruscos y los sabinos eran los principales que los apoyaban, y Tarquino

los obligó á sujetarse. Le enviaron los etruscos todos los ornamentos de rey que entre ellos se usaban: una corona de oro, un trono de marfil, un cetro montado de una águila, un repostero adornado de figuras y ramas de laurel, y una ropa de color de púrpura. Afectó Tarquino la modestia de no querer usar estas insignias sino con orden del pueblo y del senado: consiguió el permiso, y le tuvo por una eleccion regular: desde entonces siempre se presentó en público en un carro dorado tirado de cuatro caballos, precedido de doce lictores.

Después de haber vencido á todos los enemigos de Roma, se aplicó Tarquino á hermohear la ciudad. A él se le debe el circo en que se celebraron los juegos romanos, y los acueductos subterráneos destinados á llevar al Tiber las inmundicias y las aguas supérfluas atravesando la mayor parte de Roma: los fabricó tan altos que podia pasar por ellos un carro cargado de heno: las mas bellas ciudades nuestras no tienen monumentos útiles que se puedan comparar con estos acueductos de Roma ó con las cisternas de Alejandría. Tarquino fabricó pórticos al rededor del foro: edificó en la misma plaza templos, escuelas para ambos sexos, y salas para la administracion de justicia. También fortificó el capitolio.

Se cuenta una altercacion entre él y uno de los augures, llamado Accio Nevio, que dió ocasion á un suceso particular. Informado de que el rey queria aumentar el cuerpo de caballería, tomó los agüeros, y dijo, que no eran favorables á esta mutacion. Tarquino, con el fin de desacreditar una ciencia de que querian servirse para oponerse á su voluntad, envia á su tribunal á Nevio, y le dice:

agorero, ¿podrás saber si se puede egecutar lo que yo tengo en mi pensamiento? Anda, consulta á las aves. El obedeció, volvió, y dijo, que bien se podia egecutar. Tarquino saca una navaja y un guijarro, y le dice: lo que yo pensaba es si podias cortar este guijarro con esta navaja. El pueblo se echó á reir, creyendo que el agorero estaba confuso y avergonzado; pero él, en vez de aturdirse, dijo al rey: Haced la prueba, y castigadme si no lo conseguis. Bien sea que el rey ó el agorero, como lo dicen algunos historiadores, fuese el que hizo la prueba; entró la navaja en el guijarro, le partió, y aun cortó en la mano del que le tenia. Respetó Tarquino al parecer la ciencia augural, y renunciando á su proyecto, no estableció su nuevo cuerpo de caballería; pero aumentó los que habia, que vino á ser lo mismo. Por demas hubiera sido persuadir al pueblo que esta especie de desafio estaba ya concertado para dar mas fuerza á la fe en los agüeros, y que sin duda el guijarro y la navaja que llevaba el rey bajo su manto estaban ya preparados. No hubiera sido en Roma muy seguro proponer estas sospechas, pues allí pasó el milagro por auténtico, bien que Ciceron se burla.

Se iba envejeciendo Tarquino; y aunque muy glorioso, no vivia sin inquietud por la parte de sus antiguos pupilos los hijos de Anco Marcio. Le veían estos príncipes en un trono que debieran ellos ocupar; no obstante, para colocarse en él hubieran tal vez esperado al fin de su vida, cuyo término podian mirar como cercano por su vejez, si no hubiesen advertido que tomaba sus medidas para que fuese el cetro de su familia. Le habian quedado dos nietos de un hijo que habia perdido, demasiado jóvenes



Elevacion de Servio.

Herido mortalmente Tarquino, su esposa Tanáquila se propuso que el cetro recayese en Servio, hijo del mismo Tarquino y de Ocrisia, á cuyo fin á presencia del moribundo Rey, de Ocrisia, y de la esposa de Servio, excitó á este, como ellas, á que se apoderase del trono: y supo manejar ella su proyecto con tal destreza que reynó Servio. Tanto puede la presencia de animo aun en las mas estrechas circunstancias.

para destinarlos; pero tenia un yerno llamado Servio Tulio, de cuyo mérito se podia temer todo, y habia nacido casi en el palacio de Tarquino. Decian que era hijo de uno de los dioses Lares de aquel palacio, y este sería el mismo Tarquino; á lo menos siempre le mostró la ternura de padre. Su esposa Tanaquilla no se mostró zelosa, antes bien siempre manifestó amistad á Servio, y conservaba en su casa á Ocrisia su madre mas como compañera que como esclava. A esta muger la habia hecho cautiva Tarquino siendo ella muy jóven; se la presentó á Tanaquilla, y no se sabe si ya entonces estaba en cinta, ó lo estuvo despues. Tampoco se sabe el nacimiento de Ocrisia, diciendo unos que era muy bajo y otros que era muy ilustre. Cuando parió llamó *Servio* á su hijo, perpetuando la memoria del estado de servidumbre en que habia nacido.

Le hizo el rey dar la mejor educacion, con la que sus calidades naturales adquirieron nuevo lustre; y por su prudencia, valor y servicios mereció la clase de patricio y la dignidad de senador: Tarquino le hizo casar con una dama romana de la primera distincion; y muerta esta primera esposa le casó con su propia hija, colmándole de gracias, que el pueblo ratificó con su aprobacion. Este favor del pueblo era el que mas temian los hijos de Anco, rezelosos de que Tarquino se sirviese de él para acercar á su yerno al trono, y aun asegurarle en él antes de morir: por lo que resolvieron prevenirle.

Estaba el rey descansando tranquilamente en su palacio, y dos hombres, cada uno con su hacha al hombro, empezaron una riña muy viva á la puerta, pidiendo que los juzgase el monarca. Tarquino importunado con sus clamores, manda

que entren. Mientras escucha muy atento al uno, descargó el otro el golpe sobre la cabeza, y huyeron ambos, creyendo que se escaparían con el auxilio de los conjurados apostados en la vecindad; pero los cogieron; y puestos en tormento confesaron que habían cometido el delito por orden del hijo de Anco.

La reina Tanaquila, dotada de una prudencia y constancia superior, conservó presencia de ánimo á la vista de su esposo moribundo, y mandó que á nadie permitiesen entrar en el palacio. Habiéndose encerrado en el cuarto del rey, y con ella Ocrisia, madre de Servio, y la muger de éste, hija de Tarquino, escitaron á Servio á que se apoderase del trono. Tomadas sus medidas se asomó Tanaquila á una ventana, y dijo al pueblo congregado, que el rey, herido de un violento golpe, había perdido al principio el conocimiento; pero que había vuelto en sí, y presto le verían sus vasallos: que entre tanto ordenaba que se obedeciese á Servio, el que administraría la justicia hasta que el rey recobrase su perfecto conocimiento. Este discreto disimulo de Tanaquila logró el buen éxito que se podía esperar. Creyendo los hijos de Anco que el rey aun vivía, ellos mismos se desterraron. Servio, revestido con las ropas reales, y rodeado de lictores, subió al tribunal, y como quien quería que se persuadiesen á que suplía por el rey, por poca dificultad que fuese la que se ofrecía en una causa, decía que consultaría con el rey, y parecía que iba á tomar su consejo. Citó á los hijos de Anco, los que se guardaron de comparecer: los declaró Servio infa-

D. del D. mes, y les confiscó los bienes.

2427.

A. de J. C.

571.

Manejados así (2427) por algun tiempo los negocios con una prudencia y benignidad que le

conciliaron la amistad del pueblo, anunció la muerte de Tarquino, y se le hicieron magníficas exequias. Continuó Servio en presentarse revestido de los ornamentos reales, rodeado de numerosa guardia, y ejerciendo las funciones de rey. El pueblo, acostumbrado á verle así, no pensaba en que las cosas debieran ir de otro modo; pero el senado juzgaba distintamente, y miraba como insulto hecho á su autoridad el atrevimiento de un vasallo que tomaba el supremo poder sin haberse dignado de consultarle, siendo un hombre nacido en la servidumbre. Esta idea de obedecer al hijo de una esclava irritaba á los senadores; pero no obstante les pareció imprudencia romper contra el que tenía en su mano las fuerzas del reino; y así tomaron el partido de proponerle en la primera convocacion que depusiese su autoridad, y que se estableciese segun costumbre un interregno, durante el cual se procediese á la eleccion de rey.

Servio no les dejó tiempo para efectuar sus proyectos: porque en lugar de convocar al senado juntó al pueblo; y teniendo á sus lados los dos niños del rey, hizo un discurso artificioso, pero penetrante y tierno, suplicando á los oyentes que quisiesen ser con él tutores de los hijos de un príncipe cuya memoria debia serles amable. Se obligó á proteger al pueblo contra los patricios, á pagar todas las deudas de los ciudadanos pobres, y á repartir entre ellos los países conquistados á sus enemigos. Todas estas promesas fueron fielmente cumplidas; á sus dones añadió Servio privilegios que en muchos puntos ponian al pueblo á nivel con los patricios y los senadores, primera semilla de la division que duró luego siempre entre estos dos cuerpos.

Apoyó Servio su proceder con las nuevas victorias contra los volscos y otros pueblos que pensaban lograr con la muerte de Tarquino una ocasion favorable para sacudir el yugo. Los venció, y consiguió que en Roma le decretasen el triunfo contra el parecer del senado. Repartió las tierras de los vencidos así á los antiguos habitantes de la ciudad, como á los de los pueblos subyugados, que consintieron en ir á vivir en Roma, y á estos les concedió el nombre y privilegios de ciudadanos romanos. Con este refuerzo resolvió dar á su autoridad los derechos aparentes que aun le faltaban. Juntó los ciudadanos, y en un discurso patético, que los hizo llorar, se quejó de que los patricios conspiraban contra su vida sin mas causa que su afecto al pueblo. Les suplicó que dispusiesen de la corona en favor de sus pupilos, y de él como su tutor; ó en favor de los hijos de Anco, á quien los patricios querian dar el trono. Dicho esto, baja del tribunal fingiendo que no queria violentar los votos. Le detuvo el pueblo, y algunas gentes apostadas gritaron: "Que se congreguen las curias para que Servio sea elegido por rey." "Encantado estoy, respondió este príncipe, al ver en vosotros tanto reconocimiento á los servicios que puedo haberos hecho; y con un aire de indiferencia añadió: Haced lo que os parezca mas conveniente." Tomados los votos fue reconocido rey con tanta pluralidad que no habia tenido egeemplo. No obstante, dudó Servio tomar la corona, porque el senado no ratificaba la eleccion, y aun deliberó renunciarla absolutamente, y hacerla pasar á la cabeza de los dos nietos de Tarquino su suegro; pero Tanaquila le aseguró, y le hizo jurar que jamas la dejaria. Mu-

rió esta reina poco despues ; y su yerno , en vez de hacerla célebre por sus grandes talentos en gobernar, de los que habia dado muchas pruebas , eligió mas bien eternizar su memoria con la señal de las virtudes domésticas, que son la verdadera gloria de una muger , y así colgó la rueca de esta reina en el templo de Hércules.

Servio , que debia toda su autoridad al pueblo, conoció que importaba no dejarle un poder de que pudiese abusar contra el interes del estado: manejándose diestramente , y graduando las clases ya instituidas , dió á los ricos y á los que tenian que perder la principal influencia en las elecciones y en los negocios mayores. Estos mismos se hallaron de este modo llamados los primeros á formar las legiones , y así se puso la seguridad del reino en manos de los que tenian mas interes en defenderle. Los medios que tomó para aliviar la clase necesitada en la distribucion de los impuestos , sin agravio de la clase opulenta : el modo ingenioso y fácil de saber siempre el número de los ciudadanos , cuantos nacen y cuantos morian , todo por una simple señal que cada uno echaba en una urna siempre espuesta al público : la destreza de aficionar los libertos al estado , concediéndoles privilegios que los acercasen á los ciudadanos , sin darles la clase que despues podian obtener por sus méritos : la de introducir emulacion en los mismos esclavos , á los cuales hizo del dios de las encrucijadas un dios , cuyos sacerdotes solo pudieran ser ellos : todas estas invenciones denotan en Servio el espíritu de su buena disposicion. Tambien procuró ganar al senado cercenando la autoridad real , y dándole el derecho de juzgar todas las causas , á escepcion de los deli-

tos de estado, cuyo conocimiento se reservó.

Tambien se estendieron á la campiña sus ciudades. Estaban en él los cultivadores esparcidos, y por lo mismo espuestos á perderlo todo á la menor invasion del enemigo, y Servio recorriendo los campos señaló lugares en una montaña, que hizo rodear de alamedas y fosos para que los habitantes pudiesen llevar sus ganados, y encerrar si venian enemigos lo mas precioso que tuviesen; pero al mismo tiempo que proveia á la seguridad de sus vasallos y de sus efectos en tiempo de guerra, procuró apartar de su reino este azote. Los enemigos mas cercanos eran los latinos, y bajo este nombre se comprendian muchas naciones pequeñas, inquietas y revoltosas, con las que no se podia contar para una paz estable. Es preciso confesar que el genio emprendedor de los romanos era muchas veces legitima escusa de las hostilidades de los otros. Empeñó Servio á aquellos pueblos en que enviassen á Roma diputados para un asunto importante.

Cuando llegaron estos les propuso el rey edificar á espensas comunes un templo en honor de Diana, y ordenar que las naciones contratantes, reunidas con los romanos, ofrecieran en él anualmente sacrificios, y que concluida la fiesta se celebraria un consejo, en que se resolviesen amigablemente las diferencias, y se tomasen las medidas mas propias para cultivar la buena inteligencia entre los aliados; y por último concluiria la ceremonia con una feria, en que cada uno hallase comodidad para proveerse de cuanto necesitase: todas estas condiciones fueron aceptadas. Añadió mas: que aquel templo edificado por todas las ciudades sería un asilo para todos sus habitantes. Aquí se puede notar

la destreza con que Servio procuró en sola una cosa dos ventajas para Roma: primera, la paz con sus vecinos, y despues un concurso útil para el comercio. Esta convencion fue grabada en una columna que aun existia en tiempo de Augusto.

Para atraer enteramente á sus dos pupilos Lucio Tarquino y Aruncio, los habia casado con dos hijas suyas. Estos dos matrimonios hechos con respecto á la edad, no fueron acomodados al carácter, porque Tarquino el mayor, hombre atrevido y cruel, logró una muger de un espíritu benigno y racional; pero Aruncio, el mas jóven, mucho mas humano que el hermano mayor, halló en la jóven Tulia una muger ambiciosa, capaz de los mayores delitos. Las dos mugeres hicieron cada una su papel para con el esposo conforme á su carácter: la de Tarquino no perdía ocasion de inspirarle moderacion y dulzura, al mismo tiempo que su hermana menor procuraba inclinar á las mas violentas empresas á Aruncio, que ponía su felicidad en una vida tranquila.

La semejanza de inclinaciones la unió muy presto con Tarquino, y se atrevió á proponerle que quitase la vida á su mismo padre, á su hermana y á Aruncio, para quitar todo obstáculo que les impidiese casarse, y subir juntos al trono. De esta horrible proposicion solo se egecutó por entonces lo tocante á Aruncio y á la esposa de Tarquino. Tulia envenenó á su esposo, y Tarquino á su muger: despues tuvieron la desvergüenza de pedir al rey su permiso para casarse. Servio y Tarquinia no dieron mas respuesta que un profundo silencio; pero aquellos dos personages, dignos el uno del otro, lo interpretaron por consentimiento; y así que se

casaron dijeron que les pertenecía la corona. "Servio, decian, es un usurpador, que con el nombre de tutor despojó á sus pupilos de la herencia: ya es tiempo de que este viejo, que no puede sostener el peso de los negocios, ceda su lugar á un príncipe mas proporcionado que él para el gobierno." Los patricios, á quienes Servio habia humillado en mas de una ocasion, abrazaron gustosos los intereses de Tarquino, al mismo tiempo que los rebeldes procuraban atraer á fuerza de dinero á los ciudadanos pobres.

En vano pretendió Servio que esperasen á su muerte, que ya no podia tardar; porque Tarquino le hizo parecer ante el senado para responder al delito de usurpación que él le oponia. El rey defendió noblemente su causa; pero fuese porque vió á los senadores preocupados contra él, ó por otras causas, concluyó su apología apelando á una junta del pueblo, en la que fue victoriosa la elocuencia del monarca, pues de todas partes de la plaza resonó esta aclamacion: "Reine Servio, y continúe en hacer felices á los romanos." Algunos particulares añadieron: "Muera Tarquino, y espire con nuestros golpes." El temió, y se huyó prontamente; pero sin renunciar á su pretension, en la que el mal éxito le sirvió para tomar sus medidas con mas seguridad. Estas fueron dar mas fuerza al partido que tenia en el senado, y cuando le pareció que era muy considerable ejecutó la accion mas atrevida que se puede imaginar.

Un dia le vieron atravesar la plaza pública magníficamente vestido, y con criados que iban delante llevando los *manipulos* ó *fascas*. Entra de repente en el templo en donde celebra el senado sus





Cadáver de Servio.

Lejos de padecer remordimientos la execrable Tulia á vista del cadáver de Servio su padre, que tendido en la calle impedía el paso á su carro; manda con altiva resolución al conductor que pase por encima; y no contenta con haber escandalizado á Roma siendo notoriamente adúltera, homicida, rebelde y parricida: hollando el cadáver de su padre, quiso que Roma misma la viese horrorizar á la naturaleza.

sesiones, y fue á sentarse en el trono. Los senadores de su partido ya habian llegado: los otros convocados en nombre del rey Tarquino acudieron creyendo que habia muerto Servio, pues Tarquino tomaba el título de rey. Estando formada la asamblea hizo Tarquino un discurso lleno de invectivas, tratando al rey *de esclavo, fautor del populacho, y enemigo de los patricios*. Aun estaba en su arenga cuando llega Servio; é indignado de la audacia de su yerno, se adelanta hácia el trono para hacerle bajar. Acudió el pueblo al espectáculo como los senadores, y dejó luchar entre sí los dos rivales; pero el combate duró poco. Tarquino, jóven y robusto, cogió al viejo por la cintura, le sacó fuera de la asamblea, y le arrojó desde lo alto de las gradas.

Tulia, con la noticia de lo que pasaba, fue al punto al senado, y saludó la primera de todos á su marido como á rey. Siguieron su ejemplo los senadores de su partido, mientras Servio, moribundo, volvía sostenido de dos plebeyos que le recogieron. Exhortó Tulia su hija al nuevo rey que acabase de asegurar la corona. Entendió Tarquino el consejo, y despachó algunos criados que alcanzando á su suegro le quitasen inhumanamente la vida que le quedaba. Sube Tulia triunfante á su carro: para volver á palacio era preciso pasar por una calle estrecha, en donde acababan de asesinar á su padre, y por decirlo así, estaba todavía palpitando. A la vista del ensangrentado cuerpo detuvo el cochero los caballos, y Tulia exclamó: “¿Por qué no pasas?” ¡Ay! dijo el cochero, que es el cuerpo del rey nuestro padre. “¿Y qué, dijo ella muy furiosa, temes pasar sobre un cuerpo muerto? Marcha.” Obedeció el cochero, y dicen que no solo tiñó la sangre

las ruedas del carro, sino que tambien salpicó los vestidos de su execrable hija. Habia sido Servio un príncipe generalmente estimado, que hizo mas bien á los romanos en veinte años de paz, que sus predecesores con grande número de victorias. Era benigno, humano y justo: jamas hubiera tenido enemigos á no haberlos hallado en su propia familia. Tarquino con bárbara política no quiso que se le hiciesen los honores de la sepultura como á otros reyes; pero Tarquinia su viuda, acompañada de algunos amigos, le llevó de noche al sepulcro, y como si solamente hubiese sobrevivido á su esposo para cumplir con él las últimas obligaciones, murió en la noche siguiente, sin que se pueda saber si fue de dolor, ó por un nuevo atentado de Tulia y Tarquino; porque todo se puede creer de semejantes monstruos.

D. del D.
2471.
A. de J. C.
527.

Tarquino II (2471) fue llamado el *Soberbio*, epíteto que reúne los dos vicios de caprichoso y altivo, de los cuales se derivan en un hombre colocado y armado de autoridad la impaciencia cuando le contradicen, el desprecio de los inferiores, el abandono á todos sus deseos, la indiferencia sobre el modo de satisfacerlos, y el no hacer caso del juicio del público ni de la reputacion. Todos estos vicios se hallan en la conducta de Tarquino, de Tulia su muger y de sus hijos. Al punto que subió al trono hizo víctimas de su codicia y tiranía á los patricios que envidiosos de Servio le habian á él elevado, y á los ingratos plebeyos que no defendieron al desgraciado príncipe. Le acompañaba una guardia de extranjeros, que en el instante egecutaba sus órdenes por bárbaras é injustas que fuesen. La riqueza y el mérito fueron para él dos delitos que nunca perdonó.

Una de sus primeras atrocidades fue el asesinato de Junio su pariente, á quien hizo matar con sus hijos, apoderándose de sus riquezas. Uno de los hijos se libró fingiéndose imbécil y loco: egecutó este papel difícil por mas de veinte años, por lo que le dieron el sobrenombre de Bruto, y le conservó despues de la resurreccion de su entendimiento. El temor de ser tratados del mismo modo hizo que los principales ciudadanos desamparasen la ciudad; pero cuando ya no tenia ricos á quien despojar, dió contra los que disfrutaban algunas conveniencias, sin que nada se librase de su codicia. Se llenó la ciudad de delatores, alentados con la impunidad y el premio, señales ciertas de la tiranía.

Para que los ciudadanos no formasen reunidos algun proyecto contra su persona, prohibió toda especie de juntas, así en la ciudad como en el campo; pero como no dudaba que tarde ó temprano pretenderia el pueblo sacudir el yugo, pensó en hacerse un partido poderoso entre los estrangeros. En la conducta que observó en esta ocasion, como en las otras acciones, aun las menos reprehensibles, se nota su impertinente fatuidad, su crueldad, y sobre todo la falsedad, que fue el carácter dominante de Tarquino y su familia.

Convocó una asamblea de las ciudades latinas para un asunto que dijo importaba á todos igualmente. Concurrieron los diputados á buena hora en el dia señalado, y Tarquino se hizo esperar hasta el anochecer. La mayor parte de los diputados sintieron mucho esta tardanza; y uno de ellos, llamado Herdonio, se esplicó con altivez; por lo que querian romper y deshacer la junta. Mamilio, latino rico, á quien Tarquino habia dado su hija para ha-

cerse partidarios , consiguió que se dejase la junta para el dia siguiente. Se presentó el monarca , y despues de algunas ligerísimas excusas , dijo : Que los habia convocado para reclamar el derecho de mandar los egércitos latinos , por ser este un derecho que le venia de su abuelo. Todos ellos callaban ; pero Herdonio , cansado ya con la tardanza desatenta del dia anterior , tomó la palabra con viveza , é hizo tan patentes los inconvenientes de la pretension , que Tarquino aturdido no halló qué responder por entonces , y pidió que se dejase la deliberacion para el dia siguiente , prometiendo refutar victoriosamente á Herdonio.

Ganó á los domésticos de este diputado , é hizo que de noche ocultasen armas en su casa. Al dia siguiente , en vez de empezar por la cuestion , se quejó de que Herdonio queria asesinarle , y que con este fin tenia muchas armas en su casa , y las hallarian ocultas en su mismo equipage. Gritaba el acusado contra la calumnia , y dijo que le castigasen como á culpado si le hallaban las menores armas. Registran su casa , y fácilmente las encontraron ; por lo que le sentenciaron á muerte como convencido , y se egecutó sobre la marcha. Ya despues le fue al rey muy fácil conseguir la comandancia que deseaba , y el primer empleo que hizo de ella fue contra los volscos , que no habian querido entrar en la liga latina.

Esta liga , que habia empezado Tarquino el Mayor , y este perfeccionó , fue el fundamento de la grandeza romana mas que todas sus victorias. Con las fuerzas de los aliados subyugó las naciones vecinas que no se habian querido juntar con ellos. Despues volvió sobre las mismas potencias

aliadas, venciendo las unas con las otras. En esta conducta de los romanos se ve que si el principio dominador no estaba todavía en sistema, ya estaba en acción, y que pudiera espresarse con esta especie de proverbio: "El que no va con nosotros, está contra nosotros." Y así los volscos que no quisieron entrar en la confederacion fueron tratados como enemigos; y Tarquino, á quien no se puede negar que tenia talentos militares, los venció, tomó su principal ciudad y la arrasó. Tambien logró ventajas contra las reliquias de los sabinos, que siempre vencidos y nunca subyugados luchaban perpetuamente contra los robadores de sus hijas: insulto que no olvidaron los que no quisieron ceder en tiempo oportuno.

Se presentó otra guerra dirigida determinada-mente contra Tarquino. Muchos patricios descontentos se refugiaron á Gabia, ciudad de los latinos poco distante de Roma, y habian empeñado á los habitantes en defender su causa. Por siete años duró esta guerra de sorpresa y desolacion, y fue causa de una hambre tan terrible en Roma, que el pueblo ya enfurecido pidió al rey la paz ó víveres. Fomentaban disimuladamente las quejas los emisarios de los desterrados en Gabia, y parecia que se preparaba una rebellion general; pero Sesto Tarquino, hijo del rey, halló para prevenirla un medio fundado en la complicacion de traiciones infames, pero dignas de tal padre y de tal hijo. Fingió que se habia descompuesto con su padre, y declamaba altamente contra él. Le condenó el rey á ser azotado con varas como rebelde: él se huyó retirandose á Gabia, cuyos habitantes le recibieron con toda amistad.

El p^{er}fido se gobernó con la mayor destreza, pues siempre que le ponian á la cabeza de algun destacamento volvia cargado de botin , porque su padre facilitaba sus hazañas militares : oponiendole siempre en corto número y en posicion peligrosa los soldados y oficiales de quienes tenia sospecha, con cuya maniobra lograba dos ventajas , deshacerse de los que temia , y aumentar en la ciudad enemiga el crédito de su hijo. Cuando Sesto creyó que ya estaba bien establecida su autoridad , despachó á su padre un esclavo de confianza que le esplicase el estado de las cosas , y le pidiese consejo de lo que tenia que hacer. Tarquino llevó al esclavo á un jardin en donde habia muchas adormideras , y como por diversion fue cortando las cabezas que mas sobresalian con una vara que tenia en la mano, y volvió á enviar al mensajero sin otra respuesta. Comprendió Sesto el enigma , y convocó á los gabianos para decirles , que en la ciudad habia una conjuracion para entregarla á su padre. Le suplicó el pueblo que nombrase los conspiradores ; y Sesto, como á pesar suyo , nombró á Antisto , hombre igualmente distinguido por su clase y por su mérito, habiendo antes hecho poner entre los papeles del acusado unas cartas apropiadas á las circunstancias. Apenas las produjeron cuando sin mas exámen mataron á pedradas á Antisto. Sesto hizo cerrar las puertas de la ciudad , repartiendo sus satélites para que sus órdenes se pusiesen fielmente en práctica cortando las cabezas á los mas distinguidos. Dió á entender Sesto que se reconciliaba con su padre, y consiguió la paz para el resto de los habitantes, los cuales no siendo ya temibles por haber faltado sus gefes , fueron tratados con bastante humani-

dad. Escribieron el tratado de paz en la piel de un bucy que sacrificaron despues del juramento, y cubrieron con esta piel un escudo de madera que se conservó en el templo del dios de la fidelidad, en donde todavía se mantenía en tiempo de Augusto.

Reinando Tarquino el Soberbio parecieron los libros de las Sibilas. Una vieja estrangera y desconocida se los presentó al rey en número de nueve volúmenes; y no queriendo Tarquino dar el precio que pedia por ellos, tomó la vieja sus libros y quemó tres. Volvió á ofrecerle los otros seis, pidiendo la misma cantidad, y el rey no quiso pagarla: fue y quemó todavía otros tres. Vuélvese á presentar amenazando con que iba á quemar los tres restantes si no la daba la suma total que pedia. Tan extraordinaria conducta escitó la atencion, y examinando los libros hallaron que eran los oráculos de la Sibila de Cumas: los pagó el rey, dijo la vieja que los guardasen con mucho cuidado, y desapareció. Estos libros fueron de grande utilidad para los romanos: los sacaban en las ocasiones de apuros con grande ceremonia de las bóvedas del capitolio; y los que habian de consultarlos, miembros del cuerpo de la nobleza, que primero eran dos, y despues fueron subiendo hasta quince, eran los únicos que tenían autoridad para abrirlos, y podian leer en ellos lo que tuviesen por mas favorable á las circunstancias. Política diestra sin duda, tener siempre un oráculo pronto que hablase como quisiesen.

No se sabe si previó Tarquino esta ventaja, y tal vez se hizo presentar los libros, como hemos visto, que fue muy posible que su abuelo hiciese preparar el guijarro de Anco-Nevio. Tarquino el Soberbio se gloriaba de imitar al antiguo, y así

concluyó las famosas cloacas que su padre no pudo llevar del todo hasta el Tiber. Tambien edificó en el capitolio aquel famoso templo, término de los triunfadores, adonde despues fueron á consagrar los despojos del universo. Preparó Tarquino el trono de la gloria y fama, pero no le gozó.

Rara vez estaba sin guerra, porque con el menor pretesto se descomponian entre sí las pequeñas soberanías poco distantes unas de otras, y á los descontentos se seguian las hostilidades: por lo que llevando Tarquino á mal que los rútuos diesen asilo á sus desterrados, sitió á Ardea su capital, que solo distaba de Roma cinco ó seis leguas. Se hallaron en este sitio los hijos del rey, con muchos jóvenes afectos á la corte, y como no le estrechaban con vigor, sobraba mucho tiempo para los placeres. En uno de estos intervalos empezaron estos jóvenes, entre los cuales estaba Colatino, marido de Lucrecia, á hablar de sus mugeres, delicado asunto de conversacion. Cada uno ponderaba el mérito de la suya, y para terminar disputas acordaron que en acabando de cenar montasen á caballo, fuesen á sorprender á sus mugeres cuando no los esperaban, y que aquella que hallasen ocupada del modo mas conveniente á su sexo, sería declarada por superior á las otras.

Parten pues: llegan á Roma, y hallan á las princesas, esposas de los jóvenes Tarquinos, muy acompañadas. Por el contrario, á Lucrecia, esposa de Colatino, la hallaron encerrada con sus criadas, y trabajando en labores de lana sin embargo de estar muy adelantada la noche; por lo que la adjudicaron la victoria con unánime consentimiento. Algunos dias despues llegó Sexto Tarquino á



Muerte de Lucrecia.

Illegitimamente atropellado por Tarquino el honor de Lucrecia, convocó esta casta matrona á su esposo, padre y parientes; y revelándoles con lágrimas el suceso, como la resolución en que estaba de no sobrevivir á su vergüenza, se quitó allí mismo la vida. Hasta entonces solo á ella y á Tarquino constaba la verdad; pero Lucrecia quiso, á costa de su vida, dexar segura en la opinión de la posteridad su inocencia.

primera noche á la casa de campo de Lucrecia , y esta le recibió como á un amigo de su marido. A media noche entró en su cuarto con la espada desnuda: la puso la mano sobre el pecho, y la amenazó con la muerte si hacia el menor ruido. No queriendo ella escuchar su pasión, la dijo: Que si insistia la degollaria, y mataria un esclavo para ponerle al lado de su cadáver en la cama, y publicaria despues por todas partes que no habia hecho mas que vengar la ofensa cometida contra el honor de Colatino. El temor de la infamia privó de toda defensa á Lucrecia; y Sexto, satisfechos sus infames deseos, se volvió al campo.

Por la mañana partió Lucrecia : entró en Roma , y escribió á su marido, á su padre y á sus mas cercanos parientes que fuesen á verla. Eran tan vivas las instancias de la carta que llegaron muchos á su casa, y entre ellos Junio Bruto. Cuando se habian juntado todos, la infeliz Lucrecia reveló su funesto secreto , y la resolucion que habia tomado de no sobrevivir á su vergüenza. Por mas que se esforzaban á consolarla, representándola que no habia delito en donde no habia consentimiento alguno, abraza á su padre y á su marido, saca un puñal que llevaba oculto en el vestido, y se le mete por el pecho. A este espectáculo cesa Bruto de disimular y fingir: se precipita sobre el cadáver: saca el ensangrentado hierro , y levantándole en alto, dice : "No es razon perder el tiempo en derramar lágrimas inútiles : por esta sangre , tan pura antes del ultraje de Tarquino, juro que perseguiré á fuego y sangre á Tarquino el Soberbio , á su perversa muger y á sus hijos, hasta no sufrir que ninguno de esta familia , ni otro

cualquiera que sea, reine jamas en Roma. Grandes dioses, por testigos os tomo de mi juramento." Y presentando despues el puñal á Colatino y á todos los que le acompañaban, les hizo pronunciar las mismas palabras.

Aquellos romanos, admirados de ver en Bruto una presencia de espíritu que jamas le habian conocido, le tuvieron por inspirado, y se abandonaron á sus consejos. Pero él los desengañó, diciendo que su locura habia sido fingida, y los exhortó á sacudir el vergonzoso yugo que los oprimia. Cierran por su orden las puertas de la ciudad: llevan á la plaza pública el ensangrentado cuerpo de Lucrecia: júntase el senado, y espide un decreto en el que Tarquino, su muger y sus hijos se declaran proscriptos para siempre.

Bruto, asegurado del senado, convoca al pueblo: y el cadáver de la desgraciada Lucrecia, espuesto á su vista, consigne tanto como su discurso. El tirano y su posteridad fueron condenados á eterno destierro, entregando á los dioses infernales á cualquiera que con sus acciones y palabras procurase restablecerlos. Acude Tarquino con la noticia de esta revolucion: halla cerradas las puertas; y amenazándole los ciudadanos sobre las murallas, se vuelve al egército; pero el poco tiempo que habia empleado en la posta habia sido suficiente para que llegasen á tiempo los emisarios de Bruto; y así halló tan contrarios á sus soldados, que en las puntas de las picas le presentaban la muerte. De este modo Tarquino, arrojado de la capital, abandonado de sus tropas, y proscripto por sus mismos vasallos, se vió á la edad de setenta y seis años precisado á huir con su muger y con sus hi-

jos, y á mendigar asilos entre sus antiguos enemigos.

ROMA (REPÚBLICA).

Que los romanos (2474), testigos de las mal- D. del D.
dades de Tarquino y de su familia, la proscribie- 2474
sen para siempre, no hay cosa mas justa: pero que A de J. C.
debiendo tanto á los reyes, los detestasen por en- 524.
tonces y para en adelante, admiraria sin duda; á
no saberse que, alborotado una vez el pueblo,
siempre se propasa á lo que no habia pensado. Bru-
to, que debe tenerse por el autor de esta revolu-
cion, era un hombre ambicioso, melancólico y
tenaz. De lo ambicioso tenemos buena prueba en
lo que hizo volviendo de consultar al oráculo de
Delfos con los hijos de Tarquino. A la pregunta
que hicieron sobre cual de ellos estaba destinado á
reinar, respondió la sacerdotisa, que el que pri-
mero besase á su madre. Un hombre sin ambicion
no tomaria para sí la promesa que solo podia en-
tenderse de los dos hermanos; pero Bruto se la
aplicó á sí mismo: y cuando entraron en Italia
dejó que los dos hijos fuesen corriendo á abrazarse
del cuello de su madre; y él postrándose en tierra
la besó como que esta es nuestra madre comun,
pretendiendo así apropiarse el sentido del oráculo.

Era Bruto de un carácter sombrío y aun atra-
biliario; y pudo contraerle durante el dilatado di-
simulo que se impuso. Cuanta mayor violencia se
hacia para ocultar el despecho que le causaban las
burlas mortificantes á que le esponia su fingida
insensatez, tantos mas medios pensaba y combina-
ba de vengarse, y de borrar el actual abatimiento

con alguna accion que fuese gloriosa. Estas disposiciones van acostumbrando al espíritu á resoluciones vigorosas , á no asustarse con los extremos , y á rechazar los sentimientos de la naturaleza , si estos estorban los proyectos ya empezados. Tal es el entusiasmo de los grandes emprendedores , los que , como se ve , solo en el objeto se diferencian de los malhechores. Estos asesinan por robar , y aquellos matan por mandar. Los salteadores no necesitan de pretestos: el fin que llevan es claro; pero los que se hacen cabeza de alguna faccion necesitan acalorar á sus cómplices , y darles impulso para cometer sin remordimientos acciones atroces que los interesen en la causa; y ordinariamente este pretesto es el intento de conseguir la libertad.

Parece que llevaba Bruto meditado y dispuesto este plan. En él entraba como parte necesaria el juramento. El juramento digo , que es un freno con que siempre quiere sujetar á los otros el que una vez le ha recibido. El que prestaron los ciudadanos , y se exigió aun á los niños y mugeres , de no dejarse gobernar jamas por reyes , se le pidió Bruto á todos los soldados que volvian del egército en presencia de todos los ciudadanos , los cuales le renovaron. Ganó la voluntad del pueblo haciéndole dueño de la eleccion de los dos magistrados que le habían de gobernar. A estos se les dió el modesto título de *cónsules* , como si dijéramos : *hombres que velan y tienen cuidado*. El primero fue el mismo Bruto , y le dieron por compañero á Colatino que habia sido marido de Lucrecia : sobre este punto hubo alguna envidia , pero Bruto supo sosegarla. Tambien se concilió la amistad del senado aumentando su poder con añadir

cien miembros mas á los doscientos que ya le componian. Estos nuevos senadores se tomaron no de los patricios, sino de los caballeros, para que no creyese el pueblo que la primera clase pretendia apoderarse de todo.

Iban los Tarquinos buscando refugio de ciudad en ciudad, y solicitando la intervencion de los aliados con sus antiguos vasallos. Enviaron los etruscos embajadores con una carta suplicante del monarca depuesto, pidiendo que se leyese en junta del pueblo, y el senado no lo quiso consentir. Suplicaban que se entregasen á Tarquino sus bienes, á lo menos los de Tarquino el antiguo, su abuelo, de quien ninguna queja tenia la república. Esta peticion, despreciada de Bruto, y aprobada por Colatino, se remitió al pueblo, y no pasaron de tres votos los que hubo en favor de Tarquino. Eran sin embargo muchos los partidarios que tenia esta familia, principalmente entre los jóvenes patricios; porque acostumbrados al lujo y los placeres de la corte, miraban con mucho sentimiento establecerse una república austera llena de formalidades, por las que sería preciso pasar para llegar á las honras y dignidades, sin poder esperar otro favor que el de un populacho que ellos miraban con desden, y al que no obstante tendrian que suplicar. Por estas consideraciones daban fácilmente oidos á los embajadores toscanos que los animaban á unirse para restablecer los Tarquinos. Se hallaron á la cabeza de la conspiracion tres sobrinos de Colatino, dos de Bruto, y los dos hijos de este, Tito y Tiberio.

Siempre tienen las conspiraciones la manía del juramento. Dicen que estos jóvenes sacrificaron un

hombre, y juraron sobre sus entrañas, que aun humeaban, hacer cuanto pudiesen para esterminar los cónsules y restablecer el rey. Mezclaron el vino con la sangre de aquel hombre, y se brindaron unos á otros con este brebaje: por último escribieron una carta, y se la entregaron á los embajadores: esto fue lo que los perdió. Los estaba escuchando un esclavo, y fue á descubrir el secreto á Valerio, que era un patricio muy estimado: este sale de su casa, acompañado de sus clientes, criados y amigos: pone guardia á la entrada de la casa en donde aquellos imprudentes celebraban la detestable *orgia* ó sacrificio infernal: desde allí va derecho á buscar á los embajadores: les coge las cartas, y asegurado con esta prueba, hace arrestar cuantos conjurados se pudieron haber á las manos.

Al dia siguiente muy temprano se presentan los cónsules en su tribunal: llevan los presos, y Bruto sin alterarse fue el que preguntó á sus dos hijos. Tres veces les mandó que se justificasen, y otras tantas no dieron mas respuesta que lamentos y sollozos. Reinaba en aquel lugar un horroroso silencio, y alguna vez le interrumpian estas voces: *Desterradlos, desterradlos*. Callaba Valerio, lloraba Colatino, ya la ternura se iba apoderando del pueblo. Bruto con una voz entera dijo á los lictores: *Lictores, yo os entrego mis dos hijos: egecutad la ley*. Tuvo este padre valor para verlos desnudar sin apartar sus ojos. Los azotaron con varas y les cortaron la cabeza. Despues de esta accion, que los historiadores romanos llaman grandeza de alma y constancia republicana, salió del tribunal, dejando á su cólega que decidiese de la suerte de los otros culpados. Colatino mas humano, concedió un



Junio Bruto y sus hijos.

Convencidos de conspiracion dos hijos del Consul Junio Bruto, fueron sentenciados y entregados por su mismo padre á la pena de muerte, que se executó á su presencia. Tanto enseñó Bruto á las voces del amor paterno para castigar en sus mismos hijos una conspiracion contra la nueva Republica, despues de haber sido autor este infame Consul de la conspiracion de Roma contra sus Reyes.

dia á sus sobrinos para justificarse; pero tuvo la imprudencia de querer poner en mano de sus amos al esclavo denunciador: esto era esponerle á que le enviasen al suplicio. Se opuso Valerio, que le habia tomado bajo su proteccion, y para terminar la diferencia volvieron á llamar á Bruto.

Vino armado de su ordinaria severidad, y dijo: "Hasta ahora he obrado como padre, y en virtud de la autoridad paterna he condenado á mis hijos. Ahora como cónsul me resta hacer que la asamblea decida sobre tres puntos: sobre el castigo que se debe dar á los culpados: sobre lo que debe hacerse con los embajadores toscanos; y sobre el premio que se ha de dar al esclavo denunciador." Se decidió, pues, en cuanto al primer artículo, que se quitase la vida á todos los conjurados sin excepcion, y así se ejecutó. Que por respeto al derecho de las gentes, despedirian á los embajadores sin castigarlos; y que el esclavo se declarase ciudadano romano, gozando de la libertad que habia procurado á la patria. Se trató el punto de los bienes de los Tarquinos, y se decretó que fuesen confiscados á beneficio del público: que se arruinasen sus palacios, y se repartiesen sus tierras á los ciudadanos pobres. No se reservó el pueblo sino un campo cerca de la ciudad, que fue consagrado á Marte, en el que despues hacian sus ejercicios los jóvenes romanos. No quisieron aprovecharse los ciudadanos de la cosecha, ni de los muchos árboles que tenia: todas estas producciones las echaron en el Tiber, en donde se formó una isla. Colatino, cuya compasion era tal vez mirada por Bruto como reprehension de su dureza, desagradó al imperioso cónsul, el cual declaró que no le era posible te-

nerle por colega; y amenazando retirarse, hizo que el pueblo le depusiese, y eligiese en su lugar á Valerio. Esta sangrienta tragedia se acabó con un rasgo diestro de política. Se publicó una amnistia ó perdon general para todos los que habian seguido la fortuna de los tiranos, con tal que volviesen en el tiempo señalado. Esta prudente precaucion quitó al rey grande número de soldados y amigos, y restituyó á Roma muchos ciudadanos distinguidos.

La desgracia de los Tarquinos, aunque bien merecida, les grangeó la compasion. Se armaron los beyentanos, y se presentaron en batalla á los romanos. Empezó el choque por la caballería: mandaba la del enemigo Aruncio, hijo de Tarquino, y viendo el jóven guerrero á Bruto rodeado de lictores, exclamó: "Allí está el enemigo mortal de mi familia, y el usurpador del trono de mi padre." Marchan precipitados uno contra otro con tal furor, que se pasaron con las lanzas, y ambos cayeron muertos á un mismo tiempo. Los beyentanos perdieron once mil y trescientos hombres, que se contaron en el campo de batalla, y los romanos perdieron uno menos, por lo que se abjudicaron la victoria. Volvió Valerio á entrar en Roma en un carro tirado de cuatro caballos, primer triunfo de esta especie; porque en el pequeño, que llamaban *ovacion*, iba el vencedor á pie. Llevaba el cónsul el cadáver de su colega, al cual se hicieron magnificas exequias acompañadas de una oracion fúnebre, que es el primer egemplar que ha habido en este género. Las damas romanas se vistieron de luto por un año en honor y memoria del vengador de su sexo. Así Bruto sobrevivió poco al placer de haber mudado el gobierno de su patria.

El zelo de Valerio por los intereses del pueblo le mereció el sobrenombre de *Publícola* ó *Popular*. Se habia sospechado de él que pretendia la soberanía, porque en el monte Palatino edificaba una casa que dominaba á la plaza pública. Algunos ciudadanos asustadizos quisieron transformarla en ciudadela á la vista del pueblo; y sabiendo Valerio estas murmuraciones, la hizo arrasar en una noche hasta los cimientos. Mandó quitar las hachas de los fasces consulares por ser objetos de terror, y mandó á los lictores que las abatiesen delante de la asamblea del pueblo. Le sacrificó muchos derechos de la autoridad de su cargo, y tal vez sería esta condescendencia la que inspiró al pueblo aquel gusto de dominar, y aquel espíritu turbulento que puso mas de una vez la república en peligro. *Publícola* es el primer lisonjeador del pueblo.

Vencidos los beyentanos solicitaron y consiguieron los Tarquinos el auxilio de *Pórsena*, rey de los clusios en Etruria. En esta guerra abandonó la victoria á las águilas romanas; pero la firmeza y constancia de los romanos las hizo triunfar siempre. Se cita continuamente con elogio el valor de *Horacio Cocles*, que defendió él solo la entrada del puente por donde huian las legiones asustadas; sostuvo el choque de los enemigos mientras detras de él cortaban sus compañeros el puente: y cuando le vió ya cortado, se arrojó al rio y se salvó á nado. La ciudad, que entonces se componia de trescientos mil habitantes, atacada sin haberse prevenido, esperimentó una horrible miseria. *Pórsena* se aprovechó de esta ocasion para ofrecer á los romanos levantar el sitio si querian recibir á sus an-

tiguos señores. "Antes moriremos de hambre, gritaron todos, que sufrir la esclavitud y la opresion."

Cuando habia llegado al extremo la miseria, salió de Roma un jóven llamado Mucio, vestido á la toscana y armado con un puñal: entró en el campo de Pórsena: estaba este príncipe distribuyendo por sí mismo á sus soldados el prest, acompañado de un secretario, y vestido como él con corta diferencia. Se arrojó Mucio al secretario, y le dió de puñaladas. Al punto le arrestaron, y le dijo Pórsena sobrecogido del susto: "¿Quién eres? ¿de dónde vienes? ¿qué cómplices son los tuyos?" "Yo soy romano, respondió el intrépido jóven, y he venido á librar á mi patria con tu muerte. Mira como yo castigo el error de mi mano;" y al mismo tiempo la puso en un brasero destinado á los sacrificios, y la dejó abrasarse hasta los huesos, sin dar señal de dolor. "En cuanto á mis cómplices, añadió Mucio, sabe que somos hasta trescientos los que hemos jurado quitarte la vida." Esta confesion, aunque falsa, hizo en el rey una impresion terrible. Despidió al jóven entusiasta con honor, y creyó, con el parecer de su consejo, que no habia otro partido que tomar para su seguridad que el de concluir amigablemente aquella guerra.

Envió Pórsena proposiciones á los romanos, convinieron en algunos artículos, y hasta la plena aceptacion de algunos otros dieron en rehenes diez jóvenes patricios y diez doncellas de la primera calidad. Clelia, que era una de ellas, bañándose con sus compañeras, no pudo ver su patria tan cerca sin deseo de volver; y así echándose á nadar, y escitando á sus compañeras á imitarla, llegaron todas á la ribera. Sabiéndolo Valerio, envió á de-



Mucio Escévola.

Habiendo errado Mucio el golpe con que se habia propuesto librar á Roma de las aflicciones á que la tenia reducida Persena, Rey de los Clusios: condenó en presencia de este su diestra al fuego; y le habló con tal resolución, que asombrado el Clusio dió libertad á Mucio, y luego se retiró generosamente; logrando así Roma por la sola temeridad de uno lo que no habia alcanzado el valor de todos sus guerreros.

cir á Pórsena, que sin su noticia y contra su gusto se habian regresado aquellas doncellas, y que ya iban á entregarlas de nuevo. Con mucho sentimiento notaban los Tarquinos la confianza que se establecia entre Pórsena y los romanos. Rezelaban que sus intereses serian sacrificados en la composicion que se trataba, y para romperla piensan en robar las doncellas, persuadidos á que este acto de violencia encenderia de nuevo el fuego de la guerra que estaba para apagarse. Disponen una emboscada contra la escolta que las conducia; pero esta, aunque sorprendida y débil, se defendió el tiempo suficiente para ser socorrida de un cuerpo de clusianos con que llegó el mismo Pórsena; y esta perfidia le enemistó irrevocablemente con los Tarquinos. Se retiró, pues, amigo de los romanos sin pedirles nada: y sabiendo que estaban acosados de hambre, mandó á sus soldados, por un rasgo de fina generosidad, que dejasen todas sus provisiones en el campo. Regaló á Clelia un hermoso caballo soberbiamente enjaezado. Los romanos en testimonio de su reconocimiento levantaron á Pórsena una estátua: le enviaron una cadena de marfil, un cetro y una corona de oro con una ropa triunfal. Mucio, por sobrenombre Escévola; esto es, *el zurdo*, porque solamente podia servirse de la mano izquierda, recibió de la república presentes honoríficos y útiles. La memoria de la generosidad de Pórsena se ha perpetuado de generacion en generacion con la fórmula establecida para la venta de los efectos pertenecientes al público. El heraldo gritaba: *Aquí estan los bienes de Pórsena.*

No desconfiaban los Tarquinos, y despues de los etruscos suscitaron á todos los latinos contra

los romanos; pero contaban menos con la fuerza que con los ardides. Habia en Roma mucho descontento, y este rompió primero por los esclavos, los cuales formaron una conjuracion. Esta fue descubierta, y muchos culpados fueron puestos en cruces. La atrocidad del suplicio irritó á todo el cuerpo de esclavos. Los pobres ciudadanos, casi todos cargados de deudas, se quejaban de la dureza de sus acreedores. Los ciudadanos de mas alta clase estaban generalmente sublevados por la vanidad de los patricios: los Tarquinos conservaban siempre amigos entre aquellos hombres que se dejan seducir del fausto de las cortes y de las promesas de los grandes. Ya estaba para egecutarse el proyecto de apoderarse de noche de las puertas y murallas, y entregarlas á las tropas de los Tarquinos, degollando á los senadores mas señalados, cuando los mismos artifices de la traza, asustados de considerar su propia obra, lo descubrieron todo. Se halló el senado confuso, porque eran muchos los cómplices; y la apelacion al pueblo, introducida por Públicola, podria salvarlos aunque el senado los condenase. Se resolvió, pues, á concluir este negocio de pronto, y sin dar al pueblo tiempo para reflexionar. Hicieron con un falso aviso los cónsules que todos los conjurados fuesen á unirse en la plaza; los condenó el senado, y los pocos plebeyos que se habian juntado, ratificaron la sentencia: se dió orden á aquellos ciudadanos de retirarse, y al punto entraron los caballeros romanos y otras tropas, y pasaron á cuchillo los delinquentes.

Dictadores.

Al mismo tiempo que la república era inquieta dentro (2506), sostenía la guerra fuera. Necesitaba juntar hombres; pero los ciudadanos pobres, que siempre son el mayor número, no querían alistarse. “Bien locos seríamos, decían, en ir á pelear en defensa de una ciudad en que nos oprimen desapiadados acreedores.” Creyó el senado poder reclutar las legiones suspendiendo con un decreto toda acción por deudas hasta el fin de la guerra; pero esta condescendencia fue inútil. La resistencia degeneraba en abierta sublevación; y entonces conocieron los senadores que para ocasiones semejantes se necesitaba un poder único y absoluto. Se determinaron, pues, á tentar este expediente, y propusieron un decreto, en virtud del cual, todos los que tenían alguna administración pública debían hacer dimisión, y ser reemplazados por un magistrado único, cuyo poder solo durase por seis meses. Consintió el pueblo, y todos los magistrados hicieron dimisión; y uno de los cónsules, el último que la hizo, nombró aquel magistrado único, que llamaron dictador, y en este se reunieron todas las autoridades.

Para ser dictador era preciso haber sido cónsul: su cargo solo duraba por seis meses: él era el que nombraba para todas las magistraturas y para el mando de los ejércitos. Cuando él no lo tomaba para sí, le daba al general de la caballería, oficial que él nombraba así que le hacían dictador. Á este le tocaba hacer la guerra y la paz,

D. del D.
2506.
A. de J. C.
492.

ordenar impuestos sin consulta del senado, y no era responsable de cuanto hiciese durante su magistratura. Dos dependencias solamente se le conocen: la primera no poder salir de la Italia: la segunda no poder montar á caballo sin haber pedido su permiso al pueblo. En todo lo demas era mas soberano que jamas habian sido los reyes, y siempre se presentaba rodeado de cuatro lictores con los fascas armados de hachas.

El primer dictador fue Tito Larcio. Este nombró por general de la caballería á Espurio Casio, que habia tenido la honra del consulado y la del triunfo. El aparato de esta magistratura causó tal respeto en el pueblo que ya no se negó á ir al ejército. Consiguio el dictador, por medio de algunas ventajas, hacer tregua de un año con los latinos, y dejó la dictadura antes del tiempo prescripto. Los preparativos de los latinos, durante la tregua, hicieron creer que la guerra iba á empezarse con mayor violencia; y en efecto, era como el último golpe de desesperacion en los Tarquinos. Habian quedado tres hijos del Soberbio, todos valientes, y determinados á espirar en el campo de batalla, ó recobrar el reino de su padre. Tenian un formidable cuerpo de desterrados y desertores, empeñados por el mismo juramento. Creyó la república que las circunstancias pedian un nuevo dictador. Se hicieron las reclutas mediante la promesa ordinaria á los adeudados de mejorar su suerte despues de la guerra. Jamas se vió combate mas porfiado que el que se dió cerca de Regilo: los gefes se atacaron cuerpo á cuerpo, y en él murieron casi todos, ó fueron gravemente heridos. Los tres hijos de Tarquino, que eran la última esperanza, caye-

ron entre los muertos, habiendo hecho prodigios de valor. Los latinos, debilitados en extremo con esta derrota, sufrieron las condiciones de paz que el vencedor quiso imponerles; y este exigió que echasen de su país todos los desterrados. El soberbio Tarquino se vió en la necesidad de ir á ocultar su confusion en la Campania con el tirano Aristómenes, en donde murió á los noventa años de su edad.

Con la paz volvieron á Roma las inquietudes domésticas. La lucha de los acreedores con sus deudores era motivo muy legítimo de discension, atendida la dureza de las leyes en este particular. Cuando un deudor no pagaba despues de haberle reconvenido tres veces, tenia derecho el acreedor para cargarle de cadenas, y tenerle en su casa sujeto á los trabajos de mayor fatiga y humillacion, ó de venderle como esclavo. El derecho del acreedor llegaba hasta la vida del deudor. Cuando eran muchos podian repartir el cuerpo del infeliz á proporcion de la cantidad que á cada uno debia. Dicen que no tenia egecucion esta ley bárbara; pero si existia, es muy posible que hubiese hombres tan inhumanos que la pusiesen en práctica. A lo menos hubo quien se valió del derecho de servidumbre en todo su rigor. La historia nos ha conservado un egeemplo de esta crueldad.

Quando se estaba deliberando sobre una nueva recluta para la guerra contra los volscos, se presenta en la plaza pública un hombre ya de edad, pálido, flaco, con la barba larga y el cabello desgreñado: entre los que le rodearon hubo muchos que se acordaban de haber servido con él, y de haberle visto pelear con valor en las primeras filas de las legiones. "Yo nací libre, dijo mirando al

pueblo, y me he hallado en veinte y ocho batallas. En la última guerra contra los sabinos perdí el producto de mi campo un año entero, me abrasó el enemigo la casa, y me quitó todos mis bienes. Tuve la precision de tomar prestado para pagar el tributo: han ido creciendo los intereses, y para satisfacerlos me ví obligado á vender la herencia de mis padres. Por no poder cumplir enteramente me llevó el acreedor á su casa con dos hijos míos, y me entregó á sus esclavos, los que por su órden me han tratado con la mayor crueldad." Dicho esto se despojó, y manifestó los cardenales de las varas con que le habian azotado en la espalda, y en su pecho las honrosas cicatrices de las heridas recibidas en defensa de la patria. Este espectáculo confirmó al pueblo en su obstinacion de no alistarse.

Habia dos cónsules de carácter muy opuesto. Apio Severo era inflexible, y no conocia de la ley mas que el rigor: Servilio por el contrario, estaba persuadido á que alguna vez es preciso suavizar la regla. El primero era muy estimado de los patricios ricos: el segundo era querido del pueblo, como su protector y amigo; pero en estas circunstancias no pudo reducir á los plebeyos á alistarse bajo las banderas de la república. "¿Qué nos importa, decian, que vengan los volsco? ¿Qué nos importa que nuestras cadenas vengan de las manos de los enemigos ó de las de nuestros compatriotas? Vayan los patricios á experimentar los peligros de la guerra, pues para ellos solos es la recompensa de nuestras victorias. ¿Hemos de ir á hacer muralla de nuestros cuerpos para que no venga el enemigo á romper nuestras prisiones y

llevarse nuestras cadenas?" No obstante, pasado este primer movimiento del furor, consiguió Servilio una audiencia mas sosegada. Aquellos infelices, zelosos todavía del honor del senado, aunque tan poco atendidos, condescendieron en oír lo que el cónsul les dijo, que no correspondia á la dignidad de ciudadanos que se dijese que solamente habian trabajado para el consuelo de la república por motivos de temor. "Esperad hasta el fin de la campaña, y estad seguros de que entonces os concederá el senado por justo reconocimiento lo que ahora pretendéis por fuerza." Le creyeron, marcharon, y bajo su conducta derrotaron á los volscos. Contra el uso que habia de reservar parte del botin para el tesoro público, se le dejó Servilio todo entero á los soldados. Esta generosidad chocó á los senadores, y le negaron la honra del triunfo; pero á pesar suyo se la dió su ejército.

La mala disposicion del senado era un presagio funesto para la egecucion de las promesas de Servilio; y así las olvidaron. Apio juzgaba las causas de los deudores con mas severidad que nunca; y el débil Servilio, arrastrado por los patricios, se dejaba llevar hasta sentenciar algunas veces con tanta severidad como su cólega: conducta mucho mas injusta, porque para conseguir la gracia prometida, los que mas se habian distinguido por su valor eran los mas adeudados. Sobrevinieron otras dos guerras, una contra los aruncios, quejosos de que los romanos se acercaban demasiado á ellos, y amenazaron á la república si no dejaba una ciudad de los volscos en que habia puesto guarnicion. Respondió el senado á los embajadores: "Decid á vuestros dueños que es peligroso acometer á aquellos

cuya vecindad es formidable." A este pequeño pueblo le redujeron muy presto á la razon. La otra guerra mas importante era contra los sabinos. Vuelve de nuevo la exhortacion á los plebeyos para que se alisten, y ellos vuelven á negarse. Como urgia el caso no se entretuvieron en negociar; y así resolvió el senado que los cónsules nombrasen un dictador. Cayó la eleccion en Manlio Valerio, ya septuagenario, y hermano del famoso Publicola. Arengó al pueblo, y prometió hacer que el senado tuviese con los deudores que no podian pagar toda la moderacion que ellos mismos pudieran desear. "Entre tanto, añadió, mando que durante mi administracion no se hable de pleitos ni de prisiones." El pueblo contando con estas promesas, tomó las armas gustoso y las empleó con gloria.

Tuvo el dictador los honores del triunfo, y tal vez se hubiera alegrado mas de triunfar de la dureza de corazon de los senadores. En vano les suplicó que cediesen: siempre vencian los usureros favorecidos por Apio; y aun daban al anciano en rostro con que los abandonaba por hacer su corte á los plebeyos. El dictador irritado no pudo menos de decirles: "Puede ser que dentro de pocos días tuviérais por felicidad lograr un intercesor como yo para con el pueblo." Deja la sala del senado, convoca una junta del pueblo, y asiste á ella con todas las señales de su dignidad. Empieza por darles gracias de la prontitud con que sus conciudadanos tomaron las armas á ruegos suyos. Se queja despues de la poca sinceridad del senado así consigo como con ellos. Abdica su dignidad, y dice: "Juzgadme, que yo me entrego á vuestro resentimiento, si tenéis sospechas de haberos hecho traicion." El pue-

blo, que le habia escuchado con el mayor respeto, le llevó á su casa con tantas aclamaciones como si hubiera procurado la estincion de las deudas.

Tribunos del pueblo.

Tenian los romanos un religioso respeto á sus estandartes (2511), y juraban por aquellas sagradas insignias cuando se alistaban en la milicia, creyendo que no podian dejarlas hasta obtener la licencia.

D. del D.
2511.
A. de J. C.

487.

Los patricios, mal instruidos, ó demasiado confiados, creyeron que los soldados no habiéndolos despedido el dictador despues de la guerra de los sabinos en la forma ordinaria, no se negarian á continuar el servicio bajo los cónsules, y que el medio de que no pensasen en la abolicion de las deudas sería el de una nueva guerra. Mandaron pues á los generales que llevasen cada uno su ejército: el uno contra los equos: el otro contra el resto de los sabinos, que todavia alborotaba. Los soldados, conociendo el artificio, salieron de Roma con la rabia en el corazon; y meditando un arbitrio para faltar á la obediencia sin faltar al juramento, resolvieron abandonar á sus oficiales, quitarles las banderas, y llevárselas consigo. Tomado este partido, se retiraron gobernados por un plebeyo, llamado Beluto, á una legua de Roma, sobre un monte, que se llamó despues *monte sagrado*.

Apenas se supo esta retirada en Roma, cuando el pueblo salió precipitadamente en tropel fuera de las puertas para juntarse con los soldados, á pesar de los esfuerzos de los patricios para detenerle; y así enviaron á preguntar: "Qué era lo que los plebeyos querian." Respondieron estos secamente:

“ Bien lo sabeis , y presto conoceréis cuales son los enemigos con quienes habeis de pelear. ” Esta respuesta referida en el senado dió lugar á grandes debates. El ex-dictador dió al senado en rostro con la poca atencion que habian merecido sus consejos. “ No habeis querido , les dijo , concederles algunas gracias con que se hubieran contentado , y ahora os pedirán mas para el presente , y seguridades para despues. ” Aconsejó pues que enviassen una grande diputacion con el encargo de hacer la paz , y de reducir al pueblo á toda costa. Apio , el inflexible Apio , veia la ruina de la república en la menor condescendencia , y gritaba : “ Gran Júpiter , apartad los males que nos va á causar esta debilidad impolítica ; ” y queria que sin manifestar inquietud se esperase el arrepentimiento del pueblo , aunque hubiese de recurrirse á las armas en caso necesario. Tenia este Apio á su favor toda la juventud zelosa de sus prerogativas : los viejos por el contrario , persuadidos á que un poco de condescendencia nada quitaria de su estimacion personal , no creyeron que hubiese riesgo en dar algunos pasos. Prevaleció su parecer , y se verificó la diputacion. Como esta se componia de los senadores mas estimados , fue recibida con el mayor respeto. La sola presencia de los diputados hubiera sido suficiente para sosegar los espíritus ; y sin hacer sacrificios habrian conseguido los patricios completa victoria , á no hallarse entre los plebeyos hombres vigilantes contra los engaños que pudieran ocultarse en las proposiciones que se les hacian. Uno de estos era Lucio Junio , que nombrado como el fundador de la república , afectaba el sobrenombre de Bruto , y se creia destinado á libertar

al pueblo de la tiranía del senado, así como aquel había librado á Roma de la opresion de los Tarquinos.

Meneo llevó la voz, y propuso antes de las ofertas del senado una fábula que debiera estar escrita con grandes caracteres en todos los lugares destinados á las juntas del pueblo. "Un dia, dijo, se enojaron los miembros con el estómago, y dijeron: es un perezoso que nada hace ni trabaja mientras nosotros nos fatigamos: es preciso que vayamos turnando; y en consecuencia cesaron los miembros de darle de comer. El estómago se vió sin alimento, todo el cuerpo cayó en languidez; y, aunque muy tarde, conocieron los miembros que aquel á quien tenian por inútil contribuia mas que todos al interes comun." Este apólogo aplicado al gobierno hizo grande impresion, y sobre todo porque oyeron que el senado consentia en la abolicion de las deudas.

Todos los soldados lo recibieron con grande aplauso, y ya no pedian mas. Levantaban ya sus tiendas para seguir á los diputados cuando los detuvieron sus gefes, y dijo Bruto: "Grande paso se ha dado en favor del pueblo, y sin duda la condescendencia del senado debe escitar nuestro reconocimiento. ¿Pero qué seguridad nos dan para en adelante? ¿Qué otra podeis pedir, respondió Meneo, sobre la que os dan nuestras leyes y la constitucion de la república? Permitidme, replicó Bruto, proponeros una que no podeis negar si son rectas vuestres intenciones. Esta es que se le autorice al pueblo para elegir anualmente magistrados que no tengan en Roma otra autoridad que la de protegerle." Sorprendidos los diputados, dijeron:

“Que no tenian poderes en este punto, y era preciso dar parte al senado.” A esta proposicion se encolerizó Apio en términos que parecia arrojar rayos, anunciando las mayores desgracias; pero la mayor parte de los senadores estaba ya cansada, y queria la paz. Se estableció la ley á satisfaccion de Bruto, el cual fue elegido con Beluto y otro tres. De cinco pasaron á diez, y sus personas fueron declaradas inviolables. Estos son los términos del decreto, al cual se dió la mayor estension: “Que el tribuno del pueblo esté exento de toda carga servil impuesta á los ciudadanos; que ninguno le dé un golpe, ni haga que otro se le dé; y si alguno violare esta ley sea declarado por maldito, y sus bienes consagrados al servicio de la diosa Ceres. Si alguno quita á un tribuno la vida, tengan todos derecho para matar al que se la quitó.”

Tenian los tribunos su asiento cerca del senado. No les era permitido entrar en él sino cuando los cónsules los llamaban: no tenian ropas distintas, ni lictores, ni silla curul: iban vestidos como simples particulares, y no tenian á sus órdenes sino un simple criado llamado *mensagero*. Su autoridad se contenia dentro de Roma, y no podian salir de ella. Si el senado ú otro tribunal daba un juicio en que pareciese quedaba el pueblo perjudicado, bastaba que se levantase uno de ellos y pronunciase esta palabra, *veto*; eso lo prohibo yo; y con solo esto impedia toda accion. No podian los tribunos ser elegidos sino de entre los plebeyos y por estos mismos. Al principio fueron establecidos para oponerse á la opresion del pueblo, y cuidar de la conservacion de sus derechos; pero no tardaron en estender su poder mas allá de los prime-

ros límites: de suerte que muy presto se les pudo dar en rostro con mayores desórdenes que los que debían reprimir por su destino: por lo cual algunos antiguos los llamaron el veneno de la pública tranquilidad.

La primera ocasion importante en que rompió la ambiciosa pretension de los tribunos, que era acortar y poner límites al poder del senado tomándole para sí mismos, fue el caso de Coriolano. Se llamaba Cayo Marcio, de familia patricia, y le dieron el sobrenombre de Coriolano por sus hazañas á la cabeza del ejército en el sitio de Coriolas, capital de los volscos, que conquistó, y por las admirables muestras de valor con que decidió él mismo la victoria en favor de los romanos en una batalla que ganaron algunos dias despues. Soberbio con sus aciertos, y encendido en el zelo de las prerogativas de su órden, no podia ver sin indignacion los golpes que sin cesar la daban los tribunos. Todo les venia bien para envenenar al pueblo contra el senado. Sobrevino una hambre, y decian que era culpa de los patricios y de los ricos, que encerraban el trigo para venderle mas caro. En esta persuasion el pueblo, al cual basta preocuparle para que obre aunque sea contra sus mismos intereses, creyó que se vengaria bien de los patricios rehusando alistarse para una expedicion que debia procurarles víveres. Queriendo Coriolano que viesen los tribunos que se podia ver frustrada su malicia, se pone á la cabeza de algunos voluntarios, entra en las tierras de los enemigos, logra ventajas decisivas, y vuelve con un rico botin de trigo, ganados y prisioneros.

Este triunfo humilló mucho á los tribunos, y

resolvieron vengarse de Coriolano; pero él muy distante de pretender aplacarlos, los desafiaba en todas circunstancias. Se declaró pues en el senado, con la vehemencia de su carácter, contra la concesion y acuerdo hecho en el monte sagrado, que era á lo que debian su origen los tribunos. Pensaron estos en hacer que se arrepintiese de su audacia; y en un momento en que le tenian en la plaza pública, centro de su poder, le condenaron dos tribunos, aun sin consultar al pueblo, á ser precipitado de la roca Tarpeya, que era el castigo de los traidores. Van á prender á Coriolano, le cogen en medio de ellos los patricios, y hubiera habido un combate sangriento si el pueblo no se hubiese moderado; y formando juicio de que los magistrados no habian influido, conmutó la sentencia de muerte en citarle á comparecer en su presencia para purificarse del crimen de afectar la tiranía, que era el único de que le acusaban.

Hubo en el senado mucha dificultad para determinar á Coriolano á sujetarse: porque miraba la pretension del pueblo como un atentado á la autoridad de los senadores. Apoyaba su opinion Apio, que siempre se inculcaba en los peligros que preparaba á la república la debilidad del senado. Iba numerando todas las injusticias de los senadores: demostraba claramente la falsedad de su blanda política, y pronosticaba sus funestos efectos. Entre tanto, como los tribunos no se habian empeñado en acusarle de otros delitos que el de la tiranía, y en este estaba Coriolano muy inocente, á instancias de los senadores fue á presentarse en el juicio: y con mayor satisfaccion, porque le prometieron acompañarle en la asamblea, y no desampararle.

Empezó la junta de un modo que podia servir á los patricios de mal agüero sobre el éxito: porque los tribunos habian dispuesto el pueblo en un orden que, contra lo que era regular, la última clase ó el populacho que estaba á su mandado, habia de tener la preponderancia en los votos. En vano reclamaron los cónsules contra aquella forma irregular. Fue preciso ceder en este punto; pero le dejaron así, porque esperaban conseguir que en atencion á las súplicas de todo el senado no llegasen á los votos. "Contentaos, decia el cónsul Minucio, con la sumision de Coriolano: ¿habiais de tratar como á delincuente á un ciudadano tan ilustre? Todo el senado unánime os pide que le recibais en vuestra gracia: ¿podreis negaros á trescientos de los miembros principales de la república? El enemigo mas cruel no se resistiria á tan ilustres suplicantes." Respondió con grande frialdad el tribuno Sicinio: Ya está convocada la asamblea, y no se puede disolver sin que el punto se resuelva á pluralidad de votos.

La acusacion del tribuno se reducía á dos capítulos: el uno que Coriolano habia impedido que se bajase el precio del trigo: el otro que habia hecho grandes esfuerzos para abolir el tribunado; y de aquí inferian por consecuencia que aspiraba á la tiranía. Sin detenerse Coriolano á refutar lo que le imputaban, y la consecuencia claramente calumniosa, habló como guerrero delante de los compañeros y testigos de sus victorias, y espuso á todo el pueblo las coronas que habia recibido de sus generales. "Hablen ellos, exclamó, y los citaba por sus nombres, hablen los que yo he librado en las batallas: vengan los que yo he sacado del hierro de

los enemigos conservando sus vidas." Aquí se levantaron todos, y estendian sus manos en ademán de suplicar. "Salvad, decian, al pueblo romano, salvad á un hombre, á quien debemos hallarnos ahora entre vosotros. Si pedis una victima, aquí estamos; prontos estamos á morir por él." Como casi todos los que así hablaban eran plebeyos, arrancaban con sus súplicas las lágrimas de la mayor parte del pueblo. Desabrochó Coriolano sus vestidos, y mostró las cicatrices de sus heridas diciendo: Estas son las que yo he recibido: vean los tribunos cómo se puede esto componer con el odioso crimen que me imputan. Convenian los principales plebeyos en que un ciudadano tan distinguido por su nacimiento y su mérito no debiera haber comparecido en juicio por tan frívolas presunciones; y concluyeron que debia ser absuelto aun con elogio. Ya veian los tribunos que se les libertaba el objeto de su odio. Uno de ellos, contra la palabra dada de reducir la acusacion á solo el crimen de tiranía, intentó otra accion sobre que habia repartido á los soldados el botin cogido contra los anciantes, cuando debiera haberle depositado en el tesoro público. Coriolano, que no esperaba este nuevo agravio, respondió que para esto le habian autorizado las circunstancias, aunque no estaba espresamente en las leyes: que él nada habia tomado para sí: que todos los despojos del enemigo los habia puesto en manos de los mismos que le estaban oyendo. Estaban presentes muchos, que por no haberse hallado en la expedicion contra los anciantes, no habian tenido parte en sus liberalidades, y estos no se interesaban tanto en la suerte de un hombre á quien

no debían obligacion personal. En estos se cambió el espíritu del bien público: se aprovecharon de aquel momento los tribunos, y fue Coriolano condenado á destierro perpetuo.

Salió de la asamblea con la rabia en el corazón, y llegando á su casa halla á su madre Veturia y á Volumnia, su muger, deshaciendose en lágrimas. “Ya no tengo, dijo, madre, hijos ni muger: todo lo abjuro hasta mis dioses domésticos;” y con esta despedida se ausentó. Le estaban esperando los senadores á la puerta de la ciudad; y él, justamente ofendido de su poco valor, pasó por en medio de ellos sin dignarse de hablarles una palabra. Estuvo por algunos días en una casa de campo adonde se habia retirado, y desde allí puso los ojos en diferentes pueblos vecinos por ver en donde podria buscar asilo. Por último, se determinó por los volscos, á quienes habia vencido muchas veces, y por la casa de su gefe Acio Tulo. Fue pues á Ancio, su capital, entró en la casa de este general, y fue á sentarse cerca del hogar, lugar consagrado á los dioses domésticos, é inviolable entre los antiguos.

Dijeron á Acio, que estaba cenando en otro aposento, que un estrangero de magestuosa talla acababa de entrar en su casa sin decir palabra, y se habia sentado cerca del hogar de sus lares. Se acercó Acio al desconocido, y le dijo: *¿Quién sois, y qué quereis?* Descubrió el estrangero su rostro, que antes tenia cubierto con las manos; y no reconociendo el volsco sus facciones, le dijo: “Yo soy Coriolano, que estoy desterrado para siempre de mi patria: he venido aquí á buscar otra, y á ofrecer mi brazo y mis consejos contra mis in-

gratos conciudadanos." Le dió Acio la mano, prenda en sus costumbres de seguridad, y le llevó á una sala.

Los romanos se habian hecho con su injusticia un enemigo terrible, que los redujo á la última estremidad. Dieron los volscos la comandancia á Coriolano, y entró este en el territorio de Roma: halló los ciudadanos esparcidos por el campo, y á todos los hizo esclavos: incendió sus tierras: se llevó el ganado: despedazó los instrumentos de agricultura: todo lo llevó á fuego y sangre, y fue á acamparse á las puertas de la ciudad. Los plebeyos, faltos de consejo, concurrieron al senado, abjuraron su fatal decreto, y pidieron que se llamase al desterrado. Pero el senado, acordandose de su antigua dignidad, no quiso dar este paso con un rebelde; y cuando mas, consintió en tratar con él, insinuando que la libertad de volver á su patria podria ser una conclusion de la paz. Recibió Coriolano á los diputados con altivez, aunque la mayor parte, y entre otros Minucio, eran sus antiguos amigos, y los hizo pasar por entre las filas de los soldados, los cuales los amenazaban. En punto de los volscos impuso á los romanos por condicion lo que imaginó que mas podia mortificarlos. "En cuanto á mí, añadió, un simple llamamiento repara suficientemente las afrentas recibidas; ¿pero qué seguridad puedo tener en mi patria cuando unos tribunos descarados, un Sicinio y un Deicio, pueden armar un populacho vil contra mí? No, Roma es una madrastra, pues ha tratado con la mayor crueldad á un hijo que solo aspiraba á sacrificarse por su gloria. Ella conocerá por los efectos de mi resentimiento si los dioses favorecen

mi causa ó la suya. Volveos : treinta dias os doy ; y pasado este término me presentaré al pie de estas murallas para oir vuestra respuesta.” Emplearon los volscos esta tregua en continuar su desolacion, y los romanos en deliberar. De los debates del senado salió este decreto notable : “No se tratará con los volscos hasta que hayan salido del territorio de la república.” Al término señalado se dejó ver Coriolano , y le llevaron los diputados la noticia de lo que el senado habia resuelto. Se obstinó el romano con las condiciones propuestas á favor de los volscos : se hacen las disposiciones, ya va á dar principio al asalto, el pueblo consternado toma sus puestos, y entre tanto permiten los senadores que vaya una diputacion religiosa á suplicar á Coriolano que se sujete al decreto. Los augures, los sacerdotes y pontífices, con ropas de ceremonia, llegan al campo, y son recibidos con respeto ; pero nada consiguen. Su vuelta ; sin efecto alguno, redobla los sustos : los hombres coronaban las murallas con un continente triste y mal seguro : las mugeres hacian resonar los templos con sus gemidos : mas ya se ven de repente salir las mas distinguidas, llevando consigo la primera á Valeria, hermana del famoso Valerio Publicola.

Dirigen sus pasos hácia la casa de Coriolano, en donde su madre y su muger lloraban juntas su desgracia y la de Roma. “ Vosotras sois, dijo Valeria, el único recurso que nos resta ; y así venimos á suplicaros que salveis nuestros bienes con nuestro honor y libertad : venid con nosotras al campo de Coroliano : llevad esos tiernos niños que podrán mover el corazon de su padre : vuestra presencia conseguirá que prefiera la conservacion

de su triste familia á su justo resentimiento, y á cuantas ventajas pueda esperar de los volscos." La madre y muger de Coriolano, que todavía lloraban aquella seca despedida con que las habia dejado, se negaban á experimentar su poco influjo para con un guerrero soberbio con sus fuerzas, y que solo respiraba venganzas. No obstante se dejaron vencer con las instancias de Valeria y sus compañeras, y marcharon con el consentimiento del senado.

Advirtieron á Coriolano, que salia de Roma una fila de carros llenos de señoras que dirigian su marcha hácia el campo. Ya él sospechó el objeto de embajada tan estraña, y se propuso recibirla con la misma atencion y respeto que á los ministros de la religion, pero sin concederlas nada. No obstante, empieza su constancia á titubear al ver que iban las primeras su madre y su muger. Manda que los lictores bajen las fasces delante de personas tan queridas, y va corriendo á abrazarlas. Se confundian las lágrimas de unos y otros; y cuando Veturia quiso esponer el motivo de su venida, la interrumpió su hijo hasta que llegasen los oficiales volscos que habia enviado á llamar para que nada sospechasen de su conversacion. Dijo ella, que venian todas á pedir la paz, y suplicar á su hijo, por lo que mas amaba, que convirtiese sus armas contra otros enemigos. Respondió Coriolano, que sin hacer traicion á los intereses de los que le habian honrado con la comandancia de sus tropas, no podia abandonar las ventajas que sobre Roma le ofrecian las circunstancias. Replica su madre, que nada pretende exigir que le pueda esponer á la menor reprehension; pero que sin faltar á lo que debia á sus bienhechores tenia en su mano hacer



Veturia y Coriolano.

Perdida en Roma toda esperanza de que el ofendido Coriolano dexase de asaltarla, van á su campo Veturia su madre, Volumnia su esposa, con sus hijos, Valeria y otras matronas, con el objeto de aplacarle; pero halláren respetuosas repulsas, hasta que Veturia, á los pies de su hijo, le habló con tal eficacia y ternura, que cediendo Coriolano, triunfó gloriosamente de su ofensa y venganza su amor filial.

una paz igualmente ventajosa para las dos naciones." Por el grande Júpiter, exclamó, y por los manes de tus mayores, te pido que retires tus tropas de las murallas de Roma, y concedas á los romanos la tregua de un año, durante la cual se tomarán las medidas para hacer una paz que sea durable. Hijo mio, ¿ es posible que siempre obstinado en tu venganza resistas á las lágrimas de tu madre? Considera bien que tu respuesta decidirá de mi reputacion y de mi vida, pues sabe morir una romana cuando el honor quiere que muera. Si no consigo persuadirte, ya he resuelto darme la muerte á tu vista. No, no, no irás á Roma sino pisando el cadáver de tu madre infeliz. Hijo mio, hijo querido, concédeme la gracia que te pido, y si no bastan mis lágrimas y súplicas para moverte, mira á tu madre postrada á tus pies, rogándote que perdones á tu patria." Mientras decia estas palabras le abrazaba las rodillas y vertia un torrente de lágrimas. Sus hijos y todas las señoras romanas se postraron igualmente.

Viendo Coriolano á su madre arrodillada, ya no es dueño de sus movimientos, y agitado de mil pasiones diferentes, exclama: "¡Ay madre mía, vos me desarmais!" Y despues estrechándola tiernamente en sus brazos, añadió en voz baja: "Roma es libertada, y vuestro hijo es perdido." En efecto, no le perdonaron los volscos el empeño que tomó en salir al punto del territorio de la república, segun las resoluciones del senado. En las disputas que despues hubo en Ancio con motivo de otras condiciones de la paz, suscitaron vivas quejas sobre la condescendencia de Coriolano. Quiso justificarse con aquel pueblo; pero

asesinos apostados le quitaron la vida sin dejarle tiempo para hablar. Preguntó el senado á las señoras romanas, qué recompensa pedian por tan singular servicio; y ellas suplicaron solamente, que se les permitiese edificar á sus espensas un templo á *la fortuna de las señoras*. Mandó el senado que se construyese á costa del tesoro público; y Valeria fue la primera sacerdotisa. Por haber Coriolano tomado las armas contra su patria no quiso el senado que se le hiciesen exequias en Roma; pero las señoras se vistieron de luto por diez meses; y aunque murió en desgracia de su pais, siempre le honró este como á héroe. Era hombre desinteresado, amigo de la virtud, y tan valeroso como prudente; pero no bastante popular; Coriolano fue reconocido por el mas propio entre los generales que le precedieron ó siguieron para estender las fronteras de la república, sino le hubieran detenido las infelices turbaciones que fueron causa de que Roma no lograrse el fruto de sus talentos.

Si hubiéramos de formar juicio de todas las repúblicas por la de Roma, diriamos que con las disensiones se forman, con las disensiones se engrandecen, y por consiguiente este es su estado hasta el entero establecimiento, que es una crisis de gobierno tan temible para los hombres humanos y pacíficos, como ventajoso para los enredadores, ambiciosos, vengativos, y otros hombres de pasiones exaltadas. Consulten estos la historia romana en esta época, y hallarán todos los medios prácticos y practicables para hacer que prevalezca un partido, y fundar su fortuna al abrigo de una reputacion popular.

Aquí se presenta la ley agraria, aquella man-

zana de discordia arrojada entre los pobres y los ricos. Ya se habia anunciado en consecuencia de la abolicion de las deudas, como medio de la igualdad necesaria en las repúblicas. Casio, cónsul, la hizo objeto de una deliberacion legal para mortificar á los senadores que le habian negado el triunfo, que á pesar de estos consiguió. Los tribunos, magistrados del pueblo, se opusieron por envidia, y porque no la habian propuesto ellos, pues no querian que el pueblo recibiese el beneficio de otra mano que la suya; pero habiendo quitado á Casio el mérito de la proposicion, la hicieron valer de modo que precisaron al senado á acordar, que se nombrasen diez hombres llamados decemviros para hacer la reparticion. Despues el infeliz Casio, en premio de sus pasos á favor del pueblo, fue acusado por el senado del crimen de alta traicion ante el mismo pueblo, el cual le condenó á ser precipitado de la roca Tarpeya.

Las dilaciones afectadas del senado en nombrar los decemviros determinaron á los plebeyos á no alistarse en una guerra que realmente se emprendió para distraerlos de la ley agraria. Los tribunos apoyaban esta resolucion en la ciudad, que era el territorio de su jurisdiccion, y el centro de su poder; pero no podian estenderse mas allá. Transportaron los cónsules el tribunal al campo, y citaron desde allí á los ciudadanos para alistarse; y si habia algun refractario, mandaba que demolicen sus heredades, y le quitasen los ganados. De este modo juntaron bien presto dos egércitos de soldados, casi todos valientes; pero como llevaban la intencion de deshorrar á sus gefes, se dejaron rechazar por los enemigos hasta el campo. Entonces

volvieron la cara, y los rechazaron también; pero de modo que su victoria no pudiese merecer á los cónsules los honores del triunfo. Esta obstinacion del pueblo produjo en la familia patricia de los Fabios un sacrificio comparable al de los lacedemonios en Termópilas. Fueron á ofrecer al senado que defenderian solos con sus cuerpos y bienes las fronteras de la república contra los veventanos. Saliendo en número de trescientos, hicieron tales hazañas, que se vieron los enemigos obligados á oponerlos un ejército entero: el número venció al valor, y aun no consiguieron los veventanos la victoria, midiéndose cuerpo á cuerpo con los Fabios, porque los penetraron desde lejos con sus flechas, y solo sobrevivió de esta familia un muchacho de catorce años, única rama que perpetuó en Roma el nombre de los Fabios.

Era á la sazón cónsul Menenio, hombre generalmente estimado. Sospecharon los tribunos connivencia en él con los patricios para dilatar con diferentes pretextos el nombramiento de los decemviros; ó lo que es mas cierto, su mérito demasiado conocido del pueblo les hacia sombra. Así que salió de cónsul, le acusaron de haber dejado perecer á los Fabios pudiendo defenderlos. Variaron estos magistrados, como siempre lo practicaban en semejantes ocasiones, el modo de recoger los votos, para dar la preponderancia á los del populacho, de quienes ellos disponian. Menenio fue condenado á muerte, y á instancias del senado le conmutaron esta pena en una multa; pero tan fuerte que no podia pagarla, no teniendo mas patrimonio que la gloria de su padre y la suya. Se ofrecieron sus amigos á satisfacer; pero él les dió

las gracias: se encerró en su casa, y murió de pesadumbre, ó se mató.

El combate entre los dos partidos era perpetuo, y muchas veces le ocasionaba el hambre, porque Roma estaba muy espuesta á este azote; y es fácil adivinar la causa, reflexionando que era una ciudad muy poblada, y con un territorio limitado, que no podía ser suficiente para sus necesidades, tanto porque las frecuentes guerras ocupaban los brazos destinados á la agricultura, cuanto porque los enemigos destruían muchas veces ántes de la cosecha las esperanzas del labrador. El senado, para prevenir ó aliviar la miseria, juntaba con el dinero del tesoro público graneros, y distribuía el trigo á un precio moderado. Los tribunos persuadieron al pueblo que por moderado que fuese el precio era demasiado, pues habiéndose comprado el trigo con el dinero público, debía repartirse al pueblo de balde, y que si los patricios no le querían dar, era preciso ir á tomarle. Por otra parte la conservación de este trigo daba ocasion favorable para calumniar á los que le tenían á su cargo, imputándoles que de un fruto de primera necesidad hacían objeto de especulación lucrativa.

Los patricios acometidos, resolvieron rechazar la violencia con la fuerza, y puede ser que se valiesen al principio de maquinaciones sordas, porque el tribuno Gennio fue hallado muerto en su cama la víspera del día en que había de dar al senado un golpe decisivo. Le reemplazó el pueblo con un hombre violento, llamado Voleron, insultado personalmente por los patricios, é irritado contra ellos. Estos le opusieron á Apio, heredero del odio de su padre contra el pueblo, y de su inflexible entereza.

Empezó la lucha entre estos dos hombres sobre el modo de elegir tribunos, pues Voleron decia que daba demasiada influencia al senado en la eleccion de los magistrados, y le proporcionaba el medio de incluir en su número algunos á su gusto, de quienes se servia para atravesar las opiniones de los otros, y suspender su fatal *veto*. Se levantó Apio en la asamblea del pueblo contra las pretensiones de Voleron con toda la vehemencia de que era capaz. Un tribuno, llamado Lectorio, despues de haber tratado á Apio de bestia feroz, contra la cual era preciso pelear no con palabras, sino con espada; mandó que el cónsul saliese de la asamblea: y viendo que resistia, se adelanta el tribuno con sus oficiales para cogerle. Los lictores patricios le rodean: hubo golpes dados y recibidos; mas no se derramó sangre, porque en la ciudad no se llevaban armas, y así se separó la asamblea con tumulto. Durante la noche se apoderaron los plebeyos del capitolio: todo se dirigia á una guerra abierta, cuando el espíritu conciliador del cónsul Quincio, y el de algunos senadores moderados, restituyó la paz. Se reconoció que la disension pasada habia por una y otra parte nacido de exceso de zelo por la república; y mediante una pequeña condescendencia con el senado, pasó la ley de Voleron á pesar de las vivas declamaciones y protestas de Apio.

Se vengó el cónsul de esta victoria del pueblo con un rigor excesivo en la disciplina del ejército que le entregaron contra los volsco. Centuriones y soldados, irritados igualmente, renovaron el proyecto, ya antes egecutado, de deshorrar á su general dejándose vencer. Apio, bramando de rabia á

vista de la traición , retira el ejército al territorio de la república , y da libre curso á su resentimiento : hizo cortar en su presencia la cabeza á los centuriones y otros oficiales que habian desamparado las líneas : los que abandonaron las banderas á los enemigos fueron azotados con varas hasta morir : por último , diezmó los soldados. Despues de esta sangrienta ejecución entró el cónsul en la ciudad , y se opuso fieramente á las pretensiones de los tribunos , desafiando su venganza hasta en la asamblea del pueblo , convocado para hacerle el proceso como á enemigo de la patria. Se presentó Apio , y no vestido de luto como era regular en semejantes ocasiones , sino con el mas firme y seguro continente , sin permitir que sus amigos solicitasen el favor. El mismo abogó por su causa ; y fue tanta la impresion que sus razones hicieron , que ya iban á absolverle ; pero viendo los tribunos que las disposiciones le eran favorables , remitieron á otro dia la decision , con el pretesto de que no habia tiempo para recoger los votos antes de la noche. Conoció Apio que aquella dilacion se habia imaginado con el fin de tomar mejor las medidas contra él ; y viendo que no podia librarse de la venganza de sus enemigos , previno la sentencia , y se quitó la vida. Querian los tribunos que se le privase de los honores debidos á su mérito y al empleo que habia tenido en la república ; pero los cónsules permitieron á su hijo que le hiciese la oracion fúnebre , y el pueblo oyó con gusto su elogio.

Muerto Apio no admira ver reproducir la ley agraria. Los patricios para eludirla pensaron des- embarazarse de los pobres , que eran los mas interesados en su establecimiento. No averigüemos cual

Fuese la intencion del senado : lo que proponia era una verdadera ventaja , pues consistia en repartir entre ellos las tierras de los ancianos recién conquistadas ; pero cuando se trató de recibir los nombres de los que quisiesen formar esta colonia , concurren á escribirse pocos plebeyos. Tambien se quejaron del senado diciendo que los patricios solo pretendian enviar lejos de Roma á los que tenian valor para oponerse á su tiranía. Los juegos , los espectáculos , las juntas públicas , la agitacion de los negocios , y la parte que cada uno tenia en el gobierno contribuian para aficionarlos á Roma , por miserables que en ella fuesen ; y así miraban una colonia como un destierro honrado. Ademas de esto no disgustaba á los tribunos retener aquella multitud necesitada y ociosa , que les servia de mucho en sus querellas contra el senado.

Sobrevino una mas importante que la ley agraria en el fondo y en las consecuencias. Hasta entonces habian hecho justicia los cónsules por sí solos , arreglando las sentencias á los principios de la equidad natural , á los usos antiguos , ó á las leyes de Rómulo y de sus sucesores , de las cuales se hallaban aun algunos restos en los libros que llamaban sagrados , de los que cuidaban los pontifices ; pero siempre habian ocultado al pueblo estos primeros elementos de la jurisprudencia romana. Un tribuno , llamado Terencio , hizo presente que aquel estilo hacia dueños de la fortuna de los particulares á los magistrados patricios : porque ignorándose los principios en que se fundaban , podian interpretarlas á medida de su capricho y su interes. Dos cosas pedia Terencio : la primera , que los cónsules no fuesen los únicos que tuviesen el de-

hecho de hacer justicia : la segunda , que se hiciesen leyes conocidas de todo el mundo , para que los jueces conformasen con ellas sus sentencias , y los que tuviesen pleitos pudiesen instruirse en la justicia de sus causas , y no se metiesen en pleitos ruinosos.

Nada mas puesto en razon que estas dos pretensiones : sin duda las hubiera concedido el senado sin dilacion , si solo hubiese atendido á la justicia ; pero se dejó arrastrar por la juventud , siempre ardiente contra lo que podia tocar en los privilegios de órden. Quincio Ceson , jóven violento , de talla extraordinaria , que se habia distinguido en muchas batallas por su valor , no se distinguió menos en la plaza pública , dando fuertes golpes á todos los que seguian á los tribunos : y de este modo se concluyó la asamblea. Al dia siguiente se desquitaron los tribunos ; pero no á golpes , sino con una acusacion de crimen capital contra el imprudente jóven. A sus verdaderos escesos añadieron calumnias , y sin duda le hubieran condenado á muerte á no tener en tanta estimacion á Quincio Cincinato su padre , y por atencion á este condenaron al hijo solo á una grande multa. El padre para pagarla vendió la mayor parte de sus bienes , y se retiró á una pobre cabaña que tenia á la ribera opuesta del Tiber , en donde cultivaba con sus propias manos un pequeño campo , que era la única hacienda que le habia quedado.

La condenacion del hijo iba acompañada de grandes respetos á su padre , y los mismos tribunos no pudieron menos de manifestar cuanto estimaban sus virtudes. Esto dió motivo para esperar que , recogido cónsul Quincio Cincinato , podria sosegar al pueblo. Por otra parte se necesitaba un hombre fir-

me que restableciese el buen orden en la ciudad, adonde Herdonio, capitán sabino, habia entrado á la cabeza de una tropa de equos y de volscos. Esta tropa se habia apoderado del capitolio; y cuando la echaron de allí, habia causado su estancia unos desórdenes, cuya reparacion pedia la influencia de un hombre como Cincinato. Los que le llevaron la noticia de su eleccion le hallaron en su campo gobernando el arado, y, aunque con repugnancia, aceptó, vencién-dole su amor á la patria. Cuando se despidió de su muger la encomendó, como una cosa esencial, el cuidado del pobre ajuar de su casa, y la dijo: Me temo, querida Rasilia, que este año ha de ser mal laboreado nuestro campo. En su primer discurso reprendió igualmente al pueblo que al senado: al primero por haber pedido con exceso: al segundo por haber concedido demasiado. "Os llevó, dijo á las legiones, contra los equos y los volscos, y mi cólega y yo os hacemos saber que es nuestra intencion acampar todo el invierno, y no volveros á traer hasta que el tiempo de nuestra magistratura haya espirado." La idea sola de pasar el invierno en campaña lejos de sus hogares, lo que nunca habia sucedido, asustó á los ciudadanos: y las que manifestaron mas su inquietud fueron las mugeres. Quisieron los tribunos oponerse á un proyecto tan terrible; pero Cincinato respondió: "Vanos serán vuestros esfuerzos, porque cuando los ciudadanos tomaron las armas para echar del capitolio los equos y los volscos, juraron no dejarlas sin orden de los cónsules, y ellos observarán el juramento."

No se engañó; porque á pesar de las diligencias que hicieron los tribunos, se determinaron por escrúpulo los soldados á permanecer siguiendo las

banderas lejos de sus hijos y mugeres. Estas recurrieron á los senadores pidiendo que procurasen vencer al cónsul: y este se dejó ganar con la condicion de que en su consulado no se trataria de hacer nuevas leyes. Restableció Cincinato el egercicio de la justicia , interrumpido con tantas inquietudes ; y la administró con tal equidad , bondad y mansedumbre , que parecia que el pueblo encantado con su conducta se olvidaba de que hubiese tribunos en la república. Ademas de la obligacion de no hablar de nuevas leyes , se habian impuesto el senado y el pueblo la de no continuar mas de un año en sus magistraturas. Contra esta obligacion eligieron los comicios los mismos tribunos , y el senado queria por represalias perpetuar sus cónsules ; pero á esto se opuso Cincinato , diciendo : La ligereza del pueblo no debe servirnos á nosotros de regla ; y despidiendo las fascas , se volvió á su choza. *

Presto tuvo que dejarla por una circunstancia que tenia muy asustada á la república. El cónsul Minucio se habia dejado encerrar por los volscos en un desfiladero , de donde era imposible salir , y por consiguiente habia de perecer el egercito. “ Necesitamos un dictador , decian á gritos los romanos , y debe serlo Cincinato. ” Cuando este vió desde lejos á los diputados que le llevaban el decreto de eleccion , precedidos de veinte y cuatro lictores , dejó la ropa del trabajo ; y poniendose otra mas decente , salió con toga á recibirlos , y les dijo : ¿ Qué noticias me traeis de Roma ? Roma , respondieron , nuestra patria y vuestra , está en grande riesgo : necesita un dictador , y ha puesto en vos los ojos. Cincinato suspira , mira tristemente hácia sus bueyes , compañeros de su trabajo , y parte.

Sus tres hijos, sus amigos, los principales señadores le esperaban en las orillas del Tiber: se informa del estado de las cosas: nombra general de la caballería á Lucio Tarquicio, de familia patricia; pero hasta entonces habia servido con distincion en la infantería por no tener lo suficiente para mantener un caballo. Ordena el dictador que se cierren tiendas y tribunales, y que todos los ciudadanos que se hallaban en estado de poder llevar armas concurriesen el dia siguiente al sitio que él señaló fuera de la ciudad, llevando cada uno doce estacas, y pan cocido para cinco dias. Llegando al campo enemigo, le hace cercar con las estacas que llevaban los soldados; de suerte que se vieron los volscos en la misma situacion en que habian puesto á los romanos. Despues de algunos esfuerzos inútiles para libertarse, tuvo que enviar el general volscó á pedir por sus diputados por única gracia, que les salvase las vidas, ofreciendo retirarse sin bagage y sin armas. El dictador le respondió friamente: "No tengo por grande ventaja para la república vuestra muerte; pero me entregareis el general y los oficiales, y pasarán bajo el yugo los soldados, para que siempre conserven la memoria de su dependencia." Plantaron en la tierra dos dardos, y sobre estos otro que atravesaba atado á las puntas de ambos, y por esta especie de puerta tuvieron que pasar desarmados los equos y los volscos, por entre las filas de los soldados de Roma. Enviaron á sus casas á los soldados volscos, y reservaron los oficiales principales para el triunfo del dictador.

Despues, volviendose al ejército que acababa de librar, dijo: "Soldados de Minucio, los que estuvisteis para ser presa de nuestros enemigos, no par-

icipareis de sus despojos : y vos , cónsul , aprendereis el oficio de la guerra en calidad de teniente antes de poder mandar las legiones como general .” Ninguno murmuró de esta severidad , antes bien todo el egército presentó á Cincinato una corona de oro por haber salvado la vida y el honor de sus conciudadanos . Triunfó pues , y al cabo de diez y seis dias renunció una dignidad que podia retener por seis meses . Su carácter es único en la historia , como de un hombre de profundo conocimiento , espíritu justo , y corazon recto , que solo veia la obligacion sin temores ni esperanzas . Castigaron al calumniador de su hijo , que habia sido causa de la multa que redujo al padre á la pobreza : volvió á los negocios públicos , y le debió el senado el consejo de aumentar el número de los tribunos desde cinco hasta diez : “ Cuantos mas sean , dijo , habrá entre ellos menos union , y serán menos temibles .”

Al lado de Cincinato (2547) se nos presenta un hombre extraordinario , cuyas hazañas se tenían por fábulas exageradas , si él no las hubiera contado delante de los que las pudieran contradecir si fueran falsas , y que las contestaron . Icilio , tribuno de la pleble , volvia con la ley agraria , que era el continuo susto de los patricios . Se presenta en la asamblea Sicinio Dentato , plebeyo , de edad de sesenta años , de talla ventajosa , y que aun conservaba toda su fuerza . Armado este de la elocuencia de los hechos , que es la mejor , levantó la voz , y dijo : “ Ciudadanos , yo me he hallado en ciento y veinte batallas : yo he recibido cuarenta y cinco heridas , todas por delante , y dia hubo de doce , cuando Herdonio se apoderó del capitolio . Treinta años ha que soy oficial siempre empleado : catorce

D. del D.
2547.
A. de J.C.
451.

veces me han coronado por mano de otros tantos ciudadanos cuyas vidas salvé: he conseguido tres coronas murales por haber subido el primero en los asaltos, y otras ocho por diferentes hazañas: ochenta y tres collares de oro: sesenta brazaletes del mismo metal: diez y ocho lanzas: veinte y cinco arneses, nueve de los cuales han sido premio de las victorias ganadas contra otros tantos enemigos en singular batalla. Estos son todos los premios que he recibido hasta ahora; pero al presente todavía no poseo una pulgada de tierra, como igualmente os sucede á vosotros, romanos y compañeros en mis trabajos. Los países que hemos conquistado en mano estan de los patricios: estos poseen lo que nosotros hemos ganado á costa de nuestra sangre. Ya pues que así se nos trata, hagamos nosotros justicia, y pasemos hoy la ley propuesta por Icilio.”

D. del D.
2553.
A. de J. C.
445.

A no ser la circunspeccion de Icilio (2553) hubiera logrado su efecto esta arenga tan vehemente; pero temió que le acusasen de precipitacion en asunto tan importante, y remitió la decision al dia siguiente. En aquella noche anduvieron muy diligentes los patricios, y consiguieron introducir la discordia en la junta; y así nada se concluyó. Sobre vino una nueva guerra, causa de nuevas dilaciones, y al fin por composicion suspendieron los tribunos los procedimientos sobre la ley agraria, y concedió el senado la ley *Terencia*, así llamada de *Terencio*, que fue el primero que la propuso, y cuyo objeto era dar á la república un cuerpo de jurisprudencia. Conformandose con el parecer de Apio, que á la sazón era cónsul, se determinó elegir diez hombres, respetables por su edad y prudencia, para que compusiesen un cuerpo de leyes: y estos comisionados,

llamados por su número decemviros , debian estar por un año revestidos del supremo poder , abrogando por todo este tiempo todas las demas magistraturas. Se declaró que no habria apelacion de las sentencias de los decemviros , y se les dió esclusivamente el derecho para hacer la paz ó la guerra.

Decemviros.

El gobierno de los decemviros fue al principio justo , moderado , digno de unos hombres ocupados en hacer felices á los demas , y que trabajaban en hacer que de antemano agradasen las leyes que meditaban. Habian enviado á Atenas en busca de las leyes de Solon , para que estas sirviesen de basa , y salieron dos tablas sujetas al exámen del pueblo , que fueron generalmente aprobadas. Por no estar completo el trabajo nombraron otros decemviros por otro año. Apio , descendiente de aquellos famosos patricios , perpetuos antagonistas de los plebeyos , habia algun tiempo antes cambiado de carácter. Acariciaba al pueblo , y por este medio de cónsul que era , le nombraron decemviro. Se hizo volver á nombrar , ó por decirlo mejor , se nombró á sí mismo , y el pueblo le dió los votos ; pero como le importaba , compuso el colegio de los decemviros de personas que estaban enteramente á su órden , y entre otras entraron tres plebeyos , contra la constitucion , la cual para este ejercicio no admitia sino á los patricios.

Hasta entonces solo aquel decemviro que presidia , y esto duraba solo un dia , llevaba doce fasces , y las demas insignias de la soberanía. Los demas únicamente llevaban delante un simple ofi-

cial; pero despues del segundo nombramiento cada uno se hizo acompañar de doce lictores, y llevaban al rededor de sí patricios jóvenes, altivos é insolentes, que gustaban de ver que se iba estableciendo un poder, que algun dia les daria autoridad para burlarse del pueblo sin riesgo. Los mismos senadores se cree que permitian con complacencia un poder que los llevaba derechos á la tiranía, así por la esperanza de conseguirla ellos, como por el placer de ver humillado aquel pueblo, cuyas pretensiones les habian cortado tantas veces las ideas. Era Apio el alma del consejo de los decemviro: los dirigia: arreglaba sus operaciones: á unos los hacia gefes de los egércitos, y á otros los colocaba en los tribunales, segun su capacidad y sus particulares fines.

No se ignoraban estos, y aun su propio tio los descubrió en el senado, y salió de Roma por no ver á su sobrino, segun dijo, hacerse tirano de la patria. Todo el mundo percibia sus miras; porque habiendo concluido las leyes, los decemviro que debian hacer dimision de su empleo, se perpetuaron por su propia autoridad. Todo les iba saliendo bien, cuando el mismo Apio fijó los límites de su fortuna con dos delitos, aunque de especie diferente, igualmente atroces. El primero fue el que cometió contra Sicinio Dentato, recomendable por tantos trofeos. Este habia vuelto del egército muy descontento de la conducta de los decemviro que le mandaban. Apio, que se habia quedado en Roma para disponer en todo, temió el efecto de sus conversaciones, y volvió á enviarle al egército con una comision honorífica. Los generales, á quienes su cólega tenia prevenidos, le recibieron con gran-

des demostraciones de estimacion, y fingieron que querian gobernarse por sus consejos: él les dió el de avanzar en el pais enemigo; y ellos, como si solamente quisieran ver por los ojos de Sicinio, le encargaron que fuese con un destacamento á reconocer el terreno, y tomaron la precaucion de que se compusiese de soldados vendidos á la voluntad de los generales.

Llegaron á un lugar cerrado que les pareció conveniente para su intencion: acometen los traidores á Sicinio por todos los lados: el veterano valiente se pone junto á una roca que le guardaba las espaldas; y recogiendo todo su valor, hizo morder la tierra á quince soldados, y hirió á mas de treinta. No atreviendose á acercarse á él, procuran matarle desde lejos con flechas; pero tambien resiste, hasta que algunos subieron á lo alto de la roca, y le mataron á pedradas. Volvieron al ejército publicando que habian caido en una emboscada, en la que habia perecido su gefe y los compañeros que faltaban; pero no siempre los malvados lo previenen todo, y así la cohorte enviada á sepultar los muertos advirtió que todos eran romanos, y habian caido de un modo que daba á entender que habian peleado contra Sicinio; y esta observacion descubrió el horrible misterio que encendió en el corazon de los soldados un furor reconcentrado que rompió con el segundo crimen de Apio.

Iba este una mañana á su tribunal, y vió una doncella de estremada hermosura, llamada Virginia, que segun las costumbres de aquel tiempo, iba á las escuelas públicas llevandola el ama que la habia criado. Era hija de Virgino, ple-

beyo, pero distinguido por su valor y probidad. Este cuando marchó al ejército la dejó confiada á un tío materno: y cuando volviese su padre se habia de casar con Icilio, que entonces se hallaba en Roma, y habia sido tribuno. El decemviro, atormentado de la pasión mas violenta, procuró llegar á la doncella por medio de la que la habia criado; y no habiendo tenido efecto la seducción, pasó á valerse de la violencia, para lo que sirvió de instrumento un tal Claudio, su cliente. Este ministro de la pasión de Apio, acompañado de hombres malvados, entró un dia en la escuela, y quiso llevarse á Virginia como á hija de una esclava suya. Se opuso el pueblo, y el perverso la llevó al tribunal de Apio. La fábula que él espuso delante del que la habia inventado, era que á Virginia, nacida en su casa y de una esclava, se la habia pedido la muger de Virgino, que se hallaba estéril, para suponerse la á su marido, y de este hecho, decia Claudio, daré pruebas que no admiten disputa; mas como entre tanto es justo que la esclava siga á su señor, yo me la debo llevar dando suficiente caucion de volver á presentarla cuando venga su padre supuesto. Llega el tío á socorrer á su sobrina, habla, suplica, solicita; pero en vano, porque el decemviro manda que Virginia sea entregada á Claudio. Las mugeres fuera de sí con tal injusticia hacen muralla para defender á la doncella: llega Icilio, rechaza los lictores, toma en sus brazos á su prometida, y esclama: "No, Apio, no, la muerte sola puede separarme de Virginia: haz que me la den, y añade á tantos delitos este mas para mancha de tu fama. Junta todos tus lictores y tus cólegas,

que yo defenderé el honor de mi esposa hasta el último suspiro. Si alguno se atreviere á atentar contra el honor de Virginia, llegue, que yo le juro por todos los dioses que no quedará su audacia sin castigo.”

A pesar de estas amenazas se dió orden á los lictores de apoderarse de Virginia; pero el pueblo retiró los oficiales del decemviro; y este, fingiendo que queria juntar la indulgencia con la justicia, dijo que consentia en que Virginia se quedase en manos de su tio hasta la vuelta de Virginio, que se verificaria al dia siguiente; pero que si no compareciese, podria entonces Claudio llevarse su esclava. Al punto despachó correos que advirtiesen á sus cólegas que convenia retener á Virginio en el campo; pero llegaron primero los de Icilio, y se admiró mucho Apio al dia siguiente por la mañana cuando supo que ya estaba el padre con su hija en la plaza. No por eso desistió; y subiendo al tribunal afectó de tal modo la imparcialidad, que parecia escuchaba á las dos partes con igual interes; y como si la fuerza de la demostracion le arrancase una sentencia rigorosa, adjudicó la doncella á Claudio: “Infame, malvado, exclamó el padre fuera de sí, nunca destiné para tí mi hija: yo la crié para ser esposa de un ciudadano romano; y no para ser víctima de un robador impúdico. Diciendo esto miró al pueblo por ver si podia esperar algun auxilio: ¡mas ay! que aquel pueblo asustado por el decemviro que hacia hablar por la ley, se iba retirando con silencio: Virginio en esta cruel estremidad se acerca á Apio con sumision, y le dice: “Disculpád, Apio, las palabras que acaban de escaparse á mi dolor, y permitidme preguntar en particular á la ama que ha criado á Virginia,

en presencia de esta misma, para tener por lo menos el consuelo de verme desengañado." Se le concede este pequeño favor, y abrazando á su hija la fue llevando como en conversacion á una tabla de carnicería, en donde vió un cuchillo, le tomó, y mostrandole á la jóven é inocente Virginia, la dijo: "Querida hija, mira el último medio de conservar tu libertad y tu honor. Ve, Virginia, ve á juntarte con nuestros mayores libre y pura." Al mismo tiempo la metió el cuchillo hasta el corazon, cae palpitante á sus pies, y muere. Da gritos Apio para que le prendan; pero él se abrió paso con el mismo cuchillo á traves de los satélites: monta á caballo, llega al ejército teniendo todavía en su mano el cuchillo recién ensangrentado en el pecho de su hija.

Le rodearon los soldados, los cuales ya irritados con el asesinato de Sicinio, no tuvieron repugnancia en interesarse en el resentimiento de Virginio. Se levanta todo el ejército, marcha á Roma, atraviesa pacíficamente la ciudad, y va á acamparse en el monte Aventino. Conoció la necesidad de elegir gefes, y queria nombrar á Virginio; y este respondió: "Mi hija está muerta, y todavía no está vengada: antes de aceptar honor alguno, me es preciso aplacar sus manes. Por otra parte, ¿qué prudencia ni qué consejos moderados podeis esperar de un hombre á quien nuestros tiranos acaban de reducir á la desesperacion? Yo podré ser útil á la causa comun obrando como particular." Oidas estas razones determinaron tomar otros comandantes. Este fue el origen de los tribunos militares, que fueron despues para los generales del ejército lo que eran los tribunos populares en la ciudad respecto de los cónsules.

Apio, no pudiendo tratar con el ejército que no quería escucharle, juntó el senado. Parece que este debiera aprovecharse de la ocasión para romper el yugo de hierro de los decemvros; mas como el peso principal cargaba sobre el pueblo, no se apresuraron los patricios á descargarle. No obstante, venció la constancia del ejército: fue abrogado el decemvirato, y volvieron los cónsules y tribunos. El infame Apio murió en la prision que él llamaba con insolencia *la clemencia del pueblo*. Murió por sus propias manos ó ayudado de sus parientes, que quisieron substraerle á la vergüenza del suplicio. La misma suerte tuvo otro de sus cólegas, y los otros ocho huyeron asustados con estas muertes repentinas. Les confiscaron los bienes, y se los vendieron para provecho del público. Esta es la segunda vez que un delito contra el pudor mudó el gobierno de Roma. Lo que quedó de los decemvros fueron las leyes de las doce tablas, llamadas así por haberlas grabado al principio en doce tablas de encina para esponerlas á las observaciones y censura del pueblo. Aprobadas que fueron, las grabaron en columnas de bronce para ser un perpetuo código del derecho público y particular.

El impulso que recibió la república con el establecimiento (2564) y la destitucion de los decemvros conservó por mas de cincuenta años un movimiento de oscilacion, que no dejaba consolidar el gobierno. Semejante á un enfermo inquieto que perpetuamente muda de médicos y no se mejora, creaba el pueblo romano, abolia, estendia ó estrechaba las magistraturas, cuyo poder, ya contenido en la clase de los patricios, ya comunicado á los plebeyos, era un cebo que tentaba á los ambiciosos,

D. del D.
2564.
A. de J. C.
434.

y una fuente de disensiones. El consulado, vinculado á los patricios, llegó á ser el objeto de las ansias de los plebeyos, que al fin le consiguieron; y los patricios en desquite se hicieron adoptar por familias plebeyas para ser elegidos por tribunos del pueblo. Se vieron los censores, creados solamente para contar el pueblo y hacer la reseña, mezclarse en la inspeccion de las costumbres, y hacerse magistrados temibles. Los ediles, que en su origen tuvieron el cargo de cuidar de las calles y plazas públicas, se aseguraron en su departamento de la policia de los juegos y fiestas, y con el pretexto de seguridad consiguieron la superintendencia de los templos y de las casas particulares. Ninguno se pasmará de ver que los cuestores que manejaban los caudales públicos, de simples calculadores y tesoreros llegasen tal vez á ser hombres importantes en el gobierno. Los tribunos militares ocuparon en el ejército la plaza de los tribunos civiles y la de los cónsules. Se les substituyeron los presidentes en número de tres. Estos duraron solo un año. Dos veces recurrió la república á los entereyes; pero en estas ocasiones peligrosas quedaban obscurecidas todas esas autoridades con la de dictador.

En una de estas circunstancias se vió que Cincinato, llamado al timon del estado desde la manera de su arado, cuando ya tenia ochenta años, le manejó con el vigor, destreza y felicidad de sus años florecientes. Pocos hechos notables ilustraron esta época, fecunda en alborotos y disensiones. En testimonio de la injusticia que muchas veces acompaña á las juntas populares se cita la sentencia del pueblo romano entre los ardeates y los aricios. Se disputaban estos pueblos un territorio, y toma-

ron por árbitros á los romanos. Se acordaron estos de que aquel terreno habia sido dependiente de Corioli, una de sus antiguas conquistas: se la abjurarón á sí mismos, y de este modo pusieron en paz á los competidores. En esta misma época se desacreditó el ejército matando á su general, primer ejemplo de rebeldía sangrienta en aquellas tropas, hasta entonces afectas á sus jueces con la mayor religiosidad. Se introdujo en ellas la paga, que autorizó para no enviar á la ciudad á los soldados durante el invierno, pues en el campo tenían con que socorrer sus necesidades. Esta paga, que se limitó á sola la infantería, la hizo mas humilde y dependiente: porque la caballería, compuesta de patricios tenidos por ricos, continuó en servir sin sueldo. Hubo hambre, peste, y ceremonias espantosas: una vestal fue censurada por el soberano pontífice, no por haber quebrantado el voto, sino por ser demasiado libre en sus modales.

Entre las disensiones domésticas se hacia siempre la guerra, ya contra un vecino, ya contra otro: porque de otro modo ¿en qué habia de ocupar Roma mas de doscientos mil guerreros que podia vomitar por sus puertas? La poblacion iba siendo tan considerable, que propuso un tribuno cercenar la república estableciendo una parte en Veyes, que acababan de conquistar. El temor de la rivalidad entre dos ciudades iguales, y de las funestas consecuencias que esta podia tener, desvaneció este proyecto, y continuó Roma en retirar á mayor distancia los límites de su territorio. La paciencia, tanto como el valor, era una de sus virtudes militares, porque el sitio de Veyes duró diez años. La tomó por asalto el dictador Camilo, y fue

despues con su egército contra la capital de los faliscos. Una accion de justicia le puso en posesion de la ciudad.

Un maestro de niños á quien confiaban los ciudadanos la educacion de sus hijos solia sacarlos á paseo al rededor de la ciudad, sin duda por donde no tenian que temer de los romanos; y creyendo este traidor hacer su corte á los sitiadores llevó los niños al campo enemigo, diciendo: "Yo con esta juventud os entrego la ciudad, porque prefiero la amistad de los romanos al puesto que ocupo en ella." Camilo hizo despojar al preceptor infiel, armó á los estudiantes dando un manojo de varas á cada uno, y encargándoles que le volviesen á la ciudad. Ellos cumplieron con zelo su comision. Los habitantes reconocidos se entregaron á los romanos, aunque habian jurado quedar antes sepultados en la ruina de su ciudad; y así los recibieron y trataron como aliados. Esta voluntaria sumision quitó á los soldados la esperanza del botin con que ya contaban. Tampoco habian participado del de Veyes, porque le envió Camilo al tesoro público, y con el despecho se resolvieron á acusar á su general, cuando hubiese dejado la dictadura, de haberse enriquecido con los despojos que les habia negado á ellos. La gloria de Camilo le habia suscitado muchos envidiosos, y no se le ocultaba que saldria condenado. Para que su ingrata patria no cometiese esta injusticia, él se desterró á sí mismo, y fijó su habitacion en la ciudad de Ardea, hasta tanto que la derrota de enemigos mas temibles que cuantos habia vencido hasta entonces, añadió á sus coronas nuevos laureles.

El amor y el vino llamaron á los gaulas á Ita-



El Maestro de niños.

Irritado Camilo con el Maestro que le presentó los niños fatiscos para obligar por tan vil medio á sus padres á que le entregasen aquella capital: hizo desnudarle, armó con varas á los niños, y les mandó que castigándole con ellas le volbiesen á la Ciudad. Lo cumplieron; y prendados los habitantes con la noble acción de Camilo, se le entregáron: quedando así premiada la generosidad del Dictador.

lia (2614). Aruncio, ciudadano principal de Clu-^{D. del D.}
 sio, ciudad de Etruria, tenia un pupilo que agra-^{2614.}
 dó á su muger: esta agradó no menos al jóven, y ^{A. de J. C.}
 la inteligencia de los dos desagradó mucho al tutor. ^{384.}
 Dió este sus quejas al senado de Clusio; pero no
 le hicieron caso alguno. El vengativo esposo pasó
 los Alpes, y llevó á los gaulas no quejas amorosas,
 sino mucho buen vino que les dió á probar, ala-
 bándoles el pais que producía tan excelente licor,
 con lo que les inspiró deseos de conocerle. Parten,
 pues, del Sena, del Marne y otras tierras bajo la
 conducta de un general llamado Breno. Dejándoles
 Aruncio respirar el aire dulce de Florencia y de
 Ravena, los lleva delante de las murallas de Clu-
 sio, en donde ya los amantes se habian olvidado de
 él despues de seis años. Aquí podría preguntarse,
 como respecto de Troya, por qué no se desemba-
 razaron los habitantes de Clusio, del pupilo y su
 compañera, como Priamo debiera hacer echado de
 su ciudad á Páris y Elena. Al fin escogieron aven-
 turar el suceso de un sitio, é imploraron el socor-
 ro de los romanos. El senado antes de empeñarse
 en una guerra contra los gaulas, pueblo del cual
 no tenia motivo de queja, pues no le conocia, di-
 putó tres Fabios, patricios y hermanos, para que
 procurasen la paz entre las dos naciones. Pregun-
 taron los embajadores á Breno por los motivos de
 su queja, y por los derechos que podia pretender
 sobre Etruria, un pueblo de paises tan distantes.
 El gaula les dió esta notable respuesta: "Mis de-
 rechos los llevo yo en la punta de mi espada: todo
 pertenece á las gentes de valor; pero sin recurrir
 á esta ley primitiva, tengo razon para quejarme de
 los clusios, porque poseyendo mas tierras que las

que pueden cultivar, no quieren cedernos las que les son inútiles. ¿Y qué otro motivo tenéis los romanos para subyugar tantos pueblos vecinos? Vosotros habeis quitado á los sabinos, á los fidenates, á los albanos, á los equos y á los volscos la mejor parte de sus territorios. No es esto notaros de injusticia, sino que claramente se ve que vosotros mismos habeis mirado como la mas antigua ley, que el mas flaco debe ceder al mas fuerte. Cesad, pues, de abogar por los clusios; pero si queréis tomar su partido, permitidnos á nosotros abrazar el de aquellos á quienes habeis sujetado." No era fácil hallar respuesta á este discurso: y así los Fabios tampoco la buscaron, y solamente pidieron la entrada en Clusio para reducir á la paz á los gefes del pueblo; pero hicieron lo contrario: los escitaron á la guerra, y aun gobernaron una salida que fue funesta á los gaulas.

Breno, sin detenerse á dar sus quejas, levanta el campo: marcha hácia Roma precedido de un heraldo encargado de pedir que le entregasen los diputados que tan claramente habian violado el derecho de las gentes. Lejos de satisfacerle el pueblo, al cual el senado habia remitido la resolucion, nombró tribunos militares á los tres Fabios. Como si no hubiera que dudar del buen éxito, estos jóvenes, sin ofrecer sacrificios, ni consultar los agüeros, marchan á la cabeza de cuarenta mil hombres contra los gaulas, que eran hasta setenta mil. Jamas se vió derrota mas completa que la que padecieron los romanos: se dispersaron por todas partes los fugitivos, y pocos llegaron á Roma, introduciendo en ella la consternacion, que fue tal que no se acordaron ni de cerrar las puertas. Tres dias estuvieron

abiertas á la vista de Breno, que no se atrevió á entrar por temor de alguna emboscada. Esta detencion dió tiempo á los romanos para sacar sus hijos, sus mugeres, y lo mas precioso que tenian, y para refugiarse en las ciudades vecinas. A beneficio de esta dilacion colocaron en el capitolio lo mas selecto de su juventud llevándola armas y víveres, sin permitir que se admitiesen otros que hombres capaces de hacer resistencia.

Toda la ciudad quedó tan abandonada, que no hallando Breno cuando entró sino casas vacías, sintió una especie de terror al ver aquella soledad. Avanzaba con temor, precediendo siempre al ejército fuertes y numerosas patrullas. Con estas precauciones llega hasta la plaza. Mientras los ciudadanos abandonan á Roma, ochenta patricios de los mas respetables, persuadidos á que el sacrificio voluntario de la vida de los gefes á los dioses infernales introduciria la confusion en los enemigos, se habian sacrificado á la muerte por una súplica que en su nombre pronunció Fabio, que era pontífice supremo. Habia entre aquellos ancianos pontífices, personas consulares, y generales honrados con el triunfo; y todos ellos revestidos con las ropas de su dignidad, y sentados al rededor de la plaza en sus sillas de marfil, esperaban con tranquilidad al enemigo y la muerte. La magnificencia de sus vestidos, la magestad pintada en sus personas, el silencio que guardaban, y su intrépida tranquilidad, todo hacia que los gaulas los tuviesen por otros tantos dioses; y así en mucho tiempo no osaron acercarse á ellos ni tocarlos. No obstante, no faltó uno que se atrevió á pasar la mano por la barba de Marco Popinio. No le gustó al patricio aquella familiaridad:

y levantando el baston de marfil, le descargó sobre la cabeza del soldado: este llevando muy á mal la correccion, tiró de la espada y le mató: esta fue la señal de la matanza hasta que no quedó ninguno. Toda la ciudad fue reducida á cenizas. Se aplicó Breno á sitiar la fortaleza; però despues de muchos ataques se vió en la precision de convertir el sitio en bloqueo.

Grande número de fugitivos deploraba estérilmente en Veyes, adonde se habian retirado las desgracias de su patria. La falta de gefe les trajo á la memoria la injusticia que habian hecho á Camilo desterrandole. Estaba este siempre en Ardea, de donde rechazó una partida de gaulas que allí se dejó ver. Este caso encendió mas el deseo de verle á su cabeza los refugiados de Veyes, para intentar á lo menos favorecer al capitolio. Haciendole la proposicion de que comandase á los romanos que se iban juntando, respondió: "Que estando desterrado y proscripto, no se encargaba de mando alguno, mientras no le autorizase un decreto del senado encerrado en la ciudadela de Roma, que él siempre miraba como la silla de la república." Un plebeyo jóven, venciendo las dificultades, que eran muchas, entró en la ciudadela, y llevó á Camilo el decreto del dictador. Revestido de esta autoridad, llama á si todos los romanos: presto se formó un ejército: recorre el campo: intercepta los víveres á los gaulas, y los encierra tan estrechamente dentro de los muros de Roma, como ellos tenian encerrados á los defensores del capitolio.

Algunas empresas de Breno contra esta fortaleza, durante el bloqueo, fueron tan inútiles como las primeras. Una entre otras, que iba á tener buen





Pacto con los Gaulas anulado.

Intentaba con arrogancia el gaula Brenno exigir mas oro del que se habia pactado porque dexase á Roma, a tiempo que presentándose Camilo con buena escolta, dió por nulo el pacto, diciendo: "Con hierro y no con oro se ha de rescatar Roma., Acuden á las armas los Gaulas; y derrotándolos Camilo, libra á su patria, llenándose de gloria, y dexando bien castigada la mala fe y codicia del altivo Brenno.

éxito, faltó por el graznido de los gansos consagrados á Juno, que despertaron con él las centinelas. Los gaulas, que iban á asaltar los muros, fueron precipitados de lo alto de la fortaleza; mas no por esto se tranquilizaban los sitiados, porque ignoraban el efecto que hacian por fuera las armas de Camilo, y que ya apretaba el hambre á los sitiadores. Como los sitiados padecian la misma enfermedad, se comunicaron sus trabajos las centinelas avanzadas de ambas partes. Se citaron los gefes á parlamentar. Breno se abocó con el tribuno Sulpicio, encargado de hablar de composicion; y se trató, que dando los romanos mil libras de oro, saldrían los gaulas de Roma y de todo el pais.

Llegando el dia señalado para la paga, llevó Sulpicio la suma prometida: sacó Breno las pesas y las balanzas: advirtió el romano que las pesas eran mayores, de lo cual se quejó: y el gaula, en lugar de darle satisfaccion, puso tambien su espada en la balanza, y exclamó el tribuno: *¿Qué significa eso?* Esto, dijo Breno, friamente, significa: *¡Ay de los vencidos!* Proseguian esta altercacion; y Camilo, que estaba ya á las puertas, llega casi de improviso con una buena escolta al lugar de la querella, y hace que le digan el motivo. Habiendole oido, dijo á los diputados romanos: *Volved ese oro al capitolio; y vosotros, gaulas, retiraos con vuestras pesas y balanzas, porque Roma se ha de rescatar con el hierro, y no con el oro.* Quiso Breno hacer presente que era una convencion ratificada con juramentos. "Es nula, replicó Camilo, pues se ha hecho sin darme parte: ningun magistrado puede hacer tratado alguno sin el consentimiento del dictador." Los gaulas irritados acuden á las armas:

Camilo los rechaza hasta su campo, los apresura, los precisa á una batalla, y los derrota. Cuando la impetuosidad natural á su nacion se habia ya amortiguado, se dispersaron como un rebaño sin pastor, y desaparecieron de la Italia sin dejar otras señales que las de sus estragos.

Las centellas de la envidia, conservadas en las ruinas de Roma, que aun humeaban, encendieron de nuevo el hacha de la calumnia; y los tribunos emprendieron la de hacer sospechoso á Camilo de que aspiraba á la tiranía. Siempre le tiraban porque constantemente se oponia al desigmo que habian formado de abandonar á Roma, y establecer el gobierno de la república en Veyes. Representaban que la infeliz ciudad era un monton de cenizas, siendo así que en Veyes habia templos, casas bien edificadas, amuebladas, y con todas las comodidades de la vida, que habian trasladado allá los ciudadanos refugiados. Lo que detenia al senado en Roma eran los grandes destinos prometidos á esta ciudad. No obstante, consintió en que el punto se pusiese en deliberacion delante del pueblo; y una feliz casualidad sirvió mas bien á la decision, que cuanto hubieran conseguido las mejores razones. Iba un patricio, llamado Lucrecio, á abrir la boca para esponer el asunto, y al mismo tiempo un centurion, que pasaba por la plaza pública, gritó al que llevaba la bandera, y dijo: "Planta aquí esa bandera. Yo acepto el agüero, dijo inmediatamente Lucrecio, y doy gracias á los dioses inmortales que le dan." Se reedificó pues la ciudad de Roma, pero sin orden y sin gusto; porque los ediles no se aprovecharon de la ocasion para colocar á línea las

casas y las calles; y así llegando Roma á ser la capital del mundo, aunque hermoſeada con templos, palacios y casas particulares, obras y piezas maestras, siempre se resintió de los vicios con que la volvieron á edificar.

Renunció Camilo la dignidad de dictador, y los magistrados que se eligieron buscaron con el mayor zelo los monumentos relativos á la religion y á las leyes civiles. Los pontífices restablecieron las ceremonias del culto: suplió la memoria los títulos de las propiedades y de los usos que se habian perdido: hallaron las leyes de las doce tablas, y otras que se habian hecho en tiempo de los antiguos reyes, como tambien grabados en bronce los tratados concluidos con diferentes pueblos: premiaron ó castigaron á los que en el sitio se portaron bien, ó faltaron á su obligacion. A Manlio, que fue el primero que despertó con el graznido de los gansos, y precipitó del muro al primer gaula, le dieron una casa en la fortaleza y el sobrenombre de Capitolino: hasta la vigilancia de los gansos se premió, declarandolos por sagrados; y los perros, porque no ladraron, quedaron sacrificados á la indignacion y al desprecio. Cuidados de tan poca importancia no los tuvo por indignos de su grandeza la república, porque al populacho, que no debe ser despreciado por los republicanos, le hizo tal vez mas impresion el premio de los gansos que el de Manlio.

Apenas habia dejado Camilo las veinte y cuatro fascas, cuando se vió precisado á volverlas á tomar, porque los pueblos vecinos, creyendo que estaba la república espirando, se coligaron para darla el último golpe; pero Camilo les hizo sen-

tir la garra del leon , y los obligó á romper su injusta liga. Grande dia tuvo cuando volvió á llevar á sus hogares á los habitantes de Sutria. Estos, oprimidos de la hambre , se vieron en la precision de sufrir la dura ley que los toscanos , sus sitiadores , les impusieron de dejar la ciudad enteramente sin llevar mas que sus vestidos. Camilo , que iba volando á socorrerlos , llegó tarde , y ya los halló en el camino tan lastimosamente despojados. Sin detenerse , conociendo que los vencedores , ocupados en repartir el botin , podian ser sorprendidos, marcha á Sutria : entra en la ciudad : arroja de allí á los toscanos , y restablece á los habitantes en sus casas. De este modo tuvo el placer de ponerlos en posesion de aquellas comodidades domésticas, cuyo precio tanto mas se conoce, quanto mas cerca nos hemos visto de perderlas.

De Camilo se dice que no dió jamas batalla en que no consiguiese la victoria completa; que nunca sitió ciudad que no tomase; que no sacó egército á campaña sin traerle coronado de gloria y cargado de botin. Muchas veces debió sus aciertos tanto á su valor personal, quanto al ardor de sus soldados; porque no hubo general mas hábil para encender de nuevo el zelo ya entibiado, y para animar un egército cuando le veia titubear. "Compañeros, decia á sus soldados, asustados por el número de enemigos, ¿ en dónde está aquella alegría y deseo de pelear, que siempre he observado en vuestras miradas? ¿ Os habeis olvidado de quién soy yo, de lo que sois vosotros, y de lo que son vuestros enemigos? ¿ No debeis á vuestras victorias contra los volscos y los latinos la gloria inmortal que habeis ganado? ¿ No fuisteis los conquistadores de Ve-

yes, y los que bajo mis órdenes derrotasteis á los gaulas, y librasteis á Roma? ¿Acaso no soy ya Camilo, porque no tengo el título de dictador? Acometedlos no mas, y los vereis huir delante de vosotros." Dicho esto baja del caballo, toma por la mano al signífero ó portaestandarte, y le lleva apresurado contra el enemigo, gritando: Avanzad, soldados; y estos se precipitan con él como leones. Para aumentar su ardor arroja la bandera en medio de los enemigos; y el deseo de volver á tomarla hizo que peleasen los romanos con tan prodigioso esfuerzo, que derrotaron el ejército coligado, aunque mucho mas fuerte que ellos.

Un general jóven, llamado Furio, tribuno militar, que la suerte habia asociado á Camilo, en una expedicion contra los volsco, dejandose arrastrar del ardor quiso precisar á su cólega á que diese la batalla; por mas que Camilo le daba buenas razones para dilatarla. Al fin cediendo á las instancias de los soldados animados por Furio, les dijo: "Yo os deseo la victoria: solamente pido que en consideracion á mi edad se me dispense de colocarme en las primeras filas;" y se puso en el cuerpo de reserva. Dieron los soldados de Furio en una emboscada, y fueron derrotados: retrocedieron con desórden, y quisieron volver á entrar en el campo; pero Camilo, cerrandoles la entrada, les dijo: ¿Es esta la victoria que os prometiais? Aquí no hay para vosotros asilo: volved allá. Y poniendose al mismo tiempo á su cabeza, forzó á los enemigos á la retirada. Dió la batalla el dia siguiente: reparó Furio su yerro, y contribuyó mucho á la victoria con su habilidad y valor. Todos creian que volviendo Camilo á Roma daria quejas de aquel jóven

tribuno militar, cuya petulancia se prefirió á la experiencia de su cólega; mas sucedió tan al contrario, que Camilo habló bien de él; y en una guerra, en que se le ofreció elegir cólega, escogió á Furio. Este acto de generosidad le mereció los elogios de la ciudad y del egército. Murió despues de cinco dictaduras á los ochenta y dos años de su edad: siempre amó á su patria á pesar de su ingratitude: fue justo, desinteresado, imparcial y conciliador de los ánimos. Roma, que puede gloriarse de haber dado al mundo muchos bellísimos modelos, tal vez no presentará otro tan magnífico como el incomparable Camilo.

Entre los envidiosos de este grande hombre se distingue sobre todos Manlio Capitolino, el que salvó el capitolio. Siempre traía en la boca esta hazaña, y la prefería á todas las de Camilo, diciendo: "Si yo no hubiera salvado el capitolio y la ciudadela, no hubiera podido Camilo tomar á Roma; y así su gloria se funda sobre la mia." A lo que parece era este Manlio presuntuoso, infatuado de su mérito, y persuadido á que nada había que no pudiese pretender despues de una accion tan heroica como la suya. Se cree que aspiraba á la soberanía, bien que no está probado; pero mezclarse con el mas vil populacho, pagar las deudas ajenas, vender sus bienes, y arruinarse por hacer partidarios; si no es prueba de ambicion desmesurada, es una locura que muchas veces, en vez de colocar en el trono, lleva al cadalso. Ni aun tenía Manlio la destreza de un conspirador ordinario, porque creía ocultar su intencion con decir que solo pretendía establecer la igualdad, que debe ser el fundamento de una buena república; y

que á la verdad se necesitaba de un gefe que destruyese el consulado, el tribunato, y otras magistraturas que impidiesen llegar á conseguirla. "Si me juzgais digno de este honor, decia claramente, cuanto mas grande sea el poder que me deis, tendré yo mas proporcion de cumplir vuestros deseos."

De algunas juntas secretas en que Manlio hacia estos discursos, se esparcieron en el público, y le asustaron. Pusieron preso al indiscreto, y le dieron libertad por falta de pruebas. Volvió á sus manejos, y le citaron de nuevo en justicia. Como la acusacion era de aspirar á la soberanía, delito capital, compareció vestido de luto; pero, contra lo regular, sus parientes, amigos y aun hermanos no mudaron de vestido: tan poco era lo que se interesaban en su suerte. El pueblo no se olvidaba de sus generosidades: el aspecto del capitolio, que se veia desde la plaza pública, abogaba poderosamente en su favor; pero los tribunos le quitaron este recurso, señalando para la junta en que se habia de concluir su negocio un sitio desde donde no se podia ver la fortaleza. Allí á ninguno movió la compasion, y fue Manlio condenado á ser precipitado de lo alto de aquellos mismos baluartes que habia salvado. En la sentencia se mandó tambien arrasar la casa que le habia construido el público en la fortaleza, y que jamas se edificase allí otra alguna.

En la página 382 y siguientes donde dice *Cosroas*, léase *Cosroes*.

TABLA GEOGRÁFICA

Y DE LAS MATERIAS DEL TOMO SEGUNDO.

R ODAS. <i>En el Mediterráneo, enfrente de la Caria y de la Licia</i>	pág. 3
Coloso	id.
Religion	4
Habitantes	id.
Comercio	id.
Gobierno	5
Artemisa	id.
Sitio de Rodas	7
Disension con los romanos	id.
CRETA Ó CANDIA, <i>primera isla del Archipiélago al Sud-este</i>	14
Habitantes	id.
Gobierno	15
Minos	id.
Republica	16
CHIPRE. <i>Enfrente de la costa de Cilicia</i>	18
Habitantes	id.
Gobierno	19
Reyes	20
SAMOS. <i>Entre el continente del Asia é Icaria,</i>	22
Habitantes	id.
Gobierno	id.
Policrates	23
Meandro	24
LAS ISLAS GRIEGAS	25
Proconeso	id.

<i>Besbisco</i>	25
<i>Ténedos</i>	id.
<i>Lesbos</i>	26
<i>Chío , ó Escío</i>	27
<i>Icaria</i>	id.
<i>Cóo , Nisnia , Cárpató &c</i>	28
<i>Tera</i>	id.
<i>Céos</i>	29
<i>Sérifa</i>	id.
<i>Sífano y Argentera</i>	30
<i>Antíparos</i>	id.
<i>Naxós</i>	id.
<i>Paros</i>	id.
<i>Esciros</i>	31
<i>Delos</i>	id.
<i>Lemnos</i>	32
<i>Samotracia</i>	id.
<i>Corcira</i>	33
<i>Leucades</i>	id.
<i>Citera</i>	id.
<i>Egina</i>	id.
<i>Salamina</i>	id.
<i>Eubea</i>	34
<i>MACEDONIA. Entre el mar Egeo, la Tesalia, el mar Adriático y el Estrimon.</i>	id.
<i>Terreno</i>	id.
<i>Habitantes</i>	35
<i>Gobierno</i>	id.
<i>Usos y costumbres</i>	36
<i>Leyes y ciencias</i>	37
<i>Disciplina militar</i>	id.
<i>Reyes</i>	39
<i>Caranno</i>	id.
<i>Trofeos</i>	id.

	499
<i>Eropas</i>	40
<i>Amintas I.</i>	id.
<i>Alejandro I.</i>	id.
<i>Pérdicas I.</i>	41
<i>Orestes.</i>	id.
<i>Amintas II.</i>	42
<i>Alejandro II.</i>	id.
<i>Pérdicas II.</i>	id.
<i>Filipo</i>	43
<i>Alejandro III. el Grande</i>	54
<i>Interregno</i>	76
<i>Sucesores de Alejandro</i>	id.
<i>Tolomeo</i>	78
<i>Eumenes.</i>	79
<i>Antígono.</i>	83
<i>Batalla de Ipso</i>	84
<i>Demetrio</i>	86
<i>Macedonia</i>	90
<i>Casandro</i>	94
<i>Muerte de Olimpia</i>	id.
<i>Demetrio I.</i>	96
<i>Pirro</i>	id.
<i>Lisímaco</i>	id.
<i>Cerauno</i>	97
<i>Invasión de los gaulas</i>	id.
<i>Meleagro</i>	id.
<i>Antípatro</i>	id.
<i>Antígono Gonaro</i>	98
<i>Demetrio II.</i>	99
<i>Antígono Doson</i>	id.
<i>Filipo</i>	100
<i>Perseo</i>	105
<i>Derrota de Perseo.</i>	108
<i>SIRO-MEDIA, ó la Asia despues de Alejan-</i>	

<i>dro, bajo el dominio de los Seleucidas . . .</i>	118
<i>Antioco</i>	119
<i>Estratónica</i>	id.
<i>Antioco Soter</i>	121
<i>Invasión de los gaulas</i>	id.
<i>Antioco-Teos.</i>	id.
<i>Partos</i>	122
<i>Seleuco Calínico</i>	123
<i>Antioco Hiera.</i>	124
<i>Seleuco Cerauno</i>	id.
<i>Antioco el Grande</i>	id.
<i>Seleuco Filopator</i>	137
<i>Antioco Epifanes</i>	id.
<i>Demetrio Soter</i>	144
<i>Alejandro Bala</i>	148
<i>Demetrio Nicanor</i>	151
<i>Antioco Sidetes.</i>	153
<i>Cebina.</i>	155
<i>Cleopatra</i>	156
<i>Antioco Grifo</i>	id.
<i>EGIPTO. Bajo el dominio de los Tolomeos . . .</i>	161
<i>Tolomeo Lago</i>	id.
<i>Nombres y cualidades de sus sucesores . . .</i>	164
<i>Filadelfo</i>	165
<i>Gobierno.</i>	166
<i>Ciencias</i>	id.
<i>Romanos.</i>	167
<i>Evèrgetes.</i>	169
<i>Cabellos de Berenice.</i>	id.
<i>Literatura.</i>	170
<i>Filopator</i>	171
<i>Sosibe</i>	id.
<i>Epifanes.</i>	174
<i>Tolomeo Filometor.</i>	175

Fiscon 178
Ciencias 180
Latiro y Alejandro 181
Cirenáica 183
Alejandro II. 184
Tolomeo Auletes 185
Tolomeo 190
Cleopatra 191

LAS DOS ARMENIAS. *Entre la Mesopotamia, la Capadocia, la Iberia, la Albania, la Media y la Siria.* 205

Territorio id.
Costumbres id.
Tigranes 207
Astuardo 211
Radamisto 214
Cenobia 216

EL PONTO. *Entre el Ponto Euxino, la pequeña Armenia, la Cólquide y el rio Halis.* 218

Reyes 219
Mitrídates id.
Paz 225
Farnaces 235

CAPADOCIA. *Entre el Ponto, la Licaonia, la pequeña Armenia, la Galacia y el Eufrates.* 239

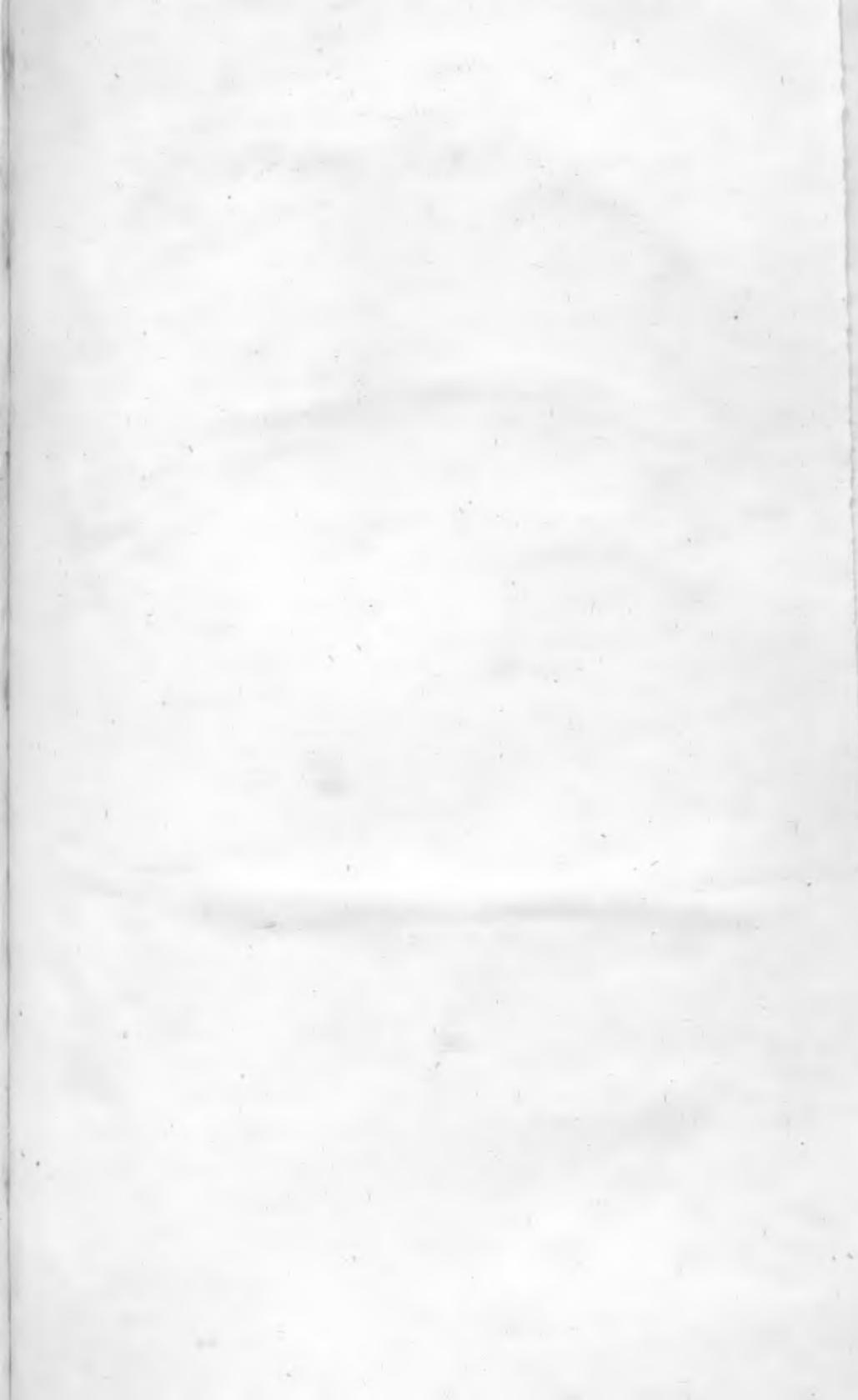
PÉRGAMO 243
Atalo I. id.
Eumenes II. 244
Atalo II. 247
Atalo III. 248

TRACIA. *Entre el monte Hemo, el mar Egeo, el Ponto Euxino, el Helesponto, la Propóntida, la Macedonia y el rio Estrimon.* 251

EPIRO. <i>Entre los montes Ceraunios, el golfo de Ambracia, la Tesalia, la Macedonia y el mar Jónico.</i>	253
Terimbas.	254
Aribas.	255
Alejandro.	id.
Eácides.	id.
Pirro II.	id.
Pirro en Italia.	257
Alejandro su hijo.	268
BITINIA. <i>Entre el Bósforo de Tracia, la Propóntida, el monte Olimpo y el Ponto Euxino</i>	269
Heráclea.	id.
Reyes.	271
Prusias.	272
COLQUIDA. <i>Entre la Iberia, el Ponto Euxino, la Armenia, el Ponto y la Sarmacia.</i>	274
IBERIA. <i>Entre la Cólquida, el Ponto, el Cáucaso, la Albania y la Media.</i>	275
ALBANIA. <i>Entre la Iberia, el mar Caspio, el Cáucaso y la Armenia</i>	276
EL BÓSFORO. <i>Entre la Cólquida, el Ponto Euxino y el Tanais</i>	278
MEDIA ATROPARTENA.	280
BACTRIA. <i>Entre la Margiana, el rio Oxo, la Escitia asiática y los Masagetas.</i>	id.
EDESA. <i>En Mesopotamia.</i>	282
EMESA. <i>En Siria.</i>	id.
ABIAVENA. <i>En Siria</i>	283
ELIMAIDA. <i>Entre la Media y el rio Pérsico.</i>	284
CORACENA. <i>Sobre el golfo Pérsico, entre el Tigris y la Eubea.</i>	285
COMAGENA. <i>En Siria.</i>	286

	503
CALCIDENA. <i>Al pie del monte Libano,</i>	286
JUDIOS. <i>Regresan de su cautividad.</i>	287
<i>Esdras. Neemías.</i>	288
<i>Pontífices.</i>	290
<i>Jaddo</i>	id.
<i>Heliodoro.</i>	292
<i>Persecucion.</i>	294
<i>Matatias</i>	296
<i>Macabeos</i>	297
<i>Jonatas</i>	300
<i>Simon</i>	302
<i>Hircano.</i>	303
<i>Aristóbulo. Alejandro.</i>	304
<i>Fariseos. Saduceos.</i>	305
<i>Alejandra</i>	309
<i>Hircano. Aristóbulo</i>	310
<i>Herodes</i>	320
EL MESIAS	332
<i>Arquelao</i>	334
MISION DE JESUCRISTO	338
<i>Agripa.</i>	340
<i>Vespasiano</i>	346
<i>Tito. Sitio de Jerusalem.</i>	350
PARTIA. <i>Entre el Indo, el Tigris, el mar Ro-</i> <i>jo y el monte Cáucaso. Partos</i>	354
<i>Costumbres</i>	id.
<i>Arsaces</i>	355
<i>Orodes.</i>	356
<i>Fraates</i>	361
<i>Artabano</i>	363
<i>Vologeso. Cosroas</i>	365
<i>Artabano IV.</i>	366
<i>Persas. Artaxares.</i>	367
<i>Sapor.</i>	369

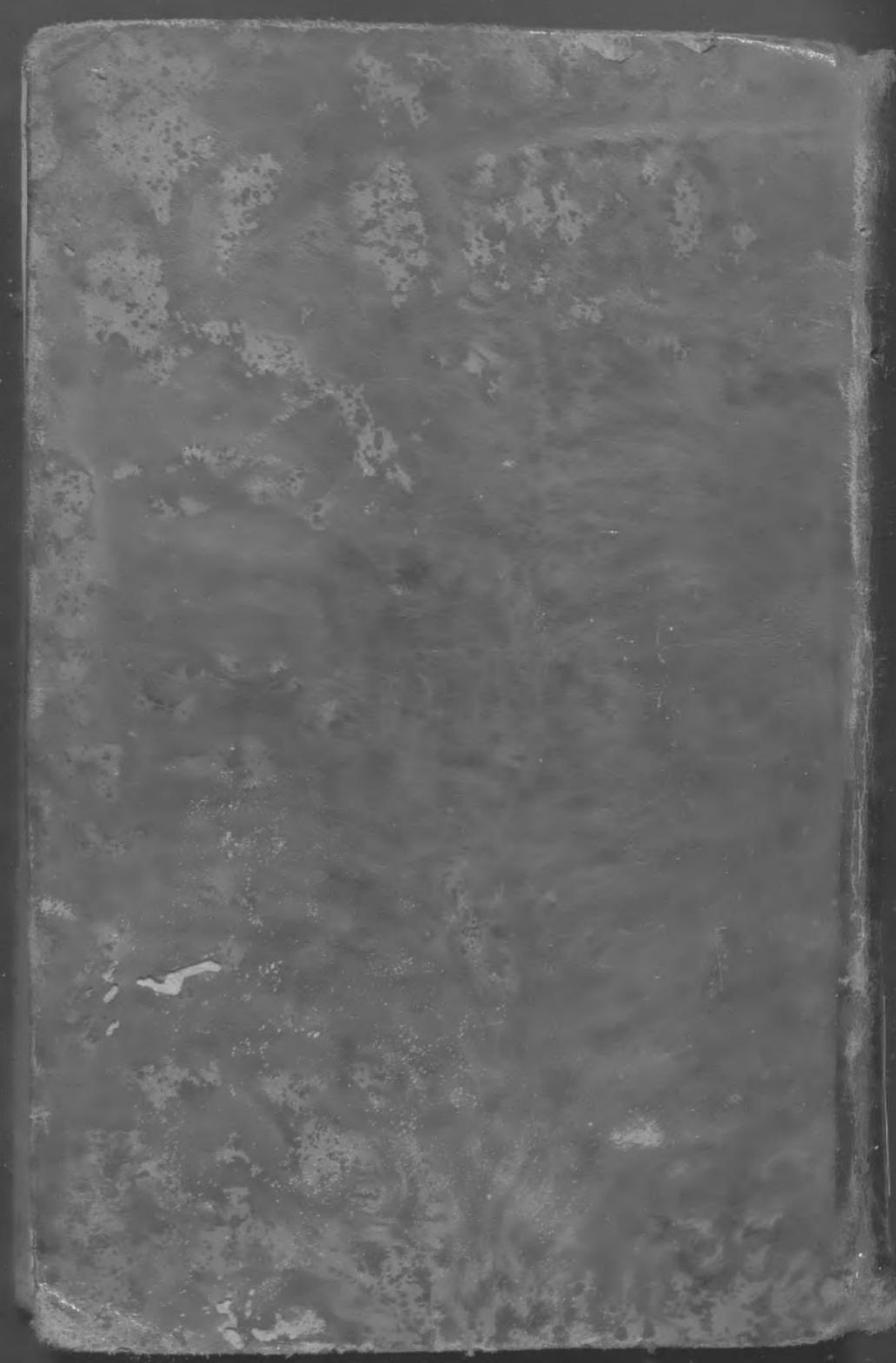
<i>Hormisdas</i>	id.
<i>Sapor II.</i>	370
<i>Isdigerto I.</i>	371
<i>Peroso. Cavades</i>	372
<i>Cosroas</i>	377
<i>Hormisdas.</i>	380
<i>Cosroes</i>	382
<i>Siroes.</i>	387
<i>Isdigerto II.</i>	388
ITALIA. <i>Entre el mar Jónico, el Adriático</i> <i>y los Alpes.</i>	393
<i>Eneas</i>	394
ROMA (<i>monarquía</i>). <i>Remo y Rómulo</i>	396
<i>Rómulo</i>	398
<i>Sabinas.</i>	401
<i>Tulo Hostilio</i>	408
<i>Anco Marcio.</i>	411
<i>Tarquino I.</i>	id.
<i>Servio Tulo</i>	416
<i>Tarquino II.</i>	424
ROMA. (<i>república</i>)	433
<i>Dictador</i>	443
<i>Tribunos de la plebe.</i>	449
<i>Coriolano.</i>	453
<i>Ley agraria.</i>	462
<i>Los Fabios.</i>	464
<i>Hambre.</i>	465
<i>Ley de Voleron</i>	466
<i>Diez Tribunos.</i>	473
<i>Decemvros. Leyes de los Decemvros</i>	475
<i>Tribunos militares.</i>	480
<i>Censores</i>	482
<i>Gaulas</i>	484











ANQUETIL

HIST; UNIVERSAL



AH 1497